# Roberts Jugando con fuego

se



# Libro proporcionado por el equipo

# Le Libros

# Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

Reena Hale conoce de cerca el poder destructor del fuego. Cuando tenía once años, un incendio provocado arrasó el restaurante propiedad de su familia. Esa noche, mientras se debatía entre el dolor y la impotencia ante la furia de las llamas, decidió aprender a dominar aquella fuerza terrible y devoradora, e impedir que jamás pudiera volver a herir a los suyos.

Tras años de estudio y duro aprendizaje, Reena ha logrado el objetivo que se marcó en la infancia: es investigadora, la única mujer en la unidad contra incendios de la policía de Baltimore. Un trabajo absorbente, que la pone aprueba a diario. Una profesión que su familia ha apoyado desde el principio, pero que la ha apartado —a veces con crueldad— de los hombres que se han cruzado en su vida. Hasta que un día llama a su puerta alguien que la vio hace años y no quiere dejarla escapar nunca más.

Es la señal que el pasado estaba esperando para desatar todo su poder destructor sobre Reena y quienes ama.



# Nora Roberts Jugando con fuego



# FOCO

Lugar específico en que se origina un fuego.

Las cosas malas empezaron a fortalecerse por el infortunio.

WILLIAM SHAKESPEARE

## Prólogo

El fuego se transformó en calor, humo y luz. Como una bestia sobrenatural que sale del útero abriéndose paso con sus garras, cobró vida con un parloteo que se elevó a rugido.

Y en un extraordinario momento lo cambió todo.

Se arrastró con movimientos sinuosos por la madera, como una bestia, señalando todo lo que antes era limpio y alegre con sus dedos negros y poderosos.

Tenía oj os, unos oj os roj os que todo lo veían y una mente tan excepcional, tan completa, que memorizaba todo cuanto quedaba dentro de su órbita.

Él lo veía como una especie de entidad, un dios dorado y carmesí que existía con la única finalidad de destruir. Y tomaba todo lo que se le antojaba sin remordimientos, sin piedad. Con tanto ardor...

Todo caía a su paso, como suplicantes que se arrodillan y lo adoran aunque se estén consumiendo

Pero él lo había hecho, lo había creado. Por eso era el dios del fuego. Más poderoso que las llamas, más astuto que el calor, más sorprendente que el humo.

Porque el fuego no existía hasta que él le dio aliento.

Y, mientras lo veía moverse, se enamoró.

La luz parpadeaba sobre su rostro, bailaba en sus ojos fascinados.

Cogió una cerveza y disfrutó de su sabor fresco y ácido en la garganta, mientras su piel humeaba por el calor.

Sentía la exaltación en el estómago, el asombro en su mente. Las posibilidades se encendían como destellos en su imaginación mientras el fuego subía por las paredes.

Era bonito. Era fuerte. Era divertido.

Mientras lo veía cobrar vida, él cobró vida. Y su destino quedó marcado, señalado en su corazón y su alma.

### Baltimore, 1985

La infancia de Catarina Hale se acabó una húmeda noche de verano, unas horas después de que los Orioles destrozaran a los Rangers en el Memorial Stadium, dándoles una buena patada en sus culos texanos —como decía su padre—, por nueve a uno. Sus padres se habían tomado una noche libre para que toda la familia pudiera ir a ver el partido; eso hizo que la victoria fuera aún más dulce. La mayoría de los días, el uno o el otro, o los dos, pasaban largas horas en Sirico's , la pizzería que habían heredado del padre de su madre y el lugar donde se habían conocido hacía dieciocho años. Su madre era una joven de dieciocho años llena de vida —eso decían— cuando Gibson Hale, con veinte años, entró pavoneándose para comer una pizza.

« Entré a comer pizza —solía decir— y me encontré con una diosa italiana» . Su padre decia cosas así de raras muchas veces. Pero a Reena le gustaba escucharlas.

Diez años más tarde se encontró también con una pizzería, cuando el abuelo y la abuela decidieron que había llegado el momento de viajar. Bianca, la más joven de sus cinco hermanos y la única chica, se hizo cargo del negocio junto con su Gib. porque ninguno de los hermanos lo quería.

Sirico's llevaba más de cuarenta y tres años en el mismo lugar de Littie Italy, en Baltimore; más de los años que tenía el padre de Reena, y eso la maravillaba. Ahora su padre —que no tenía ni una gota de sangre italiana— dirigia el negocio junto con su madre, que era italiana hasta la médula.

Sirico's casi siempre estaba lleno, y daba mucho trabajo, pero a Reena no le importaba, aunque a veces tuviera que ayudar. Su hermana Isabella se quejaba porque a veces tenía que ayudar en la pizzería los sábados por la noche y no podía salir con sus amigos o quedar con chicos. Pero de todos modos. Bella siempre protestaba por todo.

Sobre todo se quejaba porque Francesca, la hermana mayor, tenía una habitación para ella sola en la segunda planta, y en cambio ella tenía que compartir la suya con Reena. Y Xander también tenía habitación para él solo porque, aunque era el menor, era el único chico.

Compartir habitación con Bella estuvo bien; hasta que Bella entró en la

adolescencia y decidió que era demasiado mayor para hacer nada que no fuera hablar de chicos, leer revistas de moda y hacerse cosas en el pelo.

Reena tenía once años y cinco sextos. Lo de los cinco sextos era una información esencial, porque significaba que solo le faltaban catorce meses para ser adolescente. En aquellos momentos esa era su mayor ambición, por delante de hacerse monia o casarse con Tom Cruise.

En aquella noche sofocante de agosto, cuando tenía once años y cinco sextos, Reena despertó en la oscuridad con una sensación molesta y dolorosa en el estómago. Se encogió, tratando de acurrucarse, y se mordió el labio para contener un gemido. Al otro lado de la habitación, tan lejos como podía, con catorce años y más interesada en tener un pelo estupendo que en ser una hermana estupenda. Bella resoplaba ligeramente.

Reena se frotó la zona que le dolía y pensó en los perritos calientes y el maiz con caramelo que se había zampado durante el partido. Su madre había dicho que después se arrepentiría.

¿No podía equivocarse por una vez?

Trató de ser resignada, como decían siempre las monjas, para que algún pobre pecador pudiera beneficiarse de su dolor de estómago. Pero ¡ay, cuánto dola!

A lo mejor no era por los perritos calientes. A lo mejor era por el puñetazo que Joey Pastorelli le había dado en el estómago. Se había metido en un buen lio por culpa de eso. Por tirarla al suelo y romperle la camiseta y llamarla una cosa que Reena no entendió. Luego, su padre fue a casa del señor Pastorelli a « discutir la situación» con él y acabaron peleándose.

Reena oyó los gritos. Su padre nunca gritaba... bueno, casi nunca. Normalmente era su madre la que gritaba, porque era cien por cien italiana y tenía mucho carácter

Pero, huy, vaya si le gritó al señor Pastorelli. Y cuando volvió a casa la abrazó

Y se fueron a ver el partido.

A lo mejor aquello era su penitencia por haberse alegrado al saber que iban a castigar a Joey Pastorelli. Y por alegrarse un poco de que la hubiera tirado al suelo y le hubiera roto la camiseta, porque luego fueron al partido y vieron a los Orioles dar una paliza a los Rangers.

O a lo mej or tenía una lesión interna.

Reena sabía que se pueden tener lesiones internas, y hasta morirse. Lo había visto en *Urgencias*, una de las series favoritas de Xander y suya.

La idea hizo que sintiera otro de aquellos dolores que hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Al ir a levantarse de la cama —quería estar con su madre—notó algo húmedo entre los muslos.

Suspirando, pensando con vergüenza que a lo mejor se había mojado los

pantalones del pijama como una cría, salió de su habitación y fue hasta el cuarto de baño, con su bañera y sus baldosas de color rosa. Entró y se levantó la camiseta de los Cazafantasmas.

Cuando vio que tenía sangre en los muslos, se quedó mirando, y sintió miedo. Se estaba muriendo. Los oídos le zumbaban.

Cuando notó el siguiente retortijón en el estómago, abrió la boca para gritar.

Y entonces lo entendió.

« No me muero» , pensó. No tenía lesiones internas. Era la regla. Su primer período.

Su madre se lo había explicado todo, lo de los óvulos y los ciclos, y lo de hacerse mujer. Sus hermanas ya tenían la regla cada mes, y también su madre.

Había tampones en el armarito, debajo del lavamanos. Mamá le había enseñado cómo se ponían, y un día ella se había encerrado sola en el cuarto de baño para practicar. Reena se lavó y trató de no ponerse remilgada. Lo que molestaba no era la sangre, sino el sitio de donde salía.

Pero ahora ya era mayor, lo bastante mayor para ocuparse de una cosa que su madre decía que era natural, una cosa de muieres.

Como se le había quitado el sueño y ya era una mujer, decidió bajar a la cocina y tomarse un ginger ale. Hacía tanto calor en la casa... un día de perros como decía su padre. Y tenía muchas cosas en que pensar ahora que ya era mujer. Salió con su vaso fuera y se sentó a pensar en los escalones de mármol blanco.

Estaba todo tan callado que oyó ladrar al perro de los Pastorelli de esa forma suya, como si tosiera. Las luces de la calle estaban encendidas. Se sentía como si fuera la única persona del mundo que estaba despierta. Porque en aquellos momentos, ella era la única persona del mundo que sabía lo que había pasado dentro de su cuerno.

Reena dio unos sorbos a su vaso y pensó cómo sería cuando volviera a la escuela dentro de un mes. Y cuántas chicas habrían tenido su primer período durante las vacaciones.

Ahora empezarían a crecerle los pechos. Se miró y se preguntó cómo sería. Cómo se sentiría. Con el pelo o las uñas no te dabas cuenta, pero a lo mejor con los pechos era distinto.

Raro, pero interesante.

Si le empezaban a crecer enseguida, ya los tendría cuando llegara a la adolescencia.

Si, alli estaba, sentada en los escalones de mármol, una chica con el pecho plano y el estómago sensible. Su pelo corto de color miel se le estaba encrespando por la humedad, sus ojos marrón claro de largas pestañas empezaban a pesarle. Tenía un pequeño lunar sobre la comisura derecha del labio y llevaba aparatos en los dientes.

En aquella noche sofocante el presente parecía seguro y el futuro, un sueño brumoso

Dio un bostezo y pestañeó, adormecida. Cuando se levantó para volver adentro, su mirada se desvió calle abajo, hacia Siricos, que estaba allí desde antes de que su padre naciera. Al principio creyó que la luz que veía en la gran cristalera era una especie de reflejo, y pensó « qué bonito».

Sus labios se curvaron, y entonces ladeó la cabeza desconcertada. No, en realidad no parecía un reflejo. Y tampoco era como si alguien se hubiera dejado las luces encendidas

Movida por la curiosidad, bajó hasta la acera, con el vaso aún en la mano.

Estaba demasiado intrigada para pensar que su madre la mataría por haber salido sola a la calle en mitad de la noche, aunque fuera por el barrio. Reena caminó calle abaio.

Y entonces su corazón empezó a latir con fuerza, porque lo que veía comenzó a cobrar sentido. La entrada principal no estaba cerrada, y salía humo. Las luces que veía eran llamas.

—Fuego. —Al principio lo dijo en un susurro, pero luego se puso a gritar, mientras corría de vuelta a su casa y entraba a toda prisa.

Nunca lo olvidaría, en toda su vida, ella y su familia viendo cómo Sirico's se quemaba. El rugido del fuego que escapaba por las ventanas rotas en llamaradas violentas y doradas. Las sirenas, los surtidores de agua que salían de aquellas grandes mangueras, los gritos, los sollozos. Pero el sonido del fuego, su voz, superaba todo lo demás.

Reena podía sentirlo en su vientre, como los retortijones del período. En su interior sentía palpitar el asombro y el miedo, su espantosa belleza.

¿Cómo era el fuego por dentro, dónde estaban los bomberos? ¿Caliente y oscuro? ¿Denso y brillante? Algunas llamas parecían grandes lenguas que salían y después se replegaban como si pudieran probar el sabor de lo que estaban quemando.

El humo se enroscaba, remolineaba y se elevaba. Le escocía en los ojos, la nariz, mientras contemplaba la vertigimosa danza de las llamas. Aún estaba descalza y, bajo sus pies, el asfalto ardía. Pero no podía irse, no podía apartar los ojos del espectáculo, como si estuviera en un circo absurdo y feroz.

Algo explotó y se oyeron más gritos. Bomberos con cascos y los rostros ennegrecidos por el humo y la ceniza se movían como fantasmas en una bruma de humo. « Como soldados —pensó Reena—. Como en una película de guerra» .

E incluso el agua destellaba mientras volaba por los aires.

Reena se preguntó qué estaría pasando dentro. ¿Qué hacían los hombres? ¿Qué hacía el fuego? Si era una guerra, ¿significaba eso que se agazapaba y

luego saltaba de pronto para atacar, brillante y dorado?

La ceniza caía como nieve sucia. Completamente hechizada, Reena se adelantó. Su madre la agarró por la muñeca, la echo hacia atrás y la rodeó con el brazo.

-Quédate aquí -murmuró Bianca-. Tenemos que permanecer juntos.

Ella solo quería ver. El corazón de su madre era como un exaltado redoble de tambor en su oído. Reena volvió ligeramente la cabeza para mirarla, para preguntarle si podían acercarse un poco, solo un poco.

Pero lo que vio en la cara de su madre no era entusiasmo. No era el asombro lo que brillaba en sus ojos, sino las lágrimas.

Su madre era guapa, todo el mundo lo decía. Pero en aquel momento parecía que habían tallado su cara con un material duro, con unas lineas marcadas y profundas. Tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas y el humo, y tenía el pelo cubierto de ceniza.

Papá estaba a su lado, y le había apoyado una mano en el hombro y Reena vio horrorizada que él también tenía lágrimas en los ojos. Podía ver reflejado en ellos el fueco, como si de alguna forma este se hubiera introducido en su cuerpo.

No aquello no era una película, era real. Allí delante se estaba quemando algo suyo, algo que era de ellos desde siempre. De pronto Reena veía más allá de la luz y el movimiento hipnótico del fuego, las paredes ennegrecidas de Sirico's, la suciedad y el hollín que manchaban los escalones de mármol blanco, los fragmentos afilados del cristal.

Los vecinos estaban en la calle, en la acera, la mayoría en pijama. Algunos tenían a sus hijos en brazos. Algunos lloraban.

De pronto Reena se acordó de Pete Tolino y su mujer y su hijo, que vivían en el pequeño apartamento que había encima del restaurante. Levantó la vista y sintió que el corazón se le encogía, porque vio que también salía humo por las ventanas del piso de arriba.

- -¡Papá! ¡Papá! Pete y Theresa.
- —Están bien. —Su padre la cogió en brazos cuando se aparto de su madre. La cogió como solía hacer cuando era pequeña. Y le hundió la cara contra el cuello —. Todos están bien.

Reena ocultó el rostro en el hombro de su padre, avergonzada. No se había parado a pensar en la gente, ni siquiera en las cosas... las fotografías, los taburetes, los manteles y los grandes hornos.

Solo había pensado en el fuego, tan brillante y furioso.

- —Lo siento. —Estaba sollozando, con el rostro en el hombro desnudo de su padre—. Lo siento.
- —Chis. Lo arreglaremos. —Pero la voz de su padre estaba ronca, como si se hubiera bebido el humo—. Puedo arreglarlo.

Sintiéndose reconfortada, Reena aún abrazada a su padre, observó las caras,

el fuego. Vio a sus hermanas, que estaban abrazadas, y a su madre abrazando a Xander

El viejo señor Falco estaba sentado en los escalones de su casa, pasando las cuentas de un rosario con sus dedos nudosos. La señora DiSalvo, la vecina de al lado, vino y le pasó un brazo por los hombros a mamá. Con cierto alivio, Reena vio a Pete sentado en el bordillo, con la cabeza entre las manos, y a su mujer, que estaba a su lado con el bebé en brazos.

Y entonces vio a Joey. Estaba de pie, con los pulgares metidos en los bolsillos de los pantalones y la cadera hacia un lado, mirando el fuego. En su rostro había algo que parecía regocijo, como en el de los mártires de sus postales de santos.

Era algo que hizo que Reena se agarrara más fuerte a su padre.

En ese momento Joey volvió la cabeza, la miró. Le sonrió.

Reena susurró « papá», pero un hombre con un micrófono se acercó y empezó a hacer preguntas.

Su padre la bajó, aunque ella trató de aferrarse a él. Joey seguía mirándola, seguía sonriendo, y le daba más miedo que el fuego. Pero su padre la empujó hacia sus hermanas

- -Fran. llévate a tu hermano v a tus hermanas a casa.
- —Yo quiero quedarme contigo. —Reena se agarró a sus manos—. Tengo que quedarme contigo.
- —Tienes que irte a casa. —Su padre se acuclilló, hasta que sus ojos enrojecidos estuvieron a la altura de los de ella—. Ya casi se ha acabado. Ya está. He dicho que lo arreglaría y lo haré. —Y la besó en la frente—. Ve a casa. Nosotros iremos enseguida.
- —Catarina. —Su madre la apartó de allí—. Ayuda a tus hermanas a preparar un café y algo de comer. Para las personas que nos están ayudando. Es lo menos que podemos hacer.

En su familia siempre estaban preparados para cocinar. Cafeteras, jarras de té frío, gruesos sandwiches. Por una vez sus hermanas no se pelearon en la cocina. Bella estuvo llorando todo el rato, pero Fran no la abofeteó por eso. Y cuando Xander dijo que él llevaría una de las jarras, nadie le dijo que era demasiado pequeño.

Había un olor muy fuerte, un olor que Reena siempre recordaría, y el humo flotaba en el ambiente como una cortina sucia. Aun así, colocaron la mesa plegable en la acera para poner el café, el té y los sandwiches, y empezaron a pasar tazas y pan a manos mugrientas.

Algunos vecinos habían vuelto a sus casas, lejos del humo y el hedor, de la ceniza que flotaba y se posaba sobre los coches y el suelo formando una capa que parecía nieve sucia. Ya no había ningún resplandor e, incluso de lejos, Reena

veía el ladrillo ennegrecido, los arroyos de hollín, los agujeros que antes eran ventanas

Los tiestos de flores que había ayudado a plantar a su madre en primavera para ponerlos en los escalones blancos de la entrada estaban rotos, pisoteados, muertos.

Sus padres seguían en la calle, delante de la pizzería, cogidos de la mano. Él llevaba los tejanos que se había puesto cuando Reena le despertó; su madre, la bata roja que le habían regalado para su ultimo cumpleaños, un mes antes.

Y siguieron allí juntos incluso después de que los grandes camiones se fueran.

Uno de los hombres con casco de bombero se acercó a ellos y estuvieron hablando durante lo que pareció mucho rato. Luego sus padres se dieron la vuelta, todavía cogidos de la mano, para regresar a casa.

El hombre fue hacia el edificio en ruinas de Sirico's. Encendió una linterna y entró

Entre ambos llevaron los restos de la comida y la bebida adentro. Reena pensó que eran como los supervivientes de las películas de guerra, con el pelo sucio, la expresión cansada. Cuando retiraron la comida, su madre preguntó si alguien quería dormir.

Bella se puso a sollozar otra vez.

- -¿Cómo vamos a dormir? ¿Qué vamos a hacer ahora?
- —Pues lo que toca. Si no quieres dormir, ve y aséate un poco. Yo prepararé el desayuno. Venga. Pensaremos con más claridad cuando estemos limpios y havamos comido un poco.

El hecho de que Reena fuera la tercera hermana en edad significaba que siempre era la tercera en la cola para el baño. Esperó hasta que oyó que Fran salía y Bella entraba. Entonces salió de su habitación y llamó a la puerta del cuarto de sus padres.

Su padre se había lavado el pelo y aún lo tenía mojado. Se había puesto unos tejanos limpios y una camisa. Tenía la misma cara que cuando cogía la gripe.

- —¿Tus hermanas están acaparando el cuarto de baño? —Sonrió un poco, aunque sus ojos no acompañaron a su boca—. Esta vez puedes utilizar el nuestro.
  - -¿Dónde está tu hermano, Reena? preguntó la madre.
  - -Se ha dormido abajo.
- —Oh —dijo la madre, y se puso una diadema de felpa—. Está bien. Dúchate si quieres. Yo te traeré ropa limpia.
  - -¿Por qué entró aquel bombero cuando los otros se fueron?
- —Es un inspector —le dijo su padre—. Investiga qué ha pasado. Si han llegado tan deprisa ha sido gracias a ti. Pete y su familia están a salvo, y eso es lo más importante. ¿Qué hacías levantada tan tarde, Reena?
- —Yo... —Notó que un sofoco le subía por la nuca al recordar la menstruación—. Solo se lo puedo decir a mamá.

- -No me enfadaré
- Ella bajó los ojos y se miró los dedos de los pies.
- -Por favor. Es privado.
- —¿Puedes bajar y empezar a preparar unas salchichas, Gib? —dijo Bianca con tono informal—. Yo bajo enseguida.
- —Vale. Vale. —Se apretó las manos contra los ojos. Luego las apartó y volvió a mirar a Reena—. No me enfadaré —repitió. y las deió solas.
- —¿Qué es eso que no puedes decirle a tu padre? ¿Crees que se va a molestar en un momento como este?
  - —Yo no quería... me levanté porque... me dolía la tripa.
  - -: Estás enferma? -Bianca se volvió y le puso la mano en la frente.
  - —Me ha venido la regla.
- —Oh. Oh, mi pequeña. —Bianca la acercó, la cogió de la mano. Y empezó a sollozar
  - -No llores, mamá.
- —Ya está. Han sido muchas cosas a la vez. Mi pequeña Catarina. Tantas pérdidas, tantos cambios. Mi bambino. —Se tranquilizó—. Esta noche has cambiado, y gracias a eso has salvado la vida de otras personas. Estaremos agradecidos por lo que se ha salvado y nos encargaremos de lo que se ha perdido. Estoy muy orgullosa de ti. —Y la besó en las mejillas—. ¿Todavía te duele la tripa? —Reena hizo que si con la cabeza y su madre volvió a besarla—. Ahora te duchas y luego te darás un buen baño caliente. Te sentirás mejor. ¿Necesitas preguntarme alguna cosa?
  - -Ya sabía lo que había que hacer.

Su madre sonrió, pero sus oi os tenían una expresión triste.

- -Entonces dúchate v vo te avudaré.
- -Mamá, no podía decirlo delante de papá.
- -Claro que no. No pasa nada. Son cosas de mujeres.
- « Cosas de mujeres». Esas palabras le hicieron sentirse especial, y el baño caliente alivió el dolor. Cuando volvió abajo, la familia estaba en la cocina y, por la dulzura con que su padre le acarició el pelo supo que ya le habían contado la noticia.
- En la mesa se respiraba una atmósfera sombría, la quietud que llega con el agotamiento. Pero al menos Bella parecía haberse quedado sin lágrimas... por el momento.

Reena vio que su padre extendía el brazo y ponía su mano encima de la mano de su madre; la apretó y empezó a hablar.

- —Tenemos que esperar hasta que nos digan qué ha pasado. Luego podremos empezar a limpiar. No sabemos lo graves que son los desperfectos ni cuándo podremos reabrir.
  - —Ahora seremos pobres. —A Bella le temblaba el labio—. Todo está perdido.

No tendremos dinero

- —¿Alguna vez te ha faltado un techo donde cobijarte, o comida en la mesa, o ropa para vestirte? —preguntó Bianca con acritud—. ¿Es así como te vas a portar cuando tenemos problemas? ¿Llorando v queiándote?
- —Ha estado llorando todo el rato —señaló Xander mientras jugaba con un trozo de tostada
- —No te he preguntado algo que he podido ver por mí misma. Tu padre y yo hemos trabajado todos los días durante quince años para convertir Sirico's en un buen sitio, un sitio importante para el barrio. Y mi padre y mi madre tuvieron que trabajar durante muchos años para crearlo. Nos ha dolido. Pero no es la familia lo que se ha quemado, es un local. Y lo reconstruiremos.
  - -Pero ¿qué vamos a hacer? -preguntó Bella.
  - -; Calla. Isabella! -ordenó Fran cuando su hermana empezó a hablar.
  - -Quiero decir que... ¿qué vamos a hacer primero? -preguntó Bella.
- —Tenemos un seguro. —Gibson bajó la vista a su plato, como si le sorprendiera que hubiera comida en él. Pero cogió su tenedor y se puso a comer Utilizaremos el dinero para reparar, o reconstruir lo que haga falta. Y tenemos ahorros. No seremos pobres —añadió dedicándole una mirada severa a la hija mediana—. Pero tendremos que vigilar lo que gastamos. No podremos ir a la playa el fin de semana de la fiesta del trabajo como habiamos planeado. Si no hay bastante con el seguro, entonces tendremos que recurrir a nuestros ahorros, o pedir un préstamo.
- —Y recordad una cosa —añadió Bianca—. La gente que trabaja para nosotros no podrá trabajar hasta que volvamos a abrir. Algunos tienen familia. No somos los únicos afectados.
- —Pete y Theresa y el bebé —dijo Reena—. A lo mejor y a no tienen ropa, ni armarios ni nada. Podemos darles algo.
  - -Bien, eso es algo positivo. Alexander, cómete los huevos -dijo Bianca.
  - -Preferiría com er unos cereales de chocolate.
- —Claro, y yo preferiría tener un abrigo de piel de armiño y una tiara de diamantes. Come. Hay mucho trabajo que hacer. Y tú harás tu parte.
- —Y no quiero que ninguno, ninguno entre hasta que no os dé permiso añadió Gibson señalando con el dedo a Xander.
  - —El abuelo —musitó Fran—. Tenemos que decírselo.
- —Es demasiado temprano para despertarle con una noticia como esta. Bianca daba vueltas a la comida en su plato—. Lo llamaré pronto, y a mis hermanos
  - -¿Cómo puede haber pasado? ¿Cómo lo van a descubrir? -preguntó Bella.
- —No lo sé. Es su trabajo. El nuestro es volver a organizarlo todo. —Gibson levantó su taza de café—. Y lo haremos.
  - -La puerta estaba abierta.

Gibson se volvió a mirarla.

- -;Qué?
- —La puerta, la entrada estaba abierta.
- -¿Estás segura?
- —Lo vi. Vi que la puerta estaba abierta, y las luces... el fuego en las ventanas. A lo meior Pete se olvidó de echar la llave.

Esta vez fue la mano de Bianca la que se puso sobre la de su marido. Antes de que pudiera decir nada, sonó el timbre de la puerta.

- —Ya voy yo. —Y se levantó
- —Me parece que va a ser un día muy largo. Si alguno está cansado, es mejor que intente dormir un poco ahora.
  - -Terminaos el desay uno y recoged los platos -ordenó el padre.

Fran se levantó al mismo tiempo que su padre y rodeó la mesa para darle un abrazo. A sus dieciséis años, era delgada y elegante había en ella una feminidad que Reena reconocía y envidiaba

- -Todo ira bien. Lo dejaremos todo mejor que antes
- —Esa es mi chica. Cuento contigo. Con todos vosotros —añadió Gib—. Reena, ven un momento conmigo.

Cuando salían de la cocina, overon que Bella decía con irritación.

-Santa Francesca

Gibson se limitó a suspirar e indicó a Reena que entrara en la salita.

-Mmm, mira, si no te encuentras bien no hace falta que ayudes.

Una parte de Reena se moría por aprovechar la oportunidad, pero el sentimiento de culpa fue más fuerte.

- -Estoy bien.
- -Solo tienes que decirlo si... si no estás bien.

Le dio una palmadita con aire ausente y se fue hacia la entrada.

Reena lo observó. Siempre le había parecido muy alto, pero ahora iba con los hombros caídos. Le habría gustado hacer como Fran... decir lo que había que decir, darle un abrazo, pero ya era demasiado tarde.

Quería volver directamente a la cocina, portarse bien. Como Fran. Pero oyó la voz de Pete, parecía como si estuviera llorando. También oyó a su padre, pero no pudo entender lo que decía.

Así que fue sigilosamente hacia la sala de estar.

Pete no estaba llorando, pero daba la sensación de que lo haría de un momento a otro. El pelo largo le caia sobre la cara, y se estaba mirando las manos, cruzadas sobre el recazo.

Tenía veintiún años. Le habían hecho una pequeña fiesta en Sirico's, solo para la familia. Porque el chico trabajaba allí desde que tenía quince años y era como si fuese de la familia. Cuando dejó preñada a Theresa y tuvo que casarse, sus padres les habían dejado el apartamento del piso de arriba con un alquiler muy baio.

Reena sabía todo esto porque había oído al tío Paul hablando con su madre. Siempre tenía que hacer penitencia por escuchar las conversaciones de los demás. Pero valía la pena rezar un par de avemarías de más.

En aquellos momentos su madre estaba sentada junto a Pete, con la mano en su pierna. Su padre estaba sentado delante, en la mesita auxiliar... y eso que a ellos nunca les dejaban sentarse ahí. Reena seguía sin entender lo que decía su padre, porque hablaba demasiado bajo, pero Pete hacía que no con la cabeza todo el rato.

Y entonces levantó la cabeza y sus ojos brillaron.

- —Lo juro, no dejé nada encendido. Lo he repasado mil veces en mi cabeza, todo. Dios, Gib, si la hubiera cagado te lo diría. Tienes que creerme. No me estoy cubriendo las espaldas. Theresa y el bebé... si les hubiera pasado algo yo...
  - -Pero no les ha pasado nada. -Bianca le oprimió la mano.
- —Theresa estaba tan asustada... Los tres lo estábamos. Cuando sonó el teléfono. —Miró a Bianca—. Cuando llamaste y dijiste que había un incendio y teníamos que salir fue como un sueño. Cogimos al niño y echamos a correr. Ni siquiera noté el olor del humo hasta que tú llegaste para ayudarnos a salir.
  - -Pete, quiero que pienses detenidamente. ¿Cerraste bien?
  - -Claro, yo...
  - -No. -Gib meneó la cabeza-. No me digas que sí y ya está. Trata de

recordar paso a paso. A veces hacemos las cosas de forma tan mecánica que podemos saltarnos algo sin darnos cuenta. Piensa. ¿Quiénes fueron los últimos clientes en salir?

- —Ah. Dios. —Pete se pasó una mano por el pelo—. Jamie Silvio y la chica con la que está saliendo. Una nueva. Compartieron unos pepperoni, y tomaron un par de cervezas. Y Carmine. Se quedó hasta la hora de cerrar, tratando de convencer a Toni para que saliera con él. Se fueron más o menos a la misma hora. Toni, Mike y yo acabamos de recoger. Yo hice caja... oh, Dios, Gib, el sobre del banco todavía está arriba. Yo...
  - -No te preocupes por eso ahora. ¿Tú, Toni y Mike salisteis juntos?
- —No, Mike se fue antes. Toni se quedó mientras yo terminaba. Debían de ser las doce; se queda más tranquila si alguien vigila mientras ella va hasta su casa. Salimos... y recuerdo que yo saqué las llaves y ella me dijo que le gustaba el llavero. Theresa hizo que me pusieran una foto de Rosa en el aro. Recuerdo que Toni dijo que era muy bonito cuando yo estaba cerrando la puerta. Cerré, Gib, te lo iuro. Puedes preguntárselo a Toni.
  - -De acuerdo. Todo esto no es culpa tuy a. ¿Dónde vas a quedarte?
  - —Con m is padres.
  - -¿Necesitáis algo? preguntó Bianca-. ¿Pañales para el bebé?
- —Mi madre tiene siempre en casa para cuando vamos. Solo quería venir para deciros lo que ha pasado. Para saber si puedo hacer algo. Solo quería pasarme a ver. No nos dejan entrar, han precintado la pizzería. Pero tiene mala pinta. Quiero saber si puedo hacer algo. Tiene que haber algo que pueda hacer.
- --Habrá mucho que hacer cuando nos dejen entrar a limpiar. Pero de momento, ve con tu muier y tu hiia.
- —Podéis llamarme a casa de mi madre si necesitáis algo. A la hora que sea. Siempre os habéis portado muy bien conmigo, con nosotros. —Y se adelantó para darle un abrazo a Gib—. Para lo que sea.

Este fue hasta la puerta y entonces se volvió hacia Bianca.

—Quiero ir a echar un vistazo.

Reena entró a toda prisa en la habitación.

-Yo también quiero ir. Voy contigo.

Gib abrió la boca, y Reena supo que le iba a decir que no. Pero Bianca lo miró y negó con la cabeza.

—Sí, ve con tu padre. Luego hablaremos de tu afición a escuchar las conversaciones de los demás. Y esperaré a que volváis para llamar a mis padres. A lo mejor hay alguna novedad y la cosa no es tan grave como pensamos.

No, en realidad era peor, o al menos a Reena se lo parecía. A la luz del día, los ladrillos negros, el cristal roto, los restos empapados tenían un aspecto terrible y

olían aún peor. Parecía imposible que el fuego hubiera hecho tanto daño en tan poco tiempo. Recena vio el interior arrasado a través de la abertura donde antes estaba la enorme cristalera con la pizza pintada. El desorden donde antes estaban los bancos naranjas y las viejas mesas, el metal retorcido de lo que antes eran las sillas. La luminosa pintura amarilla había desaparecido, igual que la enorme pancarta con el menú que había en la zona donde su padre, y a veces también su madre, trabajaba la masa para entretener a los clientes.

El hombre con el casco de bombero y la linterna salió con una especie de caja de herramientas en la mano. Era mayor que su padre. Reena lo sabía porque tenía más arrugas en la cara, y el pelo que veía debajo del casco estaba casi blanco

El inspector había estudiado brevemente al padre y la hija antes de salir. El padre, Gibson Hale, era de esos hombres larguiruchos y delgados que rara vez se vuelven más corpulentos. Y después de la noche que había pasado se le veía muy desmejorado. Tenía una buena mata de pelo rizado, de color arena, con las puntas desvaidas. De salir al sol cuando no debía sin sombrero.

John Minger no estudiaba solo el fuego, sino a la gente que se veía implicada.

La niña era preciosa, incluso con aquella mirada cansada por la falta de sueño. Tenía el pelo más oscuro que el padre, pero los rizos eran los mismos. A John le dio la impresión que sería igual de alta que él, o incluso más.

Los había visto la noche antes cuando llego al lugar de los hechos A la familia entera, todos juntos, como los supervivientes de un naufragio. La mujer era un bombón. De las que no es fácil ver fuera de una pantalla de cine. Según le parecía recordar, la hija mayor se le parecía mucho. Y la mediana no llegaba a la puntuación de uau por muy poco. El chico era guapo, y aún tenía ese aire robusto de la infancia. La niña que iba con el padre parecía ágil, y los moretones y los arañazos que tenía en sus largas piernas le hicieron pensar que seguramente pasaba más tiempo correteando con su hermano que jugando con muñecas.

- -Señor Hale, me temo que todavía no puedo dejarle entrar
- -Solo venía a ver. ¿Han encontrado... sabe y a cómo empezó?
- —En realidad quería hablarlo con usted. ¿Quién es esta señorita? —preguntó dedicándole una sonrisa a Reena.
  - -Mi hii a Catarina. Lo siento, he olvidado su nombre.
- —Minger, inspector John Minger. Dijo usted que una de sus hijas vio el fuego y le despertó.
- —Fui yo —dijo Reena enseguida. Seguramente era pecado estar orgullosa por aquello. Pero supuso que solo sería un pecado venial—. Yo lo vi primero.
- —También me gustaría que habláramos de eso. —Levanto la vista porque vio que un coche patrulla paraba junto a la acera—. Si me perdonan un momento...

- —Sin esperar respuesta, se acerco al coche y habló en voz baja con el hombre que iba dentro—. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar tranquilos? —preguntó cuando volvió con ellos.
  - -Vivimos en esta misma calle.
- —Estupendo. Perdonen otra vez. —Fue hasta otro de los coches y se quitó lo que Reena vio que era un mono. Debajo llevaba ropa normal. Lo dejó todo en el maletero, junto con la caja de herramientas y, después de cerrarlo, hizo una señal a los policias con la cabeza.
  - -¿Qué hay ahí? -quiso saber Reena-. En la caja de herramientas.
- —De todo. Si quieres un día te lo enseño. Señor Hale, ¿podemos hablar un momento? ¿Puedes esperarnos aquí, Catarina?

Tampoco ahora esperó la respuesta, simplemente, se alejó un poco.

- -¿Hay alguna información que pueda darme? -dijo Gib.
- —A su debido tiempo. —Sacó un paquete de cigarrillos, un encendedor. Dio la primera calada mientras volvía a guardar el encendedor en su bolsillo—. Tengo que hablar con su hija. Sé que su instinto hará que usted quiera rellenar los detalles por ella, sugerirle las cosas. Prefiero que no lo haga. Deje que hablemos ella y yo solos.
  - —De acuerdo. No hay problema. Es una niña, ah... es muy observadora.
- —Bien. —Volvió a donde estaba Reena. Los ojos de la niña tenían más de ámbar que de marrón y, a pesar de las ojeras, parecían muy agudos—. ¿Viste el fuego desde la ventana de tu habitación?—preguntó Minger mientras caminaban.
  - -No. Desde los escalones. Estaba sentada en los escalones del porche.
  - -Un poco tarde para que estuvieras levantada, ¿no?

Reena pensó bien en aquello, en cómo contestar sin tener que dar embarazosos detalles personales pero sin mentir.

- —Tenía calor y me levanté porque no me encontraba bien. Bajé a la cocina a ponerme un ginger ale y salí al porche a bebérmelo.
  - —Vale. ¿Puedes enseñarme dónde estabas sentada cuando lo viste?

Ella se adelantó corriendo y se sentó obedientemente en los escalones de mármol blanco, tan cerca de donde se había sentado la noche antes como podía recordar. Y esperó hasta que los dos hombres llegaron.

- -Aquí se estaba más fresco. El calor sube. Lo aprendimos en el cole.
- —Está bien. Bueno. —Minger se sentó junto a ella, miró calle abajo, como ella—. Te sentaste aquí con tu ginger ale y viste el fuego.
- —Vi luces. Vi luces en la cristalera y no sabía qué eran. Pensé que Pete se había olvidado de apagar las luces de dentro, pero no lo parecía. Se movían.
  - -¿Cómo se movían?

Reena levantó un hombro, se sintió idiota.

—Como si bailaran. Era bonito. No sabía qué era y por eso me levanté y caminé un poco para acercarme. —Se mordió el labio, miró a su padre—. Sé

que no tendría que haberlo hecho.

- —Ya hablaremos de eso después.
- —Solo quería ver. La abuela Hale dice que soy demasiado curiosa para mi bien, pero vo solo quería saber qué pasaba.
  - -¿Hasta dónde caminaste, puedes enseñármelo?
  - —Vale

El hombre se levantó y caminó junto a ella, imaginando cómo se sentiría una niña caminando por una calle oscura en una noche calurosa. Exaltada. Llena de la emoción de lo prohibido.

- —Llevaba el ginger ale en la mano y bebí un poco mientras caminaba. Frunció el ceño por la concentración, tratando de recordar paso a paso—. Creo que me paré por aquí, porque vi que la puerta estaba abierta.
  - —¿Qué puerta?
- —La de la pizzería. Estaba abierta. Vi que estaba abierta y pensé, lo primero que pensé fue « Jolin, cómo se puede haber olvidado Pete de cerrar la puerta. Mamá lo va a despellejar». Porque en casa es mamá quien despelleja a los pollos. Pero entonces vi que había fuego, y salía humo por la puerta. Me dio miedo. Grité muy fuerte y corrí a casa. Subí arriba y creo que no dejaba de gritar porque papá ya se había levantado y se estaba poniendo unos pantalones, y mamá estaba cogiendo su bata. Todo el mundo gritaba. Fran no dejaba de decir: «¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Es la casa?». Y yo le dije: «No, no, es la tienda». Porque nosotros la llamamos asi. La tienda.
- « Lo ha repasado a conciencia —pensó John—. Lo ha repasado todo en su cabeza pensando bien en cada detalle» .
- —Bella se puso a llorar. Llora mucho, porque es lo que hacen las adolescentes, aunque Fran no lloraba tanto. Bueno, el caso es que papá miró por la ventana y le dijo a mamá que llamara a Pete (Pete vive encima de la tienda) y le dijera que saliera y sacara a su familia de allí. Pete se casó con Theresa y tuvieron un bebé en junio. Le dijo que le dijera a Pete que había un incendio y que saliera de allí, y luego que llamara a los bomberos. Y se lo dijo bajando a toda prisa por las escaleras. Y dijo que llamara al 911, aunque mi madre ya estaba llamando.
  - -Un buen informe.
- —Recuerdo más cosas. Todos nos pusimos a correr, pero papá iba más rápido. Fue corriendo hasta alli. Había más fuego que antes. Y la cristalera estalló y el fuego salía por la ventana. Papá no entró por delante. Yo tenía miedo de que entrara y le pasara algo. Que se quemara, pero él fue por la parte de atrás y subió por las escaleras a la casa de Pete.

Hizo una pausa, apretó los labios.

- -Para ay udarles a salir -apuntó John.
- -Porque ellos son más importantes que la tienda. Pete llevaba a la niña, y mi

padre cogió a Theresa del brazo y bajaron corriendo. Ya había gente que había salido de su casa. Y todo el mundo gritaba. Creo que papá quería entrar, con fuego y todo, pero mamá lo cogió fuerte y dijo: «No, no lo hagas». Y no lo hizo. Se quedó con ella, y dijo: «Oh, Dios, mi niña». A veces llama así a mi madre. Y entonces oí las sirenas y llegaron los camiones de bomberos. Los bomberos bajaron y conectaron las mangueras. Y mi padre les dijo que y a no había nadie dentro. Pero algunos entraron. No sé cómo lo hicieron, con todo ese fuego y tanto humo, pero entraron. Parecían soldados. Soldados fantasma.

- -No se te escapa nada, ¿eh?
- -Tengo una memoria de elefante.

John le echó una mirada a Gib y sonrió.

- -Tiene una auténtica mina aquí, señor Hale.
- —Gib, llámeme Gib. Y sí, es una mina.
- —Muy bien, Reena, ¿puedes decirme qué más viste? Cuando estabas sentada en los escalones, antes de que vieras el fuego. Ahora vamos a volver atrás y nos sentaremos otra vez para que pienses.

Gib miró al restaurante, luego al John.

- -Han sido unos vándalos, ¿verdad?
- -¿Por qué dice eso?
- —La puerta. La puerta abierta. He hablado con Pete. Anoche cerró él. Yo fui con la familia a ver el partido.
  - -Los Orioles dieron una paliza a los Rangers.
- —Si. —Gib consiguió esbozar una tenue sonrisa—. Pete cerró, con otra de las chicas... de las empleadas. Dice que cerró, y lo recuerda perfectamente porque él y Toni, Antonia Vargas, hicieron unos comentarios sobre el llavero cuando estaba cerrando. Pete nunca se ha dejado una puerta abierta. Así que, si estaba abierta, es porque alguien entró.
- —Ya hablaremos de eso. —Volvió a sentarse con Reena—. Este sitio está bien. Está bien para beber algo fresco una noche de calor. ¿Sabes qué hora era?
- —Mmm, pasarían unos diez minutos de las tres. Vi el reloj de la cocina cuando me puse el ginger ale.
  - -Imagino que a esas horas todo el mundo estaría durmiendo en el barrio.
- —Todas las casas tenían las luces apagadas. La luz del porche de los Casto estaba encendida, pero casi siempre se olvidan de apagarla, y se veía un poco de luz en la habitación de Mindy Young. Siempre duerme con una luz encendida, aunque tiene diez años. Oí ladrar a un perro. Me parece que era Fabio, el perro de los Pastorelli, porque ladraba igual. Parecía entusiasmado, y luego paró.
  - -¿Pasó algún coche?
  - -No, ni uno.
- —A esas horas, con tanto silencio, seguramente lo habrías oído si alguien hubiera arrancado un coche calle abajo, o al cerrar la puerta.

- —Todo estaba en silencio. Menos el perro, que ladró un par de veces. Oía el zumbido del aparato de aire acondicionado de los vecinos. Y nada más que yo recuerde. Ni siquiera cuando iba hacia la tienda.
  - -Muy bien, Reena, Buen trabajo.

La puerta se abrió y una vez más John se vio sorprendido por tanta belleza.

- —Gib, ¿no piensas hacer pasar a este señor? ¿Ofrecerle un refresco? Por favor, pase. Tengo limonada fresca.
- —Gracias. —John ya se habia puesto en pie. Aquella mujer era de las que hacen poner en pie a un hombre—. No me importaria beber algo fresco, y robarles un poco más de su tiempo.

La sala de estar era muy colorida. John pensó que los colores llamativos casaban perfectamente con una mujer como Bianca Hale. Todo estaba ordenado y, aunque los muebles no eran ni mucho menos nuevos, se habían abrillantado tan recientemente que aún se notaba un leve aroma a cera de limón. Había bocetos en las paredes, retratos de la familia hechos en tiza con tonos pastel, con marcos sencillos. Alguien tenía ojo y talento.

- —¿Quién es el artista?
- Me parece que yo. —Bianca sirvió la limonada con unos cubitos de hielo
   Es mi hobby.
  - -Son muy buenos.
- —Mamá también tiene dibujos en la tienda —añadió Reena—. A mí el que más me gustaba era el de papá. Tenía puesto un gorro de cocinero y estaba arrojando al aire la masa de una pizza. Ya no está, ¿verdad? Se ha quemado.
  - -Haré otro. Y mejor que el primero.
- —Y estaba el dólar viejo. Mi abuelo hizo enmarcar el primer dólar que ganó cuando abrió Sirico's. Y el mapa de Italia, y la cruz que la abuela llevó para que el Papa la bendijera y...
- —Catarina. —Bianca levantó una mano para detener aquella letanía—. Cuando algo desaparece es mejor pensar en lo que todavía te queda y lo que puedes hacer con ello.
- —Alguien le ha prendido fuego a la tienda. Y no le importaba ni la cruz ni tus dibujos ni nada. Ni siquiera le importaban Pete y Theresa y la pequeña.
- —¿Cómo? —Bianca se agarró con una mano al respaldo de una silla—. ¿Qué estás diciendo? ¿Es verdad?
- -Nos estamos adelantando un poco. Un inspector especializado en incendios provocados...
- --Provocado. --Bianca se dejó caer sobre la silla---. Oh, Dios mío. Jesús santo
- —Señora Hale. He hecho llegar un informe preliminar sobre mis indagaciones a la unidad de delitos incendiarios del departamento de policía. Mi

trabajo es examinar el edificio y determinar si debe investigarse un posible delito. Alguien de la policía vendrá para realizar una investigación.

- -- ¿Y por qué no lo hace usted? -- preguntó Reena--. Usted y a sabe.
- John la miró, miró sus ojitos cansados e inteligentes. « Sí», pensó. Él sabía.
- —Si el fuego ha sido provocado, entonces es un delito, y tiene que ocuparse la policía.
  - -Pero usted también sabe
  - No, a aquella niña no se le escapaba ni una.
- —Llamé a la policía porque cuando inspeccioné el edificio encontré indicios de que se había forzado la entrada. Los detectores de incendio estaban desactivados. Y parece haber numerosos focos.
  - —¿Oué es un foco?
- —Significa que el fuego empezó en varios sitios a la vez, y por la trayectoria que siguió, por la forma en que las llamas señalaron ciertas zonas del suelo, las paredes, el mobiliario y el resto de materiales, parece que utilizaron gasolina como acelerador, además de otra cosa que llamamos combustibles, que son otras cosas que prenden con facilidad, como periódicos, papel encerado, cajas de cerillas. Parece ser que alguien entró, colocó combustibles por la zona del comedor y la cocina. Además de lo que ya había dentro: latas presurizadas, muebles de madera. Estructuras, mesas, sillas. Lo más probable es que echaran gasolina por el suelo y por las paredes y las mesas. El fuego ya estaba en pleno apogeo cuando Reena salió.
- —¿Y quién iba a hacer algo así deliberadamente? —Gib meneó la cabeza—. Yo pensaba que un par de críos estúpidos habrían forzado la entrada y habrían provocado el incendio sin querer, pero lo que usted dice es que alguien trató deliberadamente de quemar nuestro negocio, con una familia dentro. ¿Quién haría algo así?
- —Eso es lo que querría saber. ¿Hay alguien que tenga algo en contra de usted o su familia?
- —No. No, por Dios, hace quince años que vivimos en este barrio. Bianca se crio aquí. Sirico's es toda una institución.
  - -¿Alguien de la competencia?
- —Conozco a todos los que tienen restaurantes en la zona. Y estamos en muy buenos términos.
- —Un antiguo empleado tal vez O alguien que trabaje para usted y al que haya tenido que llamar la atención.
  - -Definitivamente no. Se lo aseguro.
- —¿Ha discutido usted con alguien, o alguien de su familia o de sus empleados? ¿Un cliente?

Gib se frotó la cara con las manos, y se levantó para ir hasta la ventana.

-Nadie. No se me ocurre nadie. Tenemos un negocio familiar. De vez en

cuando recibimos alguna queja, es imposible tener un restaurante y no recibir nunca una queja. Pero nada que pueda desencadenar algo así.

—Es posible que alguno de sus empleados haya tenido un altercado, aunque no fuera en horas de trabajo. Quiero una lista con sus nombres. Tendré que hablar con ellos.

# —Papá.

- —Ahora no, Reena. Hemos procurado ser unos buenos vecinos y dirigir el local como los padres de Bianca. Hemos modernizado un poco la técnica, pero en esencia sigue siendo la misma. —Había pena en su voz, pero por debajo se notaba la ira—. Es un negocio estable. Trabajamos duro para ganarnos la vida. No conozco a nadie que pueda hacernos algo así.
- —Hemos estado recibiendo llamadas de los vecinos toda la mañana —apuntó Bianca cuando el teléfono volvió a sonar—. He puesto a nuestra hija mayor a contestar por nosotros. La gente no deja de decir lo mucho que lo sienten, y si pueden ayudar. Con la limpieza, trayendo comida, en las labores de reconstrucción. Me he criado aquí. En Siricos. Y la gente quiere mucho a Gib, sobre todo a él. Para hacer algo así tienes que odiar mucho, ¿no es verdad? Nadie nos odia
  - -Joev Pastorelli me odia.
- —Catarina. —Bianca se pasó la mano por la cara con gesto cansado—. Joey no te odia. No es más que un matón.
  - -¿Por qué dices que te odia? -quiso saber John.
- —Me tiró al suelo y me pegó, y me rompió la camiseta. Me dijo un insulto, pero nadie me quiere decir qué significa. Xander y sus amigos lo vieron y vinieron a ayudarme, y Joey se fue corriendo.
- —Es un niño algo rudo —comentó Gib—. Y fue... —Miró a John a los ojos, y entre ellos pasó algo que Reena no comprendió—, fue algo desagradable. Como mínimo creo que tendría que verlo un psiquiatra. Pero tiene doce años. No creo que un niño de doce años haya entrado en mi negocio y haya hecho lo que dice usted que han hecho.
- —Vale la pena comprobarlo. Reena, has dicho que oíste al perro de los Pastorelli cuando estabas sentada en el porche.
- —Creo que era él. Da un poco de miedo, y tiene un ladrido muy seco. Como una tos que te duele en la garganta.
- —Gib, estaba pensando que si un crío se metiera con mi hija tendría unas palabras con él, y con sus padres.
- —Y lo hice. Yo estaba en el trabajo cuando llegaron Reena y Xander con otros crios. Reena estaba llorando. No llora casi nunca, así que supe que alguien le había hecho daño. Tenía la camiseta rota. Cuando me dijo lo que había pasado... estaba muy enfadado. Yo...

Se volvió lentamente hacia su mujer, con mirada de espanto.

- —Oh. Dios. Bianca.
  - —¿Qué hizo, Gib? —John trató de atraer su atención.
- —Me fui derecho a la casa de los Pastorelli. Pete estaba fuera, y se vino conmigo. Joe Pastorelli abrió. Lleva casi todo el verano sin trabajo. Me encendí. —Cerró los ojos con fuerza—. Estaba tan enfadado, tan preocupado... No es más que una niña, y le había roto la camiseta, tenía sangre en la pierna. Le dije que estaba harto de que su hijo se metiera con mi hija, y que esto tenía que acabarse. Que esta vez Joey se había pasado y que iba a llamar a la policía. Si él no era capaz de educar a su hijo, que lo hiciera la policía. Los dos nos pusimos a gritar.
  - —Te dijo que eras un jodido santurrón y que te metieras en tus asuntos.
- $-_i$ Catarina! —Bianca habló con voz cortante—. No utilices ese lenguaje en esta casa.
- —Solo digo lo que dijo el señor Pastorelli. Dijo que papá estaba educando a un puñado de llorones inútiles que no saben dar la cara. Pero con más palabrotas. Y papá también dijo palabrotas.
- —No le puedo decir exactamente lo que yo dije ni lo que dijo él —Gib se tocó el puente de la nariz—. No tengo una grabadora en la cabeza como Reena. Pero estábamos muy enfadados, y estuvimos a punto de llegar a las manos. Si los ninos no hubieran estado delante, seguramente lo habríamos hecho. No quería ponerme a pelear delante de ellos, sobre todo porque si había ido a hablar con el padre era justamente por un problema de violencia.
- —Dijo que alguien tendría que enseñarte una cuantas cosas a ti y a tu familia —añadió Reena—. Y le hizo unos gestos muy feos cuando él y Pete se iban. Cuando estábamos en la calle mirando el fuego, vi a Joey. Y me sonrió de una forma muy fea.
  - --¿Tienen algún otro hijo los Pastorelli?
- —No, solo Joey. —Gib se sentó en el reposabrazos del asiento de su mujer—. A veces ese crío me da pena, porque parece que Pastorelli es muy duro con él, pero es un auténtico matón. —Volvió a mirar a Reena—. O algo peor.
- —De tal palo, tal astilla —musitó Bianca—. Creo que maltrata a su mujer. Le he visto los moretones. Ella no dice nada, así que no puedo estar segura. Hace casi dos años que viven aquí, y prácticamente no he hablado nunca con ella. Una vez vino la policía, justo después de que lo echaran del trabajo. Los vecinos oyeron gritos y llamaron a la policía. Pero Laura, la señora Pastorelli dijo que no pasaba nada, que se había dado un golpe con una puerta.
- --Parece un encanto de hombre. La policía querrá hablar con él. Siento mucho todo esto.
  - -¿Cuándo podremos entrar y empezar a recoger?
- —Tendrán que esperar un poco. La policía tiene que hacer su trabajo. Parece que la estructura ha aguantado bastante bien, y las puertas de incendios evitaron que el fuego se extendiera al piso de arriba. Su compañía de seguros tendrá que

echar un vistazo. Estas cosas llevan su tiempo, pero haremos lo posible para acelerar los trámites. Le aseguro que habría sido mucho peor de no ser por la señorita ojos de lince. —Y se levantó dedicándole un guiño a Reena—. Siento mucho todo esto. Les mantendré informados.

- —¿Volverá usted?—le preguntó Reena—. Para enseñarme lo que lleva en su caja de herramientas y para qué sirve.
- —Lo intentaré. Me has sido de gran ayuda. —Le tendió la mano y por primera vez la mirada de la niña pareció cohibida. Pero se la estrechó.
- —Gracias por la limonada, señora Hale. Gib, ¿le importa acompañarme hasta el coche?

Salieron juntos.

- No sé cómo no me he acordado de Pastorelli. Aún no me acabo de creer que haya podido hacer algo así. En mi mundo, cuando estás realmente indignado con alguien. le das un buen puñetazo.
- —Un enfoque muy directo. Si ha sido él, quizá lo que quería era darle donde más le duele. Su tradición, su sustento. Él no tiene trabajo, y usted sí. ¿Y ahora quién es el que está sin trabajo?
  - —Bueno.
- —Usted y su empleado le plantaron cara. Sus hij os estaban viendo todo desde la puerta del restaurante. Y me imagino que también los vecinos.

Gib cerró los ojos.

- -Sí. Sí, salieron algunos vecinos.
- —Destrozando su negocio le da una buena lección. ¿Puede decirme cuál es su casa?
- —Aquella de la derecha. —Hizo un gesto con la cabeza—. La que tiene las cortinas echadas. Hace demasiado calor hoy para tener las cortinas echadas. El muy hijo de puta.
- —Tendrá que mantenerse alejado. Controlar el impulso de enfrentarse a él. /Tiene coche?
  - --- Una camioneta. Ese viejo Ford de allí. El azul.
  - -; Hacia qué hora fueron usted y su empleado a la casa?
- —Después de las dos, creo. Los clientes que vienen para comer ya casi habían terminado.

Mientras caminaban, varias personas se pararon, abrieron la puerta o se asomaron por la ventana para decirle algo a Gib. Cuando llegaron a la casa de los Pastorelli, las cortinas seguian echadas.

Había un pequeño grupo de gente delante del restaurante, así que John no habló hasta que se alejaron lo bastante para que nadie les oyera.

- —Sus vecinos querrán hablar con usted, preguntarán cosas. Lo mejor es que no mencione nada de lo que hemos hablado.
  - -No lo haré. -Dejó escapar un suspiro-. Bueno, había estado pensando en

cambiar la decoración. Creo que es un buen momento.

- —Cuando pueda entrar en el local, verá que hay muchos destrozos, pero buena parte se deben a las labores de extinción. Pero la estructura ha aguantado muy bien. Denos unos días y cuando todo esté despejado volveré y entraré con usted. Tiene una familia estupenda. Gib.
  - -Gracias. Aún no los conoce a todos, pero sí.
- —Los vi a todos anoche. —John sacó sus llaves, las sacudió en la mano—. Vi que sus hijos prepararon comida y sandwiches para los bomberos. La gente que trata de hacer algo positivo en los momentos de dificultad son de buena pasta. Aquí llegan los de la unidad policial. —Inclinó la cabeza cuando un coche aparcó —. Voy a hablar un momento con ellos. Estaremos en contacto —dijo, y le ofreció la mano.

John fue hacia el coche. Los dos detectives se apearon, y él les dedicó una sonrisa glacial.

- -Hola, Minger.
- —Hola —dijo él—. Bueno, parece que he hecho todo el trabajo por vosotros.
- -Se sacó un cigarrillo y lo encendió-. Permitidme que os ponga al corriente.

No tardaron unos días. Al día siguiente la policía se llevó al señor Pastorelli. Reena lo vio todo, porque cuando pasó ella iba de camino a su casa con su mejor amisa desde segundo grado. Gina Rivero.

Al llegar a la esquina donde estaba Sirico's se detuvieron. La policía y los bomberos habían puesto un cordón policial, barreras y señales.

—Qué vacío se ve —musitó Reena.

Gina le puso una mano en el hombro como muestra de apoy o.

- —Mi madre me ha dicho que el domingo, antes de la misa, todos encenderemos unas velas por ti y tu familia.
- —Qué amables. El padre Bastillo vino a vernos a casa. Dijo no sé qué de ser fuertes en la adversidad y de que los caminos de Dios son inescrutables.
  - -Y lo son -dijo Gina con gesto pío, y se llevó una mano a su crucifijo.
- —Me parece muy bien eso de encender velas y rezar, pero es mejor hacer algo... como investigar y averiguar qué ha pasado, y asegurarse de que se castiga al culpable. Si te quedas rezando todo el rato, no conseguirás nada.
- —Eso que has dicho es una blasfemia —susurró Gina, y miró a su alrededor enseguida por si Dios o algún ángel estaba por allí para castigarlas.

Reena se limitó a encogerse de hombros. No entendía por qué tenía que ser blasfemia decir lo que pensaba. Pero claro, esa era una de las razones por las que Frank, el hermano may or de Gina, la llamaba hermana María.

- —El inspector Minger y los dos detectives hacen cosas. Hacen preguntas, buscan pruebas, para saber. Y es mejor saber. Es mejor hacer algo. Me gustaría haber hecho algo cuando Joey Pastorelli me tiró al suelo y me pegó. Pero tenía tanto miedo que casi ni me moví.
- —Él es mayor. —Con el brazo que tenía libre, Gina cogió a Reena por la cintura—. Y es malo. Frank dice que no es más que un mocoso que necesita una buena patada en el ce u ele o.
- --Puedes decirlo Gina. Culo. Se dice « culo» . Mira, los detectives de la policía.

Reena los reconoció, así como el coche. Llevaban gabardina y corbata, como los hombres de negocios. Pero ella los había visto en el interior de Sirico's vestidos con monos y casco.

Habían ido a su casa para hablar con ella, igual que el inspector Minger. Cuando vio que se apeaban del coche y se dirigian hacia la casa de los Pastorelli, se le hizo un nudo en el estómago.

- —Van a la casa de Joev.
- —También hablaron con mi padre cuando se acercó un momento a la pizzería.
- —Chis. Mira. —Ella también le pasó un brazo por la cintura a Gina y, cuando vieron que la señora Pastorelli abría la puerta, retrocedieron un poco, hasta la esquina.
  - -No quiere dejarles pasar.
  - —¿Por qué?

Reena tuvo que hacer un gran esfuerzo para no decirlo. Se limitó a menear la cabeza

- —Le están enseñando un papel.
- -Parece asustada. Mira, ahora entran.
- —Vamos a esperar un poco —declaró Reena, y fue a sentarse en el bordillo, entre dos coches que había aparcados—. Podemos esperar aquí.
  - -Se suponía que teníamos que ir directamente a tu casa.
- —Esto es diferente. Ve tú y avisa a mi padre. —Levantó la vista para mirar a Gina—. Ve y dile a mi padre que venga. Yo me quedo a ver qué pasa.

Cuando Gina se fue corriendo por la acera, Reena permaneció sentada, con los ojos puestos en aquellas cortinas que aquel dia tampoco se habían abierto... y observó

Cuando su padre llegó solo, se puso de pie.

El primer pensamiento del padre cuando miró a los ojos de su hija, fue que la persona que le estaba devolviendo la mirada ya no era una niña. Había una frialdad que era totalmente adulta.

—Su mujer no quería dejarles entrar, pero ellos le han enseñado un papel. Creo que era una orden, como en Corrupción en Miami. Y ha tenido que dejarles pasar.

Gib la cogió de la mano.

- —Tendría que mandarte a casa ahora mismo. Sí, eso es lo que tendría que hacer, porque ni siquiera has cumplido los doce años, y no tendrías que ver este tipo de cosas.
  - -Pero no lo vas a hacer.
- —No, no lo haré. —El padre suspiró—. Tu madre siempre lleva las cosas a su manera. Tiene su fe y su carácter, tiene sensatez y un gran corazón. Fran tiene la fe y el corazón. Cree que en esencia toda persona es buena. Eso significa que para ellos es más natural ser buenos que malos.
  - -Pues no todo el mundo es así.
  - -No, no todo el mundo lo es. Y Bella, que en estos momentos está totalmente

concentrada en sí misma. Tu hermana es todo sentimiento, y, por el momento, no le importa si la gente es buena o mala, a menos que le afecte. Seguramente acabará superando esta etapa, pero siempre sentirá antes que pensar. Xander es el más alegre. Es un crío feliz al que no le importa pelearse.

- —Vino a ayudarme cuando Joey se estaba metiendo conmigo. Le asustó, y eso que solo tiene nueve años y medio.
- —Esa es su forma de ser. Quiere ayudar, sobre todo cuando ve que hacen daño a otros.
  - —Porque es como tú.
- —Me gusta que me digas eso. Y, tú, mi tesoro. —Se inclinó y le besó los dedos—. Tú te pareces mucho a tu madre. Aunque tienes algunas cosas que son solo tuyas. Tu curiosidad. Siempre desmontándolo todo, para ver cómo funciona y cómo encajan las diferentes piezas. Cuando eras pequeña, no bastaba con decirte que no tocases esto o aquello. Tenías que tocarlo, ver cómo era, qué pasaba. Nunca basta con explicarte las cosas. Tienes que probarlas por ti misma.

Reena se apoyó contra su brazo. El calor era sofocante, soporifero. Se oyó un trueno lejano. Le habría gustado tener un secreto, algo profundo, oscuro y personal que poder contarle a su padre. Porque en aquel momento, sabía que podía decirle lo que fuera.

Y entonces, al otro lado de la calle, la puerta se abrió. El señor Pastorelli salió, con un detective a cada lado. Iba vestido con tejanos y una camiseta Bianca sucia. Salió con la cabeza gacha, como si se sintiera avergonzado, pero Reena veía la mandibula apretada, el gesto de la boca, y pensó « Está rabioso».

Uno de los detectives llevaba una lata grande y roja, y el otro una bolsa enorme de plástico.

La señora Pastorelli miraba desde la puerta, llorando, sollozando aparatosamente. Tenía un trapo amarillo en las manos, y hundió el rostro en él.

Llevaba puestas unas zapatillas deportivas blancas; los cordones del pie izquierdo estaban desatados.

La gente salía de sus casas para mirar. El anciano señor Falco estaba sentado en los escalones del porche de su casa con unos pantalones cortos rojos, y sus piernecitas huesudas y blancas casi no se veían contra la piedra. La señora DiSalvo se detuvo en la acera, con su pequeño Christopher. El niño iba comiéndose un polo de uva, brillante y rojo. Todo parecía brillante y definido bajo la luz del sol...

Todo estaba tan callado... tan callado que Reena podía oír la respiración carrasposa de la señora Pastorelli entre sollozo y sollozo.

Uno de los detectives abrió la puerta de atrás del coche y el otro puso la mano sobre la cabeza del señor Pastorelli y le hizo entrar. Pusieron la lata —Reena se dio cuenta de que era de gasolina— y la bolsa de plástico verde en el maletero.

El del pelo oscuro y la barba incipiente, como Sonny Crockett, le dijo algo a

su compañero y entonces cruzó la calle.

- -Señor Hale
- -Detective Umberio.
- —Hemos arrestado al señor Pastorelli como sospechoso de haber provocado el incendio. Nos lo llevamos, junto con algunas pruebas.
  - —¿Lo ha confesado?

Umberio sonrió.

—Todavía no, pero con lo que tenemos lo más probable es que lo haga. Ya le avisaremos. —Volvió a mirar hacia la puerta de la casa, donde la señora Pastorelli estaba sentada, llorando sobre el trapo amarillo—. Le está saliendo un verdugón en el ojo y aún llora por él. Lo que hay que ver.

Se llevó dos dedos a la frente en un pequeño saludo, y volvió hacia el coche. Cuando el coche arrancó, Joey salió de la casa.

Iba vestido como su padre, con tejanos y una camiseta, descolorida de tanto lavarla sin una buena lejia. Corrió detrás del coche, gritando cosas terribles a la policía. Y lloraba con cierta pena. Reena vio que lloraba. Lloraba por su padre, mientras corría detrás del coche, agitando los puños.

-Vamos a casa -murmuró Gib.

Reena volvió a su casa cogida de la mano de su padre. Aún se oían los gritos de Joey mientras corría con impotencia detrás de su padre.

La noticia se difundió. Era como un fuego que avanza por sí solo, con sus bolsas de calor y calor atrapado que estallaba al contacto con aire fresco. La sensación de ultraje, la mecha, extendió las llamas a todo el vecindario, a las casas y las tiendas, por las aceras y los parques.

Las cortinas de la casa de los Pastorelli seguían cerradas a cal y canto, como si aquel material tan fino fuera un escudo.

En cambio, a Reena le parecía que su casa siempre estaba abierta. No dejaban de llegar vecinos con platos de comida, con muestras de apoyo, con sus cotilleos.

- « ¿Sabías que no ha podido pagar la fianza?» .
- « La mujer ni siquiera fue a misa el domingo» .
- « Mike, el de la gasolinera de Sunoco, le vendió la gasolina» .
- « Mi primo el abogado dijo que podían acusarle de intento de asesinato» .

Y, además de los cotilleos y las especulaciones, estaba una frase que casi todos repetían: « Sabía que ese hombre traería problemas» .

El abuelo y la abuela volvieron desde Bar Harbor, Maine, al volante de su Winnebago. Aparcaron en la entrada de la casa del tío Sal en Bel Air porque era el mayor y su casa era la más grande. Y fueron todos juntos a Siricos, a ver: los tíos, algunos de los primos y las tías. Era como un desfile, solo que no había

trajes, ni música. Algunos vecinos salieron de sus casas, pero no se acercaron por respeto.

El abuelo ya estaba mayor, pero era un hombre fuerte. Era la palabra que Reena oía casi siempre para describirlo. Tenía el pelo blanco como una nube, y también su tupido bigote. Una enorme barriga y hombros anchos y poderosos. Le gustaba llevar camisetas de golf con el cocodrilo en el bolsillo. La que llevaba ese día era roja.

A su lado, la abuela se veía poca cosa; ocultaba los ojos detrás de unas gafas de sol

Se habló mucho, en inglés y en italiano. El que habló en italiano fue sobre todo el tío Sal. Mamá decía que era porque le gustaba pensar que él era más italiano que el manicotti.

Vio que el tío Larry —cuando bromeaban con él solo era Lorenzo— se acercaba a mamá para ponerle la mano en el hombro, y que ella levantó su mano para tocar la de él. El tío Larry era el callado, y era el más joven de sus tíos

El tío Gio se volvió y estuvo mirando a las cortinas echadas de la casa de los Pastorelli como si quisiera agujerearlas. Él era el cabeza loca, y Reena lo oyó musitando por lo bajo en italiano algo que parecía un insulto. O una amenaza. Pero el tío Paul — Paolo— meneó la cabeza. Él era el serio.

El abuelo estuvo sin decir nada durante mucho rato. Reena se preguntaba qué estaría pensando. ¿Pensaba en cuando su pelo no estaba blanco y su barriga no era tan grande y él y la abuela empezaron a preparar pizzas y enmarcaron el primer dólar para ponerlo en la pared?

A lo mejor se acordaba de cuando vivían en el piso de arriba, antes de que naciera mamá, o de la vez que el alcalde de Baltimore fue a comer a la pizzería. De cuando el tío Larry rompió un vaso y se cortó en la mano y el doctor Trivani dejó a medio comer su pizza de parmesano y berenjena y lo llevó a su consulta, calle abajo, para ponerle unos puntos.

Él y la abuela hablaban con frecuencia de los viejos tiempos. Y a Reena le gustaba escucharles, incluso cuando repetían las historias. Así las recordaría.

Reena se escurrió entre sus primos y sus tías y fue a coger a su abuelo de la mano.

-Lo siento, abuelo.

Él le oprimió la mano y, para su sorpresa, apartó una de las barreras que había colocado la policía. A Reena el corazón le latía con fuerza cuando subieron juntos los escalones. A través del precinto, vio la madera quemada, los charcos de agua sucia. El asiento de uno de los taburetes altos se había fundido y tenía una extraña forma. Había señales del fuego por todas partes, y en los sitios por donde no se había quemado, el suelo estaba abombado.

Reena vio con asombro un aerosol empotrado en una pared, como si lo

hubieran disparado con un cañón. Ya no quedaban colores alegres, ni botellas con la cera de las velas deslizándose por los costados, ni los bonitos dibujos que su madre había hecho v que colgaban de las paredes.

- —Catarina, veo fantasmas aquí. Fantasmas buenos. El fuego no ahuyenta a los fantasmas. Gibson. —Cuando se dio la vuelta, el padre de Reena cruzó también las barreras—. ¿Tienes un seguro?
  - -Sí. Han estado mirando. No creo que hay a ningún problema.
  - —¿Piensas utilizar el dinero del seguro para reconstruir el local?
- —Por supuesto. Es posible que mañana mismo podamos entrar y empezar a arreglar cosas.
  - --: Por dónde quieres empezar?
- El tío Sal iba a decir algo —porque él siempre tenía una opinión—, pero el abuelo levantó un dedo. Según la madre de Reena, él era el único que podía hacer que el tío Sal se tragara sus palabras.
- —El Sirico's es de Gibson y Bianca. Ellos deben decidir lo que quieren hacer y cómo. ¿Qué podemos hacer para ayudaros?
- —Bianca y yo somos los propietarios de Sirico's, pero vosotros lo levantasteis. Me gustaría escuchar vuestro consejo.
- El abuelo sonrió. Reena vio cómo la sonrisa se extendía por su rostro, levantando su bigote tupido y blanco y borrando el pesar de sus ojos.
  - -Eres mi verno favorito.
  - Y, con esta vieja broma de la familia, volvió a la acera y dijo:
  - -Vamos a la casa y hablaremos.

Cuando se iban, en un nuevo desfile, Reena vio que las cortinas de la casa de los Pastorelli se movían

« Hablar» era un término algo impreciso que utilizaban para describir cualquier evento que hiciera reunirse a la familia en un mismo lugar. Hacían falta cantidades ingentes de comida, los niños de más edad se ocupaban de cuidar a los más pequeños, y eso siempre acababa en peleas o incluso batallas campales. Entonces los mayores les reprendían o les reían la gracia, según el ánimo general.

La casa se llenó del aroma a ajo y albahaca que Bianca cortó fresca de su pequeño huerto. Y de ruido.

Cuando el abuelo le dijo a Reena que fuera con los adultos al comedor, sintió un cosquilleo en el estómago.

Abrieron la mesa al máximo, pero seguía sin ser suficiente para toda aquella gente. La mayoría de los niños estaban fuera, comiendo en la mesa plegable o sobre alguna manta, y algunas de las mujeres los controlaban. Pero Reena estaba en el comedor con los hombres, su madre y la tía Mag, que era abogada y muy

lista

El abuelo cogió un montón de pasta de uno de los grandes cuencos y la puso en el plato de Reena.

- -Así que ese niño, el tal Joev Pastorelli, te pegó.
- -Me pegó en el estómago y luego me tiró al suelo y volvió a pegarme.

El abuelo respiró con fuerza por la nariz, y tenía una nariz grande, así que a Reena el sonido le recordó a un toro a punto de embestir.

- —Vivimos en una época en que se supone que los hombres y las mujeres son iguales, pero aun así no está bien que un hombre pegue a una mujer, o un niño a una niña. Reena... ¡hiciste algo, dijiste algo para que ese niño quisiera pegarte?
- —Siempre lo evito porque se mete en peleas en el cole y en el barrio. Un día sacó una navaja y dijo que se la iba a clavar a Johnnie O'Hara porque era un rilandés de mierda y la hermana se la quitó y lo mandó al despacho de la madre superiora. A veces... a veces me mira y siento que el estómago me duele.
  - -El día que te pegó, ¿qué estabas haciendo?
- —Estaba jugando con Gina en el patio. Jugábamos a la pelota. Pero hacía demasiado calor. Teníamos ganas de comernos un helado, y Gina fue corriendo a su casa para pedirle el dinero a su madre. Yo tenía ochenta y ocho centavos, pero no era bastante para las dos. Y entonces Joey vino y me dijo que fuera con él, que quería enseñarme una cosa. Pero yo no quería y le dije que no, que estaba esperando a Gina. Él tenía la cara muy roja, como si hubiera estado corriendo, y se puso muy furioso. Me cogió del brazo para obligarme. Y yo me solté y le dije que no quería ir. Y entonces él me pegó y me dijo un insulto que significa...—Se calló y miró a sus padres con expresión avergonzada—. Lo miré en el diccionario.
- —Pues claro, hija —musitó Bianca, y agitó una mano en el aire—. La llamó pequeña zorra. Es una palabra muy fea, Catarina. No quiero que nadie vuelva a decirla en esta casa.
  - -No, mamá.
- —Tu hermano fue a ayudarte —siguió diciendo el abuelo—. Porque es tu hermano y porque siempre hay que ayudar a las personas que tienen problemas. Luego tu padre hizo lo más correcto y fue a hablar con el padre del chico. Pero ese señor no es un hombre, no hizo lo que debía. Quiso perjudicar a tu padre de la forma más baja y ruin, perjudicarnos a todos nosotros. ¿Ha sido culpa tuya?
- —No, abuelo. Pero fue culpa mía tener demasiado miedo para defenderme yo sola. La próxima vez no me pasará.

El anciano lanzó una media risa.

—Aprende a correr, chiquilla —dijo—. Y si no puedes escapar, entonces pelea. Bueno. —Se recostó en el asiento, cogió su tenedor—. Este es mi consejo. Salvatore, tu cuñado tiene un negocio de construcción. Cuando sepamos lo que nos hace falta, podemos conseguirlo a un precio más asequible. Gio, el primo de

tu mujer es fontanero, ¿no?

- -Ya he hablado con él. Gib, Bianca, si necesitáis lo que sea...
- —Mag, tú hablarás con la compañía aseguradora, a ver si podemos acelerar los trámites para cobrar ese cheque.
- —Encantada. Me gustaría echar un vistazo a esa póliza y ver si hay algo que debamos cambiar o modificar para el futuro. Y luego está el asunto de las acciones legales que vamos a emprender contra ese... —Arqueó las cejas mirando a Reena— ese individuo. Si va a juicio, seguramente Reena tendrá que testificar. Pero no creo que lo haga —continuó diciendo—. He estado tanteando el terreno. Normalmente los casos de incendios provocados son dificiles de demostrar, pero parece ser que este lo tienen bien ligado. —Mientras hablaba enrolló la pasta con el tenedor, comió con puleritud—. Los investigadores han sido muy concienzudos, y el que provocó el fuego muy estúpido. El fiscal cree que aceptará un acuerdo para evitar que lo acusen de intento de asesinato. Tienen toda clase de pruebas, incluyendo el pequeño detalle de que ya ha sido interrogado en otras dos ocasiones en relación con otros incendios provocados.

Mag enrolló más pasta en el tenedor mientras por la mesa todos empezaban a hablar.

—Este verano lo han echado de su trabajo; es mecánico —siguió diciendo—
Unas noches después se produjo un incendio sospechoso en el taller. No hubo apenas daños, porque otro de los empleados había quedado en el taller con su chica. Hablaron con todo el mundo, incluido Pastorelli, pero no pudieron demostrar que fuera provocado. Hace un par de años, tuvo un altercado con el hermano de su mujer en la capital. El hermano llevaba un almacén de suministro de material eléctrico. Alguien arrojó un cóctel molotov por la ventana. Una...—
Volvió a lanzar una mirada a Reena—. Una señora de la noche vio una camioneta alejándose a toda velocidad, y hasta copió parte de la matrícula. Pero la mujer de Pastorelli juró que había estado toda la noche en casa, y dieron más credibilidad a ella.

Mag cogió su vino.

- -Si comprueban estos casos lo tienen cogido.
- —Si el inspector Minger y nuestros detectives se hubieran ocupado del caso seguro que lo habrían cogido.

Mag le sonrió a Reena.

- -Puede. Pero esta vez sí lo cogerán.
- —¿Lorenzo?
- —Tienes todo mi apoyo —dijo él—. Y tengo un amigo en el negocio de los suelos. Puedo conseguirte lo que quieras a un buen precio.
- —Si los necesitas, yo puedo proporcionarte volquetes y mano de obra añadió Paul—. Y el cuñado de un amigo suministra material a los restaurantes. Te barán un buen descuento

—Vaya, pues visto el éxito, creo que puedo coger a Bianca y los niños y pasarnos unas buenas vacaciones en Hawai.

Su padre estaba bromeando, pero la voz le temblaba un poco, y Reena supo que estaba emocionado.

Cuando las sobras se repartieron o se quitaron de en medio y la cocina estuvo por fin recogida, y todos los primos, tíos y tías hubieron salido por la puerta, Gib cogió una cerveza y salió a sentarse a los escalones del porche. Necesitaba pensar, y preferia hacerlo con una cerveza fría en las manos.

La familia había acudido en su ayuda, y no esperaba menos. Incluso había conseguido un « Jesús, es terrible» de sus padres. No esperaba más.

Las cosas eran así.

Sin embargo, en aquellos momentos lo que estaba pensando era en que durante dos años había vivido en la misma manzana que un hombre que solucionaba sus problemas provocando incendios. Un hombre que podía haber intentado quemar su casa en lugar de su restaurante.

Un hombre cuyo hijo de doce años había atacado —Dios, ¿habría intentado violarla?— a su hija pequeña.

Aquello le ponía enfermo, y le hizo pensar que era demasiado confiado, que siempre daba a la gente el beneficio de la duda. Era demasiado blando.

Tenía una mujer y cuatro hijos a los que proteger, y en aquellos momentos se sentía de lo más inento.

Estaba dando un trago a la botella de Peroni cuando John Minger detuvo su coche junto al bordillo. Vestía pantalones caqui y camiseta, y llevaba unas botas de baloncesto que, más que sucias, se veían viejas. Se acercó caminando por la acera

- -Gib.
- —John
- -: Tiene un momento?
- -Tengo montones de momentos. ¿Quiere una cerveza?
- -No le diré que no.
- —Siéntese. —Gib dio una palmadita en el escalón, a su lado, y entonces se levantó y entró en la casa. Volvió con las cervezas que quedaban del pack de seis.
  - -Bonita tarde. -John ladeó una botella-. Un poquito más fresca.
- —Sí. Yo no diría tanto. Simplemente, en vez de estar en el infierno, hoy solo estamos muy cerca.
  - —¿Mal día?
- —No. No, la verdad es que no. —Se inclinó hacia atrás y apoyó un codo en el otro escalón—. Hoy ha venido la familia de mi mujer. Ha sido muy duro que su padre y su madre tuvieran que ver todo esto. —Y alzó el mentón señalando a

Sirico's—. Pero lo llevan bien. Más que bien. Están deseando arremangarse y ponerse a trabajar. Voy a tener tanta ayuda que podría quedarme aquí sentado rascándome la barriga y tener el local funcionando de nuevo de aquí a un mes.

- --Vamos, que se siente como un auténtico fracaso. Eso es lo que ese hombre quería.
- —¿Pastorelli? —Gib levantó su botella en un brindis—. Misión jodidamente cumplida. Su hijo vino a por mi hija, le puso las manos encima, y ahora que lo pienso, ahora que lo pienso detenidamente creo, Dios, creo que quería violar a mi pequeña.
- —Pero no lo hizo. La niña tiene algunos moretones y arañazos, y no sirve de nada preocuparse por lo que podría haber pasado.
- —Tengo que protegerlos. Esa es la idea. Hoy la mayor ha salido con un chico. Un chico majo, aunque no es nada serio. Y estoy aterrado.

John dio un largo trago.

- —Mire, Gib. Una de las cosas que buscan los que son como Pastorelli es provocar miedo. Les hace sentirse importantes.
- —Nunca podré olvidarlo, ¿verdad? Y eso le hace sentirse jodidamente importante. Lo siento. Lo siento. —Gib se puso derecho se paso la mano por el pelo—. No hago más que compadecerme de mi mismo. Tengo una familia entera, demasiado numerosa para llevar la cuenta, lista para ayudarme. Y los vecinos. Solo tengo que sacudirme esta sensación.
- —Lo conseguirá. Quizá esto le ayude. Venía para decirle que ya pueden entrar y empezar a arreglar. Así le quitará a ese hombre la satisfacción de verle hundido.
  - -Me irá bien tener algo que hacer.
- —Ese hombre no volverá, Gib. Solo una parte de los casos de pirómanos terminan en arresto, y a este lo tenemos. El hijo de puta tenía unos zapatos y la ropa metida en el garaje, apestando a gasolina, una gasolina que le compró a un chico que conocía en el Sunoco. Tenía una palanca envuelta entre la ropa. Suponemos que la utilizo para romper los cristales. Es tan idiota que cogió una cerveza de la nevera del local antes de prenderle fuego. Y se la bebió cuando aún estaba alli. Tenemos sus huellas en la botella.

Levantó su botella de Peroni y la ladeó para que el sol diera sobre el cristal.

- —La gente cree que el fuego lo borra todo, pero deja cosas que nunca esperas. Como una botella de Bud, por ejemplo. El tipo forzó la caja y se llevó la calderilla que había. Y el dinero que había en un sobre del banco. Encontramos sus huellas en el cajón de la caja registradora, en la nevera de la cocina. Tenemos pruebas suficientes, así que el abogado de oficio que lleva el caso ha aceptado llegar a un acuerdo.
  - -¿No habrá juicio?
  - -Solo se dictará sentencia. Quiero que se sienta bien, Gib. Que sienta que se

ha hecho justicia. Hay mucha gente que piensa que provocar un incendio no es más que un delito contra la propiedad. Pero no lo es. Y usted lo sabe. En un incendio la gente pierde su casa, su negocio, ve cómo sus recuerdos y su esfuerzo se desvanecen. Lo que ese hombre le ha hecho era personal, lo ha hecho con saña. Y ahora debe pagar.

—Sí.

- —La mujer no ha conseguido reunir el dinero para pagar la fianza o un abogado. Lo intentó. Y el chico. La última vez que los policias estuvieron en la casa, le arrojó una silla a uno de ellos. La madre les suplicó que no se lo llevaran, así que lo dejaron. Deberá tener cuidado con él.
- —Lo tendré, aunque no creo que se queden por aqui. Están de alquiler en la casa, y ya deben tres meses. —Gib se encogió de hombros—. Las noticias corren por el barrio. Quizá esto haya sido un toque de atención para todos, para que nos fijemos más en los nuestros.
- —Tiene usted la mujer más guapa que he visto en mi vida. No le importa que se lo diga, ¿verdad?
- —No me importa, no. —Gib se abrió otra cerveza y se recostó contra el escalón—. La primera vez que la vi fue como si me hubiera caído un rayo. Entré con unos amigos en Siricos. Estábamos pensando en irnos a dar una vuelta, buscar chicas, o ir a algún bar. Y alli estaba ella. Fue como si alguien me hubiera hundido el puño en el pecho, me hubiera cogido el corazón y hubiera apretado. Bianca llevaba vaqueros de campana y un top blanco. Si antes de aquello alguien me hubiera preguntado si creía en el amor a primera vista, le habría dicho que no. Pero eso fue, justamente. Ella volvió la cabeza, me miró y ¡bang! Supe que aquello era lo quería en mi vida. —Se rio un poco, pareció relajarse—. Y sigue siéndolo, eso es lo más increíble. Ya vamos para veinte años de casados y para mí ella lo sigue siendo todo.
  - -Es usted un hombre con suerte
- —Pues sí. Habría renunciado a todo por estar con ella. Y sin embargo, tengo esta vida maravillosa, esta familia. ¿Tiene usted hijos, John?
  - -Sí, un chico y dos chicas. Y un nieto y una nieta.
  - -¿Nietos? Bromea.
- —Son la niña de mis ojos. No hice todo lo que debía cuando tuve a mis hijos. Yo tenía diecinueve años cuando llegó el primero. Dejé preñada a mi novia y nos casamos. El siguiente llegó dos años después, y el tercero tres años más tarde. En aquella época yo estaba combatiendo incendios. Y ese tipo de vida, todas esas horas de trabajo, acaban pasándole factura a la familia. Mi error fue no ponerlos primero. Así que nos divorciamos. Ya hace casi diezaños.
  - —Lo siento.
- —Lo curioso es que ahora nos llevamos mucho mejor. Estamos más unidos. Quizá el divorcio se llevó el mal ambiente que había entre nosotros y dejó sitio

para algo bueno. Bueno. —Ladeó la botella—. Si su mujer tiene alguna hermana, que sepa que estoy libre.

-No, solo tiene hermanos, pero sus primas son legión.

Por un momento guardaron silencio, como compañeros.

—Este es un buen sitio. —John daba tragos a la botella, fumaba, estudiaba el vecindario—. Un buen sitio, Gib. Si necesita un par de manos para arreglar el restaurante, puede contar conmigo.

—Gracias.

Arriba, mientras los colores del cielo se iban suavizando con el crepúsculo, Reena estaba tendida en su cama, escuchando sus voces, que llegaban hasta la ventana abierta de su habitación

Cuando los gritos la despertaron estaba muy oscuro. Reena saltó de la cama pensando en el fuego. Había vuelto, aquel hombre había vuelto para quemar su casa

Pero no había ningún incendio, y era Fran quien había gritado. Su hermana estaba en la acera, con el rostro hundido contra el hombro del chico que la había llevado al cine.

En la sala de estar la televisión estaba encendida, con la voz muy baja. Sus padres ya habían salido a la puerta. Cuando Reena se coló entre los dos, supo por qué Fran había gritado, por qué sus padres estaban tan rígidos en la puerta.

El perro estaba ardiendo, su pelo se estaba quemando, y humeaba, igual que el charco de sangre que había salido de su garganta. Pero lo reconoció: era el perro mestizo que Joey Pastorelli llamaba Fabio.

Reena vio cómo la policía se llevaba a Joey Pastorelli de forma muy parecida a como se habían llevado a su padre. Pero él no se fue con la cabeza gacha, y sus ojos tenían un brillo maligno.

Era una de las últimas cosas que recordaría con absoluta claridad de aquellas largas y sofocantes semanas de agosto, cuando el verano tocaba a su fin y ella dejó de ser una niña.

El brillo en los ojos de Joey, la chulería con que caminaba cuando lo llevaron hasta el coche patrulla. Y las manchas de sangre de sus manos, la sangre de su propio perro.

## Universidad de Marvland, 1992

La sensiblería empalagosa del *Emotions* de Mariah Carey se filtraba por la pared de la habitación contigua. Era un flujo interminable, como un río de lava. No podías escapar, y el pánico cada vezera mayor.

A Reena no le importaba oír música cuando estaba estudiando. No le importaban las juergas, las pequeñas discusiones, o el trueno de un Dios justiciero. Después de todo, se había criado en una casa con una familia numerosa y bulliciosa.

Pero si la chica de la habitación de al lado ponía otra vez aquella canción, le iba a meter el lápiz por un ojo y, después, le haría comerse el jodido CD, con la funda y todo.

Por el amor de Dios, estaba con los exámenes finales. Y aquel semestre había cogido muchas asignaturas.

Aunque valía la pena, se recordó. Valdría la pena.

Apartó la silla de la mesa del ordenador, se restregó los ojos. Quizá necesitaba un pequeño descanso. O tapones para los oídos.

Se levantó, sin hacer caso del desorden de dos estudiantes universitarias que comparten una pequeña habitación, y abrió la pequeña nevera para coger una Diet Pepsi. En la nevera lo único que encontró fue un cartón abierto de medio litro de leche desnatada, cuatro barritas de cereales y frutos secos, un Diet Sprite y una bolsa de barritas de zanahoria.

Aquello no estaba bien. ¿Por qué todo el mundo tenía que quitarle sus cosas? Aunque claro, quién iba a querer la comida de Gina, que siempre estaba haciendo régimen. Pero aun así...

Reena se sentó en el suelo, mientras la voz de Mariah Carey penetraba en su cerebro sobrecargado como la de una perversa sirena, y contempló los montones de libros y notas que tenía sobre su mesa.

¿Por qué pensaba que podía hacerlo? ¿Por qué quería hacerlo?

Podía haber seguido los pasos de Fran y haber entrado en el negocio familiar.

En aquellos momentos podía haber estado tranquilamente en casita. O saliendo con alguien, como cualquier persona normal.

En otro tiempo, su may or ambición en la vida era ser adolescente.

Y en ese instante, esa etapa de su vida casi se había acabado y allí estaba, sentada en una habitación atestada, sin una Pepsi Light que echarse a la boca, enterrada bajo el material de todo un curso como si fuera masoquista.

Tenía dieciocho años y aún no había probado el sexo. Y lo que tenía dificilmente podía considerarse un novio.

Bella se casaba al cabo de un mes. Fran prácticamente tenía que apartar a los chicos a empellones, y Xander se movía alegremente entre lo que su madre llamaba su rebaño de bellezas.

Y ella, allí sola un sábado por la noche, porque estaba obsesionada con los exámenes finales mientras en la habitación de al lado alguien escuchaba a Mariah Carev.

Oh, no, ahora había puesto a Celine Dion.

« A mí me da algo».

La culpa era suya. Era ella quien había estudiado incansablemente en el instituto y había pasado la mayoría de fines de semana trabajando en vez de salir con chicos. Porque sabía lo que quería.

Lo sabía desde aquella larga y calurosa semana de agosto.

Quería el fuego.

Así que estudió, pensando en mucho más que aprender. Pensando en las becas. Trabajaba, y guardaba el dinero como una ardillita guardaba bayas, por si acaso no conseguía las becas.

Pero las consiguió, y ahora estaba allí, en la Universidad de Maryland, compartiendo habitación con su amiga de siempre, pensando en las diferentes diplomaturas.

Cuando el semestre acabara, volvería a casa, trabajaría en la pizzería, pasaría la mayor parte de su tiempo libre en el parque de bomberos. O tratando de convencer a John Minger para que le diera permiso para salir con ellos a investigar en la escena de los hechos.

También estaba la boda de Bella, claro. En los últimos nueve meses, no se hablaba de otra cosa en casa. Y eso, si se paraba a pensarlo, también era una buena razón para estar allí sola un sábado por la noche.

Podía ser peor. Podía estar en el cuartel general de las Bodas.

Si alguna vez se casaba —lo que significaba que oficialmente antes tenía que tener un novio— procuraría que todo fuera lo más sencillo posible. Que Bella se quedara con los interminables retoques de su elaborado vestido —aunque era precioso—, los eternos y a menudo lacrimógenos debates sobre los zapatos, el peinado, las flores. Los planes y más planes para el enorme banquete, que casi parecía una campaña militar.

No, ella prefería una bonita ceremonia familiar en Saint Leo's y hacer una fiesta en Sirico's

Lo más probable es que acabara convertida en la eterna dama de honor.

Vaya, como que ya era toda una experta.

Y, por el amor de Dios, ¿cuántas veces podía escuchar Lydia el tema principal de *La Bella y la Bestia* sin entrar en coma?

En un momento inesperado de inspiración, Reena se levantó de un salto, se abrió paso a puntapiés hasta el reproductor portátil de música y rebuscó entre los montones de CD.

Con una sonrisa feroz en los labios, puso «Smells Like Teen Spirit», de Nirvana, y subió el volumen al máximo.

Mientras la diva y el grunge batallaban, sonó el teléfono. Reena no bajó el volumen —era cuestión de principios—, así que tuvo que contestar a gritos.

Un tercer estallido de música llegó a sus oídos acompañando los gritos de Gina

- -; Fiesta!
- -Ya te he dicho que tengo que estudiar.
- —¡Fiesta! Venga, Reene, esto está empezando a animarse. Tienes que vivir.
- -; Tú no tenías un final de literatura el lunes?
- —;Uuu!

Reena se echó a reír. Gina siempre le contagiaba su alegría. La etapa religiosa por la que pasó el verano del incendio se había transformado en una etapa poética, una etapa de estrella de rock y luego una etapa de reina de la moda.

Y ahora estaba de fiesta todo el día.

- —Lo vas a echar todo a perder —le advirtió Reena.
- —Lo he dejado todo en manos de un poder superior y estoy resucitando mi cerebro con vino barato. Vamos, Reena, Josh está aquí. Ha preguntado por ti.
  - —;Ah. sí?
- —Parece triste y pensativo. De todos modos, sabes que vas a arrasar en los exámenes. Será mejor que vengas a rescatarme antes de que deje que algún chico se aproveche de que estoy borracha. Aunque, oy e, ahora que lo pienso...
  - -En casa de Jen y Deb, ¿no?
  - -¡Uau!
  - —Estoy ahí en veinte minutos —dijo Reena con otra risa, y colgó.

Casi tardó esos veinte minutos solo para quitarse unos pantalones de chándal viej simos y ponerse unos tejanos, elegir un top y arreglarse el pelo, que en aquellos momentos era una catarata de rizos que le caía sobre los hombros.

Mientras se vestía, dejó la música a todo volumen, luego se puso colorete para suavizar la palidez de tantas horas estudiando para los exámenes.

« Esta noche debería estudiar, debería descansar bien. No tendría que ir a la fiesta», se sermoneó a sí misma mientras se ponía rímel.

Pero estaba cansada de ser siempre tan sensata. Solo estaría fuera una hora, se divertiría un poco, evitaría que Gina se metiera en problemas.

Y vería a Josh Bolton.

Era tan guapo, con su pelo dorado, los deslumbrantes ojos azules, y esa sonrisa dulce y timida... Tenia veinte años y estudiaba la especialidad de literatura lha a ser escritor

Y había preguntado por ella.

Él era el elegido. Reena estaba convencida en un noventa y nueve por ciento. Él sería el primero.

Y quizá fuera esa misma noche. Dejó el rímel y se miró en el espejo. Quizá esa noche sabría por fin cómo era. Se llevó una mano al vientre, que le hormigueaba por la emoción y los nervios. Quizá esa sería la última vez que se miraba siendo virgen.

Estaba preparada, y quería que fuera con alguien como Josh. Alguien soñador y dulce, con algo de experiencia para que no tuvieran que titubear bochornosamente.

Reena odiaba no saber lo que tenía que hacer. Evidentemente, había estudiado los elementos básicos. La parte anatómica, física. Y había percibido la parte más romántica en libros y revistas. Pero el acto en sí, el hecho de desnudarse y unirse a otro cuerpo, eso sería totalmente nuevo.

No era una cosa que pudiera practicar, planificar o experimentar hasta que descubriera su propio ritmo; por eso quería un compañero comprensivo y paciente que la guiara por los momentos más delicados hasta que encontrara su ritmo.

No era tan importante que no le quisiera. Josh le gustaba mucho, y ella no estaba buscando marido como Bella

Al menos todavía

Ella solo quería saber, sentir, ver cómo era. Y, a lo mejor era una tontería, pero quería desprenderse de aquel último vestigio de su infancia. Seguramente si había estado tan inquieta y distraída aquellos últimos días era porque aquello no dejaba de rondarle por la cabeza.

Y, por supuesto, estaba dándole más importancia de la que tenía.

Cogió su bolso, apagó la música y salió a toda prisa.

Era una noche agradable, templada, con el cielo cuajado de estrellas. Era absurdo desperdiciar una noche así metida en los apuntes de química, pensó mientras caminaba hacia el aparcamiento. Levantó el rostro al cielo, empezó a sonreir, pero entonces un escalofrío le recorrió la columna. Miró atrás por encima del hombro, escudriñó el césped, los caminos, el resplandor de las luces de seguridad.

Por Dios, no había nadie espiándola. Tuvo un ligero estremecimiento, pero apretó el paso. Solo era el sentimiento de culpa, nada más. Podía vivir con eso, sí.

Subió de un salto en su Dodge Shadow de segunda mano y, dejándose llevar por la paranoia, aseguró las puertas antes de arrancar.

La vivienda estaba a cinco minutos en coche del campus. Era un viejo edificio de ladrillo de dos plantas y estaba iluminado como un árbol de Navidad. La gente estaba desparramada por el césped y la música salía por la puerta abierta. Reena percibió el aroma dulzón de un porro, y oía fragmentos de encendidos debates sobre la brillantez de Emily Dickinson, la administración del momento y temas menos controvertidos, como los centrocampistas del equipo de los Orioles.

Cuando entró en la casa, tuvo que abrirse paso entre la gente, evitó por los pelos que le tiraran un vaso encima y sintió cierto alivio al ver que conocía a algunas de las personas que se amontonaban en la sala de estar.

Gina la vio v pasó entre los cuerpos para cogerla por los hombros.

- -; Reene! ¡Has venido! ¡No sabes la noticia que tengo!
- -No quiero que me hables hasta que te hay as comido un paquete entero de caramelos.
- —Oh, mierda. —Gina metió la mano en el bolsillo de sus tejanos, tan apretados que le debian de estar dañando algún órgano interno. Las barritas de cereales no la habían ay udado a eliminar del todo los cuatro kilos y medio que había ganado durante el primer semestre.

Gina sacó la pequeña cajita de plástico que siempre llevaba y se echó varias pastillas de naranja en la boca.

- -He estado bebiendo -dijo mascando.
- —Vaya, nunca lo habría dicho. Mira, será mejor que dejes el coche aquí, yo te llevaré. Seré la conductora responsable.
- —Vale. Creo que no tardaré en vomitar. Y entonces me sentiré mejor. De todos modos... ¡Noticia! —Arrastró a Reena por una cocina igual de atestada y salieron por la puerta de atrás.

En el patio había más gente. ¿Es que en el campus todo el mundo pasaba de estudiar para los exámenes finales?

- —Scott Delauter suspende todo —anunció Gina, y meneó un poco el trasero mientras lo decía
  - -; Quién es Scott Delauter y por qué te alegras de su desgracia?
- —Es uno de los que viven aquí. Ya le conociste. Uno bajito, con los dientes grandes. Y me alegro porque su desgracia es nuestra fortuna. El próximo semestre necesitarán otro inquilino, y otro de los del grupo se gradúa en diciembre. Jen dice que podemos instalarnos las dos en la casa el próximo semestre si dormimos juntas.

Reena, podremos salir de ese antro.

- -- ¿Instalarnos aquí? Gina, vuelve al mundo real. No podemos permitírnoslo.
- —Estamos hablando de dividir el alquiler y los gastos entre cuatro. No es tanto, Reena. —Gina la aferró por los brazos, con sus ojos oscuros brillando por el entusiasmo y el vino barato, y habló con voz reverente—. Hay tres cuartos de

baño. Tres para cuatro personas. No uno para seis.

- —Tres cuartos de baño. —Reena lo dijo como si estuviera rezando.
- —Es nuestra salvación. Cuando Jen me lo dijo tuve una visión. Una visión, Reena. Creo que vi a la Santa Madre sonriendo. Y llevaba una esponja en la mano.
- —Tres cuartos de baño —repitió Reena—. No, no, no dejaré que me seduzcas con baratijas. ¿Cuánto hay que pagar de alquiler?
- —Es... bueno, si tienes en cuenta que hay que dividirlo, y que no necesitarás el dinero de la beca para comida en el campus porque podremos cocinar aquí, nos sale prácticamente gratis.
  - -Gratis, ¿eh?
- —Este verano las dos trabajaremos. Podemos ahorrar. Por favor, por favor, por favor. Tenemos que darles una respuesta ya. Mira, y hasta tendremos un patio. —Y lo abarcó con un gesto del brazo—. Podemos plantar flores. Jo, hasta podríamos plantar verduras y montarnos un puesto para venderlas. Ves, viviendo aquí ganaríamos dinero y todo.
  - -Dime cuánto, Gina.
  - —Deja que te traiga algo de beber primero.
  - -Escúpelo -exigió Reena. Y pestañeó cuando Gina soltó la cantidad.
  - -Pero tienes que tener en cuenta...
- —Chis, deja que piense. —Reena cerró los ojos, calculó. Irían muy justas. Pero si se preparaban ellas la comida y ahorraban parte del dinero que se gastaban en cine, música y ropa... Sí, valía la pena renunciar a tener ropa nueva a cambio de poder disfrutar de tres cuartos de baño.
  - —Vale
- Gina lanzó un « Uuu» y, después de apretarla en un abrazo, se puso a bailar con ella por el césped.
- —¡Será increíble! Estoy impaciente. Vamos a buscar algo de vino y brindaremos por los fracasos académicos de Scott Delauter.
- —Parece algo mezquino, pero apropiado. —Se dio la vuelta con Gina y se detuvo en seco—. Josh. Hola.

El chico cerró la puerta trasera a su espalda y entonces le dedicó esa sonrisa tímida y discreta que la ponía a mil.

- -Hola. Me han dicho que habías venido.
- —Sí, he pensado que me iría bien dejar un rato los libros. La cabeza empezaba a echarme humo.
  - -Y te queda mañana para dar un último repaso.
- —Justo lo que yo le dije. —Gina les sonrió a los dos—. Mira, vosotros poneos cómodos. Yo me voy a vomitar en lo que dentro de poco será uno de mis cuartos de baño. —Le dio a Reena un último abrazo—. Soy muy feliz

Josh vio cómo la puerta se cerraba detrás de Gina.

- -¿Por qué está tan contenta por tener que vomitar?
- —Está así de contenta porque el próximo semestre viviremos aquí.
- —¿En serio? Es genial. —Se movió y, con las manos aún en los bolsillos, se agachó para besarla—. Felicidades.

Reena sintió un cosquilleo en la piel; la sensación le resultaba fascinante y maravillosamente adulta.

- —Pensaba que me gustaría vivir en el campus. Que sería como una aventura. Gina y yo, las amigas del barrio, en una residencia estudiantil. Pero algunas de las que hay en nuestra planta me están volviendo loca. Una está tratando de destrozarme el cerebro poniendo a Mariah Carev las veinticuatro horas.
  - —Oué lata.
  - —Y creo que lo está consiguiendo.
- —Tienes un aspecto estupendo. Me alegro de que hayas venido. Estaba a punto de irme cuando he oído que estabas aquí.
  - -Oh -Su entusiasmo se enfrió- Te vas
- Él volvió a sonreír y sacó una de las manos del bolsillo para coger la mano de ella
  - —Ya no.

Bo Goodnight no sabía muy bien qué hacía en una casa extraña con un puñado de estudiantes universitarios a los que no conocía. Aun así, una fiesta era una fiesta, y había dejado que Brad le convenciera.

La música estaba bien, y había muchas chicas. Altas, bajas, redonditas, delgadas. Era como un bufet de mujeres.

Incluyendo la que tenía loquito a Brad en aquellos momentos, y que era la razón de que estuvieran allí.

La chica era amiga de una amiga de una de las chicas que vivían en la casa. Y a Bo le gustaba... en realidad, hasta puede que hubiera intentado ligársela si Brad no la hubiera visto primero.

El código de la amistad le obligaba a abstenerse.

Aunque al menos Brad había perdido cuando se lo jugaron a cara o cruz y le tocaba a él conducir. Seguramente ninguno de los dos tendría que haber bebido, porque casi no tenían la edad. Pero una fiesta era una fiesta, pensó Bo dando otro trago a su cerveza.

Además, él se mantenía sólito, pagaba un alquiler, se preparaba su propia comida... Era mucho, muchísimo más adulto que muchos de los universitarios que les miraban por encima del hombro.

Echó un vistazo por la habitación, considerando sus opciones. Bo era un chico alto y delgado de veinte años, con una mata de pelo negro y ondulado y ojos verdes y algo soñadores. Tenía el rostro alargado, como el cuerpo, aunque estaba

convencido de que desarrollaría unos buenos bíceps manejando el martillo y cargando trastos viejos.

Los fragmentos de conversación que oía le hacían sentirse algo fuera de sitio... gente quejándose de los exámenes finales, comentarios sobre ciencias políticas y estudios sobre la mujer. La universidad no era para él. En su vida se había sentido más feliz que el día que terminó el instituto. Hasta entonces, había trabajado los veranos. Primero como peón, luego como aprendiz, y en aquel momento, a sus veinte años, ya era un carpintero de oficio que se ganaba un buen iornal.

Le encantaba crear cosas con la madera y se le daba bien. Y a lo mejor si se le daba bien es porque le encantaba. Él había recibido su educación trabajando, rodeado de olor a serrín y sudor.

Como a él le gustaba.

Y se las arreglaba él sólito. No tenía a su padre pagándole las facturas como la mayoría de la gente que había allí.

Aquella punzada de resentimiento le sorprendió e incluso lo hizo sentirse avergonzado. Apartó el pensamiento de su cabeza y trató de relajar los hombros. Y, haciendo un extenso y concienzudo barrido por la habitación, sus ojos se detuvieron en un par de chicas que estaban acurrucadas en un sofá, charlando.

La pelirroja parecía prometer y, si no, siempre le quedaba la morena, que tampoco estaba mal.

Dio un paso para acercarse a ellas, pero Brad le cerró el paso.

- -Apártate de mi camino. Estoy a punto de alegrar el corazón de dos féminas
- —Ya te dije que lo pasarías bien. Y yo me lo voy a pasar mejor. Cammie y yo nos vamos a su casa. Y no creo que sea presuntuoso si digo que hoy voy a triunfar

Bo miró a su amigo y, detrás de sus gafas, notó ese brillo del que está a punto de tirarse a una chica

- —¿Me traes a una casa llena de desconocidos para poder tirarte a una chica?

  —Justamente.
- —Bueno, es normal. Pero si luego te da una patada en el culo y te echa no me llames. Vuelve tú solo a casa.
  - -No hay problema. Ha ido a por su bolso, así que...
- —Espera. —Bo cerró su mano en torno al brazo de Brad cuando vio a la rubia entre la multitud. Un montón sexy de rizos rebeldes del color de una buena madera de roble. Se estaba riendo y la piel de sus pómulos (parecía de porcelana) estaba arrebolada.

Bo veía los labios, y el pequeño lunar que tenía encima. Fue como si su vista se hubiera agudizado y le permitiera ver los detalles a través del humo y la multitud de rostros. Los ojos grandes que le parecieron del mismo tono que el pelo, la nariz larga y fina. Y la voluptuosa curva de los labios. Los anillos dorados de las orejas. Dos en la izquierda y uno en la derecha.

Era alta, aunque tal vez llevara tacones, pero no le veía los pies. Pero si veía la cadena que llevaba al cuello con una gema o un cristal, el contorno de los nechos marcados contra un tor rosa oscuro.

Por un momento, dos tal vez, para Bo la música dejó de sonar. La habitación quedó en silencio.

Y entonces alguien se interpuso en su línea de visión y el bullicio volvió.

- -- ¿Ouién es esa chica?
- —¿Qué chica? —Brad miró con expresión distraída por encima del hombro, y luego los encogió—. Esto está lleno de chicas. Eh, la próxima vez que te metas algo avisame.
- —¿Qué? —Todavía deslumbrado, Bo bajó la vista. Casi no recordaba ni el nombre de su amigo—. Tengo que... toma. —Le puso la cerveza en la mano y se alejó abriéndose paso entre la gente.

Cuando consiguió llegar al sitio donde había visto a la chica no había rastro de ella. Fue a mirar en la cocina, con una especie de pánico pegado en la garganta, luego miró en un comedor, donde había gente sentada delante, encima y debajo de la mesa.

- —¿Habéis visto a una chica alta, rubia, con el pelo rizado y una camiseta rosa?
- —Aquí no ha venido nadie aparte de ti. —La chica, con el pelo corto y negro, le dedicó una sonrisa sensual—. Pero puedo ser rubia si quieres.
  - -Otro día

Bo buscó por todas partes, subió a las dos plantas de arriba, y cuando bajó recorrió el patio trasero y el delantero.

Encontró rubias, rizos. Pero no a la rubia que había hecho detenerse la música.

Reena conducía con el corazón en la garganta. Pensó que era mejor que fuera con su propio coche. Era una forma de demostrar que no la llevaban, que ella había decidido. Era plenamente consciente de sus actos, de las consecuencias.

Hacer el amor por primera vez, todas las veces, tenía que ser una decisión voluntaria

Pero le habría gustado ser un poco más previsora y haber comprado ropa interior más sexv.

Josh vivía en un apartamento fuera del campus y su compañero de piso iba a pasar la noche fuera con un grupo de estudiantes. Cuando Josh lo dijo —en ese momento la estaba besando—, fue ella la que propuso que fueran allí.

Ella fue quien hizo el movimiento. Era ella quien iba a iniciar una nueva etapa

en su vida. Pero eso no evitó que las manos le temblaran un poco.

Reena aparcó poco más allá de donde él paró su coche. Apago el motor con cuidado, cogió su bolso. Sabía exactamente lo que estaba haciendo, se recordó, y para ilustrarlo cerró el coche y metió las llaves en el pequeño bolsillo interior donde siempre las guardaba.

Cuando él le ofreció la mano, le sonrió. Cruzaron el aparcamiento, y entraron en el edificio en el momento en que otro coche llegaba para aparcar.

- —El piso está un poco desordenado —dijo Josh cuando empezaron a subir las escaleras
- --Pues si el departamento de salud pública viera el nuestro, seguro que lo clausuraba.

Reena esperó a que le abriera la puerta y pasó. Tenía razón, el piso estaba muy desordenado: ropa, zapatos, una caja vacía de pizza, libros, revistas. El sofá parecía sacado del basurero, y lo habían cubierto con una manta del equipo de los Terps.

- —Hogareño.
- —Asqueroso, diría yo. Tendría que haberte pedido que me dieras diez minutos antes de subir. Al menos podía haber guardado todo esto en los armarios.
- —No importa. —Se dio la vuelta y se echó en sus brazos. Olía a jabón masculino y sabía a caramelos de cereza. Le pasó la mano por el pelo, por la espalda.
  - —¿Te apetece oír algo de música?

Ella asintió

—Sí, la música está bien.

- Él le pasó la mano por los brazos y luego fue a encender el equipo.
- -Me parece que no tengo nada de Mariah Carey.
- —Menos mal. —Reena rio y se llevó la mano a su corazón acelerado—. Estoy nerviosa. Nunca había hecho esto.

Él abrió la boca y la volvió a cerrar, con los ojos muy abiertos.

- —Nunca
- -Eres el primero.
- —Dios. —Se la quedó mirando, con sus ojos azules muy serios—. Vaya, ahora y o también estoy nervioso. ¿Estás segura…?
- —Lo estoy. De verdad. —Se acercó a él y bajó la vista al montón de CD—. ¿Qué tal esto? —Y cogió uno de Nine Inch Nails.
- —¿Sin? —preguntó, con esa sonrisa suya tan dulce—. ¿Es tu vena de chica católica?
- —Puede. De todas formas, me gusta la versión que tienen del « Get Down, Make Love» de Queen. Y, bueno, parece muy apropiado, ¿no?

Él puso el CD y se volvió a mirarla.

-No dejo de pensar en ti desde que empezó el semestre.

Reena notó una sensación de calor en el estómago.

- —No me pediste que saliéramos hasta después de las vacaciones de primayera.
- —Quise hacerlo muchas veces. Pero no me atrevía. Y pensaba que estabas con ese otro chico, el que hace psicología.
- —¿Kent? —En aquellos momentos, ni siquiera era capaz de recordar la cara de Kent—. A veces salimos. Pero en general lo único que hacemos es quedar para estudiar de vez en cuando. Nunca he estado con él.
  - —Y ahora estás conmigo.
    - -Estov contigo.
    - -Si has cambiado de opinión...
- —No voy a cambiar de opinión. Nunca lo hago. —Le acaricio la cara con sus manos, puso sus labios sobre los de él—. Quiero esto. Te quiero a ti.

Él le tocó el pelo, revolviendo sus dedos en aquella maraña mientras la besaba muy, muy despacio. Sus cuerpos se pegaron, atraídos por el imán del desen

Reena se sentía electrizada, viva,

- -Vamos al cuarto
- « Ya está --pensó Reena--. Respira hondo: suelta el aire» .
- —Vale

Él la cogió de la mano. Reena quería recordar aquello, recordar cada detalle. El olor a jabón, el sabor a cereza, cómo le caía el pelo sobre las sienes cuando agachaba la cabeza.

La habitación, su habitación, la cama de matrimonio sin hacer... con sábanas a rayas azules, una colcha de color tejano y una única almohada que parecía más plana que una tabla de planchar. Tenía una vieja y aparatosa mesa de metal, con un gran ordenador y un revoltijo de libros, disquetes y papeles. Un tablón de corcho, con más notas, fotografías, prospectos.

El cajón de debajo de su tocador (lo bastante pequeño para que Reena pensara que lo tenía desde pequeño) estaba abierto y doblado. Encima había una capa de polvo, más libros, y una jarra medio llena de calderilla. Sobre todo peníques.

Josh graduó la lamparilla de la mesita de noche a baja intensidad

- -¿O prefieres que la apague?
- —No. —¿Cómo iba a ver si estaba oscuro?—. Hum. No tengo protección.
- —Eso ya está cubierto. Quiero decir que... —Se puso colorado, y se rio—. Bueno, todavía no está cubierto. Pero tengo condones.

Estaba resultando más fácil de lo que Reena esperaba. La forma en que se volvieron el uno hacia el otro, en que se abrazaron.

Los labios, las manos, la excitación que superaba los nervios.

Los besos eran profundos y la respiración acelerada cuando se sentaron en la

cama. Cuando se tumbaron. Por un momento Reena deseó poder quitarse los zapatos —qué incómodo, ¿verdad?—, pero luego todo fue calor y movimiento.

La boca de él en su cuello, sus manos, en sus pechos. Por encima de la camiseta, luego por debajo. Reena ya había pasado por aquello, pero era la primera vez que sabía que solo era el principio.

Su piel era tan cálida, tan suave, su cuerpo era tan esbelto que la joven sintió una oleada de ternura. Había imaginado aquello muchas veces, la excitación, la sensación de su piel contra la piel de otra persona, los sonidos que el deseo hacía brotar de su boca

Gemidos, ronroneos, susurros de placer.

Los ojos de Josh eran tan vividos y azules, su pelo tan suave... a Reena le encantaba cómo la besaba y deseó que no parara nunca.

Cuando él metió la mano entre sus piernas, Reena se puso tensa. Ahí era donde siempre se había detenido en el pasado. Nunca había dejado que nadie invadiera aquella parte tan intima. Josh se detuvo, aquel chico tan dulce cuyo corazón latía con fuerza contra el de ella se detuvo y oprimió los labios contra su cuello

—No pasa nada, podemos…

Ella le cogió la mano y la volvió a poner entre sus piernas, y apretó.

—Sí —dijo, y cerró los ojos.

Un estremecimiento la recorrió de arriba abajo. ¡Oh, aquello era nuevo! Aquello iba más allá de lo que ella conocía o comprendía, de lo que había sentido nunca. El cuerpo era un milagro y el de ella estaba totalmente acelerado por el calor y las sensaciones. Se aferró a él, tratando de buscar equilibrio. Y, una vez más, se dejó llevar.

Josh dijo su nombre y Reena sintió que él también se estremecía. Luego su boca volvía a estar en sus pechos, húmeda y caliente, provocando sensaciones desbocadas en su estómago. Lo abrazó y sintió su cuerpo con fuerza. Reena exploraba, llena de fascinación. Cuando Josh aspiró con fuerza y se apartó, lo soltó como si la hubiera quemado.

- —No. No. —Volvió a respirar, tragando saliva con difícultad—. Yo... yo, tengo que ponerme el condón.
- -Oh. Claro. -Toda ella estaba temblando, así que seguramente estaba preparada.

Josh sacó un condón del cajón de la mesita. El primer impulso de Reena fue apartar la mirada, pero no lo hizo. Él iba a entrar en su interior, esa parte de él estaría dentro de ella. Y quería ver, quería comprender.

Reena estaba dispuesta, pero cuando Josh se puso el condón, volvió a los besos y las caricias. hasta que el nudo de nervios se disolvió otra vez.

- -Te va a doler un poco. Creo que solo será un momento. Lo siento.
- -No pasa nada. -Tenía que doler, un poco, pensó Reena.

Un cambio tan grande no podía producirse sin algo de dolor. Porque si no, no sería importante.

Reena sintió que Josh empujaba, sintió que entraba, y trató de no resistirse. No deiaba de besarla.

Tan suave sobre sus labios, tan duro entre las piernas.

Notó un dolor, un shock que disipó la sensación de estar en medio de un sueño. Luego se suavizó y, cuando el chico empezó a moverse en su interior, el dolor se convirtió en una mezcla confusa de excitación e incomodidad. Luego Josh hundió su rostro entre su pelo, fundiendo su cuerpo delgado y suave con el de ella. Y solo hubo placer. Se le hizo extraño volver a casa a pasar el verano, llevarse sus cosas de la residencia estudiantil, pensar que durante los siguientes tres meses no tendría clases, o escuchar a Gina quejándose cada mañana cuando sonaba el despertador.

Aun así, cuando estuvo hecho, cuando volvió a estar en su habitación de toda la vida, todo se convirtió en algo tan natural como respirar.

Pero no era lo mismo. Ella era diferente. Había dado expresamente varios pasos para dejar atrás la infancia. Quizá la chica que había hecho la maleta el verano anterior aún estaba dentro de ella, pero la que había regresado sabía más, había experimentado más cosas. Y estaba más preparada que nunca para averiguar lo que venía después.

En su ausencia, incluso la casa había cambiado. Durante unas semanas tendría que compartir la habitación con Fran. Bella necesitaba espacio para toda la parafernalia de la boda y Fran, siempre tan buena, le había cedido su dormitorio hasta la ceremonia.

- —Es lo mejor —le dijo Fran cuando le preguntó—. Así mantendremos la paz, y solo serán un par de semanas. Prácticamente ya está instalada en la casa que los padres de Vince les han comprado.
- —No me puedo creer que les hay an comprado una casa. —Reena colocó sus tops en el segundo cajón como más le gustaba. Ordenándolos por colores.

Lo único que no echaría de menos de su habitación en la residencia de estudiantes era el desorden

- —Bueno, son ricos. Este vestido está muy bien —añadió mientras colgaba algunas de las prendas de Reena en el ropero—. ¿Dónde lo has comprado?
- —Estuve de compras en el centro comercial cuando acabé los exámenes. Ir de compras ayuda a liberar el estrés. —Además queria ropa nueva para su nuevo yo—. Es curioso que sea Bella la primera que se va de casa. Siempre pensé que seríamos tú o yo. Ella siempre ha sido la más dependiente.
- —Vince le da todo lo que necesita. —Fran se volvió y, aunque Reena conocía el rostro y la figura de su hermana tan intimamente como la suya, se sintió sorprendida. Bajo los chorros de luz de la tarde, Fran parecía un cuadro, dorado y precioso.

- -No lo conozco demasiado, pero parece buen chico... sensato. Y desde luego es guapo.
- —Está loco por ella. La trata como una princesa, que es lo que ella siempre ha querido. Y lo de que sea rico no es problema —añadió con una pequeña sonrisa afectada—. En cuanto termine la carrera de derecho y lo acepten en el colegio de abogados, entrará por la puerta grande en el bufete de su padre. Y, por lo que he oido, merecidamente. Es brillante. A mamá y papá les cae muy bien.
  - —¿Y a ti?
- —También. Tiene estilo, y eso a Bella le gusta, pero es muy espontáneo con la familia y se amolda perfectamente a nuestra forma de ser cuando estamo aquí o en el restaurante. —Su rostro adoptó una expresión soñadora, mientras sus manos seguían ocupadas deshaciendo las maletas de Reena—. Mira a Bella como si fuera una obra de arte. Y no lo digo como un defecto —añadió—. Es como si no se acabara de creer su buena suerte. Y sobre todo, lleva muy bien sus arrebatos de mal humor, que son legión.
- —Entonces tiene el visto bueno. —Reena se acercó al ropero y tiró del traje verde menta de dama de honor—. Podría ser peor.
- —Sí. —Mientras lo estudiaba, Fran se apoyó en la puerta, cruzó los brazos—. Bella podría ponerse cualquier cosa. A su lado todos vamos a parecer de lo más insulsos. Que es exactamente lo que se pretende.

Con una sonrisa, Reena dejó que el vestido volviera a su sitio.

- —Mejor que el traje de color calabaza con los volantitos que la prima Angela nos hizo ponernos el año pasado.
- —No me lo recuerdes. Ni siquiera Bella es tan bruja para obligarnos a ponernos algo así.
- —Hagamos un pacto. Cuando nos toque a nosotras, elegiremos para la otra vestidos que no nos hagan parecer segundonas patéticas.

Fran abrazó a su hermana, apretando su mejilla contra la de ella, y se meció.

—Me alegro de que estés en casa.

A la hora de comer fue a Sirico's, al encuentro de aquellos aromas y sonidos tan familiares.

Después del incendio hicieron mucho más que limitarse a limpiar y reparar los desperfectos. Habían conservado los rasgos más tradicionales... la cocina abierta a la zona de comedor, las botellas de Chianti que se usaban como portavelas, el extenso aparador donde se exponían los postres, que seguían comprando en la panadería italiana a diario.

Pero también habían introducido cambios. Como si quisieran demostrar que no solo no se dejaban hundir por la adversidad, sino que la utilizaban para mejorar.

Así, las paredes eran de un amarillo oscuro, y su madre había hecho docenas de dibujos nuevos. No solo de la familia; también había dibujos del barrio, del Sirico's de antes y del actual. Cada reservado era de un rojo desafiante, con los tradicionales manteles a cuadros blancos y rojos cubriendo las mesas.

La nueva iluminación daba alegría al interior incluso en los días grises, y podía graduarse para crear una atmósfera particular en las fiestas privadas que habían empezado a contratar en los pasados dos años.

Su padre estaba en la gran mesa de trabajo, echando salsa en la masa. En su pelo había toques de gris que habían empezado a insinuarse durante las semanas que siguieron al incendio. Y necesitaba gafas para leer. Esto le disgustaba especialmente, sobre todo cuando le decían que le daban un aire distinguido.

Su madre estaba en la parte trasera, en la cocina, ocupándose de las salsas y la pasta. Fran ya se había puesto su luminoso delantal rojo y estaba sirviendo platos de lasaña, que era el plato especial del día.

De camino a la cocina, Reena se iba parando ante las diferentes mesas, saludando a los vecinos y los clientes habituales, y reía cada vez que alguien le decía que tenía que comer más, que estaba muy flaca.

Cuando llegó a donde estaba su padre, estaba metiendo una pizza en el horno y sacando otra.

- —Eh, si es mi chica. —Gib dejó la pizza a un lado y la cogió en un abrazo de oso. Olía a harina y sudor—. Fran nos ha dicho que estabas en casa, pero hay demasiado trabajo. No hemos podido escaparnos.
  - -He venido a echar una mano. ¿Bella está atrás?
- Se acaba de ir. Una emergencia de la boda. Cogió el cortador de pizzas y dividió el círculo con movimientos rápidos y diestros—. Algo sobre unos pétalos de rosa. O unos iarrones, no sé.
  - -Entonces os faltan manos. ¿Para quién es la de salchicha y pimienta verde?
  - -Mesa seis. Gracias, hija.

Reena llevó la pizza, tomó nota en otras dos mesas. Era como si nunca se hubiera ido

Solo que ya era distinta. No solo tenía un año de universidad a sus espaldas, sino todo lo que había aprendido antes. Los rostros y los olores, las rutinas y movimientos que para ella ya eran algo automático. Y sin embargo, como persona era algo más que la última vez que había trabajado allí.

Tenía novio. Ahora ya era oficial. Ella y Josh eran pareja. Una pareja que se acostaban

A Reena le gustaba el sexo, y saber aquello era un alivio. La primera vez Josh fue dulce y atrevido, pero para ella era algo tan nuevo, estaba tan concentrada en comprender que no llegó al orgasmo.

Eso fue algo nuevo y maravilloso que descubrió sobre el acto y sobre sí misma la segunda vez que lo hicieron.

Estaba impaciente por volver a estar con él y descubrir qué venía a continuación.

Aunque tampoco es que se limitaran al sexo, se recordó Reena cuando contestó al teléfono para tomar nota de un encargo para llevar. A veces hablaban durante horas. Le encantaba oírle hablar de lo que escribia, de las historias que quería explicar sobre pueblos pequeños, como el lugar donde se había criado, en Ohio. Historias sobre personas, y lo que hacían a los otros y por los otros.

Y Josh la escuchaba. También parecía interesado cuando ella le decía que quería estudiar y aprender a comprender el fuego.

Sí, no tendría una cita que le acompañara a la boda de Bella. Iba a ir con su novio

Aún estaba sonriendo ante la idea cuando entró por fin en la cocina. Su madre estaba sacando verduras de una de las grandes neveras de acero inoxidable. Pete, que por entonces era padre de tres hijos, estaba ante otra de las mesas, cortando trocitos de masa de los cuencos donde pesaban la masa para cada pizza.

-¡Eh, si es nuestra universitaria! Un beso.

Reena le echó los brazos al cuello, y le dio un beso bien sonoro en los labios.

- —¿Cuándo has vuelto?
- -Hace quince minutos. En cuanto he entrado me han puesto a trabajar.
- -Menudos negreros.
- —Si no pesas bien esa masa voy a sacar el látigo. Y ahora suelta a mi hija si no quieres que se lo diga a tu mujer. —Bianca extendió los brazos y Reena se echó en ellos.
  - -¿Cómo te mantienes tan guapa? -le preguntó Reena a su madre.
- —Es el vapor de la cocina. Mantiene los poros limpios. Oh, hija, deja que te mire.
  - -Me viste hace dos semanas en el ensay o de la boda de Bella.
- —Dos semanas, dos días. —Bianca se apartó un poco. Por un momento su sonrisa vaciló, y algo pasó por sus ojos.
  - —¿Qué? ¿Qué?
- —No es nada. —Pero Bianca la besó en la frente, como si la bendijera—. Vuelvo a tener a todas mis hijas en casa. Pete, ve y ocupa el lugar de Catarina. Ella se ocupará de tu trabajo aquí dentro. Queremos hablar de nuestras cosas.
- —Oh, más cháchara sobre la boda. Ya me está dando dolor de cabeza. —Y se fue a toda prisa, agitando las manos.
- —¿Estoy metida en un lío? —Solo hablaba medio en broma, y sacó una botella de agua de la nevera—. ¿Ha llegado a oídos de Bella el chiste que hice porque el vestido de dama de honor hace que parezca un espárrago anémico?
  - -No, y estás muy guapa, aunque el vestido no sea muy ... afortunado.
  - -Oh, qué diplomática.
  - -La diplomacia es lo único que me permite sobrevivir con todo este asunto

de la boda. Si no, creo que a estas alturas ya le habría partido el cuello a tu hermana. —Levantó una mano, meneó la cabeza—. No puede evitarlo. Está entusiasmada, aterrada, locamente enamorada, y quiere que Vince esté orgulloso de ella... y de paso impresionar a sus padres pareciendo una estrella de cine y decorando su nueva casa.

- -Por lo que dices parece que está en su elemento.
- —Si. Tu padre necesita la masa para dos grandes y una mediana —añadió, y observó cómo Reena cortaba y pesaba competente mente la masa—. No te olyidas. ¿eh?
  - —Nací pesando masa de pizza.

Dejó la masa sobrante en la nevera y salió a llevarle a su padre lo que había pedido. Luego se puso a avudar a su madre con las ensaladas.

—Dos de la casa para la mesa seis. Yo me encargaré de la ensalada griega para la tres. Esta boda es el sueño de su vida —siguió diciendo Bianca mientras troceaban verduras—. Y quiero que tenga lo que quería. Quiero que todos mis hijos tengan lo que quieren.

Cargó una bandeja y la llevó a la barra.

—Lista —dijo en voz alta, y volvió a su sitio para preparar otra—. Has estado con un chico.

Cuando Reena consiguió tragar el agua, fue como si se hubiera convertido en una bola dura y pequeña en su garganta.

- —¿Qué?
- —¿Es que crees que puedo mirarte y no darme cuenta? —Ahora Bianca hablaba en voz baja, para que nadie pudiera oírla—. ¿Que no sabría ver el cambio en una hija mía? Tú has sido la última.
  - -; Xander ha estado con un chico?

Para su alivio. Bianca rio.

- -Por el momento prefiere las chicas. ¿Lo conozco?
- —No. Yo... bueno, hace un tiempo que nos conocemos y pasó. La semana pasada. Yo quería que pasara, mamá. Lo siento si te he decepcionado, pero...
- —¿Yo he dicho eso? ¿Te he preguntado por tu conciencia, he cuestionado tu decisión? ¿Fuisteis con cuidado?
- —Sí, mamá —Reena dejó el cuchillo, y se volvió para rodear la cintura de su madre—. Fuimos con cuidado. Me gusta mucho. Y a ti también te gustará, y a verás.
- —¿Cómo voy a saber si me gusta si no lo traes a casa para que lo conozcamos, si no me dices nada de él?
- —Estudia la especialidad de literatura. Quiere ser escritor. Tiene un apartamento algo desastrado y una sonrisa deliciosa. Se llama Josh Bolton y se crio en Ohio.
  - -- ¿Y su familia?

- -No habla mucho de ellos. Sus padres están divorciados y él es hijo único.
- -Entonces, ¿no es católico?
- —No lo creo. No le he preguntado, la verdad. Es amable y muy listo, y me escucha cuando le hablo.
- —O sea, todo lo importante. —Bianca se volvió y cogió el rostro de su hija entre las manos—. Tráelo un día para que conozca a la familia.
  - -Va a venir a la boda de Bella.
- —Qué valiente. —Bianca arqueó las cejas—. Bueno, si consigue sobrevivir, a lo mejor vale la pena que lo conserves.

Cuando la avalancha de clientes de la hora de comer empezó a remitir, Reena se sentó, ante la insistencia de su padre, frente a un enorme plato de espaguetis. Pete ocupó su puesto y Gib se puso a hacer una ronda, como Reena le había visto hacer toda la vida, y como había hecho su suegro antes que él.

Con un vaso de vino, una botella de agua o una taza de café —dependiendo de la hora— pasaba por cada mesa y cada reservado y cruzaba unas palabras con los clientes, y hasta se paraba a charlar un rato. Si se trataba de un habitual, a veces se sentaba unos minutos. Charlaban sobre deporte, comida, política, sobre las noticias del barrio, muertes, nacimientos. En realidad el tema no importaba.

Lo importante era compartir unos momentos con el cliente.

Ese día llevaba agua y, cuando se sentó ante ella, dio un largo trago.

- -¿Está bueno? preguntó señalando el plato con el gesto.
- -Es el mejor.
- -Entonces come más.
- —¿Cómo está la bursitis del señor Alegrio?
- —Regular. Dice que va a llover. Han ascendido a su hijo, y este año sus rosas tienen un aspecto estupendo. —Gib sonrió—. ¡Qué ha comido hoy?
- —La especial con minestrone y la ensalada de la casa, un vaso de Peroni, una botella de agua con gas, barritas de pan y cannoli.
- —Siempre te acuerdas. Es una catástrofe para nosotros que estés haciendo esos cursos de justicia criminal y de química en lugar de gestión de empresa.
  - -Siempre tendré tiempo para ayudar aquí, papá. Siempre.
- —Estoy orgulloso de ti, hija. Orgulloso de que sepas lo que quieres y estés luchando por conseguirlo.
  - -Soy como me habéis enseñado a ser. ¿Cómo está el padre de la novia?
- —De momento prefiero no pensar. —Meneó la cabeza, bebió más agua—. No quiero pensar en el momento en que veré a Bella avanzando hacia mí vestida de novia. Cuando vayamos del brazo por el pasillo de la iglesia y la entregue a Vince. Si lo hago me pongo a hacer pucheros como un bebé. De todos modos, los preparativos nos tienen tan ocupados que no tenemos tiempo para pensar. —

Levantó la vista y sonrió—. Vaya, parece que alguien más se ha enterado de que estás en casa. Eh, John.

—Gib

Con un grito de alegría, Reena se levantó para abrazar a John Minger.

—¡Te he echado de menos! No te veía desde Navidad. Siéntate. Vuelvo enseguida.

Y se fue corriendo a traer más cubiertos. Cuando volvió a sentarse, cogió la mitad de sus espaguetis y los puso en el otro plato.

- —Cómete una parte de mis espaguetis. Papá piensa que en la universidad me están matando de hambre.
  - --: Oué quieres de beber. John?
  - -Algo suave, gracias.
  - -Haré que te lo traigan enseguida. Tengo que volver al trabajo.
- —Cuéntamelo todo —le pidió Reena—. ¿Cómo estás, cómo están tus hijos, tus nietos, cómo va tu vida?
  - -Voy haciendo, estoy muy ocupado.

Mostraba buen aspecto. Tenía más ojeras, y su pelo estaba casi gris. Pero le quedaba bien. El incendio lo había convertido en un miembro de la familia. No, no fue el incendio, pensó corrigiéndose a sí misma. Fue todo lo que hizo después. Echarles una mano, contestar a sus interminables preguntas.

- —¿Algún caso interesante?
- —Todos son interesantes. ¿Aún quieres acompañarme en mis salidas para investigar sobre el terreno?
  - —Tú avísame y voy corriendo.

Su expresión se suavizó con una sonrisa.

—Tuve un incendio que se originó en la habitación de un niño de ocho años. No habia nadie en casa cuando empezó. No habia aceleradores, ni cerillas, ni encendedores. No había señales de que hubieran forzado la entrada, ni elementos incendiarios

—¿Eléctrico?

-No

Reena siguió comiendo mientras pensaba.

- —¿Un juego de química? A esa edad a los niños les gustan los juegos de química.
  - -A ese no. Me dijo que quiere ser detective.
  - —¿A qué hora empezó?
- —Hacia las dos de la tarde. El niño estaba en el colegio, los padres en el trabajo. Anteriormente no se había producido ningún incidente. —Enrolló unos espaguetis en el tenedor y cerró los ojos al paladearlos—. No es justo que te pregunte si no puedes ver el escenario o fotografías.
  - -Un momento, un momento, aún no me doy por vencida. -Reena siempre

había pensado que los enigmas están para resolverlos-... ¿Punto de origen?

- —La mesa del niño. Un escritorio de madera contrachapada.
- —Apuesto a que encima había un montón de material inflamable. Papel, pegamento, exámenes y carpetas: juguetes tal vez ¿Cerca de la ventana?
  - —Debajo.
- —Entonces también hay cortinas y seguramente prendieron y ayudaron a propagar el fuego. Dos de la tarde. —Cerró los ojos, tratando de visualizar la escena. Pensó en el escritorio de Xander cuando tenía diez años. El revoltijo de juguetes de niño, los cómics, los papeles del colegio—. ¿Hacia qué lado mira la ventana?
  - -Eres una máquina, Reena. Hacia el sur.
- —Entonces el sol entraba directamente a esa hora, a menos que las cortinas estuvieran cerradas. Y un niño no cierra las cortinas. ¿Qué tiempo hacía ese día?
  - -Despejado, soleado, temperatura suave.
  - -Si quiere ser detective, seguramente tiene una lupa.
- —Bingo. Sí, eres un hacha. La lupa está sobre la mesa, apoyada contra un libro, sobre un montón de papeles. El sol entra y pasa por la lupa y los papeles prenden. Mesa de madera, cortinas de tela.
  - —Pobre niño.
- —Podía haber sido peor. Un repartidor vio el humo y llamó al 911. Pudieron contenerlo en la habitación
- —Echaba de menos poder comentar los casos contigo. Lo sé, lo sé, solo soy una estudiante, y la mayoría de asignaturas que me interesan no podré hacerlas hasta el penúltimo curso, cuando me trasladen al campus de Shady Grove. Pero me encanta comentar los casos.
- —Hay otra cosa que quería comentarte. —Minger dejó el tenedor, la miró a los ojos—. Pastorelli ha salido.
- —Él... —Inspiró con fuerza y miró alrededor por si alguien de la familia podía oírla—. ¿Cuándo?
  - —La semana pasada. Acabo de enterarme.
- —Tenía que pasar —dijo Reena lentamente—. Seguramente habría salido antes si no hubiera dado una paliza a aquel guardia.
- —No creo que os cause ningún problema, ni que vuelva por aquí. Ya no hay nada que lo una al barrio. Su mujer aún está en Nueva York, con una tía suya. Lo he comprobado. Y el hijo ya ha cumplido una condena por agresión.
- —Aún me acuerdo de cuando se lo llevaron. —Miró por la ventana, al otro lado de la calle. En la casa donde antes vivían los Pastorelli había tiestos de geranios en los escalones y las cortinas estaban abiertas.
  - —¿A cuál?
- —A los dos. Recuerdo cómo se llevaron al señor Pastorelli, esposado, y que su mujer hundió la cara en un trapo amarillo y llevaba los cordones de una de las

zapatillas desatadas. Y Joey echó a correr detrás del coche, gritando. Yo estaba con mi padre, mirando. Creo que el hecho de ver aquello juntos reforzó algo que ya había entre nosotros. Que por eso me dejó ir con él cuando se llevaron a Joey. Después de que matara al pobre perro.

- —Fue una forma de cerrar el capítulo que se inició cuando el muy cerdo te pegó en el colegio. No hay razón para pensar que no siga cerrado, pero he pensado que teníais que saberlo.
  - —Yo se lo diré a mi familia, John. Después, cuando estemos todos en casa.
  - —Bien.

Reena volvió a mirar por la ventana y la expresión grave de su rostro desapareció.

—Es Xander. Vuelvo enseguida. —Salió corriendo del reservado y fue a toda prisa hacia la puerta, cruzó corriendo la calle y se arrojó en los brazos de su hermano.

En muchos aspectos, volver a estar en casa era como volver a ser niña. Los aromas y los sonidos eran los mismos de siempre. La cera que su madre utilizaba para los muebles, los olores, que parecían una parte más de la cocina, igual que la mesa de carnicero. La música que salía a todo volumen de la habitación de Xander, tanto si él estaba dentro como si no. El agua que goteaba en el lavabo del aseo si no apretabas bien el grifo al cerrarlo.

Era raro que pasara una hora sin que el teléfono sonara y, como hacía buen tiempo, las ventanas estaban abiertas al sonido del tráfico y a las voces de los viandantes que se paraban a charlar en la calle.

Reena estaba sentada con las piernas cruzadas en la cama de su hermana, como cuando tenía diez años, mientras Bella se arreglaba para salir.

- —Hay tanto que hacer...—Bella mezcló los tonos de la sombra de ojos con la habilidad de un artista—. No sé si podré solucionarlo todo antes de la boda. Vince dice que me preocupo demasiado, pero quiero que todo esté perfecto.
  - —Lo estará. Tu vestido es precioso.
- —Sabía exactamente lo que quería. —Sacudió sus sofisticadas nubes de pelo rubio—. Después de todo, llevo toda la vida planificando esto. ¿Te acuerdas de cuando jugábamos a novias, con aquellas viejas cortinas de blonda?
  - —Y tú siempre eras la novia. —Lo dijo con una sonrisa.
- —Bueno, pues se acabaron las bodas de mentira. Sé que papá se quedó de piedra por el precio del vestido, pero al fin y al cabo la novia tiene que lucir el día de su boda. Y no luciría mucho con una birria de vestido. Quiero que Vince se quede deslumbrado cuando me vea. Oh, espera, ya verás lo que me ha dado para que lo lleve como aleo vieio.
  - -Pensaba que ibas a llevar las perlas de la abuela.

- —No. Son monísimas, pero están anticuadas. Y además, no son auténticas. Abrió el cajón del tocador y sacó una cajita. Fue con ella hasta donde estaba su hermana y se sentó en la cama —. Las compró para mí.
- En el interior había unos pendientes, con relucientes gotas de diamantes y unas filigranas tan delicadas que podían haberlas tejido unas arañas mágicas.
  - -Dios, Bella, ¿son diamantes de verdad?
- —Por supuesto. —El solitario cuadrado que llevaba al dedo destelló cuando agitó la mano—. Vince no me compraría nada de tiradillo. Tiene clase. En su familia todos tienen clase.
  - -- Y en la nuestra no?
- —No lo digo en ese sentido. —Pero Bella lo dijo con desinterés; cogió uno de los pendientes y lo sostuvo en alto para que le diera la luz—. La madre de Vince va a Nueva York y a Milán a comprar. En la casa tienen un servicio de doce personas. Tendrías que ver la casa de sus padres, Reena. Es una mansión. Tienen capataces que trabajan para ellos a jornada completa. Su madre es tan dulce conmigo... ahora la llamo Joanne. La mañana de la boda me llevará a su salón de belleza para que me preparen.
  - -Pensaba... tú, mamá y Fran, ¿no ibais a ir a la peluquería de María?
- —Catarina. —Bella sonrió con dulzura, dio unas palmaditas en la mano de su hermana y entonces se levantó y volvió al tocador para dejar los pendientes en su sitio—. María ya no está a la altura. Voy a ser la esposa de un hombre importante. Voy a llevar una vida diferente, a tener obligaciones diferentes. Y para eso tengo que llevar un corte de pelo apropiado, la ropa idónea, el todo adecuado.
  - --: Y quién decide qué es adecuado y qué no?
- —Eso se sabe y punto. —Se atusó el pelo—. Vince tiene un primo, es un encanto. He pensado que te gustaría que te acompañara durante la recepción. Creo que os llevaríais bien. Estudia penúltimo curso en Princeton.
  - -Gracias, pero y a tengo novio. Vendrá a la boda. Lo he hablado con mamá.
- —Un novio. —Olvidándose por un momento de acicalarse, Bella se dejó caer sobre la cama—. ¿Cuándo. dónde. cómo? Cuéntamelo todo.

Los recelos desaparecieron. Volvían a ser dos hermanas que hablaban sobre el importantísimo tema de los chicos.

- —Se llama Josh. Es muy dulce, y es un bombón. Quiere ser escritor, y lo he conocido en la universidad. Llevamos saliendo un par de meses.
  - -¿Meses? ¿Y no me habías dicho nada?
  - -Has estado muy ocupada.
  - —Aun así. —Por un momento, Bella puso cara seria—. ¿Es de por aquí?
- —No, se crio en Ohio. Pero ahora vive aquí. Durante el verano va a trabajar en una librería. Me gusta mucho. Bella. Nos hemos acostado. Cinco veces.
  - -¡Jesús! -Los ojos de Bella se abrieron como platos, y botó un poco sobre

la cama—. Reena, esto es muy importante. ¿Lo hace bien? —Se levantó de un brinco y fue a cerrar la puerta—. Vince es increible en la cama. Puede hacerlo durante horas.

- —A mí me parece que lo hace bien. —¿Horas?, pensó. ¿Cómo podía ser eso? —. Pero es el único chico con el que he estado.
  - -Asegúrate de llevar siempre protección. Yo lo dejé.
  - -¿Dejar el qué?
- —Lo de la protección —susurró—. Vince dice que quiere que tengamos hijos enseguida, así que he dejado de tomar las pastillas. Falta tan poco para la boda que no importa si me quedo embarazada. Dejé las pastillas la semana pasada, así que a lo mejor y a lo estoy.
- —Qué bien. —Reena sintió una sacudida muy fuerte, porque de pronto su hermana había pasado de novia a esposa y de esposa a madre—. ¿No prefieres esperar hasta que te acostumbres al matrimonio?
- —No necesito acostumbrarme. —Y sonrió con expresión soñadora. Todo en ella parecía soñador, los ojos, los labios, la voz—. Ya sé cómo va a ser. Será perfecto. Tengo que terminar de arreglarme. Vince llegará en cualquier momento y no le gusta que le haga esperar.
  - —Que te diviertas.
- —Siempre lo hacemos. —Bella volvió a sentarse ante el tocador y Reena fue hacia la puerta—. Esta noche Vince me lleva a un restaurante fabuloso. Dice que necesito relajarme y olvidarme un poco de los preparativos de la boda.
- —Seguro que tiene razón. —Reena salió y cerró la puerta, y vio que su hermano subía por las escaleras.

Xander la miró, miró la puerta, volvió a mirar a Reena y sonrió.

- —Bueno, ¿cuántas veces ha dicho « Vince cree» ?
- -He perdido la cuenta. Está loco por ella.
- —Me alegro por él, porque si no, a estas alturas Bella le habría vuelto loco. Y te digo una cosa, no sabes las ganas que tengo de que esto termine.

Reena se acercó a su hermano. Ya la superaba en estatura, así que tuvo que ponerse de puntillas para darle un beso en la mei illa.

- -La vas a echar de menos cuando no la tengas en la habitación de al lado.
- —Sí, ya lo sé.
- -- ¿Tienes planes para esta noche?
- —¿Para la primera noche que pasas en casa? ¿Qué clase de hermano crees que soy?
  - -Mi favorito

Reena esperó hasta que Bella se fue a su cena elegante y el resto de la familia estuvo reunido en torno a la mesa comiendo bistec florentino para celebrar su

regreso.

- —Tengo una noticia que daros —empezó—. John me lo ha dicho hoy, y le pedí que me dejara decíroslo yo. Pastorelli ha salido de la cárcel. Lo soltaron hace una semana.
  - -El muy cabrón.
- —En la mesa no, Xander —dijo Bianca automáticamente—. ¿Saben dónde está, adónde ha ido?
- —Ha cumplido su condena, mamá. —Reena había tenido tiempo para asimilar la noticia, por eso parecía tan calmada—. John no cree que tengamos que preocuparnos, y y o estoy de acuerdo. No tiene ningún vínculo con el barrio, no hay ninguna razón para que vuelva. Aquello pasó hace mucho tiempo.
- —Ayer —dijo Gib—, parece que fue ayer. Pero creo que tenemos que aceptarlo. ¿Qué otra cosa vamos a hacer? Ya se le castigó por lo que hizo. Y ahora ya no forma parte de nuestras vidas.
- —Sí, pero no estaría de más estar atentos, al menos por un tiempo. —Bianca respiró hondo—. Y seguramente lo mejor es que no le digamos nada a Bella hasta después de la boda. Se pondría histérica.
  - —Bella se pondría histérica por una uña rota —terció Xander.
- —Justamente. Así que, ya sabéis, hay que estar atentos. Pero debemos pensar, igual que hace John, que no hay nada que temer. Bueno... —Bianca levantó las manos—. A comer todo el mundo antes de que la comida se enfríe.

Bo no estaba convencido en un cien por cien de los planes para aquel día, aunque normalmente siempre estaba dispuesto a hacer de acompañante. Ahora su colega Brad era oficialmente pareja de Cammie y, como aún era muy reciente, de momento todos estaban contentos. Para compartir su alegría, la nueva pareja preparo una doble cita. A Bo le parecía bien, lo que le preocupaba es que fuera para todo el día y hasta bien entrada la noche.

Todo un compromiso, en opinión de Bo.

¿Y si él y la amiga de Cammie no se gustaban? Podía pasar. Se suponía que era guapa, pero esa era la opinión de Cammie, y no se puede confiar en la opinión de la novia de un amigo.

Incluso si era como Claudia Schiffer, a lo mejor hablaba sin parar, o no dejaba de echar risitas estúpidas. No soportaba a las chicas que estaban con las risitas constantemente. O a lo mejor no tenía sentido del humor. Sí, prefería a una que no dejara de reírse a una que fuera demasiado seria, de esas que van de salvadoras del mundo.

Además, aún estaba colgado de la chica que había visto solo unos segundos y cuy o nombre no conocía.

Era ridículo pero ¿qué podía hacer?

Bo sabía que aquello era uno de los métodos de Brad para traerlo de vuelta al mundo real. Una chica guapa —al menos eso querían venderle— y un día en grupo en el puerto de Baltimore. Ir al acuario, pasear, escuchar algo de música, comer marisco. Reir un poco. «Ponte en situación», se ordenó a sí mismo mientras, seguía las indicaciones de Cammie.

Ella y Brad se habían instalado en el asiento de atrás de su coche, seguramente para poder hacer manitas.

Entró en el aparcamiento y esperó mientras sus pasajeros terminaban su última sesión de besuqueo.

—Podemos subir todos —Cammie se separó de Brad, cogió su bolso—. ¡Será divertido! Hace un día genial.

En eso tenía razón, pensó Bo. Cielo azul, nubes algodonosas, un sol deslumbrante. Mej or salir a distraerse que quedarse en casa comiéndose el tarro por una fantasía o haciendo el tonto en el taller de su jefe.

Lo que él quería era tener su propio taller. Cuando tuviera suficiente dinero para alquilar una casa —o, más fantasías, comprarse una casa—, entonces tendría su propio taller. Un bonito y pequeño cobertizo que equiparía con mesas de trabajo y herramientas eléctricas. Y hasta puede que montara su propio negocio.

Entraron en el edificio de apartamentos, que a él le pareció exactamente igual que los otros edificios de apartamentos que había fuera del campus. Y que era justamente la clase de sitio que quería olvidar. Lo que tenía que hacer era convencer a Brad para que compraran una casa a medias y la rehabilitaran.

—Vive aquí, en el primer piso. —Cammie fue hasta una puerta y llamó con los nudillos—. De verdad. Bo. Mandy te gustará. Es muy divertida.

La amplia sonrisa de Cammie le recordó a Bo porque no le gustaba que otros le arreglaran una cita. Ahora, si la chica no le gustaba, tendría que fingir que sí. Porque, si no, Cammie se lo echaría en cara a Brad y luego Brad se lo echaría en cara a él.

Pero parte de sus preocupaciones desaparecieron cuando una pelirroja menuda, con unos grandes ojos azules y curvas bellamente enfundadas en unos tejanos y una camiseta gris ceñida, abrió la puerta.

Tan bellamente enfundadas que decidió guardarse su opinión sobre el piercing de la ceia.

-Eh. Mandy. Ya conoces a Brad.

-Sí. Hola. Brad.

Bo percibió un leve ceceo... muy sexy.

—Y este es Bo. Bowen Goodnight.

—Hola, Bo. Cojo mi bolso y nos vamos. La casa está hecha un desastre, así es que mejor que no entréis. —Lo dijo riendo, y los hizo retroceder.— Mi compañera de piso se fue ayer a pasar un fin de semana salvaje en Oklahoma City y lo puso todo patas arriba buscando unas sandalias, que encima encontré yo cuando ya se había ido. No pienso recoger nada. Que lo haga ella.

Cogió su bolso y una gorra de los Orioles, sin dejar de hablar ni un segundo, aunque resultaba divertida y alegre.

Ah, béisbol, pensó Bo. Entonces había esperanza.

La chica salió, cerró la puerta y le dedicó a Bo una sonrisa fugaz y afable.

- —Llevo una cámara —dijo dando unos toquecitos en el abultado bolso—. Soy un poco pesada con las fotos. Lo aviso.
- —Mandy es muy buena fotógrafa —terció Cammie—. Trabaja como ayudante en el Baltimore Sun.
  - -Un montón de horas, sin cobrar. Pero me encanta. ¡Eh, míralo!

Antes de que Bo pudiera decir nada, la chica se había girado para mirar a un chico que bajaba por las escaleras. Iba vestido con traje y corbata, y parecía algo nervisos.

- —Qué peripuesto —dijo ella con una risita—. Estás muy guapo.
- —Voy a una boda. —Se llevó una mano al nudo de su corbata a rayas y tiró —. ¿Me la he puesto bien?
- —Cammie, Brad, Bo, este es Josh. El vecino de arriba, estudiante y anudador aficionado de corbatas. Deja, yo te la arreglo. ¿Quién se casa?
- —La hermana de mi novia. Voy a conocer a toda su familia. Estoy un poco nervioso.
- —Ohhh. —Le arregló la corbata, le dio una palmadita en la solapa—. Bueno, perfecto. Y no te preocupes, cielo, en las bodas la gente o se pasa el rato llorando o se emborracha
  - —La may oría son italianos.
- —Entonces harán las dos cosas. Las bodas italianas son muy divertidas. Tú limítate a alzar el vaso y dices, ¿cómo era?, salute!
  - -Salute. Vale. lo recordaré. Bueno, encantado de conoceros. Adiós.
- —Es un encanto —dijo Mandy cuando Josh se fue—. Lleva casi todo el curso colgado de esa chica de la clase de literatura. Parece que por fin la cosa funciona. Bueno. —Se ajustó la gorra—. Vamos a ver a alguno de esos pescados.

Bella lo había organizado todo a la perfección y, en opinión de Reena, había conseguido lo que quería. Hacía un día increíble, el azul y dorado balsámicos de principios del verano, las flores llamativas y delicadas, la baja humedad.

Parecía una princesa, todos lo decían, con su vestido blanco y vaporoso, los cabellos dorados bajo el velo. El ramo era una creación espectacular con rosas rosas y azucenas enanas.

La iglesia estaba decorada con canastillas blancas con las flores que ella había elegido. Había rechazado el tradicional órgano en favor de un arpa, flautas, violonchelo y violín. Reena tuvo que admitir que sonaba maravillosamente.

Y tenía clase.

Se acabaron las cortinas de blonda y los ramos hechos con kleenex, pensó Reena sintiendo que los ojos le escocian y que se le hacía en la garganta un nudo. Isabella Hale avanzó por el pasillo de la iglesia de Saint Leo del brazo de su padre, como una reina. Con una cola que parecía un río blanco a su espalda, expresión radiante y los diamantes destellando en sus orejas.

« Ha conseguido todo lo que quería» , pensó Reena, mientras a su lado Vince —elegante y guapo con su chaqué— parecía totalmente deslumbrado.

Sus ojos, profundos y oscuros, no se apartaban del rostro de Bella. Los de su padre se humedecieron cuando levantó con delicadeza el velo de la novia y la besó en la mejilla, y luego, cuando el cura preguntó quién entregaba a aquella mujer, contestó con ternura: Por una vez Bella no lloró, permaneció con los ojos secos y expresión radiante durante toda la misa y la ceremonia. Con ojos como luceros y una voz nítida como una campana.

« Porque sabe que esto es exactamente lo que quiere —pensó Reena—. Lo que siempre ha querido. Y sabe que hoy es el centro del universo y todos los ojos están puestos en ella».

Ya no importaba que su vestido de dama de honor la favoreciera tan poco. Reena comprendió que allí había otra clase de fuego. Era poderoso, brillante y caliente. Era la felicidad de su hermana, que llameaba en el ambiente.

Así que Reena lloró cuando hicieron los votos y se entregaron los anillos, consciente de que aquel día estaban perdiendo una parte de sus vidas. Y empezaba la sicuiente etana de la vida de Bella.

La recepción se ofreció en el club de campo de los padres de Vince. Por lo visto, el padre era una especie de directivo o miembro del consejo del club. Allí también había flores en abundancia, comida, bebida y música.

Cada mesa estaba engalanada con el mismo tono de rosa que las amadas rosas de Bella, salpicada de pétalos blancos, con centros de flores y brillantes columnas de velas de un blanco nivo.

Reena tuvo que sentarse a la mesa principal, en el grupo de los novios. Se alegró de que su madre hubiera tenido la previsión de sentar a Josh en la misma mesa que Gina, porque sabía que ella le entretendría. Y también de que Fran — como dama de honor— y el hermano de Vince —padrino del novio— se encargaran de hacer los tradicionales brindis.

Reena comió costillas de primerísima calidad, habló y rio con los otros comensales, se preocupó por Josh. Y cuando tuvo un momento para mirar al gran salón de baile, se preguntó a qué clase de mundo pertenecía su hermana.

Las dos familias estaban mezcladas, como suele hacer la gente en esos eventos. Pero, aunque no hubiera conocido a la gente que había alli, habria podido dividirlos fácilmente en dos grupos. Clase trabajadora/clase alta. Barrio urbano/zona residencial de ricos.

La novia no era la única que lucía diamantes o que llevaba un vestido que costaba más que la recaudación de una semana en Sirico's. Pero sí era la única de su familia que había podido llevarlos.

Seguramente, pensó Reena, era la única de la familia que podía comportarse como si hubiera nacido vistiendo modelos de Prada.

Xander se inclinó para decirle algo al oído, como si le hubiera leído el pensamiento.

-Ahora somos los familiares pobres.

Reena rio con disimulo y luego alzó su copa de champán.

—O, calla. Salute.

Fue más fácil cuando pudo escapar de sus obligaciones y reunirse con Josh.

- ¿Estás bien? Ahora estoy libre, al menos un rato.
- —Sí, bien. Menuda boda.
- —Sí —coincidió ella—. No sabía que tardaríamos tanto con las fotografías. Me siento como si te hubiera abandonado. Y quería decirte que...
- —¡Catarina! —Su tía Carmela se abalanzó sobre ella y la envolvió en una nube de perfume—. ¡Qué guapa estás! Pareces una novia. ¡Aunque estás muy delgada! Ahora que has vuelto te engordaremos un poco. Y ¿quién es este joven tan guapo?
  - -Tía, este es Josh Bolton. Josh, mi tía, Carmela Sirico.
  - -Encantado de conocerla, señora Sirico.
- —Y además educado. Estamos en una boda, joven, hoy puedes llamarme Carmela. Mi sobrina. —Y rodeó con un fuerte brazo los hombros de Reena—. Está muy guapa, ¿verdad?
  - —Sí, señora, está…
- —Francesca es la más guapa, Isabella tiene estilo, pasión. Y nuestra Catarina es la inteligente. ¿Verdad, cara?
  - -Exacto. Yo tengo el cerebro.
- —Pero hoy estás muy guapa. A lo mejor a tu joven galán le dan ideas cuando cojas el ramo de la novia. —Y guiñó un ojo—. ¿Conozco a tu familia? le preguntó a Josh.
- —No, no la conoces —se apresuró a contestar Reena—. Lo conozco de la facultad. Tengo que presentarlo a los demás.
- —Sí, sí. Pero resérvame un baile —le dijo a Josh cuando Reena se lo llevaba a toda prisa del brazo.
- —Eso quería decirte —empezó a decir Reena—. Te vas a encontrar mucho de eso. Que si quién es tu familia, a qué se dedican, a qué te dedicas tú, a qué iglesia vais. En mi familia, todos piensan que es normal preguntarlo. No te lo tomes como algo personal.
- —No pasa nada. Gina ya me ha dicho algo. Me asusta un poco, pero no pasa nada. Y estás muy guapa, de verdad. Nunca había estado en una gran boda católica. Ha sido increíble.
- —Y muy larga —dijo ella con una risa—. Bueno, tendré que presentarte a mis tíos y mis otras tías. Animo.

La fiesta siguió y Reena comprobó que efectivamente no pasaba nada. Es verdad que bombardearon a Josh con preguntas, pero todos hablaban tanto que no tuvo que contestar a todas, ni mucho menos.

La música animaba el ambiente, y hubo para todos los gustos, desde Dean Martín a Madonna. Reena se relajó en el momento en que bailó con el novio.

-Nunca había visto a mi hermana tan feliz. La ceremonia ha sido muy

bonita, Vince. Todo es muy bonito.

-La pobre estaba muy preocupada. Pero esa es mi Bella.

Vince se movía con suavidad por la pista, tan concentrado en su rostro que Reena se preguntó si no habría tomado clases especiales: bailes de salón y encanto

- —Ahora podremos empezar nuestra vida, crear nuestro hogar, tener una familia. Te invitaremos a cenar en cuanto regresemos de la luna de miel y nos instalemos.
  - —Aquí estaré.
- —Soy muy afortunado por tener una mujer tan bonita y encantadora. Y además cocina. —Se rio, y besó a Reena en la mejilla—. Y ahora tengo otra hermana.
  - -Y yo otro hermano. Una famiglia.
- —Una famiglia. —Sonrió y siguió girando y girando con ella por la sala de baile

Más tarde, mientras estaba acurrucada en la cama con Josh, Reena pensó en aquel día que su hermana llevaba tanto tiempo esperando. La majestuosidad de la ceremonia, las palabras solemnes, las elegantes flores. La formalidad inicial de la ceremonia que, afortunadamente, había desembocado en una fiesta bulliciosa

- -- Dime una cosa, ¿de verdad ha bailado mi tía Rosa el Electric Slide?
- —Ahora no recuerdo exactamente cuál de ellas era Rosa, pero sí, creo que sí. O a lo mejor era el Hokey Pokey.
- —No, las que han bailado eso han sido mis primas segundas Lena y Maria Theresa. Jesús.
  - -Me han gustado los bailes, sobre todo la tarenbella.
- —Tarantela —le corrigió ella entre risitas—. Has aguantado muy bien, Josh, y no es fácil. Tienes mucho mérito.
  - -Me lo he pasado muy bien, de verdad. Tu familia es genial.
- —Un poco escandalosos. Creo que la familia de Vince estaba un poco incómoda, sobre todo cuando mi tío Larry cogió el micrófono y se puso a cantar a voz en grito « That's Amore» .
- —Sonaba bien. Tu familia me gusta más. La del novio parece un poco esnob. Pero él está bien —añadió enseguida—. Y está colado por tu hermana. Parecían una pareja de película.
  - -Sí, es verdad.
- —Y tu madre, ¿quedaré muy mal si te digo que es guapísima? No parece una madre. Mi familia nunca hacía cosas así. Ya sabes, grandes ceremonias o cosas de esas, me ha gustado.

Ella rodó sobre la cama y se puso encima de él. Le sonrió.

- —Entonces, ¿vendrás a cenar mañana? Mamá me dijo que te lo pidiera. Así verás cómo somos cuando no estamos de fiesta
- —Claro, ¿Te puedes quedar esta noche? Mi compañero de piso no vuelve hasta mañana por la noche. Podemos salir si quieres, o quedarnos aqui todo el día.
- —Me gustaría. —Reena inclinó la cabeza para besarle en el pecho. Era tan suave y cálido—. De verdad. Pero hoy justamente sería demasiado para mi padre si paso la noche fuera. Seguramente estará muy triste. Y además, la gente no dejaba de decirle que pronto tendría que volver a repetir con Fran.

—La empujaste directa hacia el ramo cuando Bella lo tiró, ¿eh?

- —Fue un acto reflejo. —Volvió a reír, y se sentó para echarse el pelo hacia atrás—. Procuraré que papá esté ocupado esta noche. Si no, no dejará de pensar en la noche de bodas de Bella y eso es terreno peligroso. —Le acarició la mejilla —. Me alegro de que te lo havas pasado bien.
- Él se sentó también y la abrazó de una forma que a Reena le alegró el corazón

-Siempre me lo paso bien cuando estoy contigo.

Ella se vistió, se retocó el maquillaje. No quería volver a casa con aspecto de acadar de salir de la cama de nadie. En la puerta dejó que Josh la retuviera durante varios besos

- —A lo mej or, la próxima vez que tenga libre podríamos pasar un día fuera, ir a algún sitio —propuso él—. A la playa o donde sea.
- —Me gusta la idea. Te veré mañana. —Se apartó, y entonces volvió atrás y lo empujó hacia la puerta para besarlo otra vez—. Mientras, tendré que aguantar con esto.

Bajó las escaleras prácticamente bailando y salió a la atmósfera templada de la noche.

Bo llegó al aparcamiento en el momento en que ella ponía las llaves en el contacto

Primero había dejado a Brad y Cammie en casa de esta. Había sido un buen día, y aquello prometía. Mandy le gustaba. ¿Cómo no le iba a gustar? Era muy pesada con la cámara, pero le hacía reír.

- —Quiero ver alguna de los seis millones de fotografías que has hecho hoy le dijo cuando bajaron del coche.
- —Si, no podrás escaparte. Cuando hago las copias me pongo casi tan pesada como cuando voy con la cámara haciendo las fotos. Ha sido divertido. Me alegro de que Cammie me convenciera. Y si digo esto es para que veas que te hablo con el corazón.
- —No pasa nada, a mí también tuvieron que convencerme. Supuse que, si al final se convertía en una pesadilla, siempre podría echárselo a Brad en cara

durante años. Ahora tendré que buscar otra cosa que echarle en cara. ¿Te va bien si te llamo otro día?

—Estupendo. —Ella sacó un trozo de papel del bolsillo—. Ya te había escrito mi mierro. Había decidido que, si no me lo pedías, te lo iba a endosar mientras hacía esto.

Y dicho esto lo cogió por la camiseta, dio un tirón y se puso de puntillas. El beso fue ardiente y prometedor.

- —Bien. —Rozó sus labios contra los de él—. Sabes, si esto funciona no nos lo van a perdonar nunca.
- —La vida está llena de riesgos. —Había decidido que el aro de la ceja era sexy —. A lo mejor te apetece que suba.
- Tentador, muy tentador. Pero creo que es mejor que esperemos un poco.
   Abrió la puerta y entró.
   Llámame.

Él se guardó el número en el bolsillo y volvió al coche sonriendo.

Como tenía la noche libre y su compañero de piso no estaba alli para poner la música a todo volumen, Josh se sentó a escribir. Sería divertido tratar de escribir un relato corto sobre la boda

Quería anotar parte de lo que había vivido antes de que las impresiones —y había muchas— se confundieran o empezaran a desvanecerse.

Aunque le habría encantado que Reena se quedara a pasar la noche con él, en parte se alegraba de que se hubiera ido. Tener el piso para él solo significaba que podía pensar de verdad. Trabajar de verdad.

Ya tenía casi un primer borrador terminado cuando oyó que llamaban a la puerta. Fue a abrir, con la cabeza todavía en la historia. Cuando abrió, inclinó la cabeza levemente a modo de saludo.

-¿Puedo ay udarte?

-Sí, soy del piso de arriba. ¿Has oído...? Oh, mira, ahí está otra vez.

Instintivamente Josh miró por encima de su hombro en la dirección que le estaba señalando el visitante. Un fuerte dolor estalló en su cabeza, y vio una nube roja ante los ojos.

Antes de que su cuerpo llegara al suelo, la puerta se había cerrado.

Que flacucho. No me costará nada llevarle hasta el cuarto. El calcetín lleno de monedas le dejará señal. A lo mejor lo descubren mas tarde. Lo dejaré en el suelo, para que parezca que se ha dado un golpe en la cabeza al caer de la cama.

Todo tiene que ser lo más sencillo y rápido posible. Encendemos un cigarrillo, lo limpiamos y se lo ponemos entre los labios al idiota este. Por si acaso. Marcamos sus huellas en el paquete, en algunas cerillas. Ahora ponemos el cigarrillo encendido en la cama, entre las sábanas. Para que prendan bien. Añadimos un poco de papel —papeles de la universidad—, el paquete de

cigarrillos, unas cerillas.

Voy a por una cerveza a la cocina. Ya puestos, puedo tomarme algo mientras espero a que empiece la fiesta.

No hay nada como ver cómo empieza un fuego. No, señor. El poder es como una droga.

La combustión interna. El fuego furtivo. Taimado y astuto. Que se hace más y más poderoso, en silencio, secretamente, hasta que aparece la primera llama.

Ahora, con unos guantes, voy a sacar la pila del detector de humos. La gente es tan descuidada... siempre se olvidan de cambiar las pilas. Es una pena.

El tío podría volver en sí. Si pasa le vuelvo a arrear.

Ojalá vuelva en sí, vamos, flacucho de mierda, recupera la conciencia para que te pueda volver a dar.

Y el humo, tan sensual, tan silencioso, tan letal. El humo es lo que los mata. Los atonta. El papel empieza a prender, ya hay llama.

La primera llama es el no va más. Escucha, escucha cómo te habla y te susurra. Mira cómo se mueve, cómo baila.

Y ahora las sábanas. Buen principio, sí. Y ahora le echamos las sábanas encima al gilipollas este.

¡Qué bonito! Y qué colores. Dorado, rojo, naranja, amarillo.

Sí, eso va a parecer: el chico se enciende un pitillo en la cama, se queda dormido. El humo lo atonta, y trata de bajar de la cama, pero se cae y se da un golpe en la cabeza y el fuego lo quema cuando está inconsciente.

La cama está ardiendo. Pero qué bonito, joder. Un poco más de papel no irá mal. Oue le prenda la camiseta. ¡Así, muy bien!

Venga, venga. Esto está tardando mucho. Beberé un poco de cerveza, tengo que mantener la calma. ¿Quién hubiera dicho que un jodido espárrago como este podía quemarse de este modo? Ahora ha prendido también la alfombra... es lo que pasa cuando compras barato.

Bien doradito, sí, señor. Huele como un jodido cerdo a la brasa.

Será mejor que me vaya. Qué rabia, tener que perderme el espectáculo. Es tan entretenido ver cómo la gente se churrasca y se derrite al fuego...

Pero es hora de que me despida del gilipollas de Joe, el universitario. Tómatelo con calma, despacito. Primero comprobaré el descansillo. Qué mierda que no me pueda quedar a verlo, pero tengo que irme. Camina normal, nada de carreras. No mires atrás. Tranquilamente, como si no tuvieras preocupaciones.

Y ahora arranco el coche y me largo. Y conduzco dentro de los límites de las señales, como cualquier hijo de puta que respeta la ley.

Estará hecho un chicharrón antes de que lo encuentren.

Esto sí que es divertido.

Bo se despertó con una resaca que resonaba en su cabeza como las campanas de una catedral. Estaba bocabajo en una cama que, más que a sábanas, olía a calcetines sucios, y se sentía tan hecho polvo que pensó quedarse así, respirando aquel olor rancio el resto de su vida.

No era culpa suya si cuando volvió después de llevar a Mandy a su casa la fiesta del vecino de abajo estaba en pleno apogeo. Y él entró por educación, y porque le pareció una forma entretenida de pasar el resto de aquel sábado noche.

Y como luego solo tenía que subir un piso para volver a su casa, no vio nada de malo en tomarse un par de cervezas.

Pero la culpa era suya, y estaba dispuesto a reconocerlo en cuanto su cabeza dejara de gritar. Si, se quedó hasta las dos de la mañana y se bebió un packentero de seis cerveras

No, no era del todo culpa suya, porque la cerveza estaba allí, con los nachos. Y ¿qué se supone que tiene que hacer uno cuando come nachos sino ay udarlos a baiar con cerveza?

Montones de cerveza.

Tenía aspirinas. Estaba seguro. En algún sitio. Oh, si al menos hubiera un alma caritativa que le recordara dónde había guardado el bote... Iría él mismo a buscarlo, arrastrándose, arrastrando su pobre cuerpo maltrecho.

Y ¿por qué no había bajado las persianas? ¿Por qué no podía esa alma caritativa apagar el sol para que no le quemara en los ojos como un horno caliente?

Porque había rendido homenaje al dios de la cerveza, por eso.

Había violado un mandamiento y había idolatrado al dios falso y espumoso de la cerveza. Y ahora estaba siendo castigado.

La aspirina, sobre la que ahora recaía el peso de su salvación, seguramente estaría en la cocina. Bo rezó para que estuviera allí, y tras cubrirse los ojos con una mano, se levantó de la cama. Gimió con toda el alma, y el gemido se convirtió casi en un erito cuando tronezó con los zapatos y se cayó de morros.

Casi no tenía fuerzas ni para gimotear, y menos aún para empezar a renegar.

Consiguió ponerse a cuatro patas y se quedó así hasta que recuperó el aliento. Nunca más. Lo juraba. Si hubiera tenido un cuchillo a mano, lo habría utilizado para escribir aquella promesa en el suelo con su propia sangre. Logró ponerse de pie, mientras la cabeza le daba vueltas y sentía un fuerte ardor en el estómago. Su última esperanza era no vomitarse encima. Prefería el dolor al vómito.

Afortunadamente, su apartamento tenía el tamaño de una autocaravana, y la cocina solo estaba a unos pasos del sofá cama. En la cocina había algo que olía a rata muerta... ¿no era maravilloso? No hizo caso del fregadero lleno de platos, ni de las cajas vacías de comida rápida que aún estaban sobre la encimera, y se puso a rebuscar en los armarios.

«Fullola —pensó como siempre—. Lo más parecido al plástico que hay». Dentro había cajas abiertas de cereales y snacks. Una bolsa de salsa agria y patatas con sabor a ajo, cuatro cajas de macarrones y queso, galletas de chocolate con relleno de crema, un surtido de latas de sopa y una caja de preparado para hacer pastel de queso y frambuesa.

Y allí, allí, entre el paquete de Life y el de cereales, estaban las aspirinas. Gracias, señor.

Como después de su anterior resaca ya había tirado el tapón, lo único que tuvo que hacer fue echarse tres pequeñas pastillas en su mano pegajosa. Se las echó a la boca, abrió el grifo y, como no había sitio para la cabeza entre tantos platos, ahuecó la mano debajo del chorro y sorbió el agua para tragarse las nastillas.

Una se le atascó en la garganta y se atragantó; fue dando tumbos hasta la nevera y cogió una botella de Gatorade. Bebió apoyándose ligeramente en la encimera.

Abriéndose paso a través del montón de ropa, los zapatos, las estúpidas llaves y las otras cosas que habían acabado en el suelo, fue al cuarto de baño.

Se sujetó al borde del lavabo e hizo acopio de valor para mirar se en el espejo.

Por el aspecto, su pelo parecía que la rata muerta de la cocina se había dedicado a revolvérselo por la noche. Estaba muy pálido.

Tenía los oj os tan enrojecidos que se preguntó si quedaría sangre para el resto del cuerpo.

—Muy bien, señor Goodnight, estúpido hijo de puta. Se acabó. Ahora mismo vas a poner tu trasero en condiciones.

Abrió el grifo de la ducha y se puso debajo del ridículo chorrito. Después de levantar los ojos al techo, se quitó los bóxers y el calcetín que llevaba puesto.

Se inclinó hacia delante para que el agua le cayera sobre el pelo.

Tenía que salir de aquel antro en cuanto pudiera. Entretanto, lo mejor sería que lo limpiara. Una cosa era ahorrar viviendo en un apartamento ruinoso y otra dejar que se convirtiera en un pozo de mierda porque no se molestaba en cuidarlo

Aquello no era forma de vivir, y estaba cansado de conformarse. Cansado de

pasarse la semana deslomándose y desahogarse bebiendo tanta cerveza que los domingos por la mañana se encontraba fatal.

Había llegado el momento de hacer algo.

Tardó una hora en ducharse, quitarse el olor de los excesos de la noche anterior de la boca y obligarse a comer algo que esperaba que su estómago retuviera. Se puso unos pantalones de deporte rotos y empezó a recoger en la sala de estar.

Encontró montones de ropa para lavar. ¿Quién iba a decir que tenía tanta ropa? Quitó las sábanas apestosas de la cama y por un momento consideró la posibilidad de quemarlas sin más. Pero al final, su naturaleza frugal hizo que las aprovechara para poner encima el resto de la ropa y las toallas. Se iba a pasar buena parte del domingo en la lavandería.

Pero, entretanto, cogió la toalla más lastimosa que tenía, la rompió en jirones y utilizó uno de ellos para quitar el polvo a la mesita auxiliar. La había hecho él, era una pieza buena de madera, hay que ver cómo la trataba.

Sacó sus otras sábanas pero el olor que despedían hizo que las pusiera con el resto de la ropa para lavar.

Pasó a la cocina, descubrió que, efectivamente, tenía lavavajillas y un bote sin estrenar de Don Limpio. Llenó bolsas y más bolsas de basura y descubrió que lo que olía tan mal no era una rata muerta, sino una ración realmente pasada de cerdo agridulce. Echó un montón de jabón en la pila de fregar. Echó más. Los platos parecían verdaderamente cochinos.

Con las piernas abiertas, fregó los platos en un mar de espuma.

Cuando hubo recogido un poco la encimera y tuvo suficiente espacio para poner los platos limpios, empezó a sentirse casi normal.

Ya que se había puesto, vació la nevera y la fregó. Abrió el horno, encontró una caja de pizza con lo que, en un pasado lejano, debieron de ser los restos de una hawaiana.

—Dios, mira que eres cerdo.

¿Dónde podía alquilar un traje especial para manipular sustancias peligrosas?, se preguntó antes de ponerse con el cuarto de baño.

Casi cuatro horas después de haberse levantado de la cama, tenía dos montones de ropa sucia embutidos en dos grandes canastas de plástico que hasta entonces había utilizado para poner un poco de todo, tres bolsas llenas de basura y porquerías varias y un apartamento limpio.

El hombre que salió a llevar la basura al contenedor era un hombre satisfecho.

Cuando volvió a subir, se quitó los pantalones de deporte, los puso con la ropa para lavar y se vistió con sus tejanos más limpios y su camiseta menos ofensiva.

Juntó la calderilla que había encontrado en la cama, debajo de la cama, en su única silla y en diferentes bolsillos. Se puso las gafas de sol que pensó que había perdido semanas antes y cogió las llaves.

Cuando estaba a punto de coger la canasta con la ropa sucia, alguien llamó a la puerta. Era Brad.

- —Eh. He intentado llamar... —pero la frase se quedó a medias. Estaba boquiabierto—. ¡Qué demonios! ¿Es que estoy en un universo alternativo?
  - -He recogido un poco.
  - -¿Un poco? Oy e, aquí puede vivir una persona. Mira, pero si tienes una silla.
- —Siempre he tenido una silla. Solo que estaba enterrada debajo de otras cosas. Me voy a la lavandería, por si quieres venirte... A veces hay tías muy monas
- --Puede. Oye, hace un par de horas que intenté llamarte. Todo el tiempo daba ocupado.
- —Debí de darle un golpe al auricular y descolgar sin querer anoche. ¿Qué pasa?
- —Un mal asunto. —Brad entró en la cocina, se quedó maravillado, y luego cogió una Coca-Cola de la nevera—. Anoche hubo un incendio en la casa de Mandy.
  - --: Un incendio? ¿Está bien?
- —Ella está bien, sí, aunque bastante afectada. Vino a casa de Cammie. Yo vengo de alli ahora. Supongo que necesitaba desahogarse. Ha salido en las noticias
- —No he puesto la tele. He estado escuchando a Black Sabbath mientras limpiaba. ¿Ha sido muy grave el incendio?
- —Más que grave. —Brad se dejó caer sobre la silla—. Empezó en el apartamento de arriba. Dicen que es posible que estuviese fumando en la cama. —Se pasó una mano por la cara, y se subió las gafas—. Jo, Bo, un chico dia muerto. Se ha quemado junto con buena parte de su apartamento. Se ha perdido la mayoría de la segunda planta y parte de la tercera. Mandy salió; luego la dejaron entrar para que cogiera algunas de sus cosas, pero está hecha polvo. Es el chico de la corbata. Ah, Josh. ¿Te acuerdas? El de la escalera.
  - -Dios, ¿está muerto? -Bo se dejó caer en el sofá.
- —Ha sido muy fuerte. Mandy casi no podía ni hablar. El chico se ha muerto, y hay otras dos personas en el hospital con quemaduras o por inhalación de humo. Dice que debió de empezar justo después de que la dejaras en casa. Aún estaba levantada, viendo la tele, cuando oy ó gritos y se dispararon las alarmas de incendio.
  - -Iba a una boda -musitó Bo-. Y no sabía ponerse bien la corbata.
- —Y ahora está muerto. —Brad dio un largo trago a la lata de Coca-Cola—. Te hace pensar, te das cuenta de lo corto que puede ser el viaje.
- —Sí. —Bo tenía una imagen del muerto en la cabeza, de pie, con el traje y una sonrisa tímida—. Sí. te hace pensar.

Los domingos por la tarde había poco movimiento en el restaurante. Algunos clientes iban a comer allí después de misa, pero la mayoría se iban a comer a sus casas. Reena y Xander se encargaron del turno de después de misa; la prima pequeña de Pete, Mía, atendía las mesas y Nick Casto se encargaba de la comida para llevar y de fregar los platos.

Habían puesto música de Tony Bennett en el pequeño equipo, porque a los clientes habítuales de los domingos les gustaba, pero Xander estaba haciendo las pizzas y los calzone en la gran mesa de trabajo, escuchando a Pearl Jam con los cascos puestos.

Para Reena era una delicia encargarse de la cocina cuando había pocos clientes y salir al comedor de vez en cuando para pasear de mesa en mesa, como hacía su padre.

Todos sabían que Fran heredaría el negocio, pero Reena siempre tendría tiempo para echar una mano. Si no esperaban a nadie para la cena, cuando acababa el turno, ella y Xander se iban a veces a ver una partida de petanca o a jugar a la pelota con algunos amigos.

Pero como ese día sí esperaban a alguien, su novio, Reena iría a casa y echaría a su madre una mano con la cena

En un par de horas, se iría a casa y prepararía la mesa con la mantelería y la cubertería para invitados. Su madre iba a preparar su pollo especial con romero y prosciutto, y de postre habría tiramisú.

Tenían flores de la boda de Bella.

Él se mostraría cohibido, pensó Reena mientras servía *risotto* en un plato. Pero su familia le ayudaría a sentirse más cómodo. Ya había hablado con Fran, para que le preguntara a Josh sobre lo que escribía.

A Fran se le daba muy bien ayudar a la gente a abrirse.

Tarareando la música de Tony, Reena salió a servir los platos ella misma.

- -Así que tu hermana ya es una mujer casada.
- -Eso es, señora Giambrisco.

La mujer asintió y echó una mirada a su marido, que ya se había lanzado sobre su risotto.

- -Ha cazado a un rico. Es tan fácil enamorarse de un rico como de un pobre.
- —Puede. —Personalmente, Reena no sabía cómo era eso de enamorarse, de quien fuera. A lo mejor se estaba enamorando de Josh y no lo sabía.
- —Tú recuerda. —La señora Giambrisco agitó su tenedor—. A lo mejor los chicos van detrás de tus hermanas, pero ya te llegara el día a ti también. Ese marido de tu hermana. , no tendrá un hermano?
  - -Sí. Un hermano casado, con un hijo v otro en camino.
  - -¿Y un primo?

- —No se preocupe, señora Giambrisco —dijo Xander levantando la voz desde su mesa de cocina —. Catarina tiene novio. —Y se besó los dedos en dirección a su hermana — Esta noche viene a cenar. Paná lo va a asar a preguntas.
  - -Como debe ser. ¿Es italiano?
- —No. Y viene para cenar pollo, no para que lo asen a él —dijo Reena respondiendo a lo que había dicho su hermano—. Espero que disfruten de la comida

Cuando volvía hacia la cocina, le lanzó a su hermano una mirada de disgusto, aunque en el fondo se sentía feliz de estar en posición de que le gastaran bromas sobre un novio

Miró el reloj, puso unos *penne* en el horno y estaba sirviendo unos espagueti putanesca cuando Gina entró corriendo.

## -Reena

- —¿Necesitan alguna otra cosa? —Cogió una jarra de agua y volvió a llenar los vasos—. Hoy tenemos los zahaglione de mamá, así que dejen sitio.
  - -Catarina. -Gina la cogió del brazo, la apartó de la mesa.
  - -Eh. ¿qué pasa? Termino en media hora.
  - -- ¿No te has enterado?
- —¿Enterarme de qué? —La fuerza con que Gina la aferraba del brazo, la mariada llorosa le hicieron comprender—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué es? ¿Es tu abuela?
  - -No, oh, Dios, no. Es Josh. Oh, Reena, es Josh.
- —¿Qué le ha pasado? —Los dedos se le entumecieron apretando el asa de la jarra—. ¿Le ha pasado algo?
  - -Hubo un incendio en su apartamento. Reena... vamos adentro.
- —Dímelo. —Se soltó bruscamente y el agua saltó por el borde de la jarra y le salpicó la mano—. ¿Está herido? ¿Está en el hospital?
  - —Él... Oh, santa María. Reena, no consiguieron entrar a tiempo. Está muerto.
- —No, no es verdad. —La habitación empezó a dar vueltas, en un círculo enfermizo de paredes amarillo toscana, bocetos coloridos, manteles a cuadros blancos y rojos. Dean Martín cantaba Volare con su melosa voz de barítono—. No, no es verdad. ¿Cómo puedes decirme una cosa así?
- —Ha sido un accidente, un terrible accidente. —Gruesos lagrimones le caían por las mej illas—. Reena, oh, Reena.
- —Te equivocas. Tiene que haber un error. Lo llamaré, ya verás. Lo voy a llamar ahora mismo

Pero cuando se dio la vuelta, Xander estaba ahí, oliendo a harina, como su padre. La abrazó con fuerza.

- —Va, ven a la trastienda conmigo. Mía, llama a Pete, dile que le necesitamos aquí.
  - -No, déjame. Tengo que llamar.

- —Ven y siéntate. —Le quitó la jarra de las manos antes de que la dejara caer y se la dio a Mia.
- —Hoy viene a cenar. Hasta puede que ya venga para acá. El tráfico... Empezó a sacudirse mientras Xander la llevaba a toda prisa a la cocina.
  - -Hazme caso y siéntate. Gina, ¿estás segura? ¿No puede ser un error?
- —Me lo ha dicho Jen. Una amiga suya vive en el mismo edificio. Ella... su amiga vive en el mismo rellano que Josh. La han llevado al hospital. —Gina se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Se pondrá bien, pero han tenido que llevarla al hospital. Josh... el fuego empezó en su casa, eso dicen. Cuando lo encontraron y a estaba... ha salido en las noticias, mi madre lo ha oído en las noticias.

Se sentó a los pies de Reena, apoy ó la cabeza en su regazo.

- —Lo siento, lo siento mucho.
- —¿Cuándo fue? —Reena miraba al frente, sin ver nada. Todo era gris, como el humo—. ¿Cuándo pasó?
  - -No estoy segura. Anoche.
  - -Tengo que ir a casa.
- —Te acompañaré en un minuto. Toma. —Xander le dio un vaso de agua—. Bebe esto.

Ella cogió el vaso, lo miró.

- —¿Cómo? ¿Han dicho cómo empezó?
- -Dicen que quizá estaba fumando en la cama y se quedo dormido.
- -Eso no puede ser. Josh no fuma. No puede ser.
- —Ya nos preocuparemos por eso más tarde. Gina, llama a mi madre. ¿Puedes quedarte aquí hasta que Pete baje? Nos vamos a casa, Reena. Saldremos por atrás.
  - —Él no fuma. A lo mejor no es él. A lo mejor se han equivocado.
- —Lo averiguaremos. Llamaremos a John cuando lleguemos a casa —dijo Xander, y la hizo ponerse de pie—. Ahora nos vamos a casa.

El sol y el calor de junio la golpearon. De alguna manera estaba caminando, poniendo un pie delante del otro, pero no se sentía las piernas.

Volvieron la esquina; Reena oía niños que jugaban, llamándose entre ellos como hacen los niños. Oía las radios de los coches que pasaban con la música a todo volumen. Y la voz de su hermano, murmurándole.

Siempre lo recordaría. Ella y Xander por la calle, con el delantal puesto; Xander olía a harina. El sol brillaba con intensidad y le hacía daño en los ojos, y el brazo de su hermano la sujetaba con fuerza por la cintura. Había unas niñas jugando a las tabas en la acera, y otra sentada en los escalones de mármol blanco conversando animadamente con su Barbie.

Por una ventana abierta salía música de ópera — Aida—; daba ganas de llorar.

Reena no lloró. Gina había vertido aquellos lagrimones espontáneos, pero sus ojos

estaban dolorosamente secos.

Y entonces vio a mamá, que salía a toda prisa de la casa y dejaba la puerta abierta. Mamá que corría hacia ella por la acera, como aquella vez que Reena se cavó de la bicicleta v se torció la muñeca.

Su madre la abrazó muy, muy fuerte, y todo se convirtió en algo real. Y allí, de pie en la acera, abrazada a su madre, Reena se echó a llorar.

La hicieron acostarse, y su madre se quedó con ella durante el aluvión de lágrimas. Y seguía allí cuando despertó de un sueño ligero con dolor de cabeza.

- --: Ha llamado John? : Ha venido?
- —Todavía no. —Bianca le acarició el pelo—. Ha dicho que llevaría un tiempo.
  - —Quiero ir allí. Tengo que verlo por mí misma.
  - -Y ¿qué te dice siempre John sobre eso? -Bianca hablaba con voz amable.
- —Que no debo. —Su voz le sonó débil, como si hubiera estado enferma mucho tiempo—. No me dei arían entrar, pero...
- —Ten paciencia, cara. Sé que es difícil. Trata de dormir un poco más. Yo me quedaré contigo.
  - -No quiero dormir. A lo mei or se han equivocado.
- —Esperaremos. Es lo único que podemos hacer. Fran ha ido a la iglesia a encender una vela y rezar para que yo pudiera quedarme contigo.
  - -Yo no puedo rezar. No puedo pensar las palabras.
  - -Las palabras no son importantes y tú lo sabes.

Reena ladeó la cabeza, vio el rosario que su madre tenía entre las manos.

- —Tú siempre encuentras palabras.
- —Si necesitas las palabras, puedes repetirlas conmigo. Rezaremos un rosario.
- —Colocó el crucifijo en las manos de Reena. Esta respiró hondo, se santiguó con el crucifijo y pasó a la primera cuenta.
  - -Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador de los cielos y la tierra.

Rezaron el rosario; la voz serena de su madre se confundía con la suya. Pero Reena no podía rezar por el alma de Josh, o pidiendo fuerzas para aceptar la voluntad de Dios. Rezó para que fuera un error. Rezó para poder despertar y descubrir que todo había sido un sueño horrible.

Cuando Gib se acercó a la puerta del dormitorio, vio a su hija tumbada con la cabeza en el regazo de su madre. Bianca aún tenía el rosario en las manos, pero entonces cantaba con suavidad una de las canciones de cuna que había cantado a todos sus hijos cuando tenían miedo por la noche.

Sus ojos se cruzaron, y Gib supo que su mujer entendía por la expresión de gravedad de su rostro.

-John está aquí. -Esperó, y sintió una punzada cuando Reena volvió la

cabeza y lo miró con aquella esperanza tan descarnada-... ¿Quieres que suba?

Los labios de Reena temblaron.

- —¿Es verdad?
- Él no dijo nada. Se limitó a acercarse y le besó la cabeza.
- —Ya bajo yo. Bajo ahora mismo.

John estaba esperando en la sala de estar, junto con Xander y Fran. Si lo que había visto en la cara de su padre era pesar, en la de John vio una expresión solemne de compasión. Lo aguantaría, de alguna forma lo aguantaría, porque no podía hacer otra cosa.

- —¿Cómo...? —La pregunta salió de su boca en un gemido, y Reena meneó la cabeza antes de que John pudiera hablar—. Gracias, gracias por hacer esto, por venir a hablar conmieo. Yo...
- —Chis. —John se adelantó y la cogió de las manos—. Será mejor que nos sentemos.
- —He preparado café. —Fran se puso a servir el café—. Reena, a ti te he traído una Pepsi. Sé que no te gusta el café, así que...—Se interrumpió, levantó las manos en un gesto de impotencia—. No sabía qué hacer.
- —Has hecho bien. —Bianca acompañó a Reena a una silla—. Por favor, siéntese, John. Reena necesita saber todo lo que pueda decirle.

John se acarició la nariz entre el índice y el pulgar, se sentó.

- —He hablado con el detective encargado, y con algunos de los bomberos y la policía. Creen que fue un incendio accidental, provocado por un cigarrillo.
  - -Pero Josh no fumaba. ¿Les has dicho que no fumaba?
- —Lo he discutido con ellos, sí. Pero es frecuente que la gente que no fuma se encienda un pitillo de vez en cuando. Ouizá alguien deió un paquete en su casa.
  - -Pero él nunca fumaba. Yo nunca le vi fumar.
- —Estaba solo en el apartamento, y no había señal de que hubieran forzado la entrada. Estaba... parece que había estado sentado o tumbado en la cama, seguramente leyendo o escribiendo. Un cigarrillo cayó sobre la cama. El punde de origen y la trayectoria del fuego están muy claros. El fuego se inició por combustión en el colchón, y luego prendieron las sábanas. Seguramente despertó, confuso y desorientado por el fuego. Y se fue el suelo. Se cayó de la cama y se llevó por delante las sábanas. Aquello actuó como combustible. Él... ah, el forense hará unas pruebas, y el perito en incendios echará otro vistazo a la escena por cortesía, pero en estos momentos no hay razón para pensar que haya sido más que un trágico accidente.
- —Buscarán droga. Harán un análisis toxicológico buscando restos de drogas o alcohol. Josh no se drogaba, y no bebió en exceso. Y no fumaba. ¿A qué hora empezó el fuego?
  - -Hacia las once y media de anoche.
  - -Yo estuve con él en el apartamento. Hasta casi las diez. Fuimos allí después

de la boda. Nosotros... lo siento, papá... hicimos el amor. Me preguntó si podía quedarme a pasar la noche, porque su compañero de piso estaba fuera de la ciudad, pero y o preferí marcharme. Si me hubiera quedado...

- —No sabemos si las cosas habrían sido diferentes si tú te hubieras quedado dijo John interrumpiéndola—. Tú tampoco fumas.
  - -No.
- —Lo más probable es que el chico lo supiera y por eso no quería que le vieras fumar.
  - —¿Ная examinado la escena? ¿Ная...?
- —Reena, queda fuera de mi jurisdicción. Pertenece al condado de Prince George, y las personas que se encargan del caso son muy competentes. Eché un vistazo a las fotografías, a los esquemas, los informes... y eso gracias a la cortesía de mis colegas. Yo hubiera llegado a la misma conclusión que ellos. Cielo, has vivido en primera persona un fuego provocado, y sabes cómo es. Pero ahora estás estudiando para eso, y sabes que a veces este tipo de tragedias se producen por accidente.
  - --Pastorelli...
- —Está en Nueva York Solo para asegurarme, pedí a la policía local que lo comprobase. Anoche estaba en Queens. Ha conseguido un empleo como portero nocturno. Es imposible que viniera a Mary land y volviera a Nueva Yorka tiempo para fíchar a las 12:06, que es lo que hizo.
  - —Entonces... ¿pasó y ya está? ¿Y por qué así me parece peor?
  - -Estás buscando respuestas, pero no las hay.
- —No. —Reena se miró las manos y sintió que un pedacito de su corazón se desprendía y se convertía en polvo—. A veces las respuestas no son las que buscas.

¿Hasta qué punto podía ser tan duro? Reena dio una vuelta alrededor de aquel remolque de aspecto inocuo, que todos conocían como «el laberinto». A lo mejor tenía una reputación casi mítica en el departamento, pero a ella no le asustaba. Claro, había oído las historias que contaban, los chistes, las advertencias sobre los peligros a los que se enfrentaba un nuevo recluta dentro de aquella caja, pero en el fondo no se trataba ante todo de concentrarse?

Reena había pasado los entrenamientos sobre edificios en llamas allí mismo, en la academia. Había sido capaz de soportar el estrés físico. Trepando por escalerillas, encaramándose a las paredes... con todo el equipo. Había hecho turnos... la mayoría no eran más que visitas a la escena, es verdad, pero también se había encargado de la manguera en dos incendios residenciales.

Y controlar una manguera viva no es para endebles ni débiles de corazón.

Ya era policia, ¿no? Y estaba orgullosa de su uniforme. Pero si quería que la ascendieran a investigadora de la brigada de incendios, si quería llevar la placa de la unidad, tenía que entender el fuego desde dentro. Mientras no fuera capaz de hacer lo que hacía un bombero, mientras no lo hiciera, no habría logrado su obietivo personal.

No solo en el laboratorio, no solo en los simulacros. No se contentaría con nada que no fuera la práctica.

Estaba en buena forma, se recordó a sí misma. Había trabajado muy duro para cubrir su constitución huesuda de músculo. De la clase de músculo que permite subir y bajar de una carrera cinco pisos con todo el equipo de bombero.

Se lo había ganado, junto con el respeto de los hombres y mujeres que trabajaban en primera línea contra el fuego.

-No tienes por qué hacerlo, lo sabes, ¿verdad?

Ella se volvió y miró a John Minger.

- -Sí, sí que tengo que hacerlo. Por mí. Y es más, puedo hacerlo.
- -Una forma un poco absurda de perder una bonita mañana de sábado.

En eso tenía razón. Pero era su misión y, aunque no habría sabido explicarlo, también era su recompensa.

-Aún brillará el sol cuando salga. Los pájaros seguirán cantando. -Pero

ella sería diferente. Al menos eso esperaba-.. No te preocupes, John, estoy bien.

—No, no es verdad. Tu madre me va a arrancar la cabeza. —Cambió de postura, examinó el laberinto.

Rondaba los sesenta años. Las patas de gallo que rodeaban sus ojos estaban muy marcadas.

Confiaba en ella, y estaba orgulloso de sus logros y de la obstinación con que trataba de alcanzar sus metas, como un padre. Pero también estaba preocupado.

-Nunca he visto a nadie entrenar con tanto empeño como tú.

Por un momento, una expresión de sorpresa afloró en el rostro de Reena, pero enseguida sonrió.

- -Me gusta que me lo digas.
- —Has hecho muchas cosas en estos últimos años, Reena. El entrenamiento, los estudios, el trabajo. —Y se preguntó si la llama que se encendió en ella cuando tenía once años se había avivado el día que el chico que le gustaba murió en un incendio—. Eres rápida.
  - —¿Hay alguna razón para que tenga que ir lenta?

Era difícil explicarle a una joven de veintidós años que hay muchas cosas por vivir, y por saborear.

- —Aún eres joven, cielo.
- -Sé que estoy preparada para enfrentarme al laberinto. John.
- -No te estoy hablando solo del laberinto.
- —Lo sé. —Reena le dio un beso en la mejilla—. Era una metáfora de la clase de vida que me estoy labrando. Pero es lo que quiero. Lo que siempre he querido.
  - -Bueno, has hecho muchos sacrificios para lograrlo.

Reena no pensaba en aquellos términos. Para ella, pasar los veranos trabajando, estudiando y entrenando era una forma de invertir en su futuro. Y estaba también la emoción, la adrenalina que sentía cuando se ponía el uniforme, o cuando alguien la llamaba agente Hale. La exaltación y el hormigueo que notaba en el estómago cuando estaba rodeada por el fuego, enzarzada en la batalla.

O el agotamiento que venía después.

Ella nunca sería como Fran, que se conformaba con dirigir el restaurante, o como Bella, que hacía equilibrios entre sus citas con el salón de belleza y los almuerzos.

- -Necesito hacer esto, John.
- —Sí, lo sé. —Señaló con el gesto al laberinto, con las manos metidas en los bolsillos—. Muy bien, ahí dentro lo vas a tener muy dificil. No queramos presumir demasiado.
- -No lo haré. Ya tendré tiempo de presumir cuando termine. Ahí vienen un par de devoradores de fuego. -Levantó una mano para saludarlos y se

arrepintió de no haberse molestado en maquillarse.

Steve Rossi, moreno, enjuto y fuerte, con ojos de cocker spaniel era por entonces el amor de Gina. La cosa había empezado a calentarse desde el momento en que Reena los había presentado seis semanas atrás. Pero su compañero, el adonis bronceado con tejanos y una camiseta, tenía muchas posibilidades.

Reena había comido con Hugh Fitzgerald —y una cocina llena de bomberos — en el parque de bomberos. Habían jugado al póquer, tomaron un par de cervezas. Y después de algunos flirteos descarados, pasaron a la sesión de pizza y película, seguidos de varios besos muy jugosos.

Aun así, tenía la sensación de que la mayor parte del tiempo la veía como uno más de sus compañeros.

Bueno, el caso es que, cuando iba con el equipo de bombero y las botas ignifugas, ella también se consideraba uno más.

- -Eh -le dijo a Steve-, ¿qué has hecho con mi compañera de habitación?
- -Está durmiendo. No he podido convencerla para que viniera. ¿Estás lista?
- -Lista. -Miró a Hugh-. ; Has venido a mirar?
- —Acabo de terminar el turno y he decidido pasarme por si hubiera que practicarte una resucitación cardiopulmonar.

Reena rio y se puso el equipo, empezando por los pantalones; se ajustó los tirantes

- -Si vosotros habéis podido, y o también.
- —No lo dudo —concedió Hugh—. Eres tan dura como el que más.

No era precisamente el tipo de descripción que esperas de un amante potencial. Pero, cuando una quería trabajar en el club de los hombres, lo normal era que acabara convertida en uno de ellos. Se recogió el pelo largo y rizado en una coleta. y se puso la capucha.

No, ella nunca había tenido la feminidad innata de sus hermanas, pero, por Dios que tendría su título de bombera antes de que acabara el verano.

-Si quieres, cuando termines podemos comer algo -propuso Hugh.

Reena se abrochó la chaqueta, que resultaba demasiado pesada con aquel calor de pleno agosto, y levantó la vista. Los ojos de Hugh eran como agua, pensó, en un punto intermedio y fascinante entre el azul y el gris.

- -Claro. ¿Pagas tú?
- —Si consigues salir del laberinto, pago yo. —Después de ayudarla a cargar la bombona de oxigeno, le dio una palmadita amistosa en el hombro—. Si te rindes, pagas tú.
- —Trato hecho. —Reena le dedicó una sonrisa soleada como el día, se puso la mascarilla y el casco.
  - --Comprueba la radio --le ordenó John.
  - Ella comprobó la radio, el equipo, y con el pulgar hacia arriba le indicó que

todo estaba perfecto.

—Yo te guiaré en todo momento —le apuntó John—. Recuerda controlar la respiración. El pánico es lo que más problemas podría causarte.

No, ella no se dejaría llevar por el pánico. Solo era una prueba, otro simulacro. Respiró normalmente y esperó a que John activara el cronómetro.

—Adelante.

Allí dentro estaba oscuro como boca de lobo y hacía un calor infernal. Era fantástico. Aquel espeso humo negro enrarecía tanto el aire que Reena oía su respiración sibilante. Para orientarse, visualizó los puntos cardinales en su cabeza y luego empezó a avanzar a tientas, con sus manos, sus pies, su instinto. Encontró una puerta.

Entró por ella. El sudor empezaba a caerle por la cara.

Había una especie de barrera. Trató de averiguar qué era palpándola con los dedos enguantados, localizó una abertura baja y estrecha y pasó por debajo arrastándose por el suelo.

Podía haber gente atrapada allí dentro. Aquel era el propósito del ejercicio. Tenía que registrar el « edificio», localizar posibles victimas o supervivientes y volver a salir Hacer el trabaio. Salvar vidas. Mantenerse con vida.

Oyó la voz de John, extraña y desconocida dentro de aquel agujero negro. Le estaba preguntando cómo estaba.

—Bien

Siguió avanzando, palpando una pared, y tuvo que escurrirse por una estrecha abertura. Empezaba a sentirse desorientada, así que se detuvo y trató de situarse.

« Despacio, tranquila --se ordenó a sí misma--. Entras, lo cruzas y sales» .

Pero no veía nada, solo oscuridad, humo, y un calor insoportable.

Se encontró en un callejón sin salida, notó la primera gota de pánico en la garganta, la oyó en su respiración agitada y jadeante.

La voz de John le dijo que mantuviera la calma, que se centrara. Que controlara la respiración.

Y entonces el suelo se hundió bajo sus pies.

Reena gimió por el golpe, se quedó sin aliento, notó que perdía un poco más el control.

No veía nada y, durante un terrible momento, mientras la sangre rugía en sus oídos, tampoco oyó nada. El sudor le caía a chorros por la cara y el cuerpo, por debajo del traje ignífugo. El equipo le pesaba tanto que parecía que llevaba mil kilos a cuestas; la mascarilla la asfixiaba.

Enterrada viva, pensó. La habían enterrado viva en humo. ¿Supervivientes? Nadie podía sobrevivir a aquel infierno negro y sofocante.

Por un momento, se resistió a la necesidad desesperada de desprenderse del equipo, de liberarse.

-Reena, controla la respiración. Quiero que respires muy despacio y me des

un informe de la situación.

« No puedo». Casi lo dijo en voz alta. No podía hacerlo, ¿cómo iba a hacer nadie aquello? ¿Cómo iba a pensar si ni siquiera podía ver ni respirar, si cada músculo de su cuerpo se resentía por la presión? Quería salir de allí, arrastrándose por el suelo, por las paredes. Salir a la luz respirar.

La garganta le quemaba.

¿Fue aquello lo que sintió Josh? Notó que las lágrimas le escocían en los ojos, porque lo estaba viendo. Ya no veía los puntos cardinales en su cabeza, solo aquel rostro dulce, la sonrisa tímida, la mata de pelo cuando agachaba la cabeza. ¿Estuvo consciente el tiempo suficiente para que el humo lo cegara y le impidiera respirar? ¿Había sentido el mismo pánico que ella, tratando desesperadamente de encontrar aire y pedir avuda?

Oh Dios, ¿sabía lo que le esperaba?

Por supuesto, esa era la razón de que Reena estuviera allí, en aquel hoyo infernal. Para saber cómo era. Para comprender. Y para sobrevivir.

Se puso a cuatro patas, temblando. No te vas a morir, se dijo a sí misma, por mucho que pareciera que estaba en su propia tumba.

-Estoy bien. He topado con uno de los suelos que se hunden. Estoy bien. Voy a seguir.

Trató de controlarse, se arrastró. Había perdido el sentido de la orientación y se limitaba a moverse. Otra puerta, otro callejón sin salida.

¿Cómo es posible que aquel sitio fuera tan condenadamente grande?

Se encaramó por la abertura de una ventana. Cada músculo de su cuerpo temblaba, el sudor le caía a chorros. El tiempo y el espacio parecían atascados. Sus ojos trataban de ver... lo que fuera. Luz, una figura, una sombra.

Humo y desorientación, pánico y miedo. Te mataban tan insidiosamente como el fuego en si. Un incendio no eran solo llamas, ¿no era eso lo que le habían enseñado? Era humo y vapor, suelos debilitados, techos que se desplomaban. Era aquel miedo abrumador y cegador. El agotamiento.

Topó con otro de los suelos que se hundían —¿el mismo?— pero estaba demasiado cansada para renegar.

Delante tenía otra pared. ¿Qué clase de sádico había diseñado aquello? Se escurrió por otra abertura, se encontró con otra puerta.

Y al abrirla, salió a la luz.

Se quitó la máscara y empezó a respirar dando boqueadas, con las manos apoyadas en las rodillas y la cabeza que le daba vueltas.

- —Buen trabajo —le dijo John, y Reena consiguió levantar la cabeza lo suficiente para verle la cara.
  - -He estado a punto de venirme abajo un montón de veces.
  - -Si solo has estado a punto no cuenta, cielo.
  - -Pero he aprendido una cosa.

-¿Qué?

Reena aceptó la botella de agua que le ofrecía, bebió como un camello.

—Si tenía alguna duda sobre mi decisión de dedicarme a la investigación en vez de trabajar como bombero, mis dudas han desaparecido. Esto no es lo que quiero hacer.

John la ayudó a quitarse la bombona de oxígeno, le dio unas palmadas en la espalda.

-Lo has hecho muy bien.

Reena volvió a beber y dejó la botella en el suelo para apoyar las manos en las rodillas. Una sombra pasó sobre ella, y eso le hizo levantar la cabeza. Hugh se puso en la misma postura que ella, y le sonrió en la cara.

Reena le devolvió la sonrisa y, aunque oía su respiración trabajosa, sintió que la risa quería brotar. Una risa de alivio y triunfal.

Hugh se rio con ella, y cuando Reena se quitó el casco, se lo cogió.

- -Es una fiera, ¿eh?
- -Vaya que sí.
- —Parece que me voy a ahorrar el precio del desayuno especial en Denny sedijo Reena, y se rio otra vez.

Luego dejó colgar la cabeza entre las rodillas.

- —Y entonces fue cuando entré en las duchas y me vi en el espejo. —Reena pestañeó, movió la bolsa de la compra..., testimonio de aquella tarde de compras con Gina en el centro comercial de White Marsh, su recompensa particular—. Tenía el pelo hecho un asco y empapado por el sudor. Tenía la cara negra por el humo, y apestaba. Pero de verdad.
  - -Y aun así te pidió que salieras con él -le recordó Gina.
- —Más o menos. —Hizo una pausa, porque se distrajo al ver un par de zapatos rojos muy sexis que había en un escaparate—. Desay unamos en Denny § y nos reímos un rato. Y mañana vamos a jugar a la pelota. No es que no me guste ir a batear, pero no me importaría que me invitaran a una cena elegante de vez en cuando, de las que justificarían que compre unos zapatos como esos.

—Oh, son fabulosos. Cómpratelos.

Cumpliendo con su deber como amiga, Gina la arrastró a la tienda.

- --Cuestan ochenta y siete dólares --dijo Reena cuando miró el precio en la suela
  - -Son zapatos. Son sexis, son rojos. No tienen precio.
- —Son muy caros para una policía novata. Pero los quiero. Tienen que ser míos. —Reena se llevó el zapato al pecho—. Nadie más que yo debería tenerlos. Solo estarán en mi armario.

- —Tienes razón. —Reena buscó a uno de los dependientes, le dio el zapato y le dijo su número, y entonces se sentó a esperar con Gina y sus bolsas—. Serán mi recompensa por sobrevivir al laberinto. Y no me digas que el traje que acabo de comprarme también era mi recompensa.
- —¿Por qué te lo iba a decir? —Y la expresión sorprendida de su voz hizo que Reena sonriera—. El traje fue tu recompensa de hace veinte minutos. Esta es una nueva.
  - —Cuánto te quiero.

Ladeó la cabeza para mirar a su amiga. Gina se había dejado crecer el pelo, y era una maraña de ondas negras.

- -Tienes cara de estar en las nubes.
- —Me siento como si lo estuviera. —Gina levantó los hombros y se abrazó a sí misma—. Steve es... es duro, fuerte, dulce y listo, Reena, es el hombre de mi vida
  - -: De verdad?
  - -Sí, el definitivo. Voy a casarme con él.
- —¡Gina! ¿Cuándo? Llevamos más de una hora de compras y me lo dices ahora
- —No me lo ha pedido todavía. Pero ya lo convenceré —añadió con un gesto de la mano—. Creo que tendríamos que casarnos para mayo del año que viene. O esperar a septiembre. He pensado en septiembre porque podría aprovechar los preciosos colores del otoño. Estarías guapísima con un traje marrón dorado. O roi izo.

En opinión de Reena, pasar de considerarlo su amor del momento a elegir los colores para la boda, era un poco excesivo. Pero vio que Gina se lo tomaba muy en serio.

- -Lo dices en serio, ¿verdad?
- —Si, muy en serio. Sé que estar casada con un bombero puede ser duro. Sacó una cajita de pastillas de menta del bolso, se echó unas cuantas en la mano y le ofreció a Reena—. Son muchas horas de trabajo, y es peligroso. Pero me siento tan feliz a su lado... oh, los zapatos. ¡Pruebatelos!

Obedientemente, Reena se probó los zapatos que le acababa de traer el dependiente. Se puso de pie, para ver cómo se sentía, admirándolos en el espejo bajo.

Se estaba probando unos zapatos rojos que no podía permitirse y que seguramente nunca se pondría. Gina estaba planificando su futuro. Aunque prefería los zapatos, sintió un ramalazo de envidia en el estómago.

- -¿Steve también quiere casarse?
- —No, todavía no. Y yo tampoco lo había pensado hasta que esta mañana vino a darme un beso antes de irse. Y pensé: « Oh, Dios, estoy enamorada». No me importaría levantarme cada mañana con él. Nunca me había pasado con nadie.

Tienes que comprarlos, Reene. No tienes excusa.

- —Bueno, en ese caso. —Se sentó y se quitó los zapatos. Y tragó con dificultad cuando sacó su maltrecha tarjeta de crédito para pagar—. Seamos irresnonsables.
- —Nada de irresponsable. Estás haciendo lo que haría cualquier chica normal. Y está bien
- —Me estoy consolando. —Dio un suspiro—. Lo sé. Mi mejor amiga está enamorada y yo ni siquiera puedo conseguir una cita como Dios manda.
- —Oh, pues claro que puedes. ¡Mírate! Estás morena, en forma, y eres guapa. Por la mañana tardas cinco minutos en arreglarte. Yo, con suerte, solo tardo una hora
- —Trabajaré de uniforme —le recordó Reena—. No estaré precisamente atractiva. —Mencó la cabeza—. O, esto no está bien. Me gusta Steve, eso es lo que tendría que estar diciendo. Y si no es lo bastante listo para no dejarte escapar, se merece una buena patada en el culo.
  - -Gracias
- —A lo mejor le pido a Hugh que me lleve a cenar a un sitio caro. Solo que, Dios, acabo de gastarme 91 dólares con 35 centavos en unos zapatos.
  - -- Iremos todos a cenar. Le pediré a Steve que lo prepare.
  - -Esa es mi mejor amiga.
  - —Lo que significa que me vas a prestar tus zapatos nuevos.
  - -Tú tienes un número menos.
- —Como si eso importara. ¿Sabes?, podías pedirle a Hugh que te acompañe a la boda de Fran.
- —No será hasta octubre. —Reena recogió las bolsas y se ordenó no gastarse ni un penique más en el centro comercial—. A lo mejor para entonces y a no me interesa.
  - —Fresca
- —Oh, ojalá. Lo reconozco. No estoy buscando al hombre perfecto. Ni siquiera estoy segura de que me interese en estos momentos. Pero es que Hugh tiene un cuerpazo... y, definitivamente, hay química entre nosotros.

Salieron de la tienda, a la marea de gente que iba de compras aquel sábado por la mañana.

- —Yo no estoy en las nubes —añadió.
- -Pues tienes un brillo especial en la mirada, pareces muy ilusionada.
- —Oh, y lo estoy. Pero no estoy enamorada. —Se paró delante de otro escaparate—. No como tú, o como está Fran desde el día que conoció a Jack
  - —Es un encanto.
- —Si, la verdad, y es perfecto para ella. Van a ser ridiculamente felices. No, creo que por el momento no me interesa conocer al hombre de mi vida. ¿Qué iba a bacer con é!?

-iSer ridiculamente feliz?

Reena meneó la cabeza

—No sé. Primero quiero hacer algunas cosas. El hombre perfecto y el amor romántico solo serían un estorbo

Ir arrastrando los pies no le servía de nada, pero Bo los arrastraba de todos modos

- —No quiero ir de compras. No quiero.
- —Oh, deja de quejarte. —Mandy lo llevaba cogido del brazo y tiraba de él —. ¿Eres o no eres mi mejor amigo y a veces compañero de juerga?
- —¿Por qué me castigas así? ¿Por qué llevas a rastras a un centro comercial a tu mejor amigo y a veces compañero de juerga?
- —Porque necesito ese regalo de cumpleaños hoy. ¿Cómo iba a saber que estas dos últimas semanas iba a estar tan ocupada y me iba a olvidar de la fiesta sorpresa de esta noche? ¡Oh, qué traje!
  - -No. Nada de trajes. Me lo has prometido.
- —Te mentí. Mira, ese tono de verde es perfecto para mí. Y mira el corte de la chaqueta. Ahora trabajo para *The Sun*. Tengo que vestirme como una profesional. Me lo voy a probar. Solo será un momento.

Mientras ella se iba corriendo a los probadores, Bo hizo el gesto de pegarse un tiro en la sien y luego de ponerse una horca al cuello.

Podía escapar, pensó. Sí, podía salir corriendo. Ningún hombre se lo hubiera echado en cara.

Pero, por supuesto, él también tenía que buscar un regalo para la estúpida fiesta sorpresa de su amigo común. Mandy le había quitado de la cabeza la idea de comprar una botella de vino de camino a la fiesta.

Aunque siempre podía comprar el regalo Mandy y luego pagarlo a medias. ¿Qué problema había?

- ¿Dónde demonios estaba? ¿Por qué tardaba tanto?
- —Es perfecto. —Mandy lo dijo prácticamente cantando, cuando volvió con Bo, después de comprar el traje.
  - —Te voy a matar.
- —Oh, venga. —Le dio una palmadita con su mano cargada de anillos. El anillo de la ceja había pasado a la historia. Por alguna extraña razón, Bo lo echaba de menos—Puedes sentarte en la terraza central mientras y o busco unos zapatos. Pero primero el regalo. Antes de que mi tarjeta de crédito empiece a echar humo.

Mandy se lo llevó al vientre de la bestia. A su alrededor todo resonaba, todo se movía. Con muy poco afecto, Bo pensó en cuando tenía doce años y había pagado cinco pavos para entrar en la Casa de los Horrores.

- -¿Qué prefieres, algo divertido o algo práctico?
- -Me da igual. Compra lo que quieras y sácame de aquí.

Mandy caminaba con el aire de una mujer que, no solo conocía el terreno que pisaba sino que podía pasarse horas allí. Seguramente días.

—Velas, tal vez Unas velas grandes y estrafalarias. Eso es divertido y práctico a la vez.

A Bo le sonaba como la madre de Charlie Brown. Un bla-bla-bla continuo. Bo la quería, de verdad, pero seguramente Charlie Brown también quería a su madre. Y no por eso la entendía meior.

Intentaría rezar, sí. Bo alzó la vista.

Y el sonido desapareció. Las voces, la música, los niños llorones, las niñas con sus risitas.

Su visión se concentró, como había hecho en otra ocasión. La vio con total claridad.

Estaba en la segunda planta, con los brazos cargados de bolsas, y aquella mata de rizos dorados oscuros cayéndole sobre los hombros. El corazón le dio un vuelco largo y lento en el pecho.

Quizá a veces tus oraciones recibían respuesta antes de que hubieras tenido tiempo de pedir nada.

Echó a correr, tratando de no perderla de vista.

- —¡Bo! ¡Bowen! —gritó Mandy corriendo detrás de él. Y lo alcanzó cuando acababa de evitar por muy poco chocar con un grupo de adolescentes.
  - -Pero ¿a ti qué te pasa?
- —Es ella. —No podía recuperar el aliento—. Está allí. Arriba. La he visto. ¿Dónde demonios está la escalera?
  - —¿Quién?
- —Ella. —Dio una vuelta completa, vio las escaleras y corrió hacia ellas con Mandy pisándole los talones—. La chica de mis sueños.
- —¿Aquí? —La sorpresa y el interés le hicieron levantar la voz—. ¿De verdad? ¿Dónde, dónde?
- —Estaba ahí... —Y se detuvo en lo alto de la escalera, jadeando como un perro de caza—. Estaba ahí mismo.
- —Era rubia, ¿verdad? —Había oído la historia unas cuantas veces, y estiró el cuello, recorriendo a la multitud—. Pelo rizado. ¿Alta y delgada?
- —Sí, sí. Lleva una camiseta azul. Hum... sin mangas, con cuello. Mierda, ¿dónde ha ido? Otra vez no.
  - -Nos separaremos. Tú ve por ahí, yo iré por este lado. ¿Pelo largo o corto?
- —Largo, por debajo de los hombros. Llevaba bolsas. Un montón de bolsas de la compra.
  - —Creo que y a me empieza a gustar.

Pero veinte minutos más tarde se reunieron en el mismo sitio.

-Lo siento, Bo. De verdad.

La decepción y la frustración eran tan intensas que se estaba poniendo malo.

-No me puedo creer que la haya visto otra vez y no haya logrado llegar hasta ella.

- —¿Estás seguro de que era la misma? Han pasado, ¿cuánto?, ¿cuatro años?
- —Sí. Estoy seguro.
- —Bueno, míralo de esta forma. Ahora sabes que sigue por aquí. La volverás a ver. —Mandy le dio un pequeño achuchón—. Lo sé.

Dejando aparte los zapatos rojos y sexis, a Reena se le ocurrían muy pocas cosas más entretenidas para un domingo por la tarde que una ronda bateando. Sol, béisbol y un chico atractivo con quien compartirlos.

¿Quién podía que jarse?

Reena se ajustó el casco, se colocó en posición y asestó un fuerte golpe a la pelota que volaba hacia ella. La pelota salió disparada.

-Tengo que decirlo, Hale. Estás en buena forma.

Ella sonrió, dio una patada a la tierra, se preparó para batear otra vez. Quizá hubiera preferido que admirara su figura y no su habilidad para batear, pero su vena competitiva no le habría permitido batear como una chica.

- —Tienes toda la razón —concedió ella, y se balanceó probando el bate—, esa es fácil para un *fielder* del lado derecho del campo.
  - —Depende del fielder. —Hugh golpeó una pelota—. Ahí tienes una doble.
  - -Depende del runner.
  - —Mierda. —Pero se rio v golpeó la siguiente bola.
  - -Hablando de estar en forma, tú tampoco eres manco. ¿Juegas alguna vez?
- —En el instituto. —Lanzó una más allá de la foul line—. La empresa tiene un equipo de softball. Yo corro segundo.
  - -Cuando juego, yo normalmente elijo la zona izquierda del campo.
  - -Tienes buenas piernas, sí.
- —En el instituto hacía atletismo. —Le habían aconsejado que aprendiera a correr, y ella lo hizo.

Le tocaba otra vez, quiso golpear demasiado pronto y hubo strike.

- —Quería seguir en la universidad, pero llevaba demasiadas cosas. Así que lo dejé. Tienes que mantener los ojos en la pelota —dijo en parte para sí misma, y golpeó.
- —Esa se va fuera. Tendríamos que jugar un partido en Candem Yards alguna

Ella lo miró, sonrió.

-Desde luego.

Cuando Hugh mencionó que tomaran unas cervezas y algo de comida en un bar, Reena estuvo a punto de proponer que fueran a Sirico's. No, todavía no, decidió. No estaba preparada para dejar que la familia y los vecinos lo miraran con lupa.

Entraron en un Ruby Tuesday's y compartieron unos nachos y unas cervezas.

- -Bueno, ¿dónde aprendiste a utilizar el bate?
- —Mmm. —Reena se lamió un poco de queso fundido del dedo—. Me enseñó mi padre. Le encanta el béisbol. Cuando éramos pequeñas íbamos a ver algunos partidos cada año.
  - -Sí. Sois una familia algo grande, ¿no?
- —Tengo dos hermanas mayores y un hermano menor. Cuñado, sobrina y sobrino por cortesia de mi hermana mediana. Futuro cuñado gracias a la mayor. Se casa en otoño. Tías, tios, demasiados primos para nombrarlos a todos. Y eso que solo te estoy hablando de primos hermanos, ¿Y tú?
  - -Tres hermanas may ores.
- $-_i$ De verdad? —Más cosas en común, decidió. No se sentiría intimidado por una familia grande—. Y tú eres el rey de la casa.
- —Y qué más. —Sonrió, brindó por ella—. Están casadas. Y entre las tres tienen cinco criaturas.
  - ¿Qué hacen tus hermanas?

Por un momento él pareció quedarse en blanco.

- -¿Hacer de qué?
- —De trabajo.
- -No trabajan. Ya sabes, son amas de casa.

Ella lo miró arqueando las cejas y dio otro trago a la cerveza.

- —Yo pensaba que eso era trabajo.
- —Yo no lo haría por mucho que me pagaran, de modo que, sí, supongo que es verdad. Tu familia tiene ese restaurante, ¿no? Sirico's. Unas pizzas increíbles.
- —Es el mejor de Baltimore. Ya vamos por la tercera generación. Mi hermana Fran es la copropietaria. Y Jack, el chico con el que se casa, trabaja la masa. Tú eres la segunda generación de tu familia que hace de bombero, ¿verdad?
- —Tercera. Mi padre sigue en activo. Ha comentado algo de retirarse, pero no sé. Es algo que llevas dentro.

Reena pensó en el laberinto, y en el hecho de que quería volver a hacerlo. Más deprisa y mejor.

- —Lo sé
- —Pero ya tiene cincuenta y cinco años. La gente no sabe el estrés físico que conlleva este trabajo.
  - —O el emocional, o el psicológico.

—Sí, bueno, eso también. —Se recostó en su asiento y la estudió detenidamente—. Fisicamente lo llevas bien. El Laberinto no es para debiluchos. Y has colaborado en un par de extinciones. Tienes una constitución fuerte como un... como un galgo.

Es posible que llevara una temporada sin salir con nadie, pero aún se acordaba de cómo se flirteaba.

- —No sabía si te habrías fijado.
- A Reena le gustaba su sonrisa, su espontaneidad y su descaro, Aquella sonrisa le decía que sabía muy bien quién era, qué era y qué quería.

Y en aquel momento le sonrió.

- —Me había fijado. Sobre todo cuando corres en la Academia con ese pantalón corto. De todos modos, la mayoría de las mujeres no aguantan la parte física.
  - -Y muchos hombres tampoco.
- —Por supuesto. No era un comentario sexista. —Levantó una palma en alto —. Lo que digo es que eres una de las pocas mujeres que están a la altura. Tienes energía, instinto y cerebro. Y no te faltan agallas. Así que no entiendo por qué no te unes a nosotros.

Ella cogió otro nacho. Hugh no era de los que hacen elogios porque sí, y Reena lo sabía. Así que se tomó sus comentarios en serio y le contestó formalmente.

- —Lo he pensado, y la verdad es que a veces me encanta. Durante los entrenamientos, o cuando estoy trabajando con vosotros en un turno. Pero apagar incendios no es lo que me atrae. Y tiene que atraerte. A mí lo que me apasiona es saber cómo funciona un fuego y por qué. Cómo ha empezado, por qué, quién lo ha iniciado. Eso es lo mío. Entrar en un edificio en llamas exige valor y energía.
  - -Tú también lo has hecho -señaló él.
- —Sí, bueno, sí, porque tenía que hacerlo y ver cómo es. Pero no es lo mío. Lo que yo quiero es entrar en ese edificio más tarde y reconstruir los hechos, encontrar el porqué.
  - -El departamento tiene inspectores. Mínger es uno de los mejores.
- —Sí. Había considerado esta opción. John, bueno, es uno de mis héroes. Pero... hay algo que la mayoría de civiles no entienden. Al pirómano. Lo que provoca con sus actos, y no solo a las propiedades materiales. Lo que un incendio puede hacer a la gente, a un barrio, a un negocio, una economía. A una ciudad.

Levantó un nacho que goteaba, encogió los hombros para quitarle importancia.

—Así que esa es mi misión en la vida. Tú combates el fuego, Fitzgerald. Luego yo me encargo de resolverlo. No era de los que te cogen la mano, Reena se dio cuenta, pero la acompañó hasta la puerta de su casa. Y en cuanto llegaron la empujó contra ella para darle otro de esos besos exuberantes e inesperados.

- —Todavía es pronto —dii o él cuando levantó la cabeza.
- —Sí. —Y le molestaba seguir sintiendo que, después de un par de citas informales, aún era demasiado pronto para ella—. Pero...

Él pestañeó, pero aquellos oi os lacustres parecían divertidos.

- —Tenía la sensación de que lo ibas a decir. ¿Quieres que juguemos algún partido esta semana?
  - —Sí, me encantaría.
- —Te llamaré y quedaremos. —Empezó a alejarse, pero volvió y la besó otra vez—. Tienes unos labios estupendos.
  - —A mí también me gustan tus labios.
  - -Oye, ¿tienes algún día libre dentro de poco?
- —Supongo que podría cogerme algún día más aparte de los días que libro. ¿Por qué?
- —Tenemos una casa en los Outer Banks. Una vieja casita de playa. No está mal. La próxima vez que tenga fiesta, si tú lo puedes arreglar, podíamos pasar allí un par de días. Y que vengan Steve y Gina también.
  - -- ¿Un par de días en la playa? ¿Cuándo nos vamos?

Él volvió a dedicarle esa sonrisa.

- -Miraremos nuestros horarios y quedamos después.
- —Empezaré a preparar la maleta.

Reena entró y se puso a bailar por la minúscula sala de estar.

La playa, un chico guapo, buenos amigos. En aquellos momentos la vida era maravillosa.

En realidad, era demasiado maravillosa para quedarse en un apartamento vacío una noche de verano.

Así que cogió sus llaves otra vez y salió.

Salió por la puerta justo cuando el coche de Hugh giraba a la izquierda en la esquina y, algo distraída, vio que un coche giraba detrás. Reena se besó los dedos mirando en aquella dirección y echó a andar en dirección contraria para ir a Siricos.

Le gustaba estar de vuelta en el barrio. Se lo había pasado bien viviendo en grupo en aquella casa, y le encantaba el pequeño cuchitril que había conseguido mientras hacía las prácticas en el campus de Shady Grove al oeste de Baltimore. Pero aquello era su hoear.

Las hileras de casas con sus escalones blancos o sus pequeños porches, los tiestos de flores o las banderas italianas que ondeaban de un mástil en los tejados.

Siempre había cerca alguien a quien saludar.

Reena se tomó tiempo, admiró algunos de los murales pintados en las puertas mosquiteras y se preguntó si pedirle a su madre que hiciera uno para ella y Gina. Seguramente tendrían que pedir permiso al propietario, pero, como era primo de Gina, seguramente no habría problema.

Dio un rodeo por media manzana para mirar durante unos minutos la partida de petanca entre unos ancianos con coloridas camisas.

¿Por qué no se le había ocurrido preguntarle a Hugh si quería dar una vuelta para ver un poco del color local?

Lo que tenía que hacer era preguntar, como si nada, si quería que fueran a la sesión de cine al aire libre del viernes por la noche.

Era una tradición del barrio. Y a veces también había música en directo... y por tanto baile. Después de todo, a lo mejor sí podía ponerse los zapatos rojos.

Lo pensaría. A lo mej or quedaban en una doble cita con Gina y Steve. Pero, por el momento, valía la pena disfrutar del resto de la noche.

Los domingos por la noche siempre había mucho trabajo en Sirico's. Si quería pasar unos momentos con alguien de la familia antes de que empezara el caos, no podía perder tiempo.

Cuando Reena entró en el restaurante, la cosa ya estaba empezando a animarse. La recibieron el murmullo de las conversaciones, el tintineo de la cubertería, el sonido del teléfono.

Pete estaba en la mesa donde trabajaba las pizzas, su madre en la cocina. Fran y dos de los camareros, que su padre seguía llamando hijos, se encargaban de servir las mesas

de servir las mesas.

Por un momento Reena vislumbró su futuro inmediato ante sus ojos en la forma de un delantal y un cuaderno para tomar nota. Iba a llamar a Fran, pero entonces vio a Bella sentada a una mesa, mordisqueando un antinasto.

- -Eh, desconocida. -Reena se sentó en la otra silla-. ¿Qué haces por aquí?
- —Vince está jugando al golf. He pensado que podía traer a los niños un rato.
- -¿Dónde están?
- —Papá y Jack se los han llevado a dar una vuelta, al puerto. Mamá te llamó para decirte que estaba aquí, pero no te localizó.

—Ni siquiera me había parado a mirar el contestador. —Estiró el brazo y cogió una de las olivas del plato de Bella—. La partida de petanca se está acabando. De aquí a una media hora recibiremos una avalancha.

-Es bueno para el negocio. -Bella encogió un poco los hombros.

Tenía un aspecto magnifico. La vida que siempre había deseado le sentaba muy bien. Se la veia muy refinada. Su pelo rubio y sedoso con unas hábiles mechas rodeaba el rostro de piel fina y suave. Había oro en sus orejas, en los dedos alrededor del cuello.

Detalles discretos y caros, en consonancia con la camisa de lino rosa claro.

—¿Y tú? —preguntó Reena—. ¿Estas tan bien como aparentas?

Una sonrisa aleteó en los labios de su hermana.

- —¿Y cómo de bien se me ve?
- —De portada de revista.
- —Gracias. He hecho un gran esfuerzo. Se necesita tiempo para perder peso después de tener un hijo, para recuperar la forma. Tengo un entrenador personal, y a su lado Atila el rey de los hunos no era más que un marica. Pero vale la pena.

Extendió la mano para enseñarle el brazalete de zafiros y diamantes.

- —El regalo de Vince por haber vuelto al peso que tenía antes de tener a Vinny.
  - —Bonito. Brillante.

Bella rio, volvió a encogerse de hombros y se puso a mordisquear un poco de prosciutto.

- —De todos modos he venido para ver si puedo hacer que Fran cambie de opinión sobre la boda.
  - --;Oué le pasa?
- —No entiendo por qué insiste en ofrecer la recepción en una sala minúscula pudiendo utilizar nuestro club de campo. Hasta he traído una lista de menús, floristas, músicos. No tiene por qué conformarse con cualquier cosa sabiendo que yo puedo ay udarla,
- —Eres muy amable. —Y lo decía de verdad—. Pero creo que Fran y Jack quieren algo más sencillo y cerca de casa. Son más modestos, Bella. Y no es una crítica —dijo tocando la mano de su hermana cuando vio el destello de sus ojos —. De verdad. Tu boda fue espectacular, preciosa, un reflejo exacto de cómo eres tú. La de Fran tendría que ser un reflejo de su personalidad.
  - -Yo solo quiero compartir lo que tengo con ella. ¿Qué hay de malo en eso?
  - -Nada. Y ¿sabes? Yo creo que podrías ayudar con las flores.

Bella pestañeó sorprendida.

- -¿En serio?
- —Se te da mejor que a Fran y a mamá. Creo que tendrían que dejarte decidir a ti en eso, sobre todo si tienes intención de ayudar a pagarlas.
  - -Yo lo haría encantada, pero no me...
  - —Yo las convenceré.

Bella se recostó en su asiento

- -Sí, podrías. Tú siempre has sabido convencerlas.
- —Pero con una condición. Si Fran quiere flores sencillas, no te empeñes en comprar camiones de orquideas exóticas ni nada por el estilo.
- —Si quiere algo sencillo, le conseguiré algo sencillo. Pero de una sencillez exquisita. Y puedo convertir esa pequeña sala en un vergel. En el jardín de una casita de campo —añadió al ver que Reena la miraba entrecerrando los ojos—.

Dulce, anticuado, romántico.

- -Perfecto. Cuando me llegue mi turno te contrataré.
- --;Hay alguien a la vista?
- -De momento no busco marido. Pero tengo un posible novio. Bombero.
- -Oh. Menuda sorpresa.
- —Es increíble —dijo Reena mientras se comía otra oliva—. Excelentes posibilidades en la cama.

Bella lanzó una risa ahogada.

- -Ay, Reena, cómo te echo de menos.
- -Y yo a ti.
- -No pensé que me pasaría.
- Esta vez fue Reena quien rio.
- —De verdad. No pensaba que os echaría tanto de menos. Ni esto. —E hizo un gesto para abarcar el restaurante—. Pero a veces me pasa.
  - -Bueno, nosotros siempre estamos aquí.

Reena se quedó mucho más de lo que pensaba, hasta bastante después de que Bella se fuera con sus hijos a su extensa propiedad en una zona residencial. Cuando la cosa se tranquilizó un poco, llevó a su madre y a Fran hasta una mesa.

- -Charla entre mujeres.
- —Cualquier excusa es buena para descansar un rato. —Bianca se sentó y sirvió agua para todas.
  - -Se trata de la boda y de Bella.
- —Oh, no empieces. —Fran se llevó las manos a los oídos. Meneó la cabeza, haciendo ondear su pelo—. No quiero una ceremonia en un club de campo. No quiero un montón de camareros con esmoquin sirviendo champán ni un jodido cisne de hielo.
  - -No te lo reprocho. Pero ¿y flores? ¿Quieres flores?
  - -Pues claro que quiero flores.
  - -Deja que Bella se encargue.
  - -No quiero...
- —Espera. Ya sabes más o menos lo que quieres, los colores que quieres. Pero Bella entiende más de esas cosas. Si una cosa tiene es estilo.
  - —Nos asfixiará en un mar de rosas rosas.
- —No, ya verás. —Y si no, pensó Reena, ella asfixiaría a Bella personalmente con las dichosas rosas después de la ceremonia—. Tú quieres una boda sencilla, a la antigua, romántica. Bella lo entiende. No, miento, no lo entiende, pero sabe que es tu estilo. Y que es tu día. Quiere ay udar. Necesita sentirse incluida.
- —Y lo está. —Fran se atusó el pelo mientras Bianca seguía sentada en silencio— Es dama de honor

- —Bella quiere ofrecerte algo. Porque te quiere.
- —Oh, vamos Reena. —Fran apoyó la cabeza en la mesa y la golpeó ligeramente con la frente—. No me hagas sentirme culpable.
  - —Está aburrida. Se siente aislada.
    - -Mamá, ay údame.
- --Primero quiero oírlo todo y saber por qué Reena se ha puesto de parte de tu hermana en este asunto
- —Muy sencillo: creo que Bella... No, sé que puede hacerlo. Y paga ella. Señaló con el dedo a Fran cuando vio que levantaba la cabeza bruscamente con expresión de protesta—. No es ningún insulto que tu hermana te regale algo, así que calla. Quiere regalarte las flores de tu boda, y lo que más desea es saber que te han gustado, así que no te preocupes tanto, no lo estropeará. Venga, deprisa, dime cinco nombres de flores que no sean rosas.
- --Mmm... azucena, geranio... mierda, crisantemos, pensamientos. Esto es demasiada presión.
- —¿Recuerdas cómo fustigaba a los paisajistas cuando estaba arreglando sus jardines, los arbustos? Ella entiende mucho más que nosotras de eso, y sabrá coordinar muy bien algo así. Dice que podría hacer una creación temática: jardin de una casita rústica. No entiendo muy bien lo que significa eso, pero suena bien.

Fran se mordió el labio.

- -Yo tampoco sé muy bien qué significa. Pero suena bien, sí.
- —Para ella significaría mucho y creo que, cuando lo veas terminado, también significará mucho para ti.
- —Podría hablar con ella. Podríamos ir a un florista, o que me enseñe otra vez sus jardines y me explique qué idea tiene exactamente.
- —Bien. —Reena, que sabía muy bien cuándo había que abandonar el campo de batalla, se levantó—. Bueno, tengo que irme. —Se inclinó y besó a su hermana, y cuando quiso inclinarse para besar a su madre, esta se levantó.
  - -Salgo un momento contigo y así tomo un poco el aire.

Cuando salieron por la puerta, Bianca rodeó la cintura de su hija con un brazo.

- -No me lo esperaba. Normalmente nunca te pones de parte de Bella.
- —No suelo estar de acuerdo con ella. Pero mi instinto me dice que en esto es imposible que la pifie. En parte es por Fran, y en parte para satisfacer su propio ego. No puede salir mal.
- —Qué lista eres. Siempre lo has sido. ¿Y por qué no vamos todas a mirar las flores? Las mujeres de Sirico's.
  - -Vale, claro.
  - -Llámame cuando llegues a casa.
  - -Mamá.
  - -Tú llama para que sepa que has llegado bien.

« Cuatro manzanas y media —pensó Reena mientras se alejaba—. Por mi barrio, una agente de policía» .

Pero de todos modos llamó a su madre cuando llegó.

Que fuera una policía novata significaba que ocupaba la parte más baja en la cadena de mando. El hecho de que se hubiera graduado entre el cinco por ciento de los mejores de su promoción no le sirvió de gran cosa una vez que estuvo vestida con su uniforme y patrullando las calles.

Pero no le importaba. Le habían enseñado a abrirse camino por sí misma.

Y le gustaba patrullar. Le gustaba poder hablar con la gente, tratar de resolver sus problemas o disputas.

Ella y su compañero, un hombre que llevaba diez años en el cuerpo y se llamaba Samuel Smith, acudieron a una llamada por un alboroto en West Pratt, en la zona sudoeste de la ciudad, que localmente se conocía como Sowebo.

- —Pensaba que íbamos a pasar por Krispy Kreme —se lamentó Smithy cuando giraron para dirigirse a la zona.
  - -¿Cómo puedes comerte todos esos donuts y no engordar?
- —Sangre de poli. —Y le guiñó un ojo. Medía metro noventa y pesaba unos sólidos ochenta y dos kilos. Su piel era de color de nuez, los ojos perspicaces y negros. Sin uniforme debía de intimidar. Con él, tenía un aspecto feroz.

Para alguien que cumplía su primer año en el cuerpo era un alivio que le hubieran asignado un compañero con la constitución de un toro. Y, siendo originario de Baltimore, conocía la ciudad tan bien o mejor que ella.

Cuando giraron en la esquina, vio a la gente que se había congregado en la acera. Aquella zona iba más con galerías de arte y edificios históricos que con la pelea callejera que se estaba produciendo.

Sí, la may oría de la gente que había mirado iba bien vestida...muchos colores llamativos, y el negro de Nueva York

Reena se apeó del coche con Smithy. Se abrieron paso entre la multitud.

—Abran paso, abran paso —decía Smithy con voz atronadora, y la gente se iba apartando.

Pero los dos hombres que rodaban por el suelo no dejaban de golpearse. Con muy poco acierto, según vio Reena.

Sus zapatos de diseño tenían arañazos, y las chaquetas de corte italiano quedarían para tirarlas, pero la sangre no había llegado al río.

Reena v Smithy se agacharon para separarlos.

-Policía. Basta y a.

Reena fue a por el más pequeño. Cuando lo cogió del brazo, el hombre se dio la vuelta, con el otro puño cerrado. Ella vio venir el golpe. Solo tuvo tiempo de pensar, mierda, y lo paró con el antebrazo. Aprovechando el impulso del hombre, lo empujó de cara al suelo y le sujetó las manos a la espalda.

- —¿Me ibas a pegar? ¿Pensabas pegarme un puñetazo a mí? —Lo esposó mitras el hombre se balanceaba como una tortuga panza arriba—. Te vamos a acusar de aeredir a un polícia.
  - —Empezó él.
  - -Pero ¿qué tienes, once años?

Lo obligó a levantarse. Tenía la cara algo magullada, y aparentaba unos veintitantos años. Su adversario, de una edad parecida y con una constitución similar, estaba sentado en el suelo, como le había indicado Smithy.

- —¿Has golpeado a mi compañera? —El policía señaló al otro detenido—. Tú quietecito —le ordenó, y se levantó para mirar a la cara al agresor. Era como una secova ante un árbol joven—. ¿Te has atrevido a golpear a mi compañera?
- —No sabía que era policía. No sabía que era una mujer. Y ha empezado él. Puede preguntárselo a cualquiera. Él me empujó primero.
- —No he oído que te disculpes —Smithy se dio unos toquecitos en la oreja—. Agente Hale, ¿ha oído disculparse a este imbécil?
  - -No. no lo he oído.
- —Lo siento. —El hombre no parecía sentirlo, pero se le veía mortificado, al borde de las lágrimas—. No pretendía pegarle.
- —No me has pegado. Golpeas como una chica. Y los demás, vuelvan todos a sus cosas —ordenó a los curiosos—. Bueno, ahora puedes contarme tu versión mientras el otro le cuenta la suya a mi compañero. Y no quiero volver a oírte decir que él ha empezado.
- —Una mujer —dijo Smithy con un suspiro cuando se iban—. Siempre es por una mujer.
  - —Eh, no culpes a las de mi sexo por la estupidez de los hombres.

Él volvió la cabeza, abriendo mucho los ojos.

- -Ah, pero ¿tú eres mujer, Hale?
- -; Por qué siempre me tienen que tocar los listillos?
- —Lo has hecho muy bien. Tienes buenos reflejos y has sabido mantener la calma.
- —Si me hubiera acertado, habría sido distinto. —Pero se recostó en el asiento, satisfecha por el trabajo bien hecho—. Tú pagas los donuts.

Cuando llegó al apartamento después del turno, no había nadie. Encontró una nota pegada en la puerta de la nevera, con la letra grande y florida de Gina, y una fotografía de su tía extrainmensa, Opal. Gina la tenía allí para contenerse cuando tuviera ganas de picar

He salido con Steve. Si quieres venir estamos en el Club Dread. A lo mejor viene Hugh.

Xxxooo

G

Reena lo pensó, se quedó en la cocina pensando qué podía ponerse. Y entonces meneó la cabeza. No estaba de humor para discotecas.

Quería quitarse el uniforme, ponerse cómoda y estudiar. John le pasaba archivos de viejos casos, la dejaba analizarlos y tratar de determinar si se trataba de incendios accidentales o provocados, buscar el cómo y el porqué.

Cuando entrara en la unidad de delitos incendiarios, todas esas horas que pasaba reconstruyendo casos le serían muy útiles.

Pero en vez de eso entró en su habitación. El reflejo del espejo le llamó la atención, la hizo detenerse, estudiar su imagen.

Quizá no pareciera especialmente femenina con el uniforme, pero le gustaba la imagen que daba. De autoridad y seguridad, Aunque ese día se había llevado un buen susto en la calle, y se dio cuenta de lo fácil que sería que la hirieran. Aunque solo fuera con un puñetazo.

Pero había sabido manejar la situación. Y significaba mucho para ella que Smithy se lo hubiera dicho.

Aunque se sentía más a gusto en casa, con los libros y los archivos y los estudios, podía arreglarse en la calle. Estaba aprendiendo a hacerlo.

Se quitó la gorra y la guardó en el vestidor. Sacó su arma. Cuando se estaba desabrochando la camisa y vio el práctico sujetador blanco de algodón frunció el ceño.

Tenía que salir de compras otra vez, decidió en ese mismo momento. Y comprar ropa interior sexy. No había nada en la normativa sobre la ropa interior de las oficiales femeninas. Y saber que llevaba algo bonito y femenino debajo podía subirle la moral.

Con aquella idea en la cabeza, se preparó un baño de burbujas, encendió unas velas, se sirvió un vaso de vino.

Y estuvo ley endo sobre el fuego en la bañera.

El teléfono sonó, pero Reena dejó que saltara el contestador.

Solo estaba escuchando a medias cuando la voz burbuj eante de Gina invitó al que llamaba a dejar un mensaje. Pero se incorporó de golpe, desplazando un montón de agua, cuando la persona habló.

—« Hola, puta. ¿Estás sola? A lo mejor me paso a verte. Ha pasado mucho tiempo, apuesto a que me has echado de menos» .

Reena se puso de pie, y las velas se apagaron con el agua. Fue a toda prisa a por su arma, desnuda, chorreando, y la sacó de la pistolera. La cogió, se echó encima un albornoz y fue a la puerta a comprobar las cerraduras.

—Seguramente es algún imbécil —dijo en voz alta para tranquilizarse a sí misma—. Algún idiota.

Pero comprobó también las ventanas, miró a la calle.

Y después se pasó el mensaje otras dos veces. La voz no le sonaba. Y el teléfono no volvió a sonar.

No jugaron ningún partido, ni fueron al cine el viernes. O no podían por el horario de él o por el de ella. Pero consiguieron quedar para comerse una hamburguesa cerca del parque de bomberos.

- —Gina ha hecho y ha deshecho la maleta tres veces —le dijo Reena—.
  Parece que se va de safari y no un par de días a la playa.
- —No he conocido a ninguna mujer que no se lleve el doble de las cosas que necesita.
  - —Pues aquí tienes una.
  - Él le sonrió, dio un bocado a su hamburguesa.
- —Sí, ya lo veremos cuando lleguemos allí. ¿Seguro que has anotado bien las indicaciones? Puedo esperar hasta mañana para irme si tienes miedo de perderte.
- —Creo que me las arreglaré. Siento no poder irme antes. Pero de todos modos Gina también está liada hasta mañana por la tarde. Iremos los tres juntos. Para la medianoche va estaremos alli.
- —Dejaré la luz encendida. La verdad es que así será mejor. Podré airear un poco la casa. No la hemos usado mucho esta temporada. Y saldré a comprar provisiones. Me han dicho que sabes cocinar.
- —Nací con una sartén en una mano y una cabeza de ajos en la otra. —Y además le gustaba cocinar, el hecho en sí y su faceta artística—. ¿Por qué no compras unas gambitas? Prepararé unos scampi.
- —Suena genial. Espero que lleguéis sin contratiempos. Estamos en mitad de semana, de noche. No encontraréis mucho tráfico cuando lleguéis a Carolina del Norte. —Consultó su reloj —. Si salgo ahora, calculo que llegaré a Hatteras hacia las dos de la mañana.

Levantó la cadera, se sacó la cartera del bolsillo y dejó unos billetes en la mesa.

- —No hay teléfono en la casita, pero podéis llamar al mercado de Frisco y ellos me harán llegar el mensaje.
  - —Sí, papá, y a lo habías dicho. No te preocupes por nosotros. Estaremos bien.
- —De acuerdo. —Se incorporó, se inclinó hacia ella y la besó—. Conduce con cuidado.
  - -Tú también. Nos vemos mañana por la noche.

Es tan fácil, tan patéticamente fácil... No hay nadie en tropecientos kilómetros

a la redonda.

«Take me home, country roads».

Hace una noche magnifica, con montones de estrellas, pero sin luna. Está lo suficientemente oscuro, lo suficientemente desierto. Le adelanté ocho kilómetros atrás, así que viene hacia aquí. Ahora solo tengo que elegir el sitio y prepararme.

Paro en el arcén y abro el capó. Podría encender un fuego, pero a lo mejor llega antes algún otro hijo de puta y se para.

Esta noche solo tengo tiempo para uno.

Solo uno

Y él parará. Oh, de eso no hay duda. Las buenas personas siempre se paran, los buenos samaritanos. No será el primero que te cargas de esta forma. Y seguramente no será el último.

Tengo esta vieja tartana. El paleto al que se la robé estará lamentándose con una cerveza en las manos. Tengo la linterna. Tengo la .38.

Ahora me inclino sobre el capó, me pongo a silbar una canción. También podría fumarme un pitillo para pasar el rato. Llegará en cualquier momento.

Veo luces, mejor pon cara de desesperado. Saldré a un lado de la carretera y levantaré una mano. Y si no es él, agitas la mano para que quien sea siga su camino. «No, gracias, ya está—le dices—. Ya he conseguido arrancarlo, ¡gracias por parar!».

Pero es él, sí, señor. Un hombre grande con un gran Bronco azul. Y, tan predecible como el amanecer. Detiene el coche para echar una mano a un pobre tipo en apuros.

Voy hasta la puerta. Es mejor que no se baje.

—¡Eh! —Pongo una amplia sonrisa de alivio, le enfoco la linterna en los ojos —. No sabe cómo me alegro de verle.

Hugh se protegió los ojos de la luz.

—¿Tiene algún problema?

-Ya no. -Levantó la pistola y le pegó dos tiros en la cara.

Su cuerpo se sacude como una marioneta. Ni su madre le reconocería la cara. Bueno, ahora a ponerse los guantes, le quito el cinturón a este soplapollas y lo echo a un lado. Lo único que tengo que hacer es conducir este bonito vehículo al bosque. Pero no demasiado lejos. Después de todo, lo que quiero es que le encuentren deprisa.

Le pinchamos una rueda. Así parecerá que tuvo problemas, y alguien vino y le dio más de lo mismo.

Cojo la lata de gasolina.

Bueno, a ver, cogemos la cartera, el reloj.

¡Oh, no! ¡Al pobre cabrón lo atracaron y lo mataron cuando iba a la playa! ¡Qué tragedia!

Ja, qué risa. Ahora a remojarlo todo bien con gasolina, la tapicería. Abro el

capó, enciendo el motor. Empapo bien esos neumáticos. Y retrocedo un poco... ¡la seguridad ante todo!

Y le prendo fuego a ese cabrón.

Mira cómo se quema. Mira. Una antorcha humana, ardiendo como un hijo de puta. El primer minuto es lo mejor, los uush y el resplandor. Los que se quedan a mirar y mirar son solo unos aficionados. Porque lo que cuenta es solo el primer minuto

Bueno, ahora nos vamos y conducimos esta vieja tartana de vuelta a Maryland. A lo mejor me como unos huevos con beicon para desayunar.

Fue Steve quien le dio la mala noticia. Se presentó en la comisaría y se plantó ante la mesa donde ella estaba picando un informe sobre un incidente. Sus ojos brillaban como el fuego en su cara blanca.

- —Eh, ¿qué pasa? —Levantó la vista, dejó de picar—. Oh, no me digas que tienes turno doble y no puedes venir. Estoy a punto de acabar, y luego me iba corriendo a casa a preparar mis cosas.
  - -Yo ... ¿Tienes un minuto? En privado.
- —Claro. —Reena se alejó de la mesa mientras lo miraba. Se notaba los nervios en el estómago—. Algo pasa. Gina...
  - -No. no es Gina.
  - -Bueno, entonces... ¿Hugh? ¿Ha tenido un accidente? ¿Es grave?
  - -No, no ha sido un accidente. Es malo. Muy malo.

Reena lo aferró del brazo, lo arrastró al pasillo.

- -¿Qué? Dímelo y a.
- -Está muerto. Dios, Reena. Está muerto. Acaba de llamarme su madre.
- --: Su madre? Pero...
- -Le han matado. Le han pegado un tiro.
- —¿Matarle? —La mano con que le sujetaba el brazo quedó nacida.
- —Al principio la mujer no decía nada coherente. —La boca de Steve se cerró, mientras miraba con dureza por encima de su cabeza—. Pero hice lo que pude para que se explicara. Alguien le disparó. Iba de camino a la casa, solo estaba a un par de horas de la isla y al parecer alguien le hizo parar o hizo que se saliera de la carretera, o tuvo un pinchazo. No estoy seguro. La mujer no lo sabía muy bien. —Aspiró con fuerza—. Pero le han disparado, Reena. Dios, le han disparado, y luego prendieron fuego al coche para ocultar el crimen. Se llevaron la cartera y el reloi. Y no sé qué más.

Reena notaba la náusea en el fondo de la garganta, pero se la tragó.

- —¿Le han identificado, están seguros de que es él?
- —Tenía, mmm... tenía cosas en el coche, cosas que no se han quemado y que llevan su nombre. Los papeles del coche estaban en la guantera. Sus padres

me han llamado desde allí. Era él. Reena. Está muerto.

- —Iré a ver qué puedo averiguar. Llamaré a la policía local y a ver qué me dicen.
- —Le dispararon en la cara. —La voz de Steve se quebró—. Su madre me lo dijo. Le dispararon en la jodida cara. Por un maldito reloj y lo que llevara en la cartera.
- —Siéntate. —Le hizo sentarse en un banco, se sentó junto a él y le cogió de la mano

Descubriera lo que descubriese, pensó, un hombre, un buen hombre al que había dado un beso de despedida hacía menos de veinticuatro horas, estaba muerto.

Y de nuevo, el fuego la perseguía.

## REACCIÓN EN CADENA

Una serie de sucesos tan intimamente relacionados que cada uno da lugar al siguiente

¿Puede un hombre llevar el fuego a su seno sin que se quemen sus ropas?

Proverbios 6, 27

## Baltimore, 1999

El fuego se inició en un edificio desocupado del sur de Baltimore, en una gélida noche de enero. Dentro, los bomberos se movían en un infierno de fuego y humo. Fuera, tenían que combatir temperaturas bajo cero, y un viento helado que convertía el agua de las mangueras en hielo y avivaba las llamas.

Era el primer día de Reena como miembro de la unidad de delitos incendiarios de la policía de la ciudad.

Ella sabía que si había conseguido ese puesto y ahora trabajaba a las órdenes del capitán Brant era porque John había movido unos cuantos hilos. Pero no era la única razón. Había trabajado como una esclava para ganárselo, estudiando, entrenándose, dedicando un número incontable de horas que nadie le iba a pagar... y en ningún momento había apartado la vista de su objetivo.

Dejando aparte la influencia de John, se había ganado su reluciente placa por sí misma.

Cuando tenía tiempo, seguía colaborando con el departamento de bomberos del barrio como voluntaria. Ya se había tragado todo el humo que le tocaba.

Pero eran la causa y el efecto lo que seguían motivándola, descubrir qué o quién había provocado el incendio. A quién afectaba, a quién beneficiaba.

Cuando Reena y su compañero llegaron a la escena al amanecer, el edificio era un abismo de ladrillo negro y cascotes cubiertos de caprichosas cascadas de hielo

Como compañero le habían asignado a Mick O'Donnell, que le llevaba quince años de ventaja. Era de la vieja escuela, pero en opinión de Reena tenía olfato.

Podía oler un incendio provocado a kilómetros.

El hombre vestía una parka y botas con puntera metálica, y llevaba un sombrero encima de una gorra de lana. Ella vestía un atuendo similar y, cuando llegaron al lugar de los hechos con las primeras luces, se quedaron cada uno a un lado del coche. estudiando el edificio.

—Es una pena que dejen que un edificio como este se eche a perder. — O'Donnell desenvolvió dos barritas de chicle y se las metió en la boca—. Los vuonies aún no se han interesado por embellecer esta parte de Baltimore.

-Hacia 1950. Fibrocemento, cartón veso, placas en el techo chapado barato.

Y si añadimos la basura que han ido acumulando en los alrededores los vagabundos y los y onquis, tendremos un montón de combustible.

Reena sacó del maletero el maletín con su material de trabajo y se metió una cámara digital, guantes de repuesto y una linterna en los bolsillos. Al mirar, reparó en la furgoneta del equipo forense,

- -Parece que aún no se han llevado el cuerpo.
- O'Donnell mascaba con gesto contemplativo.
- -: Crees que podrás mirar un cuerpo carbonizado?
- —Sí. —Ya lo había visto otras veces—. Espero que no lo hayan movido. Me gustaría tomar mis propias fotografías.
  - —Vava. ¿te estás haciendo un libro de recortes. Hale?

Ella se limitó a sonreir, mientras caminaban hacia el edificio. Los policías asignados a la zona les hicieron un gesto de asentimiento con la cabeza cuando la pareia se aseachó para pasar baio el cordón policial.

El fuego y las labores de extinción habían convertido la planta baja en un cúmulo de madera chamuscada y empapada, placas quemadas en el techo, metal retorcido, cristales. Según los informes preliminares, el edificio era frecuentado por drogadictos. Reena sabía que encontrarían agujas bajo los escombros, así que se puso unos guantes de piel para evitar pinchazos.

- --: Ouieres que empiece a procesar la zona desde aquí?
- —Lo haré yo. —O'Donnell examinó el lugar, sacó un cuaderno para hacer unos esquemas—. Eres más joven, así que te toca subir.

Reena miró la escalerilla de mano que habían colocado, porque las escaleras se habían desplomado. Sujetando con fuerza su maletín, se abrió paso entre los escombros y empezó a subir.

Fibrocemento, pensó otra vez mientras estudiaba la pauta de las llamas y se detenía a tomar fotografías de las paredes y después una panorámica desde arriba de la planta baja para el archivo.

La pauta del fuego indicaba que había subido desde abajo, que era lo habitual, y consumió el techo. Había material de sobra para alimentarlo, pensó, y suficiente oxígeno para que no se apagara.

Una buena parte del primer piso se había desplomado y formaba parte de la zona que O'Donnell tenía que procesar. En esta también se había extendido por el techo, abriéndose paso por las placas, el contrachapado, el fibrocemento, alimentado por ellos y por la porquería que habían dejado allí los inquilinos no oficiales del edificio.

Vio lo que quedaba de un viejo sillón, una mesa de metal. El endeble techo había permitido que el fuego se extendiera a sus anchas, haciendo que el humo y los gases se esparcieran uniformemente en todas direcciones y se había llevado consigo al hombre sin identificar cuyos restos estaba viendo en el suelo, acurrucado, según parecía, en el interior de un armario. Había un hombre

acuclillado junto al cadáver. Por lo que vio, tenía unas piernas muy largas. Mucha pierna para estar en aquella postura.

El hombre llevaba guantes, botas de trabajo, una gorra de lana con orejeras y una bufanda de cuadros rojos enrollada varias veces alrededor del cuello.

- —Hale. Unidad de delitos incendiarios. —Su aliento brotaba en penachos; se agachó.
  - —Peterson, médico forense.
  - —¿Oué puede decirme de la víctima?
- —Está carbonizado. —Le dedicó el fantasma de una sonrisa, al menos sus ojos lo hicieron. Tendría cuarenta y pocos años, era alto y negro, y debajo de las capas de ropa de abrigo, daba la sensación de que era flaco como una serpiente
- Parece que el muy idiota creyó que podía escapar del fuego escondiéndose en el armario. Seguramente el humo le hizo perder la conciencia, y luego se frio. Le diré más cosas cuando lo examine.

Reena avanzó con cautela, comprobando el suelo a cada paso.

El hombre habría tenido suerte si se había asfixiado primero, Reena lo sabía. El cuerpo estaba totalmente carbonizado, con los puños en alto, como suele pasar con las víctimas de incendios. El calor hacía contraerse los músculos, y por eso parecía que el último acto de la persona había sido tratar de contener las llamas.

Reena levantó la cámara, esperó a que el otro le diera permiso y tomó varias fotografías.

—¿Cómo es posible que no hubiera nadie más aquí dentro? —se preguntó en voz alta—. Anoche estábamos a bajo cero. Los sin techo suelen resguardarse en sitios como este, y dicen que por aquí siempre había drogadictos. Los informes preliminares indican que había mantas, un par de sillones viejos, incluso una pequeña cocina en la segunda planta.

Peterson no dijo nada cuando Reena se acercó y se acuclilló junto al cuerpo.

- -¿Hay señales de traumatismo?
- —De momento no. Es posible que encuentre algo cuando le examine. ¿Cree que alguien provocó el incendio para ocultar el asesinato?
- —No sería la primera vez Pero primero tenemos que descartar la muerte accidental. ¿Por qué no había nadie más aquí dentro? —volvió a preguntar—. ¿Cuánto tardará en conseguir una identificación... aproximadamente?
  - Ouizá consiga alguna huella. Placas dentales. Unos días.

Al igual que había hecho O'Donnell, Reena sacó un cuaderno e hizo unos esquemas como complemento de las fotografías.

—¿Qué cree... varón de cuánto, metro setenta y cinco, ochenta? Por lo visto aún no han podido localizar al propietario. ¿No sería interesante?

Reena estableció una cuadrícula para procesar la habitación, dividiéndola en zonas de una forma muy similar a como hacen los arqueólogos en sus excavaciones. Trabajaría capa a capa, cribaría, documentaría y guardaría las pruebas en bolsas.

La huella que habían dejado las llamas en la pared del fondo le hizo pensar igual que al investigador de la brigada antiincendios, que se había utilizado un acelerador. Reena tomó muestras y las guardó en botes con sus respectivas etiquetas.

La bombilla del techo se había fundido. Hizo una fotografía, otra del techo y del rastro del fuego.

Y lo siguió, pasando sobre los escombros empapados, entre la ceniza. « Cuatro pisos», pensó, visualizando la fotografía del edificio antes del incendio. Sin inquilinos, ruinoso, en malas condiciones de habitabilidad.

Pasó sus dedos enguantados por la madera chamuscada, por una pared, cogió más muestras. Y entonces cerró los ojos y las olió.

-: O'Donnell! He encontrado lo que parecen múltiples focos.

Hay evidencia de la presencia de aceleradores. Hay demasiadas grietas y agui eros en este viei o suelo y se han filtrado.

Se puso a cuatro patas y asomó la cabeza por un agujero irregular donde el suelo había cedido. O'Donnell también había establecido una cuadrícula y estaba procesando la planta baia por secciones.

- —Quiero volver a comprobar si podemos localizar al propietario, que alguien de la casa nos ponga en antecedentes.
  - —Tú llamas
  - -¿Quieres echar un vistazo aquí arriba?
  - —¿No querrás que suba por esa escala?

Ella le sonrió desde arriba

- --: Ouieres que te explique mi teoría inicial?
- —Pruebas, Hale. Primero pruebas, luego teorías. —Hizo una pausa—. Pero explicamela de todos modos.
- —Inició el fuego en el lugar equivocado. Tendría que haber empezado por el fondo, e ir avanzando hacia las escaleras, que eran su vía de escape. A lo mejor estaba borracho, o quizá solo era un idiota, pero quedó atrapado y acabó friéndose en el armario.
  - -i, Has encontrado algún bote, algo donde pudiera llevar el acelerador?
- —No. A lo mejor está por aquí. O ahí abajo. —Y señaló—. Está tan asustado al ver que el fuego le rodea que se le cae. El fuego alcanza el recipiente con el acelerador. Y, boom, ya tenemos un agujero en el suelo, y el fuego que se extiende a la planta de abajo.
  - -Bueno, pues si eres tan lista, ven aquí abajo y procesa tú esta planta.
  - -Enseguida. -Pero antes se apartó del agujero y sacó su móvil.

Era un trabajo sucio y tedioso. A Reena le encantaba. Ya sabía por qué O'Donnell quería dejar que se ocupara ella, y se lo agradecía. Quería comprobar si era capaz de aguantar el hedor y la porquería, la monotonía y el esfuerzo

físico

Y si Reena era capaz de pensar.

Cuando encontró la lata de treinta y ocho litros debajo de un montón de escombros y cenizas, todo encajó.

-O'Donnell.

Él se volvió desde el lugar que estaba examinando.

- -Un punto para la nueva.
- —Hay unos pequeños orificios en la base. Fue dejando un reguero, lo encendió, dejó un nuevo reguero, lo encendió. La trayectoria que siguió el fuego ahí arriba indica la presencia de materiales inflamables. El muerto no puede ser alguien que estaba aquí casualmente o una victima. Un fuego espontáneo no avanza de ese modo. La persona que lo inició tuvo que quedar atrapada. Hay barrotes bloqueando las ventanas en las plantas baja y primera, así que por ahí no pudo salir nadie. Apuesto a que el muerto es el propietario.
- —¿Y por qué no un pirómano, un drogadicto o alguien que tenía algo en contra del propietario?
- —Los bomberos que acudieron a sofocar el incendio dicen que todas las puertas estaban cerradas. Tuvieron que echarlas abajo. ¿Y los barrotes de arriba? ¿Quién pone barrotes en las ventanas de un primer piso? Y son nuevos. Parecen bastante nuevos. Solo un propietario hace algo así. Cerrar el edificio a cal y canto para que no entre la chusma. Y él tiene las llaves.
  - -Termina con tu trabajo y haz un informe. Quizá tengas razón, Hale.
  - —Sí, lo haré. Llevo esperando esto desde que tenía once años.

Aquella noche, todavía acelerada, Reena estaba sentada a una mesa con Fran, atiborrándose de marinara de cabello de ángel.

- —Así que no podemos localizar al propietario del edificio, que tiene tres hipotecas distintas sobre él y un seguro millonario. La gente con la que hemos hablado dice que no dejaba de quejarse porque los yonquis y los vagabundos le habían arruinado su inversión. No podía deshacerse de la propiedad. Me imagino que el forense acabará confirmando que el cadáver pertenece al propietario, o que está borracho en algún sitio, desmoralizado al ver que lo del incendio salía mal. Aún queda mucho trabajo que hacer sobre el terreno, pero las piezas empiezan a encajar. De manual.
- —Mírate. —Fran se rio, dio un sorbo a su agua mineral—. Mi hermana pequeña de investigadora. Espera a que mamá y papá sepan que ya has resuelto tu primer caso.
- —Cerrado... y todavía no lo he hecho. Aún hay que reconstruir buena parte de lo sucedido y comprobar los antecedentes. Aunque esperaba que llamaran mientras estov aquí.

- -Reena, en Florencia son más de la una de la mañana.
- —Es verdad. —Reena meneó la cabeza—. Es verdad.
- —Han llamado esta tarde. Se lo están pasando maravillosamente. Papá ha convencido a mamá para que alquilaran una de esas pequeñas escúteres. ¿Te los imaginas en moto por Florencia como un par de adolescentes?
- —Sí, —Reena cogió su vino y levantó el vaso para brindar. Bebió—. No podrían haberlo hecho sin ti.
  - —No es verdad.
- —Desde luego que sí. Tú eres la única que continúa. La única que ha asumido una parte tan importante del trabajo y la responsabilidad en el restaurante que pueden permitirse viajar. Bella..., bueno, aquí ella no es capaz ni de coger un vaso si no es para beber, y eso cuando viene. Y vo no soy mucho mejor.
- —El domingo pasado estuviste atendiendo las mesas. Y el martes, después de tu jornada de trabajo, estuviste ay udando más de una hora.
- —Vivo en el piso de arriba, así que no es gran cosa. —Aun así, esbozó una sonrisa algo perversa—. No has dicho nada de Bella.
  - -Bella es Bella. Y tiene tres hij os de los que ocuparse.
- —Y una niñera, una asistenta, un jardinero... oh, lo olvidaba, y un capataz Reena sacudió una mano al ver la cara que ponía su hermana—. Vale, vale, no me mires así. Ya me callo. En realidad no estoy enfadada con ella. Creo que me siento un poco culpable porque tú te lo estás cargando todo. Y Xander te está ay udando mucho, y eso que tiene mucho trabajo en la facultad de medicina.
- —Déjate de culpas. Cada uno hace lo que es más importante para él. —Miró más allá y le sonrió al hombre que estaba trabajando la masa en la mesa.

Tenía las manos grandes, y una expresión dulce y hogareña. Su llamativo pelo rojo le caía sobre la frente como pequeñas lenguas de fuego. Y cuando miraba a su mujer, como hacía en aquellos momentos, sus ojos parecían divertidos.

- —Bueno, ¿quién nos iba a decir que te ibas a enamorar de un irlandés que conoce la cocina italiana? —Reena comió más pasta, con expresión divertida—. ¿Sabes? Tú y Jack aún tenéis esa luz, aunque ya lleváis juntos, ¿cuánto? Tres años, ¿no?
- —En otoño hizo dos. Pero a lo mejor es que hay alguna cosa especial que nos da esa luminosidad. —Fran estiró los brazos y cogió a su hermana de las manos —. No puedo esperar. Quería decírtelo cuando terminaras de comer, para que Jacky y o te lo dijéramos juntos, pero no puedo esperar ni un minuto más.
  - -Oh. Dios ; estás embarazada!
- —De cuatro semanas. —Sus mej illas se sonrojaron—. Aún es pronto. Lo mej or sería no decir nada. Pero no puedo callármelo y ...

Pero calló cuando vio que Reena se levantaba de un salto y la abrazaba por el cuello

—Oh, vaya, vaya, vaya. Espera. —Y dicho esto se fue corriendo a la mesa de las pizzas y le saltó a Jacksobre la espalda—. ¡Felicidades, papá!

El rostro de su cuñado se puso del mismo color que su pelo cuando Reena le estampó un beso en la mejilla.

- -Champán para todos. Invito y o.
- —Solo queríamos que lo supiera la familia. —Jack sonrió como un tonto cuando ella lo soltó.

Reena miró a la gente que aplaudía y se acercaba corriendo para felicitar a

-Demasiado tarde Sacaré el vino

La noticia de Fran y su primer día en el trabajo hicieron que Reena bebiera más de lo aconsejable. Pero se sentía muy bien cuando rodeó el restaurante para subir a su apartamento por la escalera de atrás.

Gina y Steve se habían casado hacía casi un año. No tenía sentido mantener ella sola un apartamento de dos habitaciones.

Reena sabía que a sus padres les parecía una tontería que viviera allí teniendo una habitación en casa. Y habían discutido porque no querían que les pagara alquiler. Reena tuvo que recordarles que le habían enseñado a ser una persona responsable y a labrarse su propio camino.

Para ella el apartamento era un primer paso. Con el tiempo, tendría su propia casa. Pero eso sería con el tiempo. Y había algo reconfortante y tranquilizador en el hecho de vivir encima del restaurante, a un tiro de piedra de la casa de sus padres. A una manzana de donde vivían Fran y Jack

Cuando llegó a la parte de atrás, vio que la luz de su salita estaba encendida. Instintivamente, se abrió la chaqueta para poder acceder sin problemas a su arma si era necesario. En todos los años que llevaba en la policía, solo había tenido que sacarla en dos ocasiones. Siempre se le hacía extraño tenerla en la mano.

Empezó a subir los escalones, repasando todos sus movimientos. Había salido de casa antes del amanecer, a lo mejor se había olvidado de apagar la luz. Pero no, aquello era un hábito, su madre siempre insistía en que no malgastaran electricidad, y se lo había inculcado desde pequeña.

Con una mano sobre el arma, comprobó el pomo de la puerta.

Esta se abrió, empezó a desenfundar la pistola. Y entonces la volvió a dejar en su sitio con un bufido.

- -¡Luke! ¿Cuánto hace que estás aquí?
- -Un par de horas. Ya te dije que a lo mejor me pasaba esta noche.

« Es verdad», pensó mientras el ritmo de su corazón se normalizaba. Se había olvidado. Feliz por tenerlo allí, Reena entró y le ofreció los labios.

El beso fue breve, funcional, e hizo que Reena arqueara las cejas. Normalmente él siempre estaba impaciente por ponerle las manos encima. Y ella también. Luke Chambers tenía una elegancia y una sensualidad que le resultaban de lo más excitantes. Al igual que el romanticismo con que la había pretendido desde el momento en que se conocieron.

Había disfrutado enormemente mientras le estuvo yendo detrás, cuando la cortejaba con ramos de flores y llamadas, con cenas románticas y largos paseos junto al río.

Le gustaba que alguien la viera como una mujer, como un ser delicado. Un bonito cambio de la imagen de persona recia y competente que tenían de ella sus compañeros de trabajo.

Seguramente esa era la razón por la que no le costó mucho llevarla a la cama. Pero eso sí. Reena había tardado tres meses en darle las llaves.

- —Me he quedado un rato abajo para cenar algo y charlar con Fran. —Se quitó la bufanda, la gorra, e hizo un pequeño baile—. He tenido un día genial, Luke, y tengo una noticia que...
- —Me alegro de que alguien haya tenido buen día. —Se apartó de su lado, apagó el televisor y se desplomó sobre una silla.
- « Vale», pensó Reena. Era sexy, interesante y a menudo romántico. Pero también era una persona difícil. No le importaba. En realidad, como pasaba buena parte del día inmersa en un mundo mayoritariamente de hombres, disfrutaba cuando podía mostrarse más dulce y atenta en una relación.
  - -- ¿Mal día? -- Se quitó el abrigo, los guantes, lo dejó todo en el armario.
  - -Mi ay udante me ha dicho que me deja dentro de dos semanas.
- —Oh. —Reena se pasó los dedos por sus largos rizos y pensó ociosamente en cambiar de estilo. Se sintió culpable por no prestar más atención—. Lamento oír eso. —Se inclinó para desatarse los cordones—. ¿Por qué se va?
- —Ha decidido que quiere volver a Oregón. Así, sin más. Ahora tendré que entrevistar a gente y meter a alguien a toda prisa para que pueda enseñarle antes de que se vaya. Y eso además de las tres reuniones que he tenido hoy fuera de la oficina. La cabeza me está matando.
- —Te traeré una aspirina. —Se acercó y se inclinó para darle un beso en la coronilla. Tenía un pelo bonito y sedoso, marrón armiño, como los ojos.

Cuando se incorporó, él la cogió de la mano y le sonrió débilmente.

- —Gracias. La última reunión se ha alargado hasta muy tarde, y yo lo único que quería era verte. Descompresión.
- —Tenías que haber entrado en el restaurante. La descompresión forma parte del menú de Sirico's.
- —Y el ruido —dijo él cuando Reena entró en el lavabo—. Tenía ganas de pasar una velada tranquila.
  - -Ahora se está tranquilo. -Sacó el bote de aspirinas y fue ala pequeña

dependencia, con su vieja cocina y las alegres encimeras amarillas—. Yo también tomaré un par de ellas. He bebido demasiado champán abajo. Estaban de celebración

- —Sí, tenías cara de estar pasándotelo muy bien. Miré por la ventana antes de subir
- —Bueno, al menos podías haber asomado la cabeza. —Le pasó la aspirina y el agua.
- —Me dolía, Cat. Y no quería sentarme en un restaurante ruidoso a esperar que terminarais la fiesta.
- « Pues si te dolía la cabeza —pensó Reena—, ¿por qué demonios no te has tomado antes una aspirina? A veces los hombres eran tan infantiles...» .
- —Habría terminado antes mi fiesta de haber sabido que estabas aquí. Y Fran está embarazada.
  - —;Mmm?
- —Mi hermana Francesca. Ella y Jack acaban de saber que van a tener un hijo. Cuando me lo dijo tenía la expresión tan radiante que podía haber iluminado Baltimore entero
  - --: No se acaban de casar?
- —Hace un par de años, y llevan intentándolo casi desde el principio. En mi familia tenemos tendencia a ir a por los hijos enseguida. Bella y a tiene tres, y y a está hablando de tener otro.
  - -Cuatro hijos en estos tiempos. Es una irresponsable.
  - Reena se sentó en el brazo del sillón y le frotó el brazo.
- —Eso es lo que pasa con las familias italianas y católicas. Y ella y Vince se lo pueden permitir.
  - -No estarás pensando en tener un hijo cada par de años, ¿verdad?
- —¿Yo? —Se rio, tragó agua—. Yo lo de tener hijos aún lo veo muy lejos. Acabo de iniciar mi carrera profesional. Hablando de eso, hoy he tenido mi primer caso importante. ¿Has oído lo de ese edificio de apartamentos desocupado en Broadway, con una víctima?
- —Hoy no he tenido tiempo para las noticias. He trabajado doce horas seguidas, y una buena parte la he pasado tanteando a un cliente potencial muy importante.
  - -Eso es estupendo.
- —Todavía no lo tengo, pero estoy en ello. —Su mano, dedos largos, palma estrecha, se deslizó suavemente por la pierna de Reena—. He quedado para cenar con él y su mujer el jueves por la noche. Te pondrás algo especial, yverdad?
- —¿El jueves? Luke, mis padres vuelven de Italia el jueves. Teníamos que cenar en la casa, va te lo dije.
  - -Bueno, puedes verlos el viernes, o el fin de semana. Por el amor de Dios,

vivís en la misma calle. Y yo te hablo de una importante suma, Cat.

- -Entendido. Siento que no puedas venir a la cena de bienvenida.
- ¿Me estás escuchando? La mano que estaba sobre la pierna se cerró en un piño —. Te necesito a mi lado. Este es el tipo de actividad social que necesito para asegurarme el cliente. Es lo que se espera. Y va hemos quedado.
- —Lo siento. Yo también había quedado, y además fue antes de que tú acordaras esa cena para el jueves. Si quieres cambiarla a otro día. vo...
- —¿Por qué iba a cambiarla de día? —Se levantó bruscamente del sillón, levantó los brazos—. Se trata de negocios. Esta es una gran oportunidad para mí. Podría significar el ascenso por el que tanto he luchado. Tú vives prácticamente con tu familia. ¿Por qué es tan importante comer unos jodidos espaguetis cuando puedes hacer lo mismo todos los días?
- —En realidad comeremos manicotti. —Pero contuvo la irritación y se puso de pie—. Mis padres han estado fuera tres semanas. Les prometí que estaría presente a menos que me llamaran para una emergencia en el trabajo. Cuando lleguen se enterarán de que su hija mayor va a tener su primer hijo. En mi mundo eso es muy importante, Luke.
  - -Entonces, ¿lo que yo necesito no cuenta?
- —Claro que cuenta. Y si me lo hubieras dicho antes de quedar, te habría recordado que yo ya me había comprometido y tú podrías haber propuesto otro día.
- —Si el cliente dice que le va bien el jueves tiene que ser el jueves —espetó, y el mal genio hizo que sus mejillas enrojecieran—. Así es como funciona mi mundo. ¿Tienes idea de lo competitivo que es el sector de la planificación financiera? ¿El tiempo y el esfuerzo que hay que invertir para conseguir un cliente multimillonario?
- —No, la verdad es que no. —Y la verdad, no le importaba lo más mínimo—.
  Pero sé que trabaj as muy duro y que es importante para ti.
  - -Sí, ya se nota.
- Él se dio la vuelta y Reena levantó los ojos al techo con exasperación. Pero fue hacia él, dispuesta a aplacarlo.
  - -Mira, de verdad que lo siento. Si puedes cambiarlo a otra noche, yo...
- —Te lo acabo de decir. —Y, al darse la vuelta, levantó los brazos y la golpeó con fuerza en la mej illa con el dorso de su mano.

Ella retrocedió, abriendo los ojos desorbitadamente y apretándose la mano contra la mej illa.

- —Oh, Dios, Dios, Cat. Lo siento. No quería... ¿Te he hecho daño? —La cogió por los brazos, con una expresión tan perpleja como supuso que parecía la de ella —. Ha sido un accidente. Lo iuro.
  - -No pasa nada.
  - --Has venido directa. No me esperaba... soy tan torpe. Déjame ver. ¿Te va a

salir un moretón?

- —Solo ha sido un toque. —« Más o menos», pensó—. Ha sido más la impresión que el golpe en sí.
- —Se te ha puesto rojo —musitó, y le acarició la mejilla con suavidad—. Me siento fatal. Me siento como un monstruo. Tu preciosa cara...
- —No es nada. —Curiosamente, acabó consolándolo ella a él—. No lo has hecho a propósito, y no soy tan frágil.
- —Para mi lo eres. —La atrajo a sus brazos—. Lo siento tanto... No tendría que haber venido estando de tan mal humor. Solo quería verte. Y entonces te he visto pasándotelo en grande ahí abajo. Yo solo quería estar contigo. —Le rozó la meiilla con los labios—. Necesitaba estar contigo.
- —Ahora estoy aquí. —Le tocó el pelo—. Y siento no poder ayudarte con lo del jueves. De verdad.

Él retrocedió un poco, sonrió.

—A lo mejor puedes compensarme.

El sexo fue bien. Siempre iba bien con Luke. Y, como había tenido aquel arrebato y le había golpeado sin querer, estuvo particularmente tierno. El cuerpo de Reena, agotada después de una larga jornada, se relajó bajo el de él. Y, mientras su organismo llegaba al climax, su mente se quedó totalmente vacía.

Satisfecha y somnolienta, se acurrucó junto a él.

—¿No has pensado nunca en buscar una cama más grande? —preguntó el hombre

Ella sonrió en la oscuridad

- —Un día de estos.
- —¿Por qué no te vienes a mi casa a pasar el fin de semana? Podemos ir a un par de discotecas el sábado por la noche, y desayunar tarde el domingo.
- —Mmm. A lo mejor. Es posible que el sábado tenga que echar una mano en el turno de la comida, pero luego puede que sí.

Por un momento él no dijo nada, y Reena pensó que se había quedado dormido.

- —El jueves podrías ver antes a tus padres y saltarte la cena, y así podrías reunirte conmigo en el restaurante a las siete.
  - -Luke, a mí no me va bien así.
- —Vale. —Lo dijo de mal humor, se dio la vuelta y se levantó de la cama—.
  Al final vas a hacer lo que tú quieres, como siempre.
  - -Eso no es justo y tú lo sabes.
- —Lo que no es justo —espetó él mientras empezaba a vestirse— es tu poca disposición a comprometerte con nada. Que lo pongas todo por delante de mí.
  - La felicidad poscoital desapareció.

- -Si eso es lo que piensas, no sé qué haces conmigo.
- —Pues en estos momentos creo que yo tampoco lo sé. Tomas mucho más de lo que das, Cat. —Se abrochó los botones de la camisa con movimientos bruscos —. Estoy empezando a cansarme.
  - -Te doy lo mejor que tengo.

Metió los pies en los zapatos.

-Pues es bien triste.

Cuando se fue, Reena volvió a tumbarse.

« ¿Tan egoísta soy? —pensó—. ¿Soy tan miserable emocionalmente?». Luke le importaba, pero ¿se interesaba realmente por su trabajo? No mucho, cuando estaba tan inmersa en el suyo.

Quizá lo mejor que podía ofrecer era muy poco.

Se dio la vuelta en la oscuridad y estuvo mucho rato tratando de dormirse.

Cuando Reena entró en la comisaría con O'Donnell después de pasarse buena parte de su turno de puerta en puerta entrevistando a testigos, tomando declaración a la exmujer del propietario del edificio, a su antiguo socio en el negocio y a su actual novia, había tres docenas de rosas blancas de tallo largo sobre su mesa

Las flores provocaron un montón de comentarios entre los otros miembros de su unidad, pero la tarjeta hizo que Reena sonriera.

## Cat, lo siento.

Aun así, no se puso a olerlas hasta que se las llevó a la salita de descanso para hacer sitio y poder seguir trabajando en su mesa.

Tenía que redactar varios informes. Aunque aún no se había confirmado la identidad de la víctima, el propietario seguía desaparecido.

Fue con O'Donnell al despacho del comisario a informarle.

—Estamos esperando los informes del laboratorio —empezó a decir su compañero—. El propietario, James R. Harrison, fue visto por última vez bebiendo en un lugar llamado Fan Dance, un local de striptease que está a unas manzanas del lugar de los hechos. Tenemos el recibo de una tarjeta de crédito que indica que pagó a las doce cuarenta. En la parte de atrás del edificio hay aparcada una camioneta de marca Ford registrada a su nombre.

Miró a Reena, indicándole que siguiera ella.

—Encontramos una caja de herramientas entre los escombros en la primera planta, y un destornillador que coincide con los orificios de la base de la lata de gasolina que encontramos en la escena. Harrison fue fichado por fraude hace cinco años, así que sus huellas están archivadas. Coinciden con las que sacamos de la caja de herramientas, el destornillador y la lata de gasolina. El forense no pudo sacar las huellas del cadáver, así que están tratando de hacer unas placas de la dentadura

- —Para mañana ya lo tendremos —añadió O'Donnell—. Hemos hablado con algunos de sus socios. Tenía graves problemas de dinero. Le gustaban los caballos, pero a los caballos él no les gustaba.
- El capitán Brant asintió, se recostó en su asiento. Su pelo era blanco, sus ojos de un azul glacial. Tenía fotografías de sus nietos en su mesa, tan ordenada como la salita para las visitas de sus tía Carmela.
- —Así que, según parece, él provocó el incendio para cobrar el seguro y quedó atrapado.
- —Eso parece, sí. El forense no encontró signos de violencia, ni heridas ni traumatismos. Aún estamos esperando el resultado del análisis toxicológico añadió Reena—. Pero no hay nada que indique que alguien quería matarlo. Tenía un pequeño seguro de vida. Cinco mil, que son para la ex. Nunca cambió el nombre del beneficiario. Ella se volvió a casar, tiene un trabajo a jornada completa, y su marido también. No parece que le haga falta.
  - —Enhorabuena —dijo el capitán, y añadió—: Un trabajo excelente.
- —Yo redactaré el informe —se ofreció Reena cuando ella y O'Donnell salieron del despacho.
  - -De acuerdo. Tengo que ponerme al día con más papeleo.
  - Se sentó. Su mesa estaba frente a la de Reena.
  - —¿Es tu cumpleaños o algo así?
- -No. ¿Por qué? Oh, las flores. -Se instaló delante del teclado con sus notas
- —. El tipo con el que salgo estuvo un poco idiota anoche. Y ahora me compensa.
  - -Tiene clase.
  - —Sí, de eso no le falta.
  - —¿Vais en serio?
  - -Aún no lo he decidido. ¿Por qué, me quieres hacer proposiciones?
  - Él sonrió y las puntas de las orejas se le pusieron rojas.
- —Mi hermana conoce a un chico que le ha hecho algunos trabajillos. Carpintero. Trabaja muy bien. Y dice que es buen chico. Está tratando de encontrarle pareja.
- —Vaya ¿y crees que saldría en una cita a ciegas con el carpintero de tu hermana?
  - -Dije que te lo preguntaría. -Levantó las manos-. Dice que es guapo.
- —Pues entonces que se busque él una novia —sugirió Reena, y se puso a redactar el informe.

Bo engulló la última galletita de mantequilla de cacahuete, la bajó con leche fría. Luego, se sentó ante una barra americana que había hecho él mismo y suspiró exageradamente.

—Señora M., si dejase a su marido, y o le construiría la casa de sus sueños. Y lo único que pediría a cambio son sus galletas de mantequilla de cacahuete.

Ella sonrió y le pegó con la servilleta.

—La última vez era mi pastel de manzana. Lo que necesitas es una chica guapa que te cuide.

-Ya tengo una. La tengo a usted.

Ella rio. A Bo le gustaba verla reír, echando la cabeza hacia atrás. La mujer tenía un cuerpo orondo, que es como acabaría él si seguía haciéndole aquellas galletas. Tenía el pelo tan rojo como la luz roja de un semáforo, y muy rizado.

Era lo bastante may or para ser su madre, y mucho más divertida que la que la naturaleza le había dado.

- —Necesitas una chica de tu edad. —Le pinchó con un dedo—. Un chico tan guapo...
- —Es que hay tantas para escoger... Y ninguna me ha llegado al corazón como usted.
- --Venga. Tienes más labia que mi abuelo. Y mira que él era irlandés de pura cepa.
  - —Hubo una chica, pero la perdí. Dos veces.
  - —¿Cómo?
- —La vi en medio de una sala abarrotada de gente. —Chasqueó los dedos—.
  Se evaporó, ¿Cree en el amor a primera vista?
  - -Por supuesto.
- —Pues creo que ese lo fue, y no hago más que ir de un lado a otro sin un propósito hasta que la vuelva a encontrar. Un día pensé que la había encontrado, pero volvió a desaparecer. Así que tengo que seguir adelante.

Bo, con su metro ochenta y siete de músculo, se levantó del taburete. Los años de trabaj o físico le habían moldeado, le habían endurecido.

Sí, puede que Bridgett Malloy tuviera el doble de años que él, pero seguía siendo mui er. y aquella imagen le alegró la vista.

La verdad es que tenía debilidad por aquel chico, pero era demasiado práctica, y no habría seguido dándole trabajillos durante los anteriores seis meses si no hubiera demostrado que era hornado y canaz en su trabajo.

-Pienso encontrarte una chica. Fijate en lo que te digo.

—Pues asegúrese de que sabe cocinar. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Digale adiós al señor M. de mi parte —añadió mientras se ponía el abrigo—. Y lámeme si necesita algo.

Ella le dio una bolsa con galletas.

-Tengo tu número. Bowen.

Él salió y fue hacia su camioneta. «¿Podía hacer más frío?», pensó y avanzó por el camino que él mismo había limpiado de nieve entre los escalones y la rampa de acceso. El suelo estaba cubierto de nieve que se había helado y luego se había vuelto a helar. Y el gris plomizo del cielo hacía pensar que no tardaría en nevar otra vez.

Bo decidió parar en el supermercado de camino a casa. Un hombre no puede vivir solo de galletas de mantequilla de cacahuete. Si, no le habría importado encontrar una mujer que supiera defenderse en la cocina, pero a él tampoco se le daba mal.

Por entonces tenía su propio negocio. Subió a la camioneta y dio una palmada en el volante. Carpinteria a medida Goodnight. Él y Brad habían comprado y rehabilitado un par de pequeñas casas.

Aún se acordaba de cuando convenció a Brad para que hiciera aquella primera inversión, pintándole aquel despojo de casa como un diamante en bruto. Desde luego Brad tenía visión de futuro... o una fe absoluta en él.

Y también tenía que reconocer el mérito de su madre por confiar en él lo suficiente para adelantarle parte del dinero. Lo cual le recordó que tenía que llamarla cuando llegara a casa para ver si necesitaba que le hiciera algún arreglo en casa.

Él y Brad habían trabajado duro para rehabilitar la primera casa, habían conseguido buenos beneficios y habían devuelto a su madre el dinero más intereses. El resto lo habían reinvertido.

Cuando se paraba a pensarlo, cuando pensaba de verdad en cómo había ido todo, era consciente de que le debía lo que era a un muerto. No estaba muy seguro del motivo, pero la muerte de aquel chico, prácticamente un desconocido, había cambiado su vida. Fue el impulso que necesitaba para dejar de dar vueltas y empezar a moverse.

« Josh», pensó en aquellos momentos mientras salía con la camioneta del camino de acceso a la casa de los Malloy en Owen's Mill. Mandy había quedado realmente destrozada. Y curiosamente, el incendio y la muerte del chico fueron una de las cosas que cimentaron la amistad entre los dos.

Brad y ... ¿cómo se llamaba? La rubita que era objeto del deseo de su amigo

en aquellos días. ¿Carrie? ¿Cathie? No importa.

Aquello no duró.

Actualmente, el objeto de deseo de Brad era una morena a la que le gustaba

En cambio su rubia, la que había visto de pasada en una fiesta tanto tiempo atrás, seguía viniéndole a la cabeza de vez en cuando.

Aún podía ver su cara, la masa de rizos, el pequeño lunar sobre la boca.

« Se fue, se fue hace tiempo», se recordó a sí mismo. Ni siquiera había llegado a saber su nombre, a oír su voz, a percibir su aroma. Que seguramente es lo que hacía que aquel recuerdo, aquella sensación resultara tan dulce. La chica era todo lo que él quería que fuera.

Se incorporó al tráfico. Por lo visto todo el mundo había decidido ir al supermercado después del trabajo. A la que caían unos cuantos copos de nieve, todo el mundo se tiraba de cabeza a los supermercados. ¿Y sí pasaba del supermercado y se arreglaba con lo que tenía en casa?

También podía llamar y pedir que le trajeran una pizza.

Tenía que repasar los bocetos de un trabajo, y la lista de materiales para la casa donde él y Brad acababan de instalarse.

Aprovechaba meior el tiempo si...

Miró distraído hacia la izquierda cuando el tráfico se detuvo en su carril.

Al principio solo vio a una mujer, una mujer muy guapa al volante de un Chevy Blazer azul oscuro. Mucho pelo, rizado, de color caramelo, saliéndose por debajo de una gorra negra. Por la forma en que tamborileaba con los dedos sobre el volante, Bo supuso que estaba siguiendo el ritmo de algo que sonaba por la radio. En su coche, él lo que oía era Growin Up, de Springsteen. Y por el movimiento de los dedos de la chica hubiera dicho que estaban escuchando la misma emisora

Curioso

Divertido ante la idea, se adelantó un poco para verle mejor la cara.

Y allí estaba. La chica de sus sueños. Las mejillas, la curva de los labios, el pequeño lunar.

Se quedó boquiabierto y la impresión hizo que diera un tirón con el coche y se le calara. Ella miró en su dirección y por un momento, un momento muy intenso, aquellos oi os grandes y oscuros se encontraron con los suyos.

Y de nuevo la música se detuvo.

« ¡Joder!», pensó él, y entonces ella frunció el ceño, volvió la cabeza. Y se

—Pero, pero, pero... —Aquel tartamudeo le hizo volver en sí. Se maldijo, encendió el motor. Pero en su carril el tráfico seguía sin moverse, y en cambio el de ella estaba avanzando. Los cláxones empezaron a sonar con irritación cuando se quitó el cinturón y abrió la puerta.

Tuvo la peregrina idea de correr detrás del coche. Echar a correr por la calle como un loco. Pero ella estaba demasiado lejos. Demasiado lejos, pensó furioso, incluso para que pueda leer la matrícula.

- —Otra vez —musitó, y se quedó allí plantado, mientras los cláxones sonaban a su alrededor y empezaban a caer los primeros copos.
- —De todos modos fue muy raro. —Reena estaba apoyada sobre la encimera de la cocina de Siricos, donde su madre estaba trabajando—. Me refiero que... era muy guapo, si quitamos el hecho de que tenía la boca tan abierta que le habría cabido una nube de moscas y que sus ojos estaban tan desorbitados como si hubieran metido un palo por el culo. No sé, que sentía que me estaba mirando, ;sabes? Y entonces, me doy la vuelta y me lo veo así. —E imitó su expresión.
  - -A lo mejor le estaba dando un ataque.
- —Mamá. —Con una risa, Reena se inclinó y besó a su madre en la mejilla—. Era raro, nada más.
  - -¿Cierras bien la puerta por las noches?
- —Mamá, que soy policia. Hablando de eso, hoy nos han pasado otro caso. Un par de crios entraron en su escuela y prendieron fuego a un par de aulas. Afortunadamente para ellos, no lo hicieron muy bien.
  - —¿Dónde están los padres?
- —No todos los padres son como tú. Este tipo de actos son un problema con los niños. Nadie resultó herido, y es una suerte, y los daños son mínimos. O'Donnell y yo les hemos dado un buen repaso, pero uno de ellos... no sé, tengo un mal presentimiento. Creo que la evaluación del psicólogo me dará la razón. Con diez años y ya tiene esa mirada. ¿Te acuerdas de Joey Pastorelli? Pues igual.
  - -Entonces es una suerte que los atraparais.
  - -Por esta vez. Bueno, tengo que arreglarme para salir.
  - -- ¿Adónde vais esta noche?
- —No lo sé. Luke está muy misterioso. Me ha dicho que me ponga algo especial. Justamente, iba al centro comercial a comprarme algo cuando se me apareció aquel tipo raro.
  - -Y Luke, ¿es tu hombre?
- —Es mi hombre en este momento. —Frotó la espalda de su madre. No era el hombre que quería para siempre, eso ya lo sabía—. Ya tienes a Fran y a Bella colocadas y dándote nietos.
  - -No digo que tengas que casarte y tener hijos. Solo quiero que seas feliz.
  - —Yo también. Y lo soy.

Había elegido un restaurante francés, así que Reena se alegró de haberse

decidido por un vestido de terciopelo azul. Y la mirada que Luke le dedicó cuando la vio con él puesto hizo que se quitara la espinita del precio.

Pero cuando lo oyó pedir una botella de Dom Perignon y caviar, se lo quedó mirando

- -¿Qué pasa? ¿Qué celebramos?
- —Estoy cenando con una bella mujer. Mi bella mujer —añadió cogiéndola de la mano y besándole los dedos de una forma que hizo que se relajara hasta el último músculo de su cuerpo—. Estás preciosa esta noche, Cat.
  - -Gracias. -Realmente se había esmerado-. Pero pasa algo. Lo noto.
- —Me conoces demasiado bien. Esperemos a que traigan el champán. Si es que llegan.
- -No hay prisa. Mientras esperamos me puedes volver a decir lo guapísima que estov.
- —Hasta el último centímetro de ti. Me encanta cuando llevas el pelo así, tan liso y brillante.

Pues tardaba siglos en alisárselo, y los brazos le dolían de tanto pelearse con los rizos armada con el cepillo circular y el secador. Pero sabía que a Luke le gustaba así, y no le importaba hacerlo de vez en cuando para complacerle. El hombre hizo un gesto de asentimiento cuando el camarero llegó con la botella y le mostró la etíqueta. Dio un toquecito en su copa, indicando que él lo degustaría.

Cuando el champán recibió su aprobación y estuvo servido, Luke alzó su copa.

- -Por mi deliciosa v exquisita Cat.
- —Estoy deseando ver el menú, si lo sirven con estos vinos. —Chocó su copa en la de él, y a continuación dio un sorbito—. Mmm. Desde luego, al lado de esto el esnumoso de la casa de Sirico è es bien noca cosa.
- —Bueno, vuestra bodega no es precisamente exquisita. La de aquí es extraordinaria. Un vino francés tan excepcional como este no pega mucho con una pizza de pepperoni.
- —No sé. —Reena prefirió reír—. Yo creo que sería un buen complemento para los dos. Bueno, ya tenemos nuestro vino, ya hemos brindado. ¿Qué?
- —Eres muy curiosa, ¿eh? —Y le dio un golpecito en la nariz con el dedo—.
  Me han ascendido. Y es un ascenso de los importantes.
- —¡Luke! Es genial, maravilloso. Enhorabuena. Bueno, por ti. —Volvió a alzar su vaso y bebió.
- —Gracias. —Él le sonrió—. Y no me importa decir que me lo he ganado. La cuenta de Laurder ha sido determinante. Cuando me aseguré al cliente, supe que lo tenía. Habría sido más fácil si me hubieras ayudado con ellos, pero...
- —Lo conseguiste tú sólito. Estoy realmente orgullosa. —Y estiró el brazo para apoyar su mano en la de él—. Entonces, ¿ahora tendrás otro cargo, otro despacho? Cuéntamelo todo.

- —Un aumento de sueldo considerable.
- —Por supuesto. —Dejó su copa, y el camarero apareció mágicamente para volverla a llenar
  - -Si quieres que pidamos y a...

Reena oprimió la mano de Luke al notar que se ponía tenso.

—¿Por qué no? Me muero de hambre, y así podrás contarme los detalles mientras comemos

—Si es lo que quieres…

Reena esperó hasta que hubieron pedido...; quizá le pareció algo pretencioso que Luke dijera los nombres de los platos en francês. Pero estuvo bien, y Luke tenía derecho a desmandarse un poco aquella noche.

- -: Cuándo lo supiste? --le preguntó.
- —Anteayer. Quería preparar lo de esta noche antes de decírtelo. No es fácil conseguir una reserva aquí.
  - —¿Y ahora cómo tengo que llamarte? ¿Rey de la planificación financiera?
  - Una sonrisa complacida se extendió por el rostro de Luke.
  - -Todo llegará. De momento, soy vicepresidente.
  - -Vicepresidente. Uau. Tendríamos que dar una fiesta.
- —Oh, he hecho planes. ¿Sabes, Cat?, podrías volver a tantear a tu hermana. Ahora que ocupo este cargo, quizá pueda convencer a su marido para que ponga su capital en nuestras manos.
- —Vince parece contento donde está —empezó a decir, y vio que los ojos de Luke se enturbiaban—. Pero lo mencionaré. El domingo tengo que verla, es el cumpleaños de Sophia. No sabía si querrías venir.
- —Cat, ya sabes lo que pienso de las grandes celebraciones familiares, y encima el cumpleaños de un crío. —Levantó los ojos al techo—. No cuentes conmiso.
- —Lo sé, sé que puede ser un agobio. No pasa nada. Solo quería que supieras que eres bienvenido.
  - -Si crees que podría ay udar para que tu cuñado...

Esta vez fue ella la que se puso tensa, pero se obligó a relajarse,

- —Mejor no mezclemos familia y negocios, ¿vale? Veré si puedo comentarle algo para que se reúna contigo, pero sería..., sería muy rastrero tratar de conseguirlo como cliente en el cumpleaños de su hija.
- —¿Rastrero? ¿Ahora resulta que soy rastrero porque intento hacer bien mi trabajo y ofrecer a tu cuñado una buena asesoría financiera?

Reena deió que sufriera mientras les servían el primer plato.

- --No. Pero sé que a Vince no le gustaría que le hablaras de negocios en una reunión familiar.
- —He estado en algunas de vuestras reuniones familiares —le recordó él—. Y se habla bastante de negocios. Del restaurante.

- -Sirico's es parte de la familia. Haré lo que pueda.
- —Lo siento. —Agitó una mano y dio unas palmaditas en la de ella—. Ya sabes cómo me pongo cuando se trata de mi trabajo. Estamos aquí para celebrarlo, no para discutir. Sé que te esforzarás un poco más para convencer a tu cuñado.

¿Había dicho ella eso? No, no se lo parecía, pero lo mejor era dejarlo pasar. Si no. volverían a empezar v se le iba a quitar el apetito.

- —Bueno, cuéntame más cosas, señor vicepresidente. ¿Dirigirás un departamento?
- Él le contó más cosas, y mientras le escuchaba, a Reena le gustó ver la expresión animada de su rostro. Sabia muy bien lo que significa luchar para alcanzar un objetivo y conseguirlo. Era estimulante. Los pequeños reductos de tensión que había entre ellos desaparecieron mientras comían.
- —Este pescado es fabuloso. ¿Quieres un poco? —En cuanto lo dijo y vio la cara de Luke, se rio—. Perdona, siempre olvido que no te gusta comer del plato de otros. Pero te estás perdiendo una maravilla, y perdona que lo diga. Oh, no te lo había dicho, pero hoy me han asignado un nuevo caso. Ha habido...
  - -Aún no he terminado. No te he contado lo más importante.
  - —Oh. perdona. ¿Aún hay más?
  - -Falta lo mejor. Me preguntaste si tendría un nuevo despacho. Pues sí.
  - —¿De los grandes y ostentosos? —dijo ella siguiéndole el juego.
  - -Exacto. Grande y ostentoso. En Wall Street.
- —¿Wall Street? —Reena dejó el tenedor, sorprendida—. ¿En Nueva York? ¿Te van a trasladar a Nueva York?
- —Me he dejado la piel en esto, y por fin lo he logrado. Comparado con el volumen de negocio que manejaré en Nueva York, la oficina de Baltimore solo mueve calderilla. —Bebió más champán; su expresión era feroz—. Me lo he ganado.
  - —Desde luego. Estoy sorprendida, nada más. No esperaba que te trasladaran.
- —No tenía sentido hablar del tema hasta que estuviera hecho. Y no se trata solo de un traslado. Cat. Para mí es un salto muy importante.
- —Pues felicidades. —Y chocó su vaso con el de él con una sonrisa—. Te voy a echar de menos. ¿Cuándo te vas?
- —En dos semanas. —Sus ojos la miraron con afecto y sus labios esbozaron la sonrisa que tanto le había atraído de él cuando lo conoció meses antes—. Mañana cogeré el tren para ir a ver algunos apartamentos.
  - —Oué rapidez.
- —¿Para qué perder el tiempo? Lo que me lleva a lo otro que quería decirte. Cat, quiero que vengas conmigo.
- —Oh, Luke, sería genial, pero mañana tengo trabajo. Si me hubieras avisado con más tiempo podría...

—No me refiero a mañana. Tengo un corredor de fincas trabajando para mí, y sé muy bien lo que busco en un apartamento. Quiero que vivas conmigo en Nueva York, Cat. —Ella abrió la boca para hablar, pero él la cogió de la mano—. Eres exactamente lo que yo quiero. Eres la guinda del pastel. Ven conmigo a Nueva York

A Reena el corazón le dio un vuelco cuando vio que se sacaba una cajita del bolsillo y la abría.

- —Cásate conmigo.
- —Luke. —Era un solitario deslumbrante. Ella no entendía de joyas, pero sabía reconocer algo bueno—. Es precioso. Es... bueno, uau, pero...
- —Clásico, como tú. Tendremos una vida maravillosa, Cat. Excitante. Gratificante. —Por un instante, apartó los ojos de ella, hizo un leve gesto con la cabeza.
  - Y entonces sus ojos volvieron a ella y le puso el anillo en el dedo.
  - —Espera…

Pero el camarero ya estaba allí con otra botella de champán, repartiendo sonrisas

-: Felicidades! Les deseamos que sean muy felices.

Y mientras les servía, las mesas vecinas empezaron a aplaudir, y Luke se puso en pie y se acercó a ella para detener sus protestas con un beso largo y afectuoso

—Por nosotros —dijo cuando volvió a sentarse—. Por el principio del resto de nuestras vidas. —Y, cuando chocó su vaso con el de ella. Reena no dijo nada.

Reena tenía un nudo en la boca del estómago. « Atrapada», pensó. Así era como se sentía. Atrapada, obligada a aceptar las felicitaciones y los buenos deseos del personal del restaurante y los otros comensales cuando ella y Luke se levantaron para irse. El anillo que llevaba al dedo brillaba como un condenado a la luz de las farolas, y pesaba como el plomo.

- —Iremos a mi casa. —Luke la cogió entre sus brazos cuando llegaron al coche e inclinó la cabeza para besuquearle el cuello—. Y lo celebraremos.
- —No, tengo que ir a casa. Mañana empiezo a trabajar temprano y  $\dots$  Luke, tenemos que hablar.
  - -Como quieras. -Volvió a besarla-. Es tu noche.
- « Al contrario», fue lo único que Reena pudo pensar. El nudo del estómago empezaba a provocarle náuseas, y ya notaba el filo de un dolor de cabeza de nervios en la nuca.
- Haré unas fotografías digitales del apartamento para que te hagas una idea.
   Conducía con una sonrisa en el rostro—. A menos que quieras dejar tu trabajo ahora mismo y venirte mañana conmigo. Sería más divertido. —Se volvió a

mirarla y le guiñó un ojo—. Podríamos ir de compras, mi ayudante puede reservarnos una suite en el Plaza, conseguir entradas para algún espectáculo.

- —No puedo. Es demasiado...
- —Vale, vale. —Y levantó un hombro como si nada—. Pero luego no te que jes si firmo el contrato de un piso que no has visto. Tengo tres sitios señalados en Lower Manhattan. El que me llama más la atención es un loft con tres habitaciones. El corredor de fincas dice que es un espacio ideal para recibir invitados. Y acaba de salir al mercado, así que llego en el momento justo. Está cerca del trabajo, de modo que podré ir andando cuando haga buen tiempo. El precio es alto, pero ahora me lo puedo permitir. Y evidentemente tendré que ofrecer alguna que otra recepción. Y viajar. Visitar otros sitios, Cat.
  - -Parece que lo tienes todo muy bien pensado.
- —Es lo mío. Oh, quería dar una pequeña fiesta antes de que nos vayamos. Que sea una combinación de despedida y fiesta de compromiso. Si quieres que la hagamos en mi casa, tendrá que ser pronto. Tengo que empezar a recoger mis cosas.

De nuevo, Reena no dijo nada, dejó que siguiera con su rollo mientras iban hacia su apartamento, encima de Sirico's.

—No hace falta que anunciemos el compromiso todavía —dijo Luke señalando con el gesto al restaurante—. Esta noche te quiero solo para mí. Ya podrás presumir de anillo mañana.

Luke rodeó el coche para abrirle la puerta. Era uno de los gestos que siempre tenía con ella y que a ella le parecían dulces y anticuados.

Cuando entraron en su apartamento, él la ayudó a quitarse el abrigo. Volvió a besuquearle el cuello. Ella se apartó, y cogió aire antes de volverse a mirarle.

- —Planes de boda —dijo él riendo y estirando los brazos—. Sé que a las mujeres os gusta poneros enseguida, pero concentrémonos solo en el compromiso esta noche. —Se adelantó para acariciarle la mejilla con los dedos —. Deja que me concentre en ti.
- —Luke, quiero que me escuches. No me has dejado decir nada en el restaurante. De pronto te veo enseñándome un anillo y el camarero ha empezado a servirnos el champán y la gente estaba aplaudiendo. Me has puesto en una situación muy difícil.
  - -¿De qué estás hablando? ¿No te gusta el anillo?
- —Por supuesto que me gusta, pero no te he dicho que lo aceptara. No me has dado ocasión. Te has limitado a dar por sentado que lo aceptaba. Lo siento, lo siento mucho, Luke, pero has dado demasiadas cosas por sentadas.
  - -Pero /de qué hablas?
- —Luke, nunca habíamos hablado de matrimonio hasta hoy, y ahora de pronto se te mete en la cabeza que nos prometamos y nos vayamos a Nueva York Para empezar, no me quiero ir a Nueva York Mi familia está aquí. Y mi trabajo.

- —Por el amor de Dios, solo son dos horas en tren. Puedes ver a tu familia cada pocas semanas si quieres. Aunque si quieres mi opinión ya sería hora de que cortaras el cordón umbilical.
- —No te he pedido tu opinión —dijo ella muy tranquila—. Y, ya que estamos, a mí también me han ascendido hace poco y eso no lo hemos celebrado.
  - -Oh, por favor, no compares...
- —No lo hago. Solo estaba pensando. —Y a buena hora, tuvo que admitir. Culpa suya—. No te interesas nunca por mi trabajo, y en cambio das por sentado que yo tengo que dejar mi unidad y marcharme alegremente contigo a Nueva York
- -¿Quieres seguir jugando con fuego? He oído que en Nueva York también hay incendios.
  - -No desvalorices mi trabajo.
- —¿Y qué esperas? —Lo dijo gritando —. Estás anteponiendo tu trabajo a mí, a nosotros ¿Crees que puedo permitirme rechazar este ascenso para que tú puedas quedarte aquí y cocinar espaguetis los domingos? Si no eres capaz de ver que mi trabajo es más importante entonces es que te he juzzado muy mal.
- —No lo veo, no. Pero ni siquiera se trata de eso. Yo nunca he dicho que quisiera casarme... y no quiero. No ahora. Nunca he dicho que me casaría contigo. Ni sioujera me has deiado contestar.
- —No seas ridícula. —Su rostro había enrojecido, como le pasaba siempre cuando estaba furioso—. Te quedaste sentada alli y aceptaste. Tienes el anillo en el dedo
  - -No quería montar una escena. No quería avergonzarte.
  - -¿Avergonzarme?
- —Luke, el camarero estaba allí. —Levantó las manos para frotarse la cara—.
  Y la gente de las otras mesas. No sabía qué hacer.
  - -Entonces, ¿qué pasa?, ¿me estabas tomando el pelo?
- —No era mi intención. No quiero hacerte daño. Pero has hecho todos esos planes sin consultarme. El matrimonio es... Aún no estoy preparada. Lo siento. —Se quitó el anillo del dedo, se lo tendió—. No puedo casarme contigo.
- —¿Qué demonios es esto? —La cogió por los hombros y la sacudió—. ¿Es que te da miedo dejar Baltimore? Por favor, madura de una vez.
- —Soy muy feliz aquí, no creo que eso sea tener miedo. —Se apartó—. Mi casa está aquí, mi trabajo está aquí. Pero escucha, si estuviera preparada para casarme, si quisiera casarme y para hacerlo tuviera que marcharame de aquí, me marcharía. Simplemente. de momento el matrimonio no entra en mis planes.
- —¿Y qué pasa conmigo? ¿Por qué no piensas en alguien que no seas tú por una vez? ¿Qué demonios crees que he estado haciendo contigo estos meses?
- —Pensaba que lo estábamos pasando bien. Si tú pensabas otra cosa, lo siento, pero no te había entendido.

- -Que lo sientes. Me has humillado y lo sientes. Así de fácil, ¿no?
- -Al contrario, he tenido que callarme para no humillarte. No me lo pongas más difícil
- —¡Que te lo pongo dificil! —Se dio la vuelta—. ¿Sabes los malabarismos que he tenido que hacer para ofrecerte una velada perfecta? ¿Para encontrarte el anillo perfecto? Y ahora vas y me lo tiras en la cara.
- —Te estoy diciendo que no, Luke. Tú y yo no queremos las mismas cosas. No tengo más remedio que decirte que no, y lo siento.
- —Oh, sí, lo sientes. —Se volvió hacia ella, y algo en la expresión de su rostro hizo que a Reena las manos se le pusieran pegajosas—. Sientes anteponer tu estúpido trabajo a mí, tu familia vulgar de clase media a mí, tu jodido estilo de vida proletario a mí. Después de todo lo que he invertido en tí...
- —Uau. —Reena empezaba a encenderse—. ¿Invertir? No soy unas acciones, Luke. No soy un cliente. Y ten mucho cuidado con lo que dices de mi familia.
  - -Estov hasta las narices de tu dichosa familia.
- —Será mucho mejor que te vayas. —Estaba a punto de perder el control—.

  Estás furioso conmigo, los dos hemos estado bebiendo...
- —Claro. Me ibas a dar con el pie en la cara, pero no has tenido ningún reparo en beber un champán de dos cincuenta la botella.
- —Vale, vale. —Entró en el dormitorio, abrió de golpe el cajón de su mesa y sacó su talonario—. Te extenderé un cheque... por el precio de las dos botellas, y estaremos en paz. Los dos hemos cometido un error y...

Luke le tiró del brazo y le hizo perder el equilibrio. Antes de que tuviera tiempo ni de pestañear, la golpeó con el revés de la mano. El talonario salió volando, y ella cayó contra la pared y se golpeó el hombro.

-Puta. ¿Que me vas a extender un cheque, puta calienta braguetas?

Reena vio estrellas, pequeñas estrellas rojas que flotaban ante sus ojos. Más que el dolor, fue la sorpresa lo que hizo que se quedara petrificada cuando él se agachó y la obligó a ponerse de pie.

- —Quitame las manos de encima. —Notó que le temblaba la voz y trató de controlarse. Aprende a correr, le había dicho su abuelo en una ocasión. Y ella lo hizo. Pero en aquella ocasión no tenía adonde correr—. Quitame las manos de encima, Luke, ahora mismo.
- —Estoy harto de que me digas lo que tengo que hacer. Ya no vas a seguir dirigiendo el espectáculo. Es hora de que aprendas lo que pasa cuando alguien intenta jugar conmigo.

Reena no pensó. No pensó que la iba a golpear otra vez, ni cómo detenerlo. Simplemente, reaccionó como le habían enseñado a hacer.

Le golpeó la barbilla con la mano, y le dio con fuerza entre las piernas con la rodilla

Aún seguía viendo estrellas cuando Luke se cayó, y su respiración era rápida

e irregular. Pero por Dios, la voz no le tembló.

—A ver si te atreves a llamarme puta calienta braguetas otra vez. Es una pena que hay as olvidado que también soy policía. Y ahora fuera de mi casa. —Cogió una lámpara y de un tirón arrancó el enchufe de la pared y la levantó por encima del hombro como si fuera un bate—. O si lo prefieres podemos hacer otro asalto, cabrón. Sal de aquí y considérate afortunado de que no te haga pasar la noche en una celda o en el jodido hospital.

—Esto no va a quedar así. —Estaba pálido como la cera, y tuvo que arrastrarse antes de conseguir ponerse en pie. La miró con ojos turbulentos—. Esto no va a quedar así.

—Bien, porque y o tampoco pienso olvidarlo. Fuera. Y no vuelvas a acercarte a mí.

Reena no se inmutó cuando lo siguió a la sala de estar. No se inmutó mientras esperaba que cogiera su abrigo y fuera cojeando hasta la puerta. Mantuvo la calma mientras echaba el cerrojo después de salir él, e incluso cuando fue hasta el espejo para mirarse la cara.

Cogió su cámara digital, puso la función de la fecha, hizo unas fotografías de la cara de frente y de perfil y luego las mandó por e-mail a su compañero con una breve explicación.

« Mejor cubrirse las espaldas», pensó.

Luego sacó una bolsa de guisantes congelados de la nevera, se sentó y apoyó la bolsa en su mejilla.

Y se puso a temblar como una hoja.

Mirala, sentada en un coche, fumando un Camel. La pequeña puta ha prosperado. Ahora va con el señor Traje Fino en un Mercedes. Uno como ese debe de costar el menos treinta de los grandes. Ya me gustaría a mi tener uno. O a lo mejor se lo mango. ¿No seria cojonudo? El señor Traje Fino sale, fardando con su abrigo de cachemira, y resulta que ya no hay coche.

Sería divertido.

Pero primero el juego consiste en espiar.

Cojo mis binoculares. La puta se deja las persianas sin bajar la mayoría de las veces. Seguro que le gusta que los tíos se masturben mientras la espían.

No hay putas como las católicas.

Están en la sala. Vaya, parece que hay jaleo. A lo mejor los tortolitos tienen una discusión. Tendría que haberme traído una cerveza. Es más divertido espiar con una cerveza fría.

Mírala. La carita sexy, el pequeño lunar, los labios carnosos. En vez de una cerveza, una erección.

Ahora entra en la habitación. Eso me gusta. ¡Quítate la ropa, nena! Venga, hazlo por papi.

¡Uau! ¡Menudo guantazo! Me parece que alguien está un poquito enfadado. A ver si le arrea otra vez. Venga, señorito Traje Fino, dale a esa puta otra vez. Los fans de la primera fila queremos verlo.

Señor, qué nenaza. ¿Y dejas que una tía te gane?

Me fumaré otro pitillo. Tengo que pensar. A lo mejor le doy una patada en el culo cuando salga. O le atizo hasta matarlo. Con una tubería o un bate. Y que se le llene su traje fino de sangre. Todos los dedos la señalarían a ella. Podrian señalarla a ella.

A ver cuánto dura en su bonito puesto de policía cuando sea sospechosa de asesinato

Sería divertido. Y ella nunca sabría la verdad. ¿no?

El señorito Traje Fino ya sale, cojeando, como si se le hubieran puesto los huevos del tamaño de un melón. Oué risa. Le ha dado un buen rodillazo, sí, señor.

Y aún me estoy riendo cuando arranco para seguir al Mercedes.

Oué cochazo.

Y sonrío, sí, tengo una enorme sonrisa en la jeta, porque he tenido una idea mejor. Mejor, y muy divertida.

Necesito un poco de tiempo, pero es lo que tienen las cosas buenas. Tendré que dar un rodeo, conseguir el material. Pero que sea sencillo. Las cosas sencillas siempre salen meior Siempre a lo sencillo. ese es mi lema.

Y ya que estoy, mientras lo preparo todo me tomaré esa cerveza. Explosivos 101. Ella ya sabrá manejarlos. Seguro. Los de la unidad de delitos incendiarios son culo y mierda con los de explosivos. Ah, un artefacto cojonudo. Y sencillo. Niños, no intentiés bacer esta en vuestra casa.

Bueno, ya es muy tarde, muy, muy tarde. La muy zorra ya estará durmiendo, sólita. No hay mucho tráfico. Esta ciudad está muerta a las cuatro de la mañana. El culo del mundo. Y a él aquel sitio tan jodidamente encantador no le había dado más que problemas.

El señorito Traje Fino ya está en su apartamento fino, durmiendo con sus pelotas hinchadas. Sería divertido cargármelo. Tan fácil, tan suculento. Pero esto es mejor. Unos minutos con el de los treinta papeles y listos. Cerrado y preparado.

Y ahora me voy, y me alejo un poco con el coche. Ya que estoy, vale la pena que vea cómo empieza el espectáculo.

Me enciendo otro pitillo y espero a que empiecen los fuegos artificiales.

Cinco, cuatro, tres, dos, uno.

¡Boom!

Mira cómo vuela. Mira cómo se auema.

Oh, si, señor, un buen trabajo. Un trabajo de cojones. Y ahora todos los dedos van a señalar, porque el señorito Traje Fino se va a encargar de eso. Se aguantará sus pelotas hechas mierda v la señalará a ella.

Un buen trabaio.

Aunque lo del coche es una pena.

A las seis de la mañana, treinta minutos antes de que sonara el despertador, Reena se despertó cuando oyó que alguien aporreaba la puerta. Se obligó a levantarse de la cama e instintivamente se llevó los dedos al pómulo cuando notó el dolor.

Un dolor que se extendía hasta el oído, pensó con enfado. Los que son como Luke saben muy bien dónde apuntan.

Se puso una bata, evitando mirarse en el espejo que había sobre el vestidor, y salió sigilosamente de la habitación.

Miró por la ventana y se sintió desconcertada. Se revolvió el pelo y abrió la puerta.

-¿O'Donnell? ¿Capitán? ¿Hay algún problema?

-- ¿Te importa si entramos un momento?

En los ojos de O'Donnell Reena vio nubes de tormenta, que solo sirvieron

para aumentar su confusión.

- -Mi turno no empieza hasta las ocho.
- Tienes un bonito morado —dijo O'Donnell señalando su cara con el gesto
   Y parece que el ojo va por el mismo camino.
- —He tenido un pequeño problema. ¿Todo esto es por el email que te he mandado? No había necesidad de darle tanta importancia.
- -No he comprobado mi correo. Estamos aquí por un incidente en relación con Luke Chambers
- —Vaya, no me digas que ha presentado una queja porque le eché de mi casa.
  —Reena apartó una silla para sentarse, y el rubor que se abrió paso por el moretón era tanto de ira como de bochorno—. Habría preferido mantener esto en privado, pero te he mandado el email con las fotos por si se ponía pesado. Y veo que lo ha hecho.
- —Detective Hale, tenemos que preguntarle dónde ha estado esta madrugada entre las tres y media y las cuatro.
- —Estaba aquí. —Ahora sus ojos fueron hacia el capitán Brant—. He estado aquí toda la noche. ¿Oué ha pasado?
  - -Alguien ha quemado el coche de Chambers. Él insiste en que ha sido usted.
- —¿Quemar su coche? ¿Está herido? Oh, Dios. —Se dejó caer sobre la silla—. ¿Está muy malherido?
  - —No estaba en el vehículo cuando se produjo el incendio.
  - —Vale. —Cerró los ojos—. Vale. No lo entiendo.
  - -Anoche el señor Chambers v usted tuvieron un altercado.

Ella miró a su capitán, y notó la presión de los nervios.

- —Si, durante el cual él me golpeó en la cara y me derribó. Luego me levantó de un tirón y me amenazó con hacerme más daño. Yo me protegi, golpeándole con fuerza en el mentón y clavándole la rodilla en la entrepierna. Y le dije que se fuera.
  - -; Amenazó en algún momento al señor Chambers con un arma?
- —Con una lámpara. —Reena se agarró con fuerza la bata—. La lámpara de mi dormitorio. La cogí y le dije que si no se iba estaba lista para otro asalto. Estaba furiosa. Por Dios, que me acababa de pegar. Y pesa por lo menos dieciocho kilos más que yo.

Pensar en aquello, el shock, el momento en que tuvo conciencia de que le había hecho daño, hizo que los músculos se crisparan bajo su piel. Tragó muy despacio, mientras sentía que la garganta le quemaba.

- —Si hubiera intentado golpearme otra vez, me habría defendido por todos los medios. Pero no fue necesario, porque se fue. En cuanto cerré la puerta eché el cerrojo, tomé las fotografías con la cámara digital y envié un correo electrónico a mi compañero por si a Luke se le ocurría cambiar la historia y denunciarme.
  - -Un hombre le ataca en su casa y no informa.

—Exacto. Me ocupé personalmente, y esperaba que la cosa quedara ahí. No sé nada de su coche ni de ningún incendio.

El capitán se echó hacia atrás en su asiento.

—Él ha hecho varias declaraciones. Dice que él fue el agredido. Que estaba bebida y alterada porque le dijo que le iban a trasladar a Nueva York Que cuando trataba de calmarle, de hacerla razonar, la golpeó sin querer.

Los nervios se convirtieron en indignación, mezclada con una buena dosis de desagrado. Volvió la mejilla amoratada.

- —Mirad bien. ¿Es ese el aspecto que tiene cuando alguien te da un golpe sin querer? Pasó como he dicho. Si, los dos habíamos bebido. Y yo no estaba borracha. Él estaba furioso porque le dije que no quería ir con él a Nueva York Rompí con ese hijo de puta, y no, no le quemé su coche. No he salido de aquí desde que entré, aproximadamente a las diez de la noche.
  - -Intentarem os verificarlo -empezó a decir O'Donnell.
- —Yo misma lo verificaré. —Ya no se aferraba con las manos al regazo; en ese instante se estaba agarrando a los brazos de la silla. Era la única forma de evitar que sus manos se convirtieran en puños por la rabia—. Hacia las once llamé a una amiga, porque no dejaba de compadecerme de mí misma y me dolía la cara y estaba muy enfadada. Un momento.

Se levantó y entró en su dormitorio.

-Gina, ponte una bata y sal un momento, ¿quieres? Es importante.

Cerró la puerta y volvió fuera.

—Gina Rivero... Rossi —se corrigió—. La mujer de Steve Rossi. Vino a casa. Le dije que no hacía falta, porque se acaban de casar, pero vino de todos modos con un montón de helado y estuvimos levantadas hasta..., no sé, hasta después de medianoche. Comiendo helado, despotricando sobre los hombres. Ella insistió en quedarse por si Luke volvía y trataba de entrar.

La puerta del dormitorio se abrió y Gina salió, despeinada e irritada.

- —¿Qué pasa? Pero ¿vosotros sabéis qué hora es? —Y enfocó la mirada lo bastante para mirar a los dos hombres—. ¿Qué? ¿Reena?
- —Gina, ya conoces a mi compañero, el detective O'Donnell, y el capitán Brant. Tienen que hacerte un par de preguntas. Prepararé un café.

Reena fue a la cocina, se apoyó en la encimera y respiró hondo. Tenía que pensar, y tenía que hacerlo como un polí que se está jugando el cuello. Aunque aún no acababa de entender que alguien hubiera prendido fuego al coche de Lule. ¿Cómo había pasado? ¿Por qué? ¿Por qué iba a elegir nadie a Luke? ¿Había sido una casualidad?

Se separó de la encimera y se obligó a seguir los pasos para preparar el café. Sacar el café de la nevera, molerlo. Poner un poco más para la cafetera, una pizca de sal.

Ella no tomaba café, pero tenía en casa por Luke. Cuando lo pensó, volvió a

sentir un profundo disgusto. Había mimado y cuidado a aquel cabrón y ¿qué había conseguido a cambio? Un ojo morado y la posibilidad de que la sometieran a una investigación interna.

El café empezó a salir, y Reena se quedó mirando la jarra de cristal. Oyó que la voz de Gina se levantaba en la otra habitación. Indignada y ofendida.

—Seguro que el muy cerdo lo ha hecho personalmente. Para joderla. ¿Le han visto la cara?

Reena cogió unas tazas y sirvió mitad y mitad en una pequeña jarra blanca. Que hubiera una crisis no significaba que tuviera que dejar de ser hospitalaria, se recordó. Su madre le había inculcado ese tipo de cosas desde pequeña.

O'Donnell apareció en el umbral.

-Hale, ; puedes venir, por favor?

Ella asintió, cogió la bandeja. Cuando la dejó en la mesa, vio que Gina aún tenía las mei illas encendidas por la indignación.

- —Todo esto es rutinario —dijo, y tocó la mano de su amiga antes de servir el café—. Es el procedimiento. Tienen que preguntar.
  - —Pues en mi opinión es absurdo. Él te pegó. Y no es la primera vez.
  - -: Ese individuo te había golpeado anteriormente?

Reena se tragó la vergüenza.

- —Me había dado un bofetón. Una vez, y pensé que había sido un accidente, es lo que él me dijo. No lo sé. Fue durante una discusión... muy poco importante. Fue un momento y no pasó nada. Lo de anoche fue diferente.
- —La señora Rossi ha corroborado su declaración. Si Chambers insiste, quizá habrá que informar a la Oficina de Asuntos Internos. —Brant meneó la cabeza antes de que Reena pudiera decir nada—. Pero ya se lo quitaré de la cabeza. Cogió su café, se puso crema de leche—. ¿Sabe si hay alguien que quiera perjudicarle?
- —No. —La voz estaba a punto de quebrársele. Asuntos Internos. Acababan de darle su placa de detective y estaba empezando a desempeñar el trabaj o para el que la habían entrenado, el trabajo con el que llevaba soñando media vida—. No —volvió a decir, tratando de mantener la calma—. Acaban de ascenderle. Imagino que tuvo que superar a otros candidatos. Pero no me imagino a un broker quemándole el Mercedes.
- —En Internet puedes encontrar páginas donde se explica cómo se hace —le recordó O'Donnell—. ¿Y sus clientes? ¿Te ha hablado alguna vez de algún cliente preocupado por su forma de llevar los negocios?
- —No. Se quejaba del trabajo... porque llevaba demasiadas cosas y no le valoraban lo suficiente. Pero básicamente le gustaba alardear.
  - -¿Otra mujer?

Reena suspiró, deseó beber café. Al menos habría tenido algo que sujetar entre las manos

—Hace unos cuatro meses que salimos, y que yo sepa ha sido de forma exclusiva. Salía con alguien antes de conocerme. Ah... Jennifer, no conozco su apellido. Según él, una bruja, por supuesto. Egoísta, exigente, quisquillosa. Me imagino que las mismas cosas que dirá ahora de mí. Creo que trabajaba en la banca. Siento no poder decirles más.

Enderezó los hombros, más serena.

- —Creo que tendrían que registrar mi apartamento y el coche. Cuanto antes se aclare todo esto, mejor.
  - -Tienes derecho a un abogado del departamento.
  - —No necesito un abogado. Él me golpeó, y o le respondí. Y y a está.
- Sí, ahí se acababa el asunto. No permitiría que una estupidez manchara su reputación o arruinara su carrera. No lo permitiría.
- —Lo otro no tiene nada que ver conmigo. Cuanto antes lo demostremos antes podré volver al trabajo y antes podrá seguir esta investigación por otras vías.
  - -Siento todo esto. Hale.

Ella miró a su compañero y meneó la cabeza.

—No es culpa tuva. Ni del departamento, ni mía.

Reena se negó a sentirse avergonzada o insultada por tener que permitir que sus compañeros registraran su casa y sus cosas. Cuanto más concienzada fuera aquella investigación no oficial, antes se acabaría todo aquello.

Cuando terminaron con el dormitorio, entró con Gina para vestirse.

- -Esto es indignante. No sé cómo lo toleras.
- —Quiero que mi historial siga limpio. No hay nada que encontrar. Así que podrán investigar por otras vías. —Pero estaba con su amiga, así que por un momento cerró los ojos, se llevó la mano al vientre—. Me siento un poco mareada.
- —Oh, cielo. —Gina la abrazó con fuerza—. Esto es muy fuerte. Pero acabaran enseguida. Cinco minutos y ya habrán acabado.
- —Eso es lo que trato de decirme a mí misma. —Pero incluso cinco minutos estando bajo sospecha eran demasiado—. Lo único que apunta hacia mí es que anoche Luke y yo nos peleamos. —Se aparto de su amiga y se puso un jersey—. Cuando pasan este tipo de cosas, siempre hay que comprobar al ex... sobre todo si resulta que es una poli de la unidad de delitos incendiarios. A veces la persona que enciende los fuegos es la misma que los investiga o que acude a apagarlos. Supongo que ya has oído historias sobre eso. —La voz le temblaba un poco—. Encienden un fuego para poder hacerse los héroes y apagarlos, o simplemente para vengarse de alguien.
  - -No es tu caso. Sé que tú no eres así.
  - -Pero podría pasar, Gina. -Se tapó los ojos y pestañeó al notar que el dolor

de la mej illa volvía—. Si yo estuviera trabaj ando en este caso, investigaría bien a la ex que sabe perfectamente cómo iniciar un fuego en un coche.

- —Muy bien. Y cuando la hubieras investigado a conciencia la descartarías. No solo porque nunca le haría daño a nadie y nunca utilizaría el fuego para vengarse de otra persona, ni siquiera del cabrón más grande del mundo. Sino porque descubrirías que ha pasado la noche en su casa, comiendo helado con su mejor amiga.
- —También tendría que preguntarme si esa buena amiga estaría dispuesta a encubrirla. Por suerte, la amiga tiene un bombero por marido que sabe que contestó a una llamada de socorro y fue a socorrer a su amiga. Eso juega en mi favor. Y también el hecho de que Luke haya mentido sobre esto. —Se dio un suave toquecito con el dedo en la mejilla—. Que es otra cosa que él tendrá en su contra. Nadie que vea esto pensaría que ha sido un accidente. Hice fotografías para dejar constancia y, por suerte, tú no me hiciste caso y viniste para quedarte conmisco.
- —Steve insistió tanto como yo. Quería venir él también, pero pensé que no te sentirías cómoda con un hombre cerca
- —No, no habría estado cómoda. —La sensación de vértigo que tenía en el estomago se aplacó cuando pensó con calma y estudió los hechos como haría frente a un caso—. Mi currículo esta limpio. Gina: v así seguirá.

Iba a coger el maquillaje, para disimular el moretón. Pero pensó: « ¡Qué demonios!» .

- —Tengo que bajar y decírselo a mis padres. Lo oirán en las noticias. Prefiero que lo sepan por mí.
  - -Bajaré contigo.
  - —Tienes que volver a tu casa y prepararte para ir al trabajo.
  - -Llamaré y diré que estoy enferma.
- —No, no lo hagas. —Se acercó y besó a Gina en la mejilla—. Gracias, amiga.
- —Nunca me gustó ese imbécil. Me imagino que queda fatal que lo diga ahora. —Gina alzó el mentón, y sus ojos seguian llenos de rabia—. Pero no me gustaba, por muy guapo que fuera. Cada vez que abría la boca, solo sabía decir yo, yo, yo. Y era demasiado posesivo.
- —¿Qué puedo decir? Si tienes razón, tienes razón. A mí me gustaba porque está como un tren, porque en la cama es genial y porque me necesitaba. Qué infantil...—Se encogió de hombros—. Superficial... como él.
  - -Tú no eres superficial. ¿Oué pasa, te ha lavado el cerebro?
- —Puede. Pero lo superaré. —Dejó escapar un suspiro y se miró en el espejo. El moretón del ojo empezaba a subir de color—. Ahora tengo que hablar con mis padres. Qué divertido, ¿verdad?

Bianca se puso a batir los huevos en un cuenco con la furia concentrada de un boxeador de peso medio que se contiene para hacer creer a su adversario que está vencido

- —¿Por qué no está en la cárcel?—preguntó con tono indignado—. No, mejor, ¿por qué no está en el hospital? ¡Y tú! —Un chorreón de huevo saltó por los aires cuando giró el tenedor y apuntó con él a su hija—. ¿Cómo no viniste a decírselo a tu padre para que pudiera mandar a ese cerdo al hospital antes de que lo arrestaras?
  - —Mamá. Ya me he encargado de todo.
- —Ya te has encargado. —Bianca siguió batiendo los huevos, que ya estaban más que listos—. ¡Que ya te has encargado! Bueno, Catarina, deja que te diga una cosa. Hay cosas que, por muy mayor que seas, siguen siendo asunto de tu nadre.
  - —Dudo que papá hubiera ido a buscar a Luke para hacerle picadillo. Él...
- —Te equivocas. —Gib habló con suavidad. Estaba de espaldas a ellas, mirando por la ventana—. En eso te equivocas.
- —Papá. —No podía imaginarse a su padre, siempre tan sereno, persiguiendo a Luke y metiéndose en una pelea. Pero entonces se acordó de cuando se había enfrentado al señor Pastorelli años antes—. De acuerdo. —Reena se llevó las manos a las sienes, se echó el pelo hacia atrás—. De acuerdo. Pero, dejando aparte el honor de la familia, no me gustaría que detuvieran a papá por agresión.
- —¿Tampoco querías que detuvieran a ese hijo de puta? —espetó su madre—. Eres demasiado blanda para ser policía.
  - -No estaba siendo blanda. Mamá, por favor.
- —Bianca. —De nuevo la voz serena de Gib hizo que se hiciera el silencio. Pero esta vez el hombre se dio la vuelta y miró a su hija—. ¿Y qué estabas haciendo exactamente?
- —Estaba siendo práctica, o eso pensaba. Eso esperaba. La verdad es que estaba anonadada. Hace meses que salgo con Luke y no había sabido interpretar ninguna de las señales. Ahora lo veo todo muy claro, pero cuando me golpeó, me quedé tan sorprendida... Si eso va a hacer que os sintáis mejor, creo que yo le he hecho más daño a él que él a mí. Va a ir cojo unos cuantos días.
- —Menudo consuelo. —Bianca echó los huevos en un molde de metal—. Y ahora encima te busca problemas.
  - -Bueno, alguien le ha quemado el coche.
  - —Me gustaría llevarle un pastel.
- —Mamá —dijo Reena reprendiéndola con una media sonrisa—. Que esto es muy serio. Alguien podia haber resultado herido. No me preocupa especialmente la investigación. Por suerte, Gina puede corroborar que estuve en casa toda la noche. Y no hay nada que pueda vincularme al fuego aparte de la pelea con Luke. Me sentiré mejor cuando descubran quién lo ha hecho, pero no estoy

preocupada. Estoy triste —reconoció—. Y siento haber tenido que daros este disgusto.

- -- ¿Te había pegado antes? -- preguntó Gib.
- Reena iba a decir que no, pero entonces trató de explicar la compleja realidad.
- —Una vez, pero pensé que había sido un accidente —añadió enseguida cuando su madre se puso a renegar—. De verdad, pensé que había sido un accidente. Él estaba gesticulando con los brazos y yo me adelanté de repente y su mano me acertó en la mejilla. Parecía tan perplejo y horrorizado... ahora lo veo muy claro —repitió, y se levantó para coger la mano de su padre, que se había cerrado en un puño—. Creedme. De verdad, tenéis que creerme. No habría tolerado que un hombre me maltratara. Vosotros me habéis enseñado a ser fuerte e inteligente. Hicisteis un buen trabaio.

» Ya no forma parte de mi vida. —Rodeó a su padre con sus brazos—. Ya se ha ido. Y me ha enseñado una lección. Jamás trataré de ser lo que no soy para complacer a nadie, ni siquiera en las cosas pequeñas. Además, ahora sé que puedo levantarme y cuidar de mí misma.

Gib le frotó la espalda, le dio un beso muy leve sobre la mejilla magullada.

- -Lo has dejado fuera de combate, ¿eh?
- —Dos buenos golpes, sí. —Reena retrocedió para hacer una demostración—. Pim, pam, y se quedó tirado en el suelo, encogido como una gamba al vapor. No quiero que os preocupéis.
- —Ya decidiremos nosotros cuándo nos tenemos que preocupar. —Bianca puso el montón de huevos sobre la mesa—. Come.

Reena comió y se fue a trabajar. Todos los agentes de su unidad se acercaron... con un gesto de asentimiento, un comentario comprensivo, alguna broma. La siguieron con su apoyo hasta el despacho del capitán.

- —El tipo sigue diciendo que usted lo golpeó primero. Insistí en el tema de su ex. Y le dio por sudar un poco, dijo que la chica estaba chiflada, que ella le atacó antes de que cortaran.
  - -No podía habérmelo buscado mejor.
- —Hablaremos con ella. También le hemos sacado algunos nombres... de personas que según él podrían tener algo en su contra porque tiene tanto éxito y es tan guapo. Algunos clientes, algunos compañeros de trabajo. Su antigua ay udante. Todo apunta a su inocencia, Hale. Dejando aparte que tiene una sólida coartada y que cooperó en una investigación en la que no encontramos nada que pudiera incriminarla. A menos que insista en presentar cargos, que no creo, está usted libre
  - -Gracias, de verdad.

- -Ha llamado John Minger. Le ha llegado el rumor.
- —Sí. —Reena pensó en sus padres—. Me parece que ya sé cómo. Lo siento si eso complica las cosas.
- —No veo por qué. —Pero el hombre se recostó en su silla y Reena supo que la estaba evaluando—. John es una buena persona, un buen investigador. Quiere investigar un poco en su tiempo libre. No tengo ningún problema. ¿Y usted?
  - -No. ¿Puede darme más detalles?
- -Younger y Trippley se encargan del caso. Si quiere contarle los detalles, es cosa suy a.
  - —Gracias.

Reena salió del despacho, y pensó cuál era la mejor forma de abordar a aquellos dos hombres. Antes de que pudiera decidir, Trippley señaló a su mesa.

—Tienes el archivo en la mesa —le dijo, y se volvió hacia su teléfono.

Reena fue hasta allí, abrió el archivo. Dentro había una fotografía del coche de Luke, de dentro y de fuera, los informes preliminares y las declaraciones. Miró a Trippley.

- —Gracias
- Él se encogió de hombros v tapó el auricular con la mano.
- --Menudo imbécil. Si te van los imbéciles, podrías probar y salir con Younger.

Younger, sin dejar de teclear, señaló a su compañero con un dedo y le dedicó a Reena una sonrisa alegre.

Le resultó difícil mantenerse alejada de la escena, contenerse y no echar un vistazo a las pruebas encontradas. Pero no tenía sentido remover las cosas. Así que se tomó el caso como un ejercício, y estudió el archivo y las sucesivas actualizaciones que sus compañeros le pasaban.

En su opinión, todo estaba muy claro, tanto que hasta resultaba simplista. Alguien había hecho un trabajo rápido y más bien chapucero... y seguramente no por primera vez.

Reena estaba pensando en ello, dando sorbitos a un vaso de Chianti, mientras releía el archivo sin hacer caso del bullicio de Sirico's.

Estaba sentada a una mesa que miraba a la puerta, así que cuando John entró lo vio enseguida. Lo saludó con la mano, dio unas palmaditas en la mesa y se levantó para ir a buscarle una Peroni ella misma.

- -Gracias por pasarte por aquí -le dijo cuando volvió a la mesa.
- -No es ningún sacrificio. ¿Nos partimos una pizza?
- —Claro. —Llamó a Fran para pedir algo. No era comida lo que ella quería, sino conversación—. Sé que has estado investigando todo este lio en tu tiempo libre. ¿Oué oninas?

Él cogió su cerveza, dio un sorbo.

- -Tú primero. -Y señaló con el gesto el archivo.
- —Un trabajo chapucero. Alguien que entiende de coches. Fuerza la cerradura, desactiva la alarma. Y si se disparó, no ha aparecido nadie que la haya oido. Aunque y a nadie presta atención a las alarmas de los coches... sobre todo si dejan de sonar enseguida. Como acelerante utilizó gasolina; roció bien el interior y bajo el capó. Utilizó unas bengalas que había en el maletero para iniciar el fuego en él.

Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos, mientras John permanecía en silencio

—Con eso hubiera sido suficiente. El material sintético del interior del vehículo prende enseguida. Al quemarse, los termoplásticos se funden y propagan el fuego a otras superficies, que seguramente es lo que pasó. Un fuego rápido. La gasolina es el refuerzo. Aunque no la necesitaba. Tenía ventilación, y podía haber conseguido un fuego bastante destructivo solo con prender suficiente papel de periódico debajo de uno de los asientos o del salpicadero.

—¿Concienzudo o chapucero?

Ella meneó la cabeza.

- —Casi diría que las dos cosas. Se llevó el equipo de música... la mayoría de pirómanos no pueden resistir la tentación de llevarse cosas que puedan vender, o aprovechar, pero no creo que eligiera el vehículo al azar.
  - —¿Por?
- —Demasiado violento, demasiado concienzudo. Además, el coche tenía unos neumáticos muy buenos y no se los llevó. Y sabía lo que hacía, John. Hemos encontrado hollín y un producto para la pirólisis en lo que queda de la ventanilla, lo que indica que facilitó deliberadamente la ventilación. Sin eso, la mayoría de fuegos que se producen en un vehículo se consumen enseguida. Los coches son bastante herméticos cuando las puertas y las ventanillas están cerradas. El individuo quería un fuego rápido y añadió un acelerante al combustible que ya llevaba el coche. Seguramente se produjo la deflagración en menos de dos minutos
  - -Entonces, ¿cuál es tu teoría?
- —Venganza. Quería que el coche quedara calcinado. Pone un trapo empapado en el depósito de gasolina. Da la impresión de que echó un vasito de plástico con una bengala. Simple y efectivo. Y concienzudo. Múltiples puntos de origen... bajo el asiento del conductor, en el maletero. En el interior seguramente utilizó como combustible lo que el laboratorio ha identificado como bolsas de patatas. Son muy efectivas. Si el calor es lo suficientemente elevado, se convierten en ceniza carbónica prácticamente irreconocible, y los aceites facilitan un bonito y prolongado fuego... suficiente para que prenda la tapicería, así que si por lo que sea el invento del depósito de gasolina falla, el coche acaba

carbonizado de todos modos. El pirómano utilizó básicamente objetos domésticos, y sabía muy bien lo que hacía.

- —Un coche carísimo, con todo su equipamiento. ¿De verdad no crees que la persona que lo hizo quería un estéreo muy caro y un poco de diversión?
- —No, yo creo que fue personal, y lo del estéreo no fue más que un capricho.Fue algo deliberado, no algo que se hace por diversión. El objetivo era el fuego.

John se recostó en su asiento haciendo un gesto de asentimiento y cogió su cerveza.

—Entonces, no me queda mucho más que decir. Tenemos tus huellas, las del propietario del coche. Las del mozo del restaurante donde cenasteis. Las del mecánico del garaje adonde lleva el coche. —Le echó una ojeada mientras sorbía su cerveza—, ¿Cómo tienes la cara?

Un par de días y mucho hielo habían aliviado el dolor. Pero Reena sabía que su cara todavía tenía un color no demasiado atractivo

-Parece más de lo que es.

Él se inclinó hacia delante, bajó la voz.

- -Dime una cosa. ¿Llamaste a alguien aparte de a Gina cuando te pegó?
- —No. Bueno, a Steve. Pero nadie sospecha de él, John. Los agentes que llevan el caso nos interrogaron a los tres. Desde el principio lo hemos dicho todo muy claro. Llamé a Gina porque estaba muy furiosa, y porque necesitaba que me consolaran. Ella vino porque estaba enfadada y quería consolarme.

Miró alrededor para asegurarse de que nadie de la familia o del vecindario podía oírles.

- —Mira, John, el caso es que recibir golpes del hombre con el que te has estado acostando no es algo que una mujer quiera ir contando por ahí. Esperaba poder llevar esto con la máxima discreción posible. No conozco a nadie capaz de hacer algo así por mí.
  - -Aparte de este personaje, ¿has estado saliendo con alguien?
- —No. Mira, sé que parece que lo del fuego está relacionado conmigo, o con la riña que tuve con Luke, pero lo he estado pensando una y otra vez. Y creo que no es más que una coincidencia. Mira las declaraciones. —Dio unos toquecitos al archivo—. Luke no era precisamente popular entre sus compañeros de trabajo ni sus antiguas parejas. Y aun así, ninguno me parece especialmente sospechoso. Da la sensación de que contrataron a alguien para que hiciera el trabajo. Joder, si no hubiera pasado inmediatamente, hasta diría que el muy cabrón contrató a alguien para devolverme la pelota.
- —Sí, demasiado justo —concedió John—. Pero es una posibilidad... lo de contratar a alguien que provocara el fuego para vengarse de ti. Quizá tendrías que pensar si hay alguien a quien hay as perjudicado últimamente.
  - -Los policías siempre perjudicamos a otros -musitó ella.
  - -Sí, ¿verdad? -se recostó en la silla y sonrió cuando Fran llegó con una

pizza para ellos ... ¿Cómo va todo, cielo?

- —Bien. —Pero su mano se apoyó en el hombro de Reena—. A ver si consigues que mi hermana deie eso y coma algo.
- —Veré qué puedo hacer. Venga, deja eso —le dijo John a Reena cuando Fran se fue—. Seguro que puedes hacer frente a cualquier cosa relacionada con este caso. Extraoficialmente, nadie te considera sospechosa. Tienes un historial impecable porque te lo has ganado, y tu coartada es sólida. Olvídate y deja que el sistema siga su camino.
- —Sí. ¿Sabes, John? No sé si yo elegí mi profesión o la profesión me eligió a mí. El fuego parece seguirme a todas partes. En Sirico's, el primer chico del que me enamoré, Hugh, y ahora esto.

John se puso una porción de pizza en su plato.

—El destino es un hijo de puta.

## Baltimore, 2005

Para bien o para mal, estaba hecho. A Reena el corazón le latía con violencia, se sentía la garganta seca y notaba un hormigueo en el estómago que lo mismo podía ser de nánico que de entusiasmo.

Se había comprado una casa.

Estaba en los escalones de mármol blanco, con las llaves en la mano sudada. Ya habían cerrado el acuerdo, había firmado los papeles. Tenía una hipoteca.

Una hipoteca del banco, pensó, a tantos años que cuando terminara de pagar estaría a punto de jubilarse.

« Hiciste los cálculos, ¿no? —se recordó—. Saldrá bien. Ya va siendo hora de que tengas una casa. Oh. Dios, era propietaria de una casa».

Y además, se había enamorado de aquel sitio. Se parecía tanto a la casa de sus padres... No estaba muy segura de lo que eso decía de ella, pero había sido un flechazo. Todo en aquella casa la atraía.

El emplazamiento, la familiaridad, incluso el interior, que parecía estar suplicando que lo animaran. Y hasta tenía un patio; si, a lo mejor era tan estrecho que con un escupitaj o podía llegar de un extremo al otro, pero al menos era un patio con césped de verdad. Incluso con un árbol.

Lo que significaba que tendría que cortar el césped y rastrillar las hojas, que a su vez significaba que tendría que comprar un cortacésped. Y un rastrillo. Pero para una mujer que había vivido durante los últimos diezaños en diferentes pisos, la idea era maravillosa.

Así que allí estaba, instalándose en una casita adosada de dos plantas, a tres manzanas de la casa donde seguían viviendo sus padres.

« En el mismo barrio», pensó. Y tan lejos como si estuviera en la luna.

Pero estaba bien. Estaba muy bien. ¿No habían inspeccionado ya sus tíos y su padre el lugar de arriba abajo? No hubo manera de detenerlos. Había que hacer algunas reparaciones, claro. Y necesitaba muchos más muebles de los que tenía.

Pero todo llegaría.

Lo único que tenía que hacer era meter la llave en la cerradura y entrar. Y va estaría en su casa.

En vez de eso, se dio la vuelta v se sentó en los escalones para recuperar el

aliento

Había tenido que utilizar buena parte de sus ahorros, además de una generosa aportación de sus abuelos... y el resto de sus familiares.

«¡Mira qué has hecho! Endeudarte. Y una casa ¿no chupa y chupa dinero? Seguro, impuestos, reparaciones, mantenimiento...». Hasta entonces había conseguido evitar aquellos desagradables detalles. Siempre habían corrido a cargo de sus padres o de su casera, no de ella.

Había conseguido evitar aquello, pensó, y cualquier cosa que significara un compromiso. Tenía su trabajo, su familia, amigas de la infancia.

Pero era la única de los Hale que no se había casado. La única hija de Gibson y Bianca Hale que no se había casado para multiplicarse. No tenía tiempo, eso era lo que decía a su familia cuando bromeaban con ella o insistían en el tema. No había encontrado al hombre adecuado.

Cierto, totalmente cierto. Pero ¿cuántas veces había evitado una posible relación en los últimos años?

« Quedar con hombres estaba bien, practicar el sexo también, pero no me pidas que me comprometa» . Xander decía que pensaba como un hombre. Podía ser

A lo mejor se había comprado aquella casa para compensar. Igual que hacen algunas mujeres solteras o las parejas sin hijos cuando se compran una mascota.

« ¿Ves? Cuando quiero puedo comprometerme. Me he comprado una casa».

Una casa en la que no parecía encontrar el momento de entrar a pesar de que todo estaba firmado y arreglado.

Quizá podía deshacerse de ella. Darle una mano de pintura, arreglar algunas cosillas aquí y allá, y venderla. No había ninguna ley que la obligara a quedársela durante treinta años.

Treinta años. Se oprimió el vientre. ¿Qué había hecho?

Tenía treinta y un años, maldita sea. Era una policía con una década de servicio a sus espaldas. Pues claro que podía entrar en una estúpida casa sin tener una crisis. Además, una parte de la familia tenía que pasar a verla al cabo de un rato y no quería que la encontraran sentada en la entrada con un ataque de histeria

Se puso en pie, abrió la puerta y entró con decisión.

De pronto, como si hubiera descorchado una botella con la etiqueta de estrés, la tensión se desvaneció

Al demonio con las hipotecas y los préstamos y el pánico a elegir los colores de la pintura. Aquello era lo que quería. Aquella casa grande, vieja y de techos altos, con su cenefa tallada y el suelo de parquet.

Evidentemente, era demasiado espacio para una sola persona. No importaba, Utilizaría uno de los dormitorios como trastero, cuando tuviera algo que guardar, claro. Otra de las habitaciones le serviría como estudio. en la otra se montaría un gimnasio y la última la dejaría como habitación para invitados.

Sin hacer caso del eco, del vacío, pasó a la sala de estar. A lo mejor de momento, aceptaría los muebles que le habían ofrecido diferentes familiares. Colgaría algunos de los dibujos de su madre en las paredes. Convertiría aquel espacio en un lugar acogedor y cómodo.

La salita serviría para la biblioteca. Y claro, necesitaría una mesa grande para el comedor. Y montones de sillas para cuando viniera su familia.

La cocina estaba bien, pensó mientras recorría la planta baja. Era uno de los elementos que la habían ayudado a decidirse. Los anteriores propietarios la habían equipado con electrodomésticos negros de calidad que aún servirían durante muchos años. Montones de repisas lisas de color arena y armarios de color miel. Quizá cambiaría algunas puertas por otras de cristal. Vidrieras o cristales con aguas.

Se lo pasaría muy bien cocinando allí. Bella era la única de las hermanas que no había heredado la pasión por la cocina. Sobre el fregadero había unas ventanas bonitas y generosas, con vistas al raquítico patio.

Las lilas estaban floreciendo. Sus lilas. Podía comentar con el tío Sal la posibilidad de crear una zona para comer. Y que Bella la ayudara a diseñar un pequeño jardíin.

Claro que, desde hacía años, lo más que había plantado era algún que otro geranio. Si, recordó, atrás quedaban los tiempos en que ella y Gina tenían tomates y pimientos y cosmos en el patio de la casa que compartían entre varios en la universidad.

Pero, al menos con la perspectiva, le parecía recordar que disfrutaba cavando y arrancando malezas.

« Esta vez probablemente me limitaré a las flores —decidió—, y de las que no requieren demasiado trabajo» . Sí, Bella sabría orientarla.

Cuando se trataba de flores, moda o del mejor sitio para que la vean a una, Bella era perfecta.

Pensó en subir, recorrer el primer piso, amueblarlo mentalmente. Pero decidió terminar antes con la planta baja y salió un momento al patio.

Quería caminar sobre su césped.

El patio estaba bordeado a ambos lados por una verja de tela metálica. El vecino de la derecha tenía una especie de arbusto trepador que la cubria. « Un bonito detalle», pensó Reena. Seguramente pondría algo parecido. No solo era bonito, sino que daba sensación de intimidad.

Y a la izquierda...

Vaya, vaya, pensó. No podía decir gran cosa del patio, pero su ocupante no estaba nada mal.

Por suerte para ella, no había arbustos que taparan la vista.

El hombre estaba de espaldas. Una retaguardia prometedora. Las

temperaturas de mediados de mayo no habían impedido que se quitara la camisa. Pero a lo mejor lo que estaba haciendo con aquella madera y las herramientas eléctricas le daba cador

Los vaqueros le quedaban bastante bajos, y el cinturón con las herramientas más todavía. Pero se las había arreglado para que no se le viera la raja del culo, y eso le hizo ganar muchos puntos a ojos de Reena. Llevaba una gorra de béisbol al revés —eso quizá restaría unos cuantos puntos al total—, y parecía que debajo de la gorra había un montón de pelo negro y ondulado.

Mientras trabajaba, podía observarlo. Junto a los caballetes tenía el radiocasete encendido, y eso le hizo ganar más puntos, porque estaba a un volumen razonable. Distinguía a duras penas la voz de Sugar Ray.

Metro ochenta y siete. Unos setenta kilos de músculo. No quería echarle niquan edad sin antes haberle visto la cara. Pero, por el momento, para lo que suelen ser los vecinos, no estaba nada mal.

El de la inmobiliaria había mencionado que en la casa de al lado vivía un carpintero, por si necesitaba que le hiciera algún arreglo. Pero se había olvidado de decir que el carpintero de la casa de al lado tenía un culo excelente.

Tenía el césped bien cortado, y parecía saber muy bien lo que hacía con aquella herramienta tan grande y sexy. Manos fuertes y cuidadas sin anillos. Ni tatuai es ni piercines visibles.

Las posibilidades iban aumentando.

Su casa era parecida a la de ella, aunque él ya tenía su zona para comer, con un bonito empedrado. Sin flores... «¡Qué pena!», pensó, porque eso demostraría que era una persona con talento, lo bastante responsable para plantar y cuidar plantas. Aun así, se veia limpia y había una parrilla.

Si el resto estaba a la altura de lo que se veía por detrás, tenía que conseguir que la invitara a una chuleta a la parrilla.

El chico hizo una pausa, dejó a un lado lo que a Reena le pareció un destornillador eléctrico. El ruido paró, y la voz de Ray Sugar le llegó con mayor claridad, mientras el carpintero echaba mano de una gran botella de agua y se la llevaba a la boca

Retrocedió unos pasos y, al hacerlo, Reena pudo ver su perfil. Buena nariz, boca fuerte... es lo bastante listo para protegerse con unas gafas especiales pero que le hagan sexy. Todo indicaba que la cara iba a estar a la altura del resto del naquete.

« Treinta y pocos años», pensó. ¿No era perfecto?

Cuando el chico volvió la cabeza y miró hacia donde estaba ella, Reena levantó la mano en lo que consideró un saludo amistoso de una vecina nueva.

Él se quedó petrificado, como si le estuviera apuntando con un arma en lugar de saludándole. Levantó el brazo lentamente y se quitó las gafas. Reena no podía distinguir el color de sus ojos, pero notaba la intensidad de su mirada.

La sonrisa apareció en su cara como una explosión. Tiró las gafas al suelo, fue derecho hacia la verja y saltó por encima.

Se movía con rapidez y agilidad. Verdes, notó. Los ojos eran de un verde indefinido... y tenían un brillo demasiado demencial para que Reena se sintiera a gusto.

- -Estás aquí -dijo él-. Maldita sea. Estás aquí.
- —Si, estoy aquí. —Reena le dedicó una sonrisa cauta. El chico olía a serrín y a sudor... lo cual habría resultado muy atractivo de no ser porque la miraba como si estuviera a punto de comérsela de un bocado—. Catarina Hale. —Le ofreció la mano—. Acabo de comorar la casa.
- —Catarina Hale. —Él le cogió la mano y la sujetó con la suya callosa—. La chica de mis sueños.
- —Hum. —La puntuación acababa de caer en picado—. Bueno, encantada de conocerte. Tengo que volver adentro.
- —Todo este tiempo. —El chico seguía mirándola—. Todos estos años. Eres mejor de lo que recordaba. ¿Qué te parece?
  - —¿Oué me parece? —Reena se soltó, retrocedió.
    - -No me lo puedo creer. Estás aquí. Uau. O a lo mejor es una alucinación.
- Hizo ademán de volver a cogerle la mano y Reena le puso la suya en el pecho.
- —Me parece que sí. A lo mejor te ha dado demasiado el sol. Será mejor que vuelvas a tu patio, señor carpintero.
- —No, espera. No lo entiendes. Tú estabas allí, y después no estabas. Y luego te vi otra vez, y luego otra. Y siempre desapareces antes de que pueda alcanzarte. Y ahora estás aquí, hablando conmigo. Y yo estoy hablando contigo.
- —Ya no. —Nadie había mencionado que el carpintero de la casa de al lado era un chiflado. ¿No tendrían que haberla puesto sobre aviso?—. Vete a tu casa. Échate un rato y busca un psicólogo.

Reena se dio la vuelta y echó a andar hacia la puerta.

-Espera, espera. -Él corrió tras ella.

Reena se volvió con rapidez y lo agarró del brazo, lo derribó y le puso el brazo a la espalda.

- -No me obligues a arrestarte, por Dios. Y ni siquiera me he instalado.
- —La poli. La poli. —Se rio, giró la cabeza para dedicarle una sonrisa—. Olvidé que me habían dicho que venía a vivir una poli. Eres policía. Es genial.
  - -Estás a punto de meterte en un grave problema.
  - —Y hueles de maravilla
- —Se acabó. —Lo empujó contra la pared del patio de su casa—. Abre las piernas.
- —Vale, vale, espera. —No dejaba de reírse, y se daba golpecitos con la frente en la pared—. Sé que parece que estoy loco, pero es por la sorpresa. Huy,

oh, mierda. No me esposes... al menos hasta que nos conozcamos un poco. College Park, mayo de 1992. Una fiesta... mierda, no sé de quién era la casa. La compartían entre varios, fuera del campus. Jill, Jessie... no. Jan. Me parece que un tal Jan loquesca vivía allí.

Reena vaciló, con las esposas aún en la mano.

- —Sigue.
- —Te vi. Yo no conocía a nadie. Fui con un amigo y te vi al otro lado de la habitación. Llevabas un top rosa... y tenías el pelo más largo, te llegaba más abajo de los hombros. Me gusta cómo lo llevas ahora. Es como una explosión alrededor del mentón.
- —Le diré a mi peluquera que te gusta. ¿Te conocí en una fiesta en College Park?
- —No. No pude llegar hasta ti. La música se detuvo. Para mí fue un momentazo. ¿Puedo darme la vuelta?

No parecía un loco... no, exactamente. Y Reena estaba intrigada. Retrocedió. —Las manos quietas.

- —Claro —dijo él levantándolas, y luego las volvió a bajar y se metió los pulgares por el cinturón de las herramientas—. Te vi y para mí fue... puf. —Se dio con el puño en el corazón—. Pero cuando llegué al sitio, porque aquello estaba lleno de gente, te habías ido. Miré por todas partes. Arriba, fuera, por todas partes.
- —¿Me viste hace más de diezaños al otro lado de una habitación en una fiesta universitaria y te acuerdas de lo que llevaba puesto?
- —Fue como... por un momento solo exististe tú. Suena raro, pero así fue. ¿Y la otra vez? Una amiga me llevó a rastras a un estúpido centro comercial un sábado y te vi en la planta de arriba. Allí mismo. Y me puse a buscar como un loco las malditas escaleras. Pero cuando llegué arriba habías vuelto a desanarecer. Uau. Uau.

Sonrió como un demente, se echó la gorra más hacia atrás.

- —Y luego, lo del invierno del noventa y nueve. Yo estaba con el coche en un atasco de tráfico, venía de la casa de un cliente. Encontré en la radio una del Boss. « Growin'Up». Y entonces, miro a la derecha y te veo en el coche de al lado. Estabas tamborileando con los dedos en el volante. Estabas ahí. Y vo...
  - -Oh. Dios. El tipo raro.
  - —¿Perdón?
- —El tipo raro que se me quedó mirando con los ojos desorbitados cuando iba al centro comercial.
- La sonrisa volvió a aparecer, aunque esta vez parecía divertida, no demencial
- —Seguro que era yo. A veces pensaba que eras producto de mi imaginación. Pero no. Estás aquí.

- -Eso no significa que no sigas siendo un tipo raro.
- --Pero no soy un criminal. Podemos hablar. Podrías invitarme a tomar un café
  - —No tengo café. Todavía no tengo nada.
- —Podías tomarte el café en mi casa... pero yo tampoco tengo. Ves, estás aquí al lado. Puedes venir y tomarte una cerveza o una Coca-Cola. O pasarte el resto de tu vida en mi casa
  - —Creo que paso.
  - —¿Y si te preparo la cena? O te llevo a cenar a algún sitio. O vamos a Aruba.
  - A Reena la risa le temblaba en la garganta, pero se la tragó.
- —Lo de Aruba solo lo aceptaré bajo prescripción médica. Y lo de la cena, es la una de la tarde.
- —Pues a comer. —El chico se rio, se quitó la gorra y se la metió en el bolsillo de atrás, se pasó sus dedos largos por su espesa mata de pelo negro—. No me puedo creer que lo esté estropeando todo de este modo. No esperaba encontrarme a la chica de mis sueños en la casa de al lado. Deja que empiece otra vez. Bo, Bowen Goodnight.

Ella aceptó la mano. Era fuerte, y le gustó; le gustó su tacto curtido y calloso.

—Bo

- —Tengo treinta y tres y estoy soltero, no tengo historial delictivo. He pasado sin problemas mi última revisión física. Dirijo mi propio negocio. Carpintería a medida Goodnight. Y tengo una inmobiliaria con un socio. El tipo con el que fui a la fiesta. Puedo traerte referencias, informes médicos, justificantes financieros. Por favor, no vuelvas a desaparecer.
  - -¿Cómo sabes que no estoy casada y con tres hijos?

Su cara pareció perpleja. En realidad, se puso blanco.

-No puede ser. Dios no puede ser tan cruel.

Ella ladeó la cabeza, divertida.

- —Podría ser lesbiana.
- —No he hecho nada para merecer una bofetada tan perversa del destino. Catarina, son trece años, dame un respiro.
- —Lo pensaré, y llámame Reena —añadió—. Los amigos me llaman Reena. Tengo que irme. Espero visita.
  - —No desaparezcas.
- —No, no me iré hasta que pague la hipoteca. Ha sido interesante conocerte, Bo.

Y volvió adentro, dejándolo allí plantado.

Trajeron comida, por supuesto. Y vino. Y flores.

Y casi todos sus muebles.

Bueno, ya que le iban a hacer el traslado, Reena decidió que lo mejor era ponerse manos a la obra. Hizo varios viajes al apartamento que había encima del restaurante para recoger caias y maletas con su ropa. Para dar un último adiós.

- Había estado muy a gusto allí, pensó. Tal vez demasiado. La comodidad puede convertirse en una trampa si no vas con cuidado. Pero es que echaba de menos poder bajar en un momento a comer, o solo para charlar. Echaba de menos la comodidad de caminar hasta la casa de sus padres y quedarse a dormir allí.
- —Cualquiera diría que me voy a Montana y no a unas manzanas de aquí. Se volvió hacia su madre y vio que estaba llorando—. Oh. mamá.
- —Es una tontería. Tengo mucha suerte por tener a todos mis hijos tan cerca. Pero me gustaba tenerte aquí mismo. Estoy muy orgullosa de que te hayas comprado una casa. Es una cosa buena e inteligente. Pero añoraré saber que te tengo aquí mismo.
- —Sigo estando aquí mismo. —Cogió la última caja—. Aunque me da miedo que todo esto sea demasiado para mí.
  - -No hay nada que mi chica no pueda sacar adelante.
- -- Espero que tengas razón. Recuérdamelo cuando tenga que llamar al lampista.
- —Puedes llamar a tu primo Frank Y tendrías que hablar con tu primo Matthew sobre la pintura.
- —Tengo las bases cubiertas. —Reena fue hasta la puerta y esperó a que su madre le abriera—. Y tengo un manitas al lado.
  - -No contrates a nadie que no conozcas para trabajar en tu casa.
  - —Pues parece que sí le conozco... o al menos él me conoce a mí.
- Y le contó la historia mientras terminaban de cargar el coche y salían hacia la nueva casa
- —¿Te vio una vez en una fiesta cuando estabas en la universidad? Y está loco por ti.
  - -No sé. Me recordaba. Y es muy majo.
  - —Hummm.
  - —Se lo tomó muy bien cuando amenacé con esposarle.
- —A lo mejor es que está acostumbrado. A lo mejor es un criminal. O le gusta el masoquismo.
- —¡Mamá! A lo mejor no es más que un tipo majo y algo raro con un culo genial y herramientas eléctricas. Mamá, ya soy mayorcita. Y llevo pistola.
- —No me lo recuerdes. —Bianca hizo un gesto despectivo con la mano—. ¿Y qué clase de nombre es Goodnight?
- No es italiano musitó Reena. Paró junto al bordillo y vio que la puerta de la casa de al lado se abría—. Vaya, parece que vas a poder averiguarlo por ti misma

- —¿Es él? —Aiá.
- —Es guapo —comentó Bianca, y bajó del coche.

Reena vio que se había aseado. Aún tenía el pelo mojado; se había puesto una camiseta limpia v va no llevaba el cinturón con las herramientas.

- —He visto que estabais entrando cosas. He pensado que podía echar una mano. ¿Le llevo esto? —le dijo a Bianca—. Uau, veo que en su familia todas son muy guapas. Soy Bo, el vecino de al lado.
  - -Sí, mi hija ya me ha hablado de ti.
- —Piensa que estoy loco... porque le he dado motivos. Pero normalmente no soy tan raro.
  - -Entonces, eres inofensivo.
  - -Dios, espero que no.

Eso la hizo sonreír

- -Bianca Hale. Soy la madre de Catarina.
- -Encantado
- -: Llevas mucho tiempo aquí?
- —En realidad no. unos cinco meses.
- -Cinco meses. No recuerdo haberte visto en Sirico's.
- —¿Sirico's? Las mejores pizzas de Baltimore. Siempre pido que me traigan algo por teléfono. Los espaguetis y las albóndigas son increíbles.
  - -Mis padres son los propietarios -dijo Reena, y abrió el maletero.
  - -: No! ¿En serio?
    - —¿Por qué no te vienes a comer? —dijo Bianca.
- —Lo haré. Es que llevo un par de meses que trabajo más horas que un reloj y... Deja, yo lo llevo. —Echó a Reena a un lado y se puso a sacar cajas mientras hablaba con la madre—. Últimamente no tengo tiempo de salir con nadie, con ninguna chica. Y no me gusta comer solo en un restaurante.
- —¿Y qué problema tienes?—preguntó Bianca—. Eres un chico guapo, j oven. ¿Por qué no sales con nadie?
- —Ya salgo... bueno, salía. Y saldré. Pero tengo demasiado trabajo, y en mi tiempo libre me dedico a trabajar aquí.
  - --;Has estado casado?
  - —Mamá
  - -Estamos teniendo una conversación
  - —Esto no es una conversación, es la inquisición.
- —No me importa. No, señora, nada de matrimonios, ni compromisos. He estado esperando a Reena.
  - —Ya basta —ordenó esta.
- —Estamos teniendo una conversación —le recordó él—. ¿Cree usted en el amor a primera vista, señora Hale?

- —Soy italiana. Por supuesto que sí. Y llámame Bianca. Ven adentro y conocerás a la familia.
  - -Me encantaría.
- —Pelota —musitó Reena cuando él se apartó a un lado para que Bianca pasara.
  - —Desesperado —la corrigió él.
  - -Puedes dejar eso aquí.
  - -Lo puedo llevar a donde haga falta.
  - -De momento déjalo ahí. -Señaló al pie de las escaleras, cerró la puerta.
  - -De acuerdo. Me gusta tu madre.
- —¿Y por qué no te iba a gustar? —Se quitó las gafas de sol, y se dio unos golpecitos con ellas en la palma de la mano mientras lo estudiaba—. Ya que estamos, puedes venir... y recuerda, lo has pedido tú.

Reena volvió a la cocina, evitando a un par de sus sobrinos, que corrían en la dirección contraria. Allí, una salsa se estaba cociendo al fuego, estaban sirviendo vino y se oían varias conversaciones.

- —Este es Bo —anunció Bianca, y se hizo el silencio—. Vive aquí al lado. Es carpintero y está loco por Reena.
  - -En realidad, estoy convencido de que es el amor de mi vida.
- —¡Queréis dejarlo? —Pero Reena meneó la cabeza riéndose—. Este es mi padre, Gib, mi hermana Fran, su marido Jack, uno de los niños que hay corriendo por ahí es su hijo Anthony. Esta es mi hermana Bella... el otro crío que corría es su hijo Dom; sus otros hijos, Vinny, Sophia y Louisa estarán por algún sitio. Mi hermano Xander y su mujer An; su bebé se llama Dillon.
- —Encantada de conocerte. —Fran le dedicó una sonrisa—. ¿Te apetece un vaso de vino?
  - —Claro, gracias.
- —Fran y Jack llevan el restaurante en lugar de mis padres. El marido de Bella no ha podido venir. Xander y An son médicos y trabajan en la clínica del barrio.
  - —Encantado de conoceros a todos.

Reena sabía lo que el chico estaba viendo. Al hombre alto y guapo que había junto a la cocina evaluándolo con cuidado. Fran, adorable y embarazada, sirviendo vino, mientras el pelirrojo Jack llevaba a hombros a su hija pelirroja. A Bella, apoyada en la encimera, con sus zapatos de diseño y su pelo de club de campo. A Xander, dando sorbitos a su vino junto a su bella mujer de piel dorada, que hacía eructar al bebé de seis semanas.

Evidentemente, las preguntas llegaban de todas partes, pero él las evitaba con facilidad. Y no pareció sorprenderle ver a italianos, irlandeses y chinos mezclados en la cocina de una casa casi vacía. Se mezcló con ellos con tanta facilidad que a Reena le sorprendió cuando dijo que era hijo único.

-Mis padres se separaron cuando y o era pequeño. Me crie en el condado de

Prince George. Ahora mi madre vive en Carolina del Norte. Mi padre está en Arizona. Yo diría que mi socio es como un hermano para mí. Nos conocemos desde siempre. A lo mejor le recuerdas —le dijo a Reena—. Salía con una chica que conocía a Jan, que estudiaba en Maryland. Me parece que se llamaba Cammie.

- -No, lo siento. No hice mucha vida social en la universidad.
- —Se pasaba la mayor parte del tiempo estudiando —terció Bella con una leve mueca—. Y entonces una tragedia le partió el corazón.
  - -Bella. -La voz de Bianca era áspera como una fusta.
- -Oh, vamos, aquello fue hace años, si no lo ha superado ya, tendría que hacerlo
  - -Cuando alguien se muere, sigue muerto pasen los años que pasen.
  - -Lo siento -dijo Bo, volviéndose hacia Reena.
- —No tienes que disculparte por nada —dijo ella dedicando una larga mirada a su hermana—. Ten, aquí tienes un antipasto. —Cogió un plato—. Hasta que consiga hacerme con una mesa, tendremos que comer de pie o sentados en el suelo
  - —Yo podría hacerte una.
  - -- ¿Una qué? ¿Una mesa?
- —Sí. Es mi trabajo. En realidad es lo que más me gusta. Dame una idea de lo que quieres y te haré tu mesa. Ah, sería mi regalo para tu nueva casa.
  - -No puedes hacerme una mesa sin más.
  - -Chis. -Bianca intervino ... ; Trabajas bien?
- —Sí, hago un trabajo excepcional. Ya me he ofrecido a darle referencias a su hija. Quizá conoce al señor y la señora Baccho, de Fawn Street.

Bianca entrecerró los ojos.

- —Los conozco. Dave y Mary Teresa. ¿Tú eres el chico que les hizo las vitrinas para la vajilla?
  - —Sí, las vitrinas de cristal y roble. Son obra mía.
- —Es un buen trabajo. —Sus ojos se desviaron hacia su marido—. Me gustaría algo parecido. Ven, te enseñaré el comedor.
  - --Mamá.
- —No hace ningún daño por echar un vistazo —le contestó su madre, y se llevó a Bo

An le pasó el bebé a Xander. Era una miniatura de apenas cincuenta y dos centímetros, con una brillante melenita de pelo negro azabache y ojos muy negros. Cogió un champiñón del plato que Reena tenía en las manos.

- -Está buenísimo -murmuró -.. Pero que muy, muy bueno.
- —Todavía no me he instalado y ya me está arreglando una cita con el vecino de al lado.
  - -Oye, lo peor que te puede pasar es que consigas una mesa gratis. -Y

sonrió mientras comía el champiñón—. Y me da la sensación de que sabe manejar muy bien el martillo.

- -Os estov ovendo -dijo Xander.
- —Creo que voy a separarlos. —Reena le dejó la bandeja a An y se fue corriendo al comedor.

Encontró a su madre gesticulando, con las manos separadas, hablando de los asientos que se necesitaban.

Bo la miró y se dio unos toquecitos en el corazón.

-Entra en la habitación y el corazón se me acelera.

Reena arqueó las cejas.

- -Será mejor que dejes un poco eso.
- —Es mi primer día, podrías ser más comprensiva. Estábamos pensando en una mesa plegable. Así, tendrías tu mesa de tamaño normal y podrías abrirla cuando tengas una cena de compromiso o con la familia.
- —Aún no sé lo que quiero. —« Sobre la mesa, sobre ti» , pensó. « Sobre nada que no sea el trabajo» —. De verdad, no sé.
- —Te prepararé unos diseños. Para poner en marcha los engranajes. Es la misma disposición que tengo yo en mí casa, así que puedo tomar las medidas allí. Este sitio tiene mucho potencial. —Le sonrió—. Un potencial ilimitado. Será mejor que me vaya.
  - -Tendrías que quedarte -objetó Bianca-. A comer.
- —Gracias, otro día. Si necesitas algo —le dijo a Reena—, estoy aquí al lado. Te he apuntado mi número. —Se sacó una tarjeta del bolsillo—. El móvil está en la tarjeta, el número de casa te lo he apuntado detrás. Si necesitas lo que sea, llama.
  - -Vale, te acompaño fuera.

Él le devolvió el vaso de vino.

- —No hace falta. Ya conozco el camino. Quédate con tu familia. Pero le tomo la palabra con lo de la comida, Bianca.
  - —Eso espero.

Bianca esperó hasta estar segura de que no podía oírla.

- —Tiene buenos modales. Bonitos ojos. Tendrías que darle una oportunidad.
- -Tengo su número. -Reena se lo guardó en el bolsillo-. Lo pensaré.

El fuego se inició en el ático de una adorable casa de piedra arenisca de Bolton Hill. Aquel barrio de clase alta tenía parques pequeños y bonitos y árboles que borde aban las calles

Sus ocupantes habían perdido la segunda planta entera y buena parte del techo y algunas zonas aisladas del primer piso. El fuego se había iniciado a media mañana, entre semana, cuando no había nadie en casa.

Un vecino observador —o chismoso— vio el humo y las llamas y avisó a los homberos

Reena lev ó los informes mientras iba al lugar de los hechos.

- —No hay indicios de que se haya forzado la entrada. Los propietarios tenían un sistema de alarma. La asistenta tiene el código. El inspector de bomberos ha determinado que el punto de origen está en el ático. Periódicos, lo que quedaba de una caja de cerillas.
  - -Bonito barrio -comentó O'Donnell.
- —Sí. Estuve mirando por aquí cuando buscaba casa. Pero siempre acababa volviendo a mi barrio de toda la vida.
  - -No hay nada malo en eso. He oído que tienes un vecino interesante.

Reena entrecerró los ojos al oírle.

- —¿Y dónde has oído tú eso?
- —A lo mejor tu padre le mencionó algo a John, y puede que John me mencionara algo a mí.
- —Pues a lo mejor tendríais que hablar de cosas más interesantes que del chico de la casa de al lado.
  - -No tiene historial delictivo.
  - —¡No me digas que lo has comprobado! Por el amor de Dios.
- —La seguridad ante todo. —O'Donnell le guiñó un ojo y aparcó en un sitio que había libre—. Una multa por exceso de velocidad hará unos seis meses.
- —No me interesa. —Reena se apeó del coche y fue hasta el maletero para sacar su equipo de campo.
  - —Soltero, sin ningún matrimonio pasado.
  - -O'Donnell, calla.

Él también cogió su equipo.

- —Tiene licencia para ejercer su profesión en los condados de Baltimore y Prince George. El domicilio fiscal de su empresa está en el condado de Prince George. Es donde vive su socio. Tu amigo se mueve mucho. Cambia de domicilio cada seis u ocho meses.
  - —Eso es intrusión.
- —Sí. —O'Donnell caminaba con paso ágil hacia la casa—. Así es más divertido. Verás, lo que este chico y su socio hacen es comprar edificios, casi siempre casas, las restauran y las vuelven a vender. Tu chico...
  - -No es mi chico
- —Tu chico se instala, trabaja desde dentro, adecenta el lugar, lo vende, compra otro, se instala. Por lo visto lleva haciendo lo mismo desde hace diez o doce años
- —Me alegro por él. Y ahora, si no te importa, podríamos concentrarnos en el trabajo.
- Reena estudió el edificio, el ladrillo chamuscado, el ángulo en que se había desplomado el tejado. Hizo fotografías para el archivo.
  - -El informe dice que la ventana y la puerta del ático estaban abiertas.
- —Un bonito sistema de ventilación —comentó O'Donnell—. Ahí arriba guardaban cosas, como tú. Ropa de fuera de temporada, objetos de decoración para fechas señaladas. Todo buen combustible.
  - -Sale la vecina -dijo Reena en voz baja, bajando la cámara-. Ya voy yo.
  - —Bueno, empieza. —O'Donnell cogió su maletín y se dirigió hacia la puerta.
- —Señora. —Reena se sacó la placa del cinturón—. Detective Hale, de la Policía municipal de Baltimore, unidad de delitos incendiarios.
- —Delitos incendiarios. Bueno, bueno. —Era una mujer menuda, con una piel oscura y cuidada como una sábana recién planchada.
- —Mi compañero y yo estamos haciendo un seguimiento del incidente. ¿Es usted la señora Nichols? ¿Shari Nichols?
  - —Yo misma.
  - -Usted dio aviso a los bomberos
- —Sí. Estaba fuera, en la parte de atrás. Tengo un pequeño jardín. Y lo olí. Olí el humo.
  - —¿Eso fue hacia las once de la mañana?
- —Hacia las once y cuarto. Lo sé porque en esos momentos pensaba que solo faltaba una hora para que mi pequeña volviera del jardín de infancia, y entonces se me acabaría la tranquilidad. —Sonrió un poco—. Es un diabililo.
  - -¿Cuánto tiempo llevaba fuera cuando olió el humo?
- —Oh, puede que una hora. Y volví adentro durante unos minutos porque había olvidado sacar el teléfono. El inspector de los bomberos ya me ha preguntado si vi a alguien. Y no, no vi a nadie.

La mujer miró a la casa de su vecino.

—Es una pena. Pero gracias a Dios no había nadie en casa y nadie ha resultado herido. Me he asustado de verdad. Y pensar que se podía haber propagado a mi casa...

Se pasó una mano por la garganta mientras miraba los ladrillos ennegrecidos.

- —Los bomberos llegaron enseguida. Eso tranquiliza un poco.
- —Sí, señora. Dice que no vio nada. Y oír, ¿oy ó algo?
- —Oí las alarmas antiincendios del interior de la casa. Al principio no me di cuenta, porque tenía puesta la música. Pero cuando olí el humo, miré a mí alrededor y vi que salía de la ventana del ático, y entonces me di cuenta de que las alarmas estaban sonando. Creo que dentro todo está hecho un desastre. A Ella no le va a gustar.
  - —¿Cómo dice?
- —Ella Parker, la mujer que vive ahí. Le gusta tenerlo todo en su sitio. Tenemos la misma asistenta, aunque como ahora no trabajo, solo necesito a Annie una vez al mes. Ella es muy quisquillosa. Seguro que se sentirá tan molesta por el desorden como por el fuego. No suena muy amable, ¿verdad? —añadió Shari al cabo de un momento—. No pretendia parecer insensible.
  - -¿Se llevan bien usted y la señora Parker?
- —Lo justo. —Reena notó el tono de reserva en su voz Permaneció en silencio—. Actuamos educadamente pero sin ser amigas —añadió la mujer después de un largo silencio—. Mi segundo hijo juega con su hijo mayor de vez en cuando.

Cambió el peso de pie y pareció incómoda al ver que Reena se limitaba a asentir.

- -¿De verdad cree que fue un incendio provocado?
- —Aún no hemos determinado nada.
- —Oh, señor. Creo que lo mejor será que lo diga. Ella y yo tuvimos unas palabras hace unas semanas. Dios. —Se frotó el cuello con una mano—. No quiero que la policía piense que he tenido nada que ver.
  - -¿Y por qué lo íbamos a pensar?
- —Bueno, tuvimos unas palabras un tanto fuertes, y tenemos la misma asistenta, y nuestros hijos juegan juntos. Soy yo quien llamó al 911. Anoche lo hablé con mi marido y me dijo que me estaba buscando problemas. Pero no me lo puedo quitar de la cabeza.
  - -¿Por qué no me dice por qué discutieron?
- —Por los chicos. Su Trevor y mi Malcolm. —Dejó escapar un suspiro—. Los pillé haciendo novillos hace tres semanas. Idiotas. Hacía un día agradable, así que decidí ir dando un paseo hasta la escuela para recoger a la pequeña, llevarla al parque, dejar que comiera un rato y liberara parte de esa energía que siempre tiene. Y allí estaban los dos, corriendo por la calle en dirección al parque. Bueno, pues el caso es que los seguí, les eché un buen rapapolvo y me los llevé de vuelta

al colegio.

Reena se permitió una sonrisa. Una expresión de una mujer adulta a otra.

- —Apuesto a que les sorprendió bastante verla.
- —No tuvieron el sentido común de mantenerse fuera de la vista. Si piensas hacer novillos, al menos hazlo bien. —Meneó la cabeza—. Cuando Ella volvió de trabajar, fui a su casa con mi chico para decírselo. Y antes de que me diera cuenta se puso a decir que si era culpa de mi hijo, y que no tenía derecho a ponerle las manos encima al suyo.

Extendió las manos

- —Lo único que hice fue cogerle de la mano y llevarle al colegio, que es donde tenía que estar. A mí me gustaría que otra persona hiciera eso por mi hijo, ¿a usted no?
  - -Sí, la verdad es que sí. Pero la señora Parker estaba disgustada.
- —Estaba hecha una furia. Así que yo también me revolví y le dije que la próxima vez que lo viera por la calle en horario de clases pasaría a su lado como si nada. Nos dijimos más cosas, claro, pero es solo para que se haga una idea.
- --Es normal que estuviera usted enfadada --apuntó Reena--. Solo quería hacer lo correcto
- —Y como recompensa va y me dicen que me meta en mis asuntos. Si lo hubiera hecho, su estúpida casa se habría quemado hasta los cimientos. Desde ese día los chicos no han vuelto a jugar juntos. Yo lo siento, la verdad. Pero no puedo permitir que Male vaya por ahí a su antojo. Según me dijo, no era la primera vez que Trevor se ausentaba del colegio, y le aseguro que el chico estaba lo bastante asustado para decirme la verdad.
  - -¿Dice que Trevor hace novillos con frecuencia?
  - —Oh, demonios. No quiero buscarle más problemas a ese chico.
- —Lo mejor para el chico y para todos será que conozcamos los hechos, señora Nichols. Cuantas más cosas pueda decirme, antes podremos solucionar todo esto.
- —Bueno. Oh, bueno. Yo no sé nada, pero mi hijo dice que Trevor hace novillos de vez en cuando, y que ese día le convenció para que lo acompañara. No es excusa para que Male faltara a la escuela y le he castigado como merecia. Estas últimas tres semanas le he estado llevando al colegio cada mañana y por la tarde lo voy a recoger. No hay cosa que humille más a un niño de once años que tener que ir con su madre hasta la puerta del colegio.
- —Mi madre lo hizo una vez con mi hermano. Tenía doce años. Y creo que aún no lo ha superado.
- —Si quiere mi opinión, creo que los padres tendrían que hacer mejor su trabajo en vez de empeñarse tanto en ser amigos de sus hijos.
  - -¿Es eso lo que pasa con sus vecinos?
  - —Sé que soy un poco cotilla —replicó Shari—. Y que conste que no tengo

nada en contra de los cotilleos. Yo solo digo que no veo disciplina en esa casa. Pero eso es solo mi opinión, y mi marido me dice que la doy con demasiada frecuencia. Trevor es un poco salvaje, pero es un buen chico. Yo solo quería decir que en estos momentos quizá no estoy en muy buenos términos con Ella, pero no le desearía algo así a nadie. Supongo que habrá sido un estúpido accidente. Combustión espontánea o algo así.

—Lo comprobaremos. Gracias por dedicarme su tiempo.

Reena entró en la casa y se quedó en el vestíbulo, empapándose del tono y la atmósfera reinante. El fuego no había llegado hasta allí, pero se olía el humo. Las labores de extinción habían provocado algunos desperfectos insignificantes. Había barro y hollín por el suelo y las escaleras.

Pero en ese momento entendía lo que había querido decir la vecina. Si mirabas más allá del desorden provocado por el incendio, todo se veía impecable. Muebles relucientes bajo la capa de ceniza, flores en los jarrones, cojines y cortinas con colores coordinados, y todo escogido para realzar el tono de las paredes y de los objetos decorativos.

Arriba se encontró con lo mismo. El dormitorio principal se había llevado la peor parte. Pintura desconchada, techos quemados, daños provocados por el agua y el fuego.

El edredón de la cama había ardido, así como las cortinas a juego. Las persianas de madera natural estaban quemadas.

Reena veía perfectamente la trayectoria que había seguido el fuego. Venía de las escaleras que bajaban del ático, y se había abierto paso por el suelo de madera y la alfombra antigua.

Avanzó por el pasillo y encontró dos despachos. Más antigüedades, notó, más decoraciones cuidadosas

La habitación del chico estaba al otro extremo del pasillo. Era grande y espaciosa, con decoración de tema futbolístico. Postores enmarcados, mucho blanco y negro con salpicaduras de rojo. Estanterias rigurosamente ordenadas. Nada de juguetes tirados por el suelo, ni montones de ropa sucia.

Reena cogió el archivo y comprobó la información. Luego sacó su móvil e hizo una llamada.

O'Donnell estaba trabajando las diferentes capas de escombros cuando ella subió con tiento por la escalera afectada.

- -Es un detalle que vengas a ayudarme.
- —Tenía que hacer algunas comprobaciones. —Levantó la vista y estudió el cielo— La mayoría del fuego se dirigió hacia arriba. Han tenido suerte. Los desperfectos en el primer piso no son importantes. Y en la planta baja solo hay algo de suciedad por el agua y el humo.
- —Por el momento no he encontrado nada que apunte al uso de un acelerante.
  Punto de origen en la esquina sudeste de la casa. —Y se lo indicó con el gesto,

mientras ella tomaba más fotografías—. Se extendió al contrachapado y al aislamiento de detrás, subió hacia arriba y prendió el tejado.

Reena se acuclilló, removió unos escombros con unos guantes puestos y sacó lo que quedaba de una fotografía quemada.

- --Fotografías. Un montón de fotografías; seguramente actuaron como acelerador
- —Sí, una bonita hoguera de fotos. El fuego sube, sale al exterior. Bolsas con cosas guardadas, con ropa, cajas con objetos decorativos. Todo esto debió de alimentarlo y ayudó a que siguiera escaleras abajo. Con el impulso del oxígeno que tenía, gracias a la ventana y la puerta, que estaban abiertas.
  - --: Has buscado huellas? En la manilla de la puerta, el marco de la ventana.
  - —Te estaba esperando.
- —He tenido una bonita charla con la vecina. ¿A que no adivinas a quién le gusta hacer novillos?

O'Donnell se echó hacia atrás y se puso en cuclillas.

- —Tú dirás
- —El joven Trevor los ha hecho seis veces en los últimos tres meses. El día del incendio, llegó tarde, entre las once y las once y media. Llevaba una nota añadió— donde se decía que había ido al médico.

Empezó a buscar huellas en la madera quemada del marco de la ventana.

- —En la escuela llevan un registro con la información médica de los alumnos y logré que me dieran el nombre del médico de Trevor. No tenía cita ese día.
- —En el informe tampoco pone nada de eso —señaló O'Donnell—. Los dos padres estuvieron en el trabajo hasta que se les avisó por el incendio.
  - -Aquí hay una huella de un pulgar. Es pequeña. Yo diría que es de un niño.
  - -Será mejor que tengamos una charla con los Parker.

Ella Parker era una mujer elegante de treinta y ocho años. Era vicepresidenta de marketing de una empresa local y se presentó en la comisaría con un maletín de Gucci. Su marido dirigia el departamento de compras de una empresa de investigación y desarrollo.

Él llevaba un Rolex y mocasines italianos.

Habían traído a Trevor con ellos, tal como se les había pedido. Era un niño menudo y enjuto de nueve años que llevaba unas zapatillas deportivas de doscientos dólares y expresión taciturna.

- —Les agradecemos que hay an venido —empezó a decir O'Donnell.
- —Si tienen alguna novedad queremos oírlo. —Ella dejó su maletín sobre la mesa que tenia delante—. Estamos arreglándolo con las compañías de seguros, y tenemos que volver lo antes posible a la casa para poder empezar las reparaciones.

- —Entendido. Aunque ya hemos determinado la causa del fuego, aún hay algunas cuestiones pendientes.
  - -Supongo que habrán hablado con nuestra antigua asistenta.
  - —¿Antigua? —terció Reena.
- —La despedí ayer. No hay duda de que es la responsable. Nadie más tenía el código del sistema de alarma. Ya te dije que era un error —le comentó a su marido.
- —Nos vino con muy buenas recomendaciones —le recordó él—. Y lleva seis acos con nosotros. ¿Por qué razón iba a querer provocar un incendio en nuestra casa?
- —La gente no necesita ninguna razón para hacer cosas malas. Las hacen y ya está. ¿Han hablado con ella?—preguntó en tono exigente.
  - —Lo haremos.
- —No entiendo cómo no la pusieron la primera de la lista. O por qué nos han hecho venir a esta hora. ¿Tienen idea del tiempo, el estrés y la energía que hay que gastar cuando tienes un incendio en casa?
- —Pues en realidad, sí —dijo Reena—. Y siento que tengan que pasar por esto.
- —Varios objetos personales de miles de dólares han quedado destruidos, por no hablar de los daños en la casa. He tenido que cancelar citas y reorganizar totalmente mi agenda...
- —Ella. —La voz de William Parker tenía tono de hastío, y a Reena le pareció que era algo habitual.
- —Déjate de « Ella» —espetó la mujer—. Soy yo la que se está encargando de todo. Aunque claro, tú nunca... —Se interrumpió ella sola, levantó una mano —. Lo siento, estoy muy alterada.
  - -Es comprensible. ¿Puede decirnos con cuánta frecuencia sube al ático?
- —Al menos una vez al mes. Y hacía que la asistenta lo limpiara regularmente.
  - —¿Señor Parker?
- —Dos o tres veces al año, creo. Para subir o bajar trastos. La decoración de Navidad, ese tipo de cosas.
  - -: Trevor?
  - —A Trevor no le dejamos subir al ático —terció Ella.

Reena captó la rápida mirada que el niño le lanzó a su madre antes de volver a clavar la vista en la mesa.

- —Cuando yo era pequeña me gustaba jugar en el ático. —Reena habló con tono informal—. Siempre había cosas interesantes allí arriba.
  - -Ya he dicho que no le dejamos subir.
- —Lo que a un niño se le permite y lo que hace no siempre es lo mismo. Según la información que tenemos, Trevor falta a veces a la escuela.

- —Lo hizo una vez... y no le permito que juegue con el niño responsable de aquello. No creo que eso sea asunto suy o.
  - -Trevor no estaba en la escuela la mañana del incendio. ¿Verdad, Trevor?
- —Pues claro que estaba. —La ira y la impaciencia le daban a su voz un tono cada vez más áspero—. Mi marido y yo lo fuimos a recoger cuando nos avisaron del incendio.
- —Pero no llegaste al colegio hasta casi mediodía, ¿verdad, Trevor? Llegaste tarde. Con una nota que decía que habías ido al médico.
  - -Eso es ridículo
- —Señora Parker. —O'Donnell utilizó un tono de voz lento y paciente—. ¿Hay alguna razón que le impida contestar por sí mismo?
- —Soy su madre, y no pienso consentir que la policía lo interrogue o lo intimide. Hemos sido víctimas de una desgracia y ahora pretenden hacer una acusación velada a mi hijo de nueve años. —Se puso en pie—. Ya he tenido bastante. Vamos. Trevor.
- —Ella, cállate. Cierra la boca durante cinco jodidos minutos. —William la dejó de lado y se concentró en el niño—. Trevor, ¿has vuelto a hacer novillos?

El niño levantó un hombro, miró a la mesa. Pero Reena vio el destello de las lágrimas en sus ojos.

- —¿Subiste al ático esa mañana, Trevor? —le preguntó con voz suave—. ¿Para jugar o curiosear un poco?
  - -No quiero que le interrogue -dijo Ella.
- —Pero yo sí. —Su marido se puso de pie—. Si no eres capaz de llevar esto, sal de la habitación. Si Trevor tiene algo que decir, quiero saberlo.
- —Como si te importara. Como si te importáramos ninguno de los dos. Estás demasiado ocupado tirándote a tu rubia de las tetas grandes para preocuparte por nosotros.
- —Estoy tan ocupado tratando de aguantar en la misma casa que tú que no me he preocupado lo bastante por mi hijo.
  - -Cabrón, no he oído que negaras que me estás engañando con otra.
- —¡Basta! ¡Basta! —Trevor se tapó los oídos—. ¡Dejad de gritar todo el tiempo! No quería hacerlo. No quería. Solo quería ver qué pasaba.
- —Oh, Dios. Oh, Dios mío, Trevor. ¿Qué has hecho? No digas una palabra más. No permitiré que diga nada más —le dijo Ella a Reena—. Voy a llamar a mi abogado.
- —Basta ya, Ella. —William puso una mano en el hombro de su hijo. Luego bajó la cabeza y la apoyó sobre la cabeza del niño—. Lo siento, chico. Tu madre y yo lo hemos complicado todo. Pero lo superaremos. Y tú también tienes que hacerlo. Dinos lo que pasó.
- —Estaba enfadado. Estaba enfadado porque os estabais peleando otra vez y y o no quería ir al colegio. Y no fui.

Reena le pasó un pañuelo de papel.

- -- ¿Y volviste a casa?
- -Solo quería jugar en mi habitación y mirar la tele, pero...
- —Estabas enfadado.
- —Se van a divorciar
- -Oh, Trev. -William volvió a sentarse-. No es culpa tuy a.
- —Tú has destrozado la casa. Eso es lo que mamá dijo. Que la estabas destrozando, así que pensé que si había un incendio te quedarías para arreglarlo todo. Pero no quería hacerlo. Cogí cerillas y prendí las fotografías y los periódicos, y luego no pude apagarlo. Me dio miedo y salí corriendo. Tenía la nota porque la había escrito antes con el ordenador. Y me fui al colé.
  - -Todo esto es culpa tuy a -escupió ella.

William le cogió la mano a su hijo.

- —Claro, ¿por qué no? Tengo mucha parte de culpa. Pero superaremos esto, hijo. Es bueno que hay as dicho la verdad. Ya verás como todo va bien.
- —Si la casa se hubiera quemado, no os divorciaríais. —Trevor hundió la cara en el pecho de su padre—. No te vay as.

Reena llegó tarde a casa, deprimida. No habría ningún final perfecto ni fácil para Trevor Parker. La terapia ayudaría, pero eso no haría que la familia volviera a estar unida. En opinión de Reena, aquello estaba cantado.

Había demasiadas parejas condenadas.

Por cada Fran y Jack, por cada Gib y Bianca, había parejas que fracasaban en el otro lado de la balanza, y normalmente superaban al número de las que salían adelante.

A lo mejor la casa de aquel niño no se había quemado de arriba abajo, pero desde luego estaba destrozada.

Aparcó delante de su nuevo hogar, bajó del coche y lo cerró.

Y vio a Bo sentado en los escalones de su casa, con una botella de cerveza.

Prácticamente no le hizo caso... todo en él parecía complicado y absorbente. Lo más fácil, pensó, será entrar en casa y cerrar la puerta. Y dejar fuera las dificultades de la jornada.

Pero el caso es que fue hasta donde estaba y se sentó junto a él.

Le cogió la cerveza y dio un buen trago.

- --Como me digas que estabas sentado esperando a que volviera me vas a asustar.
- —Entonces no te lo digo. Lo que puedo decir es que estaba disfrutando de una bonita tarde con una buena cerveza en la puerta de mi casa. ¿Un día difícil?
  - —Triste.
  - -; Alguien se ha muerto?

- —No. —Reena le devolvió la cerveza—. Y esa es una pregunta que me obliga a ver lo que ha pasado hoy con perspectiva. Muchas veces muere gente. Y si de un sitio no se nuede volver es de la muerte.
  - -; Cómo? ¡No creéis en la reencarnación? ¡Dónde está el karma?

Ella sonrió, y se sorprendió a sí misma.

- —Hoy no he tenido que enfrentarme a nadie que piense volver reencarnado en un perro. No era más que un niño que ha quemado su casa pensando que así mantendría unidos a sus padres.
  - —¿Está herido?
  - —Físicamente no.
  - —Algo es algo.
  - -Sí. Me dijiste que tus padres se divorciaron cuando eras pequeño.
- —Si. —Dio un trago a la cerveza, cuando Reena se la devolvió—. Fue... desagradable. Vale —dijo corrigiéndose cuando vio que ella se limitaba a mirarlo —, fue un infierno. No creo que te apetezca acabar de estropearte el día escuebando mis traumas de la infancia.
- —Mis padres llevan casados treinta y siete años. A veces es como si fueran un solo cuerpo con dos cabezas. Discuten, pero nunca es algo desagradable, no sé si me entiendes.
  - —Oh. sí. claro.
- —Casi diría que están pegados, pero ¿sabes? En realidad ellos son el pegamento. La solidez de su matrimonio intimida, porque los ves y no quieres conformarte con nada menos bueno.
  - -Podríamos empezar con una cena. Y ver adonde lleva.
- —Podríamos. —Reena le cogió la botella otra vez, bebió con aire pensativo. Podía oler el jabón que Bo había usado, y algo más. Aceite de linaza, tal vez. Algo que utilizaba con la madera—. O podríamos entrar y follar como locos. Eso es lo que quieres, ¿no?
- —Bueno, no estaría mal. —Dejó escapar un je je nervioso y estiró las piernas—. No puedo decir que no quiera porque… mira, soy un hombre. Y si, follar como un loco contigo sería perfecto para mí. Llevo pensando en hacer el amor contigo unos siete diecisieteavos de mí vida.

Un bufido muy poco femenino brotó de sus labios.

- —: Siete diecisieteavos?
- —He redondeado un poco la cifra, pero sí, lo he calculado. Así que si se hace realidad, para mí será algo grande. Por otra parte, he pasado siete diecisieteavas partes de mi vida pensando en hacer el amor contigo, así que esperar un poco más no me hará daño.
  - -Eres muy divertido, Bowen.
- -Sí, puedo ser divertido. Y puedo ser serio, o astuto, o informal. Soy un hombre con diferentes facetas. Si quieres, podemos cenar y te enseño unas

## cuantas

- —Puede. Mi compañero te ha investigado.
- -: Investigarme?
- Esta vez ella rio y estiró las piernas.
- -Ha comprobado tus antecedentes.
- —¡No jodas! —Más que insultado, parecía fascinado—. Uau. ¿Y he aprobado?
- —Parece que sí. —Su frente se arrugó mientras lo estudiaba—. ¿Por qué no estás enfadado? Yo me enfadé.
  - -No sé. Creo que tiene su gracia. Creo que nunca me habían investigado.
- —Tengo una familia numerosa, ruidosa, irritante y a menudo meticona y sobreprotectora. Son el centro de mi vida, incluso cuando no quiero que lo sean.
  - -Yo soy hijo único de una familia dividida. Siente mi dolor.
  - —No veo que sientas ningún dolor.
- —No. Pero tampoco significa que tu familia me asuste. Solo quiero tocarte. —Le pasó una mano por el brazo, por el hombro, y le hizo volver la cara para mirarla a los ojos—. A lo mejor no eres lo que veo en mi cabeza, pero llevas
- mucho tiempo ahí. Solo quiero comprobarlo.
- —Las relaciones no van conmigo. O, más exactamente, yo no voy con ellas.  $\xi$ Has pensado lo incómodo que puede ser que vivamos al lado si al final acabamos odiándonos?
- —Uno de los dos tendría que irse. Pero mientras tanto... —Estiró el brazo hacia atrás para abrir la puerta, y dejó la botella vacía dentro— ¿Quieres dar un paseo? He oído que hay un italiano muy bueno cerca de aquí. Podríamos comer algo.
- —De acuerdo. —Apoyó las manos en las rodillas y deseó no estar equivocándose—. De acuerdo, vamos a dar un paseo.

Reena estaba paseando al bebé de Xander y An por la salita de su apartamento para muñecas. Ya habían empezado a recoger sus cosas.

Reena se había ido del apartamento que había encima de Sirico's, y en breve su hermano y su pequeña familia se iban a instalar allí.

Las ventanas —las dos que había— estaban abiertas para que pudiera oír el sonido del tráfico y los gritos de los niños que jugaban en el parque.

El pequeño y a había eructado, pero Reena no quería dejarlo aún.

- —Así que hemos cenado un par de veces en Siricos. Nos hemos quedado un rato charlando en los escalones de la puerta de su casa. Me ha hecho un diseño de una mesa para el comedor. Es genial. Perfecto. No sé cué hacer con él.
- —No, ve al grano. —Y siguió doblando la ropa del bebé—. ¿Por qué no lo has hecho con él?
  - —Bonito tema de conversación, mamá.
- —En estos momentos, entre el parto, el cuidado de la pequeña, el trabajo y los preparativos para el traslado, mi vida sexual no pasa por su mejor momento. Tendré que poner mis necesidades en algún sitio. ¿Qué tal está de besos?
  - —No sé
- —¿Aún no lo has besado? —Tiró un pelele a un lado y se llevó la mano al pecho—. Te mudaste hace, ¿cuánto, tres semanas? Me acabas de partir el corazón.
- —Êl trabaja, yo también. —Reena se encogió de hombros—. Aunque vivimos al lado, no nos vemos cada día. A lo mejor incluso preferimos no vernos cada día. Él no ha hecho ningún movimiento y yo tampoco. Estamos...—y giró un dedo en el aire— dando vueltas alrededor del tema sin llegar a tocarlo. Yo espero continuamente que él lo haga. Y creo que él espera que yo lo espere y por eso se contiene, y eso me hace perder un poco el equilibrio. Desde luego eso se lo tengo que admirar.
- —Vale, le admiras, has estado a ratos con él, y ahora debes disfrutar de él. Te parece atractivo y sin embargo no te lanzas.
- —No. —Reena apartó a Dillon para poder mirarle la cara—. ¿Qué problema tengo?
  - -Te da un poco de miedo, ¿verdad?

—Yo no le tengo miedo a ningún hombre. —No podía, no se permitiría tenerlo—. Ni siquiera de este, que se acaba de ensuciar los pañales. Anda, cielo, ve con mará

An cogió al bebé y lo llevó a la habitación que hasta entonces habían compartido los tres. Lo tumbó en el cambiador.

- —Pues yo creo que te asusta un poco —siguió diciendo—. Al principio a mí también me daba miedo Xander. Era maravilloso y divertido, y además es un médico increíble. Me daban ganas de comérmelo. Y luego, cuando empezamos a salir, me daba muchísimo miedo conocer a tu familia. No sé, tenía una imagen muy particular en la cabeza. Como los Soprano, pero sin los crímenes, claro.
  - —Está bien saberlo.
- —Pero, una gran familia, una familia italiana. ¿Cómo iba a encajar una chica china como vo en su familia?
  - -Como una flor de loto, elegantemente enroscada en una parra.
- —Bonita imagen. Los quiero mucho, y tú lo sabes. Creo que empecé a quererlos incluso antes de querer a Xander. A él le deseaba, le admiraba, pero la familia, uau, la familia me deslumbraba. Y ahora mira lo que he conseguido. Le dio un beso en la barriga a Dillon, y le pasó a Reena un brazo por la cintura—. ;/No es la cosita más linda que has visto?
  - -Sí, más o menos.
    - —La primera vez que Xander me pidió que nos casáramos, le dije que no.
- —¿Cómo? —Reena miró al reluciente pelo de su cuñada con sorpresa—. ¿Le dijiste que no?
- —Estaba muerta de miedo. No, le dije, ¿estás loco? Dejémos las cosas como están. No tenemos por qué casarnos. Así estamos muy bien. Y Xander dejó el tema... hasta la siguiente hora. Volvió y me dijo que dejara de comportarme como una idiota.
  - —Oué romántico.
- —Pues sí, en realidad fue muy romántico. Estaba tan acelerado y tan sexy...

  Yo te quiero, tú me quieres, así que ¿por qué no tener una vida en común? Yo dije
  que sí y ya está. —Cogió al bebé en brazos, apretó su mejilla contra la de él—.
  Gracias a Dios. Y si te digo todo esto —añadió— es solo para que veas que no es
  malo estar un poco asustada. Pero es mejor que des el paso.
- « Si, quizá tendría que hacerlo», pensó cuando conducía de vuelta a casa. ¿Qué la retenía? An tenía razón... ella siempre tenía razón. Lo mejor era mover ficha. Porque, se recordó a sí misma, normalmente la persona que mueve primero, tiene ventaja.

No tenía por qué tener ventaja en una relación, pero tampoco le importaba especialmente que así fuera. Y, si se paraba a pensarlo, la verdad es que era lógico. El chico la había llevado en su imaginación durante... ¿qué había dicho? Siete diecisieteavas partes de su vida. ¿No era un poco fuerte? Así que,

lógicamente, eso significaba que tendría toda clase de ideas e imágenes preconcebidas sobre ella. Y sin duda, la may oría serían exageradas e inexactas.

Pero, si daba el paso, si movía pieza, habrían entrado en el campo de juego.

Y a ella le gustaba jugar.

A veces hay que dejarse llevar, decidió cuando aparcó el coche y cogió su bolso. No tenía sentido darle tanta importancia o tratar de analizar tanto.

Así que fue directa a la puerta de la casa de Bo y llamó con los nudillos. Tardó tanto en salir a abrir que Reena pensó si no estaría trabajando en el patio, como hacía algunas noches. Pero, cuando abrió, ella tenía una sonrisa seductora en los labíos

- —Hola, pasaba por aquí, y he pensado... —Parecía afectado y se le veía muy pálido—. ¿Oué pasa?
- —Yo... tengo que irme. Lo siento. Tengo que... —Se interrumpió, miró atrás con expresión perdida, como si hubiera olvidado lo que estaba haciendo.
  - -Bo, ¿qué ha pasado?
  - —¿Qué? Tengo que... mi abuela.

Ella lo cogió del brazo y le habló con calma. Sabía reconocer a una víctima cuando la veía.

- --: Oué le ha pasado a tu abuela?
- —Ha muerto.
- —Oh, lo siento. Lo siento mucho. ¿Cuándo ha sido?
- —Acaban... acaban de llamarme. Tengo que ir a su casa. Está en su casa. Tengo que ocuparme de sus cosas. No sé.
  - —Vale Te llevo
- —¿Qué? Espera, dame un segundo. —Se apretó los ojos con los dedos—. Estov un poco confuso.
  - -Claro que lo estás. Por eso te llevo.
- —No, no, no pasa nada. —Dejó caer las manos, meneó la cabeza—. Está muy lejos, en Glendale.
  - -Vamos, iremos en mi coche. ¿Tienes las llaves de la casa?
- —Las... —Se metió una mano en el bolsillo y las sacó—. Sí, sí. Oye, Reena, no tienes por qué hacerlo. Solo necesito un momento y enseguida estaré bien.
- —Es mej or que no conduzcas, hazme caso. Y no tendrías que ir solo. Cierra la puerta —le dijo, y fueron hasta su coche—. ¿Dónde de Glendale?

Él se restregó la cara como si tratara de quitarse el sueño de encima y le dio una dirección y algunas indicaciones imprecisas.

Reena conocía la zona bastante bien de cuando estudiaba en la universidad.

- -- ¿Estaba enferma tu abuela?
- —No, no tenía nada importante. Que yo supiera. Un montón de pequeñas puñetas, lo normal cuando uno tiene ochenta y siete años, u ochenta y ocho. Mierda No me acuerdo

- —A las mujeres no nos importa que no os acordéis de nuestra edad. —Y le pasó una mano por la suya —. ¿Quieres contarme lo que ha pasado? ¿O prefieres que vavamos en silencio?
- —No lo sé. No sé. La encontró su vecina. Estaba preocupada porque no contestaba al teléfono. Y esta mañana no salió a recoger el correo. Es... mi abuela era mujer de costumbres, ¿sabes?

## —Sí.

- —Y tiene las llaves. La vecina. Fue a ver qué pasaba. Aún estaba en la cama. Supongo que murió mientras dormía. No sé. Estuvo alli todo el dia, sola todo el dia dia
- —Bowen, es duro perder a alguien. Pero deja que te haga una pregunta, cuando te llegue el momento, ¿no crees que no hay una forma mejor de morir que en tu cama, en tu casa, mientras duermes?
- —Seguramente. —Respiró hondo—. Hablé con ella ayer mismo. La llamo cada dos o tres días. Solo para ver cómo está. Me dijo que el grifo de la cocina volvía a gotear, así que tenía que pasarme hoy o mañana para arreglarlo. Hoy he estado demasiado ocupado para ir. Mierda.
  - -Te preocupabas por ella.
- —No, solo le arreglaba las cosas de la casa. Iba a verla cada dos semanas más o menos. No lo bastante. Tendría que haber ido más. ¿Por qué siempre te das cuenta de estas cosas cuando ya es tarde?
- —Porque somos humanos y tenemos tendencia a culparnos. ¿Tienes algún otro familiar cerca?
- —No. Mi padre está en Arizona. Dios, ni siquiera le he llamado. Mi tío vive en Florida. Tengo un primo en Pensilvania. —Echó la cabeza hacia atrás—. Tengo que buscar los números.

La imagen empezaba a cobrar forma, y esa imagen le decía a Reena que el chico estaba solo en aquello.

- —¿Sabes qué quería? ¿Te dijo alguna vez cómo quería que la enterraran?
- -La verdad es que no. Una misa. Habría querido una misa.
- —¿Eres católico?
- —Ella sí. Lo era. Yo no soy practicante. Los ritos finales. Mierda. Es demasiado tarde para eso. Me siento tan idiota...—dijo con un suspiro—. Nunca he hecho nada de esto. Mi abuelo murió hace casi veinte años en un accidente de coche. Y los padres de mi madre están en Las Vegas.
  - -¿Tus abuelos viven en Las Vegas?
- —Sí. Les encanta. La última vez que la vi, ¿cuándo fue, hace dos semanas? Tomamos un té realmente espantoso... ya sabes, de ese que guardas en un tarro, azucarado y con sabor a limón.
  - -Tendría que estar prohibido.
  - —Sí. —Se rio un poco—. Tomamos un té espantoso y Chips Ahoy! en su

patio. No era de las que preparan galletitas caseras y esas cosas. A ella le gustaba jugar al pinacle y tragarse todos los programas catastrofistas de la tele. De los que sacan ataques de mascotas, o vacaciones que salen fatal. Le encantaba esa basura. Fumaba tres cigarrillos al día. Virginia Slims. Tres. Ni uno más ni uno menos

- -Y tú la querías.
- —Sí. Nunca me lo planteé, pero sí, la quería. Gracias. Gracias por ayudarme con esto.
  - —No pasa nada.

Ya más tranquilo, Bo le estuvo dando indicaciones en la parte final del trayecto, hasta que llegaron a una bonita casa de ladrillo con un jardín muy cuidado.

Tenía postigos blancos y un pequeño porche también blanco. Supuso que Bo los había pintado... y seguramente también había construido el pequeño porche.

- Una mujer de cuarenta y tantos años salió de la casa. Tenía los ojos enrojecidos de llorar. Llevaba puesto un chándal azul y se había recogido el pelo castaño claro en una cola.
- —Bo. Bo, lo siento. —Lo abrazó y no dejó de estremecerse—. Me alegro tanto de que estés aquí. —Suspiró, se echó hacia atrás—. Lo siento —le dijo a Reena—. Sov Judy Dauber. la vecina de al lado.
  - -Esta es Reena, Catarina Hale, Judy, gracias por... por esperar con ella.
  - -Por supuesto, cariño. Por supuesto.
  - —Tengo que entrar.
- —Ve. —Reena lo cogió de la mano y le dio un apretón—. Yo entraré enseguida.

Reena espero en el césped, y vio cómo iba hacia la puerta y entraba en la casa.

—Pensé que estaba dormida —empezó a decir Judy—. Pero solo un momento. Pensé, bueno, por Dios, Marge, ¿qué haces en la cama a estas horas? Era muy activa. Y entonces lo comprendí, me di cuenta. Hablé con ella ayer mismo. Me dijo que Bo vendría dentro de uno o dos días para arreglarle el grifo. Y que cuando viniera le tendría preparada una lista de pequeñas cosas que hacer. Estaba muy orgullosa de él. No tenía nada bueno que decir del padre, pero a Bo no dei aba de elogiarlo.

Se sacó un pañuelo de papel y se limpió los ojos.

- —Lo elogiaba mucho. Él era el único que se preocupaba por ella, no sé si me entiende. El único que le prestaba atención.
  - -Usted también.

Judy la miró y las lágrimas empezaron a caer otra vez.

—Judy. —Reena le rodeó los hombros con un brazo y caminaron hacia la casa.

- —Bo dice que su abuela era católica. ¿Conoce usted el nombre de la iglesia adonde iba, del cura?
  - -Oh, sí, sí, por supuesto. Tendría que haberlo pensado.
  - -Podemos llamar. Y a lo mejor podemos encontrar el teléfono de sus hijos.

La muerte podía llegar de la forma más simple, pero invariablemente lo que venía después era complicado. Reena hizo lo que pudo y se puso en contacto con el cura mientras Bo llamaba a su padre. Los papeles estaban organizados con eficiencia en un cajón archivador de un pequeño despacho que había en la habitación libre. El seguro, el nicho, una copia del testamento, la escritura de la casa, los papeles del viejo Chevy que, según le dijeron a Reena, Marge Goodnight usaba para ir a la iglesia o a la tienda.

El cura llegó tan deprisa y con expresión tan solemne que Reena dedujo que Marge había sido un miembro destacado de la parroquia.

En aquella casa Reena vio una nueva faceta de Bo. El orden ciertamente era obra de Marge. Pero el mantenimiento era cosa de Bo. No se veian las reparaciones y arreglos chapuceros que solían encontrarse en las casas y apartamentos de la gente mayor.

Como Judy había dicho, le prestaba atención. Se preocupaba por ella.

Bo se ocupó de los detalles, hizo las llamadas, habló con el cura, tomó las decisiones. Hubo un momento en que vio que vacilaba y lo cogió de la mano.

- -¿Qué puedo hacer?
- —Ellos, hum... quieren saber qué ropa llevará. Para el funeral. Tengo que elegir algo.
  - —¿Por qué no me ocupo y o de eso? Los hombres nunca sabéis qué nos gusta.
- —Te lo agradecería. Sus cosas están ahí, en el armario. Puedes esperar. Todavía no... vaya, que todavía está ahí.
  - -Vale, no te preocupes. Yo me ocupo.

A lo mejor era un poco surrealista entrar en el dormitorio de una mujer a la que nunca había visto e inspeccionar su armario mientras su cuerpo estaba en la cama. Por respeto, primero Reena fue hasta la cama y bajó la vista.

Marge Goodnight tenía el pelo gris, y lo llevaba corto y liso. No era una mujer ostentosa, decidió. Su mano izquierda, con el anillo de bodas puesto, estaba apoy ada sobre la sábana.

Supuso que Bo habría estado sentado allí, y le habría sujetado la mano mientras se despedía.

—Es demasiado para él —dijo con voz callada—. Elegir un vestido para usted sería demasiado. Espero que no le importe que yo me ocupe de eso.

Abrió el armario y sonrió cuando vio los estantes hechos a mano.

—Los hizo él, ¿verdad? —Miró a Marge por encima del hombro—. A usted le

gustaba tenerlo todo ordenado y a él construir cosas. Es un buen diseño. A lo mejor le contrato para que me haga algo parecido. Qué le parece este traje azul, Marge? Es digno, pero no rígido. Y la blusa con un poquito de blonda por la abertura. Bonita pero no chillona. Creo que me habría gustado usted.

Encontró una bolsa para trajes, colgó las prendas en ella y, aunque se daba cuenta de que no era necesario, eligió unos zapatos y la ropa interior.

Antes de salir de la habitación, se volvió de nuevo a la cama.

--Encenderé una vela por usted y pediré a mi madre que rece un rosario. Nadie reza los rosarios como mi madre. Buen viaje, Marge.

Reena se tomó dos horas de su tiempo para asuntos personales para asistir al funeral. Bo no le había pedido que fuera. En realidad, estaba convencida de que lo había hecho expresamente. Se sentó al fondo, y no le sorprendió ver que la iglesia estaba tan llena. Su breve conversación con el cura había confirmado su impresión de que Marge Goodnight era un miembro destacado de la parroquia.

La gente había llevado flores, como suelen hacer los amigos y vecinos, así que la iglesia olía a azucenas, incienso y cera. Reena se puso en pie y se arrodilló, se sentó y habló, siguiendo el ritmo de la misa, que era tan familiar para ella como el latido de su corazón. Cuando el cura habló de los muertos, se refirió a la difunta con palabras personales y a fectuosas.

Le importaba, pensó Reena. La mujer había dejado una huella. Y ¿no era eso lo que importaba?

Cuando Bo se acercó al altar para decir unas palabras, a Reena se le ocurrió que seguramente a Marge no le importaría que admirara lo guapo que estaba con aquel traje negro.

—Mí abuela —empezó— era una mujer dura. No soportaba a la gente estúpida. Ella pensaba que tenemos que utilizar el cerebro que Dios nos ha dado, porque si no lo único que haces es ocupar espacio. Ella hizo mucho más que ocupar un espacio. Me contó que durante la Depresión ella trabajaba en una tienda, que ganaba un dólar al día. Cada día tenía que andar tres kilómetros de ida y tres de vuelta, lloviera o hiciera sol. No pensaba que fuera ninguna gran cosa, pero hizo lo que tenía que hacer.

» Me contó que en una ocasión pensó en hacerse monja, pero al final decidió que prefería el sexo. Espero que no esté mal que lo diga aquí —añadió, porque se oyeron unas risas—. Se casó con mi abuelo en 1939. Tuvieron lo que ella llamaba una luna de miel de dos horas y luego tuvieron que volver al trabajo. Por lo visto, se las arreglaron para concebir a mi tío Tom en ese espacio tan corto. Mi abuela perdió a una hija de seis meses, perdió a un hijo que no llegó a los veinte en Vietnam. Perdió a su marido, pero no perdió nunca su fe. O su independencia, que para ella era igual de importante. Ella me enseñó a montar en bicicleta y a

terminar lo que empiezo.

Se aclaró la garganta.

—Deja a dos hijos, a mi primo Jim y a mí. La voy a echar de menos.

Reena esperó fuera de la iglesia mientras la gente hablaba con Bo antes de marcharse. Hacía una bonita mañana, el sol brillaba con fuerza y olía a hierba recién cortada

Se fijó en las dos personas que estaban junto a Bo. Un hombre que tendría su misma edad, de metro ochenta aproximadamente, con unas modernas gafas con montura metálica y traje y zapatos oscuros de calidad. Y una mujer de unos treinta años, con pelo corto y rojo, que llevaba gafas de sol y un vestido negro sin maneas.

Por lo que Bo le había dicho, no podían ser parientes. Pero Reena reconocía a una familia en cuanto la veía.

Bo se separó de los demás v se acercó a Reena.

- —Gracias por venir. No había tenido ocasión de hablar contigo, de darte las gracias.
- —No pasa nada. Siento no poder ir al cementerio. Tengo que volver al trabajo. Ha sido un servicio encantador. Lo has hecho muy bien.
- —Me daba mucho miedo. —Se puso unas gafas de sol para ocultar sus ojos cansados—. No había tenido que hablar delante de tanta gente desde la pesadilla de secundaria
  - —Pues te ha salido perfecto.
- —Me alegro de que ya haya pasado. —Miró más allá y apretó la mandibula —. Tengo que irme con mi padre. —Y señaló con el gesto a un hombre vestido con traje negro. Pelo negro con un toque de blanco en las sienes, como unas alas relucientes.
  - « Moreno y en forma --pensó Reena--. E impaciente» .
  - -Parece que no tenemos gran cosa que decirnos. ¿Cómo puede ser?
- —No lo sé. Pero esas cosas pasan. —Y le dio un beso en cada mejilla—. Cuídate

A las diez de una mañana lluviosa de junio, Reena estaba ante el cuerpo parcialmente calcinado de una mujer de veintitrés años. Lo que quedaba de ella estaba en una sucia habitación de un hotel. Decir que era un hervidero de pulgas sería poco.

Según el permiso de conducir que habían encontrado en su monedero, debajo de la cama, y el registro del hotel, su nombre era DeWanna Johnson.

Tenía el rostro y la parte superior del tronco totalmente destrozados, así que no podría confirmarse su identidad hasta más tarde. La habían liado en una manta y habían utilizado el relleno del colchón como combustible. Reena tomaba fotografías mientras O'Donnell establecía una cuadrícula de trabajo.

—Bueno. De Wanna se registró en el hotel hace tres días con un hombre. Pagó por dos noches en efectivo. Aunque es posible que quisiera dormir en el suelo y se prendiera fuego ella misma, me huelo que aquí hay algo raro.

O'Donnell mascaba chicle con aire pensativo.

- —A lo mejor la sartén cubierta de sangre y materia gris que hay allí te ha dado la pista.
- —No sufrió. Jesús, DeWanna, apuesto a que primero te montó un espectáculo. Tenía un buen combustible con la manta y el relleno del colchón, y la grasa corporal de la víctima. Pero lo fastidió. Tendría que haber abierto la ventana, tendría que haber rociado la alfombra con un liquido inflamable. No había ni suficiente oxígeno ni un fuego de suficiente intensidad para acabar el trabajo. Espero que ya estuviera muerta cuando le prendió fuego. A ver qué dicen el forense y los radiólogos.

Reena examinó el resto de la habitación, con un aparte para la pequeña cocina. Platos rotos en el suelo, que identificó como buey picado con ketchup salpicado sobre el linóleo sucio.

—Parece que la mujer estaba preparando la cena cuando empezó la discusión. En la sartén hay restos de comida y de su cabeza. Seguramente él cogió la sartén directamente del fuego.

Le dio la espalda a la cocina, cruzó las manos como si estuviera sujetando el mango de una sartén y la agitó.

—La golpeó por detrás. La salpicadura de sangre que veo aquí parecería confirmarlo. Y luego repite con otro golpe lateral y la derriba. Y a lo mejor le dio unos golpes más, hasta que al final pensó: « Uau, mierda, qué he hecho» .

Reena rodeó el cuerpo.

- —Se le ocurre prenderle fuego para encubrir el asesinato. Pero la grasa animal no arde limpiamente. El fuego le destroza el tejido superficial, la cara, y poco más, pero no hace que la temperatura de la habitación cerrada se eleve lo bastante para que prenda el relleno o incluso la alfombra en la que está envuelta.
  - -Así que probablemente no tenemos que buscar a ningún químico.
- —Ni a alguien que ya lo tuviera planeado. Por lo que veo en la escena actuó en el calor del momento, no fue algo premeditado.

Reena pasó al cuarto de baño. La parte posterior del lavabo estaba cubierta de cosméticos. Laca, champú, rimel, lápiz de labios, colorete, sombra de ojos. Se acuclilló y empezó a rebuscar entre la basura con unos guantes puestos. Unos minutos después, salió con una cajita.

-Creo que ya tenemos un motivo. -Y sostuvo en alto el test de embarazo.

La vaga descripción que el recepcionista dio del hombre que se había registrado con la víctima recibió un fuerte impulso gracias a las huellas que Reena sacó de la sartén

- —Lo tengo —le dijo a O'Donnell, y dio la vuelta en su silla para ponerse de cara a la mesa de su compañero—. Jamal Eari Gregg, veinticinco años. Está fichado. Agresión, posesión e intento de venta de droga. Cumplió condena en Red Onion, Virginia. Salió hace tres meses. Aquí aparece una dirección en Richmond. En el permiso de conducir de DeWanna Johnson también había una dirección de Richmond.
  - -Bueno, parece que vamos a tener que hacer un viajecito.
- -Hay una MasterCard a nombre de ella. Pero no estaba ni en su monedero ni en la habitación.
- —Si se la ha llevado, seguro que la usará. Imbécil. Daremos aviso. A lo mejor podemos ahorrarnos el viajecito por la 95.

Reena redactó el informe, hizo una búsqueda para localizar posibles socios.

- —El único vínculo que encuentro con Baltimore es un compañero de celda de Red Onion. El hombre aún está dentro. Está cumpliendo una condena de cinco años por tráfico.
- —A Jamal lo encerraron por posesión de droga con intención de venderla. A lo mejor vino a Baltimore para tratar de introducirse en el mundillo aprovechando los contactos de su amigo de celda.
- —De Wanna Johnson está limpia. No está fichada por ningún delito, ningún arresto. Pero ella y Gregg fueron al mismo instituto.

O'Donnell se bajó las gafas que tenía que ponerse para leer.

- --; Novios del instituto?
- —Cosas más raras se ven. El hombre sale de la cárcel, la recoge y vienen a Baltimore... pagando ella, con el coche de ella. Debía de estar enamorada. Voy a comprobar la dirección que aparece en su permiso de conducir, a ver qué encuentro
- —Yo pondré al corriente al capitán —dijo O'Donnell—. A ver si quiere que vayamos a Richmond con esto.

Cuando O'Donnell volvió, Reena levantó un dedo para que esperara un momento

—Le estoy muy agradecida, señora Johnson. Si sabe algo de su hija o de dónde para Jamal Gregg, por favor llámeme. Ya tiene mi número. Si, gracias.

Reena se recostó en su silla.

—Novios del instituto. En realidad, se querían tanto que DeWanna tiene una hija de cinco años. Está con su madre. Jamal y DeWanna se fueron hace tres días... en contra de la voluntad de la madre. Por un asunto de trabajo. Dice que cuando se trata de ese inútil no le funciona el cerebro, y que espera que esta vez lo encerremos para bastante tiempo para que su hija tenga una oportunidad de hacer algo decente con su vida. No le he dicho que seguramente DeWanna ya ha perdido su oportunidad.

- —Tiene una hija con ella. Sale de la cárcel, decidido a poner en marcha un negocio y ella le dice que vuelve a estar embarazada. Pierde los papeles, la golpea, le prende fuego, se lleva la tarjeta de crédito, el dinero en efectivo, el coche.
  - —Creo que lo tenemos.
- —Tenemos vía libre para ir a Richmond. Espera un momento. —Y contestó a su teléfono, que estaba sonando—. Unidad de delitos incendiarios, O'Donnell. Si. Si. —Mientras hablaba, iba garabateando unas notas en un papel—. Consigue la autorización. Vamos para allá.

Reena y a se había levantado y estaba cogiendo su chaqueta.

- --: Adónde?
- —Almacén de licores en Central.

Cuando iban hacia el lugar. Reena cogió la radio y pidió refuerzos.

Cuando llegaron ya se había ido, y Reena se quedó plantada bajo la lluvia, con una profunda sensación de frustración. Le dio una patada al neumático de atrás del coche que Jamal había dejado encima del bordillo. Su móvil empezó a sonar y Reena lo sacó.

- —Hale. Vale. Lo tengo. —Cortó la comunicación—. La víctima estaba embarazada de seis semanas. Causa de la muerte, traumatismo.
  - —El forense ha trabajado deprisa.
- —He sido muy persuasiva. No puede haber ido muy lejos. Incluso si ha decidido deshacerse del coche, no puede haber llegado muy lejos.
- —Lo buscaremos. Sube al coche que te vas a mojar. —O'Donnell volvió a ponerse al volante—. Ya he dado aviso a todas las unidades. Va a pie. Está enfadado porque no ha conseguido la bebida.
  - -Un bar. ¿Dónde está el bar más cercano?
  - O'Donnell la miró v sonrió.
- —Ahora te escucho. —Volvieron la esquina y O'Donnell asintió—. Echemos un vistazo.

El local se llamaba Hideout. Esconderse con una botella en una tarde lluviosa era lo que parecía que hacían allí varios clientes.

Jamal estaba en un extremo de la barra, bebiendo cerveza.

Bajó del taburete como un ravo y corrió hacia la parte de atrás.

- « Sabe reconocer a los polis», fue lo único que pensó Reena cuando echó a correr tras él. Llegó a la puerta que daba al callejón tres zancadas antes que su compañero. Evitó el cubo metálico de basura que Jamal derribó. O'Donnell no.
  - -¿Estás bien? -gritó ella a su espalda.

—Ve a por él. Yo te sigo.

Jamal era rápido, pero Reena también. Cuando se encaramó por la reja que había al final del callejón y saltó, ella fue detrás.

abia al final del callejon y salto, ella fue detra —¡Policía! ¡Quieto!

Es rápido, volvió a pensar Reena, pero no conoce Baltimore. Ella también era rápida... y conocía muy bien la ciudad.

Esta vez, el callejón cubierto de charcos adonde habían ido a parar no tenía salida. El hombre se dio la vuelta, con mirada salvaje, y sacó un cuchillo.

-Ven aquí, puta.

Sin apartar los ojos de él, Reena sacó su arma.

- -¿Eres idiota? Tira ese cuchillo antes de que te dispare, Jamal.
- —No tienes pelotas.

Ella sonrió, aunque se notaba las manos pegajosas y tenía la sensación de que las rodillas se iban a poner a temblar.

—Pruébame

Desde atrás, oyó que O'Donnell renegaba y resollaba. Fue como música a sus oídos.

- -Y a mí -dijo O'Donnell apoy ando su arma sobre la reja.
- —Yo no he hecho nada. —Jamal tiró el cuchillo—. Solo estaba tomando una copa.
- —Sí, eso díselo a DeWanna y al bebé que estaba esperando. —El corazón le latía con violencia contra las costillas cuando avanzó hacia Jamal—. Al suelo, cabrón. Las manos sobre la cabeza.
- —No sé de qué hablas. —Se puso de rodillas, con las manos sobre la cabeza —. Os estáis equivocando de persona.
- —Cuando estés en la cárcel, harías bien en estudiar las propiedades del fuego. Entretanto, Jamal Eari Gregg, estás detenido como sospechoso de asesinato. — Dio una patada al cuchillo para alej arlo y lo esposó.

Cuando oyeron las sirenas, estaban empapados. O'Donnell le dedicó una sonrisa feroz.

- -Eres rápida, Hale.
- —Sí.

Y, como todo había acabado, se sentó en el suelo mojado para recuperar el aliento.

« Bueno, ya está», pensó Bo cuando entró en su casa. Al menos eso esperaba. Casi todo. Abogados, seguro, contables, agentes inmobiliarios. Tantas entrevistas y tanto papeleo que le daba dolor de cabeza. Por no mencionar un par de agarradas con su padre.

« Todo saldado», volvió a pensar, aunque no acababa de decidir si eso le aliviaba o le deprimía.

Dejó la caja de embalaje que llevaba en las manos junto a la que había dejado poco antes al pie de la escalera. «Queda una más en el coche», pensó. Podía deiarla alli y sacarla más tarde.

Pero le pareció oír la voz de su abuela diciéndole que hay que acabar lo que uno empieza.

- —De acuerdo, de acuerdo. —Se pasó la mano por el pelo sudado y se dispuso a salir otra vez.
- «Una cerveza no me iría mal», pensó. Una cerveza, una ducha caliente, puede que algún programa del canal de deportes. Relajarse, un poco de descompresión. Cuando estaba abriendo el maletero para sacar la última caja, Reena llegó con su coche. Se olvidó por completo de su velada viendo un partido en calzoncillos
- —Hola. —Le pareció que estaba algo pálida y cansada, pero quizá fuera por la lluvia.
  - —Hola.

Tampoco llevaba gorra, y su pelo era un revoltijo de rizos castaños.

- -¿Tienes un momento? -le preguntó a Reena-. ¿Quieres entrar?
- Ella vaciló, y luego encogió ligeramente los hombros.
- -Claro. ¿Necesitas que te eche una mano?
- -No, y a está todo.
- —No te has dejado ver mucho esta semana —comentó Reena.
- —He tenido que trabajar entre reunión y reunión. Resulta que soy el albacea de las propiedades de mi abuela. Suena como si fuera una gran cosa, como si hubiera vivido nadando en dinero o algo así. Pero se trata más que nada de abogados y papeleo. Gracias —añadió cuando ella le abrió la puerta—. ¿Quieres un vino?

- —Tanto como respirar.
- —Espera, te traeré una toalla. —Dejó la caja junto a las otras y se fue por el pasillo hasta lo que Reena sabía que era un aseo.
- La distribución de la casa era prácticamente idéntica a la suya. Pero Bo había añadido cosas que la hacían diferente. La cenefa y el suelo habían recuperado su color natural y estaban barnizados, y las paredes eran de un verde cálido e intenso que realzaba el tono a miel de la madera de haya. Había colgado una lámpara de estilo mission del alto techo.

A aquel pasillo le habría ido bien una alfombra, pensó. Algo antiguo y un poco gastado, lleno de carácter. Y seguramente le daría un acabado distinto a la mesita que había cerca de la puerta, donde había tirado las llaves.

Volvió con un par de toallas de color azul marino.

- -Has hecho cosas muy bonitas para tu casa.
- —¿Ah sí? —Miró a su alrededor mientras se restregaba el pelo con la toalla — Buen comienzo
- —Muy buen comienzo —dijo ella pasando a la sala de estar. Los muebles necesitaban ayuda. Fundas, o mejor aún, cambiarlos. Y seguramente tenía la televisión más grande que Reena había visto dominando una pared. Pero las paredes estaban printadas de un tono algo más oscuro de verde; el enmaderado era excelente. Y la pequeña chimenea estaba hecha de granito de color crema, enmarcada por más roble color miel con una repisa amplia y voluminosa.
- —Uau, es precioso, Bo. De verdad. —Se acercó a la chimenea, pasó los dedos por la repisa. Había polvo, pero debajo la madera era como seda— ¡Oh! ¡Y la ventana! —Estaba flanqueada por unos estantes, a juego con la madera de la cenefa—. Justo el tipo de detalle que necesita una habitación de este tamaño. Le da un aire muy acogedor.
- —Gracias. Estaba pensando si poner unas puertas de cristal... granulado tal vez. Aún no lo he decidido. Pero ya lo estoy haciendo con los estantes empotrados que voy a poner en el comedor, así que quizá valga la pena que aquí las deje como están.

Estaba orgulloso de su trabajo, pero el entusiasmo de Reena lo animó.

- -La cocina y a está terminada, si quieres verla...
- —Sí. —Cuando salía, miró atrás para echar un último vistazo a la chimenea —. ¿Podrías hacer algo parecido en mi casa?
  - -Puedo hacer lo que tú quieras.

Ella le devolvió la toalla.

- -Tendremos que hablar sobre tus tarifas.
- —Te haré un descuento por enamoramiento.
- —Sería una idiota si dijera que no. —Mientras iban hacia la cocina, Reena fue asomando la cabeza en las otras habitaciones—. Soy muy curiosa. ¿Esto qué será, una especie de salita para la televisión?

- —Esa es la idea. Hay espacio para una pantalla grande. Estoy trabajando en el diseño
- —Y me imagino que estás utilizando el monstruo que tienes en la sala de estar para tomar medidas.

Él sonrió de forma espontánea.

- -Ya que te pones a mirar la tele, que sea una tele de verdad.
- —En casa yo tenía pensado utilizar este mismo espacio como biblioteca. Con muchas estanterías, colores cálidos, y a lo mejor instalo una de esas chimeneas de gas. Con sillones grandes y cómodos.
  —Esa pared sería perfecta para la chimenea. —Y la señaló alzando el
- mentón—. Podrías poner un bonito asiento de ventana allí.
  - —Un asiento de ventana —pensó Reena—. ¿Cómo de enamorado estás?
  - -Iba a tomarme una cerveza y mirar el partido. Y entonces te vi.
- —Muy enamorado. —Reena salió y echó un vistazo en el aseo. Baldosas nuevas, nuevos apliques. Luego venía el comedor, donde encontró más cosas en proceso de construcción—. Es mucho trabajo.
- —Me gusta trabajar. Incluso si tengo que buscar tiempo entre cliente y cliente. El negocio va bien, así que estoy tardando más en acondicionar esta casa que la anterior. Pero me gusta este sitio Y además estás tú.
- —Hum. —Reena no hizo ningún comentario y entró en la cocina—. Virgen santa. Bo. Es increíble. Como en una revista.
- —Las cocinas son la parte más importante de una casa. —Abrió la puerta del cuartito para la lavadora y arrojó las toallas dentro—. Un punto decisivo para una venta. Normalmente es por donde empiezo las reformas.

En el suelo había puesto grandes baldosas de color teja del mismo color que las repisas, y había blanqueado los armarios. Algunos tenían puertas de cristal emplomado. Había instalado una barra y una ventana para que entrara la luz del patio. Los amplios alféizares eran de piedra y estaban pidiendo a gritos unos tiestos de plantas o hierbas.

- —Te has esmerado mucho con los electrodomésticos. Sé lo que tengo yo en casa. Me encantaría tener una de esas parrillas empotradas.
  - —Puedo conseguirte una a buen precio. A precio de coste.
  - -Me encanta la iluminación. El estilo mission es perfecto.
- Él dio un golpe en un interruptor y los ojos de Reena destellaron. De debajo de los armarios más altos también salía luz
- —Bonito detalle. Ahora tendré que envidiar tu cocina. Esta vitrina es preciosa. ¿Por qué no has puesto nada dentro?
- —No tengo nada. Aunque me parece que ahora sí. Cosas de mi abuela. Abrió la nevera y sacó una botella de vino blanco—. Me lo ha dejado todo a mí. Bueno, ha hecho un pequeño donativo a la iglesia, pero lo demás es mío. La casa. Todo

- -Y eso te entristece -dijo ella con suavidad.
- —Un poco, supongo. Pero estoy agradecido. —Durante un momento, se limitó a sujetar la botella, apoy ado contra la puerta de la nevera—. La casa está limia. Cuando suoere el sentimiento de culna. la venderé.
- —Tu abuela no querría que te sintieras culpable. No esperaba que te mudaras allí. Solo es una casa.

Bo cogió vasos y sirvió el vino.

- —A eso iba. No necesita mucho trabajo. Me he ocupado de mantenerla en buen estado para mi abuela. He empezado a sacar cosas. Las cajas de la otra habitación. —Le entregó su vaso—. Sobre todo fotografías, algunas i ovas v...
  - —Cosas importantes.
- —Si, son importantes. Tenía un par de dibujos que yo le hice de pequeño. Ya sabes, con casas cuadradas y tejados triangulares. Un gran sol amarillo. Y páiaros con forma de W.
  - —Te guería.
- —Sí, lo sé. Mi padre ha decidido sentirse herido y ofendido porque no le ha dejado nada a él. En los últimos cinco o seis años la habrá visto como mucho un par de veces, y ahora se hace el ofendido. —Se interrumpió, meneó la cabeza—. Perdona.
- —Las familias son complicadas. Si lo sabré yo. Tu abuela decidió por sí misma. Bo. Estaba en su derecho.
- —Lo entiendo. —Bo se frotó la parte central de la frente con fuerza con los dedos—. Podría darle una parte cuando venda la casa, pero a mi abuela no le gustaría. Así que no lo haré. A mi tío y a mi primo les ha dejado muy poca cosa. Creo que ha dejado muy claro lo que pensaba. Bueno. —Descartó el tema—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que te prepare algo de cena?
  - -¿Sabes cocinar?
- —Un pequeño respiro que me tomé hace mucho... y, por una feliz coincidencia, descubrí que para las mujeres un hombre que cocina es como los preliminares en el sexo.
  - -No andas desencaminado, no. ¿Qué tienes?
  - Él sonrió.
- —Ya se me ocurrirá algo. Y ya que estamos, ¿por qué no me dices por qué se te nota tan cansada?
- —¿Se me nota cansada? —Dio un sorbito al vino mientras él abría la nevera —. Sí, supongo que sí. He tenido un día muy duro. ¿Quieres que te aburra contándotelo?
- —Sí. —Encontró un par de pechugas de pollo, las puso en el microondas para descongelarlas y abrió el cajón de las verduras.
- -Mi compañero y yo hemos estado trabajando en un caso. Un hotel de mala muerte en el sur de Baltimore. Una víctima. Mujer. Tenía la cabeza y buena

parte del tronco... Perdona, me acabo de dar cuenta de que no es una conversación muy apropiada antes de comer.

- -No pasa nada. Tengo el estómago fuerte.
- —Digamos que estaba bastante quemada. Lo del fuego era para tratar de ocultar que la habían golpeado hasta matarla. Ni eso lo hizo bien. Está todo allí, como unos grandes focos.

Reena le contó los detalles, mientras él batía algo en un pequeño cuenco de acero inoxidable y luego lo echaba a la sartén.

- -Tu trabajo es muy duro. Tener que ver todas esas cosas...
- —Tienes que aprender a trazar una línea entre objetividad y compasión. Es dificil. El caso de DeWanna me ha afectado. Todos esos cosméticos amontonados en el lavabo, la comida que trataba de preparar. Lo quería, y el muy hijo de puta se molestó tanto al saber que volvía a estar embarazada como si solo fuera culpa de ella, que va y le destroza la cara con una sartén, la mata a golpes y luego se asusta y le prende fuego. Le prendió fuego a su pelo. Hay que ser muy insensible para hacer algo así.

Bo le sirvió más vino

- -¿Le cogisteis?
- —No fue difícil. No es precisamente inteligente. Utilizó la tarjeta de crédito de ella... o lo intentó. Aunque nos descubrió. En cuanto entramos en aquel bar de mala muerte nos olió. Salió corriendo por la parte de atrás, derribó a mi compañero con un cubo de basura. Y yo que voy tras él, le estoy alcanzando, salto por encima de una reja. Estaba lloviendo a cántaros. Ni siquiera pensaba, me limitaba a actuar. Él no conocía la ciudad, así que se mete en un callejón sin salida. Y entonces se da la vuelta y me saca un cuchillo.
  - -Madre mía

Ella meneó la cabeza

—Tengo una pistola. Una pistola. Por Dios ¿qué pensaba ese hombre, que me asustaría y me iría corriendo? —Pero lo cierto es que una parte de ella habría querido hacerlo—. Ya he tenido que sacar mi arma otras veces, no muchas, aunque en realidad casi ni era necesario. En cambio esta vez... las manos me temblaban y tenía frio. Por dentro, no por la lluvia. Porque sabía que seguramente tendría que utilizarla. Nunca había tenido que disparar mi arma. Y tenía frio porque a lo mejor tenía que hacerlo. Porque sabía que podía hacerlo. Y hasta puede que quisiera hacerlo... tenía la imagen de lo que había hecho tan clara en mi mente... Tenía miedo. Es la primera vez que tengo miedo en mi trabajo. Ha sido una auténtica sorpresa para mí. Así que...—Respiró hondo, dio un sorbo a su vino—. No podías haber sido más oportuno cuando me has ofrecido el vino y la cena. Me siento mejor acompañada. Y esto no es algo que quiera comentar con mi familia. Les preocuparía demasiado.

A él también le preocupaba, pero sabía que no debía demostrarlo. Así que se

limitó a decir la otra cosa que se le pasó por la cabeza.

- —La gente normal no puede entender lo que tienes que aguantar en tu trabajo. No solo el estrés, que puede ser muy fuerte, o el peligro al que te expones. Sino el componente emocional. Lo que ves, cómo lo asimilas, cómo te afecta
- —Si decidí hacer este trabajo es porque tengo mis razones. Y lo que le ha pasado a DeWanna Johnson es una de ellas. Ya me siento mejor, gracias por dejarme hablar. Redactar un informe no tiene el mismo efecto catártico. ¿Te echo una mano con la cena?
  - —No. va está. No quedaría muy romántico si te pongo a pelar patatas.
  - --- No estarás tratando de seducirme?
  - —Se intenta
    - -: Cuánto tardas normalmente en ganarte a una chica?
- -No tanto como contigo. Sobre todo si cuentas los trece años que llevo pensando en ti.
- —Entonces yo creo que ya es suficiente. —Dejó su vaso y se levantó—. De todos modos seguro que querías dejar que el pollo se marinara durante un rato añadió avanzando hacia él.
- —Me parece que ahora me toca decir algo ocurrente. Pero me he quedado en blanco. —Le puso las manos en las caderas, deslizándolas suavemente por su cuerpo mientras la atraía hacia sí.

Agachó la cabeza y se detuvo cuando sus labios estaban a un suspiro de los de ella, sintiendo la respiración agitada de Reena.

Siguió mirándola a los ojos cuando ladeó la cabeza y le rozó el labio inferior con los dientes.

Y entonces la besó muy despacio.

Reena olía a lluvia, sabía a vino. Sus manos lo aferraron por los hombros y se deslizaron por su pelo y se agarraron a él cuando el cuerpo musculoso y bien formado de Bo se pegó al suyo. Este se movió sin pensar y giró ligeramente para que la espalda de ella quedara contra el mármol, mientras su boca exploraba la boca de ella. Los dientes de Reena apretaron la lengua de Bo, y eso lo puso a cien. Y emitió un sonido que estaba entre la risa y el gemido.

La visión de Bo se volvió borrosa.

Reena le sacó la camiseta de los pantalones con manos no muy seguras.

- —Esto se te da muy bien —consiguió decir.
- —No tanto como a ti, Reena. —Su boca recorrió la garganta de Reena y subió de nuevo hasta los labios.
  - -Quiero... vamos arriba.

Reena sentía que por dentro toda ella estaba abierta, anhelante, dispuesta. Debajo de la camiseta sus dedos se hundían con fuerza en el músculo. Quería sentir ese cuerpo sobre ella, su fuerza, su calor, su deseo. —Me gusta el suelo. Podemos probarlo.

A Bo le pareció oír que su corazón martilleaba con fuerza e insistencia. Pero cuando se apartó lo suficiente de Reena para poder quitarle la chaqueta, se dio cuenta de que estaban llamando a la puerta.

—Oh, por los clavos de Cristo.

Reena apretó los dientes sobre su mandíbula.

- —¿Esperas a alguien?
- —No. A lo mejor... —Pero quien fuera llamaba cada vez con más insistencia —. Maldita sea. Espera, no te muevas. Respira solo si tienes que hacerlo. Pero no te muevas. —La cogió por los hombros—. Oh, Dios, mírate. Yo solo... tú espera, voy a matar a la persona que está llamando y enseguida podremos seguir. Solo será un momento.
  - —Tengo una pistola —sugirió ella.

Él rio con gesto doliente.

—Gracias, pero creo que me las arreglaré con las manos. No desaparezcas, no cambies de opinión. No hagas nada.

Ella le sonrió y se dio unos toquecitos en la zona del corazón. Era muy bueno en aquello, pensó. Excepcional. Un hombre que besaba así... y ya sabía que era muy bueno con las manos... potencialmente podía ser un amante increible. Y, sin embargo, en ese instante en que tenía un momento para despejar el fuego de su cabeza, decidió que tal vez lo mejor era subir a la habitación.

Se echó el pelo hacia atrás y salió de la cocina para ver si Bo ya se había deshecho del intruso

Y lo encontró en la puerta, abrazando a una pelirroja menudita. La mujer la pelirroja que Reena había visto en el funeral— tenía la cabeza apoyada en su hombro v su cuerno se sacudía nor los sollozos.

- —Me siento muy mal, Bo. No creí que pudiera sentirme tan mal. No sé qué hacer.
  - —No pasa nada. Ven. Deja que cierre la puerta.
  - -Es una estupidez. Soy una estúpida, pero no puedo evitarlo.
- —No eres ninguna estúpida. Ven, Mandy... —Pero dejó la frase a medias cuando vio a Reena, y en su cara ella vio que se superponían diferentes emociones. Sorpresa, bochorno, disculpa, negación—. Ah... ah... bueno.

Mandy siguió llorando y llorando cuando miró a Reena, y entonces se apartó de Bo. Tan colorada como su pelo.

- —Oh, Dios, lo siento. Lo siento. No sabía que estabas acompañado. Señor, qué idiota. Lo siento, me voy.
  - -No pasa nada. Yo ya me iba.
- —No, por favor. Me iré yo. —Mandy se frotó sus mejillas húmedas con las manos—. Haced como si no hubiera venido. La parte más digna de mí no ha venido

- —No te preocupes. De verdad. Solo estaba echando un vistazo a la casa. Vivo aquí al lado. Reena Hale.
- —Mandy... ¿Reena? —repitió—. Yo te conozco. —Suspiró, se limpió más lágrimas—. Vaya, en realidad no. Yo estuve en Maryland por la misma época que tú. Era la vecina de debajo de Josh Bolton. Un día coincidimos un momento, antes de que él... —Su voz se quebró, su rostro se deshizo por el dolor—. Oh, Dios, estoy hecha polvo.
  - —¿Conocías a Josh?
- —Si. Sí. —Se llevó la mano a la boca y se meció—. Qué pequeño y terrible es el mundo, ¿verdad?
  - -A veces. De verdad, tengo que irme.
- —Mandy, dame un minuto —empezó a decir Bo, pero Reena ya estaba meneando la cabeza y se dirigió hacia la puerta.
- —No, no pasa nada. Ya nos veremos. —Y salió corriendo bajo la llovizna incesante.
- —Lo siento, Bo. Tendría que haber llamado. Tendría que haber bebido hasta perder el sentido. Ve a buscarla.

Pero Bo sabía que el hechizo se había roto. Y había visto la cara de Reena cuando oyó el nombre de Josh Bolton. Más que de sorpresa, parecía de pesar.

-No pasa nada. Vamos a sentarnos.

Tal vez fuera el día, el vino, la lluvia, pero Reena llenó la bañera, se sirvió otro vaso de vino y se metió en ella. Y lloró. Lloró con el corazón, con la cabeza, con el vientre, y cuando las lágrimas se le acabaron, se sintió entumecida y mareada.

Se secó, se puso unos pantalones finos de franela y una camiseta de tirantes y luego bajó para prepararse una comida solitaria.

Su cocina parecía gris e inerte. Sola, pensó... se sentía completamente sola y vacía

El vino y la lluvia, y seguramente también el llanto, hicieron que sintiera un incipiente dolor de cabeza. Así que, en vez de ponerse a cocinar, sacó uno de los paquetes de su madre y se calentó un poco de minestrone.

Pero lo dejó en la cocina y se sirvió más vino.

Era curioso cómo el dolor podía alcanzarte después de tantos años y clavarte sus garras con tanta fuerza. Ya rara vez pensaba en Josh, y cuando lo hacía era más bien con una punzada de pesar, no con aquel dolor tan terrible. Con tristeza por aquel chico que no llegó a adulto y con un amargo pesar.

Sus defensas estaban muy bajas, se dijo a sí misma mientras miraba la olla con la sopa. Había tenido un día duro y sentía una soledad tan intensa que era como un cuchillo en su corazón.

Miró por encima del hombro cuando oy ó que llamaban a la puerta de atrás y

dejó escapar un suspiro. Antes de abrir ya sabía que era Bo.

Volvía a tener el pelo mojado.

- -Escucha, ¿puedo pasar un momento? Solo quería explicarte...
- Ella se dio la vuelta y le dejó la puerta abierta.
- -No tienes que darme explicaciones.
- —Sí, en realidad sí, porque ha quedado como si... y no lo es. No. Mandy y yo somos amigos y no... bueno, antes sí, pero eso fue hace mucho tiempo. Reena... ¿quieres hacer el favor de mirarme?

Reena sabía que Bo se habria dado cuenta de que había estado llorando. No era una persona que se avergonzara de llorar, pero en aquellos momentos aquello la impacientaba, ella misma se impacientaba. Y Bo.

- —He tenido un mal día. —Pero se volvió a mirarlo—. Han sido un cúmulo de cosas. Pero puedo sobrellevarlo. Me ha dado la impresión de que tu amiga ha tenido un día peor que el mío.
- —Sí. Somos... amigos. —Reena vio que se metía las manos en los bolsillos, como hacen los hombres cuando se sienten terriblemente incómodos y no saben dónde meter las manos—. Y Mandy... está destrozada porque acaba de descubrir que su ex se va a casar. El muy cerdo. Perdona. El divorcio ha sido muy duro para ella, y no fue definitivo hasta hará unas dos semanas. Ha sido un golpe para ella.

Reena se apoyó contra la encimera, fue dando sorbos al vino y dejó que siguiera con su explicación. Y pensó, pobre chico, atrapado entre dos mujeres con el día tonto en una noche lluviosa y sofocante.

- -Me estoy emborrachando un poco. ¿Quieres...?
- -No, pero gracias. Reena...
- —Para empezar, soy una buena observadora. No he interpretado la escenita de tu puerta como un encuentro entre amantes. La vi contigo en el funeral de tu abuela y me di perfecta cuenta de lo que es para ti.
  - -Solo somos...
  - -Familia -dijo ella interrumpiéndolo-. Es tu familia, Bo.

Parte de la tensión que había en el rostro de Bo se evaporó.

- -Sí. Sí, es mi familia.
- —Lo que he visto esta noche es una mujer profundamente afectada. Y me he imaginado que no le apetecía tener una extraña en medio. A mí no me habría gustado. En segundo lugar, si lo pensamos bien, esto te da más puntos porque demuestra que no eres tan egoísta como para echar a una amiga en apuros para poder echar un polvo conmigo. ¿Dónde está?
- —Se ha dormido. No ha dejado de llorar, y al final la he metido en la cama. He visto que encendías la luz de la cocina y quería... quería darte una explicación.
  - -Y lo has hecho. No estoy enfadada. -Y es más, se dio cuenta de que, no

solo no estaba enfadada, sino que ya no se sentía sola—. No soy una persona celosa y aún no hemos establecido ninguna norma. Ni siquiera sabemos si las habrá. Íbamos a echar un polvo, y no lo hemos hecho. —Alzó su vaso—. Ya encontraremos otro momento

- —No estás enfadada —dijo él asintiendo con el gesto—. Pero estás preocupada.
- —No es por ti. —Reena cogió una cuchara para remover la sopa, para ocuparse con algo—. Al menos no es solo por ti —se corrigió—. Es el pasado. Un chico bueno y dulce que se murió.
  - -Josh. ¿Estabas liada con él?
- —Fue el primero para mí en este mundo pequeño y terrible. —Pero ya no le quedaban más lágrimas, no, no tenía más lágrimas que derramar por él—. Es curioso, pero la noche que me viste en aquella fiesta, estuve con él. Me fui con él. Fue mi primera vez.

La cuchara golpeó sonoramente contra la olla porque Reena volvió la cabeza bruscamente.

—¿Conocías a Josh?

—Lo conocí

- —No. Pero coincidí con él un día. El día que murió. Fue el día que conocí a Mandy. Fue una cita a ciegas... una doble cita, con mi amigo Brad y una chica con la que estaba saliendo. Cuando pasamos a recogerla a su casa, Josh bajaba las escaleras. Dijo que iba a una boda.
- —Oh, Dios. La boda de Bella. —Bueno, después de todo puede que sí le quedaran algunas lágrimas. Notaba cómo le escocían en los ojos—. La boda de mi hermana.
  - —Sí. No sabía ponerse bien la corbata. Y Mandy se la arregló.

Una lágrima se escapó y cayó en la sopa.

- -Era un chico muy dulce.
- -Y cambió mi vida.

Reena se secó las lágrimas, miró a Bo otra vez. Ahora sus ojos no tenían ese verde soñador, la miraban con intensidad.

- -No entiendo.
- —En aquella época yo salía mucho de juerga. Bueno ¿y quién no? Divagaba. Hacía planes para un futuro hipotético. Sí, algún día haré esto o aquello. Me pondré serio y arreglaré mis asuntos. Aquella mañana, después de salir con Mandy, fui a otra fiesta cuando la dejé en su casa, me levanté con una resaca de proporciones biblicas. Desperté en el vertedero donde vivía. Y decidí ordenarlo un poco. Es lo que hacía cada seis meses más o menos, cuando ya no podía aguantar tanta suciedad. Y me dije que me pondría serio, pero es lo mismo que me decía a mí mismo cada seis meses. Entonces Brad vino a verme y me dijo lo del chico que habíamos conocido en el edificio de Mandy. Me dijo lo que le había

pasado.

- -Pero no lo conocías
- —No, no lo conocía. Pero... —Dejó la frase a medias y meneó la cabeza, luchando visiblemente por encontrar una forma de hacer que lo entendiera—Pero tenía mi edad, y estaba muerto. Acababa de conocerle, había visto a Mandy arreglarle la corbata y estaba muerto. Nunca tendría la oportunidad de enderezar su vida. Iba a una boda con su mejor traje y al momento siguiente...
  - —Ya no existía —susurró Reena.
- —Su vida se acabó de repente y ¿qué estaba haciendo yo con la mía? Echarla a perder, como había hecho mi padre con la suya. —Hizo una pausa, exhaló un suspiro—. Así que fue un momento de epifanía para mí. En vez de pasarme la vida pensando en el futuro lejano, saqué una licencia de contratista. Convencí a Brad para que comprara una casa a medias conmigo. Un antro. Mi abuela me adelantó parte del dinero. En mi vida había trabajado tan duro como en aquella casa. Oh. Dios... todo esto suena estúpido v egoísta.
  - -No, no es verdad. Sigue.
- —Bueno, pues el caso es que cada vez que me sentía enfadado o desmoralizado o me preguntaba cómo me había metido en aquel lio y tenía que trabajar diez o doce horas al día, pensaba en Josh, que él nunca tuvo esa oportunidad. Y pensaba en lo que podría conseguir si aguantaba. Puede que lo hubiera hecho de todos modos, no lo sé. Pero nunca le he olvidado.

Reena dejó el vino, removió la sopa.

- -El destino es como una patada en el culo, ¿verdad?
- -No quiero perder la oportunidad que tengo contigo. Reena.
- —No has perdido nada. —Después de apagar el fogón, se volvió hacia él—. No es ninguna joya lo que tienes delante. Tengo un largo historial de relaciones breves o echadas a perder, desde Josh a ti. Valoraciones equivocadas, momentos equivocados o, simplemente, mala suerte.
- —Me arriesgaré. —Se acercó y bajó la cabeza para besarla—. No puedo deiarla sola esta noche.
- —No, ya lo sé. Esa es una de las razones por las que no has perdido nada. Toma, llévate un poco de sopa. Si despierta, no hay nada como el minestrone de mi madre para borrar las penas.
- —Gracias. De verdad. —Con aire pensativo, Bo le pasó el pulgar sobre el lunar que tenía encima del labio—. ¡Por qué no te preparo la cena mañana?

Reena sacó un recipiente para la sopa y sus labios se curvaron.

-¿Por qué no?

La luz de la sala de estar de la casa de Bo aún estaba encendida cuando Reena se preparó para irse a dormir. ¿Estaría viendo su televisor gigante? Cediendo su cama a su amiga en un momento de necesidad.

Esperaba que compartieran un poquito de minestrone, un poquito de cariño.

Reena nunca había tenido un amigo masculino que hiciera eso por ella. Los hombres que había en su vida y no eran familia eran profesores, como John, compañeros y socios. O amantes.

Era interesante y diferente compartir una amistad con un hombre antes de llevártelo a la cama o dejar que él te llevara a ti.

Apagó la luz, cerró los oj os y se durmió esperando que el sueño suavizara los efectos de aquel día tan duro.

Su teléfono sonó justo antes de las tres de la mañana. Reena se puso en alerta enseguida, y encendió la luz antes de contestar. A pesar del trabajo que tenía, recibir llamadas en medio de la noche siempre hacía que se le pusiera el corazón en un puño. Lo primero que le venía a la cabeza era la familia, accidentes, la muerte de algún ser querido.

- -Sí. ¿Diga?
- -Tengo una sorpresa para ti.
- Una parte de su cabeza reparó en el número que aparecía en el visor. No lo conocía. Otra se concentró en la voz. Una voz baja, algo ronca, de hombre.
  - --: Oué? : A qué número llama?
- —Tengo una gran sorpresa para ti. Muy pronto. Cuando la recibas, me estaré haciendo una paja, imaginándome tu boca en mi polla.
- —Oh, vamos, hombre. Si quieres despertar a alguien con una llamada obscena, por lo menos no llames a una poli.

Y colgó, anotó el número y la hora de la llamada.

Luego apagó la luz y se acostó, y se olvidó de la llamada.

Hacía mucho tiempo que Reena no revisaba el archivo del caso de Joshua Bolton. Y no sabía por qué había decidido volver a revisarlo. No había nada nuevo que ver. El caso llevaba años cerrado. Todos —los investigadores, el forense y el laboratorio criminalístico— habían llegado a la conclusión de que fue una muerte accidental.

No había razón para pensar otra cosa. No habían forzado la puerta, el traumatismo de la cabeza apuntaba a un golpe dado al caer, no habían robado ni destrozado nada, no había móvil. Solamente un joven que se durmió con un cigarrillo encendido en la cama.

Salvo que Reena nunca le había visto fumar.

Y aun así, los investigadores habían encontrado un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas con sus huellas. Eso había pesado más que el hecho de que la chica con la que se había acostado insistiera en decir que no fumaba.

Ella habría llegado a la misma conclusión, reconoció Reena, mientras leía los informes. Seguramente hubiera pensado lo mismo y habría cerrado el caso.

Pero nunca había acabado de aceptar aquello, ni podía hacerlo.

Aún estaba leyendo los informes, con las fotografías tomadas en la escena del crimen repartidas sobre su mesa, cuando el teléfono sonó.

- -Unidad de delitos incendiarios, detective Hale.
- —¿Reena? Soy Amanda Greenburg, Mandy. Nos conocimos anoche, en casa de Bo, en un momento muy humillante para mí.
- —Sí, claro, me acuerdo. —Se quedó mirando lo que el fuego había dejado del chico al que conocía.
  - —Cómo te ibas a olvidar, claro. Mira, quería disculparme.
- —No hace falta. De verdad. —Rozó con los dedos la fotografía de Josh—. Pero me preguntaba si tendrías un momento para que nos viéramos. Me gustaría hablar contigo.
  - -Claro. ¿Cuándo?
  - -¿Qué tal ahora?

Hacía buen día, así que Reena se instaló en una mesa en la terraza de un pequeño

café a cinco minutos de la comisaría. Acababa de sentarse cuando vio que Mandy se acercaba corriendo por la acera, con un voluminoso bolso cuadrado rebotando contra su cadera.

- Su pelo era una explosión chillona de rojo, y tenía la cara tan larga como un terrier. Llevaba unas gafas de sol de estilo Jackie Onassis que, extrañamente, le sentaban hien
  - -Hola. -Mandy se sentó en la silla.
  - -Gracias por venir.
- —No pasa nada. Café —dijo cuando vino el camarero—. Y cuando se me acabe, tráeme más.
  - -Una Diet Pepsi.
- —Vale, solo quería quitarme la espinita. Anoche estaba hecha polvo y Bo no es solo mi mejor amigo. Para ser un hombre sabe manejar bastante bien a una mujer histérica. No nos acostamos.
  - —Ya no —dijo Reena.
- —Ya no. Hace años que no lo hacemos. Somos como, ya sabes, como Jerry y Elaine. ¿Ves Seinfeid? Solo que Bo no es tan cinico. Mi ex... —Mandy hizo una pausa y esperó a que les sirvieran las bebidas—. Mark y yo hemos vivido juntos durante casi un año. Nos fuimos a Las Vegas a casarnos en un arrebato. Pero las cosas se pusieron muy tensas casi desde que volvimos. No sé por qué. Es más fácil si conoces el motivo, ¿no crees?
  - —Sí, siempre es mejor saberlo.
- —Pues yo no lo sabía. Y entonces, una noche va y me dice que lo siente, y lo sentía, que lo siente pero que nuestra relación no funciona y ha conocido a otra persona. Que cree que está enamorado. Y me lo dice así, con aire lastimero, me dice que lo siente pero que cree que está enamorado de otra. Que no quiere engañarme y que lo mejor es que nos divorciemos.
  - —Menudo palo.
- —Si, fue muy duro. —Cogió su café, y el anillo de plata que llevaba en el pulgar izquierdo destelló al sol—. Naturalmente, yo me puse hecha una furia. Monté una escenita, discutimos. Y en aquella ocasión también acabé llorando en casa de Bo. Pero ¿qué iba a hacer? El muy cerdo ya no me quiere. Y entonces ayer voy y me entero de que se vuelve a casar y el mundo se me cayó a los pies.
  - —Lo siento.
- —Sí, bueno, que se jodan. Pero la cuestión es que no quiero que Bo tenga problemas porque yo necesitaba un hombro contra el que llorar. Yo soy una vieja amiga. Pero tú eres la chica de sus sueños.

Reena pestañeó.

—¿Tienes idea de lo difícil que es que esté a la altura de ese título? Mandy sonrió.

- —Nunca he sido la chica de los sueños de nadie, pero me lo imagino. Pero es lo que es. A veces Brad y yo nos burlábamos de él por eso.
  - -Para qué están los amigos, ¿eh?
- —Exacto. Pero es una locura. Te has instalado en la casa de al lado. Los ojos le hacen chiribitas... y yo voy y meto la pata.
  - —Solo un poco.
- —Perdona si ahora cambio de tema. —Mandy le hizo una señal al camarero para que volviera a llenarle la taza—. DeWanna Johnson.
  - —¿Cómo sabes de ella?
    - -Trabajo para The Sun.
    - —¿Eres reportera?
- —Fotógrafa. Ayer hicisteis una declaración oficial sobre el caso, y sé que querrán un seguimiento. He pensado si podría hacerte una fotografía...
- —Jamal Eari Gregg ha sido acusado de asesinato en segundo grado por la muerte de DeWanna Johnson. Si quieres hacer un seguimiento de la noticia, tendrías que hablar con la oficina del fiscal del distrito.
- —Tú eres de aquí, tienes fuertes vínculos con la ciudad y, nos guste o no, el hecho de que seas mujer da a la historia un carácter más suculento.
- —Mi compañero no es mujer y atrapamos al sospechoso juntos. Tendrás que pasar por el representante de prensa del cuerpo. No tengo ningún problema en que me hagas una fotografía si él te da permiso. Y, en realidad, si te he pedido que nos viéramos es porque quería hablarte de otro caso. El de Josh.
- —Vale. —Mandy bajó la vista a su café, y Reena se dio cuenta de que lo tomaba solo... y como si fuera agua—. Aquello me afectó mucho. A todos nos afectó. Un periodista vino a hablar conmigo. Entonces yo trabajaba como colaboradora para *The Sun*. Después de graduarme, estuve unos seis meses en Nueva Yorky descubrí que soy una chica de pueblo. Y volví a Baltimore. Hablé una vez con su madre, cuando vinieron a recoger sus cosas al piso. Fue terrible.
- —¿Los investigadores hablaron contigo? ¿El de la brigada de incendios, la policía?
- —Claro. Que yo sepa, hablaron con toda la gente del edificio, con algunos de los chicos que iban a clase con él, con sus amigos. Supongo que también hablaron contigo.
- —Sí. Seguramente fui la última persona que lo vio con vida. Aquella noche estuve con él
- —Oh. —Una expresión compasiva se extendió por el rostro de Mandy cuando se subió las gafas de sol—. Dios, lo siento. No lo sabía. Yo había estado fuera, en una cita a ciegas con Bo... la primera. Salimos con Brad y una amiga mía que por aquel entonces tenía loquito a Brad.
  - -Llegaste a tu casa entre las diez y media y las once.

Mandy arqueó las cejas mientras daba un sorbito al café.

- --;Ah, sí?
- —Es lo que dijiste en tu declaración.
- —Si, supongo, por lo que recuerdo. Bo me acompañó hasta la puerta. Pensé en pedirle que entrara, pero decidi tomármelo con calma y ver qué pasaba. Mi compañera de piso estaba fuera aquel fin de semana, así que lo tenia para mí solita. Puse música, me fumé un porro. Una cosa que no dije en mi declaración y que hacía de vez en cuando en mis tiempos de universitaria. Estuve viendo SNL hasta más o menos medianoche y me acosté. Lo siguiente que recuerdo es que estaban sonando las alarmas y la gente corría y gritaba por los descansillos.
  - —Conocías a la mayoría de la gente que vivía en el edificio.
  - -Claro, al menos de cara.
  - --: Tuvo Josh algún problema con alguno de ellos?
  - -No. Ya sabes cómo era, Reena. Un encanto de chico.
- —Sí, pero incluso los chicos encantadores tienen problemas con según qué gente. Una chica tal vez —« Un incendio en un dormitorio», pensó. « Es más propio de una mujer. Más personal, más emocional. Matarlo mientras duerme».

Mientras pensaba, Mandy estuvo jugueteando con uno de los distintos collares de plata que llevaba.

- —Salía con chicas. Los edificios del exterior del campus eran pequeños hervideros de melodramas, sexo y un exceso de fiestas. Y un miedo terrible a los finales. Pero aquello fue en época de entretiempo. El semestre se acabó en mayo y muchos de los inquilinos volvieron a su casa a pasar el verano o se licenciaron. No estábamos al completo ni mucho menos. Y, cuando empezó a salir contigo, Josh se centró totalmente en ti. La verdad, no recuerdo que participara en ninguna ruptura dramática, ni ningún desacuerdo grave con nadie. Ni en el edificio ni en el campus. Caía bien.
  - -Sí. ¿Recuerdas haberle visto fumar alguna vez?
- —Seguramente. Recuerdo que en aquella época este tema me preocupaba bastante. Muchos fumábamos socialmente... o cuando estábamos de juerga. Había unos pocos fumadores empedernidos, claro. Y los recuerdo muy bien. Pero Josh no era uno de ellos. Él seguía la corriente.
  - —¿Y no viste ni oíste nada la noche del fuego?
  - -Nada. ¿Vais a reabrir el caso?
- —No. No —repitió Reena sacudiendo la cabeza—. Es personal. Es algo que no puedo olvidar.
  - -Lo sé. -Con gesto ausente, Mandy volvió a colocarse las, gafas en su sitio
- —. Yo tampoco. Es muy duro cuando eres joven y el que muere es uno de los tuyos. La gente no se muere a los veinte años. Al menos eso es lo que piensas a esa edad. La vida es parta siempre. Tienes todo el tiempo del mundo.
- —DeWanna Johnson tenía veintitrés años. Siempre hay menos tiempo del que pensamos.

Pero lo guardó, guardó el archivo como había hecho otras veces y se concentró en el presente.

Cuando la madre de DeWanna Johnson entró en la sala de la comisaría, Reena se puso en pie.

- -Yo hablaré con ella -le dijo a O'Donnell, y fue a su encuentro.
- —¿Señora Johnson? Soy la detective Hale. Hablamos por teléfono.
- -Me dijeron que viniera aquí. Que aún no puedo llevarme a DeWanna.
- —¿Por qué no me acompaña? —Reena le puso una mano en el brazo y la acompañó a la sala de descanso. Había una pequeña barra con una cafetera encima, un microondas anticuado y vasos de plástico.

Reena le indicó a la señora Johnson que se sentara.

- -¿Por qué no se sienta? ¿Quiere tomar un café, un té?
- -No, nada. Nada. -Se sentó. Sus ojos se veían oscuros y cansados.

No tendría mucho más de cuarenta años, pensó Reena, y ahora tendría que enterrar a su hija.

- —Lamento mucho su pérdida, señora Johnson.
- —La perdí en el momento en que él salió de la cárcel. Tendrían que haberlo dejado encerrado. Y ahora ha matado a mi niña y ha dejado huérfana a su hija.
- —Siento mucho lo que le ha pasado a DeWanna. —Reena se sentó frente a ella—. Jamal pagará por ello.

La ira y el dolor se debatían con el cansancio en aquellos ojos oscuros.

- —¿Cómo voy a decirle a esa criatura que su padre ha matado a su mamá? ¿Cómo?
  - —No lo sé.
  - —¿Ella…? El fuego. ¿Sufrió?
- —No. —Reena estiró el brazo y oprimió la mano de la señora Johnson—. No sintió nada. No sufrió.
- —La crie yo sola, y lo hice lo mejor que pude. —Respiró hondo—. Era una buena chica. Cuando se trataba de ese cabrón estaba completamente ciega, pero era una buena chica. ¿Cuándo podré llevármela?
  - -Lo preguntaré.
  - -i, Tiene hij os, detective Hale?
  - -No, señora, no los tengo.
  - —A veces pienso que solo tenemos los hijos para que nos rompan el corazón.

Aquellas palabras no dejaban de darle vueltas por la cabeza, así que cuando iba para casa, Reena pasó por Sirico's. Encontró a su madre ante el inmenso horno, y a su padre en la mesa donde trabajaba las pizzas.

Le sorprendió ver a sus tíos Larry y Carmela sentados en uno de los

reservados, comiendo setas rellenas.

- —Siéntate, siéntate —insistió Larry cuando Reena se inclinó para darle un beso— Hablanos de tu vida
- —En estos momentos me parece que con dos minutos ya lo habría dicho todo. Seguramente ni eso. Y llego tarde.
  - -Una cita, ¿eh? -dijo su tía guiñándole un ojo.
  - -Pues la verdad es que sí.
- —¿Cómo se llama el chico? ¿A qué se dedica? ¿Cuándo vas a casarte y darle a tu madre unos nietos bien guapos?
- —Se llama Bowen y es carpintero. Y entre Fran, Bella y Xander, mamá y a tiene todos los nietos guapos de los que puede disfrutar.
- —Los nietos nunca sobran. ¿Es el chico que vive en la casa de al lado? ¿Cómo se apellida?
- —No es italiano —dijo ella con una risa, y volvió a besar a su tía—. Buon appetito.

Reena pasó entre las mesas y fue a coger una bebida de la máquina. Su padre tenia las manos en la masa, así que se puso de puntillas y le dio un beso en la barbilla

- —Hola, guapo.
- —¿Quién es? —Volvió la cabeza para mirar a su mujer—. ¿Quién es esta extraña que va repartiendo besos? Me suena de algo.
  - -Aún no ha pasado una semana -protestó ella-. Y llamé hace dos días.
- —Oh, ahora me acuerdo. —Levantó las manos y pellizcó sus mej illas con los dedos manchados de harina—. Nuestra hija perdida. ¿Cómo te llamabas?
- —Bromas, lo único que consigo son sus bromas. —Y se dio la vuelta para besar a su madre—. Hay algo que huele bien. Un nuevo aroma, y boloñesa.
  - —Siéntate. Te pondré un plato.
  - -No puedo. Un hombre atractivo me va a preparar la cena.
  - -¿El carpintero sabe cocinar?
- —No he dicho que fuera el carpintero. Pero sí, es él, y sí, cocina. En teoría. Mamá, ¿tus hijos te hemos partido el corazón?
  - -Montones de veces. Toma, come unas setas, por si se le guema la cena.
  - -Pero, si tanto te hacemos sufrir, ¿por qué has tenido cuatro?
  - -Porque tu padre no me dejaba tranquila por la noche.

Él volvió la cabeza al oírla v rio.

- —Lo digo en serio.
- —Yo también. Cada vez que me daba la vuelta para dormir, se le iban las manos. —Bianca dio unos golpecitos con la cuchara en el borde de la cazuela y la dejó—. He tenido cuatro hijos porque, por muchas veces que me rompierais el corazón, también me llenabais. Sois el tesoro de mi vida y mi quebradero de cabeza más grande. —Se llevó a Reena a rastras a la cocina—. ¿No estarás

## embarazada?

- —No. mamá.
- -Solo era una pregunta.
- —Es que desde hace un par de días se me pasan muchas ideas raras por la cabeza, nada más. Buenas setas —añadió—. Tengo que irme.
- —Ven a cenar el domingo —gritó Bianca a su espalda—. Y trae a tu carpintero. Le enseñaré a cocinar.
  - -Según cómo lo haga esta noche, a lo mejor se lo pido.

Bo preparó pollo porque se le daba bien la carne de ave. Había pasado por la tienda para comprar la carne fresca, y tenía intención de pasar también por la pastelería. Pero aquella tarde le montó a la señora Mallory un cenador y cuando la mujer se enteró de sus planes para aquella noche, le dio un pastel de merengue recién hecho.

Bo aún estaba tratando de decidir si era ético hacerlo pasar como suyo cuando Reena llamó a la puerta.

Había puesto música —Norah Jones— y había limpiado el polvo. Pero sus propósitos de hacer algo más concienzudo habían quedado en nada porque se entretuvo más de la cuenta en casa de la señora Mallory. Y por su debilidad por sus galletitas.

Pero la casa tenía buen aspecto, decidió. Y había cambiado las sábanas. Por si acaso.

Cuando abrió la puerta y la miró, deseó de verdad que tuvieran que utilizar las sábanas limpias.

—Hola, vecina. —Fue directo al grano (¿para qué perder el tiempo?), le puso las manos encima y la besó.

Ella se relajó contra su cuerpo, solo un poco. Seductoramente poco. Y luego se apartó.

—No está mal para lo que suelen ser los aperitivos. ¿Cuál es el plato principal?

—Y le entregó una botella metida en una colorida bolsa de papel plateada—.

Espero que pegue con el Pinot Grigio.

- —Seguimos con el pollo, así que irá estupendamente. —La cogió de la mano para llevarla a la cocina.
- —Flores. —Reena se volvió hacia la mesa para admirar las margaritas que Bo había colocado en una botella azul—. Y velas. Eres un encanto.
- —Es por días. Estaba entre las cosas de mi abuela. Anoche estuve un rato buscando entre las cajas.

Ella siguió su mirada y estudió lo que había colocado en la vitrina. Más viejas botellas, formas interesantes y algunos platos azul oscuro, algunos vasos de vino.

—Es bonito. Seguro que le gustaría que pusieras sus cosas en una vitrina.

- —Yo no suelo tener cosas de estas. Más trastos para empaquetar cuando te mudas
  - —Cosa que tú haces con frecuencia.
  - Él abrió el vino v cogió dos de los vasos de la vitrina.
- -No puedes entregar la casa a sus nuevos propietarios si sigues viviendo en ella
  - -¿No te sientes apegado a ninguna casa?
- —Me ha pasado un par de veces. Pero entonces veo otra y pienso, uau, creo que esta me gusta. Potencial y beneficios frente a comodidad y familiaridad.
  - -Eres un fanático de las casas.
- —Sí. —La risa dio calidez a su mirada; chocó su vaso con el de ella—. Siéntate. Enseguida está todo.

Reena se instaló en un taburete ante la barra.

- —¿Y qué me dices de empezar totalmente de cero? ¿Has comprado alguna vez un solar y has construido la casa desde los cimientos?
- —Lo he pensado. Puede que algún día lo haga. La casa de mis sueños. Pero en general me gusta ver lo que hay y tratar de mejorarlo o rescatarlo de entre los muertos.

Abrió el horno para comprobar algo y a Reena le llegó olor a romero. Mentalmente tomó nota para traerle un par de tiestos con hierbas para el alféizar de la ventana... si la cosa iba bien.

- —Dijiste que podías hacer lo que yo quisiera en mi casa. ¿Solo estabas presumiendo o lo decías de verdad?
- —A lo mejor presumía un poco, pero puedo hacer cualquier cosa que esté dentro de lo razonable. Lo que quieras. —Echó un chorrito de aceite en una sartén
  - —¿Puedo tener una chimenea en mi dormitorio?
  - —¿De leña?
- —No necesariamente. Con una de gas o eléctrica ya me apañaría. Seguramente hasta sería mejor. No creo que me apetezca tener que andar cargando leña al piso de arriba.
  - —Podría hacerse.
- —¿En serio? Siempre he querido tener una, como en las películas. Una chimenea en el dormitorio. Una en la biblioteca. En realidad lo que de verdad me gustaría es convertir el dormitorio en una especie de suite. Incorporar el cuarto de baño y quizá ampliarlo un poco. Y quiero una claraboya por encima de la bañera.
  - Él la miró y pensó.
  - -Quieres una claraboy a sobre la bañera.
- —Creo que entra en la categoría de razonable. Evidentemente, habría que hacerlo por etapas. Tengo un presupuesto muy limitado.

Bo añadió ajo picado al aceite.

—Echaré un vistazo, prepararé algunos diseños y te haré un presupuesto. ¿Oué te parece?

Reena sonrió, apoy ando el codo en la barra y dando sorbos al vino.

- -Estupendo. Si va a resultar que eres demasiado bueno para ser real.
- -Es lo mismo que y o pensaba de ti.
- —No sé qué quiero, Bo. Para aquí, para mí misma... Dios, no sé ni lo que quiero para mañana, imagínate de aquí a un año.
  - —Yo tampoco.
- —Yo creo que sí, o al menos tienes una idea general. Creo que cuando haces tu trabajo, cuando construyes y diseñas, puedes visualizar el siguiente año.
- —Sé que te quiero esta noche. Que te he querido, o a la imagen que tenía de ti, desde hace mucho tiempo. Pero no sé qué haremos o cómo nos irá mañana. O de aquí a un año.

Echó el pollo en la sartén v se volvió.

- —Creo que hay una razón para que te instalaras en la casa de al lado. Para que te viera cuando te vi hace años y en cambio no te haya conocido hasta ahora. Creo que antes no estaba preparado para conocerte. —La observó, sentada en la barra, con sus ojos de leona, pasando el dedo por el borde del vaso de su abuela—. A lo mejor eso significa que las cosas empiezan a encajar en su sitio. O significa otra cosa. No necesito saberlo inmediatamente.
- —Has hablado de potencial cuando ves una nueva casa que te atrae. Tú tienes el potencial de hacer que me enamore. Y eso me asusta.

Bo sintió algo que ardía en su corazón.

- -¿Porque piensas que puedo hacerte daño?
- —Puede. O yo te lo haré a ti. O a lo mejor todo se complica de mala manera.
  - —O surge algo especial.

Ella meneó la cabeza.

—Cuando miro las relaciones que he tenido, veo el vaso medio lleno. Y lo que queda en el vaso no tiene por qué ser necesariamente potable.

Bo cogió la botella y llenó el vaso de Reena hasta el borde.

- -A lo mejor es que nunca te ha llenado el vaso el hombre adecuado.
- -Puede. -Miró a la cocina-. Cuidado, que no se te queme el pollo.

No se le quemó, y Reena tuvo que reconocer que estaba impresionada. Bo había conseguido poner una comida completa en la mesa sin ningún incidente. Empezó su segundo vaso de vino y probó el pollo.

—Muy bien —dijo —. Está bueno. Está muy bueno. Y eso es todo un cumplido viniendo de alguien que se ha criado en una atmósfera donde la comida no es solo comida, ni siquiera un arte, sino una forma de vida.

-El pollo al romero nunca falla.

Reena rio y siguió comiendo.

- -Háblame de tu primer amor.
- —Fuiste tú. Vale —añadió cuando vio que Reena lo miraba entrecerrando los ojos—. Tina Woolrich. Octavo curso. Tenía ojos grandes y azules y pechos pequeños y redondos... que me dejó tocar generosamente una deliciosa tarde de verano en un cine. ¡Y tú?
- —Michael Grimaldi. Yo tenía catorce años y estaba loca por él, que estaba colgado por mi hermana Bella. Yo pensaba que algún día se le caería la venda de los ojos y se daría cuenta de que su destino era estar conmigo. Pero eso no pasó.
  - —Oué tonto.
  - -Vale. ¿Quién fue la primera que te partió el corazón?
  - -Tú otra vez. Aparte de ti... nadie.
- —A mí tampoco. No sé si eso nos convierte en afortunados o es triste. Bella siempre estaba con el corazón destrozado o rompiendo el corazón de alguien. Y recuerdo a mi hermana Fran llorando en su habitación porque algún idiota había invitado a otra al baile del instituto. A mí eso nunca me ha importado. Así que supongo que es triste.
  - -- ¿Te has acercado alguna vez al M?
- —Matrimonio. —En sus ojos algo parpadeó—. Depende de cómo se mire. Algún día te hablaré de eso. Hoy he visto a Mandy.

Con eso supuso que la conversación sobre relaciones anteriores se había acabado.

- --; Ah. sí?
- —Llamó para disculparse, otra vez, y le pregunté si podíamos vernos. De tanto en tanto vuelvo a sacar el archivo del caso de Josh. Quería hablar con ella sobre él. No descubrí nada nuevo, claro. Pero conocerla me pareció una de esas señales cósmicas, así que quise indagar un poco. De todos modos, me cae bien. Tiene muchísima energía, lo cual quizá se deba al hecho de que se bebió dos litros de café en veinte minutos.
  - -Vive del café -concedió Bo-. Nunca ha entendido que yo no beba.
  - —;No bebes café?
  - -Nunca le he encontrado la gracia.
  - —Yo tampoco. Qué curioso.
  - -Otra muesca en la hoja del balance de si estás hecha para mí. ¿Más pollo?
  - -No, pero gracias. Bowen.
  - —Catarina.

Ella se rio un poco, dio otro trago al vino.

- -: Te acostabas con Mandy mientras estuvo casada?
- -No

- -Vale. Es solo una de mis salidas. No lo hago muchas veces, pero mira... En recompensa y o fregaré los platos -dijo poniéndose en pie.
- —Los apilaremos y los fregaremos más tarde —empezó a decir y entonces. al ver la cara de ella, suspiró-... Oh, eres de esas. Bueno, los fregaremos juntos. ¿Ouieres el postre primero?
  - —Aún no he decidido si quiero acostarme contigo.
- -Ja ja. Toma va. Me refería a un postre de los que se sirven en un plato v se comen. Tenemos pastel.

Ella dejó su plato en la barra, se volvió.

—;De qué? Él abrió la nevera, sacó el plato.

- -Merengue de limón. -Ella se acercó, le miró muy seria-. Esto no lo has comprado en la pastelería.
  - -No -: Has preparado un pastel?
  - Él trató de poner expresión inocente e insultada.

-: Tanto te sorprende?

Reena se recostó contra el mármol, lo estudió.

- -Si me puedes decir cinco de los ingredientes del pastel que no sean el limón, me acuesto contigo ahora mismo.
  - -Harina, azúcar... oh. mierda. Me has pillado. Lo hizo una clienta.
  - —¿Te paga con pasteles?
- -Es un extra. También tengo una bolsa enorme con galletitas de chocolate. pero no pienso darte si no te acuestas conmigo. Podemos comerlas para el desay uno.

- -Te pueden condenar por intentar sobornar a un policía. ¿lo sabes?
- —; Llevas micrófonos?

Ella rio. Y pensó: « A la mierda los platos». Apovó los codos sobre la barra. alzó el mentón

--: Por qué no de as ese pastel y vienes a averiguarlo. Goodnight?

Bo fue hacia Reena sin apartar los ojos de ella. En la mirada de Reena había una expresión desafiante, y un destello divertido y sensual. Cuando se pegó a ella ya estaba excitado. ¿Oué hombre no lo habría estado?

Reena siguió con las manos apoyadas en la barra incluso cuando la besó.

- —¿Llevas la pistola? —preguntó él con su boca sobre la de ella.
- Reena se puso algo tensa.
  - -En el bolso. ¿Por qué?
  - -Porque esta vez si alguien llama a la puerta, vamos a tener que usarla.

Reena se concedió un instante de relax. Se rio y luego él la cogió con fuerza en sus brazos.

- —Ya fregaremos los platos después.
- —Hum. Qué convincente.
- —Aún no has visto nada. —Pero sintió que las rodillas le flaqueaban cuando Reena le clavó los dientes en el cuello. «Concéntrate (se ordenó a sí mismo mientras la sacaba en brazos de la habitación). No lo fastidies» —. Y no lo vamos a hacer en el suelo de la cocina. No tengo nada en contra. —Volvió la cabeza para poder verle la cara—. Pero esta vez no.

Ella le acarició el pelo, y le sonrió.

- -Esta vez no. ¿Piensas llevarme arriba en brazos?
- -Escarlata, esta noche no vas a pensar en Ashley.

Mientras la subía, Reena le echó los brazos al cuello y le cubrió el rostro de besos.

Bo había olvidado dejar una luz encendida —tanta planificación...—, pero conocía el camino. Y aún quedaba suficiente luz del día para que pudiera orientarse

La dejó sobre la cama, pero Reena siguió rodeándole el cuello con los brazos y le hizo agacharse, sin dejar de besarle. Bo sentía el latido de su corazón como un tambor de la jungla en sus oídos.

—Espera. Está demasiado oscuro. —Probó el sabor de su cuello, bajo el mentón. Sus manos ardían por tocarla—. Oujero verte. Necesito verte.

Se apartó y rebuscó en el cajón de la mesita de noche tratando de encontrar una cerilla para encender la vela que había puesto allí pensando en ella.

Cuando se dio la vuelta, ella estaba apoyada contra los codos, con el pelo en un revoltijo rebelde de ámbar.

- -Eres un romántico
- —Contigo.

El revoltijo de pelo brilló cuando Reena ladeó la cabeza.

—Normalmente, desconfio de los hombres que dicen las palabras justas en el momento oportuno. Pero debo decir que contigo está funcionando. ¿Crees que recordarás dónde estaba tu sitio?

Él bajó hasta ella, notó cómo suspiraba.

—Sí. es este.

La fantasía de Reena le había acompañado durante toda su vida de adulto. En ella Reena podía ser todo que él quería. Pero la realidad era mucho mejor. Piel, labios, aromas, sonidos. Todo desbordado sobre él en una marea ardiente de necesidad, deseo y asombro.

Lo que notaba moverse bajo su cuerpo no era ningún sueño, lo que contestó a su boca con un calor anhelante. Y aquella mujer real salió de sus sueños para envolverlo

Bo la excitaba, hacía que el pulso le latiera con violencia; su mente era un borrón de movimientos y texturas. El choque de dientes, la lengua, la mezcla de alientos y suspiros. La boca de Bo parecía febril y sin embargo paciente. Como si se contentara con dejar que se consumieran solo con los besos.

Y entonces, cuando Reena creía que no podía más, cuando su cuerpo se arqueó hacia él para ofrecer más, él utilizó las manos.

Manos fuertes y duras, que rozaban, torturaban, sujetaban, poseían. Pechos, muslos, caderas, con un calor tan intenso que a Reena le sorprendió que su piel no estallara en llamas.

Bo le sacó la camiseta por la cabeza, y su boca se desbordó sobre sus pechos, sobre el encaje del sujetador, y su lengua tanteó el camino por debajo del tejido, para probar, juguetear.

Con un jadeo, rodaron y ella se puso a tirarle de la camisa y a pelearse con los botones. Echó el pelo hacia atrás y se puso a horcajadas sobre él, y le pasó las manos por el pecho.

—Estás en forma, Goodnight. —Su respiración era pesada, irregular—. Pero que muy en forma. Y tienes unas buenas cicatrices. —Deslizó los dedos sobre una que le recorría la caja torácica y sintió que se estremecía. Y entonces bajó la cabeza para rozar su piel con los labios, los dientes, la lengua.

Él se incorporó, y la levantó para que sus piernas se cerraran sobre él. Las manos que recorrieron la espalda de Reena estaban curtidas y llenas de callos, y eso las hacía aún más excitantes. Con un movimiento de los dedos, Bo le soltó el sujetador. Ella se arqueó y gimió cuando él deslizó sus labios por su cuerpo.

Bo sentía los latidos de su corazón bajo los labios, prácticamente notaba su

sabor. Reena tenía un cuerpo tan suave, tan ágil... tronco y caderas estrechas, kilómetros de piernas. Quería pasar horas y horas explorando... días, puede que incluso años. Pero aquella noche, los largos años de espera le empujaban a tomar. solo tomar.

La hizo tenderse y le quitó los pantalones, siguiéndolos con las manos y la boca. El cuerpo de Reena se arqueaba y, cuando Bo volvió a subir, se sacudió.

Las manos de la mujer se aferraban a su cabeza, apretándolo contra su cuerpo cada vez más excitada, gritó, se estremeció. La sangre de Bo respondió con violencia cuando le ouitó las bragas.

Reena lo arrastraba, con palabras incomprensibles mientras rodaban sobre la cama. Desnudándolo, con manos rápidas. En cuerpo y alma. Con su boca ardiente y hambrienta, y el cuerpo encendido.

No lo soltó cuando Bo abrió un condón, y lo arrastró al borde de la locura cuando se lo quitó de las manos para hacer ella misma los honores.

De nuevo se sentó a horcajadas sobre él. Bo la miraba. Miraba su piel, el pelo, los ojos, bañados por la luz dorada de la vela.

Y lo llevó a su interior

Una vez más su cuerpo se arqueó entre fuertes sacudidas de placer. Y por su interior, un calor de seda, convulsiones de terciopelo. Reena se movía sobre él, llevándolo más adentro, con la alegría exultante de la desesperación con que las manos de Bo la sujetaban por las caderas.

Punto de ignición, pensó vagamente cuando el orgasmo se encendía en su interior. Y su cuerpo descendió sobre el de él.

La cabeza aún le daba vueltas, y apenas lo notó cuando Bo la hizo rodar para ponerse encima de ella. Estaba dentro de ella, muy adentro. Reena oía su respiración jadeante mezclada con la suya.

Sus manos se aferraron a los hombros de Bo. Sus ojos estaban tan verdes, pensó, como cristal. Y la bruma que los cubría se había disipado por el fuego de la pasión.

Bo empujó con fuerza, dejándola incluso sin los jadeos. Empujó, con tanta fuerza que los dedos de Reena se hundieron en sus hombros y su organismo entero se sacudió.

Pensó que había gritado. Oy ó un sonido anhelante salir de su boca mientras la sangre corría por su interior desbocada. Su cuerpo se preparaba para recibir más, quería más, incluso cuando el placer era tan intenso que resultaba innombrable.

Los músculos a los que se aferraba se endurecieron como acero e, incluso en el momento de implosionar, Reena supo que él estaba con ella.

Y, cuando sus manos se deslizaron con flacidez sobre la cama, pensó, deslumbrada, « deflagración» .

Reena estaba tendida como un muerto debajo de Bo. Como un soldado caído en batalla. Sudada y magullada. Bo no se movía desde hacía varios minutos, así que supuso que aquella guerra había terminado en empate.

- —¿Está sonando el teléfono? —musitó ella.
- Él se quedó como estaba, tendido sobre ella, con la cara hundida en su pelo.
- -No. ¿Qué pasa?
- —Espera. —Reena respiró con calma, se concentro—. Dios, son mis oídos. Tengo pitidos en los oídos. Uau.
  - Dejaré de aplastarte en cuanto recupere el uso de mis extremidades.
- —No hay prisa. ¿Sabes?, tenías razón. Hace trece años no estábamos preparados para esto. Nos hubiéramos muerto.
- —Pues no estoy tan seguro de que no estemos muertos. Pero está bien. Pueden enterrarnos tal como estamos.
  - -Si estamos muertos no podremos volver a hacer el amor.
- —Claro que sí. Si en el cielo no hay sexo y sexo y más sexo, entonces, ¿para qué sirve?
  - ¿Había conocido alguna vez a un hombre que la hiciera reír tan fácilmente?
  - —Creo que un comentario como ese bastaría para enviarte al infierno.
- —¿No fue Dios quien inventó el sexo? —consiguió apoyarse sobre los codos para mirarla—. Y no me digas que esto no ha sido una experiencia religiosa.
  - -Yo he oído cantar, aunque no sé si eran ángeles.
  - —Era yo. —Y entonces bajó la cabeza y la besó con dulzura.

Comieron pastel en la cama y volvieron a hacer el amor con el regusto a limón en la boca y migas en las sábanas.

Ella le dio un beso largo y luego se levantó de la cama para coger su ropa.

- —¿Te vas?
- -Son casi las dos de la mañana. Y los dos tenemos que trabajar.
- --Podrías quedarte y dormir aquí. No vives tan lejos. Y recuerda, tengo galletitas para desayunar.
- —Es tentador. —Se puso los pantalones, la camiseta, se metió la ropa interior en los bolsillos. Se sentía gloriosamente cansada, con ese cansancio que solo sientes después de una sesión de sexo saludable y bueno—. Pero ¿crees que podríamos dormir? Estamos demasiado calientes.
- —No creo que pudiera aguantar otra ronda —se defendió él—. Estoy hecho polvo.

Ella ladeó la cabeza y estudió su rostro a la luz de la vela.

-Mentiroso

Él sonrió

—Demuéstralo.

Ella se rio y meneó la cabeza.

- -Gracias por la cena, por el postre y por todo lo demás.
- —Ha sido un placer. Un gran placer. ¿Qué tal si repetimos mañana por la noche?
- —Sí, ¿qué tal? No hace falta que te levantes —dijo Reena cuando Bo se sentó en el borde de la cama y cogió sus pantalones—. Ya conozco el camino.
  - —Te acompañaré. ¿Cenamos mañana? En mi casa, en la tuya, donde sea.
- —En realidad es posible que consiga un par de entradas para el partido de mañana de los Orioles. Si sale, ¿te interesa?
  - —¿Tú qué crees? ¿Te gusta el béisbol? —dijo señalándola.
- —No. —Se pasó los dedos por el pelo para dejarlo más o menos presentable —. Me encanta el béisbol.
  - --: En serio? A ver. ¿quién ganó la liga en... 2002?

Ella frunció los labios un momento

- —Fue el año de California. Los Ángeles ganaron a los Giants en el séptimo. Lackey les dio la victoria.
- —Oh, Dios mío. —Mirándola con ojos desorbitados, se llevó el puño al corazón—. Realmente eres la chica de mis sueños. Cásate conmigo, sé la madre de mis hiios. Pero esperemos hasta después del partido.
- --Así tendré tiempo de comprar el vestido. Ya te avisaré si consigo las entradas
- —Si no, ya intentaré conseguir un par de entradas para el siguiente partido que hagan aquí. —La tomó de la mano mientras bajaban la escalera.

Reena cogió su bolso.

- —No tienes que acompañarme hasta la puerta, Bo.
- -Pues claro que sí. Podría haber alguien. O extraterrestres. Nunca se sabe.

Cogió las llaves y se las metió en el bolsillo al salir.

- —¿Ves? Eres un romántico. Y anticuado.
- -Pero también soy masculino y tengo los reflejos de una pantera.
- -Que nos serán muy útiles contra los extraterrestres.
- Bajaron los escalones de la casa de Bo y luego subieron los que llevaban a la puerta de Reena, donde dejó que la besara.
  - —Vete a casa —musitó ella.
  - —Podrías acompañarme. Tú eres la policía.
- —Vete. —Y le dio un pequeño codazo, luego abrió la puerta—. Buenas noches, Goodnight —dijo, y cerró.

La vigilo. Porque yo sé esperar, sé planificar las cosas. Nunca pensé que me llevaría tanto tiempo, pero caray, pasan cosas. Y además, la espera lo hace más emocionante. La muy puta se está tirando al vecino. Muy oportuno.

Podría matarlo ahora. Ir y llamar a su puerta. Él viene a abrir, claro. Porque se cree que es su puta. Y vo que voy y le clavo un cuchillo en la tripa. ¡Sorpresa!

Pero es mejor esperar. Esperar y vigilar. Ya me ocuparé de él mas adelante.

Cuando la ciudad arda.

La luz se ha encendido. La luz del dormitorio. Apuesto a que está desnuda. Acariciándose donde ha dejado que él la acariciara. Perra.

Pienso probarla, oh, sí, pienso probarla antes de prenderle fuego.

La luz de la ventana desaparece. Se acuesta.

Deja que duerma. Será más divertido si está dormida. Tómate tu tiempo, no hay prisa.

Fúmate un cigarrillo. Relájate.

Luego sacas el teléfono. Con una bonita imagen de ella en tu cabeza. Desnuda, en la cama.

Despierta, puta.

El teléfono sonó y la despertó. Reena echó un vistazo al reloj y se dio cuenta de que apenas llevaba diez minutos en la cama. El número que vio en el visor hizo que frunciera el ceño. Llamada local, número desconocido.

- —;Diga?
- -Creo que es un buen momento para darte tu sorpresa.
- -Oh. por Dios.
- —Muy caliente y brillante. Y sabrás que es para ti. ¿Estás desnuda, Catarina? ¿Estás moiada?

Cuando oyó que la llamaba por su nombre, Reena sintió una punzada en el corazón.

—¿Quién...? —Y se puso a renegar cuando la persona que llamaba colgó. De nuevo, anotó el número y la hora.

A primera hora de la mañana, pensó con aire sombrío, alguien iba a recibir una bonita llamada.

Se levantó y cogió su arma. Comprobó si estaba cargada. Luego, llevando la pistola con ella, comprobó las puertas, las ventanas. Se tumbó en el sofá de la sala de estar, dejó la pistola en la mesita y trató de dormir un poco.

- —Los dos eran móviles. —Reena estaba informando a su capitán, con O'Donnell al lado —. Registrados a nombre de personas diferentes, pero ambos son números de Baltimore
  - —La llamó por su nombre.
  - -Sí, señor, en la segunda llamada.
  - —¿No reconoció la voz?

- No, señor. Quizá la está forzando. Hablaba muy flojo, algo ronco. Pero no me sonaba de nada. La primera vez pensé que sería algún guarro. Pero ahora sé que es personal.
  - -Comprueben las direcciones de los titulares.
- —Me siento como una estúpida, meterte en todo esto —le dijo Reena a su compañero cuando salieron a buscar el coche—. Preferiría llevarlo como algo personal.
  - —Un tipo te amenaza por teléfono...
  - —No me amenazó
- —Implícitamente sí —dijo O'Donnell, y puso mala cara porque Reena se plantó en el lado del conductor antes que él—. Hay una amenaza implícita, a una policía... y además conoce al policía por su nombre. Es un asunto oficial.
- —Mucha gente conoce mi nombre. Y por lo visto una de esas personas es un pervertido. —Salió de la plaza de aparcamiento marcha atrás—. La dirección que nos queda más cerca es la del trabajo del titular del teléfono desde donde se hizo la segunda llamada. Es de una tal Abigail Parsons.

Abigail Parsons daba clases de quinto curso en una escuela. Era una mujer de sesenta años con proporciones generosas, que llevaba calzado cómodo y un vistoso vestido azul.

En opinión de Reena, parecía emocionada por haber tenido que salir en medio de una clase para hablar con la policía.

- —;Mi móvil?
- -Sí, señora, ¿Tiene su móvil?
- —Por supuesto. —Abrió un bolso del tamaño de Rhode Island y sacó un pequeño Nokia de dentro, meticulosamente ordenado—. Está apagado. Nunca lo tengo encendido durante las clases, pero lo llevo conmigo. ¿Hay algún problema? No lo entiendo.
  - --: Puede decirme si alguna otra persona tiene acceso a este teléfono?
  - -No. Es mío.
  - —¿Vive usted sola, señora Parsons? —preguntó O'Donnell.
  - -Sí, desde que mi marido murió hace dos años.
  - --¿Recuerda cuándo fue la última vez que lo utilizó?
- —Ayer. Llamé a mi hija cuando salí del colegio. Había quedado para cenar con ella en su casa y quería saber si necesitaba que llevara algo. ¿De qué va todo esto?

El segundo número los llevó a un gimnasio donde la titular estaba dando una clase de aeróbic. Cuando interrumpió la clase, sacó su móvil de un bolso que guardaba en las taquillas. Era una joven chispeante de veintidós años, y dijo que la noche antes había estado fuera con unas amigas y luego volvió sola a casa. Vivía sola.

No apareció ninguna llamada al número de Reena en la memoria de ninguno

de los dos móviles.

- —Los ha clonado —dijo O'Donnell cuando salieron.
- —Sí, y es muy raro. ¿A quién conozco yo que se tome la molestia de clonar unos móviles para poder despertarme en mitad de la noche?
- —La pregunta más bien es quién te conoce a ti. Podemos revisar los archivos de los casos antiguos, a ver si sale algo.
- -- Una sorpresa para mí -- musitó---. Grande y brillante. Con matices sexuales
  - --: Un antiguo novio? :O nuevo?
- —No lo sé. —Reena abrió a puerta del coche—. Pero ha captado mi atención

Reena dejó el caso a un lado, pero se sintió inquieta todo el día. ¿Quién iba a clonar dos teléfonos solo para confundirla? Clonar un móvil no era tan difícil si tenías el material necesario y las instrucciones. Y eso era fácil de encontrar.

Pero era algo que había que hacer de forma deliberada, planificarlo. Con un propósito.

Sabría que era para ella. ¿Qué es lo que era para ella? Reena se recostó en el asiento, cerró los ojos. La sorpresa grande y brillante.

¿Una sorpresa personal o profesional?

Pasó la mayor parte de la tarde en el juzgado, esperando para testificar en un caso de incendio provocado como venganza con consecuencia de muerte. Pasó a recoger las entradas para el partido de béisbol del despacho de un amigo de la oficina del fiscal del distrito. Y volvió a la comisaría con un hormigueo entre los homóplatos.

Conocía su nombre, ¿significaba eso que la vigilaba? Reena se sentía vigilada. Se sentía expuesta y vulnerable al caminar por la calle volvia a llamarla, cuando volviera a llamarla, lo retendría en la línea. Ya había instalado una grabadora. Le haría hablar. Y le sacaría algo que pudiera darle una pista.

Entonces se vería quién se llevaba una sorpresa.

Sacó su móvil y llamó a Bo al suyo. Ya había pasado a la categoría de relación seria. Tenía sus números programados.

—Hola, rubia.

Reena dio unos pasos v cantó.

- -«Take me out to be ball game. Take me out with the crowd».
- —Yo me encargo de comprar los cacahuetes y los snacks —dijo—. ¿A qué hora terminas?
  - -Si no sale nada, y toquemos madera para que no pase, a las seis y media.
  - -Estaré listo. ¿Oué haces ahora?
  - -Estoy caminando. Hace un día magnífico. Acabo de testificar en un juicio,

y me parece que he puesto mi granito de arena para que un asesino quede fuera de circulación durante veinticinco años.

- -Vaya, yo solo estoy colocando una cenefa. Es mucho menos emocionante.
- -: Has declarado alguna vez en un juicio?
- -Me absolvieron

Reena rio

- —Es muy aburrido. Estaré esperando esos snacks.
- —La sorpresa del paquete la pondré y o. ¿Reena? —preguntó cuando vio que no decía nada.
- —Sí, estoy aquí. Perdona. —Trató de relajar la tensión que sentía en la espalda—. Nos veremos luego.

Cerró el teléfono, pero se detuvo en el exterior de la comisaría y estudió detenidamente el tráfico y los peatones.

El teléfono sonó y Reena se sobresaltó, renegó. Y dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio quién llamaba en el visor.

—Hola, mamá. No, aún no le he dicho nada del domingo. Pero lo haré.

Se dio la vuelta y entró en la comisaría oyendo la voz de su madre.

Encontrar aparcamiento en Candem Yards era imposible. Cuando veía aquel desbarajuste de coches Reena se alegraba de vivir lo bastante cerca para ir al campo a pie.

Le encantaba la gente, el bullicio, los atascos y la expectación de los que se dirigían hacia aquel estadio magnifico, casi tanto como el partido en sí.

Llevaba puestos sus tejanos más cómodos, una camiseta blanca sin mangas metida por el pantalón y una gorra con la colorida oropéndola de los Orioles.

Veía a niños en sus cochecitos, o dando brincos junto a sus padres. Como ella de pequeña, pensó, aunque en aquel entonces iban al viejo Memorial Stadium.

Ya podía oler los perritos calientes y la cerveza.

Cuando hubieron cruzado las barreras, Bo le pasó el brazo por los hombros. Iba vestido de forma muy parecida, aunque su camiseta era azul claro.

- -Dime, ¿qué opinas de los sandwiches a la barbacoa Boogs?
- -Tan buenos como el fielding de Wade Boogs en sus tiempos.
- -Excelente. ¿Te parece que nos comamos uno antes del partido?
- —¿Bromeas? Vamos a aprovisionarnos. Yo trago como un caballo durante los partidos.

Se abrieron paso entre la muchedumbre, llevando la comida entre los dos. Reena trataba de no mirar por encima del hombro, de no pensar y preguntarse por cada rostro que veía entre la gente. Allí sería fácil pasar inadvertido. Seguir a alguien. Solo tenías que pagar una entrada.

Pensar que podían estar vigilándola le hacía sentirse controlada, así que trató

de sobreponerse a aquella sensación. No pensaba dejar que aquello le estropeara la velada

Y cuando empezaron a subir la rampa hacia la puerta que les correspondía, respiró hondo y aguantó la respiración un momento.

- —Esto me encanta. Ver cómo va apareciendo el campo conforme subes, todo ese verde, el marrón de las líneas de base, el blanco de los sacos, el graderío. Los sonidos, los olores.
  - -Me vas a hacer llorar Reena

Ella sonrió y, cuando llegaron arriba, volvió a detenerse para empaparse de la vista. El ruido, las voces, las conversaciones, los vendedores ambulantes, la música... la asaltaron. Y los problemas, aquellas llamadas sucias, las horas que había pasado en el juzgado, la factura de la Visa que le había llegado ese día con el correo electrónico... todo se disipó como la niebla bajo la luz del sol.

- —Se puede encontrar la respuesta a todos los interrogantes del universo en un campo de béisbol —dii o.
  - -Una verdad como un templo.

Encontraron sus asientos y colocaron la comida sobre las piernas.

- —El primer partido que recuerdo —empezó a explicar Reena y dio un buen bocado a su sandwich de carne a la parrilla— fue cuando tendría seis años. No me acuerdo de quién jugaba. —Tragó, estudiando el campo de juego—. Lo que recuerdo es la sensación, el movimiento, ¿entiendes? Tiene un sonido tan característico... Fue el inicio de mi pasión por el béisbol.
- —Yo no fui a ningún partido de la liga nacional hasta el instituto y ya que has dicho lo de la sensación, la imagen que yo tenía del béisbol era la de la televisión. Y por televisión todo se ve más pequeño, tiene menos de espiritual.
- —Vaya, entonces creo que ya tendrás un tema de que hablar con mi padre. Quieren que vengas a cenar con nosotros el domingo. Si estás libre.
- —¿De verdad? —Una expresión de sorpresa y alegría le paso por el rostro—. ¿Qué será, una especie de iniciación? ¿Habrá un interrogatorio?
  - —Puede. —Se volvió a mirarle—. ;Crees que estas preparado?
  - -Siempre se me han dado bien las pruebas.

Comieron, viendo cómo las gradas se iban llenando y la luz de aquel atardecer de primavera se suavizaba. Y lanzaron vítores cuando los Orioles salieron al campo y escucharon el himno.

Cada uno se tomó una cerveza durante los tres primeros innings.

A Bo le gustó ver que Reena gritaba, abucheaba, renegaba. Nada de aplausos femeninos. Se tiraba del pelo, le golpeaba a él en el hombro, mantuvo una breve conversación con el hombre que tenía sentado al otro lado sobre las posibles inclinaciones sexuales del árbitro cuando descalificó al corredor de su base.

Los dos estuvieron de acuerdo en que era un imbécil y un cegato.

Reena se comió una barrita de helado recubierto de chocolate en el séptimo

inning —Bo no sabía de dónde había salido— y casi lo untó con ella cuando se levantó de un brinco para seguir la trayectoria de una bola que el bateador mandó bastante leios.

- —¡Uau, a esto me refería! —gritó, dio unos pasos de baile y volvió a sentarse —.¿Ouieres un poco?
- —Ya lo he probado.

—Ya lo ne probado.

Ella se volvió y le sonrió.

-Me encanta el béisbol.

—Sí.

Perdieron, por un doloroso *run*, y ella lo achacó al mal trabajo del juez de la tercera base. Bo no consideró oportuno confesar que nunca había disfrutado más de una

derrota, o de un partido. De buena gana condenaría a sus amados Orioles a una temporada desastrosa si así podía verla entusiasmada en cada partido.

Cuando salieron del estadio, Reena lo empujó contra un árbol y pegó su boca a la de él.

- —¿Sabes qué otra cosa me gusta del béisbol? —susurró.
- -Estoy deseando que me lo digas.
- —Me pone caliente. —Le acarició la oreja con los labios, respiró en ella—. ¿Por qué no te llevo a mi casa?

Lo cogió de la mano y volvieron a la acera. Y caminaron juntos entre la multitud, tomando el camino más corto para llegar a su casa.

Bo estaba tan excitado cuando Reena abrió por fin la puerta que la cerró empujándola contra ella.

Ella dejó caer su bolso, le quitó la camiseta a Bo. Le clavó los dientes en el hombro

--Aquí, aquí mismo. ---Reena ya le estaba desabrochando el botón de los tejanos.

Bo no podía pensar. No podía parar. El sonido de sus caderas golpeando contra la puerta mientras él empui aba contra ella resultaba furiosamente excitante.

Fue violento, rápido, increíble, y cuando quedaron exhaustos, se dejaron caer sobre el suelo hechos polvo.

—Dios. Dios. —Bo miraba al techo, y respiraba como un motor de vapor—. ¿Cómo será cuando ganan?

Reena se rio con tantas ganas que tuvo que llevarse las manos a las costillas. De alguna forma consiguió ponerse encima de él.

- -Maldita sea, Bo. Maldita sea. A ver si va a resultar que eres perfecto.
- El teléfono sonó y Reena se subió los pantalones. La cabeza aún le daba vueltas cuando contestó.
  - —Sorpresa.

Se maldijo a sí misma por ser tan descuidada y no haber encendido la grabadora ni haber comprobado el número en el panel. Lo hizo.

- —Hola, estaba esperando que llamaras. —Levantó una mano, indicándole a Bo que no hablara.
  - -Brendan Avenue. Ya lo verás.
- —¿Es ahí donde estás? ¿Vives ahí? —Comprobó la hora. Aún era pronto. No habían dado las doce de la noche.
  - —Ya lo verás. Será mejor que te des prisa.
  - —¡Mierda! —dijo en voz baja cuando el hombre colgó—. Tengo que irme.
  - —¿Quién era?
- —No lo sé. —Fue corriendo al armarito de la entrada y cogió su arma del estante más alto—. Un cabrón que me ha estado llamando... me envía mensaj es extraños, algo sexual —siguió diciendo mientras se ponía la pistolera—. Seguramente ha clonado un móvil.

- —Eh, espera. ¿Adónde vas?
  - -Ha dicho que tenía algo para mí en Brendan Avenue. Voy a comprobarlo.
  - -Voy contigo.
- —No, no vendrás. —Cogió una chaqueta para disimular la pistola, y Bo se interpuso con calma ante la puerta.
- —No pienso dejar que vayas sola a comprobar la llamada de un chiflado. Si no quieres que vaya yo, perfecto. Pero llama a tu compañero.
  - -No pienso despertar a O'Donnell por algo así.
  - -Vale. -Hablaba con tono agradable, e implacable-. ¿Conduzco y o?
  - —Bo, apártate. No tengo tiempo para esto.
- —Llama a O'Donnell o a... un coche patrulla, si no tendré que ir contigo. Si no, ya te puedes ir poniendo cómoda, porque no dej aré que vay as a ningún sitio.

La rabia le atenazaba la garganta, hizo que apretara los dientes.

- -Es mi trabajo. Que me hay a acostado contigo...
- —No, no, no sigas por ahí. —Y la dureza de su voz, la repentina frialdad de su mirada, hicieron que Reena lo viera con nuevos ojos—. Sé cuál es tu trabajo, Reena, pero no incluye que vayas sola a ningún sitio porque un desgraciado se está metiendo contigo. Bueno, ¿qué decides?

Ella se abrió la chaqueta.

--: Ves esto?

Él miró

- -Es difícil no verla. Lo dicho, ¿qué decides?
- -Mierda, Bo, apártate. No quiero hacerte daño.
- —Yo tampoco. A lo mejor me dejas fuera de combate. Espero que no tengamos que comprobarlo. Pero si pasa, si me vences, arrastraré mi culo humillado hasta mi camioneta y te seguiré. Hagas lo que hagas, no dejaré que vayas sola. Si es por orgullo, luego podemos hablarlo. Pero estás perdiendo el tiempo.

Reena rara vez insultaba en italiano. Lo reservaba para cuando estaba más furiosa. Y soltó una retahila de coloridos juramentos mientras él la observaba con expresión plácida.

- —Yo conduzco —espetó, y puso mala cara cuando él le abrió la puerta—.
  Vosotros no lo entendéis. Nunca lo entendéis.
- —Supongo que te refieres a los machos de la especie —comentó cuando Reena pasó como una exhalación ante él.
- —Si llamo a mi compañero masculino por algo que seguramente no es más que una tontería, es porque soy una chica.
- —Yo no lo veo así. —Se instaló en el asiento del pasajero y esperó a que ella rodeara el coche y subiera—. Eres una chica, de eso no hay duda, pero es de sentido común que no vay as sola a comprobar algo así.
  - —Sé cuidarme sólita

-- Apuesto a que sí. Pero no me vas a convencer corriendo riesgos innecesarios

Reena le lanzó una mirada asesina y acto seguido arranco haciendo chirriar los frenos

- -No me gusta que me digan lo que tengo que hacer.
- —¿Y a quién le gusta? Bueno, entonces, ¿cuántas veces te ha llamado ese tipo? ¿Qué te dice?
- Ella tamborileó con los dedos sobre el volante, trato de controlar el mal
- —Esta es la tercera llamada. Dice que tiene una sorpresa para mí. La primera vez la tomé por una de esas llamadas obscenas aleatorias. La segunda me llamó por mi nombre, así que lo comprobé. Los números son de móviles, y parece que son clonados.
  - -Sí conoce tu nombre es que es algo personal.
- —Y qué más. —Ya no había nada plácido en la expresión de Bo—. Sabes perfectamente que es personal, y por eso estás tan enfadada.
  - -Te has interpuesto en mi camino.
  - —Sí.

Reena esperó un momento.

—Potencialmente

- -En mi familia cuando discutimos gritamos.
- —Yo prefiero ser más sutil, la estrategia de apalancarme y dejar que te rompas los cuernos tratando de moverme de sitio. —Y se volvió para dedicarle una mirada larga y fría—. Y si no, mira quién ha ganado.
  - -Por esta vez-replicó ella.

Cuando se acercaban a Brendan Avenue, Reena redujo la velocidad, buscando con la mirada. « Cuando lo veas lo sabrás» . Recordaba la voz.

Y el corazón le dio un vuelco.

—Mierda, mierda. —Cogió su teléfono y llamó al 911—. Detective Catarina Hale, número de placa 45391. Hay un incendio en el 2800 de Brendan Avenue. En la capilla de la escuela de primaria Littie Flower. A primera vista, parece que el fuego está en pleno apogeo. Avisen a los bomberos y la policía. Posiblemente provocado.

Detuvo el coche bruscamente junto al bordillo.

- —Quédate en el coche —le ordenó a Bo, y cogió una linterna. Se apeó y marcó con rapidez el número de O'Donnell—. Tenemos un incendio —dijo sin preámbulos, le dio la dirección y fue a toda prisa hacia el edificio—. Me llamó para decírmelo. Estoy en la escena. Te he dicho que te quedaras en el coche —le espetó a Bo.
  - -Evidentemente mi respuesta ha sido no. ¿Ya está aquí la policía?
  - -No creo, pero eso no significa que no haya nadie dentro. -Se metió el

móvil en el bolsillo y sacó su arma mientras se acercaba a las amplias puertas de la planta baja.

El mensaje de aquel hombre estaba pintado con spray en las puertas, en un brillante roio:

## ¡SORPRESA!

—El muy cabrón. Quédate detrás de mí, Bo. Lo digo en serio. No pienses con la polla. Recuerda quién lleva la pistola. —Estiró el brazo y tiró para abrir la puerta.— Cerrada.

Reena se debatía consigo misma. Podía dejar a Bo allí, expuesto, o llevarlo con ella a rodear el edificio

- —No te apartes de mi lado —le ordenó. Y oyó las primeras sirenas mientras rodeaba el edificio. Encontró la ventana rota. A través de ella, vio que el fuego procedía de un aula, y estaba devorando mesas, subiendo por las paredes, saliendo al pasillo.
  - -No pienso dejar que entres ahí -le dijo Bo.

Ella negó con la cabeza. No, no entraría sin equipo. Pero desde donde se hallaba vio perfectamente que el punto de origen estaba alli, y que habían colocado material inflamable —papel encerado tal vez— para hacer que se extendiera al pasillo y de ahí pasara a las otras aulas. Olía a gasolina, y aún podían verse algunos regueros brillando sobre el suelo.

¿La estaría observando?

Retrocedió para escudriñar los edificios vecinos y notó que algo crujía bajo su pie. Enfocó la linterna y se acuclilló.

Sus dedos se morían por tocarla, pero no lo hizo, no tocó la caja de cerillas de madera. Y el corazón se le puso en un puño cuando vio el familiar logo de Sirico's

- —Hazme un favor. En el maletero tengo mi maletín, dentro hay bolsitas para las pruebas. Necesito una.
  - -No se te ocurra entrar -repitió él.
  - -No, no entraré.

Reena se quedó donde estaba, pensando en aquellas cerillas, y luego levantó la vista y estudió la zona. De acuerdo, aquel hombre la conocía y quería asegurarse de que Reena lo entendía.

¿Necesitaba estar cerca para ver el fuego?

La gente empezaba a salir de sus casas, y los coches se detenían al pasar. Se oían voces exaltadas, y el sonido distante de las sirenas.

Cuando Bo volvió con la bolsita, Reena metió la caja de cerillas y la selló.

-- Esperaremos. -- Volvió corriendo a la parte delantera, se puso la placa en el cinturón y empezó a ordenar a la gente que retrocediera.

- —¿Qué puedo hacer? —le preguntó Bo.
- —Quitarte de en medio —dijo ella, y guardó la prueba de las cerillas en el coche—. Tendré que informar al jefe de bomberos cuando llegue. Tienes buen ojo, Bo. Fijate en la gente que mira. Si ves a alguien que parece especialmente interesado, dímelo. Buscamos a un hombre adulto. Estará solo. Y me observará a mí tanto como al fuego. ¡Puedes hacerlo?

-Sí.

Bo nunca había visto en acción a un equipo de bomberos, al menos no fuera de la pantalla. Todo fue tan rápido, tan colorido y ruidoso y vertiginoso... Como un acontecimiento deportivo, pensó cuando los camiones de bomberos llegaron y los hombres entraron en acción.

Le hizo pensar en el partido que habían visto aquella tarde. La misma concentración y trabajo en equipo. Pero en vez de bates y pelotas, aquellos hombres llevaban mangueras y hachas, bombonas de oxígeno y mascarillas.

En vez de huir del fuego como el resto de los mortales, ellos corrieron hacia él. Y se adentraron en el humo y el calor con los cascos relucientes.

Mientras Bo observaba, parte de los bomberos derribaron la puerta y entraron en el edifício, mientras otros lo remojaban con las mangueras.

La policía puso enseguida barreras para evitar que la gente pasara. Como le había pedido Reena, Bo estudió las caras de la gente, tratando de identificar a la persona que buscaban. Veía las llamas en los ojos sorprendidos y desorbitados de los curiosos, el resplandor rojizo y dorado en su piel, y supuso que él debía de tener el mismo aspecto. Había parejas y solitarios, familias con niños en brazos, en pijama, descalzos. Y gente vestida que se apeaba de los vehículos que se detenían al pasar.

Entrada libre, pensó, y volvió a mirar al edificio. Era un infierno.

El fuego se había extendido al tejado y las llamaradas se sacudían en medio de una densa columna de humo. Empezaban a escocerle los ojos, y ya había ceniza en el aire. Los bomberos empezaron a arrojar agua, montones de agua, con tanta violencia que Bo se preguntó si la estructura podría aguantar.

Oyó cristal que se rompía y al levantar la vista vio la lluvia de cristales de una ventana que estallaba. Alguien gritó entre la multitud.

Incluso desde donde él estaba el calor resultaba opresivo. ¿Cómo podían aguantarlo? Un calor abrasador, tempestuoso, y el hedor del humo.

Acercaron las escalas, con hombres en lo alto como banderas, arrojando más agua con las mangueras.

Un hombre avanzó entre la multitud. Bo se dispuso a entrar en acción, aunque no sabía muy bien cómo, y vio el destello de una placa, los gestos de asentimiento de los otros policías, de los bomberos. Un hombre grande, con hombros anchos, barriga, y un feroz rostro irlandés. Fue directo hacia Reena.

O'Donnell, decidió Bo, y se relajó un poco.

Podía haberse quedado donde estaba, pero vio que el hombre ayudaba a Reena a ponerse el equipo de bombero. Se abrió paso entre la gente, y ya estaba anartando las barreras cuando los policías le cerraron el paso.

-: Reena. maldita sea!

Ella miró en su dirección mientras se cargaba la bombona de oxígeno. Su expresión era irritada, pero le dijo algo a su compañero. El hombre fue hasta la barrera

- -Está con nosotros -dijo escuetamente-. ¿Goodnight? Soy O'Donnell.
- —Sí, bien. ¿Qué está haciendo Reena? ¿Qué estás haciendo? —le preguntó a ella directamente, entrecerrando los ojos a causa del humo.
  - —Voy a entrar. Estoy entrenada para eso. —Se ajustó el casco.
- —Para ser policía hace muy bien de bombero —comentó uno de los bomberos, y Reena le sonrió.
  - -Adulador. Luego te lo explico. Tengo que entrar.
- Antes de que Bo pudiera protestar, O'Donnell le dio con una mano en el hombro.
- —Sabe lo que hace —dijo, indicando con el mentón a Reena, que se dirigió hacia el edificio con otros dos bomberos—. Está perfectamente preparada.
  - -Igual que la docena de tipos que he visto entrar. ¿Por qué tiene que ir ella?
- —Es un fuego provocado. —Una vaharada de humo llegó hasta ellos e hizo que O'Donnell se pusiera a toser. Su mano seguía apoyada en el hombro de Bo, y lo arrastró con él a una zona más despejada— La extinción de un incendio puede destruir muchas pruebas. Si entra ahora, podrá ver más cosas antes de que el daño esté hecho. Alguien ha provocado este incendio por ella. Y Reena no es de las que se quedan al margen. Ya ha trabajado antes con esos chicos. Créeme, no la dejarían entrar si no supieran que puede defenderse.
- —¿Es que no tiene bastante con ser poli? —musitó Bo, y O'Donnell enseñó los dientes en una sonrisa.
- —Ser policía es mucho, pero ella pertenece a la brigada de delitos incendiarios. Y cruza continuamente la línea. Sabe más sobre ese hijo de puta que nadie que yo conozca. Sobre el fuego —dijo a modo de explicación cuando vio la mirada de desconcierto de Bo—. Esa chica conoce el fuego. Y ahora, dime lo que sabes.
  - —No sé nada. Fuimos a ver un partido, volvimos a su casa. Y la llamaron.

Ahora Bo no apartaba los ojos del edificio —al diablo con lo de estudiar a la gente—, y su corazón latía con violencia mientras trataba de ver sí salía.

- —Me ha contado algo. Que un hombre la ha llamado tres veces, y la llamó por su nombre. A través de móviles clonados. Y esta vez le ha dicho que tenía algo para ella en esta dirección. El fuego y a se había iniciado cuando llegamos.
  - —¿Cómo has conseguido que te deje acompañarla?

Bo volvió a mirar a O'Donnell.

—Habría tenido que dispararme para impedirlo, y creo que no quería perder tanto tiempo.

Esta vez el irlandés se rio, y la palmada que le dio en el hombro fue más amistosa.

—¿Te ha dicho que el tipo ha escrito « Sorpresa» en las puertas?

—Si, ya me ha puesto al corriente. —O'Donnell se sacó un paquete de chicles del bolsillo y le ofreció a Bo—. No le pasará nada —le aseguró, y se metió dos chicles en la boca—. ¿Por qué no me cuentas desde cuándo vas a ver partidos con mi compañera de trabaio?

Dentro, Reena se movía en medio de una densa nube de humo. Podía oír su respiración, el vacío del oxígeno de la bombona, el crepitar de las llamas que aún no se habían apagado.

Seguían buscando víctimas, pero por el momento, gracias a Dios, no habían encontrado a nadie.

Un objetivo sencillo para el pirómano, pensó Reena mientras avanzaba entre el humo. Había tenido mucho tiempo para planear el incendio. Pero lo que Reena veía era tan de aficionado, tan simple... En otras circunstancias lo habría atribuido a unos críos, o a un pirómano normal.

Y aquel hombre no lo era. Reena estaba segura, por mucho que hubiera utilizado cosas tan básicas como gasolina y papel encerado.

Tenía que averiguar más cosas.

El fuego se había desplazado por las escaleras, ayudado por la gasolina y los materiales combustibles. Si no la hubiera llamado, el edificio habría ardido como una antorcha.

Por tanto, está claro que no le importaba destruirlo.

El fuego se había cebado también con la primera planta. La temperatura y la densidad del humo aumentaron, y Reena supo sin lugar a dudas que allí había otro foco. Podía ver las siluetas de los hombres moviéndose entre la bruma del humo como fantasmas heroicos.

Si, había restos de combustible. Cogió los restos carbonizados de una caja de cerillas, consiguió meterla en una bolsa y marco el lugar para documentar la prueba.

—¿Todo bien?

Era Steve. Reena le indicó que sí con el pulgar hacia arriba.

—¿Has visto la pauta que sigue el fuego en la pared este? Creo que tenemos un segundo punto de origen. —La voz de los dos sonaba débil y forzada—. Aquí el fuego subió hacia el techo. —Señaló hacia arriba—. El hombre se había ido hacía rato

Avanzaron juntos, reuniendo pruebas, documentándolas, acercándose al corazón aún vivo del fuego.

El fuego, que lamía las paredes mientras los hombres trataban de contenerlo.

Que bailaba sobre sus cabezas por el techo, con un rugido gutural que a Reena siempre le hacía sentir un escalofrío en la espalda.

Era magnifico, horriblemente bello. Seductor, con su luz y su calor, con su poderosa danza. Reena tuvo que censurar su miedo innato y la fascinación que le producía, y concentrarse en el combustible y el método, en la pauta que había seguido el pirómano.

Gasolina, allí se notaba un fuerte olor a gasolina, por debajo del olor acre del humo y el olor a mojado. Los hombres que luchaban contra las llamas tenían los rostros ennegrecidos por el humo, los ojos inexpresivos por la concentración. El agua salía a chorros de las mangueras y entraba desde fuera por las ventanas rotas

Otra sección del tejado se desplomó con una especie de alegría y avivó el fuego, alimentándolo e inflamándolo.

Reena corrió a ayudar con una manguera, y pensó en un adiestrador de leones, tratando de contener a un felino con un látigo y una silla.

El esfuerzo se hizo sentir en sus músculos, la hizo sacudirse de la cabeza a los pies.

Vio que habían abierto una parte de la pared con un hacha y, a través del borrón de agua y humo, vio la marca del fuego, la pauta.

Lo había hecho aquel hombre, pensó. Un foco.

Y, con los brazos temblorosos, mientras el fuego se apagaba lentamente, supo que aquel no había sido su primer incendio.

Bo sintió un profundo alivio, una especie de estupefacción cuando la vio salir. A pesar del equipo y la altura, la reconoció en cuanto apareció en medio de la humareda

A pesar de la seguridad que O'Donnell había manifestado, de lo que le había dicho, Bo oyó que dejaba escapar un suspiro cuando Reena apareció abriéndose paso entre el humo y los escombros.

Tenía la cara negra. Mientras se quitaba la bombona de oxígeno de la espalda, una lluvia de ceniza cayó de su traje especial.

—Esta es nuestra chica —dijo O'Donnell alegremente—. ¿Por qué no esperas aquí, amigo? Te la devuelvo en un minuto.

Reena se quitó el casco... y hubo una breve espiral de un dorado oscuro cuando se inclinó de cintura para abajo, apoyó las manos en las rodillas y escunió en el suelo.

Y se quedó así, inclinada, levantando la cabeza solo para asentir a las palabras de O'Donnell. Luego se puso derecha, despachó a un sanitario. Se dirigió hacia Bo desabrochándose la chaqueta.

-Tengo que quedarme, y luego tendré que volver a entrar. Haré que alguien

te lleve a casa.

-¿Estás bien?

- —Si. Podía haber sido peor. Podía haber hecho algo más grave. Pero no ha habido víctimas, el edificio estaba vacio, cerrado por las vacaciones de verano. Solo quería hacer una demostración.
- —Ha dejado una caja de cerillas del restaurante de tu familia. La demostración era para ti.
- —No te lo discuto. —Miró hacia el sitio donde un par de bomberos sucios y empapados estaban encendiendo un cigarrillo—. ¿Has visto a alguien que te pareciera sospechoso?
- —La verdad es que no. Tengo que reconocer que, desde que has entrado, no me he fijado mucho. Estaba demasiado ocupado rezando.

Ella sonrió un poco y arqueó las cejas cuando Bo le limpió un poco de hollín de la mejilla con el pulgar.

-Me parece que no estoy precisamente atractiva.

—No tengo palabras. Me has asustado. Los peros podemos dejarlos para otra ocasión, cuando tengamos más tiempo. —Se metió las manos en los bolsillos—. Creo que tenemos muchas cosas que decirnos, y prefiero hacerlo sin público.

Reena volvió la cabeza por encima del hombro. Estaban remojando el edificio. Lo peor va había pasado.

-Buscaré a alguien que te lleve. Mira, siento que esto hay a acabado así.

—Yo también

Reena lo dejó y tomó disposiciones para que lo llevaran a su casa. Y pensó que el fuego había hecho mucho más que destrozar un edificio. Si no se equivocaba, acababa de convertir una relación en ciernes en ceniza.

Fue a su coche a buscar el maletín con su equipo y lo sacó, junto con una botella de agua. Steve se acercó.

- -Vaya así que ese es el chico con el que Gina dice que sales.
- —Salía. Me parece que acababa de decidir que todo este jaleo de policías y bomberos e incendios en mitad de la noche es demasiado complicado para él.
  - —Él se lo pierde.
- —Puede, o a lo mejor es que ha tenido suerte y ha encontrado una vía de escape. Soy un desastre con los hombres. Steve.

Cerró el maletero con un golpe. Su coche estaba cubierto de ceniza. Y su cuerpo apestaba, no había duda. Se inclinó sobre el vehículo, abrió la botella y dio un largo trago para aclararse la garganta.

- Le pasó la botella a Steve y se quedó como estaba hasta que O'Donnell se unió al grupo.
  - -En unos minutos nos darán permiso para entrar. ¿Qué tienes?

Reena sacó una pequeña grabadora de su maletín para asegurarse de que solo había que decirlo una vez. —Llamada de un sujeto sin identificar al teléfono de mi domicilio, a las veintitrés cuarenta y cinco —empezó, y siguió con una detallada exposición de los hechos, sus observaciones, las pruebas que había encontrado en la escena.

Apagó la grabadora y volvió a dejarla en el maletín.

- —¿Quieres mi opinión? —siguió diciendo—. Lo ha hecho para que parezca chapucero, sencillo. Pero se ha tomado la molestia de abrir la pared en la primera planta para asegurarse de que el fuego se extendía también desde el interior de las paredes y no solo por fuera. Cuando llegamos había una ventana rota arriba. Puede que lo hiciera él, o que ya estuviera así, pero la ventilación contribuyó a propagar el incendio. Ha utilizado materiales muy básicos. Gasolina, papel, cerillas. Pero son fundamentales porque, en las circunstancias adecuadas, funcionan muy bien. No parece obra de un profesional, pero me huelo que sí lo es.
  - -¿Crees que hemos topado antes con algo suy o?
- —No sé, O'Donnell. —Se llevó la mano al pelo, con gesto cansado—. He estado revisando viejos casos. Y tú también. No he visto nada. Quizá se trate de algún chiflado con el que he coincidido en algún momento y que descarté como sospechoso, y esta es su forma de devolverme la pelota. Es la escuela del barrio. De mi barrio.

Abrió la puerta del coche y sacó la bolsita con la cajetilla de cerillas.

—De Sirico's. Quiere que sepa que me conoce y que puede acercarse. Lo dejó donde pudiera encontrarlo. No dentro, porque si la cosa se desmandaba, podía haberse quemado, sino fuera, donde había muchas más probabilidades de que lo encontrara, delante del lugar por donde entró o por donde quiere hacernos creer que entró. Es algo personal.

Volvió a dejar la bolsa en el coche.

- -Y, sí, es espeluznante. Estoy empezando a inquietarme.
- —Hemos trabajado la escena, el caso. Y la próxima vez que llame —añadió O'Donnell— y se te ocurra ir a comprobar algo sin avisarme, no lo hagas.

Ella encogió los hombros.

- —Me hizo salir. —Resopló—. Y tenía razón. Tenías razón. Pensaba que no era más que algún guarro... y eso lo puedo solucionar yo sola. Lo he hecho. Pero esto es algo más. —Contempló el edificio, desorientada por el humo—. Es más que eso, así que no hace falta que te preocupes, no volveré a hacer de las mías.
  - -Bien. Ahora vamos a trabajar.

Cuando Reena se marchó eran más de las seis de la mañana. Se separó de O'Donnell para ir al parque de bomberos con Steve. Su compañero introduciria la información y redactaría el informe inicial. Ella hablaría con los bomberos del equipo que había estado en la escena que aún estuvieran despiertos.

Cuando acabara, podía darse una ducha allí mismo. Siempre llevaba una muda de ropa en el maletero. Además, en el parque de bomberos seguramente le ofrecerían una buena cena, y en noches como aquella tenía un hambre voraz

- —Así, con ese tal Goodnight ¿qué pasa? —Al ver la mirada afable de Reena, Steve encogió los hombros— Gina me va a acribillar a preguntas. Se enfada mucho cuando no le dov detalles.
- —De todos modos luego me acribillará a mí también. Tú dile que venga directa a la fuente.
  - —De acuerdo.
- -Lleva muy bien tu trabajo, ¿verdad? Nunca ha sido un problema entre
- —Se preocupa, desde luego. Pero no, no es un problema. Cuando perdimos a Bigg el año pasado, fue muy duro. No solo para mí, sino también para ella. Lo hemos hablado muchas veces. —Se tocó la oreja—. Es un trabajo de riesgo. Pero va todo junto. No siempre funciona, pero Gina es una mujer fuerte, y tú lo sabes. Tenemos a los niños. Y el que está en camino. Tiene que ser fuerte.
- —Gina te quiere. Y el amor es algo duro. —Reena aparcó en el parque de bomberos—. Cuando la llames esta mañana, pregúntale si podría llamar a mis padres. Para que sepan que estoy con este caso y que todo va bien. Y ¿podrías saltarte los detalles, al menos por ahora?

## -Claro

Había un par de hombres lavando la bomba de agua. Steve se entretuvo a hablar con ellos. Reena se limitó a saludarlos y entró con su ropa limpia.

Estuvo lavándose la ceniza del pelo hasta que los brazos le dolieron, y entonces cerró los ojos y dejó que el agua le cayera sobre la cabeza, el cuello, la espalda.

Se notaba los ojos cansados, como si tuviera arenilla por dentro, pero se le pasaría. En cambio, el sabor seguiría allí, por mucha agua que bebiera, eso lo sabía. El sabor del fuego siempre permanecía, pero, incluso cuando desaparecía, no podía olvidarlo.

Reena dedicó tiempo para mimarse. Se puso crema aromatizada, y otra hidratante. Podía entrar en un edificio en llamas, pero no pensaba sacrificar su piel. Ni su vanidad, pensó, mientras se aplicaba cuidadosamente el maquillaje.

Cuando estuvo vestida, se echó el bolso al hombro y fue hacia la cocina para comer algo.

Daba la sensación de que allí siempre había algo cocinándose. Grandes ollas de chile o estofado, un buen pedazo de carne, una sartén de huevos revueltos. Después de cada comida, las largas encimeras y la cocina se limpiaban meticulosamente, pero el ambiente siempre olía a café y comida caliente.

Reena había hecho prácticas en aquel parque de bomberos, y con frecuencia en su tiempo libre iba allí como voluntaria. Dormía en las literas, cocinaba, jugaba a las cartas o veía la televisión en la sala de recreo.

A nadie le sorprendió verla entrar. La recibieron con gestos somnolientos de la cabeza, alegres saludos y un gran plato de beicon con huevos.

Reena se sentó junto a Gribley, un hombre que llevaba doce años de servicio, con una cuidada perilla y cicatrices de quemaduras en la clavicula. Cicatrices de guerra.

- —Dicen que el pirómano de anoche te dio un toque de atención.
- —Es verdad. —Comió huevo y lo bajó con ayuda de una Coca Cola que había cogido de la nevera—. Parece que tiene algo pendiente conmigo. El incendio ya se había iniciado cuando llegué. Unos diez minutos después de que llamara
  - -Un tiempo de reacción bastante malo -comentó Gribley.
- —No me dijo que hubiera prendido fuego a nada, entonces me habría dado más prisa. La próxima vez lo haré.

Del otro lado de la mesa, uno de los hombres levantó la cabeza.

- —¿Esperas que hay a una próxima vez? ¿Crees que esto se repetirá?
- —Estoy preparada. Y vosotros tendríais que estarlo también. Esta vez me lo ha puesto fácil. Ha sido como una prueba. Como cuando estiras el brazo para pasarlo por el hombro de una mujer. Creo que quería ver cómo reaccionaba. ¿Os fiiasteis en el primer piso, en la pared del extremo más oriental?
- —Si. —Gribley asintió—. En esa zona el fuego estaba en pleno apogeo cuando llegamos. Parte de la pared estaba levantada, y había agujeros de ventilación en el techo.
- —Lo mismo que en la planta baja —siguió diciendo Reena—. El hombre se tomó su tiempo. Encontramos cuatro cajas de cerillas, y una no prendió.
- —Había material combustible repartido por toda la primera planta, y bajaba hasta la planta baja. —El hombre que tenía enfrente, Sands, cogió su tazón de café—. No habían prendido del todo cuando llegamos. Si quieres mi opinión, ese

hombre ha hecho una chapuza.

- —Sí. —Pero /había sido por descuido o lo había hecho a propósito?
- —Ha sido casi una niñería. —Reena estaba sentada repantigada en su silla. O'Donnell la imitó—. Gasolina, papel y cerillas. El tipo de cosas con las que jugaría un crío. Si dejamos aparte los orificios que hizo para ventilar, es cosa de niños, o de aficionados. Cajas de cerillas que no llegan a prender... para que podamos encontrarlas. ¿Creía que no descubriríamos lo de la ventilación, o al contrario. lo hizo para que lo descubriéramos?
- —Sí lo que quieres es psicoanalizarlo, yo diría que sí, quería que tú lo vieras. Los demás solo estamos de relleno. Tú eres la protagonista.
- Gracias, me tranquilizas mucho. Se sentó bien, silbó ¿Quién? ¿Por qué? ¿Dónde se han cruzado nuestros caminos? O tal vez solo se han cruzado en su cabeza
- —Revisaremos otra vez los casos antiguos. Y empezaremos a hablar con las personas implicadas. A lo mejor se trata de alguien a quien mandamos a la cárcel. O no. A lo mejor es alguien con quien tuviste una relación y no le gustó que terminara.

Ella meneó la cabeza

- —No he tenido una relación seria con nadie. No he querido tener una relación seria con nadie desde... —dejó la frase sin acabar, y cuando vio que O'Donnell seguía mirándola fijamente, se puso a frotarse la nuca—. Tú ya lo sabes, O'Donnell. No he ido en serio con nadie desde lo de Luke.
  - —Mucho tiempo para no ir en serio.
- —Puede, pero lo prefiero así. Y si se te ha pasado por la imaginación que podría ser Luke, olvídalo. Nunca se le ocurriría arrastrarse por un sucio edificio. Se ensuciaría su traje de diseño.
  - —A lo mej or llevaba ropa especial. ¿Aún está en Nueva York?
- —Que yo sepa sí. De acuerdo. —Levantó las manos—. Lo comprobaré. Y detesto tener que comprobarlo.
  - -¿Alguna vez te has parado a pensar lo mal que se portó contigo?
- —Jo, solo me hizo un par de moretones. Me he hecho cosas peores jugando al touch football.
- —No estoy hablando de tu cara, Hale. Estoy hablando de cómo dejaste que te afectara. Es una pena que le dieras esa satisfacción. Voy a por un café. —Se levantó y se alejó para darle tiempo para pensar.

Sin embargo Reena renegó por lo bajo y se volvió hacia su ordenador para buscar datos actualizados sobre Luke Chambers.

Cuando O'Donnell volvió con un tazón de café, Reena habló con voz rígida.

-Luke Chambers tiene una dirección en Nueva York y sigue trabajando para

la misma empresa de asesoramiento financiero que le llevó a Wall Street. Se casó en diciembre de 2000 con Janine Grady No tuvieron hijos. Su mujer murió el 11-5. Trabajaba en la planta sesenta y cuatro de la Torre Uno.

- —Qué fuerte. Una cosa así tiene que afectar mucho. No le habría pasado si hubieras hecho lo que él quería.
- —Por Dios, eres como un perro con un hueso. Vale. Me pondré en contacto con la policía de la zona para que comprueben si anoche estaba en Nueva York
- O'Donnell fue hasta la mesa de Reena y le puso delante la lata de Diet Pepsi que llevaba metida en el bolsillo.
  - —Si me hubiera pasado a mí, insistirías para que yo hiciera lo mismo. Y si no, tú lo harías por mí.
- --Estoy cansada, nerviosa. Y saber que tienes razón solo hace que me den ganas de pegarte.

Con una sonrisa de satisfacción. O'Donnell volvió a sentarse ante su mesa.

Fue un alivio volver a casa. Lo único que quería en aquellos momentos era dormir

Cuando entró, dejó el monedero sobre la pilastra de la escalera. Pero por un momento se le apareció la cara de desaprobación de su madre, así que lo cogió y lo guardó en el armarito.

« Bueno ¿y a estás contenta?».

No hizo caso de la luz que parpadeaba en el contestador y fue directa a la cocina

Arrojó el correo sobre la mesa y dejó al lado el dossier del caso, que se había traído de la oficina. Primero a dormir, se dijo a sí misma, pero al final se rindió y fue a escuchar los mensajes.

En cuanto la máquina anunció que el primer mensaje se había recibido a las dos y diez de la madrugada, su corazón empezó a latir con fuerza.

—« ¿Te ha gustado la sorpresa? Apuesto a que sí, porque veo que todavía sigues alli. Todo ese fuego... rojo y dorado, azul incandescente. Apuesto a que te has puesto caliente. Que te daban ganas de entrar y dejar que ese vecinito te follara mientras el edificio se quemaba. Yo lo haré mucho mejor. Tú espera. Espera y verás».

Ahora su respiración era muy fuerte, y rápida. Apretó pausa y cerró los ojos hasta que consiguió controlarse.

La había estado observando. Sabía que Bo estaba con ella. Que había ido hasta la ventana.

Había estado lo bastante cerca para observarla, y sin embargo ella no se había dado cuenta. ¿Era una de las personas que salieron de los edificios vecinos? ¿Uno de los conductores de los coches que pasaban? ¿Uno de los rostros entre la

multitud?

Que la miraban. Que miraban cómo miraba las llamas.

Sintió un estremecimiento. Quería asustarla, y Reena no podía evitarlo. Pero sí podía controlar lo que hacía al respecto.

Escuchó el resto de los mensajes.

El segundo era de las siete y media.

- —« ¿Aún no estás en casa? —Y se rio, como si contuviera un poco el aliento —. Estás muy ocupada, mucho, mucho».
  - -Eres muy atrevido, ¿eh, cabrón? -dijo ella en voz alta-. Eso es un error.

El tercer mensaje era de las siete cuarenta y cinco.

—« Reena»

Reena se sobresaltó, luego dejó escapar un suspiro al reconocer la voz de Bo. Sí. la verdad es que estaba muy asustada.

—« Tu coche no está, así que supongo que aún estás trabajando. Hoy tengo que preparar un presupuesto, y tengo que salir a por material. Parece poca cosa después de la aventura de anoche. De todas formas, si luego estás en casa, llámame»

El siguiente mensaje llegó una hora después... Gina, que quería verla para que la pusiera al corriente de todo lo relacionado con su nuevo chico.

—Me parece que llegas tarde. —Reena emitió una especie de silbido y chasqueó los dedos—. Ahora está, ahora no.

Y luego frunció el ceño cuando oy ó la voz llorosa de su hermana Bella.

-« ¿Por qué nunca estás cuando te necesito?» .

Como no decía nada más, Reena echó mano del teléfono. Pero se contuvo. A veces tenía que pensar primero como policía, luego como hermana.

Borró todos los mensajes menos los dos primeros, sacó la cinta y la guardó en una bolsa antes de poner una nueva en el contestador.

Llamó a O'Donnell para meterle prisa.

- —Así que estaba allí.
- —Seguramente. O aquí, porque me vio marcharme con Bo. Es posible que me estuviera vigilando y luego me siguiera hasta allí No he puesto nadie que vigile mi casa, y lo había estado pensando.
- —Haremos otro sondeo por la mañana —le dijo—. Llamaré para que te pongan un coche patrulla delante de casa esta noche.

Ella quiso protestar, pero calló.

- —Buena idea. Alguien de nuestra unidad, ¿de acuerdo? Si ve un coche patrulla a lo mejor se acobarda. Es mejor que vay a camuflado.
  - —Lo diré. Y ahora descansa un poco.

Reena pensó en la llamada de Bella.

-Sí. -Y se restregó sus ojos cansados-. Lo haré.

Miró el teléfono. Tenía que llamar a su hermana. Por supuesto que tenía que

llamarla. El hecho de que seguramente aquel arrebato se debiera a algo tan insignificante como que se había roto una uña no tenía importancia. Era injusta con ella. Su hermana no era tan ridícula. Casi, pero no tanto.

A lo mejor se trataba de los niños, aunque de ser así seguramente habría recibido media docena de llamadas de otros familiares. Si fuera tan urgente, sus padres la habrían llamado al móvil.

Pero ¿qué decía de ella que diera tantas vueltas a una simple llamada?

Reena cogió el auricular y marcó el teléfono de su hermana de memoria.

No supo muy bien si sentirse aliviada o irritada cuando la asistenta le informó de que Bella estaba en el salón de belleza. Porque eso también podía significar que había una crisis, pensó Reena cuando colgó. Su hermana se iba al salón de belleza igual que otra gente se iba a urgencias.

Estaba a punto de subir cuando oyó que llamaban a la puerta. Se preguntó si sería Bo, notando un hormigueo por las costillas. Pero cuando abrió, a quien encontró en la puerta fue a una exuberante Gina, embarazada de seis meses.

- —Steve me ha dicho que estarías en casa. Solo quería ver cómo estabas. —Y le dio un fuerte abrazo—. Menuda nochecita, ¿verdad? ¿Estás bien? Pareces cansada. Tendrías que dormir un poco.
  - -No me iría mal, no -dijo Reena cuando Gina pasó.
- —Bueno, sentémonos. Mi madre se queda a los niños un par de horas. Que Dios la bendiga con juventud y belleza eternas. —Se dejó caer en el sofá, se dio unas palmaditas en su vientre hinchado y sonrió mirando las paredes, que los anteriores propietarios habían pintado de un extraño verde kiwi—. ¿Ya has elegido los colores? Tendrías que ponerte ahora que hace buen tiempo, así podrías dejar las ventanas abiertas para que se fuera el olor. Steve te echará una mano.
- —Se agradece. La verdad es que todavía no me he decidido por nada. Estoy pensando en algo un poco más clásico.
- —Cualquier cosa sería más clásica que esto. Puedo ayudarte. Me encanta elegir colores. Es como un juego. ¿Ya estás más animada?
  - -¿Es que parece que necesito que me animen?
- —Steve me lo cuenta todo, Reene. No te preocupes, no he dicho nada a tu familia ni a nadie. Y no lo haré si es lo que quieres. Me preocuparé por ti yo sola.
  - -No tienes por qué preocuparte.
- —Por supuesto que no. Solo porque un pirómano está lo bastante obsesionado con mi mejor amiga como para quemar nuestra escuela de primaria.

Reena suspiró, y se levantó para ir a la cocina a servir un par de vasos altos de San Pellegrino.

—¿Tienes algo para acompañar? —preguntó Gina desde detrás—. Algo con grandes cantidades de azúcar.

Reena sacó lo que quedaba de un pastel de café.

-Es de hace unos días -le advirtió.

- —Si, como si eso importara. —Y, con una risa, cogió un trozo—. Comería corteza de árbol si llevara azúcar. —Se sentó a la vieja mesa de carnicero que Reena utilizaba como mesa para la cocina—. Vale, yo he estado ocupada y tú también. Pero ya es hora de que me cuentes todos los detalles sobre ese carpintero. Mi madre se enteró por tu madre de que le conociste en la universidad. Yo conocía a la misma gente que tú, y no recuerdo a nadie que se llamara Goodnight.
- —Porque no le conocíamos. Al menos y o no. Él me vio cuando estábamos en la universidad
- --Mi madre nunca se entera. --Gina cogió otro trozo---. Siéntate y cuenta, cuenta

Al hacerlo, la terrible sensación de agotamiento se apaciguó con las exclamaciones, los «Oh, Dios mio» y el gesto de llevarse la mano al corazón con que Gina aderezaba sus palabras.

- —Te vio en la otra punta de una habitación y no ha podido olvidarte. Durante todos estos años te ha llevado en su...
  - -Poll
  - -Oh, calla, Oué romántico, Como Heathcliff v Catherine.
  - -Estaban locos.
- —Oh, por Dios. Vale, pues como Algo para recordar. Me encanta esa película.
- Claro. Si quitamos que no vivimos cada uno en una punta del país, que yo no estoy prometida a otro y él no es un viudo con un hijo, es más o menos lo mismo.

Gina la señaló con el dedo.

- —No pienso dejar que me lo estropees. Llevo seis años casada y estoy esperando mi tercer hijo. Ya no me pasan cosas tan románticas. Bueno, ¿y es guapo?
- —Mucho. Está muy en forma. En parte seguramente es por el trabajo que hace. Todo manual.
  - -Y ahora al grano. ¿Y en la cama?
  - -¿Quién te ha dicho que nos hemos acostado?
  - -¿Cuánto hace que nos conocemos, Reena?
  - —Vale. Me has pillado. Es fuera de lo común.

Gina se echó hacia atrás.

- —Nunca habías dicho algo así.
- -¿Decir qué?
- —Siempre dices que es genial, o intenso. A veces divertido, o mediocre. Si tuviera que utilizar una puntuación, diría que ninguno de tus hombres ha pasado del ocho
  - La frente de Reena se arrugó.

- -He tenido algún diez. Y me parece que estás demasiado obsesionada con mi vida sexual
- —¿Para qué están las amigas? ¿Cómo es el mejor sexo del que has disfrutado en tu joven y aventurera vida?
- —Yo no he dicho... vale, lo es. No sé. Es genial, intenso y divertido, y romántico. Incluso cuando es más salvaje. Pero después de lo de anoche, se acabó.
  - -- ¿Qué? ¿Por qué? Si acabo de enterarme.

Reena sirvió más agua con gas, se sentó y se quedó mirando las burbujas.

—Arrastrar a un hombre a la escena de un delito en el que además de profesionalmente, también estás implicada de modo personal, dejar que te vea con el traje de bombero, gritando órdenes, algunas a él, que además es consciente de que hay un chiflado obsesionado contigo. Le quita todo el encanto a la relación. Gina.

-Pues entonces es que la tiene muy pequeña.

Reena meneó la cabeza con una risa

—No, no es verdad. Ni simbólica ni literalmente. Acabábamos de empezar a bailar. Y cuando la canción cambia de forma tan brusca, la cosa se complica mucho.

Gina dio un bufido y se recostó en el asiento.

- -Bueno, pues si esa es su actitud, entonces no me gusta.
- -Te gustaría. Es muy atractivo. Y no se lo reprocharé si se echa atrás.
- -Lo que significa que todavía no lo ha hecho.
- -Anoche me dio la impresión de que lo haría. Pero aún no es oficial.
- —¿Sabes cuál es tu problema, Reena? Eres una pesimista. Cuando se trata de hombres, eres demasiado pesimista. Por eso... —Se interrumpió, frunció el ceño, dio un sorbito a su agua.
  - -Venga, no te calles ahora.
- —Vale, pero que conste que si te digo esto es porque te quiero. Por eso tus relaciones nunca duran y nunca pasan a un plano más profundo. Ha sido así desde la universidad. Desde lo del pobre Josh, y desde que pasó lo de Luke, ha ido a peor. Menudo cabronazo —añadió Gina cuando vio que Reena farfullaba—. De eso no hay duda. Pero lo que pasó con él te hizo liarte aún más, y ha hecho que te cierres a la posibilidad de establecer un vínculo más fuerte con nadie.
- —Eso no es verdad. —Pero era consciente de la poca convicción que transmitían sus palabras.

Gina estiró el brazo y la cogió de la mano.

—Cielo, te estoy oyendo y hablas de ese hombre de una forma que no te oía desde que éramos niñas. Veo mucho potencial, y en cambio ya estás dispuesta a renunciar. Demonios, ya te estás haciendo a la idea. ¿Por qué no esperas a ver qué pasa antes de tachar su nombre?

- —Porque me importa —dijo en voz baja, y Gina le oprimió la mano—. Porque me mira y me importa. Nunca me había sentido así. Ni una vez, con nadie. Y para mí era perfecto no poder o no querer sentir eso por nadie. Perfecto. Tengo todo lo que necesito en mi vida. Mi familia, mi trabajo. Si quisiera un hombre, los hay a montones ahí fuera. Pero él me importa, me importa tanto que no quiero hundirme cuando se vaya.
  - —¿Estás enamorada?
  - -No estoy segura. Y tengo miedo.

Gina se levantó con una amplia sonrisa en los labios y fue a rodear a Reena con sus brazos. La besó en la coronilla.

- -Felicidades.
- —Creo que anoche lo estropeé todo.
- —Tú espera a ver. Recuerda lo desastre que fui yo cuando la cosa empezó a ir en serio con Steve.

Reena sonrió

- -Estuviste muy bien
- —Estuve espantosa. —Se puso derecha y masajeó los hombros de Reena con aire ausente—. Quería irme a Roma y pasar un año allí, y tener una aventura salvaje con un artista atormentado. ¿Cómo se suponía que iba a hacerlo si un bombero había alterado todos mis esquemas? Y sigue haciéndolo, aún me da miedo. A veces lo miro y pienso qué haría yo si le pasa algo y lo pierdo. Si él se enamorara de otra. Dale una oportunidad. —Le puso una mano en la mejilla—. Ni siquiera le conozco y ya te estoy diciendo que le des una oportunidad. Ahora me iré a recoger a mis hijos y volveré al circo que es mi vida. Llámame mañana
  - —Lo haré. Gina. Me has animado, de verdad.
  - -Entonces he hecho bien mi trabajo.

Reena durmió tres horas y despertó con el corazón acelerado y los últimos coletazos de una pesadilla en la cabeza. Fuego y humo, miedo, oscuridad... una maraña de elementos que no querían fusionarse. Seguramente es lo mejor, pensó, acurrucándose para esperar a que se le normalizara el pulso.

Tenía pesadillas de vez en cuando, sobre todo cuando estaba estresada o demasiado cansada. Los policías tenían tendencia a tenerlas. Nadie ve lo que ve un policía, nadie toca o huele lo que ellos.

Pero se desvanecería, como siempre. Y Reena podía vivir con esas imágenes porque su trabajo implicaba que hacía algo para solucionarlas. Se incorporó en la cama v encendió la luz Comería un poco, adelantaría algo

de trabajo. Así ahuy entaría aquel acceso de insomnio y preocupación.

Aún estaba algo dormida cuando bajó las escaleras. Gina tenía razón, decidió

mientras pasaba los dedos por una pared. Tendría que plantearse en serio lo de la pintura, elegir algunas muestras y hacer la casa suya.

¿Pánico al compromiso? Llevaba años deseando comprar una casa y no había hecho más que posponerlo. Y ahora no se implicaba en su casa, estaba evitando convertirla en un reflejo de sus gustos y su estilo.

Bueno, el primer paso era reconocer que tenía un problema. Así que compraría la maldita pintura y daría el paso.

Resolvería aquel caso. Y luego se tomaría una semana libre y haría algo para ella. Pintar y empapelar, alguna visita a almonedas y tiendas baratas. Plantaría algunas flores.

Estuvo remoloneando por la cocina sin mucho interés. En realidad no tenía ganas de comer. Tenía ganas de pensar. No era culpa suya si era policía y a veces su trabajo era poco atractivo y absorbente. No era culpa suya si Bo no era capaz de tolerarlo. Pánico al compromiso y un cuerno. Estaba a punto de comprometerse con él por primera vez en su vida y él va y salta del barco ante la primera ola.

Lo había echado a perder.

Era él quien la había buscado. Con sus ojos verdes y soñadores y su boca tan sensual. El muy cerdo. Sacó ajo, tomates, y empezó a trocear mientras mentalmente hacía picadillo a Bo. ¿La chica de sus sueños? Qué estupidez Ella no era la chica de los sueños de nadie y no tenía intención de serlo. Era lo que era y punto. Si le gustaba bien, y si no era su problema.

Calentó aceite de oliva en una sartén, sacó vino tinto.

No lo necesitaba. Había montones de hombres ahí fuera si le apetecía. No necesitaba ningún carpintero encantador, sexy y divertido que llenara los vacíos que había en su vida.

No había ningún vacío en su vida.

Echó el ajo en el aceite y se dio un susto cuando oyó que llamaban a la puerta de atrás. Que susto, pensó, pero cogió la pistola, que había dejado en el mármol.

- -¿Quién es?
- —Soy Bo.

Con un suspiro de alivio, dejó la pistola en el cajón de los trastos. Desentumeció los hombros y abrió.

Sentía una presión en el pecho, no podía evitarlo. Presión en el pecho, garganta seca, pesadez de estómago. Para ella aquello significaba un miedo desconocido y temible en lo que se refería a hombres.

Pero cuando abrió, le dedicó a Bo una sonrisa informal.

- —¿Necesitas azúcar?
- -No. ; Has escuchado mi mensaje?
- -Oh, sí. Lo siento. No llegué a casa hasta las cuatro, y tuve visita. He

dormido un poco. Acabo de levantarme.

- —Me lo imaginaba. Las cortinas de tu cuarto estaban cerradas cuando llegué a casa, así que supuse que estabas durmiendo. Cuando he visto que había luz he decidido arrieszarme. Hum... hav aleo que huele muy bien, además de ti.
- —Oh, mierda. —Fue corriendo hacia la cocina y retiró el ajo del fuego—. Me estaba preparando un poco de pasta. —Añadió los tomates troceados, y un chorrito de vino. A lo mejor no tenía mucha hambre, pero se alegró de tener algo que hacer con las manos. Luego agregó albahaca, molió un poquito de pimienta y dejó que se hiciera al fuego.
  - -Parece que se te da bien la cocina. Aún pareces cansada.
- —Gracias. —A Reena su voz le sonó ácida como un limón—. Me gusta que me lo digas.
  - -Estaba preocupado.
  - -Lo siento, gajes del oficio.
  - —Sí, eso parece.
  - —Te voy a poner un poco de vino.
- —Gracias. —Bo no apartó los ojos de ella—. No estaría mal. ¿Podrías decirme algo más sobre lo que pasó anoche?
- —Allanamiento, incendio provocado con diversos focos de origen, mensajes dirigidos a la investigadora que lleva el caso. No hay víctimas. —Le pasó un vaso de vino tinto
- —¿Estás enfadada porque estás cansada, porque ese animal te está complicando la vida o es por mí?

La sonrisa de Reena fue tan ácida como su tono.

- -Elige tú.
- -Vale, entendido. ¿Por qué no me explicas lo que pasó?

Ella se apoy ó contra el mármol.

—Hice lo que me han enseñado a hacer, lo que estoy obligada a hacer, por lo que me pagan.

Él esperó un momento, asintió.

- —;Y?
- —¿Y qué?
- -Eso es lo que quiero saber ¿y qué? ¿Quién está discutiendo?

Podía mostrarse civilizada, se dijo Reena a sí misma. Civilizada y madura. Sacó una cacerola, la puso en el fregadero y la llenó de agua.

- -Si tienes hambre, hay comida de sobra.
- --Claro. ¿Estás enfadada conmigo porque anoche me interpuse en tu camino?
- -No tendrías que haberlo hecho.
- —Cuando alguien que me importa hace algo estúpido, algo peligroso, me interpongo en su camino.
  - -Yo no hago cosas estúpidas.

- -Normalmente no, o eso parece. Pero ese hombre te hizo bajar la guardia.
- —Y tú qué sabrás. —Llevó la cacerola a la cocina y encendió un fogón—.
  Casi no me conoces. —Y se puso muy rígida cuando él apoyó una mano en su
  mano y la hizo volverse hacia él.
- —Sé que eres lista, entregada, que quieres mucho a tu familia y que cuando ries lo haces con toda la cara. Sé que te gusta el béisbol y dónde te gusta que te acaricien. Que te gusta el pastel de merengue de limón y que no tomas café. Sé que no te asusta meterte en un fuego. Dime lo que quieras, y sabré más cosas.
  - -¿Por qué has venido, Bo?
- --Para verte, para hablar contigo. Y de paso me zamparé un buen plato de pasta.

Ella retrocedió, cogió su vino.

- -Pensé que después de lo de anoche te sentirías incómodo.
- -¿Incóm odo con qué?
- —No seas obtuso
- Él levantó las manos.
- —Lo intento. Incómodo... contigo.

Ella se encogió ligeramente de hombros, dio un sorbito.

- —Y tenía que sentirme incómodo contigo porque... Vale, no me das opciones —dijo al ver que ella no decia nada—. ¿Porque discutimos por el hecho de que querías ir sola? No, no es eso, porque gané yo. ¿Porque tuve que mantenerme al margen? Tampoco puede ser porque yo no soy policía ni bombero. Lo reconoxo, no lo entiendo.
  - -No te gustó que entrara en el edificio.
- —¿En un edificio en llamas? —Bo profirió un sonido, como si escupiera una risa—. Tienes toda la razón. ¿Se supone que me tiene que gustar que te metas en medio de un fuego? Pues entonces es un problema, porque eso nunca pasará. Dejando aparte el hecho de que era mi primera experiencia con fuego, creo que me comporté. No salí corriendo detrás de ti y te saqué a rastras de allí, ni nada por el estilo. Cosa que me pasó momentáneamente por la cabeza. ¿Es que para estar contigo me tiene que gustar que arriesgues tu vida?

Ella lo miró.

- —Dios. Sov una pesimista.
- —Pero ¿de qué hablas? ¿Podrías traducirme ese extraño lenguaje femenino que usas para que pueda entender algo?
  - -¿Quieres estar conmigo, Bo?
  - Él levantó las manos. Era la viva imagen de un hombre frustrado.
  - -Estoy aquí, ¿no?

Ella rio, meneó la cabeza.

- -Sí, estás aquí. Desde luego. Tendré que disculparme.
- -Bien. ¿Por qué?

—Por dar por sentado que eras un imbécil. Que romperías conmigo porque no te gustaba lo que hago, lo que soy. Por convencerme a mí misma de que no me importaba si lo hacias. No lo había logrado aún, pero estaba en ello. Por estar enfadada contigo cuando en realidad era yo la que no estaba llevando bien lo que soy. Creo que tengo algunos problemas en ese campo... en el campo de las relaciones

Se acercó a él, le puso las manos en las mejillas y lo besó con ternura.

- —Perdona.
- --Entonces, ¿puede decirse que ya hemos terminado nuestra primera discusión?
  - —Eso parece.
- —Bien. —Le puso las manos sobre las mejillas y le devolvió el beso—. La primera siempre es la más dura. Hablemos de otra cosa mientras comemos, que espero que sea pronto porque lo único que he comido esta noche ha sido un sandwich de mantequilla de cacahuete.

Reena se dio la vuelta para coger la pasta.

- —Pues esto estará mucho mejor.
- -Ya lo está.

## DEFLAGRACIÓN

Etapa final y más virulenta de un incendio.

Giraban y giraban con gran tumulto y alboroto. Los fuegos de la muerte danzaban en la noche.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

—Me gustaría saber más cosas sobre esa chica con la que sales.

Bo siguió dando martillazos mientras montaba el nuevo cobertizo para el jardín que la señora Malloy se había empeñado en que necesitaba, y solo hizo una pausa para guiñarle un ojo.

-Señora Malloy, no se me ponga celosa. Usted sigue siendo el amor de mi

Ella suspiró y dejó la limonada que acababa de prepararle sobre un tablón. Su pelo seguía siendo de un intenso rojo, y llevaba unas modernas gafas de sol con cristales de color ámbar. Y un delantal muy florido.

- -Tus oi os me dicen que me has sustituido. Quiero saber cosas de ella.
- —Es guapa.
- -Dime algo que no haya deducido por mí misma.
- Bo dejó a un lado el destornillador eléctrico y cogió su limonada.
- —Es inteligente, divertida, apasionada y dulce. Sus ojos son como los de una leona, y tiene un pequeño lunar justo aquí. —Y se dio un toquecito sobre el labio
- —. Viene de una familia numerosa. Tienen un restaurante italiano en el barrio donde vivo. Ella se ha criado allí. Eh, a lo mejor su hermano la conoce. ¿No era policia?
  - —Lo es. Desde hace veintitrés años. ¿Es que la han detenido?

Bo se rio.

- —Lo dudo. Es policía. De Baltimore. Unidad de delitos incendiarios.
- -Mi hermano también.
- —¡Venga ya! Pensaba que era... bueno, no sé. Seguramente se conocen. ¿Cómo se llama su hermano? Se lo preguntaré.
  - —O'Donnell. Michael O'Donnell.

Bo dejó la limonada, se quitó las gafas de protección.

- —Vale, aquí es cuando suena la música de Dimensión desconocida. O'Donnell es su compañero. Se llama Catarina Hale.
- —Catarina Hale. —La señora Malloy cruzó los brazos—. Catarina Hale. ¿La misma con la que traté de emparejarte hace años?
  - -No. ;Hizo usted eso?
  - -Mi hermano me dijo que su nueva compañera era muy guapa, y yo que le

pregunto, ¿está soltera? Y él me dice, sí. Y yo le digo, conozco un chico muy majo, el que se encarga de hacerme las reparaciones en casa. Y le pedí que le preguntara si quería salir contigo. Pero me dijo que ya salía con alguien, que al final resulto que no era precisamente un buen chico. Pero Mick no le quiso volver a decir nada. Así que...

- —Uau. Es curioso. Reena y yo llevamos años girando el uno alrededor del otro y nunca hemos entrado en contacto. ¿La conoce?
  - -La vi una vez, en una fiesta de Mick Muy guapa y educada.
  - —Mañana voy a cenar a casa de sus padres.
  - -Lleva flores.
  - —;Flores?
- —Llévale un bonito ramo de flores a su madre, pero sin caja. —Y meneó el dedo—. Sería demasiado formal. Flores alegres que le puedas entregar cuando entres.
  - -De acuerdo
- Eres un buen chico dictaminó, y entonces lo dejó trabajando y entró en la casa para llamar a su hermano y conseguir más información desde dentro de la tal Catarina Hale

Flores, lo de las flores no sería dificil. En el supermercado vendían y, de todos modos, tenía que pasar por alli para comprar algunas cosas. Paró en la tienda que había cerca de la casa de la señora Malloy y cogió un carrito. Leche, siempre se quedaba sin leche.

Cereales. ¿Por qué no ponían los cereales cerca de la leche? ¿No sería lo más lógico?

Quizá no estaría de más que comprara un par de chuletas y las cocinara en la parrilla para él y Reena. Con aquello en la cabeza, cogió unas cuantas cosas más y fue hacia el puesto de flores.

Con los pulgares metidos en el bolsillo, Bo se quedó mirando las flores expuestas en la nevera.

La señora Malloy había dicho alegres. Las amarillas —creía que eran azucenas— parecían alegres. Pero ¿no eran esas las flores que se usan en los funerales? No, no sonaba muy alegre.

- —Es más difícil de lo que pensaba —musitó en voz alta, y entonces levantó la vista, ligeramente abochornado, porque un hombre se situó junto a él.
  - -¿Has caído en desgracia?
  - --: Cómo dice?

El hombre le dedicó a Bo una sonrisa sufrida y miró las flores expuestas con el ceño fruncido.

-Pensaba que a lo mejor has tenido problemas con tu pareja, que es lo que

me pasa a mí desde ayer. Tengo que llevarle unas flores a mi mujer, a ver si la ablando.

- —Oh, no. Mañana voy a cenar a casa de los padres de mi novia. Creo que para hacer las paces con su mujer lo mejor serían las rosas.
- —Mierda. Es verdad. —Fue hasta el mostrador y habló con la dependienta—. Parece que necesito de esas rosas. De las rojas. Mujeres —le dijo a Bo, y se rascó la cabeza por debajo de la gorra.
- —Dígamelo a mí. Creo que yo me llevaré aquellas. —Bo miró a la dependienta—. Esas de diferentes colores con la cabeza tan grande.
  - -Margaritas Gerbera -le dijeron.
  - -Las margaritas son alegres, ¿no?
  - La dependienta le sonrió mientras preparaba las rosas.
  - —Creo que sí.
- —Bien. Pues entonces quiero un enorme ramo de margaritas cuando termines Mézclalas todas
- —Apuesto a que las esposas salen más caras que las madres —dijo el hombre en tono que iumbroso.

Bo volvió a mirar las margaritas. ¿Estaba escatimando? Él buscaba algo bonito y alegre, no barato. ¿Por qué tenía que ser tan complicado? Esperó a que la dependienta terminara de envolver las rosas.

- —Adiós.
- —Si. —Con aire ausente Bo inclinó la cabeza a modo de despedida—. Buena suerte —añadió, y entonces decidió ponerse en manos de la dependienta—. Mira, es para una cena familiar, con la familia de mi novia. ¿Están bien las margaritas? ¿Bastará con una docena? Ay údame.
  - La chica volvió a la nevera.
  - -Son perfectas. Flores informales y alegres.
  - -Bien. Gracias. Estoy agotado.

Qué fácil vigilarlo. Cambio de paso para seguir al vecino de al lado y observarlo de cerca. El muy imbécil trabajando en sábado.

Podía haberle atacado en el aparcamiento. Podía haber esperado a que saliera con el puñado de floripondios y haberlo apuñalado.

Eh, amigo, ¿me puede echar una mano? Los que son como él vienen corriendo como unos jodidos cachorros. Y clavarle el cuchillo en el pescuezo cuando el hijo nuta aún esta sonriendo.

Tiro las rosas en el asiento del acompañante. Problemas con mi mujer, y qué más. Como si fuera yo a dejar que alguna mujer me mandara. Todas son unas putas. Hay que mantenerlas a raya. Mantenerlas a raya formaba parte de la diversión.

De todas formas, espero y observo. Observo cómo sale y va hasta su

camioneta con un par de bolsas. Las ridiculas margaritas sobresalen por arriba. Seguro que es maricón. Seguro que mientras se la estaba tirando no dejaba de pensar en metérsela a otro marica.

Hazle un favor al mundo y córtale el pescuezo. Un marica menos. ¿Cómo se sentiría si el mariposón que se está tirando la diñara en el aparcamiento del supermercado?

Hay formas mejores de hacerlo, días mejores.

Y arranco para seguirlo. Bonita camioneta. Y yo que pienso una cosa. Seria divertido quemar la bonita camioneta. Y más divertido aún si él está dentro. Vale la pena pensarlo.

La señora Malloy había acertado, decidió Bo. Cuando le entregó las flores el domingo por la tarde. Bianca no solo sonrió, sino que le dio sendos besos en las meillas.

Parte de la familia ya estaba allí. Xander, el hermano, despatarrado en un sillón en la sala de estar, con el bebé en brazos. Jack el cuñado —¿podía pasarle alguien un papel para ir anotando la puntuación?— estaba tirado en el suelo, jugando a coches con uno de los niños.

Fran, la hermana mayor, salió de la cocina desplazando la mano con movimientos circulares sobre su vientre, como hacen las embarazadas.

Otro niño asomó la cabeza desde detrás de Fran y lo miró tan serio como un búho

Reena se comportaba como si no se hubieran visto desde hacía meses, repartiendo besos y abrazos. Y entonces cogió en brazos al pequeño búho, y la expresión seria se convirtió en una risita.

A Bo le ofrecieron una bebida, un asiento. Y entonces las mujeres desaparecieron.

Xander dejó de mirar el partido y le enseñó a Bo los dientes en una amplia sonrisa

—Vaya, cuando te cases con mi hermana podías derribar el muro que separa las dos casas. Tendréis espacio para cinco o seis críos.

Bo se dio cuenta de que se le abría la boca y se oyó barboteando algo en respuesta. Aparte de eso, y de la retransmisión del partido, la habitación estaba en silencio

Y entonces Xander soltó una carcajada y le dio con el pie a su padre.

- —Ya te dije que sería divertido. Parece que se ha tragado una cabeza de ajos. Gib seguía mirando la tele.
- —¿Tienes algo en contra de los niños?
- -¿Cómo? No. -Con cierto desespero, Bo miró a su alrededor-. ¿Yo? No.
- —Bien. Pues toma el mío. —Y, dicho esto, Xander se levantó y, ante la expresión perpleja de Bo, le puso al bebé en el regazo—. Vuelvo enseguida.

- —Oh, bien. —Miró al bebé, que a su vez lo miraba a él con sus ojos grandes y oscuros. Tenía miedo de moverse, así que dirigió su mirada a Gib. Sabía que en sus ojos había pánico, pero no podía evitarlo.
  - -- Oué, nunca has cogido un bebé en brazos?
  - —No tan pequeño.

El niño que estaba en el suelo lo miró.

- —No hacen nada. Mi mamá va a tener otro. Y será mej or que sea niño. —Se volvió y miró muy serio a su padre.
  - -Yo he hecho lo que he podido, chico -dijo Jack
- —Ahora tengo una canguro —le dijo el niño a Bo—. Y le gustan los bebés de juguete.

Siguiendo con la conversación. Bo meneó la cabeza con lástima.

—Es terrible.

Sintiendo visiblemente que estaban hermanados, el niño se subió al brazo del sillón

—Yo soy Anthony. Tengo cinco años y medio. Tengo una rana que se llama Nemo, pero la vava no me deia traerla para comer.

—Las mujeres son así de raras.

En sus brazos el bebé se revolvió y lanzó un grito. O, más bien un berrido, en opinión de Bo, que movió las piernas sin esperanza.

—Puedes cogerlo —le dijo Ryan—. Solo tienes que ponerle una mano bajo la cabeza, porque el cuello se le va. Luego lo apoyas contra tu hombro y le das unas palmaditas en la espalda. Eso les gusta.

El bebé siguió lloriqueando y, como nadie acudió en su ayuda —los muy sádicos—, Bo puso una mano bajo la cabeza del bebé con mucho cuidado.

—Sí, así —dijo el experto en bebés—. Y la otra la colocas debajo del culito. Se mueve mucho, así que ve con cuidado.

El pánico hizo que empezara a resbalarle el sudor por la espalda. ¿Por qué tenían que hacer a los bebés tan pequeños? Y ruidosos. Seguro que había formas mejores de asegurar la propagación de la especie.

Conteniendo el aliento, Bo levantó al bebé, lo ladeó, lo colocó, y volvió a dejarlo escapar cuando los berridos bajaron a gimoteos.

En la cocina, Fran estaba batiendo unos huevos en un cuenco, Reena troceaba verduras y Bianca estaba embadurnando el pollo. Para Reena era un momento de paz. Un momento íntimo entre mujeres.

La puerta de atrás estaba abierta a la brisa cálida y agradable, y la habitación olía a comida y otros olores. Habían colocado las flores de Bo en un jarrón alto y transparente, y su sobrina estaba ocupada golpeando un cuenco de plástico con una cuchara.

El trabajo y las preocupaciones que conllevaba estaban en otro mundo. Una parte de Reena seguía siendo como una niña en aquella casa, y siempre lo sería.

Eso era reconfortante. Y otra parte era una mujer. Eso la enorgullecía.

- —Vendrá para acá en cuanto termine en la clínica. —Bianca se incorporó, cerró la puerta del horno—. Llegará tarde, como siempre. Bueno, bueno, mírala. —Se puso las manos en las caderas y estudió a su hija pequeña—. Tienes cara de felicidad.
  - —¿Y por qué iba a tenerla?
- —Será el amor —dijo Fran y, después de dejar a un lado el cuenco, se inclinó tanto como se lo permitió la barriga—. ¿Vais en serio?
  - —Cada cosa a su tiempo.
- —Es muy fogoso. ¿Qué? —Fran se echó hacia atrás, encogiendo los hombros —. ¿No puedo pensar que es fogoso? Y además tiene esa mirada de cachorrito...
- así que tienes dulzura y fogosidad en una misma persona, como caramelo fundido de hombre.
- —¡Fran! —Reena habló con una risa sorprendida, mientras miraba a su hermana con los ojos desorbitados—. Pero qué dices.
  - -No soy yo. Son las hormonas.
- —Mire a donde mire, solo veo mujeres embarazadas. Hace un par de días vi a Gina. Se comió un cuarto de un pastel de café de hacía tres días.
- —A mí me pasa con las aceitunas. Me comería una tonelada de ellas. Un bote detrás de otro. —E hizo el gesto de echárselas en la boca.
- —Pues con los cuatro yo me moría por las patatas chips. —Bianca comprobó una olla que había al fuego—. Onduladas, cada noche. Nueve meses por cuatro. Madre de Dios, ¿cuántas patatas hace eso? —Rodeó la encimera, cogió el rostro de Reena entre las manos y lo sacudió ligeramente de un lado a otro—. Me gusta verte feliz. Me gusta este Bo. Creo que es tu hombre.
  - ---Mamá
- —Creo que es tu hombre —siguió diciendo Bianca, sin inmutarse—, no solo porque te da esa chispa, porque te mira como si fueras la mujer más fascinante del mundo, sino porque a tu padre los ojos le hacen chiribitas cuando está cerca. No falla. «Así que ese chico se cree que se va a llevar a mi hija, ¿eh? Ya veremos, ya».
  - -¿Llevarme adónde? ¿A Plutón? Si vive en el mismo barrio.
- —Es como tu padre. —Sonrió cuando vio que Reena fruncía el ceño—. Fuerte, sólido, fogoso y dulce —añadió, guiñándole un ojo a Fran—. Y eso, niña mía, es lo que habías estado buscando.

Antes de que Reena pudiera contestar, An entró con Dillon echado contra su hombro.

- -Lo siento, llego tarde. ¿De qué hablabais?
- -Del chico de Reena.
- —Un bombón. Dillon le ha hecho pasar un mal rato. Pero el chico se lo ha tomado bien. —Se sentó a la mesa, se abrió la camisa y acercó la cara del bebé

al pecho—. Tu padre le está hablando de su negocio —añadió y le hizo a Reena un gesto con la mano—. No, déjalo. Él también habla del suyo. Mama Bi, me parece que después de todo igual consigues esa terraza que querías para el restaurante.

—Oh, ¿en serio? —Bianca dio unos golpecitos con una cuchara en una olla—.

Me gusta que mis hijas traigan a alguien útil a cenar.

Xander asomó la cabeza.

- —Eh, nos vamos un momento al restaurante.
- —La cena estará en una hora. Si para entonces no estáis sentados a la mesa, os voy a dar con la espátula.
  - —Sí. señora.
  - -Llévate a la pequeña. -Fran se inclinó para coger a su hija.
- —Claro. —Xander se echó a su sobrina sobre la cintura, donde la cría se puso a botar y parlotear—. Oye. Reena. Ese chico está bien.
- —Oh, menos mal —replicó ella cuando su hermano desapareció—. Solo llevamos saliendo unas semanas.
- —Cuando la cosa va bien, va bien. —Bianca cogió unos pimientos y los llevó al fregadero para lavarlos.

Calle abajo, Bo estaba con Gib, Xander, Jack y dos de los niños. Estaba evaluando el espacio que había en la parte trasera del restaurante, la limitada zona que habían habilitado para que los clientes pudieran comer fuera durante el verano, el camino que había que recorrer entre las mesas y la puerta.

- —Bianca quiere una terraza más grande —le explicó Gib—. De influencia italiana, con baldosas de terracota tal vez. Sería más fácil utilizar madera tratada, más rápido y más barato, pero ella quiere baldosas, o incluso y eso.
- —Si, podría instalarse una plataforma de madera fácilmente. Que venga desde la parte de atrás, por aqui, y haga esquina. Aplicar un tratamiento con pintura... algo con estilo italiano, ya sabe, un mural, o simplemente pintarla para que parezza baldosa o piedra. Y sellarla.
  - -Un mural. -Gib frunció los labios-. Puede que eso le guste.
  - —Pero...
- —Oh, oh. —Xander sonrió, se balanceó sobre los talones—. Me parece que en ese pero hay muchos ceros.
- —Pero —repitió Bo mientras medía la parte posterior de su terraza imaginaria tomando como referencia sus pasos—. Ya que lo hacen, por un poco más podía instalar una especie de cocina de verano. Ya que tienen esa cocina abierta dentro, podrían instalar otra fuera... pero más pequeña e informal.
  - —¿Cocina de verano?

Bo miró a Gib. Había conseguido llamar su atención.

- —Podría instalar otra cocina, otra mesa de trabajo. Pone celosías por los dos lados y planta alguna enredadera, con una pérgola por donde pueda trepar la planta, y a modo de tejado, unos listones. El sol podrá pasar, pero tamizado, y así los clientes no tendrán que quedarse dentro cuando haga demasiado calor para estar al sol
  - -Es más elaborado de lo que tenía pensado.
- —Vale. Entonces puede limitarse a ampliar lo que ya tiene. Poner un revestimiento o...
  - -Pero sigue, sigue. Decías de la pérgola.

Xander le dio con el codo a Jacky le dijo por lo bajo:

- —Lo pilló.
- —Mire... —Bo se tanteó los bolsillos, pero dejó la frase a medias—. ¿Alguien tiene un papel?

Al final cogió una servilleta de papel y, utilizando la espalda de Jack como apoy o, hizo un esquema.

-Uau, a mamá le encantará. Papá, eres un roñoso.

Gib apoyó el codo en el hombro de Xander y se inclinó para ver más de cerca.

- —¿Cuánto me costaría algo así?
- —¿La estructura? Puedo hacerle un presupuesto aproximado. Aunque primero tendría que tener las medidas exactas.
- —¿Habéis terminado? Yo también quiero mirar —Jack se incorporó y estudió el dibujo de la servilleta. Luego miró a su suegro—. Roñoso. La única solución es hacer que Bo se coma la servilleta, matarle y deshacernos del cadáver.
- —Ya lo había pensado, pero llegaríamos tarde a la cena. —Gib dejó escapar un suspiro—. Será mejor que volvamos y se lo enseñemos a Bianca. —Le dio una palmada en la espalda a Bo, y le dedicó una sonrisa feroz—. Veremos cuánto dura cuando nos dé el presupuesto.
  - —Lo dice en broma, ¿verdad? —le preguntó Bo a Xander mientras Gib salía.
  - -; Has visto alguna vez Los Soprano?
- —Pero si él ni siquiera es italiano. —Parecía un hombre corriente, agradable, que iba con su nietecita por la acera de camino a su casa.
- —No se te ocurra decírselo. Me parece que ya no se acuerda. Solo estaba bromeando. Pero ¿ves este sitio? —Se detuvo ante la entrada—. Para mi padre lo más importante es mi madre, sus hijos, los hijos de sus hijos. Primero la familia, y luego el restaurante. No es solo un negocio. Y tú le gustas.
  - —¿Cómo lo sabes?
- —Cuando Reena trae a alguien a cenar un domingo y a mi padre no le gusta, se muestra mucho más amable.
  - —¿Y eso por qué?
  - -Porque si no le gustaras, no le preocuparía; se diría a sí mismo que Reena

nunca iria en serio contigo. No serias importante. Si mi padre tiene una favorita esa es Reena. Hay algo especial entre ellos dos. Ah, Bella y su troupe ya han llegado. —Y señaló con el gesto calle arriba, hacia un Mercedes SUV último modelo.

La primera en apearse fue una jovencita esbelta, una adolescente. Se echó una reluciente mata de pelo rubio sobre el hombro y fue hacia los Hale.

- —La princesa Sofia —le dijo Xander a Bo—. La hija mayor de Bella. Ahora está en la etapa de soy guapa y estoy aburrida. Y esos son Vinny, Magdalene y Marc. Vince... socio de un bufete de abogados, con una familia de mucho, mucho dinero
  - —No te gusta.
- —Es buen tipo. Le ha dado a Bella lo que ella buscaba, el entorno que siempre ha dicho que merecia. Es un buen padre. Quiere mucho a sus hijos. No es de los que te encuentras charlando en el bar con una cerveza en la mano. Y, por último, pero no por ello menos importante, Bella.

Bo vio a Bella bajar del coche cuando su marido le abrió la puerta.

- -Tenéis mujeres muy guapas en la familia.
- -Sí, la verdad. Hace que estemos siempre atentos. Eh, Bella.
- La saludó con la mano, cruzó la calle corriendo y levantó a su hermana del suelo en un abrazo.

El nivel de ruido era considerable. Era como llegar a una fiesta que llevaba años en marcha y que no daba muestras de aflojar, pensó Bo. El suelo estaba cubierto de niños de diferentes edades, y los adultos pasaban por encima o los rodeaban.

Reena apareció a su lado y le pasó una mano por el brazo.

- -; Aguantas?
- —De momento, sí. Dijeron algo de asesinarme, pero al final decidieron que no porque se les hacía tarde para la cena.
  - —Tenemos nuestras prioridades —añadió ella—. ¿Qué habéis hecho...?

Pero dejó la frase a medias, porque en ese momento Bianca entró y dijo:

-¡A cenar!

No hubo exactamente una estampida, sino más bien un movimiento fluido. Por lo visto, cuando Bianca Hale hablaba, todos escuchaban. Acompañaron a Bo a su sitio, entre Reena y An, y le sirvieron al estilo familiar, con comida suficiente para una semana. El vino circulaba, al igual que la conversación. A nadie parecía importarle si lo interrumpían, si le discutían sus palabras, si no le hacían caso. Todos tenían algo que decir y lo decían cuando les apetecía.

Las normas habituales no servian alli. Si salia la política, pues hablaban de política, de comida, de negocios. Y lo azuzaron sin compasión para que hablara de su relación con Reena

- —Bueno... —Bella lo señaló con su vaso—. ¿A qué altura estáis tú y Reena?
- —Ah, y o estoy unas cuatro pulgadas más arriba.

Ella le dedicó una sonrisa felina.

- —El último al que trajo…
- -Bella -le advirtió Reena.
- —El último que trajo a cenar era actor. Al final llegamos a la conclusión de que si podía memorizar sus papeles era porque tenía la cabeza completamente vacía.
- —Una vez yo salí con una chica igual —comentó Bo alegremente—. Podía decirte la ropa que llevaba cada uno, lo que decía, quién se había llevado los Oscar, pero no tenía muy claro quién era presidente de Estados Unidos.
- —Bella puede hacer las dos cosas —dijo Xander—. Es polifacética. Vince, ¿cómo tiene tu madre el brazo?
- —Mucho mejor. La semana que viene le quitan la escayola. Mi madre se rompió el brazo —le explicó a Bo—. Se cayó del caballo.
  - —Lo siento
  - -Pero eso no ha hecho que lo deje. Es una mujer increíble.
- —Todo un ejemplo —dijo Bella con una sonrisa muy, muy dulce—. ¿Qué hay de tu madre, Bo? ¿Reena tendrá que competir con ella y nunca logrará estar a su altura?

De pronto la tensión apareció en la mesa.

- —En realidad, no veo nunca a mi madre.
- —Entonces Reena tiene suerte. Disculpad. —Bella dejó su servilleta y salió corriendo de la habitación.

Reena se levantó y salió tras ella.

—Mira, Bianca, mira lo que Bo ha pensado para el local. —Gib se sacó la servilleta de papel del bolsillo y la alisó—. Pero recuerda, soy el padre de tus hijos, así que no puedes dejarme por este individuo solo porque sabe utilizar el martillo. Pásaselo —le dijo a Fran.

Bella cogió su bolso de mano y salió como una exhalación por la puerta, de atrás, con Reena detrás.

- —¿Qué demonios te pasa?
- —No me pasa nada, solo quería fumarme un cigarrillo. —Saco una pitillera adornada con piedras preciosas, extrajo de ella un cigarrillo y lo encendió con un encendedor a juego—. No se puede fumar dentro de la casa, ¿te acuerdas?
  - -Estabas pinchando a Bo.
- —No más que los otros. —Tragó humo y lo dejó escapar en una nube de vapor.
  - —Le estabas pinchando y tú lo sabes. A ver, qué pasa.
- —No pasa nada. Además, ¿qué importa? Te lo tirarás unas cuantas semanas y luego irás a por otro. Como siempre.

La furia hizo que Reena hiciera retroceder dos escalones a su hermana.

- —Incluso si fuera verdad, es asunto mío.
- —Eso, tú métete en tus asuntos, es lo que mejor se te da. Si estás aquí fuera hablando conmigo es porque estás enfadada, si no es imposible pillarte.
- —Eso es una idiotez. Te devolví la llamada... dos veces. Y dejé dos mensajes.

Bella dio otra calada, le temblaban los dedos.

- —No quería hablar contigo.
- -Entonces, ¿por qué llamaste?
- —Porque cuando llamé sí quería hablar contigo. —Su voz se quebró y se dio la vuelta—. Necesitaba hablar con alguien y tú no estabas.
- —No puedo estar en casa cada minuto del día por si tú tienes una crisis, Isabella. Eso no sería normal.
- —No te enfades conmigo. —Se volvió de nuevo hacia ella. Tenía lágrimas en los ojos—. Por favor, no te enfades conmigo.

Con Bella casi siempre había lágrimas, pensó Reena. Pero los que la conocían sabían cuándo eran de ira, cuándo era cuento o cuándo la cosa iba en serio. Y esta vez iba en serio.

- —Venga, ¿qué pasa? —Y se acercó, cogió a su hermana de la cintura y la acompañó hasta un banco en el extremo del patio.
  - —No sé qué hacer. Reena. Vince tiene una aventura.
- —Oh, Bella. —Reena se inclinó sobre ella, para acercarla—. Lo siento, lo siento mucho. ¿Estás segura?
  - —Hace años que tiene aventuras.
  - —¿De qué estás hablando?
- —Otras mujeres. Ha habido otras casi desde el principio. Antes... antes le importaba lo bastante como para ocultármelo. Para actuar con discreción. Para fingir al menos que me quería. Pero ya no. Pasa fuera dos o tres noches a la semana. Y cuando me enfrento a él me dice que me vaya de compras, que le deje en paz.
  - —No debes tolerarlo, Bella.
  - —¿Y qué otra opción tengo? —dijo su hermana con amargura.
- —Si va con otras mujeres, si no hace honor a vuestro matrimonio, debes dejarle.
  - —¿Y ser la primera de la familia que se divorcia?
  - —Te está engañando.
- —Me estaba engañando. Cuando engañas a alguien al menos tratas de ocultarlo. Pero ahora lo hace delante de mis narices. Traté de hablar con su madre... porque él siempre le hace caso. Y ¿sabes qué me dijo? Encogió los hombros y me dijo que su padre siempre tuvo amantes, ¿y qué? Tú eres la esposa, tienes todas las ventajas. La casa, los hijos, las tarjetas de crédito, la

posición. Lo otro solo es sexo.

- -Eso es una estupidez. ¿Has hablado con mamá?
- —No puedo. Y tú tampoco. —Oprimió la mano de Reena y trató de contener las lágrimas—. Ella... Oh, Reena, me siento tan estúpida, tan fracasada... todos sois tan felices y yo... yo no lo soy. Fran y Jack, Xander y An, y ahora tú. He invertido trece años en este matrimonio. Tengo cuatro hijos. Y ni siquiera le quiero.
  - —Oh. Bella.
- —Nunca le he querido. Pensaba que sí, de verdad que lo pensaba, Reena. Solo tenía veinte años y él era tan guapo y dulce... y rico. Era todo lo que yo quería. No es malo desear eso. Y le he sido fiel.
  - --: Por qué no buscas ay uda?

Bella suspiró, miró más allá del patio, de la casa donde se había criado.

- —Hace tres años que voy a una psicóloga. A veces yo también sé guardar un secreto. Ella dice que estoy progresando. Tiene gracia, porque a mí no me lo parece.
- —Bella. —Reena le besó el pelo—. Bella, tienes a tu familia. No tienes por qué pasar por esto sola.
- —A veces sí. Fran es la dulce, tú la inteligente. Y, aunque Fran es más guapa, yo siempre he sido la guapa porque me he esforzado más. Eso es lo que buscaba y es lo que he recibido.
  - -Te mereces algo mejor.
- —Puede, o puede que no. Pero no sé si puedo romper la relación. Es un buen padre, Reena. Los niños le adoran. Es un buen padre y procura que no les falte de nada.
  - -Pero ¿te estás oy endo? Es un cochino adúltero.

Con una risa llorosa. Bella apagó su cigarrillo y abrazó a su hermana.

- —Por eso te llamé a ti cuando no tenía a nadie. Es así, Reena. Porque sabía que me dirías algo parecido. A lo mejor yo tengo parte de culpa, pero no me merezco un marido que se acueste con otras mujeres.
  - —Así se habla.
- —Vale. —Sacó un pañuelo de papel de su bolso, se secó la cara—. Volveré a hablar con él. —Se puso a retocarse el maquillaje—. Hablaré con mi psicóloga. Y puede que también con un abogado, solo para tantear el terreno.
- —Puedes hablar conmigo siempre que quieras. A lo mejor no siempre estoy cuando me llamas, pero te devolveré la llamada. Lo prometo.
- —Lo sé. Dios, qué aspecto tan horrible tengo. —Sacó una barra de labios—. Siento lo de antes. De verdad. Te compensaré, le compensaré. Es un chico majo, parece majo. Por eso me he puesto tan furiosa.
  - -No pasa nada. -Reena la besó en la mejilla-. Todo irá bien.

- —Dime una cosa —preguntó Bo cuando volvían a casa—. ¿He superado la prueba?
- —Lo siento. —Reena hizo una mueca de dolor—. Las preguntas, los análisis de sangre.
  - -Mañana iré a que me hagan uno.

Reena le dio una palmadita en el brazo.

- -Eres un buen chico. Goodnight.
- -Sí, pero ¿he aprobado?

Ella lo miró v vio que hablaba en serio.

- -Yo diría que sí. Aunque siento mucho lo que pasó con Bella.
- —No ha sido para tanto.
- —Ha sido una grosería, totalmente fuera de lugar, pero no era nada personal. Estaba preocupada por algo que no tiene que ver contigo. Está pasando por una crisis, y hasta esta noche yo no estaba al corriente.
  - -No pasa nada.
  - -Mi madre no descansará hasta que tenga su pérgola.
  - -Y tu padre, ¿me matará cuando le dé el presupuesto?
- —Depende del presupuesto. —Reena lo cogió del brazo—. ¿Sabes? De pequeña siempre soñaba con volver a casa una cálida noche de verano del brazo de un joven apuesto que estuviera loco por mí.
- —No creo que sea el primero que ha convertido tu sueño en realidad, así que me esforzaré porque esta vez sea memorable.
  - —Eres el primero.
  - -Venga va.
- —No, cuando... —Se refrenó—. Pero ¿cuántos de mis secretos más oscuros y profundos te voy a contar?
  - —Cuéntamelos todos. Cuando qué.
- —Cuando tenía once años estaba convencida de que al llegar a la adolescencia todo ocuparía su lugar. Mi cuerpo, los chicos, mis dotes para relacionarme en sociedad, los chicos, los chicos. Los chicos. Y entonces llegué a la adolescencia y no todo encajó en su sitio. En parte..., creo que en parte es por el incendio que hubo en Siricos.

- —Algo he oído sobre eso. La gente del barrio todavía habla de aquello. Un hombre que tenía algo contra tu padre y trató de quemarle el negocio.
- —Esa es la versión abreviada. Para mí todo cambió aquel verano. Me dediqué a estudiar, siempre andaba con John... John Minger, el inspector de incendios que se encargó de nuestro caso. Y frecuentaba mucho el parque de bomberos. Cuando entré en el instituto, estaba bastante... bueno, era bastante rara
  - —No me lo creo.
- —Pues sí. Era estudiosa, atlética, obediente, tímida con los chicos. Yo era la compañera de laboratorio de los sueños de cualquier hombre, su compañera de estudios, su paño de lágrimas, pero no la chica a la que se le habría ocurrido invitar el baile del instituto. Estudié mucho y terminé la tercera de mi clase, y podía contar las citas que había tenido con chicos con los dedos de una mano. Y me moría por salir.

Se llevó una mano al pecho y suspiró exageradamente.

- —Soñaba con el chico que se sentaba a mi lado para que le ayudara con una prueba de quimica, o para contarme los problemas que tenía con su novia. Yo quería ser como esas chicas que saben cómo comportarse, que saben hablar, y coquetear y salen con cuatro chicos a la vez. Las estudiaba. Era una observadora nata, catalogaba. Estudiaba, documentaba, practicaba en la intimidad de mi habitación. Pero nunca conseguí reunir el valor para abrirme con nadie. Hasta aquella noche, con Josh, cuando tú me viste. Esa noche pasó.
  - -El vio en ti lo que los demás no habían sabido ver.
  - -Eso es muy bonito.
  - -Es fácil, porque y o también lo vi.
  - Por acuerdo tácito, los dos giraron al llegar a la casa de él.
- —Después de Josh, algo se cerró en mi interior, por un tiempo. —Pasó adentro cuando él abrió la puerta—. Ya no quería tener novio. El fuego había tratado de llevarse el tesoro de mi familia, su herencia, y ahora se había llevado la vida del primer chico que me había tocado. Durante meses no hice más que estudiar y trabajar. Cuando me apetecía, me acostaba con algún chico y disfrutaba de él. Dejaba que él disfrutara de mí. Y seguía mi camino.

Reena pasó a la sala de estar, sin saber muy bien por qué le estaba contando algo tan profundo y serio.

—No hubo muchos, y no significaron gran cosa. No quería que significaran nada. Quería trabajar, adquirir los conocimientos que necesitaba para hacer bien mi trabajo. Me gradué, luego vinieron las prácticas, el trabajo de campo, el trabajo de laboratorio. Porque el fuego también estaba dentro de mí, y no dejaba que nadie se me acercara demasiado.

Dejó escapar un suspiro.

-Hubo otro chico con el que sentí una pequeña chispa. Acabábamos de

empezar a plantearnos las cosas en serio cuando lo mataron.

que por fin hay alguien que puede significar algo para mí, lo pierdo.

- Debió de ser un golpe realmente duro. Ya has tenido más que de sobra.
   Sí. Y. si me paro a pensarlo, creo que me amargó bastante. Cuando parece
- Bo se sentó junto a ella, la cogió de la mano, jugueteó con sus dedos. « Jugando con fuego» , pensó.
  - —¿Y qué ha cambiado?
  - -Me temo que eres tú.
  - —¿Temes?
  - —Un poco, sí. Creo que es justo que te diga que, puesto que las cosas han cambiado, o podrían estar cambiando, lo que está pasando entre nosotros tiene que ser exclusivo. Para mí es inaceptable que quieras ver a otras mujeres.

Él levantó la vista de los dedos de Reena y la miró a los ojos.

- -La única mujer a la que quiero ver eres tú.
- -Si cambias de opinión, espero que me lo digas.
- -De acuerdo, pero...
- —Con eso me basta. —Se dio la vuelta y se sentó a horcajadas sobre él—. De momento lo dejaremos en de acuerdo.

Parecía el típico incendio en una cocina. Todo hecho un desastre, daños provocados por el humo, heridas menores.

- —La esposa estaba preparando la cena, friendo pollo en la cocina, salió un momento de la habitación, la grasa se encendió y el fuego prendió en las cortinas. —Steve señaló con el gesto el pollo quemado, las paredes ennegrecidas, los restos chamuscados de las cortinas.
- —Dice que pensaba que había bajado el fuego, pero que debió de equivocarse y en vez de eso lo subió. Y se fue al cuarto de baño, contestó una llamada. No se acordó hasta que oyó que saltaba la alarma. Trató de apagarlo ella sola, se quemó las manos, salió corriendo y llamó al 911 desde la casa de los vecinos.
- —Ajá. —Reena avanzó sobre el suelo ennegrecido y fue a estudiar la pauta del fuego en el escurreplatos, bajo los muebles—. ¿Y los del 911 llegaron hacia las cuatro treinta?
  - -Cuatro treinta y seis.
- —Un poco pronto para preparar la cena. —Miró la encimera, el feo reguero que el fuego había dejado al quemar la grasa en la superficie—. ¿Y entonces? Dice que cogió la sartén y acabó derramando el aceite y la soltó. —Se inclinó sobre la sartén. y olió el pollo aceitoso.
- —Algo por el estilo. Ha sido bastante incoherente. Los sanitarios le estaban curando las manos. Tiene quemaduras de segundo grado.

- —Supongo que estaba demasiado asustada para coger esto. —O'Donnell dio unos toquecitos sobre el extintor casero que había dentro del armarito para la escoba
- —Hace falta una llama muy intensa para alcanzar esas cortinas —comentó Reena—. El pollo se estaba cocinando aqui. —Se colocó junto a la cocina—. Mucho fuego tenía que haber en la sartén para saltar hasta unas cortinas que están a un metro. Debe de ser una cocinera muy patosa. —Señaló los fogones—. Tenemos aceite aquí encima, que gira y sigue hasta la pared. Como si tuviera ojos. Y entonces, fushhh, oh, Dios mío, ¡qué he hecho! Coge la sartén, la lleva en las manos otro metro en dirección contraria, derramando más aceite, y entonces la suelta y sale corriendo.
  - O'Donnell le sonrió.
  - —La gente hace muchos disparates.
- —Si, ya lo creo. Qué armarios más feos —comentó—. La superficie de la encimera está muy gastada, arañada. Los electrodomésticos son de mala calidad, viejos. El suelo de vinilo ha tenido mejores momentos, incluso antes del incendio. —Levantó la vista—. El teléfono está ahí, en la pared. Inalámbrico. ¿Dónde está el cuarto de baño?
  - —Dice que utilizó el que está junto a la sala de estar —le comunicó Steve. Salieron de la cocina.
- —Bonitos muebles —dijo Reena—. Nuevos. Todos los colores están coordinados, todo está limpio y ordenado. En esa mesita hay otro inalámbrico. Fue hasta la puerta del tocador—. Toallas de colores coordinados también, jabones con formas bonitas, huele a limón y parece sacado de una revista. Apuesto a que la cocina era un asco.
  - —El garbanzo negro de su casa —añadió O'Donnell.

Reena levantó la tapa del váter, vio el agua azulada.

- —Una mujer que tiene su casa tan limpia, tan aireada y bien decorada no deja que se le acumule grasa en la cocina. En eso estamos de acuerdo, ¿verdad, Steve?
  - -Oh. sí.
  - -Será mejor que tengamos una charla con ella.

Estaban sentados en la bonita sala de estar con Sarah Greene, que tenía las manos vendadas sobre el regazo. Tenía el rostro abotagado de llorar. Era una mujer de veintiocho años, con el pelo castaño recogido en una larga cola. Su marido, Sam, estaba sentado junto a ella.

—No entiendo por qué estamos hablando con la policía —empezó a decir el hombre—. Ya hemos hablado con los bomberos. Ha sido una situación muy desagradable para Sarah. Y ahora necesita descansar.

- —Solo tenemos que hacer algunas preguntas, para aclarar ciertos puntos. Trabajamos en colaboración con los bomberos. ¿Cómo tiene las manos, señora Greene? —preguntó Reena.
  - -Me han dicho que podía haber sido peor. Me han dado algo para el dolor.
  - -Cuando pienso en lo que podía haber pasado... -Sam le frotó el hombro.
- —Lo siento. —Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas—. Me siento una estúpida.
- —El fuego es algo que asusta. Señora Greene, trabaja para Barnes & Noble, ¿verdad?
- —Si. —Trató de sonreirle a O'Donnell—. Soy directora. Este es mi dia libre. Quería darle a Sam una sorpresa preparando yo la cena. —Su sonrisa se torció — Menuda sorpresa.
  - -Cielo, no pasa nada.
  - -Se puso un poco temprano -comentó Reena.
  - -Sí. Fue algo impulsivo.

No, pensó Reena, no fue nada impulsivo. Puesto que el envoltorio donde venía el pollo, que Reena había rescatado de la basura junto con el tiquet de compra del supermercado, indicaba que lo había comprado el sábado antes.

Lo que significa que estaba en el congelador y, por tanto, había tenido que sacarlo bastante antes para que se descongelara.

- —Tiene una casa muy bonita.
- -Gracias. Desde que la compramos hace dos años, la hemos estado arreglando.
- —Yo acabo de comprarme una casa adosada. Me está pidiendo a gritos que la modernice, que la arregle un poco. Y para eso hace falta mucho tiempo y esfuerzo. por no hablar del dinero.
- —Dígamelo a mí. —Sam levantó los ojos al techo—. Arreglas una cosa, y te encuentras con seis más. Como un dominó.
- —Tiene toda la razón. Yo he empezado a mirar pinturas. Y me he dado cuenta de que cuando pinte, tendré que cambiar las cortinas, el suelo y seguramente empezar a cambiar los muebles Y cada vez tendré que tener a los trabaiadores en casa. seguramente durante semanas.
  - -Se hace eterno -concedió Sam.
- —Pero, ya que vas a vivir ahí, lo mejor es que lo pongas a tu gusto —y, al decirlo miró a Sarah con una sonrisa.
- —Bueno, es su casa. —Sarah frunció los labios, y evitó mirar a Keena a los oios.
- —No le tire de la lengua —dijo Sam riendo, y se inclinó para besar a su mujer en la mejilla.
- —Supongo que tendré que pedir presupuesto, al menos para las cosas que no pueda hacer yo sola. —Reena hablaba con tono informal, sociable—. Las

cañerías, el trabajo con madera. Me han dicho que normalmente la cocina es lo que sale más caro. ¿Qué presupuestos les han hecho a ustedes por la suya?

- —Nos dieron uno hace un par de semanas. Veinticinco mil. —Sam meneó la cabeza—. Si quieres los armarios a medida y superficies de trabajo compactas, el precio puede doblarse. Es ridículo. —Agitó una mano—. No me tiren de la lengua a mí tampoco...
- —Debe de ser muy duro que buena parte de la casa esté decorada a su gusto y tener una cocina vieja y anticuada, señora Greene. Como una llaga.
- —Bueno, pues ahora habrá que arreglarla —terció Sam. Y rodeó a Sarah con el brazo—. El triunfo después de la tragedia. El seguro cubrirá la mayor parte. Pero no merece que Sarah se hiciera daño. —Con delicadeza, levantó una de las manos heridas de su mujer por la muñeca y le besó el vendaje—. Vamos, cariño, no ha sido tan erave. No llores. /Todavía te duele?
- —Sarah, si no reclaman el dinero del seguro —dijo Reena con delicadeza podemos olvidarnos de esto. Haremos la vista gorda. Pero no si reclama el dinero. Porque entonces estaríamos ante un fraude. Tendríamos un incendio provocado. Y eso es un delito.
- —¿De qué están hablando? —La pregunta de Sam denotaba una cierta ira—. ¿Cómo que fraude? ¿Incendio provocado? ¿Es así como tratan a la gente cuando tiene problemas?
- —Estamos tratando de facilitarles las cosas —le dijo O'Donnell—. A los dos. Tenemos razones para pensar que el fuego no empezó exactamente como nos ha contado, señora Greene. Si mete de por medio a la compañía de seguros, no podremos ayudarla.
- —Quiero que se marchen. Mi esposa está herida. Y ustedes están ahí tratando de decir que lo ha hecho a propósito. Están locos.
  - -No quería hacerlo.
  - -Por supuesto que no, cariño.
  - —Solo quería una cocina nueva.

Reena sacó unos pañuelos de papel de su bolso y se los pasó.

- —Así que usted provocó el incendio.
- -No lo hizo...
- —Estaba furiosa —dijo la mujer interrumpiéndole, y se volvió hacia él, que la miraba completamente perplejo—. Estaba tan enfadada contigo, Sam... detesto tener que cocinar ahí, o que vengan nuestros amigos. Te lo dije, pero tú no haces más que decir que ahora no podemos, que tendremos que esperar, y que estabas harto de tener la casa siemore patas arriba
  - -Oh, Dios, Sarah.
- —No pensaba que sería así. Lo siento. Fue terrible, y me asusté tanto... De verdad, me entró el pánico —le dijo a Reena—. Pensé que se quemarían las cortinas, y parte de la encimera, pero se extendió tanto y tan deprisa que me

asusté. Y cuando cogí la sartén la segunda vez, después de haberla dejado sobre el mármol, estaba tan caliente que me quemé. Pensé que se iba a quemar toda la casa, por eso corrí a la casa de los vecinos. Tenia tanto miedo... Lo siento.

- —Sarah, podías haberte matado. Podías... por una cocina. —La abrazó cuando se puso a sollozar, y miró a Reena por encima de la cabeza de su mujer —. No reclamaremos el dinero del seguro. Por favor, no presenten cargos.
- —Es su casa, señor Greene. —O'Donnell se puso en pie—. Mientras no hay a intento de fraude, no hay delito.
- —Sarah, a veces la gente hace tonterías. —Reena le tocó el hombro—. Pero el fuego es una cosa muy seria. Espero que no lo vuelva a hacer. —Se sacó una tarjeta de visita y la dejó en la mesita auxiliar—. Si tienen alguna pregunta o necesitan hablar de lo que ha pasado, no duden en llamarme. Ah, seguramente no es asunto mío, pero cuando decidan reparar los desperfectos, conozco a alguien que podría hacerles un presupuesto más asequible.
- —La gente está como una cabra —comentó O'Donnell cuando iban hacia el coche.
- —Me he sentido como si estuviera azuzando a un cachorrito, con un palo. Se volvió a mirar a la casa—. O se toman esto a risa... tragedia mas tiempo es igual a comedia. «Oh, si, nos encantan estos mármoles. Los pusimos porque Sarah quemó los viejos». O en un par de años ya están divorciados. ¿Qué piensas del divorcio, O'Donnell?
- —Nunca lo he probado. —Se instaló en el asiento del acompañante—. Mi mujer no me deja.

Reena rio con disimulo y cogió el volante.

- —Qué estricta. En mi familia también somos muy estrictos con esas cosas. Por eso de que somos católicos. Algunos de mis primos han pasado por momentos dificiles en su matrimonio, pero ninguno se ha divorciado. Por eso da un poco de miedo dar el paso hacia el matrimonio. Es algo muy serio.
  - -; No estarás pensando en casarte? ¿Con tu carpintero?
- —No. Bueno, sí, es el carpintero, pero nada de bodas, no. Solo hablaba en general. —Vaciló, y entonces pensó, un compañero es un compañero, y eso equivale a familia—. Mi hermana Bella me ha dicho que su marido tiene una aventura. Por lo visto hace años que va con otras mujeres, pero ahora lo hace abiertamente.
  - —Oué fastidio.
  - -- ¿Alguna vez has tenido una aventura?
  - -No. Mi mujer no me deja.
- —El muy cerdo. —Reena suspiró—. No sé qué va a hacer. La verdad es que me ha sorprendido que no se lo haya contado a todo el mundo, que se lo haya

estado callando todo este tiempo.

- -Es un tema delicado
- —En mi familia nos encantan los temas delicados. Y Bella ha estado visitando a una psicóloga... otra sorpresa. Eso me hace pensar que el matrimonio es como un campo de minas. Un campo de minas muy íntimo. Del adulterio a los incendios en la cocina. No hay tiempo para aburrirse.

O'Donnell cambió de posición para mirarla.

--: Vas en serio con ese chico?

Ella quiso evitar la pregunta, luego se encogió de hombros.

- —Yo sí. Si me paro a pensarlo mucho, me sudan las manos. Así que prefiero pensar en otra cosa, como por ejemplo, que mi pirómano no me ha llamado desde la noche que incendió la escuela.
  - --: No creerás que va se ha acabado?
- —No, no, claro que no. Lo que me gustaría saber es cuánto tiempo piensa hacerme esperar. ¿Te importa si damos un rodeo? Tengo que hacer una cosa.
  - -Tú llevas el volante

El bufete donde trabajaba Vince estaba en el centro, y desde su oficina tenía vistas al puerto. Reena solo había estado allí una vez, pero se acordaba. Se preguntó si la despampanante morena que tenía como administrativa era la mujer con la que estaba liado.

La sala de espera era moderna, opulenta, decorada en tonos neutros, con algunas pinceladas de morado. Reena no tuvo que esperar mucho; enseguida la acompañaron hasta la espaciosa oficina de Vince, con sus amplios ventanales y las paredes cubiertas de cuadros.

Vince la recibió con un par de besos. Ya había un refresco con hielo y una bandeja con queso y galletas en la mesita de la zona que tenía para sentarse.

- —¡Qué sorpresa! ¿Qué te trae por aquí? ¿Necesitas un abogado?
- —No. Y no te entretendré mucho. No tengo tiempo para sentarme, gracias. Él sonrió, encantador, guapo, amable.
- —Tómate unos minutos. La ciudad se lo puede permitir. Nunca tenemos ocasión de hablar los dos solos.
  - -Sí, eso parece. Te saltas buena parte de las reuniones familiares.

Él sonrió con expresión de pesar.

- —El trabajo me tiene demasiado absorbido.
- —Y las mujeres también. Estás engañando a Bella, Vince, y eso es algo que queda entre vosotros dos.
  - -¿Cómo dices? -La expresión encantadora desapareció de su rostro.
- —Pero en el momento en que has decidido restregárselo por la cara, humillarla, hace que también sea asunto mío. ¿Quieres probar otros platos?

Adelante. Puedes violar el voto del matrimonio. Pero no permitiré que sigas haciendo que mi hermana se sienta como un trapo. Es la madre de tus hijos, y eso tienes que respetarlo.

Vince conservó la calma.

- -Catarina, no sé lo que Bella te habrá dicho, pero...
- —Mira, no se te ocurra acusar a mi hermana de mentirosa. —Era muy duro, y tuvo que hacer un gran esfuerzo, pero también ella conservó la calma—. Puede que sea una quejica, pero no es ninguna mentirosa. Si acaso el mentiroso lo serás tú. Mentiroso y adúltero.

Hubo un destello de ira. Reena lo sintió, lo vio arder en sus oj os.

- —No tienes ningún derecho a venir aquí y hablarme de ese modo sobre cosas que no te incumben.
- —Bella me incumbe. Llevas siendo miembro de nuestra familia el tiempo suficiente para saber cómo funcionamos. Respeta a mi hermana o divórciate. Tú decides. Pero hazlo pronto, porque si no te voy a poner las cosas muy difíciles.

Él deió escapar una risotada.

- --: Me estás amenazando?
- —Si. Si, te amenazo. Trata a la madre de tus hijos con el respeto que merece o me encargaré de que la gente sepa dónde pasas las noches en lugar de estar con tu mujer. Mi familia tendría bastante con mi palabra —añadió—, pero aportaré pruebas. Cada vez que salgas con otra mujer, habrá alguien vigilándote, grabándolo. Cuando termine contigo habrás dejado de ser bienvenido en la casa de mis padres, y tus hijos querrán saber por qué.
  - —Mis hij os…
- —Merecen algo mejor de su padre. ¿Por qué no piensas en eso? Honra tu matrimonio o disuélvelo. Tú decides.

Y se fue. Esta vez, mientras caminaba hacia el ascensor, no se sentía como si hubiera estado azuzando a un cachorrito. No, lo que sentía sobre sus hombros era pura satisfacción.

Bo entró en Sirico's con el maletín que llevaba cuando quería impresionar a clientes potenciales. O, en este caso, a los padres de la mujer con la que se acostaba.

Le dio la impresión de que el turno de la cena estaba en su punto álgido. Seguramente tendría que haber elegido un momento más tranquilo. Y aún podía hacerlo. Pero, ya que estaba allí, pediría una pizza para llevar.

Antes de que tuviera tiempo de ir hasta el mostrador, Fran se acercó y le dio un par de besos en las mejillas. Bo no estaba muy seguro de lo que tenía que hacer

-Hola, ¿qué tal? Enseguida te busco una mesa.

- —No, no hace falta, solo quería…
- —Siéntate. —Lo cogió del brazo y lo llevó hasta un reservado donde ya había dos personas comiendo pasta—. Bo, estos son mis tíos Grace y Sal. Este es Bo, el amigo de Reena. Puedes sentarte con ellos hasta que quede alguna mesa libre.
  - -No quiero...
- —Siéntate —volvieron a ordenarle, esta vez la tía Grace, que lo estudió con mirada ávida—. Hemos oído hablar mucho de ti. Come un poco de pasta. ¡Fran! Tráele al novio de Reena un plato. Y un vaso.
  - —Yo solo venía para…
- —Bueno. —Grace le dio un par de palmadas en el brazo—. Así que eres carpintero.
  - -Sí, señora. En realidad solo pasaba para entregarle algo al señor Hale.
- —El señor Hale, ¡qué formal! —Le dio otro par de palmadas—. Vas a diseñar la pérgola de Bianca.

## Las noticias volaban

- —Traía algunos bosquejos para que les echaran un vistazo. Sí.
- —¿En el maletín? —Sal no había abierto la boca hasta entonces, y lo hizo apuntando su tenedor cargado de pasta hacia el maletín de Bo.
  - —Sí. Iba a...
- —Echemos un vistazo. —Sal se metió la pasta en la boca, y con la mano libre le indicó que procediera.

Fran llegó con una ensalada y se la puso a Bo delante.

- —Mamá dice que primero te comas una buena ensalada y luego te pondremos espagueti con salchicha italiana. —Y le puso delante un vaso de vino tinto con una sonrisa deliciosa—. Te gustará.
  - -Claro
- —Dile a tu padre que salga —le ordenó Sal a Fran mientras ponía vino de su botella en el vaso de Bo—. Vamos a mirar los bocetos de la pérgola.
  - —En cuanto tenga un momento. ¿Necesitas algo más, Bo?
  - -Parece que lo tengo todo.

Sal despejó el centro de la mesa y Bo sacó sus bosquejos.

- —Tienen el plano general, uno lateral y otro desde arriba —empezó a decir.
- —¡Eres un artista! —exclamó Grace, y señaló el dibujo al carbón de Venecia que había en la pared—. Como Bianca.
  - -No, ni mucho menos, pero gracias.
- —Has puesto esas columnas en los extremos. —Sal miró por encima de sus gafas para leer—. Qué elegante.
  - -Queda más italiano.
  - —Y es más caro.

Bo levantó un hombro, decidió comer ensalada.

-Siempre pueden utilizarse postes. Sea como sea, yo los pintaría. Con

colores fuertes. Alegres.

- —Una cosa es hacer dibujos y otra construir. ¿Tienes alguna muestra de tu trabaio?
  - —Llevo una carpeta.
  - -¿En el maletín?

Bo asintió, siguió comiendo, y Sal le hizo otro gesto para indicarle que continuara.

- —Gib está ocupado, pero termina en un minuto. —Bianca entró en el reservado—. Oh, los bosquejos. Son preciosos, Bo. Tienes muy buen gusto.
- —Es un artista —dijo Grace asintiendo con decisión—. Sal le está intimidando.
- —Pues claro que es un artista —coincidió Bianca, y se las arregló para darle un codazo a su hermano y coger uno de los bosquejos a la vez—. Es más de lo que imaginaba, más de lo que había pensado.
  - -Siempre podemos aj ustarlo para...
- —No, no. —Desechó las palabras de Bo—. Es mejor de lo que imaginaba. ¿Lo ves, Sal? Tú y Grace podríais estar sentados ahí fuera esta noche, con estas bonitas luces, las enredaderas, el aire cálido.
  - —Sudando en agosto.
  - -Así venderemos más botellas de agua.
- —Una cocina separada. Lo que significa más personal, más gastos, más problemas.
- —May or volumen de negocio. —Había una expresión desafiante en su rostro cuando se volvió para mirar cara a cara a su hermano—. ¿Quién ha dirigido este sitio en los últimos treinta y cinco años, tú o yo?

El hombre arqueó las cejas y las volvió a bajar como si encogiera toda la cara.

Y se pusieron a discutir... o eso supuso Bo, porque parte de la conversación era en un rápido italiano, acompañada con montones de gestos dramáticos. Bo prefirió no meterse y se concentró en la comida.

Poco después, retiraron su plato de ensalada y en su lugar le sirvieron espaguetis gratinados. Gib trajo una silla y se sentó en el extremo del reservado.

- —¿Dónde está mi hija? —le preguntó a Bo.
- —Hum... No lo sé. Aún no he pasado por casa. Pero me dijo que seguramente trabaj aría hasta tarde.
  - -Mira, Gib. Mira lo que Bo nos va a hacer.
- Gib cogió los bosquejos y se sacó unas gafas de lectura del bolsillo de su camisa. Los estudió con detenimiento con los labios fruncidos.
  - —¿Columnas?
  - —Podría pasar con unos postes.
  - -Quiero las columnas -dijo Bianca con decisión, y señaló a la cara de su

hermano con un dedo cuando el hombre abrió la boca—. Basta!

- —Es más de lo que esperaba.
- —Mejor —dijo Bianca, y miró a su marido entrecerrando los ojos—. ¿Qué, necesitas otras gafas? ¿Es que no ves lo que tienes delante?
  - —No veo ningún precio.

Sin decir palabra, Bo volvió a abrir el maletín y sacó una hoja con el presupuesto. Y vio con placer que los ojos de Gib se abrían desmesuradamente.

- —Es bastante caro. —Le pasó la hoja a Sal, que había extendido el brazo.
- —Cobras la mano de obra a precio de oro.
- —Mi trabajo lo vale —dijo Bo tranquilamente—. Pero no tengo nada en contra de los trueques. Estos espaguetis están deliciosos, Bianca.
  - -Gracias. Come, come.
  - —¿Y qué quieres trocar? —preguntó Gib.
- —Comida, vino. —Le sonrió a Bianca—. Trabajaría a cambio de unos cannoli. De la publicidad. Estoy intentando establecerme en el barrio. Puedo conseguirles el material a precio de coste. Y si ustedes hacen parte del trabajo más fácil (cargar cosas, pintar) eso reduciría los costes.

Gib dejó escapar aire por la nariz.

- —¿Cuánto?
- Bo sacó un segundo presupuesto del maletín, se lo pasó a Gib. Gib lo estudió detenidamente
- —Deben de gustarte mucho los cannoli. —De nuevo le pasó la hoja a Sal, pero esta vez Bianca la cogió primero.
  - -Idiota -le dijo en italiano-. Lo que le gusta es tu hija.
  - Gib se recostó en la silla, tamborileó con los dedos sobre la mesa.
  - —¿Cuándo puedes empezar? —preguntó.

Y le ofreció la mano

—Mira, Bo, no quiero que te sientas obligado a renunciar a los beneficios de esta forma solo porque son mi familia.

—Hummm. —Él siguió con los ojos cerrados, deslizando la mano por la pierna desnuda de Reena—. ¿Has dicho algo? Estoy en un coma inducido por los cannoli y complicado por la neblina del sexo.

Comprensible, pensó Reena, porque se había comido tres de los bestiales cannolí de su madre antes de que —por fin— hicieran los honores con el suelo de la cocina

- -Haces muy bien tu trabajo v mereces que se te pague bien.
- —Ya me pagan. Acabo de comerme buena parte del depósito inicial. El negocio va muy bien —siguió diciendo, anticipándose a las palabras de Reena—. Sirico's es una institución en el barrio. Este trabajo será una muestra de lo que hago, y hará que la gente hable de mí. Tus padres son unas fieras en el arte del boca oreja.
  - —¿Estás diciendo que son unos bocazas?
- —Desde luego, no se puede negar que habláis mucho. Los oídos no han dejado de reseñarme desde la cena. De una forma positiva —añadió, y dio un bostezo—. Hasta creo que me he ganado a tu tío.
- -El tío Sal, el mayor, es un reconocido tacaño. Pero le queremos de todos modos
- —Bueno, ellos consiguen una ganga, y o hago un trabajo que me gusta y de paso me hago publicidad. Ah, oh, Dios, y comeré los platos de tu madre hasta que me muera.
  - -Te has olvidado del incentivo sexual.
- —Eso es personal. —Esta vez subió con los dedos por el muslo, volvió a descender—. No cuenta. Pero, ya que también tengo algunos proyectos para tu casa, siempre puedes llevarme arriba y sobornarme con favores sexuales de forma continuada.

Ella se dio la vuelta para ponerse encima, y Bo gimió. Más por el exceso de pasta que por el deseo.

- —¿Has estado haciendo planes para mi casa?
- -Solo he jugueteado con ellos. No he tenido mucho tiempo. Pero la mesa de

tu comedor casi está terminada.

- -Ouiero verla. Ouiero verlo todo.
- —La mesa estará en un par de días. Y los bocetos aún son algo toscos.
- —Tengo que verlos. —Se bajó de encima, le tiró de la mano—. Ahora.

Él protestó, pero se sentó en la cama y cogió sus pantalones.

- —La mitad de las ideas aún están en mi cabeza.
- —Quiero ver la otra mitad. —Reena cogió sus pantalones y su camisa. Y entonces le tomó la cara a Bo y le dio un beso en los labios—. Gracias por adelantado.
- —Ya me darás las gracias después. —Abrió la nevera para coger el agua y frunció el ceño cuando oy ó que sonaba el teléfono—. ¿Quién demonios me llama a la una de la mañana? Espero que no sea Brad que llama para que vaya a pagar la fianza y sacarle de la cárcel. Aunque, para ser justos, eso solo pasó una vez.
- —No contestes todavía. Espera. —Con la camisa a medio abrochar, Reena corrió al teléfono y miró el visor—. ¿Conoces el número?
- —Así de entrada, no. —Y lo entendió, Reena se lo vio en la cara—. Mierda. Mierda. ¿Crees que es él?
  - —Deja que conteste y o. —Cogió el auricular—. ¿Diga?
- —¿Estás lista para otra sorpresa? No me gusta repetirme, pero tienes que hacer lo que debes.

Ella miró a Bo y asintió, y mediante gestos le indicó que le trajera lápiz y papel.

- -Me preguntaba cuánto tardarías en llamar. ¿Cómo sabías que estaba aquí?
- -Porque sé que eres una puta.
- —¿Porque me he acostado contigo? —preguntó, y empezó a tomar nota de la conversación.
  - -- ¡No recuerdas todos los hombres con los que te has acostado, Reena?
- —Tengo muy buena memoria para esas cosas. ¿Por qué no me das un nombre, o un lugar? Así veremos si fue muy memorable.
- -Piensa, solo tienes que pensarlo, piensa en todos los hombres que has dejado que te follen. Desde el primero.

La mano de Reena se sacudió.

- -Una mui er nunca olvida al primero. Y no fuiste tú.
- —Tú y yo vamos a irnos de fiesta. Pero antes, ¿por qué no vas a dar un paseo? Así verás lo que he dejado para ti.

La comunicación se cortó

- —Cabrón —musitó buscando su móvil—. Ha hecho algo por la zona, se puede ir andando. No cuelgues —añadió, y entonces cogió su arma y se la puso en la pistolera, mientras llamaba desde el móvil.
  - -Soy Hale. Necesito que rastreéis este número. -Y lo leyó-. Seguramente

es un móvil. Te daré el número al que ha llamado y dejaré esta línea libre. —Y le dio el número de Bo al tiempo que salía de la cocina—. Es posible que haya provocado un incendio cerca de mi casa. Necesito un par de coches. Voy a salir a comprobarlo. Ven lo antes posible...; ¡Hijo de puta!

Oyó que Bo renegaba también detrás de ella y que volvía corriendo a la cocina

—Tenemos un fuego en un vehículo, en esta dirección. Cabrón. ¡Da aviso! Bo pasó corriendo a su lado con un extintor.

La capota de la camioneta estaba levantada, y el motor escupia fuego. De la parte baja de la carrocería salía una columna de humo, y debajo, los charcos de gasolina estaban encendidos. Los neumáticos se estaban consumiendo y el olor acre a goma quemada impregnaba el aire. Las llamas bailaban sobre la capota, por encima del vehículo, avivadas por la suave y aeradable brisa estival.

Pero la rabia se convirtió en miedo cuando Reena vio el reguero de trapos que salían del depósito y que también estaban ardiendo. Con ellos había una servilleta roja con el logotipo de Sirico's en una esquina.

—¡Apártate! —Saltó hacia Bo y le arrebató el extintor. « Puede que haya bastante o puede que no» , pensó embotada, y apuntó el chorro hacia el depósito.

Empezó a salir espuma. El humo la cegó y le hizo difícil respirar, porque el viento se lo echó a la cara. El sabor del fuego volvió a llenar su boca mientras en el suelo, el reguero de gasolina encendida se acercaba.

-Olvida la camioneta. -Bo la cogió y la arrastró con él al otro lado del a calle

La explosión hizo que la parte trasera del a camioneta saltara por los aires y volviera a caer con un golpe. La onda expansiva los hizo caer al suelo. La onda expansiva los hizo caer al suelo. Bo y Reena se protegieron debajo de uno de los coches aparcados mientras una lluvia de metal caía sobre la calle y sobre los otros coches. como metralla al rojo.

-¿Estás bien? ¿Te has quemado?

Él meneó la cabeza, miro al infierno en que se había convertido su camioneta. Los oídos le resonaban, los ojos le escocían y notaba una intensa quemazón en el brazo. Cuando se paso la mano por encima, vio que tenía sangre.

-Ya casi lo tenía. Unos segundos mas y ...

- -Casi has conseguido saltar por los aires por una jodida Chevy.
- —Estaba jugando conmigo. Lo tenía calculado. —El fuego bailaba en sus ojos cuando golpeó el suelo con el puño—. El motor, la carrocería, no eran más que distracciones. Si hubiera visto la mecha antes... Por Dios, Bo, estás sanerando.
  - -Me he arañado el brazo cuando hemos salido volando.
- —Déjame ver. ¿Dónde está mi teléfono? ¿Dónde está mi jodido teléfono? Salió arrastrándose de debajo del coche y lo vio roto en medio de la calle—. Ya

vienen. —Las sirenas se acercaban, y la gente empezaba a salir de las casas vecinas—. Siéntate aquí, deja que te vea ese brazo.

-Está bien Sentémonos los dos un momento

Bo no estaba seguro de si era él quien temblaba o ella. A lo mejor temblaban los dos, así que dejó de sujetarse sobre sus piernas debilitadas y se abandonó sobre el bordillo, y sentó a Reena con él de un tirón.

- —Tienes un buen desgarrón. —Al ver la sangre de Bo, se obligó a mantener la calma—. Te van a tener que dar puntos.
  - —Puede
- —Quitate la camisa. Tenemos que aplicar presión sobre la herida. Puedo hacerte un vendaje de emergencia mientras llegan los sanitarios.

Pero Bo ladeó la cadera y se sacó un pañuelo del bolsillo.

- —Con eso bastará. Lo siento, Bo.
- —No tienes que disculparte. —Miró su camioneta mientras ella le vendaba el brazo. El dolor por el desastre aún no había calado. Aunque supuso que no tardaría en hacerlo. Aunque sentía una intensa ira—. Eso sería como quitarle la culpa a él y echártela a ti.

El equipo que acudió a la llamada bajó corriendo del camión y empezó a sofocar el fuego.

Cuando Reena terminó de hacerle el vendaje a Bo, apoyó la cabeza en las rodillas un momento, y luego aspiró con fuerza.

- —Tengo que ir a hablar con los chicos. Te enviaré un sanitario. A menos que él diga otra cosa, te llevaré a urgencias para que te curen la herida.
- —No te preocupes por eso. —No estaba de humor para hospitales. Estaba de humor para pegarle una patada en el culo a alguien. Se levantó y le ofreció una mano a Reena—. Vamos a contarles lo que ha pasado.

Reena apenas había tenido tiempo de contar lo sucedido cuando vio que la mitad de la gente que conocía estaba en la calle y la acera. Sus padres, Jack, Xander, Gina y Steve, los padres de Gina, antiguos compañeros de clase, primos de los antiguos compañeros de clase.

Oyó que su padre llamaba a Fran por el móvil y le decía que no había ningún herido y que llamara a An para decírselo.

- « Bases cubiertas» , pensó cansada, y entonces se volvió, porque O'Donnell acababa de llegar.
  - —¿La has localizado? —le preguntó.
- —Estamos en ello. ¿Estás bien?
- —Sí. Solo tengo algunas contusiones de cuando hemos caído al suelo. Bo se hizo el héroe y ha amortiguado mi caída. —Se frotó los ojos—. Dejó que le hiciera hablar, para tener tiempo de empezar la fiesta. Abrió la capota y roció el interior. Metió un montón de relleno de colchón en los bajos y lo encendió para que hubiera mucho humo. Había charcos de gasolina en el suelo, alrededor del

maletero, encendió los neumáticos. Había un fuerte olor a humo, y eso me distrajo.

- « Casi demasiado», pensó. Si Bo no se la hubiera llevado, habría sido mucho más que una camioneta lo que habría resultado dañado.
- —Cuando reparé en la mecha, había colocado una de las servilletas de Sirico's casi a la altura del depósito, ya no quedaba tiempo. Yo quise intentarlo, pero Bo me cogió como si fuera un balón de rugby y tuviera que correr hasta la linea de meta. No sabría decir si ha echado a perder una camioneta, y sabe Dios cuantas buenas herramientas, o si me ha salvado la vida.
- —Te llamó a casa de Goodnight. ¿Has comprobado ya tu contestador... para ver si primero llamó a tu casa?
  - -No. aún no he entrado en casa.
  - --: Por qué no vas ahora?
  - -Sí. Dame un minuto.

Reena se fue y cruzó unas palabras con Xander, y entonces fue hacia su casa

- —Muy bien, amigo. —Xander fue hasta Bo y le frotó el hombro bueno—.
  Venga. tú y vo nos yamos al hospital. Yo te curaré.
  - —Por Dios, doctor, no es más que un arañazo.
  - —Eso lo decidiré v o.
- —Ve con Xander, no le discutas. —Bianca había hablado—. Yo entraré en la casa y te llevaré una camisa limpia.
  - Bo echó un vistazo a su casa
  - —La puerta está abierta.

Bianca ladeó la cabeza, con los oi os llenos de compasión.

- -; Tienes las llaves? Cuando salga cerraré.
- -No. Hemos salido corriendo, no he tenido tiempo de pensar en las llaves.
- —Nos ocuparemos de eso. —Le cogió la cara con las dos manos—. Nosotros cuidamos de los nuestros. Alorna sé buen chico y vete con Alexander. Y mañana, cuando estés mejor, irás a ver a mi primo Sal.
  - -Pensaba que Sal era su hermano.
- —Tengo un primo que también se llama Sal, y te hará un buen precio por una nueva camioneta. Muy buen precio. Te lo anotaré.
- —Jack, ayuda a Bianca, ¿quieres? —Gib se unió al grupo y le dio una palmadita a su mujer—. Yo iré con vosotros y me ocuparé de que el paciente no se escape.
- —Le encanta verme pinchando a la gente —dijo Xander cogiendo a Bo del brazo bueno.
- —Eso es muy alentador. —Trató de encontrar una vía de huida y vio que estaba totalmente rodeado — El sanitario dijo que quizá necesite un par de puntos. Puedo esperar a la mañana.

- —No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —dijo Xander alegremente— ¡EB! ¿Te has vacunado contra el tétanos recientemente? Me encanta ponerla.
- —El año pasado. Apártese. —Miró a Gib con expresión recelosa—. No necesito una guardia de honor.
- —Tú camina. —Gib esperó hasta que dejaron atrás a los vecinos—. He oído algunas cosas aquí y allá y tengo la sensación de que aquí pasa algo que debo saber. Alguien llamó a Reena a tu casa.
- —Sí, el tipo de la otra vez. El que la ha estado acosando. El que prendió fuego a la escuela. ¿No os ha dicho nada?
  - —No, pero nos lo vas a contar tú ahora mismo.
  - No solo estaba rodeado, decidió Bo. Acorralado.
  - —Es meior que le preguntéis a ella.
- —No querrás que te sujete mientras Xander te hace un examen de próstata, /verdad?
  - -Eso sí que es divertido -concedió Xander.
- —Ya lo capto. Tendría que habérselo contado, pero se enfadará mucho cuando sepa que os lo he contado yo. A lo mejor ser hijo único de unos padres divorciados no está tan mal. Son ustedes muy duros.

Y les contó lo que sabía mientras caminaban las dos manzanas que había hasta la clínica. La expresión divertida de Xander se había convertido en un silencio pétreo. Señaló una camilla con el gesto.

- ¿Cuándo empezó todo esto? quiso saber Gib.
- -Según me ha parecido entender, justo después de que se instalara.
- —Y no nos ha dicho nada. —Se dio la vuelta y empezó a andar arriba y abajo.
  - -Steve tampoco -señaló Xander, y empezó a limpiar la herida.

Bo hizo un aspaviento porque le escocía.

- —¿Es que los médicos no podéis encontrar algo que no duela tanto?
- —Tienes una bonita herida, Bo. Habrá que darte al menos seis puntos.
- -¿Seis? Oh, mierda.
- -Te pondré anestesia.

Vio la aguja que Xander sacó de un cajón y decidió que prefería seguir mirando la cara de Gib.

- —No sé nada más. No sé de qué va ese hombre, pero Reena está muy inquieta. De momento lo puede controlar, pero empieza a afectarle.
- —Alguien a quien ha metido en la cárcel —musito Gib—. Alguien a quien encarceló y que ha salido. Mi pequeña y yo vamos a tener una charla.
- —Lo de la charla es un eufemismo que tenemos para gritar y renegar y arrojar algunas cosas por los aires —le explico Xander—. Es poca cosa.
  - -- ¿Cómo que poca cosa?... ¡Ay! Oh, te referías a esto. Señor Hale... Gib,

usted es el padre, así que seguro que la conoce mucho mejor, pero no creo que gritarle y renegar y ponerse a tirar cosas vaya a cambiar las cosas.

Gib le enseñó los dientes

-No pierdo nada por intentarlo.

La puerta de urgencias se abrió y un momento después apareció Jack con una camisa y zapatos. Miró el brazo de Bo e hizo una mueca de compasión.

- -Bianca ha pensado que esto te serviría. Puntos, ¿eh?
- -Seis, según el doctor Pesimista.
- -Cierra los ojos y piensa en Inglaterra -le dijo Xander.
- « Podía haber sido peor», decidió Bo. Podía haberse puesto en evidencia chillando como una chica. Pero el caso es que volvió andando a casa con su dignidad intacta, chupando la piruleta de cereza que Xander le dio cuando termino.

La multitud se había dispersado, y solo quedaban algunos grupitos que querían ver el tipo de cosas que normalmente solo se ven por la tele.

Reena, O'Donnell y Steve, junto con un par de tipos que supuso que eran de la policía científica, aún estaban estudiando el vehículo.

Se preguntó si su seguro cubriría los daños que habían sufrido los coches vecinos por el impacto de las piezas de su camioneta. Uf, sus tarifas iban a subir y mucho.

Reena se separó del grupo y se acercó a él.

- —: Cómo va tu brazo?
- -Parece que podré conservarlo. Y me han dado una piruleta.
- —Se la di para que dejara de llorar —le dijo Xander—. La camioneta parece siniestro total.
- —Sí —concedió Reena—. Hay daños colaterales en los vehículos que había aparcados delante y detrás, incluido el mío. Ya casi hemos terminado aquí. Si firmas la autorización, podremos llevarla al laboratorio.
  - —¿Qué pasa con mis herramientas? ¿No se ha salvado nada?
- —Cuando terminemos, te traeré lo que quede. Mamá está dentro. —Miró a su padre—. Quería esperarte y ver cómo estaba Bo.
  - -Bien. Voy adentro a esperar con ella.
  - -A mí aún me queda para rato. Es tarde, tendríais que volver a casa.
  - —Esperaremos.

Frunció el ceño mientras veía a su padre caminar hacia su casa.

- -¿Qué está pasando aquí?
- —Vamos, Jack, te acompaño a tu casa. —Xander le pasó un brazo por los hombros a su cuñado, miró a Bo—. Manten el vendaje seco, y utiliza las cremas como te he indicado. Mañana le echaré un vistazo. —Sujetó a Reena por el mentón y la besó en la mejilla—. Estás metida en un buen lio. Buenas noches.

Jack le dio un beso en la frente.

- —Cuídate. Nos vemos. Bo.
- Reena volvió a mirar a su novio.
- —¿Qué está pasando?
- —No les habías dicho nada.

Ella abrió la boca y dejó escapar un suspiro de exasperación.

- —Y se lo has dicho tú.
- —Tenías que haberlo hecho tú, y me has puesto en una situación... no he tenido más remedio que decirlo.
- —Estupendo. —Miró hacia su casa, bufando de rabia—. Sí, señor. No podías mantener la boca cerrada y dejar que me ocupara de esto.
- —¿Sabes una cosa? —dijo Bo al cabo de un momento—. Ha sido una noche espantosa y no estoy de humor para otro asalto. Haz lo que quieras. Yo me voy a dormir
- —Bo... —Él levantó una mano y se alejó, dejándola con un buen enfado y nadie con quien desfogarse.

Cuando Reena entró finalmente en su casa ya eran más de las cuatro de la mañana. Ouería darse una ducha fresca y dormir.

Sus padres estaban dormidos en el sofá, acurrucados como un par de críos. Pensando que era una bendición, Reena retrocedió de puntillas con la intención de subir a su cuarto

—Ni se te ocurra

La voz de su padre hizo que se detuviera y cerrara los ojos. Nunca, ni una vez, había podido ninguno de los hermanos entrar en casa después de la hora sin que él los viera. El hombre parecía una serpiente.

- -Es tarde. Me gustaría dormir un par de horas.
- -Ya eres may orcita, así que no te hará daño pasar la falta.
- -Oh, me pongo mala cuando dices eso.
- —Vigila ese tono, Catarina. —Bianca habló sin abrir los ojos—. Aún somos tus padres, y seguiremos siéndolo cien años después de que te mueras.
  - -Mirad, estoy muy cansada. ¿No podemos dejar esto hasta mañana?
  - --;Alguien te amenaza y no nos dices nada?

De acuerdo, no tenía nada que hacer. Reena se quitó la goma con la que se sujetaba el pelo. Su padre se levantó del sofá.

- —Se trata de mi trabajo, papá. No puedo, no debo contaros todo lo que me pasa en el trabajo.
- —Es personal. Ese individuo te llama. Conoce tu nombre. Sabe dónde vives. Y esta noche ha tratado de matarte.
  - -¿Parezco muerta? -replicó ella-. ¿Parezco herida?
  - -¿Cómo estarías si Bo no hubiera reaccionado tan deprisa?
  - -Oh, genial. -Levantó las manos, caminó hecha una furia por la habitación
- —. Así que él es el caballero blanco y yo la damisela indefensa. ¿Veis esto? —

sacó su placa y la puso delante de la cara de su padre—. No le dan esto a damiselas indefensas

- —Pero ¿se las dan a mujeres obstinadas y egoístas que son incapaces de admitir que se equivocan?
  - —¿Egoísta?

Hablaban a gritos, y sus rostros estaban separados apenas por unos centímetros.

- —¿Eso qué significa? Es mi trabajo, es asunto mío. ¿Te digo yo cómo tienes que llevar tu negocio?
- —Eres mi hija. Tus asuntos siempre son también asunto mío. Alguien ha tratado de hacerte daño y ahora tendrá que vérselas conmigo.
- —Esto es justamente lo que trataba de evitar. ¿Que por qué no te lo dije? Piensa en todo lo que has dicho. No permitiré que te metas en esto. No te vas a inmiscuir en mi trabaio.
  - -: No me digas lo que tengo que hacer!
  - -Lo mismo digo.
- —Basta! Basta! ¡Parad! —Bianca se levantó del sofá de un salto—. No le levantes la voz a tu padre, Catarina. Y tú no le grites a tu hija, Gibson. Yo os gritaré a los dos. Par de idiotas. Stupidi! Los dos tenéis razón, pero eso no impedirá que golpee vuestras cabezas la una contra la otra. Tú...—Y le dio a su marido en el pecho con el dedo—. No haces más que dar vueltas y vueltas y no vas al grano. Nuestra hija no es egoísta, y tendrás que disculparte. Y tú...—Esta vez el dedo señaló a Reena—. Tienes tu trabajo, y estamos orgullosos de lo que haces, de lo que eres. Pero esto es distinto, y tú lo sabes. No se trata de alguien desconocido. Se trata de ti. ¿Te hemos dicho alguna vez « No, Catarina, no» cuando te hemos visto entrar en un edificio que se te podía caer encima? ¿Te hemos dicho que no te hicieras policía y nos tuvieras preocupados día y noche?
  - —Mamá
- —Aún no he terminado. Cuando termine ya lo sabrás. ¿Quién fue la persona que más orgullosa se sintió cuando te convertiste en lo que siempre habías querido? ¿Y en cambio te plantas ahí y nos dices que no es asunto nuestro si alguien trata de hacerte daño?
  - —Yo solo... no veía la necesidad de preocuparos a todos.
  - -¡Ja! Esa es nuestra misión. Somos tu familia.
- —De acuerdo, tendría que habéroslo dicho. Después de lo que ha pasado esta noche os lo iba a decir, si Bo no se...
  - —¡No me digas que le vas a echar la culpa! —la interrumpió Gib.
  - Ella hundió la cabeza entre los hombros.
- —Es el único que queda y, ya que no está aquí para defenderse, prefiero que cargue él con las culpas. Qué, ¡no me digas que ahora sois buenos amigos!
  - -Se ha hecho daño para evitar que te lo hicieras tú. -Gib le cogió el rostro

entre las manos—. Podías haber sido tú a quien cosiera Xander esta noche. O algo peor.

- —Tienes que disculparte —le recordó Bianca a su marido, y Gib levantó los oi os al techo.
  - -Siento haber dicho que eres egoísta. No lo eres. Estaba muy enfadado.
- —No importa. Soy egoísta cuando se trata de vosotros. Os quiero. Os quiero —repitió arrojándose a sus brazos y aferrando la mano de su madre... No sé quién está haciendo esto, ni por qué, pero tengo miedo. Y en los dos lugares ha deiado algo de Sirico s.
  - --: De Sirico's?
- —En la escuela dejó una caja de cerillas, y hoy he encontrado una servilleta. Quiere que sepa que puede entrar y llegar hasta vosotros. Me está diciendo... — Su voz vaciló—. Tengo miedo de que intente haceros daño a alguno de vosotros. No podría sonortarlo.
- —Entonces y a sabes cómo nos sentimos. Ve y duerme un poco. Cerraremos con llave al salir.
  - —Pero

Biança apretó la mano de su marido antes de que pudiera protestar.

—Descansa un poco —siguió diciendo Bianca—. No le des más vueltas por hoy.

Cuando se quedaron solos, Gib le susurró a su mujer:

- -No querrás que la dejemos sola esta noche.
- —Es exactamente lo que vamos a hacer. Tenemos que confiar en ella y ella necesita saber que lo hacemos así. Es muy duro. —Por un momento frunció los labios con fuerza, habló con firmeza—. Siempre es duro mantenerse al margen con tus hijos. Pero tenemos que hacerlo. Vamos, cerraremos al salir. Iremos a casa y nos preocuparemos por ella.

El teléfono despertó a Reena a las cinco cuarenta y cinco. Ella se movió con torpeza por el espeso líquido del agotamiento, consiguió encender la luz y luego puso en marcha la grabadora.

- -¿Diga? musitó al auricular.
- —No has sido lo bastante rápida, ¿eh? No eres tan lista como crees.
- —Y tú sí lo eres, ¿no? —Trató de controlar la ira—. Pero te has tomado demasiadas molestias solo para volar una camioneta. Podías haber hecho algo mejor.
- —Pero él está enfadado. —Se oyó una risa grave—. Me habría gustado verle la cara cuando explotó.
- —Tendrías que haberte quedado. Si tuvieras pelotas, te habrías quedado a ver el espectáculo.

- -Tengo pelotas, puta. Y antes de que esto se acabe me las vas a chupar.
- -Si eso es lo que quieres dime dónde y cuándo.
- —A su tiempo, en mi casa. No lo pillas, ¿verdad? Ni siquiera después de lo de este noche. Se supone que tú eres la inteligente, pero no eres más que una puta sin esterbro

Reena entrecerró los ojos.

- —¿Por qué no me das un par de pistas? Si no, el juego no tiene gracia. Venga —lo apremió—, juguemos si es lo que quieres.
  - —Es mi juego, y yo pongo las normas. La próxima vez.

Cuando colgó, Reena se recostó en el asiento. Ya estaba totalmente despierta, y su cabeza no dejaba de pensar.

« No lo pillas, ni siquiera después de lo de esta noche» .

¿Qué podía deducir de lo que había pasado?, se preguntó. Utiliza diferentes métodos, diferentes objetivos. No se ciñe al mismo modus operandi ni al mismo tipo de objetivos como haría un pirómano normal.

Y su firma es algo de Sirico's. Como un mensaje.

¿Alguien a quien había atrapado allí hace años? O'Donnell estaba investigando a Luke, que nunca le tuvo mucho aprecio al restaurante. Pero Luke estaba en Nueva York Es posible que hubiera conducido hasta Baltimore, claro, pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Por qué empezar a acosarla después de tantos años?

Y no tenía sentido. Sí, Luke podía hacer aquello para molestarla pero ¿por qué?

A lo que había que añadir que él no sabía nada sobre incendios, ni sobre explosivos. Si dejaban aparte que le habían quemado el Mercedes, Luke...

Reena se puso muy derecha.

-¡Oh, Dios!

No era lo mismo, no exactamente. La persona que lo hizo no había entrado en la camioneta, ni había quemado el interior después de desconectar la alarma. Pero...

El motor rociado con gasolina, los neumáticos, la parte inferior del chasis, el invento dentro del depósito de gasolina...

Habían pasado muchos años. ¿Es posible que se tratara de la misma persona? No alguien que quería hacer daño a Luke o tenía algo contra él.

Sino contra ella.

Pero ¿tanto tiempo?, pensó. ¿Seis años? ¿Habría otros incidentes que no había sabido relacionar? ¿Incendios que había investigado y que habían sido obra de él?

Tendría que revisar los casos abiertos. Cualquier cosa que hubiera pasado por sus manos y no se hubiera resuelto.

¿Hasta dónde se remontaba todo aquello? ¿Cuánto tiempo llevaba aquel hombre preparándose para ponerse en contacto con ella?

Un escalofrío le cruzó el corazón, hizo que se detuviera. Notó que la sangre

abandonaba su rostro, antes incluso de darse la vuelta y bajar corriendo la escalera.

Las manos le temblaban cuando cogió las notas que había tomado en la cocina de Bo. Las notas sobre su conversación con el pirómano.

- « Piensa, piensa en todos los hombres que has dejado que te follen. Desde el primero» .
- --El primero --musitó, y se dejó caer lentamente al suelo--. Josh. Oh, Madre de Dios Josh

A las ocho menos cinco, Reena se puso a aporrear la puerta de la casa de Bo y no paró hasta que salió a abrirle.

Bo tenía los ojos pesados, y el pelo aplastado por un lado y levantado por el otro. No llevaba puesto más que unos calzoncillos azules y tenía cara de sueño.

- -Tengo que hablar contigo.
- —Claro, pasa —musitó cuando ella pasó a su lado—. Siéntate. ¿Te apetece desayunar algo? Estoy aquí para servirte.
- -Siento haberte despertado, y sé que has pasado una mala noche, pero es importante.

Él levantó un hombro y dio un respingo cuando su brazo herido se resintió por el movimiento. Entonces le dio la espalda a Reena y fue arrastrando los pies hasta la cocina

Cogió una lata de Coca Cola de la nevera, la abrió y dio un largo trago.

—Soy consciente de que estás muy molesto conmigo —continuó diciendo Reena. Se oía hablar a sí misma en tono remilgado, y no le disgustó del todo—. Pero no es momento para niñerías.

Los ojos nublados de Bo miraron la lata, entrecerrados. Levantó un dedo.

- —Esto sí ha sido una niñería —le dijo a Reena.
- —Si quieres pelea, podemos quedar para más tarde. Esto es oficial, y necesito que me prestes atención.

Bo se dejó caer en un sillón y con un gesto descuidado de la mano le indicó que hablara.

En sus ojos Reena veía resentimiento, cansancio y cierto dolor. Pero no había tiempo para mimos.

—Tengo motivos para pensar que mi conexión con el pirómano se remonta mucho más atrás de lo que pensábamos.

Bo bebió más Coca Cola.

—;Y?

—Mi teoría se basa en algunas de las conversaciones que he tenido con él, incluida la de esta mañana.

Este apretó con fuerza la lata, lo suficiente para dei ar marcas.

-Vaya, así que el hombre te llama y tú decides difundir la buena nueva y

levantarme de la cama.

—Bo

—Mierda. —Lo dijo con hastío. Y entonces se levantó y fue hasta uno de los armarios. Sacó un bote de Motrin, se echó unas cuantas pastillas en la mano y después a la boca como si fueran caramelos.

—Te duele.

Él le dedicó una mirada glacial mientras tragaba las pastillas con la ayuda de la Coca Cola.

-No, es que me gusta el Motrin y la Coca Cola. Es el desayuno de los campeones.

Reena sintió una sacudida en el estómago.

—Estás muy enfadado conmigo.

—Estoy enfadado contigo, con los hombres y las mujeres y los niños, y con toda la fatuna y la flora del planeta, posiblemente del universo, donde creo positivamente que existen otras formas de vida, porque lo menos habré dormido cinco minutos y me duele todo.

Reena había reparado en los moretones, además del brazo vendado. Moretones, arañazos, rasguños... ella también tenía. Aunque sin duda los de él eran peores. Y eran peores porque había recibido el impacto más fuerte para protegerla a ella.

Reena había pensado contarle lo esencial sin entrar en detalles. Pero al ver su expresión resentida, su pelo de recién levantado, su cuerpo magullado, cambió de opinión.

Incluso su rígida profesora de primero le besaba la rodilla cuando se caía en el patio.

- —¿Por qué no te sientas? Te prepararé algo de comer, y traeré un paquete de hielo. Esa rodilla tiene muy mal aspecto.
  - -No tengo hambre. Hay una bolsa de guisantes congelados ahí.

Reena había tenido suficientes moretones y esguinces para saber para qué quería los guisantes. Los sacó del congelador y fue a ponérselos sobre la rodilla ella misma

- —Siento que te hicieras daño. Siento lo de tu camioneta. Incluso siento haberme enfadado porque le dijeras a mi padre algo que yo no estaba preparada para decirle personalmente. —Se sentó apoyó los codos en la mesa, y apretó los pulpejos de las manos contra sus ojos—. Lo siento tanto...
  - —Oh no hagas eso. Si te pones a llorar me vas a estropear un bonito enfado.
- —No voy a llorar. —Aunque por dentro tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para mantener su palabra—. La cosa va de mal en peor, Bo. Y ahora tú también estás metido por mi culpa.
  - —¿Cómo de peor?
  - -Tengo que hacer una llamada. -Sacó su móvil-. Esto va a llevar más

tiempo de lo que pensaba. ¿Te importa si me cojo uno? —preguntó señalando la Coca Cola con el gesto.

## —Adelante

—¿O'Donnell? —Se levantó mientras hablaba—. Necesito otra media hora. Voy un poco atrasada. —Abrió la nevera. Con las Coca Cola, de Bo, también había latas de Diet Pepsi. Reena sabía que las había comprado para ella.

Una vez más, notó que las lágrimas le escocían en los ojos, y se sintió ridícula

- —No, no lo haré. Nos vemos de aquí a media hora. —Cortó la comunicación y volvió a sentarse. Abrió la lata y miró a Bo—. Hace unos años estuve saliendo con alguien. Llevábamos unos meses, unos cuatro, me parece, haciéndolo de forma exclusiva. No era el tipo de hombre con el que solía salir. Elegante, muy absorbente. Yo necesitaba algo distinto y él lo era. Tenía una posición, un Mercedes, vestía con trajes italianos, sabía elegir los vinos. Veíamos un montón de películas en original con subtítulos, aunque estoy segura de que a él le gustaban tan poco como a mí. Me gustaba estar con él porque hacía que me sintiera más muier.
  - ¿Y cuando no estabas con él qué eras, un caniche?
- —Bueno, pues más femenina —dijo Reena corrigiéndose—. Quisquillosa, complaciente. —Se encogió un poco de hombros aunque seguía sintiéndose algo estúpida—. Para mí fue como un cambio de ritmo. Dejaba que él eligiera los restaurantes, que hiciera los planes. Por un tiempo fue un alivio. En mi trabajo siempre tienes que estar alerta, no te puedes permitir ser muy femenina. Tienes que ver y hacer muchas cosas... Bueno, quizá lo que buscaba era el contraste.
  - -¿Podemos hacer una pausa? ¿Crees que es él quien ha estado llamándote?
- —No. No es imposible, pero no lo creo. Es un analista financiero y se hacía la manicura dos veces al mes. Ahora vive en Nueva York Pero bueno, el caso es que había empezado a irritarme. Yo lo dejaba pasar porque... bueno, no sé muy bien por qué, y no importa. La noche que me asignaron mi primer caso con la unidad tuvimos una pequeña discusión. Y me pegó.
  - -- Uau. -- Bo dejó su lata en la mesa--. ¿Cómo?
- —Espera. —« Suéltalo todo», se dijo Reena, « todo este humillante episodio» —. Pensé que había sido un accidente, que es lo que él dijo. Fue uno de esos momentos en los que gesticulas exageradamente; y o me acerqué por detrás y de pronto él se dio la vuelta. Podía haber sido un accidente, y yo lo acepté como tal. Hasta la siguiente vez.
  - Los ojos de Bo y a no parecían somnolientos. Eran de un verde puro, duro.
  - —Te volvió a pegar.
- —Esa vez fue distinto. Hizo los preparativos para una cena maravillosa, yo no tenía ni idea de por qué: elegante restaurante francés, champán, flores, de todo. Y entonces me dice que le han ascendido. Y que lo trasladan a Nueva York Yo

me alegré por él... era una sorpresa, pero bueno ¿qué iba a hacer? Además... — Hizo una pausa—. Además, una parte de mí pensó « Uau, esto me pone las cosas mucho más fáciles» . No habría rupturas dramáticas ni escenitas.

- -; Y por qué lo dices con ese aire de culpabilidad?
- —Porque parece muy frío. Hurra, el novio del que me estoy empezando a cansar se va del estado. ¡Bingo! Pero, mientras yo trataba de fingir que no era un alivio para mí, él va y me dice que quiere que la acompañe a Nueva York Tardé unos minutos en entenderlo, pero resulta que lo que quería era que me mudara allí con él. Pero eso no podía ser, yo no quería irme, y quise explicárselo.
- —Vale, o sea, que el hombre con el que habías estado saliendo quiere que lo dejes todo, tu casa, tu familia, tu trabajo, porque a él lo trasladan. —Bebió con una mano, y con la otra la señaló—. ¿Lo ves? Ya te había dicho que existía la vida fuera de nuestro gran planeta azul. Evidentemente ese tío venía de otro planeta.

Eso la hizo reír, un poco.

- —Pues hay más. De pronto me saca un anillo con un diamante del tamaño de un meteorito, y me dice que nos casaremos y nos mudaremos a Nueva York — Cerró los ojos, porque las sensaciones que había experimentado en aquella ocasión la asaltaron de nuevo—. Yo estaba alucinada, lo juro. No me lo esperaba, y mientras trataba de decirle que gracias, pero no, aparece el camarero con el champán y todo el mundo se pone a aplaudir y me veo el jodido anillo en el dedo.
  - —Estabas atrapada.
- —Si. —Dejó escapar el aliento, aliviada al ver que Bo lo entendía—. No podía decirle que no alli, delante de todo el mundo, así que esperé a que llegáramos a mi casa. Digamos que no se lo tomó muy bien. Me puso como un trapo. Que si le había humillado, que si era una zorra mentirosa y una estúpida y blablablá. Yo dejé de sentir pena por él y le contesté. Y él me pegó. Dijo que me iba a enseñar quién llevaba las riendas y cuando se acercó para volver apegarme, lo dejé fuera de combate con un buen rodillazo en las pelotas.
- —Pues muy bien hecho, y te diré más. Por lo que me acabas de contar, diría que ese tipo tiene toda la pinta de ser el responsable de todo esto.

Bo no iba a hacer que se sintiera culpable, ni estúpida, ni débil. Era interesante compartir una experiencia desagradable y humillante con un hombre que no hacía que se sintiera humillada o avergonzada.

Sintió cómo el ritmo acelerado de su corazón se apaciguaba ligeramente.

—No, no lo creo, pero creo que está relacionado. A la mañana siguiente, mi capitán y O'Donnell llamaron a mi puerta muy temprano. Por lo visto alguien había quemado el Mercedes de Luke unas horas después de que saliera a rastras de mi casa. Y él decía que había sido yo. No pasó nada. Porque resulta que Ginabía venido y se quedó a pasar la noche conmigo, y cuando vinieron mis compañeros aún estaba en casa. Y además, mis compañeros me creyeron.

Por la cara de Bo, Reena supo que había entendido, pero de todos modos contó los últimos detalles

- —El método no fue exactamente el mismo de anoche, Bo, pero hay similitudes. Y cuando el hombre me ha llamado esta mañana lo ha mencionado.
- —Ese imbécil de Luke pudo haber quemado él mismo el coche para joderte. Y quizá esté haciendo esto por lo mismo.
- —Podría ser, solo que... Anoche, cuando el pirómano llamo, dijo otra cosa. Al principio no me di cuenta, al menos del todo. Después todo sucedió muy deprisa, así que no he tenido tiempo de pensar hasta esta mañana. Dijo que pensara en los hombres con los que había estado. desde el primero.
  - —;Y?
- -El primero fue Josh. Josh murió en un incendio, mucho antes de que conociera a Luke
  - -Porque estuvo fumando en la cama.
- —Yo nunca lo creí. —Incluso en ese instante, después de tantos años, se le quebró la voz—. Tuve que aceptarlo, pero no lo creí. Tres hombres, los tres con los que he mantenido una relación mas seria, han tenido algo que ver con algún incendio. Uno de ellos esta muerto. Y no creo que sea una coincidencia.

Bo se levantó, fue cojeando hasta la nevera v sacó otra Coca Cola.

- -Porque ahora crees que Josh fue asesinado.
- —Si, lo creo. Y creo que el uso del fuego ha sido algo deliberado en cada ocasión, porque cualquiera que me conozca sabía que yo estudiaba para entrar en la unidad de delitos incendiarios. Desde...
  - -Desde el incendio de vuestro restaurante -dijo Bo terminando la frase.
- —Dios. Pastorelli. —El estómago le dio un vuelco—. Todo empezó aquel día. Todo. —Dejó escapar el aliento—. De acuerdo. Voy a comprobarlo. Entretanto ¿podrías tomarte unas vacaciones?
  - -¿Para qué?
- —Bo, Josh está muerto. Luke se fue a Nueva York, aunque de todas formas rompí con él. Vives en la casa de al lado. Es posible que la próxima vez vaya a por tu casa, o a por ti.
  - —O a por ti.
  - -Tómate un par de semanas de descanso, danos tiempo para resolver esto.
  - -Claro. Y tú ¿adónde piensas ir?

Las manos de Reena se cerraron en puños sobre la mesa.

- —Yo soy la mecha. Si y o me voy, parará, esperará a que vuelva.
- —Pues según lo veo yo, la mecha somos los dos. A menos que pienses liarte con otro mientras yo estoy practicando el esquí acuático por ahí. Valoro mucho mi vida, Reena. Pero no pienso escapar y esperar a que me digas que el peligro ha pasado. Yo no soy así.
  - -No es momento para hacerse el hombre.

- -Pues mientras no me crezcan pechos, no me queda más remedio.
- —Me distraerás. Tener que preocuparme por ti me distraerá. Si te pasa algo...—Calló, porque sintió que las palabras se le atragantaban.
- —Si yo te dijera eso, me dirias que puedes cuidar de ti misma, que no eres idiota ni descuidada. —Al ver que Reena no decía nada, arqueó las cejas—¿Por qué no nos saltamos esa parte? No hacemos más que dar vueltas alrededor de los mismos argumentos. —En sus ojos ya no había bondad, se habían vuelto de un verde gélido—. Ese hijo de puta ha ido a por mí, Reena. Ha volado mi camioneta. ¿Crees que me voy a esconder?
- —Por favor, solo unos días. Tres días. Dame tres días para... —La voz empezó a fallarle.
  - -No llores. Es injusto, y no te funcionará.
- —No estoy utilizando las lágrimas para salirme con la mía, imbécil. —Y se las restregó con el dorso de la mano—. Puedo ponerte vigilancia.
  - —Puedes
- —¿Es que no lo ves? No puedo controlarlo. —Se levantó de la mesa, fue hasta el fregadero y miró por la ventana.
  - -Sí, está claro que hay algo que no controlas.
- No sé qué hacer. —Se oprimió el puño entre los pechos, sintiendo que el corazón le dolía—. No sé cómo tengo que comportarme, cómo debo enfrentarme a esto.
  - -Ya encontrarem os una solución.
- —¡No! ¡No! ¿Es que estás ciego, o eres tonto? —le preguntó girándose para mirarle—. Puedo llevar el caso. Solo tengo que estudiarlo, nada más. Es como un rompecabezas, y todas las piezas están ahí. Se trata de encontrarlas y colocarlas en el lugar adecuado. Pero es esto... Esto no puedo controlarlo. —Y se golpeó con el puño entre los pechos—. Soy... estoy...
  - -¿Asmática? -preguntó él cuando vio que resollaba.

Reena cogió un tazón de la encimera y lo arrojó contra la pared.

-¡Idiota! Estoy enamorada de ti.

Bo levantó una mano, como si quisiera evitar el impacto de otro tazón, aunque Reena no tenía nada en las manos.

- -Vale, tiempo muerto. Solo un minuto.
- —Oh. —Reena cargó contra él, pero Bo le aferró la mano y la obligó a bajarla.
  - -He dicho que esperaras un minuto.
- —Ojalá te dé un ataque y vayas dando tumbos por la habitación y te cortes los pies con los cristales.
  - -El amor se manifiesta de diferentes formas -musitó él.
- —No te r\u00edas de m\u00ed. T\u00ed empezaste esto. Yo lo \u00fanico que hice fue salir un d\u00eda por la puerta de atr\u00eds de mi casa.

- —No me estoy riendo de ti. Solo trato de recuperar el aliento. —Su mano seguía sujetando con fuerza la de Reena, mientras seguía sentado en la stilla, con una bolsa de guisantes congelados en la rodilla—. Cuando dices que estás enamorada de mí, ¿es amor con mayúsculas o con minúscula? Y no me pegues —le advirtió cuando vio que Reena cerraba el otro puño.
- —No tengo intención de recurrir a la violencia. —Aunque le habían dado ganas. Obligó a su mano, su brazo y su cuerpo a relajarse—. Te agradecería que me soltaras la mano.
- —Vale. Y yo te agradecería que no te fueras hecha una furia, porque entonces tendría que salir detrás de ti y seguramente me daría un ataque y me cortaría los pies con los cristales.

Los labios de Reena se crisparon.

- —¿Lo ves? Maldita sea, seguramente esa es la razón de que esto esté pasando. No eres una persona maleable, Goodnight, pero te muestras tan condenadamente afable que es fácil pensar que se te puede manipular. Y eres servicial. Te has trazado un limite en tu cabeza, y seguramente haria falta dinamita para obligarte a sobrepasar esa linea. Mi madre tenía razón. Siempre tiene razón. —Con un suspiro, fue hasta el armarito de la limpieza y cogió la escoba y la pala—. Eres como mi padre.
  - -No es verdad.

Ella sonrió y se puso a recoger los cristales.

- —Nunca he ido realmente en serio con nadie porque ninguno estaba a la altura. Ninguno estaba a la altura del hombre al que más admiro. Mi padre.
  - -Tienes razón. Somos iguales. Nos separaron al nacer.
- —Hasta ahora lo nuestro había sido amor con minúscula, y ya era bastante desconcertante. Pero esta mañana, me has abierto la puerta y he visto una A enorme y brillante. Pero mírate. Con esos pelos.

Él levantó una mano y se tocó el pelo. Hizo una mueca.

- —Mierda.
- —Y llevas los calzoncillos rotos

Bo se tiró de la cinturilla rota de los calzoncillos

- -Pero aún les queda mucha tela.
- --Estás lleno de magulladuras, tienes mala cara. Y no me importa. Siento lo del tazón
- —Tu hermano mencionó que soléis tirar cosas. Estoy enamorado de ti desde aproximadamente las diez y media de la noche del 9 de mayo de 1992.

Reena seguía con la sonrisa en los labios cuando tiró los cristales al cubo de la basura

- —No. no es verdad.
- -Para ti es fácil decirlo. Y aun así, era amor con minúscula --siguió diciendo mientras ella volvía a dejar la escoba en su sitio-... Aderezado con

montones de fantasías. Cuando te conocí la cosa adquirió un matiz diferente, aunque seguía siendo con minúscula.

- —Lo sé. Voy a llegar tarde —dijo cuando miró la hora—. Haré que te asignen un par de policías hasta que...
  - -Y ha crecido.

Ella dejó caer la mano. No dijo nada.

-Ha crecido, Reena. Así que me parece que los dos tendremos que encontrar la forma de solucionar esto

Reena fue hasta él y apoyó la mejilla en su cabeza. Sintió que su corazón se apaciguaba.

- —Qué cosa tan extraña, ¿verdad? Pero no me puedo quedar. No puedo quedarme más.
  - -No pasa nada. Puedo esperar.

Reena inclinó la cabeza hasta que sus labios se encontraron con los de él.

—Te llamaré después. —Volvió a besarle—. Ten cuidado. —Y otra vez—. Ten cuidado.

Y luego salió a toda prisa por la puerta principal antes de que él pudiera levantarse de la silla.

Así que se quedó donde estaba, bajo la luz de la mañana que penetraba por las ventanas, con una lata de Coca Cola caliente en la mesa. Y pensó que la vida era curiosa.

Acababa de terminarse la Coca Cola cuando oyó que llamaban a golpes a su puerta.

-Por el amor de Dios

Se levantó de la silla y decidió que las pastillas y los guisantes le habían ayudado. Fue a abrir. Tendría que darle una llave, eso estaba claro. Y eso era lo que más se acercaba a vivir juntos, que era primo hermano de la gran M. Y la verdad, no quería pensar en eso todavía.

Cuando abrió la puerta, sus brazos se llenaron de esencia femenina. Pero no era Reena

- —¡Oh, Bo! —Mandy lo achuchó lo bastante fuerte para que todos sus moretones gritaran de dolor—. Hemos venido en cuando nos hemos enterado.
  - —¿Enteraros de qué? ¿Y quién?
- —Lo de la bomba en tu camioneta. —Se apartó y lo miró de arriba abajo—. ¡Oh, pobre criatura! Dijeron que eran heridas leves. Estás hecho una pena. Y llevas un vendaje. ¡Qué te ha pasado en el pelo?
  - -Oh, no me hables... -Bo se revolvió el pelo.
- —Brad está aparcando. Hay que montar un safari para encontrar aparcamiento en este barrio. Y todavía tienen acordonada la parte delantera de tu casa
  - —Brad

- —No me había enterado porque tenía el móvil desconectado, y como no estaba en casa, tampoco he leido el periódico. No hemos sabido nada hasta esta mañana. ¿Por qué no llamaste?
- —¿Brad? —No es que fuera lento, y eso que solo había dormido unos cinco minutos—. ¿Τú y Brad? ¿Juntos? ¿Mi Brad?
- —Oye, que tampoco te ibas a acostar con él. Y no ha sido algo deliberado. Ven. deia que te avude a sentarte.
  - Él agitó las manos como un agente de tráfico.
  - -Espera, espera. ¿Estoy soñando?
- —Nooo. Hace años que nos conocemos. Quedamos para comer algo y tal vez ir al cine, y una cosa llevó a la otra. —Y puso una sonrisa amplia y alegre—. Fue estunendo.
- —Calla, calla. No me lo cuentes. —Se tapó las orejas con las manos, y se puso a emitir sonidos para no oír las palabras de Mandy—. Mi cerebro no podría asimilarlo. Explotaría.
- —No serás uno de esos idiotas que dicen « Yo me acostaba con ella, no es posible que a ninguno de mis amigos le interese». ¿verdad?
- —¿Cómo? No. —¿Lo era?—. No —decidió después de un momento—. Pero...
- —Porque congeniamos mucho. Venga, déjame que te ayude... —Su rostro adoptó una expresión soñadora y, cuando Bo siguió su mirada, vio que Brad se acercaba con la misma expresión soñadora en versión masculina.

Bo se dio la vuelta agarrándose la cabeza con las manos.

- —Mi cabeza, mi cabeza. Los mejores amigos que tengo y estáis apunto de rematar el trabajo que empezó ese hijo de puta ay er por la noche.
- —No seas tonto. Y, por si no te has dado cuenta, estás en la puerta de la calle en calzoncillos. Unos calzoncillos bastante hechos polvo, por cierto. Está bien —le gritó a Brad.
- —Chico, nos has quitado diez años de vida del susto. —Brad subió los escalones corriendo—. ¿Estás bien? ¿Has ido al médico? ¿Necesitas que te llevemos a que te hagan unas radiografías?
  - -Ya he ido al médico. -Y gruñó cuando Brad le dio un abrazo.
- —Estábamos muy preocupados. Hemos venido directamente. ¿Qué hay de la camioneta?
  - -Para el desguace.
- —Una camioneta jodidamente buena. ¿Podemos hacer algo? ¿Quieres que te deje mi coche? O si quieres podemos quedarnos y llevarte a donde haga falta.
  - -No sé. Todavía no me he organizado.
- —No te preocupes —le dijo Mandy—. ¿Quieres tumbarte un poco? Puedo prepararte algo de comer.

Aunque vio que se habían cogido de la mano, Bo supo que estaban allí por él.

Como siempre.

- -Tengo que darme una ducha, vestirme, aclararme un poco la cabeza.
- —Vale. Mientras, yo prepararé el desayuno. Los dos nos tomaremos el día libre, ¿verdad, Brad?
  - —Claro.
  - —Y cuando bajes —añadió—. Nos gustaría saber lo que pasó. Todo.

Reena se restregó los ojos y volvió a mirar la pantalla de su ordenador.

- —Pastorelli padre ha estado entrando y saliendo del sistema la mayor parte de su vida. Agresiones, embriaguez, alboroto, piromanía, hurto. En su archivo consta que fue interrogado en relación con cuatro incendios. Dos antes de lo de Sirico's, y dos después de salir de la cárcel. Su última dirección conocida está en el Bronx. Pero su muier vive en Mary land. en las afueras de la capital.
- —El hijo parece que está siguiendo los pasos del padre —le dijo O'Donnell—. Tiene un par de condenas en un centro juvenil antes de cumplir los dieciséis.
- —Ya lo sabía. John me ha tenido informada. Se lo llevaron igual que se llevaron al padre la noche que quemó a su perro y lo dejó delante de nuestra casa.

Reena se levantó y fue a sentarse en la esquina de la mesa de O'Donnell para que el ruido de las otras conversaciones de la comisaría no les molestara tanto.

- —Mató a su propio perro. Dijeron que fue una reacción violenta motivada por la detención de su padre. Un niño torturado y confundido que se ha criado en una casa donde los malos tratos eran algo habitual. Porque su padre pegaba a su madre, y de vezen cuando también le pegaba a él.
  - -Pero tú no te crees eso.
- —No. Vi cómo corría detrás del coche de la policía cuando detuvieron a su padre. Lo adoraba. Muchos niños que se crian en ese tipo de ambientes adoran al padre. Su madre era débil, intútil. Su padre era el que mandaba. Y mira su historial —dijo moviéndose para poder ver lo que ponía en la pantalla de O'Donnell—. Arresto por agresión, agresión sexual, vandalismo, robo de vehículos, violación de la condicional. No se limita a seguir los pasos del padre, lo está superando.
  - —No hay incendios en su historial.
- —Bueno, quizá sea más cuidadoso, o tiene más suerte en esa área. A lo mejor él y su padre tienen otra gente que trabaja con ellos. O se ha estado reservando para iniciarse en los incendios conmigo. Pero sé que uno de ellos o los dos están detrás de esto.
  - —Estoy totalmente de acuerdo.
  - -Uno de ellos o los dos mataron a Josh Bolton.
  - -Hay un salto bastante grande de lo que consta en su historial al asesinato,

Hale

Ella meneó la cabeza

—Puede que haya otras personas y por eso no les han cogido. Y todo esto empieza por mí. El día que Joey me atacó. Aquello fue una agresión sexual en toda regla, solo que y o era demasiado pequeña para entenderlo.

Pero aún lo recordaba, lo recordaba muy bien. La forma en que le echó mano del pecho, de la entrepierna, los insultos que le dijo. Y la expresión salvaje de su cara.

- —Me atacó, y mi hermano y un par de amigos me oyeron gritar y lo ahuyentaron. Luego se lo dije a mi padre y él fue corriendo a hablar con el señor Pastorelli. Nunca había visto así a mi padre. Si no hubieran salido algunos vecinos a ver, o la gente que había en Sirico's, la cosa se habría puesto muy fea. Muy muy fea. Mi padre le amenazó con llamar a la policía, y la gente que había escuchando estaba con él
  - —Y aquella noche Pastorelli incendió Sirico's.
- —Si. Te has metido conmigo, pues toma. Fue un trabajo chapucero. Estaba borracho, y no pensó en la familia que vivía en el piso de arriba. Podían haber muerto en el incendio.
  - -Pero tú viste el fuego.
- —Lo vi, sí. Todo vuelve a mí. Así que teníamos un bonito desastre, pero al menos nadie resultó herido. El seguro lo cubría todo, y todos los vecinos se ofrecieron para ayudar. Según se mire, podría decirse que el incendio nos benefició. Porque mis padres se habían ganado a pulso la lealtad de la gente y eso les permitió expandir y renovar el negocio.
- —Eso debió de molestar mucho a aquel hombre si lo que quería era perjudicaros.
- —Y encima lo cogen. Su perro ladró, O'Donnell. Esa es una de las cosas que le dije a John Minger. Tenía su caseta en el patío trasero, que es donde la policía encontró la lata de gasolina, parte de la cerveza que había robado y los zapatos que llevaba cuando provocó el incendio.
  - —Y el hijo mata al perro.
- —Sí. Supongo que debió de pensar que el perro formaba parte de la cadena. El jodido chucho contribuy ó a la ruina de su padre.
  - —Y tenía que morir.
- —Si. Y más aun tenía que quemarse. A Joey se lo llevan, hacen una evaluación, lo internan en un centro de menores y, cuando sale su madre se lo lleva a Nueva York Allí también se mete en problemas pero sigue siendo un menor. Es difícil que un crío viaje de Nueva York a Baltimore solo para causarnos problemas a mí o a mí familia. Y, mira. —Dio unos toquecitos en la pantalla—. Él también cumplió una pequeña condena. Pero los dos estaban fuera cuando Josh murió. Joey ya no era ningún crío. Y el padre estaba fregando

suelos. Toda una humillación.

Entonces lo sentía, la sensación que notaba en el estomago, en la garganta, le decía que esa era la verdad. Aquellas eran las piezas del rompecabezas.

- —Pero Sirico's iba bien. En nuestra familia las cosas iban bien. Y la puta que provocó todo aquello estaba en la universidad, follando con un chico. Si Joey me hubiera puesto las manos encima lo hubiera fastidiado todo. Así que dejó que aquel chico se la trabajara no hay problema. Ya habría tiempo para resarcirse. Aquella noche yo había estado con Josh, después de la boda de Bella. Y uno de ellos lo mató, le prendió fuego, porque yo había estado con él.
- —Muy bien, si lo miramos desde esa perspectiva. ¿Por qué no te mataron a ti? Estabas allí. ¿Por qué no mataros a los dos?
- —Porque no habría tenido bastante. Si me matan, se acabo. Es mejor hacerme sufrir, herirme, utilizar el fuego contra mí. Pastorelli padre tenía una coartada para aquella noche. John lo comprobó. Pero es posible que fuera falsa. Joey supuestamente estaba en Nueva York y había gente que lo confirmó. Pero la gente hace esas cosas. Y mira, tres meses después de la muerte de Josh, a Joey lo interrogan por el asunto de los coches. En Virginia, no Nueva York
- —No digo que la gente no pueda estar guardando rencor o estar obsesionada por algo durante veinte años. Pero la verdad es que es mucho tiempo.
- —Ha habido detalles durante todo ese tiempo. Seguramente habrá cosas que pasé por alto, que no relacioné. Hubo un incidente justo después de que empezara a trabajar. Un bombero con el que estaba saliendo de forma informal fue asesinado. Iba de camino a Carolina del Norte... para pasar el fin de semana. A mí me entretuvieron y no pude hacer el viaje con él, pero Steve, Gina y yo teníamos que ir a reunimos con él a la mañana siguiente. Lo encontraron en su coche, en medio del bosque. Le habían disparado y luego le prendieron fuego al coche. Parece ser que lo atacaron para robarle el coche, que lo mataron y provocaron el incendio para encubrir el crimen. Habían pasado once años desde el incendio de Sírico\u00e3

O'Donnell se echó hacia atrás.

- —Hugh Fitzgerald. Lo conocía. Me acuerdo de cuando lo mataron. No sabía que tú estuvieras relacionada con el caso.
- —Era algo informal. Habíamos salido un par de veces, y él era compañero de Steve. Steve y Gina. Pareció algo circunstancial. Y así lo estableció la policía.

Igual que ella, pensó Reena pasándose los dedos por el pelo. No se le había ocurrido rascar un poco bajo la superficie.

—Tenía una rueda desinflada, era de noche, en una carretera secundaria y oscura. Pensaron que seguramente había parado ante la persona equivocada, o que alguien llegó y trató de robarle, y le mató. Luego llevó el coche al bosque y le prendió fuego con la esperanza de que borrara las huellas. Que, básicamente, es lo que pasó. El caso sigue abierto. —Aspiró hondo—. Nunca lo relacioné. Dios,

acababa de empezar a trabajar en el cuerpo. ¿Quién era yo para cuestionar el trabajo de otros policías más curtidos solo porque tenía esa extraña sensación en el estómago? Habíamos salido un par de veces, y los dos pensábamos que la relación podía llegar lejos. Pero no éramos pareja. A él lo mataron en Carolina del Norte. No había nada que hiciera pensar en la persona que había quemado el restaurante de mi padre años antes. Me habría dado cuenta.

- —Sí, fue una pena que aquella noche tu bola de cristal no funcionara.
- Aunque Reena supo verle la gracia al comentario, no sirvió para aplacarla.
- —Fuego, O'Donnell. Siempre el fuego. Josh, Hugh, el coche de Luke, y ahora Bo. Siempre el fuego. Puede que hay a otras cosas en las que no me he fijado. El caso sigue abierto.
  - -La diferencia es que ahora él quiere que lo sepas.

Laura Pastorelli trabajaba en la barra de un 7-Eleven cerca del limite entre Maryland y Washington. Tenía cincuenta y tres años y llevaba sus años muy mal en un cuerpo raquítico. Su cara estaba surcada de arrugas, fruto de las preocupaciones y las penas más que de la edad, enmarcada por un pelo entrecano sin arreglar. Llevaba una cruz de plata al cuello. Aparte de la alianza, no lucía más joyas.

Cuando O'Donnell y Reena entraron, la mujer levantó la vista. Sus ojos miraron a Reena sin reconocerla.

--: Puedo av udarles? -- dii o sin ningún interés.

No era más que una frase que repetía docenas de veces cada día.

- —¿Laura Pastorelli? —O'Donnell le enseñó la placa, y Reena vio la mueca instintiva de sus labios antes de que los frunciera.
  - -: Oué quieren? Estoy trabajando. No he hecho nada malo.
  - -Tenemos que hacerle unas preguntas en relación con su marido y su hijo.
- —Mi marido vive en Nueva York Hace cinco años que no le veo. —Sus dedos se deslizaron sobre su pecho huesudo para acariciar la cruz.
- —¿Y Joey? —Reena esperó hasta que los ojos de Laura se posaron en ella—. ¿No me recuerda, señora Pastorelli? Soy Catarina Hale, del barrio.

El recuerdo reptó hasta ella tan lentamente como los dedos. Cuando la reconoció, apartó la mirada.

- -No la recuerdo. Hace algunos años que no voy por Baltimore.
- —Sí me recuerda —dijo Reena con amabilidad—. Quizá podríamos hablar en un sitio más tranquilo.
- —Estoy trabajando. Van a hacer que pierda mi trabajo, y no he hecho nada.  $\xi$ Es que no pueden dejarnos en paz?

O'Donnell se acercó a un joven de veintipocos años con la cara pastosa que ni siquiera se molestaba en disimular que no quería perder detalle de lo que decían. Llevaba una tarieta con su nombre: Dennis.

- —Dennis, ¿por qué no te encargas de atender a los clientes unos minutos mientras la señora Pastorelli se toma un descanso?
  - -Tengo que hacer inventario.
  - -Te pagan por horas, ¿no? Ocúpate del mostrador. -O'Donnell volvió con

Reena ... ¿Por qué no salimos fuera, señora Pastorelli? Hace un buen día.

- -No pueden obligarme. No pueden.
- —Será mucho más complicado si tenemos que volver otro día —dijo Reena
- No nos gustaría tener que hablar con su supervisor ni ponerle las cosas más difíciles.

Sin decir nada. Laura salió de detrás del mostrador y se fue hacia la calle con la cabeza gacha.

- —Él ya pagó. Joe pagó por lo que pasó. Fue un accidente. Había estado bebiendo. Tu padre lo empujó a hacerlo. Le dijo todas aquellas mentiras sobre Joey y por eso se emborrachó, nada más. Nadie resultó herido. Y el seguro lo pagó todo ¿no es verdad? Tuvimos que marcharnos de allí. —Levantó la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas—. Tuvimos que marcharnos, y Joe fue a la cárcel. ¿Es que no es sufficiente castigo?
  - -Joey estaba muy enfadado, ¿verdad? -dijo Reena.
- —Se llevaron a su padre. Esposado. Delante de todos los vecinos. Él solo era un crío. Necesitaba a su padre.
  - -Fueron unos momentos muy duros para su familia.
- —¿Duros? Aquello destruyó mi familia. Tu... tu padre dijo unas cosas terribles sobre mi Joey. Y la gente lo oyó todo. Lo que Joe hizo no estuvo bien. « Mía es la venganza, dijo el Señor», pero no fue culpa suya. Había estado bebiendo
- —Tuvieron que alargarle la condena —señaló O'Donnell—. Se metió en algunos líos cuando estaba dentro.
- —Tenía que protegerse, ¿no? La cárcel lo destrozó. Después de aquello ya no volvió a ser el mismo.
  - -Su familia guarda mucho rencor a la mía. A mí.

Laura la miró frunciendo el ceño.

- -Tú eras una niña. Y no se puede culpar a un niño.
- —Hay quien lo hace. ¿Sabe si su marido o su hijo han vuelto recientemente a Baltimore?
  - -Ya se lo he dicho, Joe está en Nueva York
  - -No está tan lejos. A lo mejor quería verla.
- —No, a mí no me habla. Y se ha apartado de Dios. Rezo por él todas las noches.
  - -Pero seguro que todavía ve a Joey.

Ella encogió ligeramente un hombro, pero incluso ese pequeño gesto parecía exigirle un esfuerzo demasiado grande.

- -Joey no viene mucho por aquí. Está ocupado. Tiene mucho trabajo.
- —¿Cuándo ha sabido de él por última vez?
- —Hace unos meses. Está ocupado. —Su voz adquirió un tonillo estridente, casi como si lloriqueara. Reena aún recordaba cómo lloró contra aquel trapo

amarillo.

- —La policía siempre tiene que estar señalándolo. Se llevaron a su padre y a él. Si, se metió en algunos problemas, hizo algunas cosas malas. Pero ahora está bien. Tiene un trabaio.
  - -¿Qué clase de trabajo?
- —Es mecánico. Aprendió mecánica cuando estaba en la cárcel. Aprendió sobre coches, ordenadores, de todo. Recibió una educación, ha conseguido un trabajo bueno y estable en Nueva York
  - —¿En un taller mecánico? —preguntó O'Donnell—. ¿Sabe cómo se llama?
  - -Auto Rite o algo así. En Brookly n. ¿Porqué no le dejan en paz?
- —No me había reconocido —comentó Reena cuando volvieron al coche—. Pero cuando le he dicho quién era, no le ha sorprendido que fuera policía. Alguien la ha mantenido al día con las noticias sobre su antiguo vecindario.
  - O'Donnell asintió, mientras hacía una llamada y garabateaba un número.
- —Tengo un Auto Rite en Brooklyn. —Tras vacilar un instante, le dio la hoja con el número a Reena—. Tú encárgate del hijo, yo me ocuparé del padre.
- Cuando volvieron a la comisaría, Reena hizo una llamada al taller. Con un considerable ruido de fondo y la música de los Black Crowes, mantuvo una breve conversación con el propietario.
- —Joey trabajó en el taller un par de meses, el año pasado —le dijo a O'Donnell—. En esos dos meses hubo varios allanamientos, y robaron material y herramientas. La última vez alguien robó también un Lexus. Otro de los mecánicos del taller dijo haber oido a Joey jactándose de lo fácil que eran aquellos robos. El propietario informó a la policía y lo interrogaron. No pudieron acusarle, pero le despidieron. Cinco meses después, vuelven a entrar en el taller en lo que parece un acto de vandalismo. Destrozaron los coches, llenaron las paredes de pintadas y prendieron fuego a la basura.
  - -Y ¿dónde estaba nuestro chico cuando empezó la fiesta?
- —Supuestamente en Atlantic City. Hay tres personas que lo corroboran. Las tres están relacionadas, O'Donnell. Los Carbionelli, una familia de Nueva Jersey.
  - -¿El vengador de tu infancia tiene contactos?
  - -Vale la pena investigarlo. Investigaré a las tres personas que lo respaldaron.
- —Bueno. Pues el padre está en paro. Ha trabajado en la limpieza en un par de bares y lo echaron por las libertades que se tomaba con las bebidas. Hace seis semanas.
  - —Uno o los dos están en Baltimore.
- —Oh, sí.  $\ensuremath{\partial}$  Por qué no llamamos a nuestros amigos de Nueva York y les pedimos que lo comprueben?

Reena sentía un nudo en el estómago, algo que no estaba preparada para

compartir ni siquiera con su compañero de trabajo. Trató de sobreponerse concentrándose en la rutina del trabajo. Reuniendo datos, esbozando las líneas generales, redactándolo todo. Hasta que estuvo lista para informar a su compañero y su capitán.

Un caso. Tenía que ver aquello como un caso más, objetivamente, con cierta distancia. Dado que no podía investigar el incendio de la camioneta de Bo oficialmente, hizo una señal a Younger y a Trippley antes de entrar con O'Donnell en el despacho del capitán.

-Eh, vosotros dos, tenéis que oir esto -les dijo.

El capitán Brant los hizo pasar a los cuatro.

--Estamos trabajando sobre una hipótesis ---empezó a decir O'Donnell, y entonces señaló con el gesto a Reena para que expusiera la situación.

La detective lo explicó todo, desde el incendio en Sirico's cuando ella tenía once años hasta la destrucción de la camioneta de Bo la noche antes.

- —Pastorelli hijo frecuenta la compañía de tres miembros de la familia Carbionelli, de Nueva Jersey. Cumplió condena en Rikers con un tal Gino Borini, primo de Nick Carbionelli. Fueron Carbionelli, Borini y otro personaje de los bajos fondos los que corroboraron la coartada de Pastorelli para la noche en que destrozaron el taller.
- » Daba la impresión de que habían sido unos críos —siguió diciendo—. Habían pasado cinco meses desde que lo despidieron, y lo preparó todo para que pareciera cosa de un puñado de críos, o de aficionados. El destrozo, el robo de la calderilla, un fuego chapucero para tratar de encubrirlo. No lo investigaron con demasiado empeño.
- —La policía de la ciudad va a hacer algunas comprobaciones —añadió O'Donnell—. No está en su lista de prioridades, pero mandarán a dos detectives a sus últimas direcciones conocidas.
- —Hay muchas similitudes entre el incendio del coche de Luke Chambers hace años y el de anoche. —Miró a Trippley—. Quizá utilizó el mismo artilugio en el depósito de gasolina.
  - -Lo comprobaremos.
  - -Capitán, quiero reabrir el caso de Joshua Bolton.
- —Younger se ocupará. Una perspectiva nueva, detective —le dijo a Reena—. Lleva años revisando regularmente el caso. Pincharemos su teléfono y el de Goodnight. Y hay que volver a visitar a la esposa.

El turno de Laura Pastorelli había terminado, así que fueron a su casa. Era una vivienda pequeña y ordenada en una calle estrecha. Delante había un viejo Toyota Camry. Reena vio que en el salpicadero tenía un imán de San Cristóbal.

Cuando llamaron a la puerta, salió a abrir una mujer que tendría la misma

edad que Laura, pero mucho menos desmejorada. Tenía el rostro redondo y llevaba su pelo castaño oscuro de peluquería. Vestía con pantalón azul oscuro y una camiseta blanca metida pulcramente por los pantalones.

Un pomerano se sentó a sus pies: no de aba de ladrar.

- —Calla Missy, vieja loca. Le encanta lamer los tobillos —dijo la mujer—. Yo se lo aviso
- —Sí, señora. —Reena le enseñó la placa—. Queremos hablar con Laura Pastorelli
- —Está en la iglesia. Siempre va después del trabajo. ¿Ha habido algún problema en la tienda?
  - —No. señora. ¿En qué iglesia está?
- —Sant Michaels, en Pershing. —Entrecerró los ojos—. Si no ha habido problemas en el trabajo, entonces o es por el inútil del marido o por el inútil del hijo.
  - —¿Sabe usted si mantiene contacto con Pastorelli padre o hijo?
- —Si lo hiciera tampoco me lo diría. Soy su cuñada. Patricia Azi. La señora de Frank Azi. Creo que es mejor que pasen.

O'Donnell miró con expresión recelosa a aquella bola de pelo que no dejaba de ladrar y Patricia esbozó una leve sonrisa.

- —Déme un momento. Por el amor de Dios, Missy, ¿quieres parar de una vez?
  —Obligó al perro a levantarse y se lo llevó. Oyeron un portazo. Luego la mujer volvió
- —Mi marido está prendado de esta estúpida perra. Hace once años que la tenemos y aún está medio loca. Pasen. Si quieren hablar con Laura, seguramente terminará de fustigarse con el cilicio en una media hora. —Suspiró con fuerza y señaló hacia una pequeña y acogedora salita—. Ha sido un comentario cruel, lo siento. No es fácil vivir con una mártir.

Reena tanteó el terreno, le dedicó a la mujer una sonrisa comprensiva.

- —Mi abuela siempre decía que dos mujeres no pueden convivir a gusto bajo el mismo techo, por mucho que se aprecien. La cocina solo puede ser de una.
- —En realidad no molesta mucho, y no puede permitirse pagarse una casa. Nosotros tenemos espacio. Los chicos ya son mayores. Y ella trabaja mucho, insiste en pagarnos un alquiler. ¿Piensan decirme de qué va todo esto?
- —El marido y el hijo de Laura podrían tener información sobre un caso que estamos investigando —empezó a decir Reena—. Esta mañana hablamos con la señora Pastorelli y nos dijo que hacía tiempo que no sabía nada de ninguno de los dos. Solo queríamos verificarlo.
- —Como le he dicho, si los hubiera visto o hubiera hablado con ellos a mí no me lo diría. Y a Fran tampoco, desde que le dejó las cosas tan claras.

Parte del trabajo de un policía consistía simplemente en seguirle la veta a cada persona. Así que Reena sonrió y dijo:

- —Oh
- —Se presentó el año pasado, sin avisar, justo antes de Navidad. Laura se puso a llorar y llorar, como si pensara que sus plegarias habían sido escuchadas o algo así. —Levantó los ojos al techo.
  - -Estoy segura de que se alegró de volver a ver a su hijo.
- —Cuando se te mete una piedra en el zapato, lo mejor es sacártela antes de que te haga una herida.
  - -Veo que usted y su sobrino no se llevan bien -apuntó O'Donnell.
- —Lo diré sin tapujos, me da miedo. Es peor que su padre, más solapado y mucho más listo
  - —¿La ha amenazado alguna vez, señora Azi?
- —No directamente... solo con la mirada. Ha estado en la cárcel algunas veces, imagino que ya lo saben. Laura siempre le está excusando, pero lo cierto es que es una mala pieza. Y ahí lo tengo, a la puerta de mi casa. No nos hizo ninguna gracia a Frank y a mí, pero claro, no puedes cerrarle la puerta a un familiar. Al menos si puedes evitarlo. Así que se presenta... Lo siento, no les he ofrecido ni un café.
- —No pasa nada —le aseguró Reena—. ¿Joey vino a ver a su madre por las fiestas?
- -Puede. Sé que estaba muy orgulloso. Vino con un cochazo, vestido con ropa cara. Y le regaló a su madre un reloj con diamantes alrededor de la esfera y unos pendientes también de diamantes. No me extrañaría que los hubiera robado, pero no dije nada. Él decía que tenía un negocio importante entre manos, una discoteca que él v unos « socios» —e hizo la señal de las comillas en el aire iban a abrir en Nueva York v que les iba a dar montones de dinero. Mi marido le preguntó cómo pensaba hacerlo, si podía conseguir una licencia para vender alcohol teniendo ficha policial y ese tipo de cosas. A Joey le sentó fatal, se notaba, pero se limitó a poner su sonrisa burlona y dijo que había formas. De todos modos, esto no es importante. - Agitó la mano como desechando el tema Se quedó a cenar. Dijo que tenía una suite en un hotel, v se pasó una hora fanfarroneando. Pero cada vez que Frank le preguntaba algo concreto sobre su nuevo negocio, él contestaba con evasivas y se ponía nervioso. La cosa se calentó v. ¿qué creen que hizo Joey? Barrió la mesa con el brazo y me rompió los platos y se puso a tirar comida a las paredes, gritando e insultando a Frank Él le plantó cara. Mi marido no es de los que se acobardan y no está dispuesto a tolerar ese tipo de comportamiento en su casa. -Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza-... Tiene todo el derecho a preguntar y expresar su opinión en su propia casa. Laura, cómo no, se pone de parte del chico, le coge del brazo, y ¿qué hace

él? La golpea. ¡Golpeó a su propia madre en la cara! Patricia se golpeó el pecho con una mano.

-Tenemos mal genio en la familia, pero nunca había visto nada igual.

Nunca. ¡Un hombre que pega a su madre! La llamó puta llorona o algo así. Se ruborizó ligeramente.

—Y cosas peores, la verdad. Yo ya iba hacia el teléfono para llamar a la policía, pero Laura me suplicó que no lo hiciera. Ya ven, ahi estaba, con la nariz sangrando, y suplicándome que no llamara a la policía. Así que no lo hice. El muy cobarde ya iba hacia la puerta. Mi Frank es más corpulento que él, y es mucho más fácil golpear a una mujer flacucha que a un hombre de setenta y cinco kilos. Salió detrás de él y le dijo que no volviera. Y que si lo hacía lo mandaría de vuelta a Nueva York de una patada.

Tomó aliento, como si se hubiera quedado sin aire después de aquella larga explicación.

—La verdad, estoy muy orgullosa de él. Y cuando a Laura se le pasó el ataque de histeria, Frank se sentó con ella y le dijo que, mientras siguiera viviendo en nuestra casa, no volviera a abrirle la puerta a Joey, porque si lo hacía sería por su cuenta y riesgo.

## Suspiró.

- —Tengo hijos, y nietos, y sé que se me partiría el corazón si no pudiera verlos. Pero Frankhizo lo que debía. Un hombre que pega a su madre es lo peor.
  - —¿Fue la última vez que le vio? —preguntó Reena.
- —Si, y que yo sepa también fue la última vez que Laura lo vio. Nos estropeó las fiestas, pero lo superamos. Las cosas se fueron calmando, como suele pasar. Después de aquello, lo más emocionante que nos ha pasado fue un incendio en la casa que mi hijo está construyendo en el condado de Frederick
  - -¿Un incendio? -Reena y O'Donnell se miraron-. ¿Cuándo fue eso?
- —A mediados de marzo. Solo afectó a parte del tejado. Unos críos entraron, se divirtieron un poco, y llevaron unas estufas de queroseno por el frio. Una de las estufas se cayó, alguien tiró una cerilla y cuando los bomberos llegaron y a se había quemado la mitad de la casa.
  - —¿Cogieron a los chicos? —preguntó O'Donnell.
  - —No, y fue una pena. Meses de trabajo convertidos en ceniza.

Cuando la puerta de la calle se abrió. Patricia miró a Reena y se puso en pie.

- —Laura...
- —¿Qué hacen ellos aquí? —Laura tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Reena supuso que habría pasado más tiempo llorando que rezando en la iglesia—. Ya les he dicho que no he visto ni a Joe ni a Joey.
- -No hemos podido localizar a su hijo, señora Pastorelli. Ya no trabaja en el taller.
  - -Entonces es que ha encontrado algo mejor.
- —Seguramente. Señora Pastorelli ¿está usted en posesión de un reloj y unos pendientes que su hijo le dio el pasado mes de diciembre?
  - -Fueron un regalo. -Las lágrimas, que ya estaban a punto de desbordar, se

deslizaron por sus mej illas.

- —Ahora vamos a subir a su habitación y los cogeremos. —Reena le pasó un brazo con delicadeza por los hombros—. Le daré un comprobante. Así podremos aclarar todo esto
- —Creen que los robó, ¿verdad? ¿Por qué todo el mundo piensa siempre lo peor de mi chico?
  - —Es meior que lo aclaremos todo —repitió Reena, v subió con Laura arriba.
  - —Los había robado —gruñó Patricia—. Lo sabía.
- —Piaget —dijo Reena mientras examinaba el reloj—. Cuarenta diamantes tallados alrededor de la esfera. Oro de dieciocho quilates. Costará unos seis o siete mil dólares.
  - —; Cómo sabes esas cosas?
- —Soy una mujer a la que le encanta mirar escaparates, sobre todo cuando se trata de cosas que nunca podré permitirme. Los pendientes, seguramente de dos quilates cada uno, con bonitos diamantes con la forma cuadrada clásica en un encaste clásico. Por Navidades nuestro chico se sintió generoso con su madre.
- —Comprobaré con Nueva York si hubo robos en alguna joyería o en alguna casa donde falten piezas que respondan a estas características.
- —Sí. —Sostuvo los diamantes a contraluz—. Tengo la sensación de que estas fiestas alguna buena mujer no ha recibido los diamantes que esperaba de Santa Claus. —Bajó el espejo del parasol y se colocó uno de los pendientes junto a la oreia—. Bonito.
  - -Vaya, si resulta que eres una mujer.
- —Tienes toda la razón. O sea, que el chico se presenta para presumir delante de su madre y restregárselo por la cara al tío. Coche, ropa y regalos caros. No creo que le tocara la lotería. Pero en vez de poner cara de admiración el tío se pone pesado y él se enfada. Hay una escena, lo echan. Y no está dispuesto a dejar que quede así.
  - -Tiene paciencia, desde luego. Tiene mucha paciencia.
- —Ahí es donde él ha superado a su padre. Espera, planifica, piensa. Y va a por la familia. ¿Cómo hacer pagar al padre? Jodiendo al hijo.
  - -Conseguiremos el archivo del incendio en la casa de Frederick
- —Es un trabajo de lo más elemental, igual que lo del taller de Nueva York Hace que parezca que han sido unos críos, o un aficionado, nada especial... al menos en apariencia. Es muy bueno, O'Donnell. Muy bueno.

Muy listo, muy listo. Le doy a mi vieja un móvil y un número al que llamar cuando y si. Zorra estúpida. He tenido que explicarle mil veces cómo funciona el jodido teléfono. Será nuestro pequeño secreto, ma, tú y yo frente al mundo. Así tengo ventaja, como siempre.

Y sale a cuenta. ¡La pequeña puta del barrio por fin tiene una pista! Hacer que recuerde ha sido muy agradable.

Y ahora las tornas van a cambiar. La mala suerte, los malos momentos. Todo va a cambiar.

Todo va a arder, incluida esa puta que empezó todo esto.

Cuando entró en Sirico's Reena tenía la cabeza llena de datos, teorías, preocupaciones. Normalmente ir a la pizzería bastaba para borrar el mal sabor de un día dificil. Y además aquella noche Bo la esperaba allí.

Al principio no lo vio, pero sí vio a la pelirroja —Mandy, recordó— instalada en uno de los reservados con un hombre de unos treinta años con el pelo castaño claro. Moderno pero informal él; retro hippy ella.

Estaban tomando el tinto de la casa, y estaban sentados muy juntos.

También vio a John en una de las mesas para dos. Saludando como hacía siempre mientras pasaba por las mesas, se dirigió hacía él.

- -Justo la persona que andaba buscando.
- —La salsa de ostras está muy buena.
- —Lo tendré en cuenta. —Reena se sentó frente a él, indicó a la camarera que se acercaba a la mesa que no quería nada—. Tengo algo.

Él pinchó con el tenedor más linguini.

—Te escucho

Reena se recostó en su silla.

- -Papá te ha llamado.
- —¿Es que pensabas que no lo haría? ¿Por qué no me llamaste tú?
- —Iba a hacerlo. Necesito que me escuches, necesito que me ayudes a pensar, pero no aquí. ¿Podemos vernos mañana por la mañana y desayunamos juntos? Yo te prepararé el desayuno.
  - -¿A qué hora?
  - —¿Podría ser un poco temprano? ¿Hacia las siete?
  - -- Creo que sí. Entretanto, ¿podrías darme algo en lo que ir pensando?

Reena iba a hacerlo, pero sabía que si empezaba John querría saberlo todo.

- -Prefiero dejar reposar todo esto esta noche, ordenarlo un poco.
- -Entonces, a las siete.
- —Gracias.
- —Reena —dijo cuando iba a levantarse poniendo la mano sobre las de ella—, ¿es necesario que te pida que tengas cuidado?
- —No. —Reena se levantó y se inclinó para darle un beso en la mejilla—. No, no es necesario.

Fue a la zona donde preparaban las pizzas y le lanzó un beso a Jack, que estaba echando salsa en un circulo de masa

- --; Has visto a Bo? Se suponía que teníamos que encontrarnos aquí.
- —Está atrás, en la cocina.

Reena rodeó con curiosidad la barra y entró en la cocina. Y se quedó en la puerta, viendo cómo su padre le daba a Bo una lección sobre el arte de preparar pizzas.

- —Tiene que quedar elástica, porque si no, no podrás extenderla bien. Y no queremos tener que estirarla o ver cómo sube llena de agujeros.
- —Vale. Entonces solo tengo que... —Bo cogió una bola de masa de uno de los recipientes untados de aceite que había en la nevera y empezó a extenderlo.
  - -Ahora utiliza los puños como te he enseñado. Empieza a darle forma.

Totalmente concentrado, Bo empezó a trabajar la masa con los puños, con suavidad... y no lo hacía mal para ser un principiante, pensó Reena.

- -¿Puedo darle yo la vuelta?
- -Si se te cae, se acabó.
- —Vale, vale. —« Con las piernas abiertas y los ojos entrecerrados por la concentración, como si estuviera a punto de ponerse a hacer malabarismos con unas teas», pensó Reena. Bo arrojó la masa al aire.
- « Demasiado alta», en opinión de Reena, pero se las arregló para cogerla, siguió dándole vueltas y volvió a arrojarla al aire.

Le costó contener la risa al ver la cara de satisfacción que se le ponía. No quería interrumpirle, pero lo cierto es que parecía un crío que consigue mantenerse por primera vez solo en la bicicleta de dos ruedas.

- -Es genial. Y ahora, ¿qué hago?
- -Utiliza los oj os -le dij o Gib -. ¿Qué tienes ahí? Una grande, ¿no?
- —Eso parece. Sí. eso parece.
- -Ponla sobre la tabla.
- —Vale. Allá vamos. —Bo dejó la masa sobre la tabla, limpiándose las manos con gesto ausente en el corto delantal que llevaba puesto—. No es precisamente redonda
  - -Pero no está mal. Arregla un poco la forma y dame los bordes.
  - -¿Cuántas se le han caído antes de esta? preguntó Reena, y entró.

Bo volvió la cabeza y sonrió.

- —Esta me ha salido. He echado dos a perder, pero no se me ha caído ninguna al suelo.
  - -Aprende rápido -dijo Gib cuando su hija y él se dieron un par de besos.
- —¿Quién iba a decir que era tan complicado hacer pizza? Tenéis esa enorme máquina que mezcla la masa. —Y señaló con el gesto la máquina de acero inoxidable donde mezclaban cantidades ingentes de harina, levadura y agua—. Hacen falta dos hombres bien fornidos para subir eso a la superfície de trabaio.
- --Perdona, pero yo he hecho eso montones de veces, y no soy ningún hombre fornido

- —Ya lo puedes decir, ya. Luego se divide la masa, se pesa, se colocan los recipientes en la nevera, y cuando la masa sube hay que cortarla. Y todo eso antes de empezar. Creo que nunca volveré a menospreciar una pizza.
- —Puedes terminar esta ahí fuera. —Gib cogió la tabla y la sacó fuera, donde Jack le hizo sitio en la mesa de trabajo.
- —Ah, no me mires —le dijo a Reena—. Me estás poniendo nervioso. Ve a sentarte con Mandy v Brad. —Y señaló hacia donde estában.
  - —Claro. —Cogió un refresco y fue a sentarse con ellos.
- —¡Eh! Lo has conseguido. Reena, este es Brad. Brad, Reena. La conocí en un momento bastante embarazoso para mí.
- —Entonces procuraré mostrarme muy digno para equilibrar la balanza. Encantado de conocerte... en carne y hueso, después de tantos años oy endo a Bo hablar de la chica de sus sueños.
- —Igualmente. —Dio un sorbito, le sonrió a Mandy—. Cuando tenía quince años, un día llegaba tarde a clase y se me cayó la libreta. Cayó abierta y, antes de que pudiera agacharme para recogerla, un chico que se llamaba Chuck (alto, buenos hombros, rubio, grandes ojos azules) me la cogió. Y resulta que dentro yo había llenado páginas y páginas con las palabras «Reena y Chuck», de corazones con nuestras iniciales, o solo con su nombre.
  - -Oh, señor ¿y él lo vio?
  - —Era dificil no verlo.
  - -Eso sí debió de resultar embarazoso.
- —Creo que mi cara tardó un mes en recuperar su tono normal. Bueno, ahora ya estamos iguales.

Sí, Reena tenía razón. Una velada en Sirico's era justo lo que necesitaba. Su cabeza y su estómago se habían tranquilizado.

Fue interesante y educativo pasar una hora en compañía de los mejores amigos de Bo.

- « Ellos son su familia —pensó—, tanto como para mí puedan serlo mis hermanos».
  - —Me gustan tus amigos —le dijo cuando estaba abriendo la puerta de la casa.
- —Bien, porque si no te hubieran gustado, lo nuestro habria sido historia. —Y le dio unas palmaditas en el trasero—. No, de verdad, me alegra que te gusten. Son muy importantes para mí.
  - -Y el uno para el otro.
  - —¿Lo descubriste antes o después de que empezaran a babear?
- —Antes. —Reena estiró la espalda—. Cuando entré. Había vibraciones entre ellos.
  - -Me está costando un poco hacerme a la idea.
- —Eso es porque estás acostumbrado a verlos como tu familia, o al menos desde que tú y Mandy dejasteis de acostaros juntos. Pero el hecho de que ahora sean ellos dos los que se acuestan juntos no quiere decir que sean menos familia.
- —Creo que de momento lo que necesito es borrar de mi cabeza la imagen de la cama. —Le puso las manos en los brazos a Reena y los frotó—. ¿Cansada?
- —Menos que antes. En Sirico's he recargado las pilas. —Le puso las manos en las caderas—. ¿Dónde se te ocurre que podría emplear esa nueva energía?
  - -Ya veremos. Ven, vamos al patio. Quiero enseñarte una cosa.
- —¿En el patio? —Se rio, mientras Bo la llevaba de la mano—. ¿De qué vamos ahora, de chico silvestre?
- —Sexo, sexo y más sexo, no sabes pensar en otra cosa. Gracias, señor. —Y la sacó de un tirón por la puerta de atrás.

En el cielo, una bonita media luna emitía una intensa luz blanca. En los tiestos había flores que Bo había cogido de algún sitio y había plantado allí a toda prisa.

El aire era cálido, algo sofocante, perfumado con el aroma a verde del verano.

Y, bajo el arce frondoso, había un columpio.

- -¡Un columpio! Me has conseguido un columpio para el patio.
- —¿Conseguir? ¡Qué herejía! Tendría que haberme dejado puesto el cinto con las herramientas
- —¡Lo has hecho tú! —Sus ojos adoptaron una expresión soñadora. Esta vez fue ella la que lo arrastró—. Me has hecho un columpio. Oh, Dios ¿cuándo lo has hecho? Qué bonito. Oh, y qué suave. —Pasó los dedos sobre la madera—. Parece de seda.
- -Lo he terminado hoy, me ha ayudado a despejar la cabeza. ¿Quieres probarlo?
- —¿Bromeas? —Se sentó, extendió los brazos sobre el respaldo y se puso a columpiarse—. Es genial, me encanta. Acabas de quitarme de encima otros cinco kilos de estrés. Bo. —Le tendió la mano—. Eres un sol.

Bo se sentó junto a ella en el columpio.

- —Ya sabía que te gustaría.
- —Es una maravilla. —Y apoyó la cabeza en su hombro—. Es estupendo. Mi casa, mi patio en una cálida noche de junio. Y un hombre sexy sentado conmigo en un columpio que ha hecho con sus propias manos. Hace que todo lo que pasó anoche parezza totalmente irreal.
  - —Creo que los dos necesitábamos olvidarnos de eso por unas horas.
    - —Y tú lo has hecho construy endo esto para mí.
    - —Si te gusta lo que haces no es ningún sacrificio.

Ella asintió.

- -Sí, te resulta gratificante.
- —Si. Y mira, por lo visto mañana voy a ir a por una nueva camioneta. —Sus dedos juguetearon con los rizos de Reena—. Tu madre viene conmigo. Su primo tiene un concesionario de coches de segunda mano.
- —¿Quieres un consejo? Deja que hable ella. —Alguna de las cosas que Bo había plantado tenía un aroma fuerte y dulzón. Como una vaharada de vainilla—. Le hará bajar el precio de venta al límite. No intervengas hasta que no veas que al tío Sal se le saltan las lágrimas.
  - —Vale
  - -Estás llevando todo esto muy bien.
  - -Tampoco podría hacer nada.
- —Sí que puedes. Podrías estar furioso, echando pestes, ponerte a aporrear la pared...
  - —Luego tendría que volver a eny esar.
  - La risa de Reena afloró de forma espontánea.
- —Eres un hombre fuerte, eso es lo que eres, Bowen. Sé que por dentro estás furioso, pero lo controlas. No me has preguntado si ha habido progresos en la investigación.
  - -Imaginaba que me lo dirías.

- —Lo haré. Antes tengo que hablar con una persona, pero después te contaré lo que pueda. Contigo todo es tan fácil...
  - -Bueno, es que estoy enamorado. ¿Por qué te iba a poner las cosas difíciles?
- Por un momento, Reena hundió el rostro contra su hombro, dejándose empapar con aquella serenidad tan suya. Resultaba turbador pensar lo mucho que lo quería, la rapidez con que había entrado en su corazón y se había adueñado de ella, tanto que a veces habría jurado que sentía ese amor palpitando en las yemas de sus dedos.
- —El destino —susurró, y le rozó con los labios la mandíbula—. Creo que tienes que ser mío. Bo. Creo que sí.

Cambió de posición y se colocó a horcajadas sobre él, y cruzó las manos detrás de su cuello.

—Me da un poco de miedo —le dijo —. Solo lo justo para darle más emoción. Pero sobre todo me resulta dulce y agradable. Me siento como... —Echó la cabeza hacia atrás, miró la media luna, las estrellas —. No como esperaba — siguió diciendo, y volvió a bajar la cabeza para mirarle —. No como cuando estás esperando un autobús que te lleve a donde tú quieres. Es como si fuera yo quien conducia, con un destino en la cabeza, haciendo lo que quería. Y entonces me dije, eh, ¿por qué no coges esa carretera? Creo que es por ahí por donde me gustaría ir. Y ahí estabas tú.

Él inclinó la cabeza para besarle la clavícula.

- -- ¿Y yo qué hacía? ¿Iba haciendo autostop?
- —Creo que ibas caminando, que también tenías un destino muy concreto en mente. Y decidimos llevar juntos el volante, compartirlo. —Le cogió el rostro entre las manos—. Esto no funcionaría si lo único que hubieras visto en aquella fiesta fuera una chica con un top rosa.
- —Aquel día vi a una chica, y vi cómo era. La veo cómo es ahora. Y me vuelve loco.

Las manos de Reena seguían sujetándole el rostro cuando su boca buscó la de él v se besaron.

- -Has preparado una pizza -musitó Reena con aire soñador.
- —Y estaba buena, por mucho que Brad no haya dejado de decir que se le iba a indigestar y de hablar de la tomaina.
- —Has preparado una pizza —repitió ella, rozándole con los labios las mejillas, las sienes, la boca, el cuello—. Y me has hecho un banco para columpiarme. Le cogió el labio inferior entre sus labios, tironeó, y luego le metió la lengua en la boca. concentrando todo su ser en el beso—. Tengo que expresarte mi gratitud.
- —Y yo tengo que aceptarla. —La voz se le había puesto algo ronca, y sus manos empezaron a tocarla—. Vamos dentro.
- —Mmm. Quiero comprobar lo resistente que es el columpio. —Le quitó la camiseta y la tiró hacia atrás por encima de su hombro.

-Reena, no podemos...

Su boca le hizo callar. Sus manos buscaron el botón de sus pantalones.

- —¿Qué te apuestas a que sí? —Le mordió el hombro y le bajó la cremallera del pantalón. Cuando notó que se ponía tenso, se agarró al respaldo del columpio para que no se levantara. Sus ojos brillaban en la oscuridad.
- —Relájate. Solo estamos tú y yo. —Se puso a besuquearle el mentón, la cara mientras se empapaba de su sabor —. Nosotros somos el mundo entero. Vamos a columpiarnos —susurró llevando las manos de él a sus pechos —. Tócame. No dejes de tocarme.

Bo no pudo contenerse. Sus manos se deslizaron bajo la camisa de Reena, pero no fue suficiente, entonces no. Se peleó con los botones buscando más. La acarició, la besó, mientras el columpio se balanceaba suavemente.

Había algo mágico en todo aquello, el aire saturado, el movimiento, el olor a hierba, a flores y a mujer, y la sensación de tenerla en sus manos.

En aquellos momentos tenían la sensación de que el mundo se acababa en ellos dos, en la oscuridad salpicada de estrellas y el aire perfumado del verano.

La piel de Reena, con un tono plateado por la luz de la luna, moteada por la sombra de las hojas, parecia flotar sobre él. Y su estómago se estremecía con una necesidad incontenible, cuando ella subía v bajaba. Cuando lo envolvia

Reena gemía, suavemente. Y lo miraba con los ojos entrecerrados. Los dos se miraban, mientras sus bocas se encontraban y sus susurros se confundian. El placer y la excitación se mezclaban, aumentaban, temblaban. Muy suave y lento, lento y suave, como si se deslizaran sobre seda.

Y se fundieron en una satisfacción tan suave como el balanceo del columpio.

- —Trabajas muv bien —susurró Reena.
- -En realidad, yo diría que lo has hecho todo tú.

Ella rio y le acarició el cuello con los labios.

-Me refería al columpio.

A las siete de la mañana, Reena tenía beicon crujiente en el horno, café recién hecho, y todo lo necesario para preparar una tortilla a la francesa.

Se sentía culpable por haber echado a Bo a las seis y media sin otra cosa que unas tostadas preparadas a todo correr. Pero quería hablar con John a solas.

Ya estaba lista para irse al trabajo, hasta se había puesto la pistolera, y se iría corriendo en cuanto su entrevista con John hubiera terminado.

Este fue puntual. Reena lo daba por supuesto; sabía que con John podía contar con eso y mucho más.

-Gracias, de verdad.

Lo recibió con un beso en la mejilla.

-Sé que es muy temprano, pero me toca el turno de ocho a cuatro.

O'Donnell me cubrirá si me retraso un poco. Estaba a punto de prepararte una tortilla francesa de primera para compensarte por las molestias.

- —No hace falta. Podemos hablar con un café y ya está.
- —Definitivamente no. —Y fue delante de él hasta la cocina—. He dejado reposar todo esto en mi cabeza durante la noche. Y ahora lo que quiero es soltártelo todo. —Le sirvió una taza de café—. ¿De acuerdo?
  - —Escupe.
  - -Todo esto se remonta al principio, John.

Mientras hablaba, se puso a preparar la tortilla. John no la interrumpió, dejó que lo dijera como lo sentía.

Reena se movía como su madre, pensó John. Con fluidez, enfatizando las palabras con movimientos elegantes. Y pensaba como un policia... pero eso y a lo había notado cuando la conoció de pequeña. Lógica y observadora.

- —Vamos a comprobar lo de las joyas. —Le puso el plato delante y ella se sentó con su desay uno: unas tostadas y una loncha solitaria de beicon—. Quizá no sean de Nueva York, pero averiguaremos dónde las robó. Nos será de gran ayuda conseguir una orden. Fue una estupidez y, aunque no es ningún tonto, es muy propio de él. Necesita fanfarronear, darse importancia. Para eso provoca incendios —añadió—. Muchas veces los pirómanos actúan porque necesitan darse importancia y alardear. Pero en su caso también es una forma de demostrar algo. Si mi padre lo hizo, yo también. Solo que mejor y más grande.
  - -Hay más, ¿verdad?
- —Sí. Todos estos incendios los provocó por venganza. Sí no me equivoco, y no lo creo, John, yo diría que es él. A lo mejor trabaja en colaboración con su padre, o no. Y quieren vengarse de mí y los míos porque en su opinión somos responsables de lo que le pasó al padre.
- —Es demasiado bueno para haber hecho esto tan pocas veces —comentó John—. Demasiado organizado, demasiado concienzudo y preparado.
- —Sí, a lo mejor la familia de Nueva Jersey lo utilizaba para provocar incendios, o que haya ido por libre. No le importa esperar. Evidentemente, algunos de los lapsos coinciden con temporadas que ha pasado en la cárcel, pero no le importa esperar para elegir el momento más oportuno. Esperó tres meses cuando su tío lo echó de casa para vengarse prendiendo fuego a la casa de su primo. Tuvo que ser él, seguro.
  - -Con eso te puedo ay udar. Tengo amigos en el condado de Frederick
- —Esperaba que me ayudaras, gracias. Vamos a reabrir el caso de Josh Bolton. —Dio un sorbo a la Diet Pepsi que se acababa de servir—. Estoy segura de que fue él, John. Incluso si no consigo ninguna otra cosa con todo esto, necesito demostrar que fue él quien mató a Josh. —No podía controlar el temblor de su voz de su corazón—. Por Josh.
  - -Si dejas que se convierta en algo personal, te estás poniendo en sus manos,

Reena

—Lo sé. Estoy trabajando en eso. Quiere que sepa que es él. Por mucho que prepare el escenario y trate de cubrir sus huellas, quiere que lo sepa. Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué esperar todos estos años para salir a la luz así, sin más? Algo tiene que haber cambiado, algo que ha encendido la mecha.

John asintió y pinchó más tortilla con el tenedor.

- —Te ha seguido los pasos todos estos años y te ha ido asestando golpes. Quizá es algo que ha cambiado en tu vida. Podría ser tan simple como el hecho de que has comprado esta casa. O que has iniciado una relación con el vecino de al lado.
- —Puede ser. —Pero meneó la cabeza—. Pero ha habido otros momentos importantes en mi vida. Yo me licencié en la universidad... y él se sacó el graduado escolar en la cárcel. Vo conseguí mi placa, y en cambio él ha estado cambiando de trabajo continuamente. He tenido relaciones con otros hombres, y en cambio que sepamos él no ha tenido ninguna. No puede leerme el pensamiento y saber cómo me he sentido con cada uno de esos hombres, si iba en serio o no. Desde fuera, mi relación con Luke parecía seria. Y sí—dijo antes de que John lo dijera—, le quemó el dichoso coche, pero no se puso en contacto conmigo. No inició un diálogo.
- —Quizá sea el momento. Ahora se cumplen veinte años de aquello. Y después de todo los aniversarios siempre son importantes. Pero te sería de gran ay uda si descubrieras el motivo. Tenemos que atraparlo antes de que se canse de jugar y vaya a por ti. Porque sabes que lo hará, Reena. Sabes que es peligroso.
- —Si, lo sé. Sé que es un psicópata con tendencias misóginas. Nunca dejará sin castigar un desaire, real o imaginario. Pero no creo que venga a por mí, al menos momento. Esto es demasiado excitante para él, le hace sentirse importante. En cambio sí es posible que vaya a por la gente que quiero. Y eso me asusta, John. Tengo miedo por mi familia, por ti, por Bo.
  - -Le estás dando lo que él quiere.
  - -Lo sé. Soy una buena policía. ¿Lo soy, John?
  - -Lo eres.
- —Hasta ahora, mí trabajo ha consistido básicamente en investigar los incendios. Resolver el enigma. Trabajar sobre las pruebas, los detalles, mis observaciones, el aspecto psicológico y fisiológico. No soy una agente de calle.

  —Aspiró con fuerza— Podría contar las veces que he tenido que sacar mi arma. Y no he tenido que dispararla ni una vez. He tenido que capturar a sospechosos, pero solo me he topado con uno que estuviera armado. El mes pasado. Y las manos no dejaron de temblarme. Yo tenía una nueve milímetros, él un cuchillo y, por Dios, las manos no dejaban de temblarme.
  - -¿Y conseguiste detenerle?
- —Sí. —Se pasó una mano por el pelo—. Sí, lo detuve. —Cerró los ojos—. Vale

Reena pasó el día ocupada con las numerosas y agobiantes tareas propias de su trabajo. Leyendo informes, redactándolos, haciendo llamadas, esperando llamadas.

El trabajo de campo la llevó de vuelta a su barrio para interrogar a un antiguo amigo de Joev.

En aquel entonces, Tony Borelli era un crío flacucho con cara de pocos amigos y que iba un año por delante que ella. Su madre era una gritona, recordó Reena. De las que se plantan en los escalones de su casa o en la acera a chillarle a sus hijos, a los vecinos, a su marido. O incluso a algún desconocido.

Había muerto a los cuarenta y ocho por unas complicaciones cuando tuvo un ataque.

A Tony no le faltaban tampoco delitos en su historial. Hurtos en tiendas, conducción temeraria, posesión, y había cumplido una breve condena a los veintipocos años por su relación con una banda de la zona sur de Baltimore que se dedicaba a desmontar coches robados y los vendían por piezas.

Seguía siendo igual de flaco, un saco de huesos con unos tejanos manchados de grasa y una camiseta roja descolorida. Llevaba puesta una gorra con las palabras Stenson's Auto Repair.

Tenía un Honda Accord sobre la plataforma y se limpió el aceite de las manos con un pañuelo que quizá en sus tiempos era azul.

- -- ¿Joey Pastorelli? Dios, no le veo desde que éramos pequeños.
- -En aquella época erais muy buenos amigos, Tony.
- —Éramos unos críos. —Se encogió de hombros y siguió sacando el aceite del depósito del Honda—. Si, ibamos mucho juntos. Creiamos que éramos muy malos
  - -Lo erais.

Tony lanzó una mirada, casi sonrió.

- —Si, creo que si. Eso fue hace mucho tiempo, Reena. —Sus ojos se desviaron a O'Donnell, que andaba entretenido cerca de una de las mesas de trabajo, como si le fascinara aquel despliegue de herramientas y piezas—. Algún día hay que crecer
- —Yo sigo teniendo muchas de la amigas de aquella época. Incluso algunas que se fueron del barrio. Hemos mantenido el contacto.
- —A lo mejor con las chicas es distinto. Joey se fue a Nueva York cuando teníamos... ¿cuánto. doce años? Hace mucho tiempo.

Siguió trabajando, y Reena vio que de vez en cuando miraba con nerviosismo a O'Donnell

- —Tú también has tenido algunos problemas.
- —Sí. He estado en la cárcel. Y hay gente que piensa que cuando vas a la cárcel nunca cambias. Ahora tengo mujer y un hijo. Tengo un trabajo. Soy un

buen mecánico.

- -Oficio que te permitió conseguir un trabajo desmontando coches robados.
- —Tenía veinte años, por el amor de Dios. Ya he pagado mi deuda con la sociedad. ¿Qué quieres de mí?
- —Quiero saber cuándo viste o hablaste con Joey Pastorelli por última vez. Porque ha venido algunas veces a Baltimore. Y cuando uno vuelve a su antiguo barrio, lo normal es que visite a sus viejos amigos. Si insistes en ocultarme la verdad, te puedo causar muchos problemas. No me gustaría tener que hacerlo, pero lo haré.
- —Todo esto viene por aquella vez que te tiró al suelo cuando éramos pequeños. —Y señaló con un dedo manchado de grasa—. Yo no tuve nada que ver con eso, yo no soy así. Yo no pego a las mujeres. ¿Has visto algo en mi historial sobre maltrato a mujeres?
- —No, no he visto nada que hable de comportamiento agresivo, y punto. Pero sí he visto que mantuviste la boca cerrada cuando te condenaron por vender piezas de coches robados. No diste nombres. Crees que tienes que guardar lealtad, ¿Tony? Estamos investigando a Joey en relación con un asesinato. ¿Ouieres pagar también por eso, quieres que te acusemos de encubrimiento?
- —Eh, un momento. Espera. —Dio unos pasos atrás, con la llave inglesa en la mano—.: Asesinato? No sé de qué hablas. Lo juro por mi vida.
  - -Hablame de Joev.
- —Vale, puede que se hay a pasado por aquí un par de veces. Puede que nos tomáramos una cerveza. No hay ninguna ley que lo prohíba.
  - -¿Cuándo, dónde?
- —Dios. —Se quitó la gorra, y Reena vio que el pelo empezaba a clarearle y tenía una entrada muy pronunciada desde la frente—. Después de aquel asunto del incendio, la primera vez que tuve noticias de él fue justo antes de meterme en lo del negocio de los coches robados. Vino y me dijo que tenía un asuntillo. Que si me interesaba ganar dinero que él conocía a esos tipos. Y me llevó al taller. Así es como me metí.
  - -Te detuvieron en 1993.
  - —Sí. Llevaba cosa de un año en el negocio.

Reena sintió que se le cerraba la garganta.

- -Entonces, ¿Joey te fichó en el noventa y dos?
- -Supongo.
- ¿Cuándo? ¿En primavera, verano, invierno?
- -Joder, ¿y cómo quieres que me acuerde?
- —Dame alguna pista, Tony. Joey viene, hace un montón de años, visitáis un par de bares. /Fuisteis a pie? /Había nieve?
- -No, se estaba bien en la calle. Me acuerdo. Yo estaba fumando algo de hierba, escuchando el partido. Ahora me acuerdo. Era a principios de la

temporada, pero el tiempo era agradable. Sería abril o mayo.

En el taller hacía calor, mucho calor, pero el sudor que había aparecido en la cara de Tony se debía a mucho más que el calor.

- —Mira, si mató a alguien, a mí no me lo dijo. No diré que me sorprenda, pero a mí no me dijo nada. —Se humedeció los labios—. Me habló de ti.
  - -¿Y eso?
- —Tonterías. Me preguntó si todavía estabas por aquí... si, ya sabes, si había hecho algo contigo.
  - —¿Oué más?
- —Yo estaba muy colocado. Solo recuerdo que charlamos de lo que suelen hablar los chicos, y luego me comentó sobre el negocio. Ya cumpli tres años de condena por eso y quedé limpio. Y desde entonces estoy trabajando aquí. Volvió a presentarse unos años después de que saliera.
  - -;En el noventa y nueve?
- —Sí. No tomamos algo por los viejos tiempos. Me dijo que tenía varios negocios entre manos, que podía ayudarme. Pero le dije que no pensaba seguir ese camino. El se enfadó y nos pusimos a discutir. Y se piró, me dejó tirado en The Block, porque ibamos en su coche. Casi me congelo mientras trataba de encontrar un taxi que me llevara a casa.
  - -¿Hacía frío?
- —Un frío de cojones. Me resbalé con el hielo y caí de culo. Unas semanas después conocí a Tracey y eso me ayudó a seguir por el buen camino. A ella no le gustan esas cosas.
  - -Me alegro por ella.
- —Y por mí. Y, lo sé, Reena. La vez siguiente, cuando vi a Joey le dije directamente que va no me dedicaba a esas cosas.
  - -¿Eso cuándo fue?

Tony cambió el peso de pie.

- —Hace un par de semanas. Puede que tres. Pasó por casa. No sé cómo supo dónde vivo. Eran casi las doce de la noche. Tracey se asustó. Despertó al niño. Había estado bebiendo, y quería que saliera con él. No le dejé entrar, le dije que se fuera. Y eso no le gustó.
  - —¿Iba a pie?
- —No. Ah, me quedé mirando para asegurarme de que se iba. Y vi que se subía a un Jeep Cherokee negro. Parecía del noventa y tres.
  - —¿Pudiste ver la matrícula?
- —No, lo siento. Ni me fijé. —Estaba retorciendo la gorra entre las manos, pero lo que Reena veia no eran los nervios de quien es culpable. Era miedo—. Asustó a mi mujer y mi hijo. Ahora las cosas han cambiado. Tengo una familia. Si ha matado a alguien, no quiero que se acerque a mi familia.
  - -Si vuelve a ponerse en contacto contigo, quiero que me avises enseguida.

No le digas que has hablado conmigo. Si puedes, averigua dónde se aloja, pero no lo presiones.

- -Me da miedo oírte. Reena.
- —Bien, porque es un hombre peligroso. Si se enfada contigo, te hará daño. Hará daño a tu familia. No es broma, Tony, créeme.

Salió con O'Donnell del taller, y se dio la vuelta cuando oyó que Tony la llamaba.

- -Ah, hay otra cosa. Es privado.
- —Claro. Enseguida estoy contigo —le dijo a O'Donnell y fue hacia el lado del edificio con Tony.
  - --: De verdad ha matado a alguien?
  - —Lo estamos investigando.
  - -¿Y crees que podría intentar hacer daño a Tracey o al niño?
- —Siempre se venga, Tony. En estos momentos está demasiado ocupado para pensar en ti. Pero si no le atrapamos, seguramente sabrá encontrar el momento. Lo mejor es que te apartes de su camino y me llames si vuelve a ponerse en contacto contigo.
- —Si, lo he entendido. Cuando Tracey me dio una oportunidad, me reformé. No pondré eso en peligro por nada ni por nadie. Escucha. —Volvió a quitarse la gorra y se pasó la mano por el poco pelo que le quedaba—. Hummm, cuando éramos críos, ejem, bueno, antes de que pasara todo aquello, solía seguirte.
  - —¿Seguirme?
- —Te espiaba por la escuela, por el barrio. Él... ejem, por las noches se escapaba de su casa y miraba por las ventanas de la tuya, y a veces se subía al árbol que había en la parte de atrás, para tratar de verte en tu habitación. A veces iba con él.
  - -¿Visteis algo interesante?
  - Él bajó la vista a sus zapatos.
- —Iba a violarte. No lo dijo así, y la verdad, yo tampoco lo veía así en aquel entonces. Tenía doce años. Dijo que se te iba a tirar y que quería que yo lo hiciera también. Yo no quería tener nada que ver con eso, y además, pensaba que solo estaba fanfarroneando. Pensé que era un guarro, nada más. Pero cuando todo el mundo se entero de que te había tirado al suelo y... supe que lo había intentado. No le dije nada a nadie.
  - -Me lo dices ahora.

## La miró.

- —Tengo una hija. Acaba de cumplir cinco años. Cuando pienso... lo siento. Siento no haber dicho nada antes de que intentara hacerte daño. Quiero que lo sepas, te doy mi palabra, si vuelve a ponerse en contacto conmigo, no le diré que le buscas, y te avisaré enseguida.
  - -Muy bien, Tony. -Y para sellar el pacto, le estrechó la mano-. Está bien

que tengas una familia.

- —Sí, lo cambia todo.
  - -Es verdad

—Tenemos confirmación de que Joey P. estaba en la zona por la época en que murió Josh Bolton y cuando quemaron el coche de Luke. De que estaba en Baltimore hacía dos o tres semanas.

Reena puso al corriente al equipo de delitos incendiarios y miembros del CSI.

—Cuando abandonó la residencia de Tony Borelli conducía un Jeep Cherokee negro, seguramente del noventa y tres. No hay ningún vehículo registrado a nombre de Joseph Pastorelli hijo ni a nombre del padre. La madre no tiene coche. Es posible que el vehículo se lo prestara un conocido, aunque lo más probable es que sea robado. Estamos revisando los informes sobre Cherokees robados. Younger?

El hombre se levantó

—Aún estamos investigando, pero parece que el artilugio colocado en el depósito de gasolina de la camioneta de Goodnight era parecido al que se utilizó en el coche de Chambers hace seis años Un petardo flotando en una taza y unos trapos empapados a modo de mecha. Estamos revisando casos parecidos en Nueva York, Nueva Jersey, Connecticut y Pensilvania. También estamos revisando el homicidio de Hugh Fitzgerald. Y el caso de Joshua Bolton, cuya muerte se consideró accidental, ha sido reabierto.

Otro de los detectives señaló con el gesto al tablón donde habían sujetado las fotografías de las fichas policiales de los Pastorelli, junto con fotografías de las diferentes escenas del crimen.

- —¿Estamos trabajando sobre la premisa de que este individuo lleva diez o más años provocando incendios y ha matado al menos a dos personas, y nunca ha despertado ninguna sospecha?
- —Eso es —dijo Reena—. Es muy cuidadoso, es bueno. Es probable que contara con la protección de los Carbionelli, y seguramente ha provocado algunos incendios por encargo de ellos. Además, está el hecho de que, hasta ahora, no había tenido ningún motivo para descubrirse ante mí. ¿Cuál es el porqué de todo esto? Solo él lo sabe. Pero el hecho es que vuelve aquí una y otra vez.
  - -Tú eres parte de ese porqué -señaló Steve.
- —Yo —concedió Reena—, su padre y lo que sucedió aquel verano del ochenta y cinco. Guarda rencor a la gente, y no le importa esperar. Hasta ahora, se había limitado a venir, dar el golpe y desaparecer. Esta vez se ha quedado. Volverá a llamar. Volverá a provocar un incendio. —Se volvió a mirar su fotografía—. Esta vez quiere terminar lo que ha empezado.

Cuando finalizó su turno, Reena recogió los archivos y las notas. Quería seguir trabajando en casa, sin todo aquel ruido de fondo. Y quería estar en casa la siguiente vez que llamara.

Contestó al teléfono haciendo equilibrios con varias carpetas.

—Unidad de delitos incendiarios. Hale. Sí, gracias por contestar. Es la policía de Nueva York —le dijo a O'Donnell, y dejó las carpetas sobre la mesa para poder tomar nota—. Sí, sí, ya lo tengo, sí. ¿Puede decirme el nombre de los inspectores que investigaron el incendio? ¿Y del detective que se encargó del robo? Se lo agradecería. Ya le llamaré.

Colgó el teléfono y miró a O'Donnell.

- —El reloj, los pendientes y otros objetos fueron robados de un apartamento en el Upper East Side, el 15 de diciembre del año pasado. El edificio tuvo que ser evacuado porque se produjo un incendio en un apartamento vecino... El apartamento estaba vacío; los propietarios estaban de vacaciones. Cuando los bomberos terminaron con su trabajo y dejaron volver a la gente a sus casas, descubrieron que les habían robado. Dinero en efectivo, joyas, una colección de monedas.
  - -Cosas pequeñas y fáciles de camuflar.
- —El edificio tiene portero, pero aquella noche uno de los inquilinos dio una fiesta. Hubo servicio de catering. Gente que entraba y salía. Invitados, camareros... No debió de ser difícil colarse en el edificio, entrar en un apartamento vacío y provocar un fuego.
  - -¿Se determinó la causa del fuego?
- —Mañana tendremos aquí una copia de los archivos, pero parece ser que hubo varios puntos de origen. El armarito con el material de limpieza, el sofá, la cama. Y también robaron. Pequeñas obras de arte, joyas que no estaban en la caia fuerte.
  - -Alguien de dentro estaba metido.
- —Pues no hubo ninguna detención, ni se recuperó ninguno de los objetos robados. La policía de Nueva York nos ha dado las gracias por la posible pista.
  - -Lo comido por lo servido -dijo O'Donnell.

Antes de volver a casa, Reena decidió pasarse por el restaurante y sentarse un rato con su madre

En el exterior vio aparcada la camioneta azul nueva y flamante y ató cabos enseguida. Aparcó detrás, la rodeó para echar un vistazo y decidió que Bo había conseguido un buen vehículo.

En aquel momento, en el restaurante había poco trabajo —era demasiado temprano para la cena y demasiado tarde para la comida—; Pete se dedicaba a ordenar mientras su hija Rosa, que había vuelto de la universidad para las vacaciones de verano, arreglaba las mesas.

- -Están detrás -le dijo-. La pandilla completa.
- -¿Necesitas ay uda?
- —De momento me apaño. —Echó generosamente salsa sobre un rollito de carne—. Pero dile a mi chico que venga si puede, que tenemos un pedido para llevar Ya casi está listo.
- —Claro. —Reena pasó a la cocina y salió por la entrada de personal. Encontró a su familia en el estrecho patio, incluidos un par de primos, su tío Larry, Gina, su madre y sus dos hijos.

No le sorprendió ver que todos hablaban a la vez.

Había algunas « x» marcadas sobre la hierba con spray naranja. Su padre estaba señalando en una dirección y su madre en la contraria. Bo parecía atrapado entre los dos.

Reena fue hasta la pequeña mesa donde Bella estaba sentada dando sorbitos a un agua mineral.

- —¿Qué pasa aquí?
- —Oh. —Bella agitó una mano—. Están tomando medidas, señalando, discutiendo sobre esa cocina de verano que mamá se ha empeñado en hacer.
  - —;Empeñarse?
- —Bueno, sí. Con el restaurante como está ya tienen trabajo de sobra. Llevan treinta años atados a este sitio. Más.

Reena se sentó, miró a su hermana a los ojos. « Algo pasa —pensó—. Algo pasa».

-Pero lo adoran

- -Lo sé, Reena. Pero se están haciendo mayores.
- -Por el amor de Dios.
- —Sí, y a no son jóvenes. Tendrían que estar por ahí, disfrutando de su vida en vez de cargarse cada vez con más trabajo.
- —Ya disfrutan de su vida. No solo aquí, viendo recompensado su trabajo diario, rodeados de su familia, sus amigos. También viai an.
- —Pero ¿y si nunca hubiera existido Sirico§? —Bella se volvió en su asiento y bajó la voz como si estuviera blasfemando—. Si no existiera, si mamá y papá no se hubieran conocido tan jóvenes y no se hubieran atado a este sitio, a lo mejor mamá habría ido a la escuela de arte. Podría haberse convertido en una artista de verdad. Haber experimentado, haber visto cosas. Haber hecho cosas antes de casarse y empezar a tener hijos.
- —Primero deja que te diga lo evidente, y es que si no lo hubiera hecho tú no estarías aquí. Y, en segundo lugar, quizá habría elegido la escuela de arte. O la escuela y a papá. Pero el caso es que eligió a papá, eligió este sitio y esta vida.

Reena se volvió a mirar a su madre y la estudió, tan delgada y adorable con el pelo recogido en una reluciente cola, riendo mientras le clavaba un dedo a su marido en el pecho.

- —Y cuando la miro, Bella, no veo a una mujer con remordimientos, a una mujer que se esté preguntando ¿qué habría pasado si...?
  - —¿Por qué y o no puedo ser así de feliz, Reena? ¿Por qué no puedo ser feliz?
  - -No lo sé. Y siento mucho que sea así.
- —Sé que fuiste a hablar con Vince. Oh, no pongas cara de policía conmigo le dijo con impaciencia—. Estaba enfadado. Pero también se quedó un poco tocado. No esperaba que mi hermana pequeña le plantara cara. Gracias.
- —No hay de qué. Fue un impulso. No me pude contener. Tenía miedo de que te enfadaras porque me había metido.
- —No, no me he enfadado. Incluso si no hubiera servido de nada, no me enfadaría porque hay as querido defenderme. Vince ha cortado con su amante. Al menos eso es lo que sé. Quizá sea permanente o quizá no. —Se encogió de hombros y volvió a mirar a su madre—. Nunca seré como mamá, con un marido que me adore. Nunca podré tener algo así.
  - -Tienes unos hijos maravillosos.
- —Sí —concedió ella sonriendo un poco—. Tengo unos hijos maravillosos. Y creo que vuelvo a estar embarazada.
  - —Crees que...

Pero Bella meneó la cabeza enseguida, interrumpiendo la conversación porque uno de los niños se acercó corriendo.

- —Mamá, ¿podemos comernos un cucurucho? Solo con una bola. La abuela ha dicho que te preguntemos a ti. Por favor ¿podemos?
  - -Claro. Claro que podéis. -Le rozó la mejilla-. Pero solo una bola. Los

quiero tanto...—le dijo a Reena cuando el pequeño se fue corriendo para dar la buena noticia—. No puedo hablar de esto ahora. No se lo digas a nadie. —Se puso en pie— i Sonhie, ven y a vúdame con los cucuruchos!

Bella entró en el edificio, y los niños corrieron tras ellas dando gritos de alegría. Sophie entró la última.

Con mala cara, vio Reena, pero obedientemente. Y aún era lo bastante joven para desear secretamente poder comerse un cucurucho.

- -No sé para qué quiere que la ayude. Siempre tengo que ser yo.
- —Eh, ¿por qué te quejas? —le preguntó Reena—. Sí te pones en primera línea. ¿quién se va a fii ar si tienes una bola o dos en tu cucurucho?

Los labios de Sophia se curvaron.

- —;Ouieres uno?
- —Hay helado de limón, así que ¿tú qué crees? —Reena fue y le pellizcó la mejilla—. Sé amable con tu madre. Y no me pongas esa cara. Hazlo. Creo que la harías muy feliz sí fueras amable solo por un día.

Le dio un beso en la mejilla que le había pellizcado y se acercó a donde estaba su madre. Bianca le pasó un brazo por la cintura.

—Llegas justo a tiempo. Tu padre acaba de darse cuenta de lo evidente. Que yo tenía razón.

Reena y su madre observaron mientras Bo, Gib, Larry y algunos más iban hasta la esquina del edificio. Bo hizo un gesto con el bote de spray, Gib contestó encogiéndose de hombros y Bo se puso a trazar una línea sinuosa sobre la hierba.

- —¿Qué hace? —preguntó Reena.
- —Está perfilando el sendero que he propuesto desde la esquina. Así la gente podrá venir a la parte de atrás directamente desde la calle. No como ahora, que si quieren sentarse aquí fuera primero tienen que entrar y pasar por el restaurante. Pueden salir a caminar, a escuchar música...
  - --: Música?
- —Voy a instalar altavoces. Cuando tengamos la pérgola habrá música. Y pondré luces a lo largo del sendero. Y grandes tiestos de flores. —Se golpeó las caderas con las manos mientras daba una vuelta, el gesto de una mujer satisfecha que controla la situación—. Árboles ornamentales, limoneros. Y allí, en aquella esquina, una pequeña zona de juegos para que los niños no se aburran. Y...
- —Mamá. —Con una risa, Reena se llevó las manos a las sienes—. La cabeza me da vueltas
  - -Es un buen plan.
  - -Sí, un buen plan. Y a gran escala.
- —Me gustan las cosas grandes. —La mujer sonrió y vio que Bo iba señalando puntos con los dedos mientras Gib fruncía el ceño—. Me gusta tu Bo. Nos hemos divertido mucho hoy. Ha hecho que al primo Sal se le llenaran los ojos de

lágrimas, y eso es divertido, y me ha comprado una hidrangea.

- -- ¿Te ha comprado una planta?
- —Y la ha plantado. O te casas con él o tendré que adoptarlo, pero no pienso deiar que se vava.

Los niños salieron corriendo con sus cucuruchos. Gina y su madre se acercaron, y los ojos de Bo se cruzaron con los de Reena y le sonrió.

No era momento para hablar de un pirómano y asesino en serie.

Reena no podía quedarse, aunque las excusas que puso para irse fueron recibidas con protestas.

- —Solo quiero concretar todo esto lo más posible —le dijo Bo—. Así tus padres podrán hablarlo esta noche y decidir si realmente es lo que quieren. Si puedes esperar media hora, me voy contigo.
- —Tienes cosas que hacer. Y muchas. Y yo quería estudiar unos archivos. Una hora para poder pensar tranquilamente es justo lo que necesito.
  - --: Ouieres que te lleve la cena?
  - -Estaría muy bien. Cualquier cosa. Sorpréndeme.

Xander la alcanzó cuando estaba siguiendo por curiosidad el sendero que discurría entre las sinuosas líneas naranias.

-Te llevaré a dar un paseo. -Y le tiró del pelo, como hacía siempre.

Ella le clavó el codo en las costillas con el mismo buen humor.

- —¿Qué tal si me voy contigo a tu casa —le dijo el hermano— y me quedo un rato para hacerte compañía? Ya nunca...
  - -No. Tengo trabajo, y no necesito que mi hermano pequeño monte guardia.
  - —Soy más alto que tú.
  - -Por muy poco.
- —Lo que significa que sí, a lo mejor soy el hermano menor, pero no el más pequeño. De todas formas, ese hombre podría ir a tu casa, Catarina.
- —Si, podría. Sabe dónde vivo. Y estoy preparada, Xand. No puedo tener a alguien vigilándome las veinticuatro horas. Pero quiero que tengas cuidado. —Se volvió hacia él y le puso las manos en los hombros— Joey Pastorelli. Si no me equivoco, quiere desquitarse. Tú eras casi tres años más joven, y sin embargo te enfrentaste a él y le pegaste. Te aseguro que no lo habrá olvidado. Quiero que tengas cuidado, que vigiles a tu mujer y tu hijo. No te preocupes por mí y y o no tendré que preocuparme por ti ¿Hecho?
  - -Si ese cabrón se acerca a An o a Dillon...
- —Eso es. —Entre los hermanos cruzaron una mirada de connivencia—. Eso es exactamente. No los pierdas de vista. Tú y Jack tenéis que vigilar a Fran y Bella, a los niños. Mamá y papá. He puesto algunas patrullas de vigilancia, pero nadie conoce el barrio como nosotros. Si ves algo, cualquier cosa que se salga de

lo normal, avísame. Prométeme que lo harás.

- -No hace falta ni que lo digas.
- —Hace mucho calor —dijo Reena tras un momento de silencio—. Esta noche va a hacer mucho calor. El verano empieza a apretar.

Luego subió al coche y fue hasta su casa. Pero cuando llegó, se quedó sentada en el coche, estudiando la casa, la calle, la manzana. Conocía a varias de las personas que vivían allí a aleunas de toda la vida.

Conocía aquel lugar, era el lugar donde había querido vivir. Podía caminar en cualquier dirección y cruzarse con media docena de personas que la conocían por su nombre.

Y ahora ninguno de ellos estaba a salvo.

Reena cogió los archivos, bajó del coche y lo cerró. Estudió las marcas y abolladuras que tenía, un pequeño recordatorio de lo grave que podía haber sido la explosión en la camioneta de Bo.

¿Cuánto tardaría en prender fuego a su coche?, se preguntó. ¿Dos minutos, tres? Podía hacerlo mientras ella dormía, mientras se duchaba, mientras preparaba aleo de comer.

Pero eso habría sido poca cosa. Estaba convencida de que subiría el listón.

Caminó hasta la puerta, saludó con la mano a Mary Kate Leoni, tres puertas más abajo, que estaba fregando los escalones de mármol de su casa. Ocupándose de su casa, pensó. La vida transcurre con cosas tan simples como ocuparse de la casa, atender las mesas, comer cucuruchos.

Abrió la puerta de su casa, dejó los archivos. Y se sacó el arma. Por mucho que dijera a los demás o se dijera a si misma, que si podía arreglarse ella sola o que quería un rato para estar tranquila, estaba lo bastante inquieta para recorrer la casa de arriba abaio. Pistola en mano.

Cuando terminó, satisfecha, aunque no muy tranquila, bajó para coger los archivos y ponerse algo fresco de beber. Ya era hora de aprovechar el despacho que había empezado a montarse en la segunda planta. Hora de que hiciera lo que mejor se le daba: organizar, estudiar, diseccionar.

Encendió el ordenador y se volvió hacia el tablero que había colocado sobre un caballete poco después de instalarse en la casa. De los archivos sacó fotografías, recortes de periódico, copias de informes. Imprimió otras fotografías e informes que tenía en el ordenador.

Cuando todo estuvo colocado en el tablón, Reena se alejó un poco y examinó el conjunto. Luego se sentó ante el teclado y redactó la secuencia de hechos, empezando aquel día de agosto, cuando tenía once años.

Tardó más de una hora, aunque el tiempo pasó sin darse cuenta. Cuando el teléfono sonó, soltó un taco, y estaba tan absorta en el pasado que casi ni pensó. Sus dedos estaban a punto de levantar el auricular cuando se detuvo. Miró el visor.

Dejó que sonara una segunda vez y respiró hondo. Aunque sabía que tenía

pinchado el teléfono y que en algún lugar habría un policía grabándolo todo y tratando de localizar la llamada, encendió su propia grabadora antes de contestar.

- —Hola, Joev.
- -Hola, Reena. Has tardado.
- —Oh, no sé qué decirte, no creo que lo haya hecho tan mal, considerando que no he pensado en ti ni una vez en veinte años.
  - -Pero ahora sí piensas en mí, ¿verdad?
- —Sí. Estaba pensando en el pequeño cabrón que eras cuando vivías aquí. Y parece que te has convertido en un gran cabrón.
- —Tú siempre con esa boquita. Muy pronto vas a tener dónde emplearla, ya verás.
- —¿Qué pasa, Joey? ¿No eres capaz de conseguir una mujer? ¿Sigues con el método de golpearlas y violarlas?
- —Ya lo descubrirás. Tenemos muchas cosas que arreglar tú y yo. Y tengo otra sorpresita para ti. Lo he escogido especialmente para ti.
- —¿Por qué no nos saltamos toda esta mierda, Joey? ¿Por qué no quedamos? Dime dónde y cuándo y podremos entrar en materia.
- —Siempre has pensado que soy idiota, ¿verdad? Que soy menos que tú y tu maravillosa familia. Pero ¿quién está aún en el barrio, amasando pizzas grasientas?
- —Oh, venga, Joey, no hay nada grasiento en Sirico's. Podemos vernos allí..., te invito a una grande.
- —Es una pena que el tipo que te estás tirando no estuviera en la camioneta cuando estalló. —Ahora su respiración era más agitada, y hablaba resollando. Se está poniendo nervioso», pensó Reena. «Es como azuzar a una cobra con un palo» —. La próxima vez. O a lo mejor tendrá un accidente en su casa, en la cama. Esas cosas pasan, ¿sabes? Olía como un cerdo asándose. El primero. ¿Lo recuerdas, Reena? Pude oler el sitio donde te habías corrido en las sábanas que utilicé para quemarlo.
- —Hijo de puta. —Reena se dobló por el estómago con un fuerte dolor—. Hijo de puta.

Él se rio, y su voz se convirtió en un susurro.

—Alguien se va a quemar esta noche.

Bo tardó casi dos horas en salir de Sirico's. Iba a ser un trabajo interesante, como poco. Y además, mientras estaba tomando medidas, había atendido media docena de preguntas sobre reparaciones, remodelaciones y armarios de otras personas que salieron al patio. Antes de poder salir con su pollo a la parmesana para llevar, había dado una docena de tarjetas.

Incluso si solo salía una tercera parte de aquello, tendría que pensar

seriamente en contratar un operario a jornada completa.

« Un buen trecho», pensó. Hay un buen trecho entre eso y tener a alguien que le ayudara a media jornada o convencer a Brad para que le ayudara cuando el trabajo que tenía era demasiado para una persona sola o iba apurado de tiempo.

Para él, que hasta entonces había estado la mar de feliz trabajando solo, aquello suponía una responsabilidad. Tendría que pagar a alguien regularmente... v ese alguien dependería de él. Cada semana.

Definitivamente, tendría que pensarlo.

Pasó una mano por la capota de la camioneta cuando la estaba rodeando. « Un bonito trasto», pensó. Y lo había conseguido a un precio mejor de lo que cabía esperar. Bianca orácticamente lo había robado.

Pero, maldita sea, iba a echar de menos su vieia tartana.

Cogió las llaves y miró al otro lado de la calle, más arriba, porque oyó que alguien silbaba.

Vio al hombre con los pulgares metidos en los bolsillos de delante. Gorra de béisbol, tejanos, gafas de sol, sonrisa dura. Le resultaba familiar, lo suficiente para que levantara la mano con las llaves y lo saludara.

Y entonces se acordó. El de las flores. El tipo que había comprado las rosas en el supermercado para reconciliarse con su muier.

-Eh -llamó mientras abría la puerta de la camioneta-. ¿Cómo va?

Enseñando todavía los dientes con aquella sonrisa, el hombre fue hasta un coche y se subió. Bajó la ventanilla y se asomó. Y con el indice hizo como si tuviera una pistola y le disparara. Cuando pasó a su lado Bo oyó que decía: « Bang».

—Bicho raro. —Meneó la cabeza, dejó la bolsa con la comida en el asiento del acompañante y se sentó al volante. Miró calle arriba, calle abajo, y entonces arrancó e hizo un giro de ciento ochenta grados para cambiar de sentido e ir a casa de su novia.

Entró en la casa y gritó el nombre de Reena para que supiera que era él, y luego fue con la bolsa a la cocina. Notaba otro olor que no era de pollo, y decidió que lo primero que tenía que hacer era darse una ducha.

Si, iría a su casa, se ducharía y cogería los bocetos y diseños que había preparado para Reena. Así podrían tener la cabeza ocupada en otras cosas por unas horas.

Salió de la cocina y empezó a subir las escaleras, llamando a Reena.

—Eh, me voy un momento a casa a darme una ducha. Vaya, parece que estoy hablando solo —dijo cuando vio que no estaba en su dormitorio.

Oyó que arriba se abría una puerta y subió.

—Eh, Reena, ¿por qué la gente como tú y como yo compramos casas donde hay que subir...? Eh, ¿qué pasa? Estaba en la puerta de lo que Bo sabía que era un pequeño cuarto de baño. Y estaba blanca como la cera.

—Ven, es mejor que te sientes. —Ella negó con la cabeza, pero Bo ya la había cogido del brazo y la estaba llevando de vuelta al despacho—. Ha vuelto a llamar. verdad?

Esta vez ella asintió

- —Necesito un momento.
- —Te traeré un poco de agua.
- —No, ya he bebido. Estoy bien. Si, ha llamado y me ha dejado hundida. Yo lo tenía todo controlado, estaba tocando las teclas adecuadas, pero entonces me ha dado y lo he perdido. —A duras penas había podido llamar a O'Donnell, y luego se puso mala, muy mala—. Te he visto llegar. —Porque en aquel momento estaba asomada a la ventana, tratando de respirar.
  - -¿Qué te ha dicho?

En lugar de repetir sus palabras, Reena señaló la grabadora.

-Pásalo. Es mejor que lo escuches por ti mismo.

Mientras él escuchaba la cinta, Reena se acercó a la ventana y la abrió, aunque fuera el aire era caliente y bochornoso.

- —No es precisamente lo que buscabas cuando te acercaste a mí —comentó ella sin volverse a mirarle
  - -No, me parece que no.
- —Nadie te lo echará en cara si quieres dejarlo, Bo. Si puede te hará daño. Ya te lo ha hecho.
- —Oh, entonces ¿no te importa si me voy un par de semanas? Podría visitar algunos parques nacionales, o ir a Jamaica para hacer submarinismo.
  - -No.
- —Una buena católica como tú va a tener que confesarse después de una mentira tan gorda.
  - —No es ninguna mentira.
  - -Entonces tienes una imagen muy mala de los hombres.
- —No tiene nada que ver con la imagen. —Volvió a cerrar la ventana con impaciencia—. No quiero que te pase nada malo. Estoy asustada.
  - —Yo también.

Reena se volvió y lo miró a los ojos.

- —Quiero casarme contigo.
- Él abrió la boca y volvió a cerrarla dos veces y, definitivamente, su cara perdió el color.
- —Bueno. Uau. Uau, creo que hay muchas cosas sueltas flotando por esta habitación. Será mejor que me siente antes de que alguna se estrelle contra mi cabeza.
  - —¿Qué te crees, Goodnight? Soy una buena católica. Mira mi familia.

Mírame a mí. ¿Qué crees que puedo querer cuando por fin encuentro a alguien que quiero y respeto y con quien lo paso bien?

- -No lo sé. No lo sé. Para mí. toda esa... digamos « institución» no es...
- --Para mí es un sacramento. El matrimonio es sagrado, y tú eres el único hombre con quien he deseado hacer los votos.
- —Yo... Yo... yo... Mierda, estoy tartamudeando. Creo que algo ha chocado contra mi cabeza.
- —No me importaba si nunca me casaba y tenía hijos porque no había encontrado a nadie con quien quisiera hacerlo. Pero tú lo has cambiado todo y ahora tendrás que asumir las consecuencias.
- —¿Estás tratando de asustarme para que vaya a visitar esos parques nacionales?

Reena se acercó a él. se inclinó, le cogió la cara entre las manos y le besó.

- —Te quiero.
- —Uau. madre mía.
- -Dime que tú también me quieres. Si es verdad.
- -Es verdad, te quiero.

Bo no apartó la mirada, y el hecho de ver en ellos un destello de miedo hizo que Reena sonriera.

- —Lo que pasa... yo, nunca había completado esa parte en mi cabeza. Ya sabes, está la parte en la que lo pasamos muy bien juntos, a pesar del miedo. Luego viene la otra parte, cuando uno se pregunta si tendríamos que vivir juntos. Y entonces llega cuando pensamos ¿y ahora qué?
- —Para mí las cosas no van así. Tengo treinta y un años. Quiero tener hijos, tus hijos. Y tener una vida contigo. Una vez me dijiste que sabías que yo era la mujer de tu vida porque la música paró. Pues yo lo sé porque para mí la música ha empezado. Tómate tu tiempo. —Volvió a besarle—. Piénsalo. Por el momento ya están pasando suficientes cosas.
  - —Suficientes.
- —Aunque te fueras por un tiempo para huir de todo esto, seguiría queriendo casarme contigo.
- —No voy a ir a ningún sitio. Y no entiendo cómo te ibas a... —le costaba decir aquella palabra, « casarse» —, cómo podrías pensar en estar con alguien que te ha dejado tirada para salvar el pellejo.
- —Tu pellejo es muy importante para mí. —Dejó escapar el aliento—. Bueno, tanto rodeo me ha servido para tranquilizarme un poco. Le cogeremos, quizá no lleguemos a tiempo para evitar lo que ha preparado para esta noche o para mañana. Pero le cogeremos.
  - -Es bueno tener esa seguridad.
- -Yo creo que el bien siempre superará al mal, sobre todo si el bien se esfuerza tantísimo. Del mismo modo que creo en el sacramento del matrimonio

y en la poesía del béisbol. Para mí son una constante, Bo. Algo incuestionable. — Apartó la vista—. Él me conoce mejor de lo que yo le conozco a él, y eso le da ventaja. Lleva años espiándome, buscando mis puntos débiles. Pero estoy aprendiendo Y quiero saber por qué ahora, por qué considera que ahora puede o debe descubrir su identidad y lo que ha hecho. La policía ha estado siguiéndolo por toda la costa Este. Podía haberme matado sin que nadie supiera quién había sido o por qué.

- -¿Porque no habría sido igual de importante, no le habría hecho sentirse igual de importante?
- —Si, en parte es eso. Esa es la idea, lo que ha estado buscando desde hace veinte años. Dios ¿qué clase de persona pasa veinte años obsesionada con una muier? No lo entiendo.
- —Yo sí. —Bo se quedó donde estaba cuando Reena se volvió a mirarle—. No es lo mismo, pero sé muy bien lo que es tener a alguien dentro sin una razón lógica y no poder quitártela de la cabeza. Para mí ha sido algo mágico. Para él es algo enfermizo. Pero en cierto modo, para los dos has sido una fantasía. Solo que nos ha llevado por caminos diferentes.

Reena pensó en sus palabras, estudió el tablón.

—La de él se remonta a nuestra infancia. La suya y la mía. La violación no es solo sexo, es un acto violento. Una forma de demostrar quién tiene el poder y el control. El hecho de que me escogiera a mí, de que se concentrara en mí y tratara de violarme en realidad no era por mí, sino por quién era yo. La hija menor y seguramente bastante consentida de la familia Hale.

Dio un rodeo alrededor del tablón como si quisiera examinarlo desde diferentes ángulos.

—« Tu maravillosa familia», eso es lo que dijo. Nosotros éramos felices, respetados, teníamos montones de amigos. En su familia la violencia era algo normal, estaban aislados y él era el único hijo. Había otros como nosotros en el barrio, pero nosotros destacábamos más por el restaurante. Todo el mundo nos conocía En cambio a ellos nadie los conocía de verdad. Y yo tenía más o menos su edad. Su padre maltrataba a su madre... así que él aprende a ser violento con las mujeres. Pero su intento de ejercer la violencia sobre mí no solo le salió mal por culpa de mí hermano menor, sino que las consecuencias le han marcado para el resto de su vida. Desde su punto de vista, yo soy la culpable.

Dio otra vuelta más alrededor del tablón.

—Pero eso sigue sin aclarar por qué ahora y qué piensa hacer a continuación. Es un psicópata. Sin conciencia, sin remordimientos, pero también es egoísta. Cuando se siente atacado, no solo devuelve el golpe, quema. Algo ha hecho que se sienta atacado y ha desencadenado esto. Algo le ha empujado a volver y a darme a conocer su identidad.

Bo había dejado de escuchar. Se había levantado y se había acercado al

tablón. Las últimas palabras de Reena no fueron más que un zumbido en su cabeza

- --; Es este? ; Este es Pastorelli?
- -Sí, el hijo.
- —Le he visto. Dos veces. La primera vez estaba tan cerca de mí como estás tú ahora
  - --: Cuándo? --espetó ella--. : Dónde?
- —La primera vez fue el sábado antes de la cena con tu familia. Fui a un supermercado que había cerca de la casa de una cliente para comprarle unas flores a tu madre. Él se acercó a mi lado. ¡Dios, como he podido ser tan estúpido!
  - -No. Espera. Tú solo dime lo que pasó. ¿Te dijo algo?
- —Sí. —Sus manos se habían cerrado en puños, pero los abrió, trató de recordar y le contó el incidente a Reena lo mejor que pudo—. El muy cabrón compró rosas rojas.
- —Te ha estado siguiendo. Ha dedicado tiempo a conocerte. La casa de una cliente, el supermercado. Le gusta hablarme de ti. Le hace sentirse superior, poderoso. Necesito una pizarra. Oh, ¿por qué no se me habrá ocurrido comprar una pizarra?

Como no tenía pizarra, Reena sacó un mapa y lo sujetó con unas chinchetas a la parte de atrás del tablón.

—Enséñame dónde está la casa de la cliente v la tienda.

Cogió unas chinchetas y clavó las rojas en los dos lugares que Bo le indicó.

- —Bien. Deja que marque también los otros lugares donde sabemos que le han visto. —Clavó otra chincheta roja en la calle de Tony Borelli—. ¿Dónde le viste la segunda vez?
  - —Ha sido hará unos veinte minutos —le dijo—. Delante de Sirico's.

A Reena casi se le cae la caja de las chinchetas.

- -¿Iba hacia allí?
- —No. —Bo le puso una mano en el hombro—. Se fue. Estaba al otro lado de la calle, unas casas más allá. Cuando se aseguró de que le había visto y le había reconocido de la vez anterior. se subió en el coche.
  - -Marca, modelo.
- —Hummm... —Tuvo que cerrar los ojos y pensar—. Toyota. Creo que era un 4Runners. Azul oscuro, puede que negro. No dice mucho de mi como hombre, pero la verdad es que no sé mucho de coches. Este lo conocía porque sali con alguien que tenía uno igual. Bueno, el caso es que le saludé con la mano, como haces cuando ves a alguien conocido. Y él pasó a mi lado con el coche y me hizo esto. —E hizo como que tenía una pistola con el indice y el pulgar—. Dijo «bang» y se alejó.
- —Qué temerario. —Cuando pensó que podría haber llevado una pistola de verdad sintió que la garganta se le secaba—. Debía de estar delante de su antigua

casa, vigilando el restaurante. Dijo que tenía otra sorpresa para mí esta noche. Pero es imbécil si cree que voy a darle la oportunidad de atacar Siricos. —Clavó una chincheta en el mapa. La ira la ayudó a aplacar los nervios—. Tengo que hacer unas llamadas.

Había policías apostados en el exterior de Sirico's, donde podían vigilar el restaurante y el apartamento de arriba. Otros dos estarían disfrutando de la hospitalidad de sus padres y había un tercer grupo vigilando la casa de Fran. Y, aunque Vince había protestado porque decía que su casa estaba protegida por modernos sistemas de seguridad, Reena puso agentes a patrullar los alrededores.

—Podría ir por cualquiera de ellos. O por ninguno. —Caminó arriba y abajo por la sala de estar, se detuvo a mirar el mapa—. Esta noche va a encender una cerilla en algún sitio.

A petición de Reena, Bo había bajado el tablón al piso inferior. Eso sí que era separar el trabaj o de su vida personal, aunque fuera simbólicamente. En aquellos momentos el trabaj o era su vida.

El móvil sonó en su bolsillo. Lo sacó enseguida.

—Hale. Espera. —Cogió un cuaderno—. Ya. —Y garabateó—. Sí, sí, vale. Tenemos que mandar una unidad al aeropuerto Baltimore/Washington International, comprobar los aparcamientos. Es el sitio más lógico para que deje uno y coja otro. Bien. Gracias.

Volvió a meterse el móvil en el bolsillo, se acercó de nuevo al mapa y con una chincheta amarilla señaló el aeropuerto.

—Una familia acaba de volver de sus vacaciones en Europa. Van al aparcamiento del aeropuerto Kennedy donde los pasajeros pueden dejar sus vehículos durante períodos largos y su Jeep Cherokee no está. Sí, lo usa para ir hacia el sur, va a ver a su viejo colega y este lo echa. Puede que lo conservara un tiempo. Porque sabe que tardarán en rastrearlo hasta Maryland. Luego va con él hasta el BWI.. Dulles tal vez, o National, aunque seguramente fue el BWI elige otro, hace el cambio y se larga. Le gustan los SUV. Tienen espacio de sobra para sus juguetes.

-Me voy un momento a ducharme a casa. Fuera hacía muchísimo calor.

Con gestó distraído, Reena miró a Bo con el ceño fruncido.

- —Digo que necesito asearme.
- —¿Te importa hacerlo aquí? ¿Es que no ves las películas? El malo siempre se cuela en la casa cuando estás en la ducha Mira lo que le pasó a Janet Leigh en Psicasis

- -Janet Leigh es una mujer.
- —Da igual. Te agradecería que te ducharas aquí. Tienes una camiseta limpia en el cuarto de la lavadora
  - —;Ah. sí?
  - -Te la dejaste. Y la lavé. Así que, si no te importa hazme el favor, ¿vale?
- —Claro. —Le puso las manos en los hombros y comprendió a lo que se refería la gente cuando decía que alguien estaba más tenso que un muelle—. ¿Serviría de algo si te digo que te relajes?
  - -No
- -Entonces voy a ducharme. Oye, si viene un tipo vestido con ropa de su madre, contenlo hasta que me hava puesto los pantalones.
  - -Hecho

Reena se fue a la cocina a por otra botella de agua para limitar la cantidad de cafeina que ingería. Y vio la bolsa con la comida que Bo había traído. No, no podía relajarse, pensó, pero sí podía estar agradecida. Agradecida por tener a alguien que encajaba tan bien en su vida.

Definitivamente, se casaría con él, decidió mientras sacaba los recipientes con la comida. A lo mejor se resistía un poco cogido del anzuelo —tenía que hacerlo—, pero Reena acabaría sacándolo del agua.

Pensó en los zapatos rojos que se había comprado aquella vez en un centro comercial con Gina, cuando obligó a su amiga a confesar que se iba a casar con Steve. Porque él todavía no lo sabía.

Hasta ahora no lo había entendido

Puso el pollo a calentar en el horno. Una buena comida la ayudaría a ser más productiva que los nervios.

Volvió con el agua a la sala de estar para estudiar el mapa.

-¿Dónde estás, Joey? - preguntó en voz alta-. ¿Dónde estás?

Que miran allá, pues yo actúo aquí. No es solo la sincronización lo que cuenta. Hay que saber planificar.

Seguro que está muy nerviosa. Piensa que voy a ir a por mama y papá.

Todavía no

Es majo este sitio. Fells Point. Y será más bonito cuando empiece a arder. Los polis son tan idiotas...; Cuántas veces lo había demostrado?

Quizá lo habían cogido un par de veces. Pero era más joven. Y además, había aprendido la lección. Hay mucho tiempo para aprender en el trullo. Tiempo para planificar e imaginar, para leer y estudiar.

Dentro había afinado sus conocimientos con el ordenador. Hoy en día no hay nada más útil que saber manejarse con un ordenador. Colarse en los sistemas,

buscar, clonar teléfonos.

O averiguar dónde vivía la viuda de cierto policía.

Era una pena que el otro se hubiera mudado a Florida. Ya se ocuparía de él uno de estos días, pero habría estado bien poder cargarse juntos a los dos cabrones que se llevaron a su padre. Que lo sacaron de su propia casa y lo humillaron

Los humillaron a los dos

No importaba que aquel otro hijo de puta ya la hubiera guiñado. Su viuda le serviría.

Dejó el coche —otro Cherokee— una manzana al sur y caminó con rapidez por la acera, como quien está ocupado con sus cosas.

Aún llevaba los tejanos, pero se había puesto una camisa azul con las mangas enrolladas. Llevaba unas Nike y una gorra de los Orioles; una pequeña mochila y una caja blanca de una floristería.

La señora del cabrón Thomas Umberio, Deb para los amigos, vivía sola. Su hija vivía en Seattle, así que no estaba en la zona de juego. El hijo vivía en Rockville. Si hubiera vivido más cerca de Baltimore, habría preferido cargarse al hijo en vez de a la viuda. Pero después de todo, se trataba de un show local.

Sabía que Deb tenía cincuenta y seis años, enseñaba matemáticas en el instituto, conducía un Honda Civic del 97, iba a un gimnasio después de las clases tres veces por semana y la mayoría de las noches echaba las cortinas de su habitación a las diez

« Seguramente para masturbarse», pensó. Entró en el edificio de apartamentos y se fue por las escaleras para subir al segundo piso.

En cada planta había cuatro pisos. Él ya había investigado. Nada de que preocuparse, y el par de vejestorios de la puerta de enfrente salían a cenar los miércoles.

« Sale a cuenta hacer los deberes, ¿eh?», pensó y llamó alegremente a la puerta de Deborah Umberio.

La mujer abrió la puerta, pero sin quitar la cadena de seguridad, así que solo veía un trozo de ella. Pelo castaño. Rostro afilado, ojos desconfiados.

- —¿Deborah Umberio? —Sí, soy yo.
- Le traigo unas flores.
- —¿Flores? —Sus mejillas se riñeron de rosa. Las mujeres son tan predecibles...—. ¿Quién las envía?
- —Hummm...—hizo él, volviendo la caja como si estuviera leyendo la tarieta de dentro—. Sharon McMasters. ¿De Seattle?
- —Es mi hija. Bueno, qué sorpresa. Espere un momento. —Cerró la puerta, quito la cadena y volvió a abrir—. Qué sorpresa tan agradable —repitió haciendo ademán de coger la caja.

Él le estampó el puño en la cara. La mujer cayó hacia atrás y él entró con rapidez, cerró la puerta, echó la llave y puso la cadena.

-Sí, ¿verdad? -dijo.

Tenía mucho que hacer. Llevarla a la habitación, desnudarla, atarla, amordazarla. Estaba inconsciente, pero le dio otro puñetazo, para que siguiera así un rato más.

Aquella noche las cortinas de su cuarto se iban a cerrar temprano, pero no esperaba que nadie se diera cuenta. O que le importara una mierda.

Dejó el televisor encendido. Tenía puesto el Discovery Channel —por el amor de Dios— mientras traijnaba en la cocina.

Por lo visto se estaba preparando una ensalada cuando él llegó. Demasiado vaga para cocinar, decidió echando un vistazo en la nevera. Bueno, pronto pondremos algo a cocinar.

Encontró una botella de vino blanco. Del barato, pero a veces hay que aguantarse.

Él había aprendido a apreciar los buenos vinos cuando trabajaba para los Carbionelli. Había aprendido muchas cosas trabajando para los Carbionelli.

Se bebió el vino con los huevos que la mujer había preparado para la ensalada. Aunque llevaba guantes quirúrgicos en la mochila, ya no le preocupaba deiar huellas.

Ya habían superado esa parte del juego.

Se puso a registrar los armarios, la nevera. Encontró comida congelada. Su reacción inicial fue de disgusto, pero la foto que había en el contenedor con la carne y el puré de natata no tenía mala pinta.

Lo metió en el horno y echó una salsa italiana en la ensalada.

Mientras esperaba, se puso a zapear. ¿Es que aquella zorra no podía pagar más que los canales por satélite más elementales? No subió el volumen, por si a algún vecino chismoso se le ocurría ir a preguntar y lo dejó en el canal donde ponían Jeopardy!

Jeopardy! terminó y empezó a ver La rueda de la fortuna mientras se comía la carne y el puré.

Había mucho que hacer, pero tenía tiempo de sobra. Le llegó el sonido amortiguado de un gemido desde la habitación.

Sin hacer caso, Joey bebió más vino mientras veía La rueda.

-Compra una vocal, imbécil.

Aquello lo encendió, hizo que se pusiera furioso.

Le dieron ganas de romper el televisor, darle una patada. Y estuvo a punto de hacerlo, mientras su cabeza gritaba de rabia.

Compra una vocal, imbécil, es lo que decía su padre, y a veces, solo a veces le dedicaba una amplia sonrisa.

« ¿Cuándo piensas ir a ese concurso, Joey? ¿Cuándo piensas ir y conseguir un

poco de dinero? Tú tienes más cabeza que todos esos mamones».

Musitó las palabras, recordó las palabras mientras caminaba arriba y abajo por la pequeña sala de estar, tratando de serenarse.

En aquella época todo iba bien, pensó. Habrían salido del hoyo y todo hubiera ido bien. Solo necesitaban un poco más de tiempo. Pero ¿por qué no lo tuvieron?

Porque aquella pequeña zorra se fue llorando a su papá y lo echó todo a perder.

Por un momento pensar aquello hizo que se sacudiera. La ira y el dolor sacudieron su cuerpo, haciendo que temblara, hasta que logró controlarse.

Cogió el vino y dio un largo trago.

-Bueno. A trabajar.

Un hombre al que le gustaba su trabajo era como un mirlo blanco, pensó cuando encendió la luz del dormitorio. Le dedicó una sonrisa a la mujer que había en la cama, que pestañeó y luego abrió los ojos muy asustada.

Su colega Nick siempre estaba con el cuento de que no hay que tomárselo como algo personal, que solo es trabajo, pero a él toda aquella mierda no le interesaba. Él siempre se lo tomaba como algo personal. Si no, ¿para qué coño lo hacía?

Se acercó a la cama mientras los ojos de la mujer le seguían.

—Hola, Deb. ¿Cómo vamos? Solo quería que supieras que, para rondar los sesenta, no estás nada mal. Eso me hará las cosas mucho más agradables.

La mujer estaba temblando, su cuerpo se sacudía como si sufriera pequeñas descargas eléctricas. Sus brazos y sus piernas tiraban y se retorcían contra la cuerda de tender que había utilizado para atarla. Sintió la tentación de quitarle el esparadrapo y el algodón que le había metido en la boca, solo para poder oír ese primer erito balbuceante.

Pero no tenía sentido molestar a los vecinos.

—Bueno, bueno, ¿por qué no empezamos? —le puso las manos en el botón de los tejanos y vio cómo ella meneaba la cabeza frenéticamente, con los ojos llenos de lágrimas—. Oh, espera, ¿dónde están mis modales? Deja que me presente. Joseph Francis Pastorelli, hijo. Puedes llamarme Joey. El soplapollas de tu marido sacó a mi padre a rastras de nuestra casa, le puso las esposas y se lo llevó delante de todos los vecinos. Y lo metió en la cárcel.

Se desabrochó los tejanos. La mujer se estaba despellejando las muñecas de tanto forcejear. No tardaría en aparecer la sangre, y eso siempre resultaba satisfactorio

—Eso fue hace veinte años. Bueno, sé que habrá quien diga que veinte años es mucho tiempo para guardar resentimiento por algo así, pero ¿sabes una cosa, Deb?, quien diga eso es que es gilipollas. Cuanto más tiempo guardas resentimiento, mejor te sientes cuando se lo haces pagar al culpable.

Se bajó la cremallera. Acarició. Los sonidos que emitía la mujer eran débiles

y agudos, amortiguados por el relleno y el esparadrapo.

-El mamón de tu marido tiene que pagar por lo que hizo. Y, como resulta que está muerto, por cierto, mis condolencias, tendrás que pagar tú.

Se sentó en un lado de la cama y la mujer sacudió la pierna y trató de apartarse cuando la tocó. Se quitó los zapatos.

—Ahora voy a violarte, Deb. Aunque eso ya lo sabías. Y te haré daño. — Levantó ligeramente las caderas y se bajó los pantalones—. Para mí eso es muy importante. Y como aquí yo soy quien manda...

Ella se debatía, sollozaba, sangraba. Él procuraba mirarle la cara, las magulladuras y la sangre. Porque veía la cara de Reena. Siempre la veía a ella.

Y se corrió con aquel débil gemido en su oído.

Cuando se bajó de encima, la mujer ya solo gimoteaba como un gatito. Él utilizó su cuarto de baño, vació la vejiga, se limpió. No le gustaba el olor a sexo, ese olor a puta que las mujeres dejan en el hombre.

Salió, bebió un poco más de vino, estuvo zapeando y cuando encontró el partido, estuvo mirando un rato mientras picaba unos snacks.

Malditos Orioles, pensó mientras los veía perder, como siempre. No sabrían encontrar la bola ni aunque se la metieras por el culo.

Cuando volvió al dormitorio, la mujer se debatía débilmente con las cuerdas.

--Muy bien, Deb. Ya he descansado. Ha llegado el momento para el segundo asalto

Esta vez fue sexo anal

Cuando terminó con ella, los ojos de la mujer estaban mortecinos y distantes. Ya había dejado de resistirse y yacía totalmente flácida. Seguramente podría haberla espabilado un poco para otra ronda, pero tenía que seguir un programa.

Se duchó con el gel de baño con olor a lima de su víctima, tarareando una canción. Luego se vistió y cogió las cosas que podían servirle de la cocina.

Limpiador, trapos, velas, papel encerado. Ya no hacía falta que pareciera un accidente, pero tampoco quería hacer una chapuza. El hombre debe sentirse orgulloso de su trabajo.

Saco los guantes quirúrgicos de su mochila. Cuando estaba empapando los trapos, el teléfono sonó. El hombre se detuvo, esperando, y escuchó la alegre voz de mujer que habló cuando saltó el contestador.

- —« Hola, mamá. Soy yo. Solo llamaba para ver cómo estabas. Seguro que has salido con un hombre. —Se oyó una risita—. Llámame si no llegas muy tarde a casa. Y si no, ya hablaremos mañana. Un beso. Adiós».
- —Qué encanto, ¿verdad? —dijo Joey gimoteando—. Sí, esta noche tu mamá tiene una cita con un hombre.

Levantó parte de las baldosas de vinilo para dejar al descubierto el subsuelo y con ayuda de un destornillador eléctrico que sacó de su mochila quitó algunas de las puertas de los armarios para formar pequeñas tiendas y fomentar el efecto

chimenea. Abrió un poco la ventana para que hubiera ventilación, colocó el reguero de trapos y tiró por aquí y por allá bolas de papel encerado.

Satisfecho, fue con unos trapos y velas a la habitación.

La mujer no estaba del todo consciente, pero Joey vio que la parte de ella que estaba despierta se ponía en tensión y el miedo aparecía en sus ojos.

—Lo siento, Deb. No queda tiempo para un tercer asalto, así que tendremos que pasar directamente a la gran final. ¿El soplapollas de tu marido llevaba alguna vez el trabajo a casa?—preguntó y sacó un cuchillo.

Cuando vio que volvía el cuchillo hacia la luz, la mujer se puso histérica. Aún quedaba algo de vida en ella.

—¿Alguna vez hablabais del trabajo que hacía? ¿Alguna vez te enseñó alguna fotografía para que vieras cómo se quema la gente en una cama?

Con gesto perverso, le acercó el cuchillo a unos centímetros de la cadera. Ella trató de apartarse y empezó a debatirse salvajemente, barboteando, expulsando el aire por la nariz con un sonido sibilante, con los ojos tan abiertos que Joey se extrañó de que no se le salieran como un par de olivas.

Rajó el colchón y sacó parte del relleno. Después de guardar el cuchillo, sacó un recipiente de su mochila.

—En la otra habitación he utilizado material de tu cocina. Espero que no te importe. Pero para esta utilizaré del mío. Un poco de alcohol metilico. Tira muy hien

Remojó bien el relleno del colchón, los trapos, las sábanas, que la mujer había mojado por el miedo y que él arrancó y tiró al suelo y, junto con el resto del papel encerado, lo utilizó para dejar un reguero que llevara el fuego hasta las cortinas.

Colocó la lámpara de la mesita de noche en el suelo y se puso a silbar mientras desmontaba la mesita.

—Es como hacer una hoguera en un campamento —le dijo mientras formaba pequeñas tiendas de madera sobre los regueros—. ¿Ves? El alcohol metilico tiene un punto de ignición por debajo de los cien grados. El aceite de pino que he utilizado en la cocina necesitará mucho más calor, casi doscientos grados... grados Fahrenheit. Pero, si lo preparas bien, cuando prende, arde muy bien. Ahí fuera tendremos lo que yo llamo mi segunda oleada. Para ellos será un segundo foco. Pero aquí está el eje del espectáculo, Deb, y tú eres la estrella. Pero primero, un par de detalles.

Cogió la pequeña silla del despacho y se subió encima para abrir el compartimiento de la alarma contra incendios. Quitó las pilas.

Ya que la tenía a mano, desmontó la silla y la utilizó para formar otra cabaña sobre el colchón.

Retrocedió un poco, asintió.

-No está mal, nada mal, y no es porque lo hay a hecho yo. Mierda, me están

entrando ganas otra vez. —Se frotó la entrepierna—. Me gustaría poder darte otro poco, pero tengo que irme.

Repartió unas cajas de cerillas entre los materiales que había utilizado para los regueros, debajo de las tiendas y sonrió con frialdad mientras la mujer se retorcía y golpeaba el colchón con los talones tratando de gritar.

—A veces es el humo lo que te mata. Otras veces no. Por la forma en que lo he preparado, vas a oír cómo te chisporrotea la piel. Vas a oler tu carne asándose.

Sus ojos se volvieron opacos y fríos como los de un tiburón.

—No llegarán a tiempo para salvarte, Deb. No te voy a dar falsas esperanzas. Y cuando veas al mamón de tu marido en el infierno, le dices que Joseph Francis Pastorelli le envía recuerdos.

Utilizó un encendedor largo y delgado de butano y dejó que la mujer viera la llama antes de encender el relleno del colchón, las cerillas, los tranos.

Vio cómo el fuego prendía y saltaba, cómo se deslizaba sigilosamente por el reguero que había preparado.

Guardó sus cosas en la mochila, salió del dormitorio y encendió el fuego en la cocina. Luego abrió el gas y dejó la puerta abierta.

El fuego avanzaba hacia la mujer, arrastrándose sobre la cama como un amante. El humo ascendía en perezosas volutas. Joey lo rodeó y abrió un par de centímetros la ventana.

Y por un instante, se quedó allí viendo cómo el fuego le rodeaba, le desafiaba.

No había en el mundo nada que le gustara tanto como ver la danza de las llamas. Le daban ganas de quedarse a mirar, a admirar, solo un minuto. Solo uno máx

Pero retrocedió. El fuego ya empezaba a cantar.

—¿Lo oyes, Deb? Ahora está vivo. Está excitado y hambriento. ¿Notas su calor? Casi me das envidia. Casi te envidio por lo que estás a punto de vivir. Casi —repitió.

Y, después de cerrar la mochila, cogió la caja de la floristería y se fue.

Ya había oscurecido, y el fuego arde con mayor intensidad en la oscuridad. Aquel lo haría. Cogió el menú de comidas para llevar de Sirico's y lo dejó delante del edifício.

Cuando llegó a su coche, dejó la mochila y la caja vacía de la floristería detrás. Consultó su reloj, calculó el tiempo y luego dio una vuelta a la manzana tranquilamente.

Podía ver las bocanadas de humo que encontraban una vía de escape por la ventana que había abierto, las chispas de las llamas que empezaban a aparecer, buscando el aire

Marcó el número de Reena. Esta vez fue breve. Se limitó a dar la dirección. Tiró el móvil por la ventana y se fue a casa.

Tenía cosas que hacer.

Cuando Reena llegó aquello era un infierno. Las mangueras arrojaban agua al edificio, tratando de combatir las llamaradas que salían por las ventanas. Algunos bomberos estaban desalojando el edificio, mientras otros entraban armados con mangueras.

Reena cogió un casco de su maletero y le gritó a Bo para que le oyera en medio de tanto ruido.

- —Ouédate aquí. Ouédate aquí hasta que la situación esté controlada.
- -Esta vez sí hav gente dentro.
- —Los sacarán, si. —Corrió hacia el lugar y rodeó las barreras que aún no habían acabado de colocar. A través del humo, localizó al comandante, gritando órdenes por un aparato de radio.
- —Detective Hale, unidad de delitos incendiarios. Yo he dado el aviso. ¿Cuál es la situación?
- —Segundo piso, esquina sudeste. Estamos evacuando y tratando de sofocar las llamas. Cuando llegamos el fuego ya estaba en pleno apogeo, humo negro. Tres de mis hombres ya han entrado en el piso. Tenemos...

El sonido de la explosión traspasó aquel muro de ruidos. Hubo una lluvia de cristal y ladrillo, mísiles letales que golpearon coches, la calle, la gente.

Reena se protegió la cara con el brazo y vio la lengua de fuego que salía por el teiado.

Los hombres corrían hacia el edificio, en una carga contra el holocausto.

-Entendido -gritó Reena-. Voy a entrar.

El comandante meneó la cabeza.

—Hay otro civil en el interior. Nadie va a entrar ahí hasta que conozca la situación de mis hombres. —La interrumpió, dando más órdenes y haciendo preguntas por su radio.

La voz que contestó entre chisporroteos informó que había dos bajas.

El fuego llenaba la noche con su poder, su terrible belleza. Reena lo veía bailar entre la madera y el ladrillo, elevándose al cielo, horrorizada y a la vez hipnotizada.

Sabía que dentro estaría haciendo cabriolas, volando, consumiendo, azotando a quienes trataban de matarlo. Rugía y susurraba, se arrastraba y destellaba.

¿Cuánto destruiría antes de que consiguieran dominarlo? Madera y ladrillo; también carne y hueso esta vez.

La segunda planta se desplomó con un ruido atronador, abriendo la puerta para que el fuego se encrespara.

Del edificio salieron hombres con los compañeros heridos a la espalda. Los sanitarios corrieron a ayudarlos.

Reena se acercó con el comandante hasta uno de los hombres, que daba fuertes bocanadas por una mascarilla de oxígeno. El hombre meneó la cabeza.

—Ya se había producido la deflagración. Entramos. Había una persona en la cama. Muerta. Ya estaba muerta. Establecimos una línea de supresión y explotó. Carter se ha llevado la peor parte. Dios, creo que está muerto. Brittle está mal, pero creo que Carter está muerto.

Reena levantó la vista, porque se oyeron nuevas explosiones. « Otra parte del tejado que ha saltado», pensó. Y buena parte de la planta que había bajo el piso que el pirómano había elegido.

¿A quién había matado? ¿A quién había quemado esa noche?

Se acuclilló y le puso la mano en el hombro al bombero, que había metido la cabeza entre las rodillas.

- —Soy Reena —le dijo—, Reena Hale. Unidad de delitos incendiaros. ¿Cómo te llamas?
  - -Bleen. Jerry Bleen.
- —Jerry, necesito que me digas lo que viste ahí dentro ahora que aun lo tienes fresco. Dime todo lo que recuerdes.
- —Lo que puedo decir es que alguien ha provocado el fuego. —Levantó la cabeza— Ha sido intencionado
  - -Muy bien. Has entrado en el piso de la esquina sudeste, segunda planta.
  - -Por la puerta. Brittie, Carter y yo.
  - -: Estaba cerrada?
  - El hombre asintió.
  - -Pero no habían echado la llave, y estaba muy caliente.
  - -¿Sabrías decirme si habían forzado la entrada?
- —No, al menos no se notaba. Entramos con las mangueras abiertas. La habitación de la... la izquierda estaba en llamas, la cocina algo menos, salía un espeso humo negro. El tipo había colocado chimeneas.
  - —¿Dónde?
- —Ví una en la cocina, puede que dos. La ventana estaba abierta. Brittie y yo nos volvimos hacia la habitación. Había fuego por todas partes. Y vi el cuerpo sobre la cama. Quemado Y entonces explotó. Fue en la cocina. Noté olor a gas y explotó y Carter...

Reena le oprimió la mano. Y, sentada junto a él, observó a los hombres rodeando y sofocando la belleza mortífera del fuego.

Cuando se levantó y fue al encuentro de O'Donnell, fue pisando cristales.

- —Esta vez ha matado a dos personas. Un civil que había en el piso afectado y un bombero que ha muerto en la explosión, seguramente por el gas de la cocina. Lo tenía todo calculado para que cuando los bomberos llegaran el fuego y a estuviera en pleno anogeo.
- —Reena. —O'Donnell esperó a que ella se volviera hacia él y diera la espalda al humo y las obstinadas lenguas de fuego—. Deb Umberio vive en esta dirección

- —¿Quién? —Se frotó la nuca, tratando de situar aquel nombre. Cuando lo consiguió, el corazón le golpeó contra el pecho—. ¿Umberio? ¿Es pariente del detective Umberio?
- —Su viuda. Tom murió hará un par de años. En un accidente de coche. Deb vivía en ese piso.
- —Dios. Oh, Dios. —Se llevó las manos a los ojos—. ¿Y Alistar? ¿Qué hay de su compañero, el detective Alistar?
- —Está en Florida. Está retirado y se mudó a Florida hace seis meses. Lo he llamado para ponerle sobre aviso.
  - -Bien, de acuerdo, entonces... Oh, Dios, John.

Ya estaba sacando a toda prisa su móvil, pero O'Donnell la cogió del brazo.

- —Está bien. He hablado con él por teléfono. Por suerte, algo le ha hecho ir esta noche a Nueva York a ver a Pastorelli en persona. Está bien. Hale, y, como ya ha llegado a la autopista, piensa llegar hasta el final. Hemos mandado un coche patrulla a su casa por si acaso. Solo para asegurarnos.
- —Tendremos que proteger al trabajador social que lo atendió, el psicólogo del tribunal, la familia del juez. Cualquier persona que haya tenido relación con su caso. Pero estoy segura de que se va a concentrar en los que se llevaron a su padre. Hay que proteger a mi familia.
  - -Eso y a está. Y seguirá así hasta que le cojamos.
  - -Voy a llamar a casa, así me quedaré más tranquila.
  - -Hazlo. Yo hablaré con los inquilinos del edificio, a ver si alguien vio algo.
  - Cuando terminó con las llamadas, fue a donde estaba Bo.
  - -Esta noche ha matado a dos personas.
- —Lo he visto cuando se llevaban al bombero. —« En una bolsa para muertos», pensó—. Lo siento.
- —La mujer que ha matado era la viuda de uno de los agentes que arrestaron a su padre por el incendio en Siricos. Esta noche ha hecho su movimiento maestro, abiertamente. Ya no le importa que sepamos quien es. O por qué ha hecho esto. Lo que importa es que puede hacerlo. Tengo que pedirte un favor.
  - —Dime
- —No vay as a casa. Llama a Brad y quédate con él esta noche, o con Mandy. O con mis padres.
- —¿Y si buscamos una solución de compromiso? No me voy a casa, y te espero.
- —Esto va a llevar horas, y aquí no puedes ayudarme. Puedes llevarte mi coche, yo me iré con O'Donnell. ¿Me harás ese favor?
- —Con una condición. Cuando termines, tú tampoco te vayas a casa. Al menos sin llamarme antes para que pueda reunirme allí contigo.
  - —De acuerdo, me parece justo.

Por un momento, se apoy ó contra él, dejó que la abrazara.

Una ambulancia salió zumbando, con las sirenas encendidas Llevaba a alguien a que lo atendieran. Reena volvió entre el humo hacia los que lloraban.

John iba por las desconocidas calles del Bronx, sintiendo aquel calor sofocante como una cortina empapada de sudor. La idea era buscar un hotel cerca de la autopista donde pudiera dormir un poco y tratar de localizar a Pastorelli por la mañana. Pero la llamada de O'Donnell hizo que cambiara sus planes.

Incluso con el mapa que se había impreso de Internet, había tomado un par de veces la salida equivocada. « Culpa mía» , pensó moviéndose incómodo en el asiento. después de tantas horas al volante.

« Estoy viejo» , pensó. Viejo y achacoso. Sus ojos ya no respondían tan bien cuando tenía que conducir de noche pero... ¿cuándo había pasado?

Antes podía trabajar cuarenta y ocho horas seguidas solo con un par de siestas y a base de cafés. Antes tenía trabajos que le obligaban a pasar en pie dos días seguidos, se recordó. Pero esos tiempos y a habían pasado.

Para alguien como él, el retiro no era ninguna recompensa. Lo veía como un vacio plagado de interminables horas de aburrimiento y el recuerdo abrumador de su antiguo trabaio.

Seguramente era una locura haber conducido hasta allí, pero Reena le había pedido su ayuda. Para él eso era mucho más importante que un reloj de oro y una pensión.

Aun así, para cuando consiguió dar con la calle, los ojos le escocían y le dolía la cabeza. Buscó un aparcamiento.

La caminata entre el aparcamiento y la dirección que tenía de Pastorelli le ayudó a desentumecer las piernas, pero no alivió el dolor que sentía en la zona lumbar. El sudor se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Paró en un supermercado coreano y compró una botella de agua y una caja de analgésicos. Se tomó un par de ellos en la acera y vio a una puta que se ponía de acuerdo con un hombre y se subía a su coche. Queriendo evitar a la gente que seguía pregonando sus productos, John cruzó la calle.

El edificio donde vivía Pastorelli era bajo, y el ladrillo se veía sucio y oscurecido por el paso del tiempo y generaciones de humos. Su nombre estaba junto al timbre de un apartamento del primer piso. John llamó a algunos timbres de los pisos segundo y tercero, y empujó cuando un alma caritativa le abrió la puerta.

Si fuera era como estar en una sauna, dentro parecía que estabas en una caja dentro de un horno. El dolor de cabeza le pasó de los globos oculares al cráneo.

En el piso de Pastorelli había un televisor encendido, y John lo oía con tanta claridad que hasta entendia parte del diálogo. Era Ley y orden. Por un momento, tuvo un desagradable pensamiento: si no hubiera sentido el impulso que le había llevado hasta allí, en aquellos momentos él también habría estado solo en una habitación oscura, viendo el mismo programa.

Si era Pastorelli quien estaba viendo cómo la justicia seguía el resbaladizo camino de la ley, no podía ser él quien había estado jugando con fuego en Mary land noventa minutos antes.

Llamó a la puerta con el puño.

Llamó una segunda vez y una tercera, hasta que se abrió una rendija, con la cadena echada

« No te habría reconocido, Joe», pensó. Si me hubiera cruzado contigo por la calle ni siquiera me habría fijado. Su rostro duro y bonito se había transformado en una calavera amarillenta con los ojos hundidos y la piel colgando de las mandibulas, como si se le hubiera derretido y se hubiera acumulado ahí.

Olía a cigarrillos y cerveza, mezclado con algo más tenue, como a fruta podrida.

- —¿Qué coño quiere?
- -Ouiero hablar contigo. Joe. Soy John Minger, de Baltimore.
- —Baltimore. —Una luz oscura brilló en sus ojos hundidos—. ¿Te manda Joev?
  - -Sí, podríamos decirlo así.
  - La puerta se cerró y se oyó la cadena.
- —¿Me manda dinero? —le preguntó cuando abrió la puerta—. Tenía que mandar dinero.
  - —Esta vez no

Un par de ventiladores removían el calor estancado y extendían el olor a cerveza y tabaco; también otro olor que se notaba por debajo.

John lo reconoció. No era el olor de un hombre mayor, sino el de un hombre mayor y enfermo. Olía a muerte.

Había un sillón reclinable de cuero negro que cantaba como un hombre con esmoquin en un albergue para vagabundos. Al lado, sobre una mesita vieja, había una lata de Miller, un cenicero desbordado y un reluciente mando a distancia que se veía tan fuera de sitio como el sillón. Y unos botes de medicamentos.

Contra la pared había un sofá, que se mantenía en pie solo gracias al polvo y la cinta adhesiva. Las encimeras de la pequeña cocina estaban manchadas de grasa y cubiertas con las cajas de variados menús para llevar. Por lo visto, en los últimos días aquel hombre había comido chino, pizza, comidas rápidas.

Una cucaracha correteaba sobre la caja de pizza como Pedro por su casa.

- —¿De qué conoces a Joey?
  - -¿No me recuerdas, Joe? ¿Por qué no nos sentamos?

Desde luego, por su aspecto parecía que el hombre necesitaba sentarse. John no entendía cómo conseguía mover el montón de huesos en que se había convertido. John cogió la única silla que había —una metálica plegable— y la colocó delante del sillón.

- —Se supone que Joey tiene que mandarme dinero. Necesito dinero para pagar el alquiler. —Se sentó. Cogió un paquete de cigarrillos. John observó cómo sacaba uno con sus dedos huesudos v trataba de encender una cerilla.
  - -: Cuándo lo viste por última vez?
- —Hace un par de meses tal vez. Me compró una tele nueva. Treinta y seis pulgadas. Pantalla plana. Una jodida Sony. Joey no compra cualquier cosa.
  - -Bonita
- —Y por Navidad me trajo este asiento. El muy hijo puta puede vibrar si quieres. —Sus ojos mortecinos se clavaron en el rostro de John—. Se supone que me tiene que mandar dinero.
- —Yo no lo he visto, Joe. En realidad, le estoy buscando. ¿Has hablado con él recientemente?
- —¿Qué es todo esto? ¿Es que eres poli? —Meneó la cabeza lentamente—. No, tú no eres poli.
- —No, no soy policía. Se trata de fuego, Joe. Joey se ha metido en un buen lío en Baltimore. Si esto continúa, no podrá seguir mandándote dinero.
  - -¿Estás intentando buscarle problemas a mi chico?
- —Tu chico ya tiene problemas. Se ha dedicado a provocar incendios en Baltimore, en vuestro antiguo barrio. Esta noche ha matado a una persona. La viuda de uno de los investigadores que ay udaron a tu detención por el incendio de Siricos.
- —Los muy cabrones me sacaron a rastras de mi casa. —Expulsó el humo y se puso a toser, hasta que sus ojos hundidos se llenaron de lágrimas—. De mi propia casa. —Cogió la cerveza, bebió y tosió un poco más.
  - -¿Cuánto tiempo te han dado, Joe? ¿Cuánto te queda?
  - El hombre sonrió, con cara de pesadilla.
- —Los muy idiotas dicen que y a tendría que estar muerto. Pero aquí estoy, así que ¿qué sabrán esos? Les he jodido.
  - -¿Joey sabe que estás enfermo?
- —Me ha llevado al médico un par de veces. Querían envenenarme. Cáncer, de páncreas. Dicen que ahora el cáncer también se está comiendo mi hígado, y que no puedo beber, ni fumar. —Sonriendo aún con aquella cabeza de muerto, Joe dio una calada—. Que se jodan, que se jodan todos.
  - -Joey volvió para aclarar cuentas, para acabar lo que tú empezaste.
  - -No sé de qué hablas.

- —Para ocuparse de la gente que te jodió. Sobre todo Catarina Hale.
- —La pequeña zorra. Siempre pavoneándose por el barrio como si fuera mejor que los demás. Despreciando a mí chico. Él quiso probar un poco del pastel, ¿y qué? ¿Ese imbécil de Hale se piensa que puede meterse conmigo y con los míos? Le di una lección.
  - -Y pagaste por ello.
- —Me arruinó la vida. —La sonrisa desapareció—. Ese cabrón de Hale me arruinó la vida. Después de aquello no volví a encontrar un trabajo decente. Tener que limpiar la mierda de los demás, por Dios. Me arrebató mi dignidad, eso es lo que hizo. Mi vida. No me importa lo que digan los médicos, sé que me puse enfermo porque estuve en la cárcel. Y lo más probable es que se lo haya pegado a Joey. Y todo por esa puta.

John prefirió no señalar que no se coge un cáncer de páncreas por estar en la cárcel. Y que si lo coges, no se lo puedes pegar a tu hijo.

- -Es muy fastidioso. Supongo que Joey debió de sentir lo mismo.
- —Es mi hijo, ¿no? Respeta a su padre. Y sabe que si le he pegado los genes del cáncer no es culpa mía. Tiene cerebro. Joey siempre ha tenido cerebro. Y no lo ha heredado de la zorra estúpida de su madre. Me mandará dinero, y a lo mejor me lleva de viaje para ayudarme a escapar de este condenado calor.

Cerró los ojos un momento y giró la cabeza hacia uno de los ventiladores. Su pelo ralo se agitó con el aire.

- —Iremos a Italia, al norte, en las montañas, porque allí se está fresco. Si tiene algún lío, la poli nunca podrá atraparlo. Es demasiado listo.
  - -Esta noche ha quemado a una mujer en su propia cama.
- —A lo mejor ha sido él, a lo mejor no. —Pero la luz que apareció en sus ojos al oír aquello reflejaba un enorme orgullo—. Y si lo ha hecho, será porque se lo merecía.
- —Si se pone en contacto contigo, hazte un favor. —John se sacó un cuaderno y anotó su nombre y su teléfono—. Llámame, ayúdame a encontrarle. Será lo mejor para él. Si lo encuentra la policía, no sé lo que podría pasar. Ha matado a la mujer de un policía. Llámame, Joe, y a lo mejor te consigo algo de dinero.
  - -¿Cuánto?
- —Un par de cientos —dijo John sintiendo que se le revolvía el estómago—. Puede que más. —Se levantó y dejó el número en la mesita—. Está tentando su suerte
  - -Cuando tienes cerebro, no necesitas la suerte.

En el mismo momento en que John se alejaba del Bronx en su coche, Joey estaba abriendo con una ganzúa la puerta de atrás de su casa adosada. Había hecho un par de paradas por el camino, y llegó justo a tiempo.

Mientras estaba con las cerraduras, se imaginó a la mujer del poli asándose como un jodido cerdo y la imagen le hizo sonreír.

Tenía que ir a algunos sitios, eso le había dicho. Sí, tenía que ir a algunos sitios. Y gente a la que guemar. Y el narizotas de John Minger estaba en la lista.

Se coló en la casa y sacó una 22 de la mochila, una pistola chata. Primero le dispararía en las rodillas. Y luego tendrían una pequeña charla mientras él preparaba el fuego.

Esa noche iba a tener muy ocupados a los héroes de la ciudad, pensó, y avanzó con tiento por la casa a oscuras.

Seguramente el viejo ya estaba en la cama, roncando a pierna suelta.

Antes morirse que ser vieio.

Para Minger la edad no sería un problema por mucho tiempo. Se iba a morir, todos ellos estarían muertos antes de que su padre la palmara. Eso sí era justicia.

Ellos habían matado a su padre, tan seguro como si le hubieran abierto en canal. Y lo iban a pagar muy caro.

Joey subió por las escaleras, con una creciente sensación de entusiasmo y satisfacción. En las rodillas, volvió a pensar, ¡bang!, ¡bang!, a ver qué le parecia eso

A ver qué le parecía cuando viera el fuego subir por la cama hacia él. Cuando lo viera comérselo igual que el cáncer se estaba comiendo a su padre.

Él no pensaba seguir por el mismo camino. No, señor. Joseph Pastorelli hijo, Joev. no pensaba pasar por el cáncer.

« Tengo cosas que hacer —pensó otra vez—, muchas cosas antes de arrojarme al fuego y acabar con todo».

Cuando acabara con Minger, habría llegado el momento de pasar a las principales atracciones, la noche aún era joven.

Pero entró en todas las habitaciones, y no encontró a su presa.

Su dedo se movía inquieto sobre el gatillo, la mano le temblaba por el esfuerzo de contener el impulso de disparar a la cama vacía.

Habrá salido a ver cómo se quemaba la zorra del poli, si. A la gente le gusta mirar. Reena seguramente le había llamado llorando y él había ido corriendo a cogerla de la mano.

Seguramente se la había tirado un montón de veces en todos aquellos años.

Podía esperar. Sí, la noche era tan joven que podía permitirse perder un poco de tiempo. Atraparlo cuando volviera a casa. Solo tenía que esperar, como un gato delante de una ratonera.

Aunque, mientras esperaba, podía aprovechar para ir preparando las cosas.

El humo aún llenaba la habitación, y los pies de Reena pisaron la alfombra mojada cuando entró para ver lo que quedaba de Deborah Umberio.

Los restos empapados del colchón chamuscado lo decían todo.

-Se quemó en la cama -dijo O'Donnell.

Peterson, el forense, que vestía con una camisa de manga corta y pantalones caoui, esperó mientras Reena tomaba fotografías con la cámara digital.

- —Es posible que estuviera muerta antes de que el fuego se iniciara en la habitación, o inconsciente. Te lo diré en cuanto sepa algo. Nos pondremos enseguida.
- —No estaba muerta ni inconsciente. —Reena bajó la cámara—. Seguro que la quería viva. Quería que supiera lo que le esperaba. Que lo sintiera. Eso le llena. Y seguro que primero la torturó. Que la hizo sufrir. —Aspiró hondo—. Era una mujer, así que seguro que se tomó tiempo. Es una forma de sentirse importante, le hace sentirse más hombre. Con el historial de agresiones que tiene, apuesto a que también la violó.
- —Parece que hay restos de tela en la boca —Peterson se inclinó sobre el cuerpo, muy cerca—. Eso indica que la amordazaron.
- —Ella le abrió la puerta. —« Como Josh», pensó—. ¿Por qué? Ha sido la mujer de un policia durante ¿cuánto, treinta años? ¿Y va y abre la puerta a un desconocido? Debía de tener una excusa para pasar... entró para entregar algo, haciéndose pasar por alguien de mantenimiento. Alguien tuvo que verlo entrar en el edificio. Tiene que haber algo, alguien.
- --Empezaremos a estudiar la escena aquí dentro --le dijo O'Donnell, y ella asintió
- —Se ve enseguida cómo lo hizo. Utilizó material inflamable, se concentró en la cama, luego puso un reguero para propagar el fuego por la habitación, preparó una chimenea para avivarlo. El foco de la cocina no era necesario. Eso era para nosotros, para los bomberos que respondieron a la llamada. ¿Por qué no llevarse también a uno de ellos?

Reena caminó con cuidado entre los escombros y miró hacia la cocina. Una tapa estaba empotrada en una pared, y goteaba, igual que lo que quedaba del techo. La pared que daba a la calle prácticamente había desaparecido. Algunos de los armarios que quedaban estaban sin puerta. Reena entró y se agachó, con una luz y una luna.

—Estas puertas no se han quemado ni saltaron por la explosión, O'Donnell. Él las quitó de su sitio y las utilizó como chimeneas, como combustible. Tiene inventiva. —Se volvió para mirar a su compañero, con el ceño fruncido—. Pero ¿crees que vino con las manos vacías, confiando en encontrar aquí todo lo que necesitaba? Necesitaba cuerda, un líquido inflamable, cerillas, tal vez un arma. Y eso significa que tenía que llevar una bolsa, un maletín, un saco. Algo.

Se incorporó y se sacó el móvil, que estaba sonando.

- -Es John -le dijo a O'Donnell.
- -Adelante. Yo pondré a nuestro equipo a trabajar.

Empezaron a cuadricular la escena y a tomar fotografías.

- —Pastorelli se está muriendo. —Reena se tocó el puente de la nariz—. Cáncer de páncreas. Le ha dicho a John que no ve a Joey desde hace un par de meses, que le tenía que mandar dinero. Y algo de un viaje que van a hacer pronto. a Italia.
  - -Por eso tanta prisa.
- —Su padre se está muriendo. No puede permitir que las cosas queden así. Y por lo que le ha dicho a John, es posible que el padre haya convencido a Joey de que le espera el mismo destino. Joey quiere que yo sepa que es él quien hace todo esto como tributo a su padre... y hasta es posible que sea una especie de misión suicida. Sigue siendo el niño que salió corriendo detrás del coche de la polícia, detrás de su padre.
- —¿Y cree que, si acaban con vida, podrán salir del país cuando termine con esto? ¿Que puede vengarse, pagar el dichoso tributo o como quiera llamarlo y luego esconderse en Italia?
- —No, esconderse no. Él no lo verá así. Eso le haría parecer débil. —Se frotó los ojos escocidos—. Salirse con la suya, que es muy distinto. Disfrutar de la buena vida en otro lugar durante el tiempo que él cree que les queda. En diciembre tenía dinero. Es posible que utilizara una parte para conseguir pasaportes falsos, pagar los billetes, alquilar una casa en Europa. Quizá tiene amigos allí o un contacto. Pastorelli habló del norte de Italia, las montañas. Podemos empezar con eso. Pero no dejaremos que llegue tan lejos. —Miró a su alrededor, a todo aquel destrozo, a los escombros—. No dejaré que se vaya tan lejos.
  - --: John va a quedarse en casa de Pastorelli?
- —No, no cree que pueda sacar nada más de allí. Se viene para acá. He intentado convencerle para que cogiera una habitación y pasara la noche allí, para que no hiciera todo el camino de vuelta otra vez. Se le oía agotado.

Esperó hasta media noche, luego pensó: « Qué coño» . Podía volver por aquel viejo cabrón en otro momento. Podía dejarle una bonita sorpresa y cargárselo otro día.

Había visto a los polis echando un vistazo alrededor de la casa. Para asegurarse. Así que quizá lo mejor era que se moviera y pasara a su siguiente objetivo.

Ya había preparado la habitación. Había utilizado parte de la ropa que había en el armario para formar regueros. Con el relleno del colchón, que ahora era como un rasgo distintivo. Papel encerado, alcohol metilico. Si, y a puestos, valía la pena que dejara su firma.

Aunque habría sido divertido dejar cosas repartidas por toda la casa,

concentrarse en una habitación era más rápido e igual de efectivo.

Había encontrado fotografías familiares. Rompió los marcos y los tiró por el sucho. Quizá uno de esos días se pondría en serio con ellos. Tú te cargaste a mi familia, vo me cargo a la tuya.

Pero entretanto, se contentó con encender el fuego y ver como cobraba vida. Cuando ya se iba, dejó una servilleta con el alegre logotipo de Sirico's en el mármol de la cocina.

Reena trabajaba en la habitación. Tomó muestras de un líquido que había colado entre las grietas del suelo y se había acumulado bajo los restos del parquet. Metió en bolsitas los restos de materiales combustibles que no se habían consumido del todo, tomó muestras de ceniza.

Trippley se acercó y se acuclilló junto a ella.

- -Hemos encontrado pelo en el desagüe de la ducha. Es posible que sea de él.
- —Bien. Bien. Si encontramos ADN suyo en la escena, eso le acusará de forma irrefutable.
- —En la sala de estar hemos encontrado fragmentos de una botella. Tal vez hava huellas.
  - « Había algo más», pensó Reena. Algo en su tono.
  - —¿Oué pasa?
  - —Han encontrado fuera un menú de comida para llevar de Sirico's.

Los dedos de Reena se crisparon, luego se relajaron.

—Me preguntaba dónde lo iba a poner. —Con mirada sombría, Reena volvió al trabajo —. Repartidor. Quizá se hizo pasar por un repartidor. Pero no de comida; la mujer no le habría dejado entrar. ¿Un paquete? Pero primero ella tendría que haberlo encargado. ¿Qué hay que...? —Flores, pensó, recordando su encuentro con Bo en el supermercado —. Quizá traía flores.

Ladeó la cabeza echándola hacia atrás.

- —¿Por qué iba a abrir la mujer de un policía veterano la puerta a un desconocido? Porque le traía flores. Tenemos que preguntar a los vecinos y la gente de los edificios cercanos si vieron a un hombre con un ramo de flores, aparte del maletín o el saco.
  - —Enseguida nos ponemos.

Los dos miraron a O'Donnell, que entró en la habitación.

- -Ha vuelto a actuar. Hay un fuego en la casa de John Minger.
- —Él no está allí. —Reena se puso de pie algo temblorosa—. No es posible que hay a llegado, ni siquiera si ha conducido sin parar.
  - -Ve -le dijo Trippley -. Nosotros seguiremos con esto.

Reena salió con rapidez, quitándose los guantes de protección.

-Si lo que quiere es acabar con esto esta noche, es posible que intente ir a

por mis padres o mis hermanos.

- -Están protegidos, Hale.
- -Sí. -Pero de todos modos hizo una serie de llamadas.
- —No salgáis de casa —le dijo a su padre—. Que nadie salga de casa. Yo voy a casa de John. No quiero que nadie ponga un pie en la calle hasta que yo lo diga. Me reuniré con vosotros en cuanto pueda. —Y colgó antes de que su padre pudiera discutirle—. No creo que esté aquí. En el condado tal vez, pero no en la ciudad. Puede que esté en Washington.
- —Hay agentes recorriendo los hoteles y moteles con su fotografía. Hay que cubrir una zona muy amplia.
- —Irá a algún sitio caro. Es previsor. Seguro que tiene una identidad falsa, y la tarjeta de crédito que la acompaña. Quizá se haga pasar por un ejecutivo que está de viaje. Está unos días en un sitio, luego se muda.

Se apeó en cuanto O'Donnell frenó detrás del coche de bomberos. Tenía el corazón en un puño, aunque vio que ya habían controlado el fuego y estaba prácticamente apagado.

Fue a toda prisa hacia Steve.

- -;Las cañerías del gas?
- —No, no hay ningún escape. Me han dicho que el fuego no ha llegado a salir de la habitación. Una mujer que estaba paseando al perro vio el humo y avisó.
  - —¿Dónde está?
  - -Allí. Se llama Nancy Long.
- —¿Nancy? Gina y yo fuimos con ella al colegio. —Reena la localizó entre la multitud y se acercó. Nancy sujetaba al terrier entusiasmado con la correa y el brazo de su marido con la otra mano.
  - -Nancy.
- —Reena. Dios, ¡es terrible! Pero dicen que el señor Minger no estaba en casa. No había nadie dentro. Vi el humo. Susie estaba tan pesada que al final me rendí y la saqué a dar un paseo. Estaba haciendo pipí y de pronto levanté la cabeza. O puede que lo oliera, no sé, pero el caso es que levanté la cabeza y vi que salía humo por la ventana. No sabía qué hacer y me entró pánico. Corrí hasta la puerta y me puse a aporrearla y a llamarle. Y luego fui corriendo a casa. Ni siquiera fui capaz de marcar yo misma el número de lo que me temblaban las manos. Tuve que llamar a Ed y pedirle que lo marcara él.
- —Es posible que hayas salvado la casa de John. Y si hubiera estado dentro, seguramente le habrías salvado la vida.
  - -No lo sé. Todo esto me pone mala.
- —¿Has visto a alguien? ¿Alguien que caminara por la calle, o que se alejara en coche?
  - -No. no vi a nadie. Al menos en ese momento.
  - -¿En ese momento?

- -Bueno, no había nadie en la calle aparte de mí.
- -i,Viste a alguien antes?
- —Tratar de adiestrar a un cachorro significa que tienes que salir bastante. Antes de acostarnos saqué a Susie pensando que era el último paseo de la noche. Acababa de abrir la puerta para volver a entrar cuando vi a un hombre que pasaba a pie. Pero eso fue antes, alrededor de las doce.
  - -¿No lo reconociste?
- —No. Y no me hubiera fijado de no ser porque miró hacia nosotras cuando yo le estaba hablando a Susie y nos dedicó una especie de saludo. Y yo pensé: « Esta noche va a haber alguna afortunada» .
  - -; Afortunada?
- —Llevaba una de esas cajas largas y blancas con flores, y yo pensé que Ed ya nunca me trae flores.
  - -i,Y eso fue hacia medianoche?
  - —Sí
  - -Te voy a enseñar una fotografía, Nancy.

Reena estaba en la cocina de John, mirando la servilleta de Sirico's que había en el mármol. Colocó la tarjeta con el número de prueba en su sitio y luego lo metió en una bolsa.

- —John viene de camino. —O'Donnell cerró su móvil—. Tardará unas dos o tres horas. ¿Quieres que empecemos con esto o esperamos a que llegue?
- —¿Puedes ocuparte tú por ahora? Quiero ir a ver cómo está mi familia y luego llevaré lo que he encontrado al laboratorio.
  - —Coge un uniforme.
- —Eso había pensado. Joey podía haber esperado. Haber dejado pasar uno o dos días, asegurarse de que John estaba en casa. Pero lo que quería es tenernos arriba y abajo esta noche. Solo estaba esperando a que entendiera que se trata de él.
  - -Hay una unidad vigilando tu casa, por delante y por detrás.

Ella consiguió sonreír.

- —Eso le molestará. —El estómago se le puso tenso cuando su teléfono sonó —. Hale.
  - -Es una pena que no estuviera en casa. Ahora se estaría friendo.

Le hizo una señal a O'Donnell.

- -Debe haber sido un disgusto para ti, Joey.
- —Bueno, con la puta del poli tengo suficiente por esta noche. Pensé en ti mientras me la tiraba. Cada vez que la violaba, pensaba en ti. ¿Has recibido los mensaies?
  - —Sí, los tengo.

- —El del sombrero de chef es tu viejo, ¿verdad? La madre tan sexy que tienes lo dibujó. —Rio al ver que ella no decía nada—. Tienes otro esperándote, en la clínica de tu hermano. Será mei or que te des prisa.
- —Dios, maldita sea. —Cortó la llamada y marcó el 911—. La clínica donde trabajan mi hermano y su mujer. Está a dos manzanas de aquí.
  - -Yo conduzco -dijo O'Donnell, y los dos salieron a toda prisa de la casa.
- La carta de vinos de Sirico's estaba en la cuneta, y el edificio estaba en llamas.
- —Voy a ponerme el traje. —Abrió el maletero y sacó su equipo—. Intentaré ayudar.
  - —Reena.

Era tan inesperado que O'Donnell la llamara por su nombre que se detuvo.

- —Llevas ¿cuánto, dieciocho horas con esto? Deja que se ocupen los bomberos.
- —Nos está haciendo correr en círculos. —Cerró el maletero de un golpe—. No puede atacar directamente el restaurante, o a mi familia o a mí, por eso hace esto. Para fastidiarme.

Se quedó plantada un momento, con el casco en la mano y el fuego bailando ante sus ojos.

- —Está atrapado, ahora está atrapado en todo esto —declaró con firmeza—. Y no puede parar. Resulta tan hipnótico y atractivo...
- $-_{\ell}$ En qué otro sitio podría atacar? Lo hemos puesto todo bajo protección policial.

El humo hizo que a Reena le lloraran los ojos.

- —La escuela, Bo... aunque creo que lo de Bo fue un golpe de suerte para él. Solo fue una forma de darme un toque. La mujer de Umberio, John. Y ahora Xander.
  - -Va abriéndose paso hacia ti.
- —Yo estoy al final de la cuerda. Se está vengando, pero no sigue un orden. Lo de Xander tendría que haber pasado después del incendio en la escuela. Porque él era el siguiente paso. Luego mi padre, el restaurante y así sucesivamente. Así que va saltando de una cosa a otra, aunque de todos modos sigue un patrón.
- —Su antigua casa. También forma parte de esto —añadió cuando Reena se volvió a mirarlo—. Fueron allí a llevarse a su padre, que ya no volvió. Y su madre le sacó a él de allí.

Reena arrojó el casco al interior del coche.

—Esta vez conduzco y o.

Las llamas salian por las ventanas de la primera y segunda planta de lo que en otro tiempo fue la casa de los Pastorelli. No se oían alarmas, ni gritos, ni gente. Solo estaba el fuezo. llameando en la oscuridad.

- —¡Da el aviso! —le gritó Reena a O'Donnell; luego cogió el casco y fue a buscar el material del maletero—. Ahí dentro hay dos personas... seguramente en el dormitorio. Voy a entrar.
  - -Espera a los bomberos.
- —Tengo que intentarlo. Podrían estar vivos, atrapados. No pienso dejar que se queme nadie más esta noche.

Cogió un extintor y, en alguna parte de su cerebro oyó la voz de O'Donnell informando de la situación y dando la dirección. Cuando subió corriendo los escalones de la entrada. iba detrás de ella.

- —Podría estar ahí dentro. —O'Donnell llevaba su arma en la mano—. Yo te cubro
  - -Ocúpate de la planta baja -le espetó ella-. Yo voy a subir.
- Joey había dejado la puerta sin cerrar, Reena se dio cuenta. Como si la estiviera invitando a entrar y ponerse cómoda. Sus ojos buscaron los de O'Donnell. hizo una señal con la cabeza v entró.

Dentro había luz, la luz que entraba de la calle, franjas plateadas de luz de luna. Sombras y siluetas del mobiliario y puertas sobre las que Reena paseó los ojos y el arma con el corazón en un puño.

Luego subió corriendo las escaleras con el estómago encogido, mientras el humo corría por el techo.

Cuanto más subía, más se acumulaba el humo, se espesaba y se cocía formando un sucio brebaje. El sonido del fuego era como el susurro de la espuma furiosa del mar, que sabes que puede convertirse en una ola destructora. Tocó una puerta cerrada para comprobar si estaba caliente. Estaba fría. Comprobó con rapidez el interior y siguió avanzando por el pasillo.

El fuego bailaba por el techo, sobre su cabeza, rodeaba la puerta como un marco dorado. Le lamía disimuladamente las botas.

Se oyó a sí misma lanzar un grito amortiguado de miedo mientras disparaba el extintor contra las llamas. Se oían las sirenas. Nadie contestó a sus gritos. Se

armó de valor, cogió aire y atravesó la pantalla de fuego.

La habitación estaba ardiendo, como si fuera una ventana al infierno. El fuego subía del suelo, trepaba por el tocador, y había engullido ya el jarrón de flores que había encima. Por un instante, Reena se quedó allí en medio, rodeada por las llamas, su luminosidad y su calor, el color, el movimiento, la fuerza.

Sus armas para combatirlo eran tan pequeñas, tan míseras... Reena lo sabía. Y. lamentablemente, va era tarde.

Joey no había prendido la cama. La había reservado para que ella la viera.

Pero los había preparado, por supuesto. Después de dispararles, los había incorporado para que pareciera que estaban mirando. Un público cautivo de la majestuosidad del fuego.

Reena se movió. Una parte de su mente se quedó petrificada, horrorizada y fascinada. Pero se movió y se puso a rociar la cama con el extintor, aun a riesgo de quemarse. Tenía que asegurarse. Asegurarse de que realmente era tarde.

-; Vuelve! ¡Sal de ahí!

Reena se giró al oír a O'Donnell. Una parte de su cabeza lo vio ante la puerta, enmarcado por la violenta danza de las llamas. Tenía el rostro manchado de sudor y humo, pero sus ojos la miraban con dureza.

Había guardado su arma en la pistolera y ahora llevaba en las manos un extintor casero

—Están muertos. —Reena gritó tratando de hacerse oír por encima del rugido de las llamas, pero su voz le sonó apagada—. Los mató en la cama.

Por un momento los dos se miraron, con ese destello de rabia y disgusto.

—Salvemos lo que podamos. —Levantó el extintor—. Ese es nuestro trabajo. —Y tiró de la maneta.

La explosión arrojó a Reena sobre la cama. Por un momento, se quedó tirada sobre los muertos, aturdida, sin acabar de comprender.

Luego se puso a gritar el nombre de su compañero, mientras arrancaba la sábana ensangrentada de la cama y pasaba una vez más por la pantalla de fuego de la uuerta.

Sabía que lo había perdido, lo sabía incluso cuando arrojó la sábana y su propio cuerpo sobre el fuego que lo había engullido.

El agua llegó desde su espalda, ahogando el fuego, mientras los bomberos entraban en aquel infierno personal.

- —Sabía que yo entraría primero —Reena estaba sentada en el bordillo. Se había quitado la mascarilla de oxígeno que Xander le había puesto—. Esa gente de ahí arriba... no significaba nada para él. Por eso les disparó en lugar de dejar que se quemaran. No significaban nada. Pero sabía que yo subiría primero.
  - -No podías hacer nada, Reena.

- —Ha matado a mi compañero. —Cerró los ojos con fuerza, apretó el rostro contra las rodillas. Siempre, siempre lo recordaría quemándose, su cuerpo devorado por el fuego.
- « Ese es nuestro trabajo». Las últimas palabras que había dicho. Y se preguntó si sería capaz de hacer el trabajo que había matado a su compañero. El dolor y el sentimiento de culpa le corroían el estómago.
- —El muy cabrón sabía que yo subiría hasta el fuego. Y manipuló ese extintor casero, imaginándose que O'Donnell u otra persona lo utilizaría. En la cocina, seguramente estaba en la cocina. Bien visible. Siempre nos movemos por instinto. Lo coese y lo usas. Si hubiera esperado antes de entrar...
- —No digas eso. —Xander la aferró por los hombros, y la hizo mirarle a los ojos—. No digas eso, Catarina. Hiciste lo que tenías que hacer, igual que O'Donnell. Aquí solo hav un culnable.

Reena se volvió para mirar a la casa. La guerra aún no había terminado, pero ella era una víctima más. Había perdido a su compañero en aquella habitación. Había perdido su corazón, y temía haber perdido también la sangre fría.

- —Los ha matado solo para demostrarme que podía hacerlo. Para que lo viera. O'Donnell solo ha sido como la guinda del pastel. Hijo de puta.
- --Necesitas descansar, Reena. Tienes que dormir un poco. Te llevaré a casa de mamá, y te daré un sedante.
- —No, nada de eso. —Volvió a apoyar la frente en las rodillas. Tratando de contener las lágrimas, porque sabía que si dejaba escapar una sola no podría retenerlas. Quería sentirse furiosa, sentir la ira quemarle la sangre, pero lo único que había era una pena terrible y desmoralizadora.
- « Eran jóvenes» , pensó. Más jóvenes que ella. Y Joey los había matado a sangre fría en su propia cama y luego los había colocado como si fueran unos simples muñecos.

Aquella imagen la perseguiría el resto de su vida. Igual que la imagen de un buen hombre, un buen policía y un buen amigo devorado por el fuego.

Volvió a levantar la cabeza y miró a su hermano a los ojos.

-Te dije que no salieras. Te dije que era importante que no salieras.

Podía haber sido su hermano, pensó. Su madre, su hermana, su padre. Ese era el mensaje que Joey quería hacerle entender con la muerte de O'Donnell. Podía haber elegido a cualquiera, y aún podía hacerlo.

—Creo que soy la menor de tus preocupaciones. —Xander le puso la mano en la mejilla—. Uno de los agentes se ha llevado a An y el niño con mamá. Tenemos agentes que nos protegen.

Aquella vez también le tocó la cara de aquella forma, recordó Reena. Veinte años atrás, cuando Joey le pegó y estaba tirada en el suelo, llorando. Su hermano le había puesto la mano en la mejilla. Olía a polo de uva.

El dolor que sentía en el corazón le subió a la garganta, a los ojos.

-Xander, ha quemado tu clínica.

Su hermano apoy ó la frente contra la de ella, y Reena lo abrazó.

- —No pasa nada. Todo irá bien.
- —Oh, Dios, Xander. Si no le detenemos irá a por ti, irá a por todos vosotros. O'Donnell casi era como mi familia. Joey lo sabía. Él no tuvo nada que ver en lo que pasó hace veinte años. A él no le ha matado por venganza, sino por la relación que tenía conmigo. No sé cómo parar todo esto. Estoy muy asustada. El temblor empezó en los dedos de los pies y fue subiendo, y Reena se cogió a las manos de su hermano como si quisiera evitar caerse hecha pedazos—. No sé qué hacer. Xander. No sé qué hacer.
  - -Tenemos que ir a casa. Tenemos que...

Xander se interrumpió, y él y Reena se volvieron a mirar. Bo estaba tratando de abrirse paso entre la gente y las barreras, llamándola a gritos. Ella se puso de pie, temblando, hasta que su hermano la sujetó.

- -Espera aquí. Voy a buscarle.
- —No. —Reena clavó sus ojos en Bo—. No puedo seguir sentada.

Reena fue tan deprisa como pudo, mientras Bo se debatía con dos policías de uniforme que le cerraban el paso, aunque era como si estuviera nadando en gelatina.

-Está conmigo, no pasa nada. Está con...

Bo se soltó, sofocando sus palabras en un abrazo.

- —Dijeron que habías entrado. —Sus brazos se cerraron alrededor de ella, la dejaron sin aire—. Dijeron que habías entrado. Que había un policía herido. ¿Estás bien? —La apartó un momento, palpando—. ¿Estás herida?
- —No. Ha sido O'Donnell. —Las lágrimas le nublaron la vista—. Está... está muerto. Está muerto. Joey manipuló un extintor y le explotó en las manos. Explotó y el fuego... No pude salvarle.
- —¿O'Donnell? —Reena vio que el miedo de sus ojos se convertía en pesar—. Oh, Dios, Reena. —La acercó a él y la abrazó con fuerza—. Lo siento, lo siento. Oh, Dios, la señora M.
  - —¿Cómo?
- —Su hermana. —Y se meció con ella, en la calle, rodeados de humo y muerte—. Reena, lo siento. Me siento fatal. Lo siento mucho. —Y también se alegraba de que no hubiera sido ella. El alivio y el dolor hizo que la abrazara más fuerte—. ¿Qué puedo hacer?
- —Nada. —El aturdimiento volvía. Aquella sensación sorda de pena—. Está muerto.
  - -Pero tú no. -La apartó para mirarla-. Estás viva. Estás aquí.
  - -No puedo pensar. Ni siguiera sé si puedo sentir. Solo estov ...

Él volvió a interrumpirla, aunque esta vez fue su boca la que frenó sus palabras.

- —Sí, sí que puedes. Pensarás y sentirás y harás lo que tienes que hacer. —Le besó la frente—. Nada más.
- « Salvemos lo que podamos», pensó. Y esa frase la ayudó a recuperar el equilibrio.
  - -Tú me das equilibrio, Goodnight -musitó.
  - —¿Qué?
  - Ella meneó la cabeza.
- —¿Qué haces aquí, corriendo por la calle como un loco? ¿Es que nadie piensa hacerme caso?
  - Él siguió acariciándola, acariciándole el pelo, la cara, las manos.
- —Soy más joven y más rápido que tu padre. Conseguí dar esquinazo a los policías que vigilaban la casa. Tu padre no.
  - -Mierda. -Se dio la vuelta v estudió la escena.
- El fuego destruiría las dos plantas. Mordisquearía un poco las casas vecinas, marcaría sus vidas. Pero no se llevaría a nadie más esa noche, allí no. Y por el momento también había terminado con ella
- « Ese es nuestro trabajo», había dicho O'Donnell. Nuestro trabajo. Y su trabajo era hacer algo. Estudiar, observar, diseccionar. Descubrir quién y por qué, no quedarse sentada en el bordillo sacudiéndose por el dolor y la impresión.
- —Dame un minuto. —Oprimió el brazo de Bo y fue a hablar con Younger, que había acudido a la zona en cuanto supo de la muerte de O'Donnell—. Voy a ver cómo está mi familia. Si vuelve a llamar, te avisaré enseguida.
- —Se ha llevado a uno de los nuestros. —Tenía una expresión helada como el invierno—. Se ha llevado a un poli. —Levantó los ojos al cielo—. Es hombre muerto.
- —Si, pero es posible que no haya terminado aún con nosotros. Lo tenemos todo cubierto. Necesito asearme. —Se desabrochó la chaqueta de bombero—. Asearme, despejarme la cabeza. Si necesitas algo, puedes utilizar la casa de mis padres.
- —A lo mejor te tomo la palabra. El capitán viene hacia aquí. Le pondré al corriente y apostaré algunos agentes.
  - -Gracias.
  - El hombre le puso una mano en el hombro cuando ella ya se daba la vuelta.
- —Va siempre un paso por delante, Hale. Es imposible que mantenga este ritmo.
- $\ll$  ¿Seguro?», pensó Reena. Aquel hombre era como una jodida cobra, paciente, mortífero. Podía esconderse, pasar inadvertido durante años y volver a salir cuando le apeteciera.

Echó una última ojeada a la casa y se fue. No, no tenía que pensar aquello, no quería ser derrotista. Joey había ido demasiado lejos para detenerse y volver a esperar. Estaba demasiado cerca de su objetivo para un nuevo intermedio.

Guardó sus cosas en el maletero.

- —A lo mejor el detective Younger viene cuando termine aquí. Y John ya
  - --: Oué hacía en Nueva York? -- Bo buscó su mano y enlazaron los dedos.
  - -Buscaba a Joe Pastorelli. Tiene cáncer de páncreas. Está en fase terminal.
- --Fastidiado. --Xander se acercó por el otro lado---. ¿Está recibiendo tratamiento?
- —Me ha dado la impresión de que no, y es posible que Joey piense que tiene algún tumor que está haciendo que el tiempo se le acabe.
  - -¿Es genético? -preguntó Bo.
  - -No lo sé. -El agotamiento le pesaba como una losa-. No lo sé. ;Xander?
- —Solo algo menos del diez por ciento de los casos es hereditario. El factor principal es el tabaco.
- —Qué ironía. Humo<sup>[1]</sup>, fuego, muerte. En cualquier caso, conoceré los detalles cuando John vuelva. Aunque ahora ya sabemos que seguramente eso es lo que ha movido a Joey a actuar, a tratar de terminar su obra. Mira, voy corriendo a casa por algo de rona limpia.
  - —Iré contigo.
  - -Hay policías allí.
  - —Iré contigo —repitió él, y rodeó el coche de Reena para subir con ella.

Ella levantó los ojos con exasperación.

—Sube —le ordenó a su hermano—. Te acercaré a casa de mamá. Esta noche no quiero que nadie vaya solo por la calle. Diles que estoy bien —añadió cuando arrancaba—. Que iré enseguida.

Reena vio que todas las luces estaban encendidas. Se apeó un momento para ir a hablar con los dos agentes que vigilaban la casa desde e coche patrulla. Luego volvió hacia su hermano con la cabeza ladeada.

—Fran, Jack, los niños, Bella, sus hijos. No me habías dicho que todo el mundo estaba aquí.

-Es lo que hacemos siempre.

Reena le besó en las mejillas.

—Entra y trata de tranquilizarlos. Dile... dile a mamá que rece un rosario por O'Donnell. Volveré dentro de un cuarto de hora.

Volvió a subirse al coche antes de que la viera alguien de dentro. Si empezaban a salir, no llegaría nunca a su casa.

- —Se mantienen unidos —dijo Bo cuando arrancaron—. Tenéis una base de granito, Catarina. Están asustados, están muertos de preocupación, pero no se vienen abajo.
  - —Quiere hacerles daño. Y me temo que eso hará que yo me venga abajo.
- —No, no lo hará. Creo que, ya que voy a liarme con todo eso del « matrimonio» ... eh, y lo he dicho. Si voy a liarme con todo eso de casarnos y

tener críos, quiero que lo hagamos con una base sólida.

- -Bueno, has elegido un momento algo extraño, pero si me estas pidiendo...
- —No. no. Tú me lo pediste. Yo solo te estov contestando.
- —Ya
- —Aunque no he visto ningún anillo. Esto no será oficial hasta que me compres un anillo.

Ella paró, frenó en mitad de la calle y apoyó la cabeza contra el volante. Y se echó a llorar.

- —Eh, oh, venga, no llores. —Bo tiró de su cinturón de seguridad y giró en su asiento tratando de abrazarla
- —Solo será un momento. Pensé que lo iba a perder en esa casa en el dormitorio. Cuando vi lo que les había hecho. Les disparó y luego los colocó como si fueran muñecos.

## --: Cóm o?

—Carla y Don Dimarco. No los conocía mucho. Compraron la casa hace solo unos meses. Una pareja joven con su primera casa. Su madre y la madre de Gina fueron juntas a la escuela. —Se incorporó y se secó las lágrimas— No quemó la cama. Y los vi. Vi las almohadas que utilizó para amortiguar el sonido de los disparos. Yo estaba allí, rodeada por el fuego, y supe que había entrado mientras dormían, les puso las almohadas sobre la cara... calibre pequeño. Un agujero pequeño, solo un pequeño agujero.

Bo no dijo nada, se limitó a cogerla de la mano.

- —Estaba por todas partes. El fuego estaba por todas partes. El calor, el humo, la luz. Y te habla, puedes oír cómo murmura, cómo canta y ruge. Porque tiene su propia voz. Y me fascina, me atrae. Siempre lo ha hecho, desde aquella noche cuando estaba en la acera con un ginger ale en la mano y vi cómo bailaba detrás del cristal en Sirico's. Comprendo el... el apego que Joey le tiene al fuego —dijo, y se volvó hacia Bo.
- » Entiendo por qué lo ha elegido, o por qué el fuego ha elegido a Joey. Veo con claridad los escalones que hemos subido para llegar hasta aquí, todos nosotros. Pero ahora, después de lo de O'Donnell, me siento como si estuviera en el borde. En esa habitación he perdido mi estabilidad, cuando he visto a esa gente, que lo único que había hecho era comprar una casa en un barrio bonito. Los estaba mirando, sintiendo el calor del fuego, y la he perdido, y luego mi compañero estaba en la puerta, tratando de apartarme del borde, recordándome que teníamos un trabajo que hacer. Y ha muerto por ello.

Con un estremecimiento deió escapar un suspiro.

- —Sé lo que está haciendo, y por qué. Y lo entiendo. Porque a mí también me fascina el fuego.
- —¿No me digas que tienes la estúpida idea de que tú y ese cabrón tenéis algo en común?

- —Lo tenemos, y más de una cosa. Pero gracias a Dios yo tengo esa base de granito. Y ahora te tengo a ti. Te lo he dicho Bo, tú me das estabilidad. Si pierdo el equilibrio, tú me ayudarás a recuperarlo. Si no ¿por qué ibas a estar sentado aquí conmiso en una noche tan infernal. hablándome de matrimonio y de hijos?
- —¿Quieres que te lo diga? —ladeó una cadera, se sacó un pañuelo y lo usó para secarle las mejillas—. Me he pasado buena parte de la noche en casa de tus padres, sentado, de pie, andando arriba y abajo. Viendo cómo tu familia hacía lo mismo. Y me he dado cuenta de que, cuando quieres a alguien, cuando ese alguien es la cosa más real y más importante de tu vida, no basta con dejarse llevar. Tienes que cavar los metros que haga falta y empezar a construir a partir de ahí. Si quieres algo que dure, tienes que romperte la espalda. —Le besó la mano—. Y vo tengo una espalda muy fuerte.
- —Yo también. —Ella también le besó la mano y luego se echó el pelo hacia atrás y volvió a arrancar el coche—. ¿Qué clase de anillo quieres?
- —Que sea chillón, algo que pueda enseñar a mis amigos para que se mueran de envidia

La risa sonó ronca en su garganta.

Aparcó detrás del coche patrulla que había delante de su casa.

- —Voy a hablar un momento con ellos y luego entraré a coger unas cosas. ¿Por qué no te quedas aquí y empiezas a pensar cómo será la boda de tus sueños? Seguro que te queda muy bien el traje de novia.
  - -No sé si será un poco excesivo. No sería apropiado que y o vista de blanco.

Reena sacó su placa, y entonces reconoció al agente que bajó del vehículo de radio

- -Agente Derrick
  - -Detective. El muy cabrón ha matado a O'Donnell.
  - —Sí. —Reena recuperó la compostura—. ¿Desde cuándo están aquí?
- —Desde las dos. Hay un coche patrullando la zona, pero como parece que la intención de ese hombre era llegar hasta aqui, dejamos el incendio de la clínica para encargarnos de la vigilancia. Hay dos agentes más cubriendo la parte de atrás. Y entramos a comprobar el interior cada cuarto de hora.
  - -¿Cuál es la situación?
- —Todo tranquilo. Algunos vecinos salieron cuando oyeron las sirenas. Algunos se pusieron a curiosear por la acera. Pero los dispersamos.
- —Voy adentro para coger algo de ropa. Mi... —iba a decir amigo, pero cambió de opinión— mi novio está en el coche. Gracias por haber venido, agente.
  - -No hay problema. ¿Quiere que entre con usted?
- —No pasa nada. Estaré enseguida. Avise a los agentes de la parte de atrás de que entro.
  - —Lo haré

Haciendo tintinear sus llaves, Reena cruzó la acera y empezó a subir los escalones.

« Cuatro incendios provocados en seis horas», pensó. ¿Es que además de venganza, también quería conseguir el récord Guinness?

Conocía el barrio, así que eso jugaba en su favor, pero seguía siendo un trabajo rápido. Condenadamente rápido.

Reena abrió la puerta y entró, encendió la luz. Dejó las llaves mientras volvía a visualizar el mapa en su cabeza.

Fells Point, entrada hacia las seis y media. Salida entre las nueve y cuarto y las nueve y media. Había tenido tiempo de sobra para entrar en la casa de John y preparar el incendio. Tuvo que salir de allí después de medianoche. Muy justo, con el tiempo muy justo para llegar a los otros lugares. El fuego estaba en pleno apogeo cuando llegaron a la clínica. minutos después de la llamada de Joev.

« Minutos», pensó mientras subía las escaleras. Y solo unos minutos más tarde —¿cuántos, cinco?— ella y O'Donnell salieron corriendo hacia la antigua casa de los Pastorelli.

No es solo que fuera siempre un paso por delante. Nadie podía ser tan bueno, o tan rápido. ¿Un cómplice? No, no encajaba. Aquello era su misión, su obsesión. No la habría compartido con nadie.

Pero había provocado un incendio en la clínica, recorrió dos manzanas, se coló en su antigua casa, mató a dos personas, dejó en su sitio el extintor manipulado y provocó otro incendio que estaba en pleno apogeo cuando ella llegó.

Porque primero había matado a Don y a Carla. Antes de la clínica. Porque había provocado los dos incendios utilizando temporizadores. Probablemente activó el incendio de la clínica antes de ir a casa de John. « Ese es el patrón», pensó. Xander, luego John.

Hasta ese momento no se había dado cuenta. Y eso era porque no había dejado de correr arriba y abajo, como él quería. Porque Joey los había tenido a todos corriendo arriba y abajo tratando de contener unos incendios que eran una distracción, además de puntos en su marcador.

Y no se había dado cuenta de otras cosas, pensó, porque estaba demasiado afectada.

« Desde las dos» . Eso es lo que Derrick había dicho. Estaban allí desde las dos

Las manos empezaron a sudarle. Se dio la vuelta, echando mano de su arma, decidida a bajar corriendo y salir de la casa.

Él salió de la puerta que Reena tenía delante, con una camiseta de Sirico's. Y un arma de calibre 22.

—Es hora de que conozcas la gran sorpresa. Yo de ti sacaría esa pistola muy despacio, Reena. Déjala caer al suelo. Ella levantó las manos. « Nunca entregues tu arma —pensó—. Nunca debes entregar tu arma» .

- -Hay policías fuera, Joey.
- —Si, los he visto. Dos delante y dos detrás. Llegaron unos diez minutos después que yo. Una noche movidita, ¿verdad? Tienes hollin en la cara. Fuisteis a mi casa, ¿a que si? Sabía que iríais. Te he estudiado bien a fondo. ¿Llegaste a ellos antes que el fuego?
  - —Sí

Él puso una amplia sonrisa.

-¿Y tu compañero?

Feliz, así es como lo veía. Y pensaba mandarlo al infierno por eso, costara lo que costase.

- —Ahora has matado a un policía, Joey. Estás acabado. Todos los policías de Baltimore van a ir a por ti. No podrás escapar.
- —Yo creo que sí. Pero incluso si no lo hago, al menos habré acabado lo que empecé. La pistola.
- —Si utilizas la tuya, los agentes estarán aquí antes de que haya tenido tiempo de caer. No creo que sea esa la forma en que quieres acabar con esto. No era esa la idea, ¿verdad? Lo que importa es el fuego. No te darás por satisfecho hasta que me veas quemarme.
  - -Y te quemarás. Apuesto a que tu compañero ha quemado muy bien.

La imagen se apareció por un momento en su cabeza, y Reena la apartó enseguida. Pero le quemó la sangre como un hierro candente.

Oh, podía sentir, y podía pensar. Y Joey la había juzgado mal.

—Sé lo de tu padre, lo del cáncer.

La ira destelló en su rostro.

- -No hables de mi padre. Ni lo menciones.
- —A lo mejor crees que tú también lo tienes. Que lo has heredado de él. Pero las posibilidades son mínimas, Joey. Se podrían contar con los dedos de una mano.
- —¿Y tú qué sabes? Se lo está comiendo por dentro. Se ve, se huele. No pienso pasar por lo mismo, y no voy a dejar que él lo haga. Me ocuparé de él antes de que el cáncer lo mate. El fuego lo purificará.

Reena comprendió horrorizada que iba a quemar a su padre.

- —No podrás ay udarle ni purificarle si mueres aquí.
- —Puede. Pero él me enseñó a ser perfecto. Y creo que podré escapar. Si tú te quemas, vendrán corriendo y yo saldré sin que me vean. Como el humo. —Dio un paso adelante; ella dio un paso atrás—. Un disparo en el vientre seguramente no te matará, al menos no enseguida. Pero te dolerá. A lo mejor lo oyen. Una pistola pequeña como esta no hace mucho ruido, así que a lo mejor no lo oyen. Sea como fuere, tendré tiempo. Lo tengo todo preparado.

La empujó hacia el interior de la habitación y encendió la luz.

Había materiales combustibles y chimeneas por el suelo y la cama.

La cogió del pelo y la obligó a ponerse de rodillas con la pistola en la sien.

- —Un sonido, un solo movimiento, y te meto una bala en el cerebro, y luego te quemaré.
  - « Sigue con vida» , se ordenó Reena. No podía acabar con él si estaba muerta.
  - —Tú también arderás.
- —Si eso pasa, no se me ocurre una forma mejor de marcharse. Estoy deseando saber cómo es desde los doce años. —Le sacó su pistola de policía de la pistolera y la arrojó a un lado—. El disparo suena demasiado fuerte —le dijo—. Y tú también lo estabas deseando. Entrar en el fuego, dejar que te consuma. Ahora podrás saberlo. Mira, esto es lo que vamos a hacer. Vas a llamar a tu padre y le dirás que venga. Oue quieres hablar con él en privado.
- « No sabe que solo he venido a buscar ropa limpia. Que me están esperando» .
  - -¿Para qué?
  - —Él se quema, tú te quemas v se acabó. El círculo se cierra.
  - -- ¿Crees que voy a traer a mi padre hasta ti?
- —Mató a mi padre. Tiene que pagar. Tú decides. O le llamas y lo sacrificas, o me los llevaré a todos. A toda la familia. —Le cogió el pelo con el puño y tiró hasta que Reena empezó a ver las estrellas—. La mamá, el hermano, las hermanas, los pequeños mocosos. Hasta el último. Así que tú decides. O tu padre o todos
- —Lo único que mi padre hizo fue defenderme, como se supone que hacen los padres.
- —Humilló a mi padre. Hizo que lo sacaran de casa y lo metieran en una celda.
- ---Eso se lo hizo tu padre sólito en el momento en que encendió una cerilla en el restaurante
- —No lo hizo él solo. No lo sabías, ¿verdad? —La sonrisa se hizo más grande, hasta que animaba todo su rostro—. Aquella noche me llevó con él. Me enseñó cómo crear el fuego. ¡Me enseñó lo que hay que hacer con la gente que se mete contigo! —La golpeó con el dorso de la mano y se colocó a horcajadas sobre ella —. Estás temblando. —Ahora la voz le temblaba por la risa—. Estás temblando, igual que aquel día. Cuando tu padre llegue, pienso follarte delante de él. Le voy a enseñar lo puta que es su preciosa hija. —Le desgarró la camisa y le apretó la pistola bajo la mandibula.

Reena se oy ó gimotear, trató de no resistirse.

—¿Te acuerdas de cuando te hice aquello en el patio? Pero ahora sí que tienes tetas. —Le apretó los pechos con la mano, frunció los labios con una expresión burlona de aprobación—. Bonitas. Si no colaboras, le haré lo mismo a tu madre, a

tus hermanas, incluso a esa asiática muerta de hambre con la que se ha casado tu hermano. Y luego está la putita de tu sobrina. Las jovencitas son las más suculentas

- —Te mataré. —Por dentro Reena se sentía fría y dura como una piedra. No había tenido que buscar la ira. Había estado alli desde siempre, esperando—. Antes te mato.
- —¿Quién tiene la pistola, Reena? —Le pasó el cañón por el cuello—. ¿Quién tiene el poder? —Le apretó el cañón con fuerza bajo la mandibula—. ¿Quién tiene el jodido control?
- —Tú. —Le mantenía la mirada, buscó valor en aquella roca de ira. Hazlo—. Tú lo tienes. Joev.
- —Tienes toda la razón. La vida de tu padre por la del mío, perra. Si renuncias a él. dejaré que los otros vivan.
- —Lo llamaré. —Reena dejó salir las lágrimas, dejó que su cuerpo se sacudiera... que Joey viera lo que esperaba ver. Debilidad y miedo—. Antes morirá que dejar que hagas daño a ninguno de ellos.
  - -Me alegro por él.

Él se apoy ó en el otro pie. Reena contó las veces que respiraba.

Se sentó lentamente, mirándolo con los ojos llorosos, esperando que solo viera derrota y súplicas.

Mientras las lágrimas le caían por el rostro, levantó la mano como si quisiera cerrarse la camisa para cubrirse. Con un movimiento del antebrazo le golpeó la mano en la que llevaba la pistola, mientras con la otra trataba de asestarle un puñetazo en la cara. Oyó la pistola al caer al suelo, y luego vio más estrellas, porque Joey cayó encima de ella.

En el coche, Bo tamborileaba con los dedos sobre el volante. ¿Por qué demonios tardaba tanto? Volvió a mirar hacia la ventana de la habitación y vio la luz encendida. Consultó su reloj... otra vez.

Si tardaba mucho más, pensó, entre la hora y la inactividad se iba a quedar dormido

Se apeó del coche y se acercó al coche de policía, a la ventanilla del asiento de pasajero.

- —Voy a entrar, ¿de acuerdo? Debe de estar llenando un baúl y no cogiendo una muda limpia.
  - -Muieres.
  - —¿Qué se le va a hacer?

Bo sacó sus llaves. Tenían que plantearse lo de las casas, pensó, observando las dos mientras caminaba hacia los escalones. ¿Vender una, y cuál? ¿Mantenerlas las dos y combinarlas? Sería un trabajo interesante, pero al final

tendría una casa inmensa.

Contuvo un bostezo y abrió.

-Eh, Reena, ¿es que has decidido que nos fuguemos y estás recogiendo el ajuar? Aunque, bueno ¿qué es exactamente eso del ajuar?

Había cerrado la puerta y había llegado al pie de las escaleras cuando la oyó gritar su nombre.

A Reena la nariz le sangraba. Notaba el sabor de la sangre en la boca mientras luchaba con todas sus fuerzas. Joey la había golpeado con el pie, o eso le pareció, pero Reena no podía sentir nada que no fuera rabía y terror. Le arañó la cara. trató de arrancarle los ojos.

Ella no era la única que sangraba.

Pero él era más fuerte, y la estaba venciendo.

Cuando ov ó la voz de Bo consiguió em itir un grito.

-;Bo! ¡Vete! ¡La policía!

Joey se apartó de ella. Tratando de coger la pistola. « Oh, Dios, la pistola» .

Reena tenía la visión borrosa, sus pulmones estaban prácticamente cerrados. Las lágrimas le rodaban sobre la sangre de la cara, pero se arrastró hacia la puerta, tratando de llegar a su pistola.

Oyó el retumbar de unos pies. ¿O era su corazón? Rodó sobre el suelo, sujetando el arma con las dos manos. Y vio horrorizada que Joey no había cogido su pistola.

- -No, por favor. ¿No lo hueles? Te encenderás como una tea.
- —Tú también. —Sostenía la cerilla encendida en alto—. Ahora veremos cómo es

Y la dejó caer sobre el charco que había en el suelo. Hubo una llamarada, un rugido de libertad. Y Joey se arrojó a las llamas.

Reena rodó por el fuego, que saltaba hacia ella. Gritó cuando el fuego quiso alcanzarle las piernas. Bo la estaba arrastrando, apartándola, tratando de contener las llamas con las manos, con el cuerpo.

—El armario de la ropa blanca, hay mantas. —Jadeando, Reena se quitó los pantalones, que estaban humeando—. No toques el extintor, podría haberlo manipulado. Corre. Date prisa.

Fue andando a cuatro patas hacía atrás, con los dientes castañeteándole.

Joey estaba gritando, profiriendo sonidos terribles e inhumanos mientras giraba por la habitación.

Renna vio, o creyó ver, y siempre vería los ojos de Joey clavados en ella a través de las llamas que consumían su rostro.

De alguna manera avanzó hacia ella. Un paso, dos, hacia la puerta.

Y entonces se cavó, con el fuego engulléndolo como un mar agitado.

Ya llegaban. Los policías echaron la puerta abajo. Las sirenas no tardarían en oírse. Los camiones, las mangueras, los héroes con sus trajes de bombero.

Se apoy ó contra la pared y lo vio arder.

-- Apágalo -- murmuró cuando Bo volvió a entrar corriendo--. Por Dios, apágalo.

## Epílogo

Estaba sentada ante la mesa de la cocina de su madre, bebiendo vino frío con una manta echada sobre los hombros. No necesitaba que su hermano doctor le dijera que estaba bajo los efectos de un shock No quería ir al hospital, no quería sedantes

Lo único que necesitaba era estar allí.

La pomada que An le aplicó sobre las quemaduras era una maravilla.

- —Las costillas están magulladas, pero no parece que haya nada roto. Xander miró su rostro magullado con el ceño fruncido—. Maldita sea, Reena, tienes que hacerte unas radiografías.
  - —Después, doctor.
  - —Segundo grado. —Y le vendó con cuidado los tobillos—. Has tenido suerte.
- —Lo sé. —Levantó el brazo hacia atrás, buscando la mano de Bo, le sonrió a su padre—. Lo sé.
- —Ahora va a comer y descansará. Por el momento no puede trabajar. Bianca le hablaba a Younger.
- —No, señora. Arreglaremos todo esto por la mañana —le dijo a Reena—. Cuando estudiemos las diferentes escenas, encontraremos los temporizadores. No creo que quisiera morir, al menos hasta el final. Él... no podía permitir que lo humillaran. Que le hicieran agachar la cabeza como a su padre. No podía soportarlo, ni tampoco la idea de una muerte lenta. Así que eligió.
- —Tienes que comer. Te voy a preparar unos huevos y todos vais a comer. Bianca abrió la nevera, y entonces se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar.

Gib se iba a acercar, pero Reena le dio unas palmaditas en el brazo y meneó la cabeza.

- -Déjame a mí.
- Hizo un aspaviento de dolor al levantarse, pero fue hasta su madre y la rodeó con sus brazos
  - -Mamá, no pasa nada. Todos estamos bien.
  - -Mi niña. Mi pequeña. Bella bambina.
  - -Ti amo, mama. Y estoy bien. Pero me muero de hambre.
  - -Va bene. Muy bien. -Se restregó las mejillas con las manos y luego besó

las de Reena-. Siéntate. Prepararé algo.

—Yo te ayudo, mama. —Bella pestañeó sorprendida ante sus propias lágrimas cuando Bianca la miró arqueando las cejas—. Aún me acuerdo de cómo se prepara un desayuno.

Si, aquello era lo que necesitaba. El ruido, el movimiento, los sonidos y los aromas de la cocina de su madre. Se comió lo que le pusieron delante con un anetito que la sornrendió y la complació.

Más tarde, encontró a su padre y a John sentados en los escalones de la entrada, tomando un café. El alba rompió sobre el barrio, en una bruma nacarada que presagiaba otro día de calor sofocante.

Nunca había visto nada más bonito.

- -Ha pasado mucho tiempo desde la primera vez que nos sentamos aquí.
- —En aquel entonces tomamos cerveza.
- —I a volveremos a tomar otro día
- —Yo me sentía deprimido aquel día. Y no sé muy bien cómo me siento hoy. Y me dijiste que era un hombre afortunado. Con una mujer y unas hijas muy guapas. Tenías razón. Me dijiste lo brillante que era Reena. Y también en eso tenías razón. Casí la pierdo. John. Anoche casí pierdo a mi pequeña.
  - -Pero no la has perdido. Y sigues siendo un hombre afortunado.
- —¿Tenéis sitio para uno más ahí fuera? —Reena salió—. Hoy hará calor. Cuando era pequeña me encantaban los días de verano. Se alargaban hasta bien entrada la noche. Yo me tumbaba en la cama y escuchaba. Fran que llegaba de una cita. El viejo señor Franco paseando a su perro. Johnnie Russo que pasaba haciendo ruido con la moto. Te pusiste muy duro con él por aquello, papá.

Se inclinó, le besó en la coronilla.

—En mañanas como esta, la gente sale temprano, antes de que el calor apriete. Van a pie hasta el parque o el mercado, se ponen a charlar junto a la verja de la parte de atrás de sus casas, o en los escalones de a entrada. Se van al trabajo. Riegan las flores o se ponen al día con las noticias si tienen el día libre. Si queréis mi opinión somos muy afortunados.

Durante un rato estuvieron sentados en silencio, viendo cómo el cielo se iluminaba. Luego John le dio una suave palmada en la rodilla.

- -Voy a casa y veré lo que tengo que hacer.
- —Siento lo de tu casa, John.
- —Yo siento lo de la tuy a.
- —Tenemos un montón de manos que te pueden ayudar —dijo Reena—. Y conozco un buen carpintero.

John se inclinó y la besó en la coronilla.

- —Tu compañero estaría orgulloso de ti. Estaremos en contacto. Cuídate, Gib.
- -Gracias, John, por todo.

Reena vio cómo se marchaba.

- -Él me ha ay udado a ser lo que soy. Espero que no te importe.
- —Viendo lo que eres, me parece muy bien. —Tenia lágrimas en los ojos Reena las veia brillar mientras su padre miraba al otro lado de la calle—. Tu madre v vo quizá estemos un poco sensibles un par de días, pero se nos nasará.
- —Lo sé. —Por un momento se apoyó contra él, sentada en los escalones, viendo la luz aumentar—. Tú también me has ayudado a ser lo que soy —le dijo —. Tú y mamá. Vì amo molto —y se apretó un poco más contra él—. Molto.

Él la rodeó con un brazo. Y le rozó el pelo con los labios.

- —¿Te vas a casar con ese carpintero?
- -Sí. Sí, me voy a casar.
- —Buena elección.
- —Eso creo. Y ahora voy a entrar, me despediré de todo el mundo y veré si puedo hacer que los demás se vayan también. A mamá y a ti también os iría bien dormir un poco.
  - -Sí, tienes razón.

Reena encontró a Bella sola en la cocina.

- -¿Cocinando y recogiendo?
- -Fran tiene contracciones. Mamá la ha llevado arriba.
- -: Está de parto?
- —Puede. O a lo mejor es una falsa alarma. Tiene a dos médicos con ella, su mamá y su marido. Está bien. —Bella levantó una mano, meneó la cabeza—. No quería decirlo así. —Tiró un trapo—. Es que no lo puedo evitar.
  - -Todos estamos cansados. Bella. Incluida tú.
- —La envidio. No solo su serenidad, envidio la forma en que Jack la mira. Es para derretirse. No es que no quiera que ella lo tenga. Pero me gustaría tener un poquito para mí.
  - -Lo siento.
- —No sirve de nada. Yo me he buscado mi suerte. —Se puso una mano sobre el vientre.
  - —¿Estás segura?
- —Lo puedes saber enseguida, prácticamente antes y todo. Estoy embarazada. Me quedé embarazada a propósito. Fui una estúpida egoísta, pero ya está hecho. Y no me arrepiento.
  - —; Se lo has dicho a Vince?
- —Está entusiasmado. Le encantan los niños, incluso si a mí no me quiere como yo querría. Se mostrará dulce y atento por un tiempo, y se esforzará más por ocultar su siguiente aventura... si es que se atreve a tener otra después de lo que le dijiste.
  - —¿Serás feliz así, Bella?
- —Lo estoy intentando. No me voy a divorciar. No pienso renunciar a lo que tengo, así que tendré que amoldarme. No se lo digas aún a los demás. Fran debe

tener su bebé sin que nadie le robe protagonismo.

Reena sonrió

-Eres buena, Isabella. Siempre lo has sido.

Reena estudió el vecindario mientras Bo la llevaba a casa. Como había supuesto, la gente empezó a salir temprano. Iban al parque a pasear o a correr, paseando con sus hijos o sus mascotas. Salían corriendo hacia el trabajo. Olía el pan recién hecho de la panadería.

Y, aunque aún se notaba levemente el olor a humo y agua, aquello no la deprimió.

Saludó con el gesto a los agentes que habían quedado de guardia.

- Necesito dormir un poco, y luego quiero ir a la iglesia y encender una vela por O'Donnell — le dijo a Bo—. Supongo que tú querrás ir a ver a tu señora M., la hermana de O'Donnell
  - -Sí. -Le pasó la mano por el brazo-. Más tarde.
- —Iré contigo, y me gustaría que vinieras conmigo cuando vaya a ver a su mujer. Pero primero tengo que entrar.
- —Te meteré en mi cama, y luego iremos a la iglesia, encenderemos una vela, iremos a ver a su familia. Pero tienes que ir al hospital y que te vea un médico.
- —No tengo nada roto. No es que no piense pinchar a Xander para que me consiga algunas medicinas maravillosas, pero después de todo esto, lo que más necesito es dormir, y tu cama es justo lo que necesito. Pero primero tengo que entrar, tengo que verlo.

Reena abrió la puerta. Olió el humo, estudió las manchas que había dejado en las paredes. En silencio, subió las escaleras. Con el estómago encogido.

El fuego había quemado el marco de la puerta de su cuarto, se había extendido por el suelo. Su vestidor estaba chamuscado, la madera se había combado, las paredes mostraban las señales de los ávidos dedos del fuego.

Y vio el lugar donde Joey había caído, amortiguando las llamas bajo su cuerpo.

- —No estaba loco cuando todo esto empezó, al menos no en el sentido en que lo estaba cuando acabó. La locura lo devoró, se comió su mente, y puede que también su alma. Como el fuego devora el combustible. Como el cáncer se está comiendo a su padre. Y lo consumió a él.
  - -Tú no eras la causa y nunca lo fuiste. Solamente eras una excusa.

Reena volvió la cabeza, sorprendida, y miró a Bo.

-Tienes razón. Dios, tienes razón. Y todo esto es... como una absolución.

Apoy ó la cabeza en su hombro.

-Tengo suerte y lo sé. Unos chichones, moretones, quemaduras. Pero me

siento muy triste cuando miro esta habitación. No era perfecta, lo sé. Pero era mía.

—Y aún lo es. —Le pasó un brazo suavemente por la cintura—. Puedo arreglártela.

Ella rio ligeramente y su cuerpo se relajó contra el cuerpo de Bo.

—Sí, puedes, y a lo sé.

Se dio la vuelta y se fue a casa con el vecino de al lado.



NORA ROBERTS. Seudónimo de Eleanor Wilder. También escribe con el pseudónimo de J. D. Robb. Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Cotubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Mary land. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullian en su cabeza y comenzó a escribirla... Así nació su primer libro: Fuego irlandés. Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de Mistery Writers of America y del Crime League of America. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista Kirkus Reviews, « la novela romántica con Suspense romántico no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo». Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora solo ha tenido niños, por eso describe hábilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.



[1] En ingles humo y tabaco se dicen igual, smoke. (N. de la T.) <<